

SERIE B

18

7  
73690

7  
73690





Las Minas del Rey Sabuón - H. Rider Haggard

El Tesoro del Pirata - Roberto Stevenson

El arca de plata - Alejandro Dumas

El Dinamitero - Roberto Stevenson



Ms 6617B

Las minas del rey Salomón.





R. 427503

H. RIDER HAGGDAR

---

# Las minas

DEL

# Rey Salomón

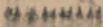
TRADUCCIÓN DE

DIEGO DE MAÑARA



**LA NOVELA ILUSTRADA**

Oficinas: Olmo, 41



42780

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF

Yale University

1878

YALE UNIVERSITY

# Las minas del rey Salomón.

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### MI ENCUENTRO CON SIR ENRIQUE CURTIS

Curioso es que á mi edad (cincuenta y cinco en mi último cumpleaños) me encuentre con la pluma en la mano tratando de escribir una historia. Y por adelantado sé que interesaré mucho al lector si es que logro llegar al término de tal empresa.

Muchas cosas buenas he hecho durante mi larga vida; y digo larga, porque tal vez la he comenzado demasiado joven, ganándome la existencia en las colonias de Africa desde una edad en que los otros muchachos asisten á la escuela, unas veces traficando, otras entregado á la caza, ya luchando, ya ocupado en los trabajos de minería. Y sin embargo sólo hace ocho meses que hice mi fortuna.

¡Y qué fortuna! Aún ignoro á cuánto asciende; pero puedo asegurar no volvería á pasar otra vez por los últimos quince ó diez y seis meses de mi vida para adquirirla, aunque supiese que al fin había

de salir á salvo, con mi pellejo y con tanto dinero.

Además mi carácter es tímido, me disgusta la violencia y estoy completamente cansado de aventuras. Y ¿por qué voy á escribir este libro? Esto no es de mi oficio, ni yo soy un literato, por más que sea muy aficionado al Viejo Testamento y á leer el *Robinson*. Permitidme, sin embargo, que manifieste mis razones de por qué escribo.

1.<sup>a</sup> Porque sir Enrique Curtis y el capitán Juan Good así me lo han suplicado.

2.<sup>a</sup> Porque me encuentro inútil, aquí en Durban, con los dolores y molestias de mi pierna izquierda. Desde que aquel león, que Dios confunda, hizo presa en ella, estoy expuesto á grandes sufrimientos y es lamentable que ahora haya de cojear más que nunca. Es indudable que los dientes del león tienen cierta especie de veneno, pues de no ser así, ¿cómo es posible que sus heridas, una vez cicatrizadas, vuelvan á abrirse por lo general en la misma época del año en que fuimos mordidos? Dura cosa es que después de haber matado sesenta y cinco leones, el sexagésimo sexto os mastique una pierna como si fuera un alfeñique. Esto rompe la rutina de los sucesos, y, dejando aparte otras consideraciones, soy hombre demasiado metódico para que esto pueda agradarme.

3.<sup>a</sup> Porque deseo que mi hijo Enrique, estudiante de medicina en un hospital de Londres, tenga algo que le divierta y evite sus calaveradas por una semana á lo menos. El trabajo de los hospitales debe

ser monótono y cansado, pues el descuartizar cadáveres ha de llegar á fastidiar; y como esta historia no carecerá de interés, por más que le falten otras cualidades, tal vez despertará su atención distra-yéndole mientras la lea.

4.<sup>a</sup> y última. Porque voy á contar la historia más extraña que conozco, tanto más (aunque parezca ridículo afirmarlo) cuando no figura en ella mujer alguna, excepto Foulata. ¡Detengámonos! Hay otra: Gagaula; si es que era mujer y no un demonio. Pero tenía un siglo de edad y, por consiguiente, no era casadera y no podía contarse como mujer. De cualquier modo, puedo afirmar que no se encuentra una sola *falda* en toda la historia.

Pero creo que lo mejor es que comencemos la jornada. Me siento como si uncido á un carro hubiera de tirar de él. Pero *sutjes, sutjes*, como dicen los boers: poco á poco se llega lejos. Ahora comencemos:

Yo, el Caballero Allan Quatermain, natural de Durbán (Natal), afirmo bajo juramento que:—Así es como encabecé mi declaración ante el magistrado respecto á la triste muerte de los pobres Khiva y Ventvogel. Pero no me parece ésta la manera conveniente de empezar un libro. ¿Y, por otra parte, soy yo un caballero? ¿Qué es un caballero? Yo no lo sé claramente, y eso que he tenido que manejarlas con negros. ¡Negros! No, borraré esa palabra porque me disgusta. He conocido nativos que lo *son*, y así lo dirás tú, Enrique, hijo mío, antes que ter-

mines la lectura de este cuento; y he tropezado con blancos miserables, repletos de dinero y apenas salidos del hogar que *no son* tales caballeros. En fin, de todas maneras nací caballero, aunque mi vida entera sólo ha sido la de un desgraciado viajero, traficante y cazador. ¿Lo soy aún? No lo sé; tú debes juzgarlo, y bien sabe el cielo que he tratado de serlo siempre. En mis días he matado á muchos hombres, pero jamás privé á un sér innecesariamente de su vida y jamás he manchado mis manos con sangre inocente. Siempre he matado obligado por mi propia defensa. El Todopoderoso nos dió la existencia y supongo ha querido que la defendamos. A lo menos yo he obrado de acuerdo con tal idea, y espero que esto no será contra mí cuando llegue mi hora. Allá en aquellos países del interior de Africa el hombre es cruel y malvado, y para un sér tan tímido como yo he tomado parte en demasiadas matanzas. Imposible me es decir qué derechos tenía para ello. Pero, buenos ó malos, por lo menos jamás he robado, si bien es cierto que una vez engañé á un kafir quitándole un hato de ganado. Aunque después él me hizo una mala jugada, nunca he estado tranquilo sobre el particular.

Ahora bien, hace unos diez y ocho meses que por primera vez me encontré con sir Enrique Curtis y el capitán Good, lo que ocurrió como digo á continuación:

Había estado cazando elefantes más allá de Bamangwato con suerte bien desgraciada. Todo me

salió mal en aquella expedición, atacándome, por último, la fiebre para coronar los contratiempos que había sufrido. Tan pronto como recobré la salud regresé como pude al Campo de los Diamantes, vendí el marfil que tenía, como también mi carro y bueyes, despedí á mis cazadores y tomé el coche-correo para el Cabo. Después de permanecer una semana en la ciudad de este nombre, habiendo averiguado que me robaban en la cuenta del hotel y visto todo cuanto allí hay que ver, incluyendo el Jardín Botánico y las nuevas casas del Parlamento, determiné volver á Natal por el vapor *Dunkeld*, el cual aguardaba en el dique al *Edinburgh Castle* que venía de Inglaterra y debía llegar de un momento á otro. Tomé mi pasaje, me fuí á bordo y aquella misma tarde, después que los pasajeros que traía para Natal el *Edinburgh Castle* verificaron su trasbordo, levamos anclas y nos hicimos á la mar.

Entre los pasajeros que vinieron á bordo había dos que excitaron mi curiosidad. Uno de ellos, al parecer de treinta años, era el hombre de pecho más desarrollado y brazos más robustos que he conocido. Su cabello era amarillo, amarilla también su enorme barba, perfectamente marcadas sus facciones y sus ojos grandes y grises bastante hundidos en las órbitas. Jamás he visto un tipo tan hermoso, y en cierto modo me hacía recordar al antiguo dinamarqués, sin que quiera decir por esto que yo sepa mucho de los antiguos dinamarqueses, aunque bien me acuerdo de uno moderno que me arrancó 40 duros. Pero

en cambio tengo presente haber visto en cierta ocasión un cuadro que representaba algunos de estos gentiles (que no temo decirlo), eran una especie de zulúes blancos. Bebían en sendos cuernos con sus largas melenas tendidas sobre la espalda; y, á medida que observaba á mi compañero de pasaje, de pie cerca de la escalera de la cámara, pensaba que si se dejara crecer un poco sus caballos, se echara sobre sus grandes hombros una cota de malla y se armase con una de aquellas enormes hachas de combate y un vaso de cuerno, podía haber servido de modelo para dicha pintura. Y entre paréntesis, pues es cosa curiosa y prueba como la sangre se revé'a. Averigüé más tarde que Sir Enrique Curtis, porque este es el nombre del corpulento individuo que examinaba, era de sangre dinamarquesa. También me recordaba mucho á alguien más; pero en aquel momento no podía traer á la memoria quien era.

El otro individuo que de pie hablaba con Sir Enrique era bajo, fornido, trigueño y de corte completamente distinto. Inmediatamente sospeché que era oficial de la armada. No podré explicar la causa, pero es muy difícil desconocer á un marino de guerra. He ido á muchas expediciones de caza con varios de ellos durante mi vida, y siempre han sido, sin excepción, los mejores, más bravos y agradables compañeros que he tenido, aunque algo ó bastante aficionados á un lenguaje profano.

Preguntaba yo anteriormente: «¿Qué es un caballero? Ahora puedo contestar. En general lo es un



oficial de la Real Armada, y digo en general, porque no hay regla sin excepción. Imagínome que el ancho mar y el soplo de sus brisas ablandan el corazón del marino, y borrando de su mente toda amargura, hacen de él lo que el hombre debe ser. Pero, volviendo á mi historia, tampoco me equivoqué esta vez. *Había sido* oficial de la armada, teniente, y á los treinta y un años de edad y diez y siete de servicio, S. M. le había dado el retiro, sólo con los honores de comandante, por la sencilla razón de que era imposible el ascenderlo. Esto es lo que deben esperar aquellos que sirven á la Reina: verse lanzados á un mundo duro y egoísta para ganarse la existencia cuando realmente comenzaban á conocer su profesión y entraban en la primavera de la vida. Quizá á ellos no les importe, pero por lo que á mí toca prefiero mil veces más ganarme el pan como cazador. Acaso se andará tan escaso de medios peniques como ellos, pero á lo menos no se reciben tantos golpes.

Su nombre, que encontré en la lista de pasajeros, era Good, capitán Juan Good. Ancho de espaldas, mediano de estatura, trigueño, robusto, era un tipo, en fin, que no podía menos de despertar cierta curiosidad. Pulcro en exceso, llevaba la cara completamente afeitada y un monóculo en el ojo derecho, que parecía haber echado raíces allí, pues carecía de cordón y sólo se lo quitaba para limpiarlo. En un principio pensé que acostumbraba dormir con él, pero más tarde me disuadí de tal error. Cuando se re-

tiraba á descansar lo guardaba en el bolsillo de sus pantalones, junto con sus dientes postizos, de los que tenía dos magníficas cajas. No siendo la mía de las mejores, más de una vez me hizo quebrantar el décimo mandamiento. Pero estoy anticipando sucesos.

A poco de comenzar á balancearnos sobre cubierta, cerró la noche trayéndonos un tiempo infernal. Sopló desde tierra una brisa desagradable y una neblina aún más densa que las de Escocia hizo que todo el mundo abandonara la cubierta. El *Dunkeld*, que es un buque pequeño y de fondo aplanado, navegaba en lastre y daba enormes balanceos. Amnudo parecía que iba á tumbarse, lo que por fortuna no ocurrió. Era imposible pasearse, así es que, de pie cerca de la máquina en donde se sentía algún calor, me distraía con el péndulo, que colgado al lado opuesto al que yo ocupaba, oscilaba perezosamente hacia atrás y hacia adelante, á medida que el barco cabeceaba, marcando el ángulo de inclinación que hacía en cada tumbo.

—Ese péndulo está mal; no está debidamente equilibrado—dijo de repente una voz con cierto aire de enojo, por encima de mis hombros.

Al volverme me encontré con el oficial de la armada que había llamado mi atención.

—Y bien, ¿qué os obliga á decir eso?—le pregunté yo.

—Pensar eso. Yo no lo pienso. Afirmó que (á tiempo que el barco recuperaba su posición después

de un balance) si el buque se hubiera balanceado realmente hasta el grado marcado por ese chisme, entonces no volvería á dar un balance más; eso es todo. Pero nada es de extrañar en estos pilotos mercantes; siempre son descuidados.

Precisamente en aquel momento la campanilla nos llamó á comer, lo que en nada me contrarió, pues es terrible cosa verse obligado á escuchar á un oficial de la Real Armada cuanto toca puntos de navegación. Sólo conozco una cosa peor, y esa es oír á un piloto mercante cuando expresa su opinión respecto á los oficiales de la Armada.

El capitán Good y yo bajamos juntos al comedor y nos encontramos con sir Enrique Curtis que ocupaba ya su puesto. El capitán Good se colocó á su lado y yo enfrente de ellos. Pronto el capitán entabló conmigo una conversación sobre cacerías y mil cosas más, haciéndome muchas preguntas que contestaba tan bien como me era dable hacerlo. Rodando el diálogo comenzó á hablar de los elefantes.

—¡Ah, caballero!—exclamó un pasajero que estaba sentado cerca de mí;—para eso ha dado usted con su hombre. El cazador Quatermain puede informarnos respecto á elefantes, si es que hay alguien que lo pueda hacer.

Sir Enrique, que había estado completamente silencioso oyendo nuestra conversación, hizo un movimiento de sorpresa al oír mi nombre.

—Escuchadme, señor—me dijo, inclinándose hacia mí al través de la mesa y con una voz baja y

gruesa que, según mi parecer, era la que convenía á sus grandes pulmones.—Éxcusadme, señor, pero ¿se llama usted Allan Quatermain?

Yo le contesté que ese era mi nombre.

El corpulento viajero no hizo otra observación; pero le oí murmurar, casi entre dientes: «Afortunado.»

En este instante llegaba la comida á su término, y como fuésemos á abandonar el salón, sir Enrique se me acercó y me invitó á fumar una pipa en su camarote. Acepté y nos guió hacia la cámara de cubierta del *Dunkeld*, que era espaciosa y muy buena. Había en la cámara un sofá y en frente de él una mesa.

Sir Enrique pidió al camarero una botella de whisky, y los tres nos sentamos y encendimos nuestras pipas.

—Sr. Quatermain—comenzó sir Enrique cuando el camarero hubo traído el whisky y encendido la lámpara.—El año pasado, por estos días, estaba usted, según creo, en un lugar llamado Bamangwato, al Norte del Transvaal.

—En efecto—contesté, sorprendido de que este caballero estuviese tan enterado de mis pasos, que no ofrecían, en cuanto á mí se me alcanzaba, interés alguno en general.

—Estaba usted negociando allí, ¿no es así?—añadió el capitán Good con la rapidez habitual de su lenguaje.

—Sí. Había llevado un carro lleno de mercancías

é hice mi campamento fuera de aquella estación, deteniéndome hasta que las hube vendido.

Sir Enrique ocupaba una silla enfrente de mi y tenía sus brazos apoyados sobre la mesa. Al terminar mi respuesta levantó la cabeza y clavó sus ojos, con ansiosa curiosidad, en mi rostro.

—¿Por casualidad encontró usted allí á un hombre llamado Neville?

—¡Oh! sí; acampó en mis alrededores durante una quincena para que sus bueyes descansaran antes de continuar su marcha hacia el interior. Meses antes recibí una carta de un abogado preguntándome si conocía algo de su paradero, la que contesté como mejor podía hacerlo.

—Sí, su carta me fué remitida. Decía usted en ella que el caballero llamado Neville salió de Bamangwato á principios de Mayo en su carro con un conductor, un explorador y un cazador kafir llamado Jim, anunciando su intención de avanzar, si le era posible, hasta Ynyati, último puesto que alcanza el tráfico en Matabele, donde vendería su carro para proseguir á pie. Añadía usted que, en efecto, vendió el carro, porque seis meses después encontró á un traficante portugués que lo poseía, y le dijo lo había comprado en Ynyati á un blanco, cuyo nombre no recordaba, el cual, acompañado de un criado nativo, partió para el interior, según creía, á una expedición de caza.

—Eso es.

Entonces hubo un momento de pausa.

—Sr. Quatermain—dijo repentinamente sir Enrique.—Supongo que usted no sabe, ni pueden imaginarse otra cosa, respecto á las razones que me... que llevaban al Sr. Neville hacia el Norte, adonde se encaminaba.

—Algo oí sobre ello—contesté.

Y me detuve, pues el asunto de que nos ocupábamos no despertaba mi interés.

Sir Enrique y el capitán Good cambiaron una mirada, y este último hizo un rápido movimiento de cabeza.

—Sr. Quatermain—comenzó el primero.—Voy á contaros una historia y pidiros vuestros consejos ó quizá vuestra ayuda. El agente que me envió la citada carta me decía que yo podía confiar completamente en usted, pues usted era (tales son sus palabras) muy conocido y universalmente respetado en Natal, distinguiéndose, sobre todo, por su discreción.

Hice un saludo y bebí un poco de whisky y agua para ocultar mi turbación, pues siempre he sido modesto.

Sir Enrique continuó:

—El Sr. Neville era mi hermano.

—¡Oh!—exclamé involuntariamente, porque en aquel instante acerté con la persona que me había hecho recordar cuando por primera vez le ví. Su hermano era mucho más pequeño y de barba obscura; pero al pensar en él, recordaba que sus ojos tenían el mismo tinte gris y la misma penetrante

mirada, y que sus facciones además presentaban cierta semejanza.

Era mi hermano más joven, el único que tenía, y hasta hace cinco años no recuerdo nos hayamos separado por un mes.

Pero hará cinco años que por desgracia, y como suele ocurrir en las familias, tuvimos un grave disgusto y en mi cólera me conduje injusto con exceso.

Aquí el capitán Good movió vigorosamente la cabeza y el buque dió un balanceo tan grande que el espejo, colgado en frente, en la pared de estribor, estuvo por un momento casi encima de nosotros; de manera que yo, que sentado y con las manos en los bolsillos miraba con fijeza hacia el techo, pude observar sus repetidos y marcados movimientos de aprobación.

—Supongo sabe usted—continuó sir Emique—que si un hombre en Inglaterra muere intestado y no tiene otro capital, sino tierras ó bienes raíces, todo pasa á ser propiedad de su primogénito. Precisamente esto ocurrió cuando reñimos; nuestro padre murió sin hacer testamento. Y mi hermano, á quien no se había dado profesión alguna, quedó sin un céntimo que disponer. Deber mío era haber atendido á todas sus necesidades; pero entonces nuestro enojo era tan grande que, para vergüenza mía lo digo, no le hice la menor oferta. No es que yo le guardara rencor, no; esperaba que él acudiera á mí, y él jamás lo hizo. Siento molestar á usted, se-

ñor Quatermain, con todos estos datos; pero debo esclarecer cuanto ha pasado, ¿verdad, Good?

—En efecto, en efecto—contestó el capitán;—y estoy seguro que el Sr. Quatermain no repetirá una palabra de esta historia.

—Por supuesto—dije yo.—Tengo el prurito de ser discreto.

—Bien—continuó sir Enrique;—mi hermano poseía de su propia cuenta, en aquella época, unos escasos centenares de libras, y con esta mezquina cantidad, tomando el nombre de Neville, marchó para el Africa Austral con la loca esperanza de hacerse una fortuna; así lo supe más tarde. Pasaron tres años sin saber nada de él, aunque le escribí varias veces. Tal vez mis cartas no llegaron á sus manos. Pero á medida que el tiempo transcurría, mi inquietud por su suerte aumentaba más y más. Yo, Sr. Quatermain, hubiera dado gustoso la mitad de mi fortuna por saber que mi hermano Jorge, el único pariente que me resta, vivía sano y salvo y que algún día había de volver á verle.

—¡Pero no lo hizo usted, Curtis!—exclamó rudamente el capitán Good, mirando severamente á su amigo.

—En fin, Sr. Quatermain, conforme pasaban los días iba aumentando mi ansiedad y con ella la necesidad de saber si mi hermano vivía ó había muerto, y si vivía conseguir volverle á nuestro hogar. Comencé mis investigaciones y la carta de usted ha sido consecuencia de ellas. Hasta hoy todo va satis-



factoriamente, puesto que está probado que hasta hace poco existía Jorge; pero no contento con saber esto, me resolví á buscarle personalmente. El capitán Good ha tenido la bondad de acompañarme.

—¡Vaya una bondad!—exclamó el capitán; á no ser que hubiera preferido las vigiliass de la media paga conqu mis Lores del Almirantazgo me han retirado del servicio. Y ahora esperamos que usted nos cuente lo que sepa respecto del caballero Neville.

## CAPÍTULO II

### LA LEYENDA DE LAS MINAS

—¿Ha oído usted algo en Bamangwato referente á la expedición de mi hermano?—preguntóme sir Enrique, mientras yo hacía una pausa para cargar mi pipa, antes de contestar al capitán Good.

—Oí que su hermano se dirigía á las minas de Salomón.

—¡Las minas de Salomón!—exclamaron al mismo tiempo mis dos oyentes.—¿Dónde están esas minas?

—Lo ignoro. Una vez ví los picos de las montañas que las rodean; pero un desierto de ciento treinta millas me separaba de ellas, y no sé que blanco alguno lo haya cruzado, excepto uno. Quizá lo mejor que puedo hacer es contarles la leyenda de esas minas, tal como la conozco, dándome ustedes palabra de no revelar cosa alguna de lo que diga sin ob-

tener mi consentimiento. ¿Aceptan ustedes? Tengo mis razones para pedirlo así.

Sir Enrique y el capitán asintieron con la cabeza.

—Bien. Como ustedes pueden suponer, por regla general, los cazadores de elefantes somos incultos, rudos y apenas nos inquietamos por algo, fuera de las realidades de la vida y las costumbres de los kafires. Sin embargo, á veces se encuentra á alguno que se toma la molestia de recoger las tradiciones de los indígenas. Un hombre de esta clase fué el primero que me contó la leyenda de las minas de Salomón hará treinta años, cuando efectuaba yo mi primera cacería de elefantes en el país de Matabele. Se llamaba Evans; fué muerto al año siguiente—¡pobre compañero!—por un búfalo herido, y sus restos están enterrados cerca de las cascadas de Zambesi. Recuerdo que una noche le refería las magníficas obras que había descubierto, mientras cazaba antilopes y kudúes en lo que ahora es el distrito de Lydenburgo en el Transvaal. Sé las han explorado últimamente en busca de oro; pero ya las conocía yo años atrás. Encuéntrase allí un amplio camino abierto en la roca y que conduce á la entrada de una galería. En ella, cerca de su boca, se ven trozos de cuarzo aurífero convenientemente hacinados para la trituración, lo que prueba que los trabajadores, fueran quienes fueran, abandonaron aquel sitio en precipitada fuga; y más al interior, como á veinte pasos de la entrada, un trozo de galería edificada tras-

versalmente, que es, en realidad, un precioso trabajo de mampostería.

—¡Bueno!—me dijo Evans;—yo os contaré algo, aún más curioso que eso, y me refirió cómo internándose mucho en el país, dió con una ciudad arruinada, que él creía era la Ophir de la Biblia, lo que, entre paréntesis, han afirmado hombres más cultos, largo tiempo después que el pobre Evans lo dijera.

Yo le escuchaba atentamente, porque, joven al fin, la relación de todas esas maravillas de la antigua civilización y la de los tesoros que los aventureros hebraicos y fenicios extraían de una tierra há tanto tiempo sumida en la más profunda barbarie, se apoderaban por completo de mi imaginación. De pronto preguntó:

—Muchacho, ¿has oído hablar alguna vez de las montañas de Sulimán, allá, hacia el Noroeste del país de Mashukulumbwe?

—Nunca—le contesté.

—Pues bien, allí es donde realmente Salomón tenía sus minas de diamantes.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Cómo lo sé? Sulimán es una corrupción de Salomón. Además, una vieja isanusi (bruja curandera) del país de Manica me dió todos los pormenores sobre el particular. Me dijo que al otro lado de las montañas habitaba una especie de zulús, y que entre ellos vivían grandes hechiceros, que habían aprendido su arte de los blancos, cuando el mundo entero estaba entre tinieblas, y que guardaban el se-

creto de una mina maravillosa de piedras relucientes. Reíme entonces de esta historieta, á pesar de que me interesaba, pues aún no se habían descubierto los criaderos de diamantes. El pobre Evans se separó de mí, muriendo poco tiempo después, y pasaron veinte años sin que volviera á acordarme de tal asunto. Pero precisamente pasados veinte años supe algo más concreto respecto á las Montañas de Sulimán y del país que es extiende al otro lado de ellas. Encontrábame en la Manica, en un sitio llamado el Kraal de Sitanda, bien miserable por cierto, pues nada se hallaba allí de comer y la caza era escasísima. Me atacó la fiebre, y estando enfermo llegó un portugués acompañado de un criado mestizo. Hoy ya conozco á esos portugueses de Delagoa. No creo haya en la tierra entera malvados más dignos de la cuerda que esos infames, que viven y engordan con lágrimas y sangre de sus esclavos. Pero éste era completamente distinto de los seres groseros que estaba acostumbrado á encontrar, y me hizo evocar los cumplidos y cortesés fijodalgos de otros tiempos. Era alto, delgado, con ojos grandes y oscuros y bigote gris y rizado. Conversamos un rato, pues, aunque estropeándolo, hablaba algo el inglés y yo entendía un poco su idioma. Así pude saber se llamaba José Silvestre y tenía uná posesión cerca de la bahía de Delagoa. Al siguiente día, al proseguir su viaje, acompañado de su mestizo, me dijo, quitándose galantemente el sombrero, con una cortesía de vieja usanza: «Adiós, señor. Si

alguna vez volvemos á encontrarnos seré el hombre más rico del mundo y no me olvidaré de usted.» Yo me eché á reír, y mientras él avanzaba por el Oeste hacia el gran desierto, le seguí con la vista, pensando si estaría loco.

Transcurrió una semana. Cierta tarde, repuestoya de la fiebre, estaba yo sentado en el suelo frente á mi tienda, comiéndome el muslo de un ave, que había obtenido de un indígena á cambio de un pedazo de tela que valía veinte veces más. Miraba al enrojecido y ardoroso sol que parecía hundirse en las arenas del desierto, cuando repentinamente ví á un hombre—en apariencia un europeo, pues vestía de levita,—sobre el declive ascendente del terreno opuesto á mí y como á trescientos metros de distancia. Aquel hombre se arrastraba sobre sus manos y rodillas, á breve trecho se irguió y dando traspiés ganó unas pocas varas más, para volver á caer y continuar arrastrándose. Comprendiendo que necesitaba auxilios, envié sin pérdida de tiempo á uno de mis cazadores para que se los prestara. ¿Quién suponen ustedes era aquel desgraciado?

—José Silvestre—contestó el capitán Good.

—Sí, José Silvestre, ó, mejor dicho, su esqueleto cubierto por una piel rugosa y tostada. El color amarillento de su cara daba á conocer la intensa fiebre biliosa que lo abrasaba. Al verle, sólo se descubría una piel apergaminada y amarilla, unos ojos desorbitados, cabellos encanecidos y los huesos que se marcaban en toda su desnudez.

—¡Agua, por Jesucristo, agua!—exclamó con débil y doloroso acento.—Entonces observé que tenía los labios partidos y la lengua hinchada y ennegrecida, fuera de la boca.

Le dí agua mezclada con un poco de leche y bebió á grandes tragos y sin detenerse dos largos cuartillos. No le permití tomase más, y entonces un acceso de fiebre le hizo rodar por el suelo y delirar con las Montañas de Sulimán, los diamantes y el desierto. Le llevé á mi tienda é hice todo cuanto pude por aliviarle. A eso de las doce se tranquilizó, yo me acosté en busca de reposo y al poco rato me quedé dormido. Cuando desperté estaba amaneciendo, y á la media luz que nos envolvía, le ví sentado y con los ojos fijos en la lejanía. El primer rayo del naciente sol, cruzando por encima de la inmensa llanura que ante nuestra vista se dilataba, fué á dorar la cumbre más erguida de las Montañas de Sulimán que, allá á lo lejos, á centenares de millas de nosotros, surgían en busca del cielo.

—¡Allí, allí es!—gritó el moribundo tendiendo su largo y descarnado brazo;—¡pero nunca llegaré á ella! ¡Nadie, nadie lo podrá lograr!

De repente enmudeció, y poco después, y como si hubiera tomado una resolución, volvióse hacia mí y me dijo:

—Amigo mío, ¿está usted ahí? Mi vista empieza á debilitarse.

—Sí—le contesté;—pero acostáos ahora y descansad.

—¡Ay!—murmuró—pronto descansaré... tengo sobrado tiempo para descansar... ¡toda una eternidad! Escuchadme: ¡estoy agonizando! Habéis sido bondadoso para conmigo... ¡Os daré mi secreto! Tal vez lleguéis hasta ella, si el desierto no os mata como nos ha matado á mi pobre criado y á mí.

Entonces tentóse la camisa y á poco extrajo de ella algo que en un principio tomé por una petaca de piel de antilope, de las que usan los boers, atada con un cordón, que en vano trató de desamarrar. Entonces me la entregó rogándome que la desatara. Así lo hice y saqué de ella un papel cuidadosamente doblado y un pedazo de tela amarillenta y raída, escrita con caracteres casi ininteligibles.

Al ver el papel entre mis manos, prosiguió con voz estertorosa:

—Ese papel es la exacta reproducción de todo lo que hay escrito en el harapo. ¡Muchos años me ha costado descifrarlo! Fijáos bien en lo que os voy á decir. Uno de mis ascendientes, expatriados por delitos políticos y uno de los primeros portugueses que desembarcaron en estas playas, lo escribió durante su agonía al pie de esas montañas, que ningún europeo hasta entonces había pisado. Llamábase José de Silvestre y hace trescientos años que vivió. Su esclavo, que le aguardaba á este lado de las montañas, le encontró muerto y llevó el escrito á su casa, en Delagoa, donde ha permanecido desde entonces en la familia, sin que nadie se ocupara de leerlo

quizá otro sea más afortunado que yo, y se convierta en el hombre más rico del mundo ¡en el hombre más rico del mundo! ¡No se lo confiéis á nadie, id vos mismo!

Apenas terminó comenzó á desvariar y una hora más tarde todo había concluido.

¡En paz descanse! Yo enterré su cadáver en una fosa muy profunda y lo cubri con grandes piedras. Poco después abandoné aquel lugar.

—¡Infeliz! ¿Y el documento?—dijo sir Enrique con acento de marcado interés.

—¡Sí, el documento! ¿Qué era lo que decía?—añadió el capitán.

—Jamás lo he confiado á persona alguna, exceptuando á mi inolvidable esposa, ya muerta, la cual creyó que era todo mera superchería, y á un viejo beodo traficante portugués, que fué el que me lo tradujo, que lo olvidó por completo á la mañana siguiente. El andrajo original está guardado en mi casa, en Durban, unido á la traducción del pobre don José; pero tengo en mi cartera su reproducción en inglés y una copia exacta del plano, si es que se le puede dar este nombre. Vedlo aquí:

«Yo, José de Silvestre, agonizando de hambre en la pequeña cueva en donde nunca hay nieve, al lado Norte del pico de la más meridional de las dos montañas, que he llamado Pechos del Sheba, escribo esto en el año 1590 con un pedazo de hueso, en un jirón de mi ropa y usando mi propia sangre como tinta. Si mi esclavo lo encuentra cuando ven-



»ga en mi busca, llévelo á Delagoa y entréguelo á mi  
 »amigo (nombre ilegible) á fin de que llegue á cono-  
 »cimiento del rey y pueda enviar un ejército, que,  
 »salvando el desierto y las montañas, venza y domi-  
 »ne á los bravos kukuanos y sus artes diabólicas,  
 »para lo que aconsejo traigan muchos sacerdotes, y  
 »será el rey más rico desde Salomón. He visto, con  
 »mis propios ojos, los diamantes sin cuento que  
 »guarda la cámara del tesoro de Salomón, detrás de  
 »la muerte blanca; más por la traición de Gagaula, la  
 »echadora de hechizos, nada he pødido sacar á sal-  
 »vo, ni aún la vida. Quien quiera que venga, siga las  
 »indicaciones del mapa y ascienda por la nieve del  
 »pecho izquierdo del Sheba hasta llegar al pico, y á  
 »su lado Norte encontrará la gran carretera que Sa-  
 »lomón construyó, por la cual, en tres jornadas, lle-  
 »gará al palacio del Rey. Mate á Gaula. Rece por mi  
 »alma. Adiós.

»JOSÉ DA SILVESTRE.»

Cuando hube leído el anterior documento y ense-  
 ñado la copia del mapa, trazado por la mano y con  
 la sangre del moribundo fidalgo, siguió un silencio  
 de asombro.

—¿Por mi nombre!—exclamó el capitán Good;—  
 que me ahorquen si en las dos vueltas que he dado  
 al mundo he oído ó leído cosa parecida á ésta.

—La anécdota es muy curiosa, Sr. Quatermain—  
 añadió sir Enrique.—¿Supongo que no se estará us-  
 ted burlando de nosotros?



—Si así lo piensa usted, sir Enrique—dije bastante disgustado y guardando mi papel, porque no me agrada se me confunda con los necios que mientan extraordinarias aventuras de caza,—hemos concluído por completo.

Y me levanté para marcharme.

Sir Enrique apoyó su mano en mi hombro, diciendo:

—Siéntese, Sr. Quatermain; pido á usted me dispense; bien veo no pretende engañarnos; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Ya verá usted el mapa y el escrito original cuando lleguemos á Durban—le dije un tanto apaciguado.—Pero nada os he dicho respecto á vuestro hermano. Yo conocía á su compañero Jim. Era bechuano por nacimiento, buen cazador y muy listo. La mañana en que el Sr. Neville iba á partir, ví á Jim junto á mi carro picando tabaco.

—Jim—le pregunté,—¿adónde se va? ¿Tras de elefantes?

—No, señor; vamos en busca de algo mejor que el marfil.

—¿Y qué es ello?—continué; ya había despertado mi curiosidad.—¿Oro?

—No, señor; algo que vale más que el oro.

Y rechinó maliciosamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quise hacerle más preguntas porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me había dejado perplejo.

En este instante Jim concluyó de picar su tabaco.

—¡Señor!—dijo.

Yo fingí que no le había oído.

—¡Señor!—volvió á repetir.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Señor, vamos en busca de diamantes.

—¿Diamantes? ¡Hombre! Entonces habéis errado el camino; debéis dirigiros hacia los criaderos.

—Señor, ¿ha oído usted algo de las montañas de Sulimán?

—Sí.

—¿Y no sabe nada de los diamantes que hay allí?

—He oído una leyenda estúpida.

—No es leyenda, señor. Yo conocí á una mujer que, con su hijo, vino desde allí á Natal, y me lo dijo. Hace poco ha muerto.

—Si tu amo trata de llegar al país de Sulimán, va á servir de pasto á los buitres, y lo mismo te pasará á ti, Jim, ¡sí es que pueden arrancar una piltrafa de tu mezquino y viejo esqueleto!

Frunció ligeramente los labios y me contestó:

—Tal vez, señor. El hombre tiene que morir; por mi parte prefiero probar otro camino; aquí ya es difícil encontrar un elefante.

—¡Ay! ¡hijo mío! ¡espera hasta que «la pálida y calva señora» te agarre por la garganta, y entonces oiremos cómo cantas!

Media hora más tarde el Sr. Neville emprendía la marcha con su carro, y Jim vino corriendo hacia mí y me dijo:

—¡Adiós, señor! No quiero marchar sin decirle adiós, porque creo que usted tiene razón, y nunca más hemos de volver.

—¿Es cierto que tu amo va realmente á las montañas de Sulimán?

—Sí, señor. Me ha dicho que está resuelto á hacerse una fortuna, ó, por lo menos, á tratar de ello; así es que bien puede probar su suerte con los diamantes.

—En ese caso, espera un momento, Jim, voy á darte una nota para tu amo, y prométeme no entregársela hasta que lleguéis á Inyati (que se encuentra á algunos centenares de millas del lugar en que estábamos).

—Sí, señor, así lo haré.

Entonces escribí en un pedazo de papel. «Quien quiera que venga... ascienda por la nieve del pecho izquierdo de Sheba, hasta llegar al pico, y á su lado Norte encontrará la gran carretera de Salomón.»

—Ahora, Jim—le dije entregándole el papel—cuando des ésto á tu amo, adviértele que le conviene seguir el consejo que en él se le da. No quiero se lo entregues en seguida, porque no me agradaría volviera atrás para hacerme preguntas que no he de contestar. Y lárgate inmediatamente ¡perezoso! que el carro va á perderse de vista. Jim cogió la nota y se marchó. Esto es todo cuanto sé de vuestro hermano, sir Enrique; pero temo mucho...

—Sr. Quartemain—dijo sir Enrique—voy en busca de mi hermano y seguiré su rastro á las mon-

tañas de Sulimán, y aún más allá de ellas si es necesario, hasta que lo encuentre ó sepa que ha muerto. ¿Quiere usted acompañarme?

Soy, como creo haber dicho, en extremo prudente, ó más bien, tímido: así es no pude menos de temblar á esa idea. Parecíame que emprender tal empresa era marchar ciegamente hacia la muerte, y, aparte de otras consideraciones, tenía un hijo que sostener, lo cual exigía evitara todo riesgo.

—No, sir Enrique, muchas gracias. No me conviene aceptar su proposición, pues además de ser ya duro para aventuras de esa especie, tengo la seguridad de que terminaríamos lo mismo que mi pobre amigo Silvestre. Tengo un hijo, cuyo sostén me prohíbe arriesgar la vida.

Tanto sir Enrique como el capitán Good parecieron muy contrariados.

—Sr. Quatermain—dijo el primero,—soy bastante rico y estoy resuelto á realizar mi proyecto. Señale la suma—cualquiera que sea—que usted estime razonable como remuneración de sus servicios y le será entregada antes de que partamos. Además, antes de que comencemos nuestro viaje tomaré todas las medidas oportunas para que, en caso que nos ocurra alguna desgracia á todos, ó solamente á usted, vuestro hijo tenga convenientemente asegurado su porvenir. Por esto comprenderá cuán necesario juzgo su presencia. Además, si acaso llegamos á aquel lugar y encontramos los diamantes, se dividirán por partes iguales entre usted y Good. Yo no

los quiero. Ahora toca á usted, Sr. Quatermain, manifestarme cuáles son sus condiciones, debiendo advertirle que, por supuesto, todos los gastos corren de mi cuenta.

—Su oferta, sir Enrique, es la más generosa que en toda mi vida se me ha hecho y nada despreciable para un pobre cazador y traficante como yo; pero la empresa es no menos aventurada y peligrosa; así le suplico me deje pensarlo despacio. Antes que lleguemos á Durban daré á usted mi contestación.

—Muy bien—contestó.

Y dándoles las buenas noches fuíme á dormir y á soñar con los diamantes y con el pobre Silvestre, muerto hacía tanto tiempo.

### CAPÍTULO III

#### UMBOPA

Para subir desde el Cabo hasta Durban se emplean cuatro ó cinco días, según la velocidad del buque y el tiempo que haga durante la travesía. A veces, cuando el desembarque se hace difícil en Londres del Este—donde aún no se ha terminado el grandioso puerto de que tanto se habla y tanto dinero consume—es preciso hacer una demora de veinticuatro horas antes que las lanchas puedan salir

tuvimos que aguardar. No habiendo rompientes en la barra, los remolcadores vinieron en seguida con sus largas hileras de feos lanchones, en los cuales los efectos fueron acumulados con estruendo. Sin tener en cuenta lo que fueran, transbordábaseles rudamente tratándose del mismo modo á un bulto de porcelanas que á una paca de lienzo. Ví allí hacerse añicos una caja con cuatro docenas de botellas de champagne, que corrió humeante y espumoso por el fondo del asqueroso lanchón. Era un sensible despilfarro y así, evidentemente, lo pensaron los kafires que en él estaban, pues encontrando un par de botellas intactas, rompiéronles los cuellos y apuraron su contenido sin dar lugar al espumoso licor de desprenderse de sus gases, los que, dilatándoseles en el estómago, les hinchó el vientre, por lo que se echaron á rodar por el fondo del lanchón gritando que el buen vino estaba *tagati* (encantado). Les hablé desde el buque, diciéndoles que aquella bebida era la medicina más enérgica de los blancos y que debían contarse entre los muertos, oído lo cual volviéronse á tierra llenos de terror; seguro estoy que desde esa fecha no se han atrevido ni siquiera á oler esta clase de vino.

Durante la travesía á Natal reflexionaba yo sobre la proposición que sir Enrique me había hecho, y pasaron dos días sin que mencionáramos tal asunto, por más que les refería muchos episodios de caza, todos verdaderos.

Por fin, una hermosa tarde de invierno, que en este



país es un mes muy cálido, navegábamos á lo largo de la costa Natal, esperando alcanzar la Punta de Durban antes de la puesta del sol. Es aquella una costa preciosa. Se ven rojas colinas de arena y anchas capas de brillante verde, interrumpidas por los kraales de los kafires y bordeada por una cinta de espumoso mar que se rompe en preciosas cascadas contra las rocas. Poco antes de llegar á Durban el paisaje toma un aspecto extraño. Hay profundos barrancos, abiertos por las lluvias desde tiempo inmemorial, por el fondo de los cuales corren bulliciosos torrentes, contrastando con el verde oscuro de los montes llenos de arbustos que el mismo Hacedor plantara, el verde más claro de los campos de farináceas y azúcar de caña. Aquí y allá una casita blanca, refrescada por la brisa del plácido mar. Yo creo que, por muy grandioso que sea un paisaje, necesita de la presencia del hombre para ser completo: tal vez pensaré así por haber vivido mucho tiempo en lugares desiertos, y que, por consiguiente, sepa apreciar el valor de la civilización, aunque sea enemiga de la caza. No dudo que el Edén era bello antes que el hombre hubiera sido creado, pero siempre he creído fué mucho más bello el día que Eva comenzó á pasearse por él. Volviendo á nuestra historia, habíamos calculado mal, y el sol tenía traspuesto el horizonte hacia largo rato, cuando echamos el anc'a á la altura de la Punta, y oímos el cañonazo que nos advertía la presencia del correo inglés en el puerto. Era demasiado tarde para pasar la barra, así es que



bajamos descansadamente á comer, después de haber visto alejarse el bote que llevaba la correspondencia.

Cuando volvimos á la cubierta la luna brillaba con tal esplendor que hacia palidecer las rápidas y grandes llamaradas del faro. Venía de la costa una agradable brisa, embalsamada con suaves y aromáticos olores, evocadora de graves cantos litúrgicos. Centenares de luces lanzaban sus fulgore; á través de las ventanas de las casas en la Berea. Desde un hermoso bergantín, fondeado cerca de nosotros, llegaba el canto con que los marineros acompañaban la maniobra de levar el ancla y disponerse para aprovechar el viento. Era una noche ideal, una de esas noches que sólo se encuentran en el Africa Austral, y que envolvía en un manto de paz á todos los seres, así como la luna en un manto de plata á todas las cosas. Hasta un enorme perro de presa, que venía con nosotros á bordo, hubo de ceder á su dulcísima influencia, y abandonando sus deseos de entablar íntimas relaciones con un mono que venía en una jaula situada hacia proa, roncaba tranquilamente á la entrada de la cámara, soñando sin duda que había concluido con él y feliz en su sueño.

Nosotros, es decir, sir Enrique Curtis, el capitán Good y yo, fuimos á sentarnos á popa y estuvimos callados un rato.

—Y bien, Sr. Quatermain—dijo sir Enrique, rompiendo el silencio;—¿ha reflexionado usted sobre mi proposición?

—Sí—continuó el capitán Good—¿se ha decidido usted ya?—Espero que usted nos dará el placer de acompañarnos hasta las Minas de Salomón ó hasta donde se haya internado el caballero que usted conoce por Neville.

Me levanté sin contestar. Empecé la limpieza de mi pipa. No tenía nada resuelto aún y necesitaba un momento más de reflexión. Antes de que terminase de fumar ya había tomado mi resolución. Así suele ocurrir cuando se ha estado preocupado largo tiempo en una cosa.

—Sí, caballeros—les contesté volviéndome á sentar;—iré, y con vuestro permiso os diré por qué y con qué condiciones: ocupémonos primero de éstas, que son:

1.º Usted, sir Enrique, pagará todos los gastos; y el marfil ó cualquiera especie de objetos de valor que podamos adquirir se dividirán por partes iguales entre el capitán Good y yo.

2.º Pido 500 libras por mis servicios durante la expedición, las cuales se me pagarán antes de que emprendamos la marcha, comprometiéndome por mi parte á servirle lealmente hasta que usted mismo decida abandonar la empresa, ó hasta que el éxito la corone, ó un desastre la termine.

3.º Que usted, antes que partamos, firme un documento obligándose, caso de que yo muera ó quede inútil, á pagar á mi hijo Enrique, estudiante de medicina en el Hospital de Guy, Londres, la suma de 200 libras anuales por espacio de cinco años,

pues hasta ese plazo no estará ya en condiciones de atender á su subsistencia.

He aquí mis condiciones que temo le parezcan á usted excesivas.

—Al contrario—contestó sir Enrique—las acepto muy gustoso. Estoy determinado á ejecutar mis designios y pagaría más que eso por vuestros auxilios, sobre todo teniendo en cuenta los conocimientos especiales que usted posee.

—Muy bien. Y ahora que estamos de acuerdo respecto á las condiciones voy á dar las razones que han decidido mi resolución. Ante todo, caballeros, he estado observando á ustedes durante los pocos días que hace nos conocemos, y confieso que ambos me han agradado y no dudo hemos de marchar acordes por toda clase de camino. Esto ya es algo cuando se tiene en perspectiva un viaje tan largo como el que nos espera. En cuanto á éste, lisa y llanamente, les diré á ustedes que no creo probable salgamos vivos de él, si tratamos de cruzar las montañas de Sulimán. ¿Cuál fué la suerte del antiguo fidalgo de Silvestre hace trescientos años? ¿Cuál la de su descendiente veintidós años atrás? ¿Cuál probablemente ha sido la de vuestro hermano?

Hice una pausa para observar el efecto de mis palabras. El capitán Good dejó ver cierta inquietud; pero sir Enrique, sin que su rostro denotara la menor impresión, contestó:

—No importa. Creo que esta expedición es un caso de conciencia.

—Quizá ustedes se pregunten—continué—cómo es que, teniendo esa creencia pesimista, me comprometo en tal empresa. Hay dos razones. Primero: soy fatalista, creo que mi hora está escrita, que no está á mi mano el adelantarla ó atrasarla y si debo morir en las Montañas de Sulimán, forzoso me será ir á ellas para en ellas morir. El Dios Todopoderoso bien sabe lo que me aguarda; así es que no debo preocuparme por tal cosa. Segundo: soy pobre. Hace cerca de cuarenta años me dedico á la caza y al comercio sin haber logrado otro fruto que cubrir mis necesidades. Ahora bien, ya saben ustedes que la vida media de un cazador de elefantes es de cuatro á cinco años, á contar desde el momento en que entra en el oficio, de donde se deduce que yo he sobrevivido á siete generaciones de mis compañeros y, por consiguiente, debo creer que mi hora no puede estar muy lejos. Dicho esto, si la muerte me sorprendiera en el curso ordinario de mis ocupaciones, pagadas mis deudas, nada sobraría á mi hijo Enrique para sostenerse en tanto adquiriría una profesión, mientras que hoy nada se lo impedirá, pues tiene lo que necesita por espacio de cinco años. Ahí tenéis, pues, las razones que me han impelido á aceptar vuestra proposición.

—Sr. Quatermain—dijo sir Enrique, que me había escuchado con la mayor atención,—los motivos que le obligan á aceptar una empresa que, según su opinión, ha de terminar desastrosamente, le honran en extremo. El tiempo y los sucesos decidi-

rán si usted tiene ó no razón; pero téngala ó no, le advierto que estoy dispuesto á llevarla hasta el fin agradable ó desagradable que nos aguarde. Sólo si espero que, caso que hayamos de perder la piel, nos consolemos antes con un poco de tiroteo, ¿no es así, Good?

—Por de contado. Los tres estamos acostumbrados á afrontar los peligros y á arriesgar nuestras vidas; así, pues, no hay que pensar ahora en retroceder. Yo voto por que inmediatamente bajemos á la cantina y consultemos el cielo respecto de nuestra suerte. Así lo hicimos, á través del fondo de nuestros vasos.

Desembarcamos al día siguiente, conduciendo á sir Enrique y al capitán Good á una choza que poseo en la Berea y que llamo mi casa. Compónese ésta de tres habitaciones y una cocina, con paredes blanqueadas y un buen jardín donde crecen unos «loquats» excelentes y unos tiernos y preciosos mangos, regalo del paladar más delicado. Cuida de este jardín uno de mis viejos cazadores, llamado Jacobo, á quien un búfalo rompió un muslo de una coz.

Sir Enrique y Good durmieron en una tienda que levantamos cerca de un pequeño bosque de naranjos, situado al final del jardín, el cual, con el perfume de las flores y la vista de las frutas verdes y doradas, era un sitio muy agradable.

Volviendo á nuestra historia, pues de no hacerlo así voy á cansaros antes que lleguemos á las montañas de Sulimán, ya resuelto á marchar me dediqué

á hacer los preparativos necesarios para la expedición. En primer lugar se legalizó la obligación de sir Enrique en beneficio de mi hijo, lo cual no dejó de presentar dificultades siendo sir Enrique extranjero y estando las propiedades gravadas al otro lado del mar. Por fin, y mediante veinte libras,—precio que me pareció excesivo, por no decir otra cosa,—se arregló satisfactoriamente. En seguida obtuve la orden á mi favor por las 1.500 libras convenidas. Pagado este tributo á mi prudencia compré un carro y un precioso tiro de bueyes en obsequio de sir Enrique.

El carro era de veintidós pies de largo, con ejes de hierro, muy resistente y ligero, y todo de madera dura y amarga. No era completamente nuevo, habiendo hecho un viaje de ida y vuelta á los criaderos ó campos de diamantes; pero en mi opinión esto lo hacía más aceptable, probando que sus maderas estaban bien sazonadas, puesto que si un carro tiene alguna parte débil ó su madera es verde, en el primer viaje salta á la vista. No tenía cubierto más que unos doce pies de su extremo posterior, siendo lo que aquí llamamos «carros de medio toldo», y dejaba la parte delantera completamente libre para los efectos que en él se hubieran de colocar.

En la parte que el toldo protegía, había un lecho de piel, suficiente para dos personas, armeros para colocar los rifles y otras pequeñas comodidades. Costó 100 libras; lo cual me pareció bien barato.

Luego, sin perder tiempo, adquirí el tiro compuesto de veinte bueyes *veteranos* del Zulú, que hacía un año ó dos me tenían enamorado; bastan diez y seis para un tiro, pero compré cuatro más para llevarlos en reserva. Estos bueyes del Zulú son pequeños y ligeros, su tamaño es como la mitad del buey africano que se emplea en los transportes de mercancías; pero, en cambio, pueden vivir fácilmente en lugares donde los segundos morirían de hambre. Con una carga ligera, hacen cómodamente cinco millas diarias, siendo más rápidos y duros de pezuña que los otros. Además, todos ellos eran *veteranos*, es decir, habían transitado por toda el Africa Austral, y, por consiguiente, estaban á prueba contra las malas aguas, que á menudo destruyen tiros enteros cuando se cambia de pastos; como también contra el *muermo*, especie de pulmonía fulminante y mortal, muy común en este país, pues todos habían sido inoculados contra dicha enfermedad.

Esta operación se practica haciendo una incisión en la cola del animal é introduciendo en ella un pedazo del pulmón lesionado de otro que haya muerto de dicha enfermedad. El resultado es que al buey se le declara ésta en una forma benigna y pierde la cola, que, por lo general, se le desprende casi de raíz, quedando completamente á cubierto de futuros ataques. A primera vista resulta cruel privar á estos animales de sus colas, especialmente en un país donde tanto abundan las moscas; pero más vale haber el sacrificio de este animalmente y salvar el hueso

que no perder ambos, buey y cola á la par, puesto que una cola sin su correspondiente buey sólo puede servir para sacudir el polvo. Confieso que resulta extraño marchar detrás de veinte rabones, en lugar de veinte rabudos, como si la naturaleza, cometiendo un pequeño error, hubiera ornado con los rígidos y cortos rabos de una partida de perros de presa las rabadillas de otra de bueyes.

En seguida pasamos á ocuparnos de las provisiones y medicinas que necesitábamos, lo que exige especial cuidado, porque no se debe cargar demasiado el carro y al mismo tiempo es indispensable llevar todo cuanto es absolutamente necesario. Afortunadamente, Good, que en su juventud había estudiado medicina y cirugía, viajaba con un espléndido botiquín y cartera de instrumentos, y conservaba más ó menos bien en su memoria cuanto en aquella época aprendiera. Verdad es que no poseía título alguno; pero, como vimos después, sabía mucho más que otros, autorizados para escribir un doctor en Medicina antes ó después de sus nombres. Durante nuestra permanencia en Durban operó á un kafir, cortándole el dedo grueso de un pie, con tal limpieza que daba gusto verle. Pero quedó sumamente confuso cuando el kafir, que había estado tranquilamente observando la operación, le pidió que le pusiese otro, advirtiéndole que uno «blanco» le vendría muy bien.

Terminados estos preliminares quedaban por ultimar dos puntos muy importantes: armas y criados.



Respecto á las primeras no puedo hacer cosa mejor que copiar la nota de las que elegimos, entre las muchas que sir Enrique traía de Inglaterra y las que yo tenía, nota que conservo en mi cartera:

«Tres grandes fusiles, cargados por la recámara de los que se usan en las cacerías de elefantes, cada uno de peso de quince libras y con cargas de once dracmas de pólvora.»

Dos de ellos eran de una reputada fábrica de Londres; pero ignoro quién hizo el mío, que no estaba tan perfectamente concluído, aunque lo he usado en varias excursiones y muerto muchos elefantes con él, portándose siempre como un arma superior, y en la cual se podría confiar ciegamente.

«Tres carabinas de dos cañones, calibre de media pulgada, construídos para cargas de seis dracmas.»

Armas muy suaves y excelentes para la caza de animales de mediano tamaño: como los antílopes y otros, y también para combate, especialmente en campo abierto, y con balas semihuecas.

«Una escopeta de Keeper, núm. 12, de dos cañones fuego central.»

Que nos prestó grandes servicios cuando tuvimos que cazar para la comida.

«Tres rifles de repetición Winchester (no carabinas) para repuesto.

»Tres revólvers de Colt, con cartuchos del mayor modelo.»

En esto consistía todo nuestro armamento, y el lector, sin duda, observará que las armas de cada

clase eran del mismo calibre y hechura, de suerte que sus cartuchos podían cambiarse sin inconveniente alguno, cosa muy importante. No me disculpo por ser tan minucioso aquí, pues todo cazador sabe la importancia que tiene el proveerse debidamente de armas y municiones para el éxito de una expedición.

Ahora ocupémonos de los hombres que debían acompañarnos. Después de pensarlo bien, decidimos limitar su número á cinco: un carretero, un guía y tres criados.

Conseguí sin mucha molestia los dos primeros. Eran zulús y se llamaban respectivamente Goza y Tom; pero los criados no ofrecían igual facilidad. Debían merecer toda nuestra confianza por su fidelidad y valor, puesto que en expediciones de esta naturaleza nuestras vidas podían depender de su conducta. Al fin logré encontrar dos: un hotentote llamado Ventvogel—pájaro de viento—y un pequeño zulú, cuyo nombre era Khiva, y presentaba la ventaja de hablar perfectamente el inglés. Yo conocía ya á Ventvogel, como uno de los mejores rastreadores que he encontrado. Nada lo cansaba, pero tenía una falta, muy común entre los de su raza: la bebida. Cuando estaba á su alcance una botella de aguardiente no se podía contar con él. Sin embargo, como nosotros nos dirigíamos á regiones donde no se encuentra una taberna, su pequeña debilidad no era cosa de temer.

Obtenido estos dos hombres, fueron vanas todas

mis tentativas para hallar otro que conviniera á mis deseos; así determinamos partir sin él, confiando en que nuestra buena suerte nos lo depararía conforme nos internáramos en el país. Pero la víspera del día marcado para nuestra partida, el zuiú Khiva me informó que un hombre deseaba verme. Terminada la comida, pues en aquel instante estábamos á la mesa, le dije que lo condujera al comedor. A poco entró un hombre como de treinta años de edad, de elevada estatura, gallarda presencia, y de color demasiado claro para ser zulú, y que, levantando su nudoso bastón á guisa de saludo, fué á ponerse en cuclillas en una esquina donde permaneció silencioso. No hice caso de él durante un rato, porque apresurarse á hablar á un zulú, da lugar á que éste crea es uno persona de poco valor ó consideración. Observé no obstante, que era un «keshla»—hombre de cintillo—es decir, que ceñía alrededor de su cabeza un anillo negro, hecho con el cabello y cierta clase de goma pulimentada con grasa, distinción que sólo usan los zulús al llegar á cierta edad ó dignidad. También me pareció que su cara no me era desconocida.

—Y bien—dije después de un rato;—¿cuál es tu nombre?

—Umbopa—me contestó con voz tranquila y sonora.

—Yo he visto tu cara antes.

—Sí; el «inkosi» (jefe) vió mi cara en «Isandhlwana», el día antes de la batalla.

Entonces lo recordé. Yo era uno de los guías de lord Chelmsford en aquella desgraciada guerra, y tuve la buena fortuna de dejar el campo, con unos carros, el día antes de la batalla. Mientras aguardaba á que se recogiera el ganado, entablé conversación con este hombre, que tenía un mando subalterno entre los auxiliares indígenas, y recuerdo que me expresó sus temores respecto á la seguridad del campo. Yo le mandé en aquella ocasión que se callara, y dejase tales asuntos para mejores cabezas; pero después hube de pensar mucho en sus palabras.

—Bueno—le dije,—¿qué quieres?

—He oído Macumazahn (este es mi nombre káfir y significa el que siempre vela) que va á una gran expedición hacia el Norte, al interior, con los jefes blancos del otro lado del mar. ¿Es cierto?

—Sí.

—He oído que va al río de Lukanga, á distancia de una luna más allá del país de Manica. ¿Es cierto también, Macumazahn?

—¿A qué nos preguntas adonde vamos ¿Qué te importa á ti?—contesté algo receloso, pues los lugares á que pensábamos dirigirnos era un secreto que á nadie habíamos revelado.

—Ojalá, hombres blancos, que así sea, porque si pensáis realmente ir hasta tan lejos, yo viajaría con ustedes.

Había cierta aire de dignidad en la manera de hablar de aquel hombre y especialmente en el empleo de las palabras «Ojalá, hombres blancos» en lugar

de «Ojalá, Inkosis» (jefes), que me llamó fuertemente la atención.

—¡Tú no hablas como debes!—le dije.—Tus palabras son imprudentes. Esa no es la manera de entendernos. Dínos cuál es tu nombre, dónde está tu kraal, para que sepamos con quién tenemos que tratar.

—Mi nombre es Umbopa. Soy zulú, mas no de su pueblo. Mi tribu habita lejos, hacia el Norte. Quedó allí cuando los zulús bajaron hacia aquí, «hace mil años», mucho antes de que Chaka reinase en la Zululandia. Yo no tengo kraal. He vivido errante durante muchos años. Cuando niño vine desde el Norte á la Zululandia. Fui el criado de Cetywayo en el regimiento de Nkomabakosi. Huí de la Zululandia y vine á Natal porque quería conocer las costumbres y artes del hombre blanco. Entonces serví en la guerra contra Cetywayo y desde esa fecha he estado trabajando en Natal. Ahora ya estoy cansado y quisiera volver al Norte. Aquí no estoy en mi centro. No quiero dinero, pero soy valiente y merecedor del puesto que ocupe en vuestro carro y de mi ración. He terminado.

Era evidente que en el fondo aquel hombre decía la verdad; pero se apartaba del modo de ser de los zulús y desconfié de su oferta de servirnos sin paga. No sabiendo qué decidir, traduje sus palabras á sir Enrique y Good, pidiéndoles su parecer. Sir Enrique me dijo que le invitara á ponerse de pie. Hízolo Umbopa, dejando al mismo tiempo deslizar el lar-



go capote militar que vestía, exhibiendo desnudo todo su cuerpo, apenas cubierto por la estrecha tela que rodeaba su cintura, y un collar hecho de garras de león que llevaba en el cuello. Indudablemente era una arrogante figura; nunca ví un indígena tan hermoso. Media unos seis pies y tres pulgadas de estatura, siendo ancho en proporción y perfectamente formado. Su piel casi no pasaba de un tri-gueño pronunciado, exceptuando varias cicatrices profundas y negras producidas por viejas heridas de azagaya. Sir Enrique se dirigió hacia él y fijó la vista en su cara inteligente y altiva.

—¡Qué buena pareja hacen! ¿Verdad?—observó Good.—Tan alto y robusto es uno como otro.

—Me agrada tu aspecto, Umbopa, y te tomo para mi servicio—dijo sir Enrique en inglés.

Umbopa lo comprendió, y lanzando una mirada á la alta estatura y poderoso pecho de aquel hombre blanco, añadió:

—Ambos, usted y yo, somos hombres.

## CAPÍTULO IV

### UNA CACERÍA DE ELEFANTES

No es mi intento narrar minuciosamente todos los incidentes de nuestra larga jornada hasta el kraal de Sitanda, cerca de la confluencia de los ríos de Lukanga y Kalukive; jornada de más de mil millas á

partir de Durban, y de las que hubimos de hacer á pie las últimas trescientas á causa de la frecuente aparición de la terrible mosca *tsetse*, cuya picadura es mortal para todos los animales, excepto el hombre y el asno.

Salimos de Durban á fines de Enero, y estábamos ya en la segunda semana de Mayo cuando acampamos en el kraal de Sitanda. Nuestras aventuras en este trayecto fueron muchas y variadas; pero, en general, de las que generalmente ocurren á todo cazador africano; así es que las pasaré en silencio, relatando sólo una que debo detallar aquí.

En Inyati, última estación comercial del país de Matabele, cuyo rey, Lobengula—entre paréntesis,—es un gran belitre, nos vimos forzados á abandonar, con gran sentimiento, nuestro carro. De la hermosa partida de veinte bueyes que habíamos comprado en Durban, solamente nos quedaban ocho. Uno había muerto de la mordedura de una cobra, tres de cansancio y por falta de agua, otro se nos había extraviado y los tres restantes habían perecido envenenados con la hierba llamada *tulipa*. Cinco más enfermaron también por ese motivo; pero logramos salvarlos haciéndoles beber una infusión de las mismas hojas, que si se administra á tiempo es un antídoto infalible. Dejamos el carro y los bueyes al cuidado de Tom y Goza, el guía y el conductor, quienes eran dignos de toda confianza, suplicando al mismo tiempo á un misionero escocés, que moraba en este salvaje lugar, no perdiese de vista nuestra

propiedad. Entonces, acompañados por Umbopa, Khiva, Ventvogel y media docena de cargadores que alquilamos en aquel lugar, proseguimos á pie nuestra arriesgada empresa. Recuerdo que todos guardábamos silencio al emprender la marcha; tal vez cada uno de nosotros pensaba si volvería á ver el carro. Largo rato anduvimos sin decir una palabra, hasta que Umbopa, que iba á la cabeza, comenzó un canto zulú, ensalzando á unos valientes que, cansados de la vida y de la pacífica monotonía de las cosas, se lanzaron á los salvajes desiertos para buscar otras nuevas ó morir, y que, ¡oh, sorpresa!, en vez de llegar al agreste lugar que creían encontrar al internarse hasta el centro de aquellas soledades, sorprendióles una tierra preciosa, habitada por graciosas y bellas mujeres, donde pastaba abundante ganado y había mucha caza y enemigos que matar.

Nos reimos al terminar su canto, creyéndole de buen agüero. Umbopa era un vivo y alegre salvaje, aunque siempre de una manera digna, á menos que le acometiera un acceso de mal humor. Tenía una maravillosa habilidad para animar á todo el mundo. No había uno entre nosotros que no le quisiera.

Y ahora vayamos á la aventura que quiero referir, porque no hay cosa que me guste tanto como un episodio de caza. A quince días próximamente de Inyati comenzamos á cruzar por un país cuyos bosques estaban abundantemente regados. Los barrancos que surcaban las colinas escondíanse bajo una espesa maleza de *idoro*, como la llaman los indíge-



nas, ó de espinoso *wacht-eenbeche* (aguarda un poco). Por doquiera se destacaban numerosos y hermosísimos árboles *machabelle* agobiados por el peso de sus frescas frutas amarillas de grandes almendras. Esta planta es el alimento predilecto del elefante y no cabía duda que algunos de esos enormes brutos debían rondar por allí, porque, á más de sus huellas, los árboles estaban desgajados recientemente y aun arrancados de raíz.

Una tarde, después de larga jornada, llegamos á un lugar delicioso. Bordeaba la base de una colina cubierta de arbustos el lecho seco de un río, en el que se veían algunas pozas de agua cristalina, cuyas orillas estaban removidas por recientes pisadas de animales. Frente á la colina encontrábase una llanura semejante á un parque, donde alternaban con montecillos de mimosas, las hojas lustrosas de algunos *machabelles*, mientras que abarcándolo todo, dilatábase en derredor cual ancho mar, en espesa y silenciosa arboleda.

Nos dirigimos al exhausto cauce, y al poner nuestros pies sobre su lecho hicimos partir en repentina y precipitada fuga una manada de jirafas, que, con sus colas levantadas y extraña manera de correr, más que galopar parecían navegar por aquel océano de verdura, acompañadas por el castañeteo de sus rápidas pisadas. Estaban á trescientas varas de nosotros, por consiguiente fuera de tiro; pero Good, que marchaba á la cabeza con su arma cargada, no pudo contenerse y, sin detenerse á apuntar, hizo fuego

sobre la más rezagada de la partida; la cual, herida en el cuello, por un azar inexplicable, y dando una voltereta como un conejo, fué á rodar por el suelo con las vértebras cervicales destrozadas. Nunca había visto cosa más curiosa

—¡Voto va!—exclamó Good, quien tenía, aunque con pesar lo afirme, el hábito de emplear, cuando se excitaba, un lenguaje sobrado rudo, sin duda contraído en su vida de marino:—¡Voto va! ¡La maté!

—¡Oh, «Bougwan!»—gritaron los kafiros, ¡oh! ¡oh!—quienes llamaban á Good «Bougwan», ojo de vidrio, á causa de su lente.

—¡Bravo, «Bougwan!»—repetimos sir Enrique y yo;—y desde aquel momento la reputación de nuestro amigo como tirador quedó definitivamente establecida entre los kafiros, aunque en realidad lo era bien malo. Pero disimulábamos sus yerros en obsequio de aquella jirafa.

Enviamos á algunos de los nuestros á cortar carne de la jirafa, y nosotros emprendimos la construcción de un *scherm* ó alojamiento, como á cien varas á la derecha de una charca. Para ello cortamos una buena cantidad de arbustos espinosos, que se plantan, enlazándolos de manera que formen un seto ó valla circular, y después de limpiar el espacio que encierran, en el centro se tiende una cama de yerba tambouki seca, si se encuentra, y se encienden una ó varias hogueras.

Cuando terminábamos dicha obra, la luna aparecía en el horizonte, y nuestra cena, compuesta de

carne de jirafa y de sus huesos medulares asados, estaba ya dispuesta. ¡Cómo gustamos de su sabroso tuétano á pesar del trabajo que nos costó romper los huesos! No conozco bocado más exquisito, si se exceptúa el corazón del elefante, y con eso nos regalamos al siguiente día. Cenamos nuestras sencillas viandas á la luz de la luna, deteniéndonos á veces para congratular á Good por su maravilloso tiro, y terminadas nos pusimos á fumar y conversar; por cierto que debíamos formar un curioso cuadro, sentados como estábamos en diferentes posiciones alrededor del fuego. Indudablemente, yo con mi cabello erizado algo gris y sir Enrique con sus amarillentas guedejas, que ya comenzaban á estar demasiado largas, haríamos notable contraste, sobre todo, atendiendo á que yo soy bajo, delgado y trigüeño, y sir Enrique es alto, grueso y muy blanco. Pero creo que el más raro de los tres, desde todos los puntos de vista, era el capitán Good, quien sentado sobre un saco de cuero parecía como si acabara de llegar de un agradable día de caza en un país civilizado, completamente pulcro y esmeradamente vestido. Llevaba un traje de caza escocés obscuro, un sombrero que hacía juego con él, y unas limpias polainas. Como de costumbre, estaba cuidadosamente afeitado, y su lente y sus dientes no delataban el menor olvido; en resumen, su conjunto era el del hombre más elegante que jamás hubiera encontrado en el desierto. Aún más: tenía puesto un cuello de celuloide, de los cuales traía algunos de repuesto,

—Ya ve usted, pesan tan poco—me había dicho con un aire inocente al expresarle mi sorpresa por tal cosa.—Además, me gusta parecer siempre un caballero.

Como iba diciendo, estábamos todos sentados, conversando á la luz hermosísima de la luna, y á la par observando á los kafires, que á corta distancia de nosotros fumaban su embriagadora «daccha» en pipas con boquillas de cuerno de antilope, hasta que uno á uno, envolviéndose en sus mantas, fueron quedándose dormidos al amor de la lumbre. No todos se durmieron, pues Umbopa, quien según había observado no se mezclaba mucho con los demás, estaba sentado aparte con la barba apoyada en la mano, y, al parecer, profundamente pensativo.

De pronto un poderoso rugido partió del fondo del tupido monte que estaba á nuestras espaldas.

—¡Ese es un león!—exclamé yo—y todos nos pusimos á escuchar. Pero casi no había terminado mis palabras, cuando hacia la charca, que, como dije, distaba unas cien varas de nosotros, resonó el estridente trompeteo de un elefante «¡Unkungunklovo! ¡Unkungunklovo!» (¡elefante! ¡elefante)!—murmuraron los kafires—y á los pocos minutos vimos una serie de bultos enormes y oscuros que lentamente se alejaban de aquel lugar. Good, de un salto se puso en pie, ansioso de hacer rodar una nueva pieza, creyendo tal vez que matar un elefante era cosa tan fácil como lo había sido para él concluir con una ji-

rafa; pero yo le cogí por el brazo y le hice sentar, diciéndole:

—Cuidado con lo que hacéis; dejad que se vayan.

—Paréceme que estamos en un paraíso de caza. Propongo que nos detengamos aquí un día ó dos y veamos cómo andan nuestras armas—dijo sir Enrique.

Quedé completamente sorprendido al oír esto, porque hasta aquel momento sir Enrique sólo pensaba en acelerar nuestra marcha, especialmente desde Inyati, adonde nos cercioramos que hacía cosa de dos años un inglés llamado Niville había vendido un carro y continuado á pie su viaje hacia el interior. Pero sus instintos de cazador se apoderaron completamente de él.

Good casi saltó de contento. Ardía en deseos de probar su puntería en aquellos elefantes, y hablando francamente lo mismo hice yo, porque remordía á mi conciencia dejar que tan hermosa manada escapase ilesa, cuando tan cerca estaba de la boca de mi rifle.

—Perfectamente—dije.—Creo que no nos vendrá mal ese pequeño recreo. Ahora durmamos, pues para el alba debemos estar en camino, si queremos sorprenderlos pastando antes de que emprendan sus correrías.

Los demás asintieron, y nos dirigimos á la cama. Good se quitó la ropa, la sacudió, y después de guardar su lente y dentadura postiza en el bolsillo de los pantalones, la dobló con esmero, colocándola

bajo su impermeable para resguardarla del sereno. Sir Enrique y yo nos contentamos con arreglos más rudimentarios y bien pronto, envueltos en nuestras mantas, dormíamos con ese sueño profundo y tranquilo de los cazadores y de los viajeros.

De repente nos despertó el ruido de una violenta lucha que parecía efectuarse cerca de la charca, y casi en el mismo instante nos ensordeció una serie de terribles rugidos. No podíamos equivocarnos, sólo un león era capaz de producirlos. Nos pusimos en pie, y mirando al citado lugar descubrimos una masa confusa y negruzca que se iba acercando á nosotros. Cogimos los rifles, y calzándonos las abarcas, abandonamos el «scherm» para salir á su encuentro; pero al hacerlo, la vimos caer y rodar por el suelo, y cuando llegamos hasta ella sus agitadas convulsiones habían cesado. Su inmovilidad era absoluta.

Entonces comprendimos lo que era. Tendidos sobre la hierba, completamente muertos, teníamos á nuestros pies un antilope negro, el más hermoso de las antilopes africanos, y clavado en sus largos y curvos cuernos, un magnífico león de negra melena. Evidentemente aquel antilope bajó á la charca para beber, y el león, sin duda el mismo que antes oímos, de un salto se había abalanzado sobre el citado animal mientras bebía, y éste, recibéndole sobre sus agudas defensas, lo traspasó de parte á parte. Ya en otra ocasión había presenciado una cosa igual. El león, no pudiendo desprenderse de ellas, destrozó con sus poderosas mandíbulas y garras la espalda y

cervíz de su intentada presa, la que, aterrorizada por el miedo y el dolor, había pugnado por escapar hasta que cayó muerta.

Tan pronto como hubimos examinado suficientemente los cadáveres de aquellos animales, llamamos á los kafires y entre todos los arrastramos al «scherm», y volvimos á nuestras camas para despertar con los primeros albores de la mañana.

Al asomar el día, estábamos ya de pie y haciendo los últimos preparativos para nuestra excursión. Nos armamos con los tres rifles de á ocho y una buena provisión de cartuchos, llenamos nuestras tres cantimploras con té frío y claro, que siempre me ha parecido la mejor bebida y, después de tomar un almuerzo ligero, partimos acompañados por Umbopa, Khiva y Ventvogel, ordenando á los otros kafires que quitasen las pieles al león y antilope y descuartizaran al último.

No fué difícil ponernos sobre la pista de los elefantes, que Ventvogel, después de examinarla, declaró formada por una partida de veinte á treinta, y en su mayoría completamente desarrollados. Pero la manada se había alejado durante la noche y eran ya las nueve y el sol calentaba demasiado, antes que los árboles desgajados, las hojas pisoteadas, las cortezas arrancadas y el humeante estiércol nos delataran su próxima aparición.

En efecto, á los pocos momentos descubrimos la manada, que contaba, como Ventvogel calculó, de veinte á treinta cabezas, descansando tranquilamen-



te en una hondonada y espantándose las moscas con sus grandes orejas. Era un espléndido espectáculo el que ofrecía á nuestro vista aquellos gigantes cuadrúpedos.

Unas doscientas yardas los separaban de nosotros. Cogí un puñado de hierba seca y lo tiré hacia arriba para conocer por donde soplabá el aire, pues si nos llegaban á husmear se pondrían fuera de nuestro alcance antes de que tuviéramos tiempo de enviarles una bala; el viento, si es que había alguno, parecía venir desde los elefantes hacia nosotros. Seguro de ello, nos echamos al suelo y, cubiertos por los arbustos, nos arrastramos sigilosamente hasta llegar á cuarenta metros de los elefantes sin causarles la menor alarma.

Precisamente quedaron delante de nosotros, presentándonos sus costados, tres brutos colosales, uno de ellos con enormes colmillos. Advertí muy quedo á mis compañeros que elegía el del centro; sir Enrique cubrió con su arma el de la izquierda y Good el de la derecha, que era el de las grandes defensas.

—¡Ahora!—exclamé.

La triple explosión de nuestros rifles siguió rápidamente á mi palabra y el elefante de sir Enrique cayó como herido por un rayo, con el corazón partido de un balazo. El mío dobló las rodillas, y cuando creía verle rodar por el suelo volvióse á levantar, y, lanzándose en precipitada carrera, pasó cerca de mí. Nuevamente le hice caer con una nueva bala que le clavé entre las costillas, y, cargando al mis-



mo tiempo que corría hacia él, puse con otra, que le metí en el cerebro, término á la agonía del pobre animal. Entonces volvíme para ver cómo Good se las había arreglado con su coloso, cuyos chillidos de cólera y dolor escuchara mientras remataba al mío; al acercarme al capitán le encontré en un gran estado de excitación. Según parece, su elefante al sentirse herido dirigióse furioso contra su agresor, quien apenas tuvo tiempo para separarse de su dirección, continuando en su ciega acometida en sentido de nuestro campamento. Mientras tanto la manada, presa del pánico, había desaparecido por el lado opuesto.

Discutimos por corto tiempo si debíamos perseguir al elefante herido ó continuar tras la manada, y, decidiendo esto último, partimos seguros de que nunca volveríamos á ver sus enormes colmillos. ¡Ojalá hubiera sido así! Fácil cosa fué continuar nuestra persecución, porque los elefantes, en su desesperada fuga, habían aplastado el tupido arbusito como si fuera endeble hierba, dejando un rastro que parecía un camino carretero.

Pero alcanzarlos no era cosa tan fácil y tuvimos que caminar dos horas largas con un sol que nos quemaba las espaldas. Estaban, excepto uno, aglomerados en un grupo, y pude ver, por la inquietud que manifestaban y el continuo movimiento de sus trompas hacia arriba para olfatear el aire, que se hallaban alarmados y dispuestos á evitar otro ataque. El elefante que se destacaba de los demás parecía

un centinela, que como á cincuenta metros de la manada y sesenta de nosotros, vigilaba por la seguridad de todos. Seguro de que si tratábamos de aproximarnos nos descubriría y daría la señal de alarma á sus compañeros para que desaparecieran de nuestra vista; lo tomamos por blanco, y á mi voz de aviso, hicimos fuego, dejándole instantáneamente muerto. Otra vez la manada se puso en fuga; pero, desgraciadamente para ellos, cortaba la dirección en que corría, y como á cien varas del sitio en que la sorprendimos, un profundo barranco de escarpadísimas orillas, en donde el impulso de la carrera hubo de precipitarla. Cuando llegamos á aquel lugar, muy parecido por cierto al sitio donde fué muerto el príncipe imperial en la Zululandia, presenciarnos desde el borde de dicho barranco cómo los aterrorizados animales se revolvían en confuso tropel al tratar de subir por la otra orilla, chillando alborotadamente al empujarse y atropellarse como hombres en su egoísta pánico. Aquella era nuestra oportunidad y la aprovechamos disparando con la rapidez que la carga nos permitía; matamos cinco de aquellas infelices bestias y hubiéramos concluido con todas si, dejando repentinamente su empeño por ascender hacia el lado opuesto, no se hubieran lanzado impetuosamente agua abajo por el seco lecho del torrente. Estábamos demasiado cansados para perseguirlos, y tal vez también un poco ahitos de matanza, pues ocho elefantes era una ración algo más que buena para un día.

Descansamos un rato, y luego que los kafires

arrancaron el corazón á dos de los elefantes recién muertos para nuestra cena de aquella noche, emprendimos la marcha hacia nuestro campamento; contentos con nuestra fortuna y resueltos á enviar á los kafires al siguiente día para que recogieran los colmillos de nuestras víctimas.

A poco de pasar por el sitio donde Good hirió al elefante de aspecto patriarcal, encontramos un rebaño de antílopes, sin que les hiciéramos fuego, porque estábamos provistos con exceso de carne. Alejáronse al trote en sentido opuesto al nuestro, y como á cien varas, se detuvieron tras un montecillo, y, dando una vuelta, se pusieron á mirarnos. Good, que deseaba examinarlos de cerca, pues nunca había tenido ocasión de verlos, dió su rifle á Umbopa y seguido de Khiva se acercó hacia aquel lugar. Nosotros nos sentamos para esperarle, contentos de este deseo suyo, que nos permitía descansar un poco.

El sol tocaba á su ocaso envuelto en su rojiza aureola, y sir Enrique y yo admirábamos la belleza del paisaje. De repente oímos el agudo grito de un elefante y vimos su enorme mole que, con los colmillos en ristre y aire acometedor, se proyectaba en el grande y enrojecido globo del sol. En seguida descubrimos algo más: á Good y Khiva que con veloz carrera venían hacia nosotros, huyendo del elefante herido (porque era el mismo), que les perseguía de cerca. Por un momento no nos atrevimos á hacer fuego, aunque hubiera sido casi inútil á la dis-

tancia á que estábamos, temerosos de herir á uno de ellos; y ya nos disponíamos á usar de nuestras armas, cuando ocurrió una cosa terrible. Good era víctima de su pasión por los trajes de los países civilizados. Si hubiese consentido en separarse de sus pantalones y polainas como nosotros lo hicimos, y cazar con un traje de franela y un par de abarcas, todo hubiera ido bien; pero vestido como estaba, los pantalones le molestaban en su desesperado escape, y, cuando distaba sólo unos sesenta metros de nosotros, sus botas, pulidas por la yerba seca, resbalaron, y cayó de boca á los pies de su furioso perseguidor.

Lanzamos un grito, porque sabíamos que su muerte era inevitable y, corriendo tanto como podíamos, nos dirigimos hacia él. En tres segundos todo había terminado, pero no como nosotros esperábamos. Khiva, nuestro muchacho zulú, vió la caída de su amo, y bravo como un león y ligero como un rayo, volvióse y lanzó su azagaya contra la cara del elefante, clavándosela en la trompa.

El colérico bruto lanzó un grito de dolor, asió al pobre zulú, lo arrojó contra la tierra, y poniendo su disforme pie sobre el centro de su cuerpo, enroscó la trompa en la parte superior del tronco y le partió en dos pedazos.

Nos lanzamos ebrios de ira sobre la terrible fiera y la acribillamos á balazos, hasta que cayó muerta sobre los fragmentos del zulú.

Good se levantó, y, desesperado, se retorció las manos sobre el cadáver del valiente que había dado

su vida por salvarle. Yo, aunque viejo en el oficio, sentí un nudo en mi garganta. Umbopa, de pie, contemplaba el gigantesco cadáver del elefante y los mutilados restos del pobre Khiva.

—¡Ha muerto!—dijo lentamente;—pero ha muerto como un hombre.

## CAPÍTULO V

### Á TRAVÉS DEL DESIERTO

Habíamos matado nueve elefantes y necesitamos dos días para arrancarles los colmillos, traerlos á nuestro campamento y enterrarlos cuidadosamente en la arena, bajo un árbol que se distinguía de los demás en muchas millas á la redonda. Era un precioso lote de marfil: cada colmillo pesaba, por término medio, de cuarenta á cincuenta libras, exceptuando los del enorme elefante que mató al pobre Khiva, los cuales, á nuestro juicio, debían juntos alcanzar á unas ciento setenta.

Enterramos los restos de este bravo zulú en la cueva de un oso hormiguero, acompañados con una azagaya que le sirviera para defenderse durante su viaje á un mundo mejor. Al tercer día emprendimos la marcha, animados por la esperanza de que, tal vez en no lejano tiempo, de regreso al mismo sitio, podríamos desenterrar nuestro marfil. Después de una larga y fatigosa caminata y varias aventuras que

no tengo tiempo para relatar, llegamos al kraal de Sitanda, en las cercanías del río de Lukanga, verdadero punto de partida de nuestra expedición..

Recuerdo perfectamente el aspecto de aquel lugar á nuestra llegada. A la derecha veíanse varias chozas diseminadas y unos cuantos corrales vallados con piedra; abajo, cerca de un arroyuelo, algunas tierras cultivadas que daban su escasa provisión de granos á los salvajes moradores del kraal, y más allá, extensos y ondulantes campos de movable arena, cubiertos por altas yerbas, donde pacían rebaños de pequeños animales. Aquel punto parecía el puesto avanzado de la fértil comarca que á nuestras espaldas se dilataba, y difícil es explicar las causas naturales que produjeron cambio tan repentino en los opuestos caracteres de aquel suelo. Cerca, lamiendo los pies del lugar en que acampamos, corría un arroyuelo, y en su vertiente opuesta alzábase lentamente una pedregosa colina, la misma por cuya falda había visto, veinte años antes, descender arrastrándose al pobre Silvestre, fracasado en su proyecto de llegar á las minas de Salomón. Al otro lado de ella comenzaba el desierto, en cuyo ardoroso suelo brotaban raquíuticos arbustos. Expiraba la tarde cuando plantábamos nuestro campo. El encendido y majestuoso disco del sol parecía posar sobre la superficie de aquel tostado erial. Sus brillantes rayos, surcando el espacio, vestían con cambiantes de sorprendentes matices la vasta inmensidad que nos rodeaba

Mientras Good se ocupaba de disponer nuestro pequeño campamento, sir Enrique me acompañó hasta la cima de la colina desde donde contemplamos el desierto. La atmósfera era diáfana, y lejos, perdiéndose en el horizonte, pude distinguir las casi desvanecidas y azuladas siluetas de las cimas de las montañas de Sulimán, blanqueadas por la nieve.

Ahí tenéis la muralla que guarda las minas de Salomón. Sólo Dios sabe si llegaremos hasta ella.

—Mi hermano debe estar allí, y si así es, yo me reuniré con él—dijo sir Enrique con ese tono de tranquila confianza que caracteriza al hombre resuelto.

—Dios lo quiera—repuse.

Y volviéndome para regresar á nuestro campamento, ví que no estábamos solos. A nuestras espaldas el arrogante Umbopa también miraba con marcada ansiedad hacia las apartadas montañas.

El zulú, al notar que yo lo había visto, dijo, dirigiéndose á sir Enrique, el mismo tiempo que tendía su ancha azagaya hacia ellas:

—¿Es á esa tierra adonde tú caminas, Incubu? (palabra nativa que significa elefante y que era el nombre dado á sir Enrique por los cafires).

Preguntéle con acento severo cómo se atrevía á hablar á su amo de una manera tan familiar. Santo y bueno que los indígenas nos bauticen con nombres á su capricho; pero no es nada decente que vengan á lanzárnoslos al rostro, llamándonos con

sus bárbaros apelativos. El zulú sonrió tranquilamente, lo cual me llenó de cólera.

—¿Cómo sabes tú que yo no soy igual al Inkosi á quien sirvo? No dudo que es de sangre real: eso se ve en su tamaño y en sus ojos; y ¿no podría ocurrir que yo lo fuese también? Por lo menos mi estatura no es menor que la suya. Habla por mí ¡oh Macumazahn! y repite mis palabras al Inkosi Incubu, mi dueño, porque quiero hablar con él y contigo.

Yo estaba encolerizado. Jamás un kafir me había hablado de tal modo; pero sus expresiones me causaron alguna curiosidad por saber lo que iba á decir, así es que, conteniéndome, traduje su pregunta, añadiendo al mismo tiempo que aquel indígena era un atrevido y que debía ponerse coto á su impertinente charlatanería.

—Sí, Umbopa, camino hacia ella—contestó sir Enrique.

—El desierto es muy vasto y no hay agua en él. Las montañas son altas, la nieve las cubre y ningún hombre puede decir que es lo que se encuentra más allá, detrás del sitio donde el sol se oculta. ¿Cómo llegarás hasta allí, Incubu, y qué motivos tienes para ello?

Volví á traducir y sir Enrique contestó:

—Decidle que creo que un hombre de mi sangre, mi hermano, ha ido á ese lugar no ha mucho tiempo y que voy á buscarle.

—En efecto, así es, Incubu. Un hombre que encontré en el camino me dijo que hacía dos años un



blanco había entrado en el desierto caminando hacia esas montañas acompañado de su criado, y que no han vuelto.

—¿Cómo sabes que era mi hermano?

—Yo no he dicho eso. Pero al preguntarle al hombre las señas de aquel blanco me contestó que tenía tus mismos ojos y una barba negra. Añadió además que le acompañaba un cazador bechuano llamado Jim, el cual iba vestido.

—Estaba seguro de ello—exclamó sir Enrique volviendo la cabeza;—cuando Jorge resolvía hacer una cosa, generalmente la llevaba á efecto. Siempre fué así desde su niñez. Si se le antojó cruzar las montañas de Sulimán, tengo la seguridad de que las cruzó. Por consiguiente, debemos buscarle al otro lado de ellas.

Umbopa entendía el inglés y hasta lo hablaba, por lo cual, al concluir sir Enrique, observó:

—El viaje es muy largo, Incubu.

—Sí—replicó sir Enrique, á quien traduje la anterior observación.—Es muy largo; pero no hay camino sobre la tierra que un hombre no pueda recorrer si en su ánimo firmemente lo resuelve. Nada hay, Umbopa, que se resista á su voluntad: salvará las más altas montañas y cruzará los más dilatados desiertos, cuando le guíe el amor, y, aún despreciando su vida, está pronto á conservarla ó perderla obediente á los designios de la Providencia.

—Grandes son tus palabras, padre; grandes y hermosas, dignas de la boca de un hombre. Tienes ra-

zón, padre Incubu. ¡Escucha! ¿Qué es la vida? Es una pluma, es la ligera semilla de la hierba que el viento esparce por doquiera, y ora se multiplica aquí para perecer en el acto, ora se pierde allá arrastrada hacia el espacio. Pero si la semilla es buena y pesada quizá logre moverse un corto trecho, según el sentido que desea. Bueno es que probemos y hagamos nuestro camino luchando contra la adversidad. El hombre tiene que morir. Todo lo demás que puede ocurrir que muera un poco antes. Te seguiré á través del desierto y contigo cruzaré por encima de las montañas, á menos que caiga en el camino.

Calló unos momentos, y de pronto, rompiendo en uno de esos rasgos de elocuencia, bastante comunes entre los zulús y que, á mi entender, por más que abundan en vanas repeticiones, prueban que esa raza no está desprovista de un instinto poético y facultades intelectuales, continuó:

—¿Qué es la vida? Decidme. ¡Oh hombres blancos! Vosotros que sois sabios, vosotros que conocéis los secretos de este mundo, del mundo de las estrellas y del mundo que se extiende por encima y alrededor de ellas; vosotros que desde lejos lanzáis vuestras palabras sin que se oiga su sonido, decidme, hombres blancos, el secreto de nuestra vida, ¿de dónde viene y adónde va? No me podéis contestar; no lo sabéis. Escuchadme, yo os lo voy á revelar. Surgimos de la nada para hundirnos en la muerte. Semejante al pájaro que en una noche tempestuosa el viento

Arrebata, véñse nuestras alas un instante á la luz del relámpago, para de nuevo perðernos entre profundas tinieblas. La vida es la luciérnaga que brilla por la noche y desaparece al despertar del día; es la pequeña sombra que se desliza sobre el cespel y muere con el postrer rayo del sol.

—Eres un hombre bien extraño—dijo sir Enrique al concluir aquél de hablar.

Umbopa sonrió.

—Creo, Incubu, que somos muy parecidos. Tal vez yo también voy á las montañas en busca de un hermano.

No pude menos de mirarle con desconfianza, preguntándole bruscamente:

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Qué sabes tú de las montañas?

—Poco, muy poco. Guardan un extraño país, un país de hechicerías y cosas maravillosas, tierra de un pueblo bravo, hermosos árboles, frescos arroyos, nevadas montañas de largo y ancho caminar. He oído hablar de él. ¿Pero á qué perder el tiempo en palabras inútiles? La noche se aproxima. Aquellos que vivan para ver, verán.

Volví á mirarle recelosamente, porque sin duda alguna aquel hombre sabía demasiado.

El comprendió mi mirada.

—No debes temerme, Macumazahn, porque no abro trampas para que caigas en ellas. Si acaso llegamos á cruzar aquellas montañas, te diré todo cuanto sé. Pero la muerte vigila desde sus cimas. Sé pru-

dente y vuelve. Vete á cazar elefantes. ¡Nada más tengo que decir!

Y sin pronunciar una palabra levantó su lanza á manera de saludo y regresó hacia nuestro campo, donde poco después le encontramos limpiando un rifle como cualquiera de los otros kafires.

—Ese zulú es muy extraño—díjome sir Enríque.

—Sí, demasiado extraño, y no me agradan nada sus reticencias. Sabe algo y se lo calla; pero no hay necesidad de reñir con él. Vamos á efectuar una excursión muy aventurada, y un misterioso zulú no hará cosa de mucha importancia, bien vaya en pro ó bien en contra.

Al siguiente día hicimas todos los preparativos necesarios para partir. Naturalmente nos era imposible atravesar el desierto llevando los pesados rifles que traíamos para la caza de elefantes, ni otros muchos efectos; así despedimos á nuestros cargadores y tratamos con un indígena viejo, cuya choza teníamos cerca, para que los guardara hasta que regresáramos.

Dolíame en el alma abandonar armas tan finas como aquellas á merced de un envejecido ladrón, de un salvaje cuyos ojos avarientos podíamos ver cómo las cubrían con una mirada de exaltada codicia. Por ello tomé ciertas precauciones.

Ante todo cargué los rifles y le dije que si los tocaba se dispararían al punto. En seguida quiso hacer la prueba con el mío, y así sucedió, escapándose el tiro, que á más de atravesar de parte á parte una de sus vacas que en aquel momento conducían al kraal,

le hizo rodar por el suelo al empuje del retroceso. Levantóse muy asustado, nada contento por la pérdida de su vaca, que tuvo la imprudencia de querer que le pagase, y seguro estoy que nunca más después volvió á tocarlos.

—Ponga esos diablos ahí arriba, en el techo, fuera del paso, que no los podamos tocar, pues de lo contrario nos matarán á todos.

Entonces le dije que si á nuestra vuelta me faltaba una sola cosa de lo que dejaba á su cuidado, lo mataría con toda su gente por medio de mis brujerías, y que si moríamos y trataba de robarnos, mi espíritu le perseguiría á todas horas, haría rabiar á su ganado, agriaría la leche de sus vacas, hasta que la vida le fuera insufrible, y por último, dejaría que los diablos que guardaba en los fusiles salieran á hablarle de un modo que no le habría de gustar. Juróme que cuidaría las armas como si fueran el espíritu de su padre, pues era tan supersticioso como malvado.

Habiéndonos desprendido de todo lo supérfluo, nos ocupamos en disponer los efectos que nosotros cinco, sir Enrique, Good, yo, Umbopa y el hotentote Ventvogel íbamos á llevar en nuestro viaje. Eran bien pocos y, sin embargo, por más que lo intentamos, no nos fué posible reducirlos á menos de cuarentas libras por persona. Consistían en los siguientes:

Los tres rifles de á ocho con doscientos cartuchos para cada uno.

Los dos Winchester de repetición, para Umbopa y Ventvogel, con igual número de municiones.

Tres revólvers de Colt con sesenta cápsulas.

Cinco cantiploras para agua, cada una de dos cuartillos.

Cinco mantas.

Veinticinco libras de cecina. Algunos medicamentos, incluyendo una onza de quinina, y uno ó dos instrumentos pequeños de cirugía.

Nuestros cuchillos y otras pequeñeces, tales como una brújula, fósforos, un filtro de bolsillo, tabaco, una botella de aguardiente y las ropas que vestíamos.

Esto componía todo nuestro equipo, que sin duda era bien pobre para nuestros proyectos; pero no nos atrevimos á aumentarlo con un solo objeto más. Y aún era demasiado para atravesar bajo su peso el ardoroso desierto, en donde cada onza que se aumenta se hace sentir de un modo agobiador; pero, como he dicho, no había medio de reducirlo. Llevábamos lo estrictamente necesario.

A duras penas y persuadidos por la oferta que les hice de tres cuchillos de caza, pude lograr que tres miserables indígenas de aquella aldehuela se resolvieran á acompañarnos durante la primera jornada, unas veinte millas, llevándonos cada uno una calabaza con un galón de agua.

Mi objeto era rellenar nuestras cantiploras después de la primera noche de marcha, pues habíamos decidido partir con el fresco á la caída de la

tarde. Les dí á entender que íbamos á cazar aves-truces muy abundantes en el desierto. Charlaron entre sí, encogióronse de hombros y después de decirnos que estábamos locos y moriríamos de sed (que me parecía lo más probable), consintieron en cuanto les pedía seducidos por los cuchillos, prendas de inestimable valor casi desconocidas entre ellos, y tal vez después de reflexionar que nuestra muerte no era cosa de su incumbencia.

Pasamos descansando y durmiendo la mayor parte del día siguiente, y á la puesta del sol comimos opíparamente carne fresca y té, el último, como dijo Good con cierta tristeza, que tomaríamos sabe Dios hasta cuando. Concluídos los últimos preparativos nos echamos de nuevo, esperando la salida de la luna.

Por fin hacia las nueve elevóse este astro en todo su esplendor, inundando aquellas salvajes comarcas con ondas de argentina y páliza luz, que, arrancando al desierto de las tinieblas que lo envolvían, hizo aparecer su inmensa superficie cual brillante y petrificado mar, perdiéndose en el horizonte tan silenciosa y solemne como el tachonado firmamento que nos cubría. Nos levantamos, y aunque á los pocos minutos estábamos listos para partir, dudamos un momento, porque del hombre es vacilar ante los pasos irrevocable. Sir Enrique, Good y yo, formábamos un grupo; Umbopa, con la azagaya en la diestra y el rifle cruzado á la espalda, á algunos pasos de nosotros, miraba fijamente hacia el desier-

to; y los tres indígenas, con sus calabazas de agua, y Ventvogel, esperaban á espaldas nuestras.

Sir Enrique, con su voz gruesa y severa, dijo en este instante:

—Señores, vamos á emprender uno de los viajes más extraordinarios que el hombre puede intentar sobre la tierra. Muy dudoso es que el éxito corone nuestros esfuerzos; pero somos tres hombres que siempre estarán unidos hasta el último momento, tanto en la fortuna como en la adversidad. Y ahora, antes de partir, roguemos al Creador, árbitro de la suerte de todos los seres, quien desde las más remotas edades tiene marcadas nuestras sendas, para que dirija nuestros pasos conforme á su santa voluntad.

Se descubrió, y por espacio de un minuto permaneció con la cabeza inclinada, apoyando la frente sobre sus manos. Good y yo hicimos lo mismo.

Yo no soy muy devoto, como buen cazador. En cuanto á sir Enrique jamás le había oído expresarse de esa manera ni le volví á oír, salvo en otra ocasión tan solemne como aquélla. De cualquier modo creo que, con una sola excepción, nunca he orado en mi vida con tanto fervor como en aquel momento, sintiéndome al terminar lleno de confianza y tranquilidad. Nuestro futuro nos era completamente desconocido, y lo desconocido y lo pavoroso siempre empujan al hombre hacia su Creador.

—Y ahora—dijo sir Enrique;—¡adelante!  
Emprendimos la marcha.



Nada podía servirnos de guía excepto las distantes montañas y el plano del antiguo José da Silvestre, que, teniendo en cuenta que fué dibujado por un moribundo medio loco y sobre un pedazo de tela hacía tres siglos, no era cosa que pudiera merecer nuestro crédito. Sin embargo, en él descansaba nuestra única esperanza de salvación. Si por desgracia no encontrábamos la poza que marcaba el viejo fidalgo en el centro del desierto, á sesenta millas de nuestro punto de partida y de las montañas, no había remedio para nosotros. Estábamos condenados á perecer miserablemente de sed. Y para mí, las probabilidades de hallarla en aquel inmenso mar de arena y mezquinos karus casi no existían, porque aun suponiendo que Silvestre la indicase en su verdadero lugar, ¿no podía el sol haberla secado completamente ó destruído los animales con sus pisadas ó cegado la movible arena?

Andábamos silenciosos como sombras en medio de la noche. Las desnudas ramas de los karus se nos enredaban en las piernas, retardando nuestra marcha, y la arena, introduciéndose en nuestro calzado y hasta en las botas de Good, nos obligaba de rato en rato á detenernos para quitarla. La atmósfera estaba pesada; sin embargo, sentiase un agradable fresco y pudimos avanzar bastante. El silencio y la soledad que nos rodeaba gravitaba pesadamente sobre nosotros. Good, sin duda para rechazar su influencia, comenzó una vez á silbar el aire de una canción; pero las notas sonaban tan lúgubrementemente en la vasta pla-

nicie que no tardó en volver á callar. Al poco rato ocurrió un incidente que, si al pronto nos inquietó, acabó por hacernos reir á carcajadas. Good, que como marino conocía el manejo de la brújula, utilizaba este instrumento para la marcha. Seguíamosle de uno en uno, cuando repentinamente le vimos desaparecer lanzando una exclamación, á la vez que por todas partes nos envolvía, en extraordinario desconcierto, una confusa mezcla de resoplidos, alaridos y rápidas pisadas. A la débil luz que pugnaba con la lóbreguez de la noche, entrevimos varias sombras oscuras que parecían brotar del suelo y se alejaban en descompasado galope. Nuestros indígenas, tirando sus cargas, se prepararon á combatir; mas recordando que nadie ni nada había allí que les pudiera atacar, arrojáronse aterrorizados al suelo aullando que aquellos eran cosás del demonio. Sir Enrique y yo nos detuvimos completamente sorprendidos, y no disminuyó nuestro asombro cuando reapareció Good, quien, gritando como un desesperado, cabalgaba en algo que, parecido á un caballo, le arrebatava en fantástico escape hacia las montañas. Apenas tuvimos tiempo de darnos cuenta de esta especie de visión, cuando le vimos levantar los brazos y venir á tierra, llegando á nosotros en perfecto acorde el ruido del porrazo y la acentuación de un juramento. Entonces comprendí lo que había ocurrido. Nos habíamos metido dentro de una recua de quagas dormidas, y Good, tropezando con una, cayó sobre sus lomos despertando al animal, que, asustado, se puso de pie

y huyó, arrastrándole en su fuga. Después de tranquilizar á los demás, corrí hacia Good temeroso de que hubiera recibido algún golpe; pero con gran satisfacción mía le encontré sentado en la arena, con el lente fijo en su sitio, algo agitado, muy sobresaltado y sin la menor lesión. Pasada esta aventura, continuamos la marcha sin que nos ocurriera nada nuevo. A la una hicimos alto, bebimos un poco de agua, escatimándola todo lo posible, y después de media hora de descanso volvimos á emprender nuestro camino.

Paso tras paso avanzábamos hacia nuestro destino. Por fin el orto comenzó á teñirse con los suaves arreboles, nuncios del naciente día. A poco surgieron del horizonte tenues rayos de argentada luz, que, marcándose más y más conforme aumentaban en brillantez, terminaron por destacarse sobre los azules celages del cielo como barras de oro, á través de las cuales, deslizándose el alba, corrió á tenderse por el ámbito vasto del desierto. Las estrellas pali-decieron hasta quedar completamente desvanecidas, y la luna, adquiriendo gradualmente un tinte amarillento de cera, fué exhibiendo con mayor limpieza las rugosidades de sus montañas, que se mostraban en su descolorida faz como los huesos en el rostro de un moribundo. Por último, veloces y crecientes ondas de fulgurante luz, rasgando y arrollando la neblina, cubrieron al desierto con dorado manto. Era de día.

Sin embargo, no nos detuvimos, aunque mucho

lo deseábamos y no ignorábamos que, á poco que ascendiera el sol, sería casi imposible continuar andando. A las seis descubrimos un grupo de rocas apiñadas, hacia las que encaminamos nuestros pasos, y por fortuna una de ellas, ancha y achatada descansando sobre sus compañeras, nos brindaba un asilo contra el ardiente sol, y bien pronto dormíamos profundamente á su sombra protectora, tendidos sobre suave arena y después de haber tomado un pedazo de carne seca y un poco de agua.

Serían las tres de la tarde cuando despertamos. Nuestros tres cargadores estaban disponiéndose para regresar á sus hogares; ya estaban cansados de desierto y no había cuchillos en el mundo que los tentara á dar un paso más. Así, pues, bebimos á nuestro gusto, y vaciadas las botellas, las volvimos á llenar con el agua que traían en las calabazas, terminado lo cual nos pusimos á vigilar su partida para la jornada de veinte millas que los separaba de sus casas.

A las cuatro y media emprendimos de nuevo la marcha, que fué en extremo monótona y triste, pues con la excepción de contados avestruces, no se vió un sólo sér en aquellos dilatados arenales. Eran demasiado secos para la caza, y excepto una ó dos terribles cobras, no encontramos reptil alguno. Sin embargo, abundada un insecto, la mosca común, el cual no aparecía individualmente sino en cerrados batallones. La mosca es sin duda uno de los animales más extraordinarios; en todas partes se la en-

cuentra y también en todos tiempos, porque he visto embutida en un trozo de ámbar una que se me dijo debía contar medio millón de años, y era exactamente igual á sus descendientes en la actualidad, y por otro lado no vacilo en afirmar que cuando el último hombre yazca moribundo en la tierra, estará zumbando en su derredor, si tal suceso ocurre en un clima templado, esperando el momento oportuno para colocársele en la punta de la nariz.

A la puesta del sol suspendimos la jornada para proseguirla á la salida de la luna. A las diez apareció este astro tan hermoso y sereno como siempre y, salvo un descanso de media hora, hacia las dos de la mañana, caminamos toda la noche hasta que, por fin, el deseado sol vino á poner término á nuestra fatigosa marcha. Bebimos unos tragos de agua, nos acostamos en el suelo reñidos por el cansancio y pronto estábamos dormidos. No teníamos necesidad de establecer vigilancia alguna, porque á nadie ni á nada debíamos temer en esa desolada llanura. Nuestros únicos enemigos eran el calor, la sed y las moscas. No obstante, yo hubiera preferido afrontar todos los peligros á que me expusieran el hombre ó las fieras, á los tormentos de aquella espantosa trinidad. En esta ocasión no fuimos tan afortunados; no hubo roca que nos protegiera contra los abrasadores rayos del sol, y á las siete de la mañana nos despertó una sensación parecida á la que podemos suponer experimentaría, si tuviera sensibilidad, una chuleta en las parrillas. Materialmente nos estába-

mos asando; el aire nos quemaba los pulmones y tuvimos que sentarnos para poder respirar.

—¡Cáspita!—exclamé ahuyentando con las manos la nube de moscas que, indiferentes á aquella atmósfera de fuego, zumbaban en derredor de mi cabeza.

—¡Por mi nombre!—añadió sir Enrique.

—¡Hace un calor endemoniado!—terminó Good.

Así era en efecto. En derredor nuestro no había nada que nos pudiera prestar el menor abrigo. A cualquier parte que volviéramos la vista, ni una roca, ni un árbol. Siempre el intenso resplandor deslumbrándonos con las constantes vibraciones causadas por el aire caliente, que bullía y rebullía sobre la abrasada superficie lo mismo que sobre una encandecida estufa.

—¿Qué haremos?—No es posible resistir esto mucho tiempo—dijo sir Enrique.

Nos miramos. Estábamos muy pálidos.

—¡Yadí en ello!—exclamó Good.—Debemos abrir un agujero, meternos en él y cubrirnos con el ramaje de los karus.

El recurso no me pareció muy eficaz; pero como valía más que la inacción, nos pusimos á trabajar con las palas y las manos. Una hora después teníamos hecha una excavación de doce pies de largo, diez de ancho y dos de profundidad. Entonces cortamos una buena cantidad de arbustos, y acostándonos en la cueva todos, excepto Ventvogel que, como buen hotentote estaba á prueba de sol, tiramos de ellos hasta cubrirnos lo mejor posible. Lo-

gramos de este modo una ligera protección contra los insoportables rayos directos del sol, más el calor que en aquella especie de sepultura nos sofocaba, era indescriptible. El Black-Hole (1) de Calcutta debía de ser un paraíso comparado con ella.

Tendidos en el suelo y jadeantes, de rato en rato humedecíamos los tostados labios con algunas gotas de agua, violentando nuestros instintos que nos hubieran llevado á agotar en las dos primeras horas la corta provisión de que disponíamos, y, por consiguiente, á perecer desastrosamente de sed.

Pero como todo tiene término, si se vive lo bastante para verlo, el día comenzó á declinar aproximándose al suyo. Cerca de las tres, no pudiendo resistir tanta tortura, decidimos continuar nuestra marcha, pues era preferible morir sobre el camino á morir paulatinamente de sed y calor en aquel espantoso agujero. Disminuída con unos tragos la ya mermada cantidad de agua que restaba y cuya temperatura pasaba de tibia, comenzamos á caminar.

Teníamos hechas unas cincuenta millas. Según plano del antiguo da Silvestre, el desierto tenía cuarenta leguas de ancho, y la poza de agua estaba en el mismo centro de él. Ahora bien; cuarenta leguas son ciento veinte millas, y por consecuencia, debíamos hallarnos á lo más de doce á quince de ella, si es que realmente existía.

---

(1) *Black-Hole* (Pozo Negro).—Horrible prisión que existe en dicha ciudad. (*N. del T.*)

Durante la tarde avanzamos muy lentamente, en extremo fatigados y á razón de milla y media por hora. A la puesta del sol volvimos á reposar y, después de beber un poco, nos echamos á dormir hasta que apareciera la luna.

Antes de acostarnos Umbopa llamó nuestra atención hacia una pequeña y casi invisible colina que, á unas ocho millas de nosotros interrumpía la monotonía de la desierta planicie. A tal distancia semejaba uno de esos grandes conos de tierra que las hormigas levantan para hacer sus viviendas.

Con la luz de la luna continuamos nuestro camino. El cansancio y los tormentos de la sed y del calor nos agobiaban hasta tal punto, que sólo pueden comprenderlo las personas que se hayan visto en iguales circunstancias. Ya no andábamos, dábamos traspies como ébrios, cayendo aquí y allá, forzados á detenernos á cada rato. Nuestra energía había desaparecido completamente, y el mismo Good, que hasta aquel momento no cesara en sus oportunas ocurrencias y alegres bromas, callaba como un muerto. Por fin, serían las dos, cuando con el ánimo completamente perdido y agotadas nuestras fuerzas, llegamos á la base de aquella extraña colina de arena que parecía, como antes observara, un gigantesto hormiguero de cien pies de elevación y dos acres de base.

Hicimos alto, y arrastrados por la implacable sed que nos devoraba, apuramos nuestras últimas gotas de agua. ¡No teníamos más que un medio vaso por barba y cada uno se hubiera bebido un galón!



Nos dejamos caer sobre el suelo para dormir un rato, y al hacerlo oí á Umbopa, que se decía á sí mismo en zulú:

—Si no encontramos agua, moriremos todos antes que aparezca la luna de mañana.

A pesar del intenso calor, un escalofrío me hizo estremecer. La perspectiva de una muerte tan cruel nada tenía de halagadora. Sin embargo, la idea por siniestra que fuera no pudo vencer mi sueño.

## CAPÍTULO VI

¡AGUA! ¡AGUA!

Dos horas más tarde, á las cuatro de la madrugada, desperté. Tan pronto como mi fatigado cuerpo hubo satisfecho su necesidad de descanso, el martirio de la sed, volviéndome á la realidad, me arrancó de las cristalinas y frescas aguas de un arroyo, que bajo verde y tupido ramaje se deslizaba y donde en mi sueño me bañaba, para traerme á la memoria, en medio del árido desierto, las palabras fatídicas de Umbopa: «Si no encontramos agua moriremos todos antes que aparezca la luna de mañana.» Ningún ser humano podía vivir largo tiempo sin agua en aquella seca y ardorosa atmósfera. Sentéme y me froté el polvoriento rostro con mis secas y ásperas manos. Tenía los labios y los párpados adheridos completamente, y sólo, después de friccionármelos por algún

tiempo y hacer un esfuerzo, logré separarlos. El alba se aproximaba, pero ni uno solo de esos vagos resplandores que la preceden rompía la lobreguez de aquel aire, cuya espesa y calurosa obscuridad nos es imposible describir. Todos los demás dormían. Poco á poco la luz fué haciéndose más intensa, y cuando su claridad me permitió leer, saqué de mis bolsillos un pequeño volumen de las *Leyendas de Ingoldsby* que traía conmigo y me puse á leer la «Corneja de Reims». Cuando llegué al pasaje que dice

«Alegre un chiclelo, su cántaro lleva  
Rebosando el agua más clara y más fresca  
Que manan las fuentes de Reims á Namur»,

materialmente me relamí; ó mejor dicho, intenté relamer mis agrietados labios. El recuerdo del agua me enloquecía. Si aquel cántaro hubiera estado á mi alcance me habría arrojado como un loco frenético sobre él y zambullido mi rostro en su fresca agua y bebido con avidez hasta agotarla toda, mientras que el aterrizado niño huía de mí sin saber cómo ni por dónde había aparecido aquel ennegrecido cazador de enmarañado cabello, oscuros ojos y pequeña estatura... Este pensamiento me pareció tan chistoso que rompí en estentóreas carcajadas que despertaron á mis compañeros. Hoy creo que debilitado por la falta de alimento, el cansancio y la sed, caí en un momentáneo estado de excitación que realizaba las quimeras de mi mente.

Sir Enrique y Good se sentaron, frotáronse los

curtidos rostros y á duras penas pudieron separar los pegados párpados y labios. Tan pronto como todos estuvimos despiertos, comenzamos á discutir la situación, que era muy grave. No contábamos con una gota de agua; en vano volvimos y sacudimos nuestras cantimploras. Estaban tan secas como la arena que nos abrasaba los cuerpos. Good, que era el portador de la botella de aguardiente, la sacó del sitio donde la guardaba y la miró con avidez; pero sir Enrique se la quitó en seguida, porque aquel fuerte licor sólo hubiera precipitado el fin.

—Si no encontramos agua, perecemos—dijo.

—Si no nos engaña el mapa del viejo fidalgo, debe de haberla en estas cercanías—observé.—Ningún efecto produjeron mis palabras. Era muy poca ó ninguna la fe que nos inspiraba la veracidad de aquel itinerario. La luz continuaba aumentando gradualmente, y mientras nosotros sentados y pálidos nos mirábamos en silencio, observé al hotentote Ventvogel, quien, poniéndose de pie, empezó á andar con los ojos clavados en el suelo, y de repente se detuvo lanzando una exclamación gutural, al mismo tiempo que señalaba á la tierra.

--¿Qué pasa?—exclamamos todos, levantándonos simultáneamente y dirigiéndonos apresuradamente hacia él, que, inmóvil, continuaba apuntando con el brazo á un punto lejano.

—Aquello es una pequeña mancha de grama bastante fresca.

—Y ¿qué hay con eso?—pregunté yo,

—La grama no crece lejos del agua—me contestó en holandés.

—Tienes razón, lo había olvidado. ¡Bendito sea Dios!

Este pequeño descubrimiento nos dió nueva vida. Es maravilloso cómo en una situación desesperada se agarra uno á la más débil esperanza y se reanima y tranquiliza con ella. Cuando las tinieblas nos rodean, un rayo de luz, por insignificante que sea, alienta á nuestro espíritu y nos anima á marchar.

Entre tanto Ventvogel levantando su grande y achatada nariz, giraba lentamente sobre sí mismo, y semejante á un perro que olfatea por la perdida pista, aspiraba con todos sus pulmones aquel aire caliente. De pronto dijo:

—*Huelo* agua.

Al oírle, nuestro júbilo fué grande, porque todos sabíamos que estos salvajes poseen un finísimo olfato.

En este instante el sol, surgiendo radiante del horizonte, hizo aparecer ante nosotros un paisaje tan majestuoso que, atónitos en su contemplación, olvidamos por algunos minutos los tormentos de nuestra sed.

En frente y como á cuarenta ó cincuenta millas, erguíanse soberbios los pechos del Sheba, que, semejantes á dos inmensos conos de bruñida plata, reflejaban con vivísimo fulgor los tempranos rayos del naciente astro. Por cada uno de sus lados y maciza cual colosal muralla, iba á perderse en el horizonte

la elevada cordillera de Sulimán. Hoy que tranquilo y con la memoria llena de aquel recuerdo trato de describir la grandiosa belleza de tal espectáculo, me faltan palabras para expresar el concepto de su sublimidad. Allá, en los lindes del desierto, precisamente ante nosotros, alzábanse cual vigilantes atalayas dos enormes montañas, como no existen iguales en toda el Africa ni en el mundo entero. Medían unos quince mil pies de altura y separábalas un espacio de unas doce millas, en el centro del cual se unían sus escarpadas laderas. Desde el lugar en que nos encontrábamos las veíamos elevarse airosas de la llanura, suaves y redondas como los pechos de una virgen, para ir á terminar en dos picos perfectamente cónicos y cubiertos de nieve que se hundían en las nubes.

El desfiladero en que venían á unirse sus encontradas laderas, parecía muy escarpado y á varios miles de pies sobre el nivel del suelo. A sus opuestos lados, en cuanto descubría la vista, observábase en la cordillera la misma rápida y uniforme pendiente, interrumpida de trecho en trecho por eminencias terminadas en mesetas, parecidas á las afamadas de la Ciudad del Cabo, que, entre paréntesis, son de una formación muy común en el país africano.

Me es imposible describir el cuadro que se extendía ante nuestra vista; lo que sí puedo decir es que nos produjo tal impresión la solemne majestad de aquellos gigantescos volcanes—sin duda alguna lo



son, aunque apagados, —que quedamos suspensos. Durante cierto tiempo los rayos de la mañana se quebraron en los nevados picos y en las redondeadas y oscuras masas que los sostenían; pero poco á poco, y como queriendo ocultar de nuestros curiosos ojos la grandiosidad de aquel espectáculo, extrañas neblinas comenzaron á agruparse en su derredor hasta cubrirlas con un tupido velo, al través del cual sólo podíamos entrever sus enormes y bien cortadas siluetas. Por lo general, como más tarde descubrimos, estaban siempre envueltas en densas nieblas que no nos habían permitido antes verlos con tanta claridad.

Apenas las montañas habían desaparecido bajo su vaporosa vestidura, cuando nuestra sed reaparecía con sus insoportables tormentos.

A pesar de la afirmación de Ventvogel, por más que buscamos no descubrimos agua ni la menor traza de ella. En todo cuanto la vista dominaba, sólo se percibía el árido y seco arenal y los raquíticos karus. Dimos la vuelta á la colina, examinando con ansiedad sus alrededores, pero siempre con el mismo resultado. Ni una gota de agua; nada, nada que indicase la existencia de una poza, charco ó manantial.

—Eres un estúpido, aquí no hay agua—dije coléricamente á Ventvogel.

Este volvió, levantando su horrible nariz, á olfatear el aire, y contestóme:

—La huelo, señor; la husmeo en el aire.

—Sí, en las nubes; y cuando caiga, de aquí á dos meses, vendrá á refrescar nuestros huesos.

Sir Enrique se acarició pensativamente la barba y murmuró:

—¡Tal vez se encuentre en la cima de esa colina!

—¡Demonio! ¡Vaya una estupidez! ¡Agua en la cima de una colina!—exclamó Good.

—Sin embargo, veámoslo—dije yo. —Y comencé á ascender á gatas, sin ninguna esperanza y precedido por Umbopa, la arenosa pendiente de aquella eminencia. Al llegar á la cumbre, éste se detuvo como si se hubiera petrificado, y gritó con toda su voz.

—¡Nanzia manzie! (Aquí hay agua).

Nos abalanzamos hacia él, y, en efecto, encontramos sobre la misma cúspide, y en una grieta profunda, un charco de agua. No nos cuidamos de cómo podía hallarse allí, ni nos detuvo su obscuro color y desagradable apariencia. Era agua, ó, por lo menos, algo que se le parecía, y esto nos bastaba. De un salto nos pusimos en sus orillas, y echándonos boca abajo hundimos nuestros labios en el repugnante líquido, sorbiéndolo como si hubiera sido el néctar de los dioses. Apagada nuestra sed, nos quitamos las ropas y sumergimos en él nuestros cuerpos, para absorber la humedad á través de la tostada piel. Aquellos que, tranquilos en sus hogares, les basta abrir una llave para tener toda el agua que desean, no pueden comprender las delicias que experimentamos al revolcarnos en aquel sucio y tibio charco. Pasado un rato, salimos de él, bien frescos en reali-

dad, atacamos nuestra provisión de carne seca, que apenas habíamos probado durante las últimas veinticuatro horas, y cada uno concluyó con su ración. Encendimos nuestras pipas, nos tendimos á la orilla del mil veces bendito charco, y protegido por la sombra de sus empinados bordes, dormimos profundamente hasta el medio día.

Toda la tarde permanecimos cerca de él, dando gracias á nuestras estrellas por habernos guiado hasta allí, sin olvidarnos de hacerlo también á los manes de Da Silvestre, que con tan admirable precisión lo señaló sobre un pedazo de su camisa. Cuando ya satisfechos la sed, el hambre y el sueño, pudimos pensar en otras cosas, nos quedamos asombrados al considerar el tiempo que esta poza había durado. Sólo nos lo explicábamos suponiendo la alimentaba algún manantial que debía existir á gran profundidad bajo la arena.

A la salida de la luna, rebosando de agua tanto nosotros como nuestras cantimploras, volvimos á ponernos en camino, y, mucho más animados, ganamos veinticinco millas próximamente. Casi no es necesario decir que no encontramos más agua, pero tuvimos la fortuna de hallar unos altos hormigueros que al día siguiente prestaron un poco de sombra á nuestro sueño. Cuando el sol apareció sobre el horizonte y, aunque por breves momentos, rompió y disolvió las misteriosas nieblas que envolvían á la cordillera de Sulimán y á sus dos majestuosos picos, ahora á unas veinte millas de distancia, parecía que



éstos, más grandiosos que nunca, se alzaban hasta las nubes por encima de nuestras cabezas. A la caída de la tarde proseguimos nuestra marcha y á la mañana siguiente nos encontrábamos sobre las eminencias más bajas de la base del pecho izquierdo del Sheba, al cual nos habíamos dirigido constantemente. Ya estaba consumida toda el agua con que llenamos las cantimploras, y de nuevo sufríamos el martirio de la sed, sin otro medio para librar-nos de él que el de ascender la montaña hasta alcanzar sus elevadas nieves. Después de descansar una hora ó dos, impulsados hacia ellas por nuestra abrasadora sed, empezamos á subir penosamente por sus faldas de calcinada lava, pues, según vimos, la inmensa base de la montaña estaba compuesta de capas de esta substancia vomitadas en épocas muy remotas.

Las once serían cuando desfallecidos por completo nos sentíamos sin fuerzas ni ánimo para continuar nuestra ascensión. Caminábamos por encima de un suelo de lava que, si bien no tan dura y áspera como la de otros lugares, por ejemplo, la de la isla de la Ascensión, éralo suficiente para herirnos y destrozarnos los pies. Esto venía á colmar las miserias de nuestra situación, contribuyendo poderosamente al desastroso fin que, sin remedio alguno, parecía esperarnos. Cuesta arriba, á unos cuantos centenares de metros surgían de la superficie unos ingentes trozos de lava y nos encaminamos á ellos para reposar á su sombra. Cuando los alcanzamos

quedamos sorprendidos—si es que en nuestro desfallecimiento cabía el sorprendernos—al encontrarnos con un terraplén ó escalón, que ocultaba su volcánico suelo bajo una tupida capa de fresca vegetación.

Indudablemente la lava detenida allí y descompuesta por la acción de la humedad, se había convertido en tierra fértil y reproducido las semillas que los pájaros dejaran caer sobre la superficie. Pero tal hallazgo nos interesó muy poco, pues uno no puede alimentarse sólo con hierbas, á semejanza de Nabucodonosor, además de que este método alimenticio requiere una especial permisión de la Providencia ó unos órganos digestivos apropiados al efecto. Por consiguiente, desalentados y quejumbrosos nos sentamos al pie de las rocas, y por mi parte bien arrepentido de haberme aventurado en tan loca expedición. Mientras permanecíamos sentados, Umbopa se levantó y, tambaleándose, se dirigió hacia aquella mancha de verdura, en donde á los pocos minutos, lleno de sorpresa, le ví gritar y danzar como un extravagante, olvidado completamente de su habitual y digna gravedad, á la par que agitaba por encima de su cabeza algo verdoso que tenía entre las manos. A gatas y con toda la celeridad que nuestros cansados miembros nos permitían, nos aproximamos á él, creyendo que había encontrado agua.

—¿Qué diablos es eso, animal?—le grité en zulú,

—Agua y comida, Macumazanh.

Y volvió á agitar el verdoso objeto.

Entonces pude ver lo que tenía en sus manos. Era un melón. Habíamos dado con un melonar silvestre, cuyas frutas maduras, hasta pasarse, se contaban por millares.

—¡Melones!—grité á Good, que me seguía de cerca, y casi en el mismo instante le ví clavar su dentadura postiza en la corteza de uno.

Cada uno de nosotros devoramos seis antes de llegar á satisfacernos, y aunque dichas frutas eran bastante malas, jamás nos supo mejor cosa alguna.

Pero el melón no es fruta que mate el apetito, y por consiguiente, una vez apagada nuestra sed con su jugosa pulpa y puesto á enfriar un buen número —por el simple proceso de partirlos por la mitad y dejar evaporar parte de su jugo al calor del sol— comenzamos á sentirnos hambrientos en demasía. Aún nos restaba alguna carne seca; pero además de comenzar á resistirse á nuestros estómagos, debíamos economizarla porque no sabíamos cuándo nos sería dable reponer nuestras provisiones. Precisamente en aquel momento acaeció un feliz incidente. Miraba al desierto y ví volando hacia nosotros una bandada de unos diez pájaros de gran tamaño.

—Tíreles, señor, tíreles—me dijo con voz muy baja al hotentote, al mismo tiempo que se echaba boca abajo en el suelo, ejemplo que todos seguimos.

Pronto me cercioré de que eran unas avutardas y que, según su vuelo, debían pasar á unos cincuenta metros por encima de mi cabeza. Tomé uno de los rifles Winchester, esperé á que estuvieran sobre

nosotros y entonces me puse de pie de un salto. Las avutardas, asustadas con mi aparición, se arremolinaron formando un grupo bastante compacto, como esperaba había de suceder, al centro del cual mandé sin dilación alguna dos balas, que quiso nuestra suerte hicieran caer una hermosa ave por lo menos de veinte libras. Media hora más tarde se asaba en una pequeña hoguera alimentada con los tallos y hojarasca secos del melonar y nos preparábamos para regalarnos con una comida como no la habíamos hecho hacía una semana.

Aquella noche, alumbrados por la luna y cargando con tantos melones como nos fué posible, continuamos la marcha. A medida que nos elevábamos, la atmósfera se enfriaba más y más, con gran satisfacción de nuestra parte, y al amanecer, si no nos equivocamos, distábamos doce millas de la línea de las nieves. Los melones abundaban por estos sitios. Así desapareció el temor que la carencia de agua nos inspiraba; además, sabíamos que pronto tendríamos toda la nieve que quisiéramos. La pendiente se iba haciendo muy rápida, y á duras penas progresábamos una milla por hora. Aquella noche consumimos nuestra última ración de carne seca. Hasta entonces no habíamos encontrado en la montaña sér alguno animado, excepto las aludidas avutardas, y por otro lado, no se veía la más insignificante corriente de agua, lo cual nos parecía inexplicable, dada la gran masa de nieves que cubría la cercana cúspide y que debía fundirse de cuando en cuando. Pero se,

gún averiguamos después, obedeciendo á ciertas causas que está fuera de mis alcances explicar, las aguas producidas por el deshielo, dando vueltas y revueltas, corrían hacia la llanura por la vertiente Norte de la montaña.

Entonces comenzó á inquietarnos la carencia de alimento. Nos habíamos librado de morir de sed, pero nos quedaba la muerte por hambre. Y ahora creo más oportuno copiar las notas de mi cartera con relación á los sucesos que ocurrieron durante los tres días subsiguientes.

21 de Mayo.—Partimos á las once de la mañana, llevando algunos melones, con una temperatura bastante fresca para viajar de día. Avanzamos penosamente toda la jornada sin encontrar nuevos melonares. Sin duda hemos dejado á nuestras espaldas la zona en que se producen. No hemos visto especie alguna de caza. Hacemos alto á la puesta del sol, sin haber comido absolutamente nada hace muchas horas. El frío nos ha molestado bastante durante la noche.

22.—A la salida del sol, aunque nos sentimos débiles y extenuados, volvemos á emprender la marcha. Cinco millas es cuanto hemos podido adelantar en todo el día. Encontramos varios montones de nieve, que es lo único que hemos comido. Acampamos para pasar la noche en el borde de una dilatada meseta. El frío es terrible. Bebemos un poco de aguardiente, y envolviéndonos en las mantas, nos acostamos muy apretados unos contra otros á fin de

conservar el calor. El cansancio y el hambre nos hacen sufrir horriblemente. Llegué á temer que Ventvogel muriese durante la noche.

23.—Tan pronto como los rayos del sol comenzaron á calentar y logramos desentumecer nuestras medio heladas piernas, continuamos la penosa marcha. Estamos en una situación espantosa, y temo que, si no hallamos hoy comida, este día será el último de nuestra jornada. Nos queda muy poco aguardiente. Sir Enrique, Good y Umbopa resisten admirablemente, pero el pobre Ventvogel se siente muy mal. Como sucede en general con los hotentotes, el frío les mata. Las angustias del hambre no son tan graves como cierto entorpecimiento que siente en el estómago.

Hemos llegado á la empinada cresta ó muralla de lava que une las dos montañas, y el paisaje no puede ser más imponente. A nuestras espaldas, el abrasado desierto tiende su inmensa superficie hasta perderse en el horizonte, y delante de nuestra vista, milla tras milla, se dilata la deslumbrante llanura de nieve endurecida, perfectamente uniforme, alzándose insensiblemente hacia el centro para enlazarse con el pico de la montaña, que, midiendo varias millas en la circunferencia de su base, se levanta verticalmente á cuatro mil pies de elevación. Nada. Ningún ser vivo al alcance de nuestra mirada. Dios nos proteja. Temo que ha llegado nuestra última hora.

Y ahora cierro mi cartera, tanto por no ser su

lectura muy interesante, cuanto porque lo sigue exige una relación minuciosa y exacta.

Todo aquel día (23 de Mayo) subimos penosa y lentamente por la nevada cuesta. Debíamos presentar un lamentable aspecto arrastrando los doloridos pies por la deslumbrante llanura, agobiados por el peso de los objetos que llevábamos y volviendo á todas partes los hambrientos ojos. Adelantamos siete millas durante el día y poco antes de la puesta del sol llegamos al mismo pie del pico del pecho izquierdo del Sheba, que parecía un gigantesco cono de endurecida nieve. No obstante lo precario de nuestro estado, hubimos de sentirnos impresionados por la sublime belleza de aquel espectáculo, que el sol desde su ocaso realizaba hasta lo maravilloso, vistiéndolo con grandes jirones de grana y circundando su porción más elevada con una fulgente y majestuosa aureola.

—Debemos estar próximos á la cueva que cita el antiguo fidalgo—murmuró Good con apagado acento,

—Sí—le contesté;—si es que existe tal cueva.

—Adelante, Quatermain—dijo sir Enrique,—y no habléis así. Tengo completa fe en el fidalgo; ¡acordáos del agua! Pronto encontraremos ese lugar.

—Si no lo descubrimos antes que obscurezca no hay salvación posible para nosotros, es todo cuanto tengo que decir—contesté.

Por espacio de unos diez minutos marchamos silenciosamente. De repente, Umbopa—que caminaba

ba á mi lado envuelto en su manta y con un ancho cinturón de cuero tan ceñido alrededor del estómago para disminuir su hambre, como decía él, que su cintura parecía la de una elegante señorita—me agarró fuertemente por el brazo, y señalando hacia el arranque de la falda del pico, exclamó:

—¡Allí! Allí está la cueva.

Seguí con la vista la dirección que me indicaba y percibí, á unas doscientas yardas de nosotros, una pequeña mancha negra que parecía ser producida por un agujero en la nieve. Nos dirigimos tan rápidamente como nos fué posible hacia ella, y, en efecto, descubrimos un agujero que servía de boca á una cueva, la misma, sin duda, descrita por Da Silvestre. Apenas habíamos llegado á la entrada de aquel providencial asilo, quedamos sumidos en densa obscuridad; el sol acababa de hundirse en el horizonte, y sabido es que en esas latitudes el crepúsculo tiene cortísima duración. Nos deslizamos á gatas dentro de la cueva, que no parecía ser muy grande, y después de bebernos nuestro último resto de aguardiente, escasamente un trago para cada uno, nos acostamos, apiñándonos lo más apretadamente posible para conservar el calor, é intentamos buscar en el sueño alivio á nuestros sufrimientos, pero el frío era demasiado intenso para permitirnos ese descanso; seguro estoy de que el termómetro en aquella gran altitud hubiera descendido á catorce ó quince grados por debajo del punto de congelación, y lo que ésto significaba para nosotros, extenuados



por la fatiga, la falta de alimento y el insufrible calor del desierto, el lector puede imaginarlo mejor que yo describirlo. Basta decir que estuvimos á punto de morir helados. Sentados, hora tras hora contamos las de aquella larga y horrorosa noche; el implacable frío nos cercaba por todos lados, ora helándonos los dedos, ora los pies y á veces el rostro. En vano nos estrechábamos unos contra otros, en vano nos apretábamos más y más. Nuestros miserables y demacrados cuerpos parecían haber perdido ya todo su calor. De rato en rato uno de nosotros caía en intranquilo sueño, de corta duración, lo que hoy considero una fortuna, pues si alguno se hubiera dormido por más largo tiempo, tal vez no hubiese vuelto á despertar.

Sólo nuestra fuerza de voluntad pudo salvarnos, haciéndonos sobrevivir á todas las torturas de aquella noche. No estaba muy lejana el alba cuando el hotentote Ventvogel, cuyos dientes no habían cesado de chocar produciendo un continuo castañeteo, exhaló un profundo suspiro, después del cual guardó silencio absoluto. Al pronto no paré mi atención en tal cosa, creyendo que se había quedado dormido; pero su espalda, que se apoyaba contra la mía, enfriándose rápidamente, llegó á hacerme sentir la misma impresión del hielo.

Por fin las tinieblas empezaron á desaparecer. Suaves rayos difundían por do quiera su indecisa luz, aumentando gradualmente en intensidad, hasta que convertidos en esplendentes haces al asomarse el

sol, cruzaron veloces por encima del desierto para derramar su claridad sobre el triste grupo de unos cuantos hombres medio helados en derredor de un cadáver. Ventvogil, duro como una roca, estaba en la misma posición en que la muerte le sorprendiera. ¡Infeliz! Ya no me extrañó la excesiva frialdad de su espalda. Horrorizados, pues generalmente causa este raro efecto la compañía de un cadáver, nos apartamos de él, que continuó sentado y con los brazos fuertemente ceñidos alrededor de las rodillas.

Ya el sol inundaba de luz la entrada de la gruta y sus fríos rayos (pues allí perdían todo su calor) disipaban la sombría oscuridad, que dentro de ella apenas debía ser interrumpida. De repente alguien dejó escapar una exclamación de terror y, volviéndome hacia el fondo de la cueva, ví á un hombre sentado, con la cabeza inclinada sobre el pecho y caídos los largos brazos; á poco me convencí de que era un cadáver y para mayor asombro el cadáver de un europeo.

Los demás también lo vieron y como el espectáculo era demasiado fuerte para nuestros destemplados nervios, nos arrastramos presurosos, con la celeridad que nuestros medio helados miembros permitían, fuera de aquella pavorosa tumba.

## CAPITULO VII

## EL CAMINO DE SALOMÓN

Cuando salimos de la cueva nos detuvimos vacilantes y puerilmente sobrecogidos. Después de un corto instante dijo sir Enrique:

—Voy á entrar otra vez.

—¿Para qué?—preguntó Good.

—Porque tal vez ese cadáver sea el de mi hermano.

Era esta una razonable idea y, para salir de dudas, nos deslizamos de nuevo dentro de la tenebrosa caverna. Al pronto nuestras pupilas, contraídas por la deslumbrante blancura de la nieve, nada podían distinguir; pero poco á poco fueron acostumbrándose á aquella media obscuridad, y nos aproximamos al cadáver.

Sir Enrique poniéndose de rodillas junto á él, le examinó el rostro con ansiosa mirada, y lanzando un suspiro de satisfacción, dijo:

—¡Gracias, Dios mío! No es mi hermano.

Entonces me acerqué y á mi vez pude examinarlo. Era el helado y rígido cadáver de un hombre de elevada estatura, facciones aguileñas, algo gris el cabello, negro el largo bigote y próximamente en la mitad de su vida. Su piel amarilla estaba completamente adherida á los huesos, y el cuerpo desnudo

con la excepción de unos harapos que envolvían sus pies, al parecer restos de un par de calcetines de lana, y un crucifijo amarillo de marfil atado á su cuello.

—¿Quién será?—murmuré.

—¿No lo sospecháis siquiera?—preguntó Good. Moví negativamente la cabeza.

—¡Hombre, el antiguo fidalgo José Da Silvestre! ¿Quién si no él?

—Imposible. Hace trescientos años que murió.

—Y en esta atmósfera glacial ¿qué puede impedir dure tres mil años más? Basta que el aire esté frío, al punto de congelación, para que la carne y la sangre se conserven siempre tan frescas como las de un carnero de Nueva Zelanda, y bien sabe Dios si aquí hace frío. Jamás el sol penetra hasta este lugar, ni tampoco animal alguno que pudiera haberlo destruído ó devorado. Indudablemente su esclavo, el mismo que cita en el mapa, le quitó las ropas, y no pudiendo enterrarlo por sí solo, lo dejó en ese sitio. Y si no mirad aquí, este es el hueso con que dibujó aquel trabajo; y al decir estas últimas palabras, Good, inclinándose al suelo, recogía de él un pedazo de hueso que terminaba por un extremo en aguzada punta.

Quedamos por un momento tan admirados que olvidamos las miserias de nuestra casi desesperada situación, ante tan extraordinario suceso.

—Sí, y ved aquí de donde obtuvo la tinta,—dijo sir Enrique señalando una pequeña herida en el bra-

zo izquierdo del cadáver.—¡Habrás visto cosa más rara!

Todo resultaba claro como la luz del sol. Allí, sentado ante nosotros, estaba, inanimado é intacto, el cuerpo del hombre cuyas direcciones, escritas hacía diez generaciones, nos habían conducido hasta aquel lugar. En mis propias manos veía la extraña pluma de que se sirviera, y, pendiente de su cuello, el crucifijo contra el cual fervorosamente oprimiera el moribundo labio. Mientras con fija mirada contemplaba el cadáver, mi imaginación, arrancándola de las garras del pasado, traía á mis ojos la remota escena, y veía al moribundo viajero aterido, hambriento, olvidando sus dolores, afanarse por revelar al mundo el gran secreto que había descubierto y luego evocaba la horrible soledad de su agonía y muerte. También creía descubrir en sus facciones cierto parecido con las de mi pobre amigo Silvestre, su descendiente, que hacía veinte años murió en mis brazos. Allí estaban los tristes restos, imagen espantosa de la suerte que espera al que se lanza á lo desconocido; y probablemente allí permanecerán siglos y siglos, rodeados por la imponente majestad de la muerte, para aterrorizar á los aventureros que, como nosotros, vayan á interrumpir el solemne silencio de su sepulcro.

—Partamos—dijo Sir Enrique con voz muy baja—pero esperad, voy á darle un compañero.

Levantó el cadáver del hotentote Ventvogel y lo colocó al lado del antiguo fidalgo. Entonces inclinán-

dose hacia éste tomó el crucifijo, y de un tirón rompió la cuerda que lo sujetaba á su cuello, pues tenía los dedos demasiado helados para intentar desatarlo. Creo que todavía lo conserva. Yo cogí *la pluma*; en este momento la tengo delante de mi tintero, y á veces suelo firmar con ella.

Entonces separándonos de los inertes cuerpos del orgulloso blanco de los pasados tiempos y del humilde hotentote, que quedaron guardando un eterno silencio en medio de las nieves eternas, nos arrastramos fuera de la cueva, y volvimos á emprender la penosa marcha, pensando cuantas horas trascurrirían antes de que nos cupiera la misma suerte.

Habíamos ganado una media milla cuando nos encontramos en el borde de la meseta. El pico no se levantaba del mismo centro de aquélla, como nos pareció al mirarlo desde el opuesto lado. Nada pudimos descubrir de lo que desde aquella altura se dominaba. Todo estaba oculto por la densa neblina matinal. Sin embargo, á poco comenzaron á desvanecerse sus capas superiores, y distinguimos á unas quinientas yardas de nosotros, cuesta abajo, al final de la nevada pendiente, una porción de terreno cubierto de yerba y regado por un arroyuelo. No era sólo esto; junto á la corriente y echados, al parecer calentándose al sol de la mañana, descansaba un grupo de diez á quince antílopes; la distancia que de ellos nos apartaba no permitía saber exactamente lo que eran.

La presencia de estos animales nos llenó de loca.

alegría. Allí teníamos carne en abundancia, es decir si lográbamos cogerlos. Esto era precisamente lo difícil, pues estaban á seiscientas yardas de distancia, tiro demasiado largo y del cual no se debía fiar, cuando todas nuestras vidas dependían de su resultado.

Discutimos rápidamente la conveniencia de acercarnos á sorprender la caza y, convenidos de que tal proyecto era irrealizable, lo desechamos. En primer lugar, el viento no nos favorecía, y en segundo, por mucho cuidado que tuviéramos, habíamos de vernos al bajar por la capa de nieve, que de ninguna manera podíamos evitar.

—En fin, es preciso que probemos nuestra suerte desde aquí,—dijo Sir Enrique.—¿Qué armas usaremos, Quatermain: los rifles de repetición ó los otros?

Los dos Winchester de repetición, que traía Umbopa, el suyo y el del pobre Ventvogel, alcanzaban, punto en blanco, á mil varas; mientras los expresos ó de combate, que llevábamos nosotros, sólo estaban graduados para trescientas cincuenta, siendo pura cuestión de apreciación su puntería en mayores distancias. Por otra parte, si daban en el blanco, sus balas explosivas hacían más probable que cayese la pieza. La elección era difícil pero me resolví á correr el riesgo de la puntería y elegí los expresos.

—Elija cada cual el animal que tiene al frente. Apunte bien al centro del brazuelo, levante algo el arma y tú, Umbopa, da la voz de fuego para que disparemos al mismo tiempo.

Hubo un momento de silencio. Cada uno apuntó lo mejor que pudo, como se hace cuando la vida depende de la certeza del ojo y la firmeza de la mano—¡Fuego!—dijo Umbopa.

Casi al mismo tiempo las detonaciones de los tres rifles resonaron estrepitosamente. Tres nubes de humo interceptaron por un instante nuestras miradas y centenares de ecos repercutieron sobre la silenciosa nieve. El humo se disipó y vimos—¡oh, dicha!—un hermoso animal revolcándose en el suelo mortalmente herido. Arrojamus un grito de júbilo. Estábamos salvados; el hambre no nos mataría. A pesar de nuestra extremada debilidad, descendimos rápidamente el nevado declive, y diez minutos después de haber disparado, el corazón y el hígado de nuestra presa humeaban á nuestra vista. Pero se nos presentó otra nueva dificultad; no había allí ninguna especie de combustible y por consiguiente no podíamos hacer fuego para cocerlos. Nos miramos unos á otros enteramente desanimados, y Good dijo:

—Cuando se tiene hambre no hay que andar con remilgos. Comeremos carne cruda.

Esta era la única solución del dilema, la que, á causa de nuestra roedora hambre, no nos pareció tan desagradable como á primera vista pudiera creerse. Cogimos, pues, el corazón y el hígado y los pusimos á enfriar, enterrándolos por cortos minutos en la nieve; enseguida los lavamos con la helada agua del arroyuelo y los devoramos ávidamente. Parecerá horrible y repugnante mi aserción; pero ha-



blando honradamente, debo afirmar que nunca bocado alguno me supo tan sabroso como aquellas entrañas crudas. Un cuarto de hora más tarde éramos otros hombres. La sangre, circulando con renaciente vigor por nuestros cuerpos, llevaba calor á los entumecidos miembros; las arterias, acentuaban más y más sus latidos hasta que adquirieron sus habituales pulsaciones, y por fin completamente reanimados, volvimos á la vida, recuperando con ella nuestra extinguida energía. Sin embargo, no ignorando los peligros á que nos exponía una comida excesiva, refrenamos nuestro voraz apetito y la suspendimos cuando aún estábamos hambrientos.

—¡Gracias á Dios!,—exclamó sir Enrique.—Ese animal nos ha salvado la vida.

—¿Qué clase de animal era, Quatermain?

Me acerqué al antilope para examinarlo de cerca, porque no estaba muy seguro de lo que fuera. Era próximamente del tamaño de un asno y estaba armado con un par de grandes y encorvados cuernos. Nunca los había visto semejantes, siendo su especie nueva para mí. Cubríalo una piel gruesa de color obscuro, y listada con un rojo apagado. Después averigué que los nativos de aquel maravilloso país lo llamaban *inco*, escaseaba mucho y sólo se encontraba en elevadas altitudes, donde ningún otro animal podía vivir. Había sido herido en la parte alta del brazuelo; y aunque era imposible saber cual de los tres merecía los honores de tan acertado balazo, creo que Good, orgulloso de su habilidad en la aven-

tura de la jirafa, lo contó para sí entre sus proezas, lo cual ni siquiera intentamos discutir.

Estuvimos al principio tan ocupados en satisfacer las urgentísimas demandas de nuestros vacíos estómagos, que no tuvimos tiempo para hacernos cargo del paraje donde nos hallábamos. Pero atendidas aquéllas, y mientras Umbopa cortaba de las mejores partes del animal tanta carne como podíamos cargar, nos dedicamos á examinar los alrededores. El sol estaba bastante alto. Eran las ocho de la mañana, y sus rayos, desvaneciendo completamente la neblina, nos permitieron abarcar de una sola ojeada el maravilloso panorama que se desplegaba ante nuestra atónita mirada. Nunca había visto cosa parecida ni creo la volveré á contemplar.

A nuestra espalda erguiase hacia el cielo el nevado Sheba, y á nuestras plantas, próximamente á unos cinco mil pies, dilatábase hasta el lejano horizonte una grandiosa campiña de exuberante feracidad. Aquí se veían tupidos bosques de gigantescos árboles, y ora lamiendo sus bordes, ora ondulando por el suelo, descubríase allá cual ancha cinta de plata la mansa y caudalosa corriente de un río. A la izquierda se extendía una vasta y ligeramente ondeadada llanura cubierta de yerba, donde pastaban innumerables rebaños de animales, que á la distancia á que estábamos no podíamos distinguir. Esta llanura parecía cerrada por una elevada y distante cordillera. A la derecha el terreno era más accidentado. Surgían numerosas y aisladas colinas, entre las

cuales se veían perfectamente grandes porciones de tierra cultivada, y al lado de éstas, aldeas de chozas de techo cónico. La comarca entera aparecía á nuestra vista cuál un inmenso mapa, en el que los ríos se deslizaban como serpientes de luciente cristal y los alpinos picos se destacaban altivos y salvajes, coronados con sus eternas nieves. Y vivificándolo todo, por do quiera se derramaba la alegre luz del sol y el fecundo aliento de la naturaleza.

Al examinar aquella privilegiada comarca, dos cosas llamaron nuestra atención. Primero: que el nivel general estaba por lo menos á cinco mil pies sobre el desierto; y segundo: que todos los ríos corrían de Sur á Norte. Sin embargo, ni una gota de agua bajaba hacia las faldas meridionales de la inmensa cordillera, mientras por la opuesta se deslizaban infinidad de arroyos, en su mayoría para morir en el gran río, cuyo retorcido cauce seguíamos con la vista hasta que se perdía en el horizonte.

Nos sentamos un rato, y silenciosos contemplamos aquella espléndida belleza. Pasados algunos minutos, Sir Enrique preguntó:

—¿No hay algo en el mapa respecto al gran camino de Salomón?

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza sin apartar los ojos del lejano paisaje.

—Pues bien; ¡vedlo aquí! dijo señalando hacia nuestra derecha.

Good y yo seguimos con la mirada la dirección que nos indicaba y, en efecto, vimos una especie de

carretera que dando vueltas y revueltas descendía hacia la llanura. No la habíamos visto antes, porque al llegar á la llanura desaparecía detrás de un terreno bastante accidentado. No nos sorprendimos mucho, ó por lo menos hablamos poco respecto á aquel nuevo descubrimiento, y es que, acostumbrándonos á lo maravilloso, no nos parecía ya causa de asombro el encontrar algo semejante á una vía romana en aquella extraña comarca. Aceptamos sencillamente el hecho y no nos cuidamos de más.

—Está bastante cerca, y cortando por la derecha llegaremos enseguida. ¿No creéis que lo mejor sería hacerlo así, sin perder más tiempo?—dijo Good.

El consejo era prudente y, tan pronto como nos lavamos caras y manos en el arroyuelo, lo pusimos en ejecución. Caminamos una milla, poco más ó menos, por encima de grandes trozos de lava y á través de porciones del declive cubiertos de nieve, hasta que repentinamente, al ascender una pequeña eminencia, apareció el camino á nuestros mismos pies. Era una magnífica carretera, cortada á pico en la dura roca, de unos diez y siete metros de ancho y aparentemente en muy buen estado; pero lo raro de ella consistía en que, al parecer, arrancaba de aquel mismo lugar, y en efecto, cuando descendimos á su solado piso, vimos que á unos cien pasos de nosotros se perdía en la pedregosa y en parte nevada ladera de la enorme montaña.

—¿Quatermain, qué piensa usted de ésto?—me preguntó Sir Enrique.

Yo no sabía que contestarle, cuando Good exclamó.

—¡Ya lo sé! No cabe la menor duda; el camino cruzaba la cordillera y continuaba por el desierto; pero las arenas de éste lo han cubierto completamente en aquel trayecto, y á partir de aquí hacia arriba, ha sido destruído por una erupción volcánica de lava fundida.

La explicación nos pareció bastante buena, y aceptándola como tal, proseguimos nuestro descenso. Ahora el asunto cambiaba de aspecto, ya no se trataba de subir hambrientos y casi helados por la nevada pendiente de desolada montaña, no, marchábamos cuesta abajo por una soberbia carretera y con el estómago repleto. Si no hubiera sido por los tristes recuerdos de la muerte del pobre Ventvogel y de aquella horrenda gruta donde quedó haciendo compañía al antiguo fidalgo, creo que nuestro contento se hubiera manifestado ruidosamente, á pesar de los peligros que ¡presentíamos en no lejano porvenir. A cada milla que adelantábamos el aire era más suave y balsámico, y el país hacia donde caminábamos exhibía mayores bellezas. En cuanto á la carretera diré que nunca había visto obra igual de ingeniería. Sir Enrique nos dijo que era ¡muy parecida á la del San Gotardo en Suiza. Ninguna dificultad detuvo al ingeniero de los pasados tiempos que la proyectó.

Llegamos á un sitio en donde la cortaba un inesperano valle de trescientos pies de anchura y ciento de profundidad. El camino salvaba esta enorme grie-



ta por encima de un muro colosal, edificado al parecer con grandes sillares y horadado en su parte inferior por bien delineados ojos que daban paso á las aguas. En otro lugar formaba una especie de zizas en las paredes de un precipicio de quinientos pies de profundidad; y más adelante atravesaba, por un túnel de treinta ó más varas de longitud, la base de una estribación de la cordillera que le cerraba el paso.

Las paredes de este túnel estaban decoradas con muchos relieves perfectamente concluidos, y que en su mayoría representaban guerreros cubiertos por cotas de malla, guiando sus carros de combate. Uno de estos trabajos, de exquisito mérito, detallaba todos los episodios de una batalla, y un convoy de cautivos que se alejaba del campo.

Sir Enrique después de haber examinado detenidamente aquellas creaciones del arte de los antiguos, dijo:

—Paso por que se llame á esta carretera el Camino de Salomón; pero en mi humilde juicio, creo que los egipcios han estado aquí, antes que los súbditos de aquel rey pusieran el pie en estas comarcas. Si estos relieves no son trabajos egipcios, no hay cosa que más se les parezca.

Hacia el medio día habíamos descendido bastante y comenzamos á encontrar señales de una vegetación más vigorosa. Primero aparecieron algunos grupos separados de pequeños arbustos, á poco se hicieron más numerosos y grandes, y por último el cami-

no atravesaba por una hermosa alameda de árboles de plateadas hojas, semejantes á los que crecen en las faldas de la Montaña de la Mesa, cerca de la Ciudad del Cabo. Jamás en mis numerosas excursiones los había encontrado, fuera del citado lugar, y su aparición me sorprendió en extremo.

Good, que contemplaba estos árboles de hojas brillantes con marcado entusiasmo, exclamó:

—¡Bravo! ya tenemos leña, y mucha. Detengámonos y preparemos una buena comida.

Nadie se opuso á esta idea. Por consiguiente apartándonos del camino nos acercamos á un arroyuelo que corría por sus inmediaciones y bien pronto varias ramas secas ardían en una buena hoguera. Cortamos hermosas magras de la carne que traíamos y después de asarla al estilo de los kafires, esto es, colocándola en la aguzada punta de una vara, las comimos con sin igual deleite. Satisfecho el apetito encendimos nuestras pipas y nos tendimos sobre el cesped, abandonándonos completamente á una felicidad tan grande, cuanto duras habían sido las miserias y penalidades que apenas acabábamos de arrostrar.

El alegre murmullo del arroyuelo que estrechado entre orillas cubiertas por tupida capa de hiedra huía raudo de nosotros; los vagos rumores con que el aire mecía las argentadas hojas de la arboleda; el lejano arrullo de las tórtolas; los pajarillos de brillante plumaje revoloteando ligeros y graciosos de rama en rama, todo, en fin, contribuía á hacernos creer-ha-

bíamos llegado á un paraíso. El encanto del sitio combinado con la abrumadora reminiscencia de los pasados peligros y la satisfacción de haber llegado á aquella tierra de promisión, nos sumieron en una especie de religioso silencio. A poco sir Enrique y Umbopa, sentados á corta distancia de mí, empezaron á conversar en una jerigonza, mitad inglesa y mitad zulú, con voz baja. Yo con los ojos medio cerrados los observaba desde mi mullido y fragante lecho de hiedra. De pronto noté que Good había desaparecido, y al buscarle con la mirada, lo descubrí sentado á la orilla de la corriente en donde se acababa de bañar. Sólo tenía puesta la camiseta, y, habiendo reaparecido sus naturales hábitos de extrema pulcritud, se entregaba completamente á los cuidados del más minucioso tocado. Había lavado su cuello de celuloide, sacudido cuidadosamente sus pantalones, chaqueta y chaleco, y actualmente se ocupaba de doblarlos con el mayor esmero, moviendo desconsoladamente la cabeza á la vista de las numerosas roturas y manchas, efectos de nuestras penosas jornadas. En seguida cogió las botas, las restregó con un puñado de hiedra, y finalmente las frotó con un poco de grasa que había sacado con este objeto de la carne del inco, hasta dejarlas algo presentables. Terminada esta tarea, extrajo del saquito de mano un diminuto espejo, del cual se sirvió para su propio examen. Aparentemente no quedó satisfecho, pues procedió en seguida á peinarse cuidadosamente, y volvió á contemplarse largo tiempo, dando señales



ciertas de no encontrarse aún á su agrado. Llevóse la mano á la cara y tentóse su barba de diez días. «No, no creo trate de afeitarse» pensé; pero me equivocaba. Volvió á coger el pedazo de grasa con que había sacado lustre á sus botas y lo lavó cuidadosamente en el arroyuelo; hecho esto, registró de nuevo su saco de mano y extrajo de él una navaja también de bolsillo, con el filo resguardado por dos piezas de metal, como las que usan los que temen cortarse ó los que viajan por mar. Entonces se frotó enérgicamente los lados de la cara y barbilla con la grasa y comenzó á raparse; pero sin duda el procedimiento era algo doloroso, á juzgar por sus visajes y gemidos; y mientras él luchaba con los rebeldes cañones de su barba, yo reventaba de risa. Parecíame excesivamente raro que un hombre se ocupara en afeitarse jabonándose con grasa, en un lugar como aquél, y en la situación en que nos encontrábamos. Por fin, después de haberse afeitado el lado derecho de la cara y la barbilla, cuando repentinamente ví algo relumbrante que pasó velozmente por encima de su cabeza y casi rozando con ella.

Good de un salto se puso de pie lanzando un enérgico juramento (si su navaja no hubiera sido de seguridad, indudablemente se habría cortado la garganta); y lo mismo hice yo, salvo el voto, y hé aquí lo que vimos. A diez pasos del capitán y veinte de mí, formando un grupo, estaban varios hombres de elevada estatura, color cobrizo, adornados algunos

con grandes plumeros negros y envueltos en unas cortas capas de pieles de leopardo. En frente de ellos un joven de unos diez y siete años, con la mano en alto y el cuerpo inclinado hacia adelante, guardaba la misma actitud de la estatua griega de un guerrero al despedir su dardo. No cabía duda, el relámpago que me había sorprendido era efecto de un arma y él quien la había arrojado.

En seguida se destacó del grupo un viejo de aspecto marcial y, cogiendo al joven por un brazo le dijo algunas palabras, después de lo cual avanzaron todos hacia nosotros.

Sir Enrique, Good y Umbopa ya habían echado mano de sus rifles y los levantaron con aire amenazador apuntando al grupo, que continuó acercándose sin dar la más mínima muestra de desconfianza. Comprendí no sabían lo que era un rifle, pues de lo contrario no los hubieran mirado con tanto desprecio. Convencidos de que nuestros únicos medios de salvación consistían en tratar amistosamente con aquellos nativos, grité á los míos: «bajad las armas,» y saliéndoles al encuentro, dije en zulú,—pues no sabía que dialecto emplear,—dirigiéndome al citado viejo.

—¡Salud!

Confuso quedé al notar que me entendió perfectamente y mucho más al oír su contestación, dicha, no precisamente en este dialecto, pero sí en uno tan parecido, que ni Umbopa ni yo tuvimos dificultad para comprenderla. Y en efecto, más tarde descu-

brí que el idioma de aquel pueblo era una especie de antiguo zulú y guardaba con éste la misma relación que se observa entre el castellano de la edad media y el del siglo actual.

—¡Salud! ¿De dónde venis? ¿Quiénes sois y por qué tres de vosotros tenéis la cara blanca y la del cuarto (señalando á Umbopa) es del mismo color que las de los hijos de nuestras madres?

Miré á éste y me chocó la verdad de la observación: el tinte de su rostro y el desarrollo de su estatura eran idénticos á los de aquellos hombres; pero no tenía tiempo para reflexionar sobre tal coincidencia, y volviendo la vista hacia mi interlocutor, le contesté con sosegado acento para que pudiese entenderme.

—Somos extranjeros, venimos de paz y este hombre es nuestro esclavo.

—¡Mientes! Ningún extranjero puede cruzar las montañas donde todo muere. Si sois extranjeros váis á morir, porque ninguno puede pisar impunemente la tierra de los kukuanos. Tal es la orden del rey. Así, pues, ¡oh extranjeros! preparáos á recibir la muerte.

Este discurso me alarmó bastante, y mucho más al notar que varios de sus acompañantes llevaron las manos á sus costados, de donde pendían una especie de grandes y pesados cuchillos.

—¿Qué dice ese tipo?—me preguntó Good.

—Dice que vamos á ser descuartizados.

—¡Valganos Dios!—exclamó lleno de sobresalto.

y llevándose la mano á la boca, como acostumbraba hacer siempre que se encontraba perplejo, cogió los dientes superiores y extrajo la caja de su sitio al que la volvió inmediatamente, produciendo un chasquido con la lengua. Nunca ha ocurrido cosa más afortunada; pues los graves kukuanos al ver aquéllo, retrocedieron en masa dejando escapar un grito de horror.

—¿Qué pasa?—pregunté.

—Los dientes de Good,—dijo en voz baja Sir Enrique, y con alguna excitación.—Creo que los ha movido. ¡Quíteselos, Good, quítese ambas dentaduras!

El capitán obedeció sin titubear, escondiéndolas dentro de una manga de su camiseta.

Pasado un instante, la curiosidad venció al temor, y volvieron á acercarse poco á poco, en apariencia olvidados de las bondadosas intenciones que habían tenido para nosotros.

—¡Oh, extranjeros! ¿Es posible haya un hombre como éste?—dijo el viejo con solemne acento y señalando á Good;—el del cuerpo cubierto y desnudas las piernas, con pelo en un lado de la cara y sin él en la otra, que tenga un ojo brillante y transparente y dientes movibles que abandonen la quijada y vuelvan á ella obedientes á su voluntad?

—Abra la boca—dije á Good, quien contrayendo los labios semejante á un perro furioso, mostró las desnudas y apretadas encías á la asamblea, que atustada exclamó:

—¿Dónde están los dientes? ¡Los hemos visto antes con nuestros propios ojos!

Entonces Good, girando lentamente la cara á un lado, con un gesto de marcado desprecio, se llevó de nuevo la mano á la boca. En seguida, volviéndose al auditorio, repitió la misma mueca, exhibiendo las dos hileras de su magnífica dentadura.

El joven, que le había lanzado el cuchillo, se echó sobre la yerba, despavorido y gritando como un energúmeno. En cuanto al presunto jefe de los demás, dijo con apagado acento y vacilando sobre sus trémulas rodillas que el miedo hacía chocar violentamente:

—Bien veo que no sois seres de este mundo, porque no es posible que hombre nacido de mujer tenga pelos en un lado de la cara y no en el otro, un ojo redondo y transparente y dientes que se mueven, desaparecen y vuelven á aparecer. Perdonadnos, poderosísimos señores.

La suerte no podía brindarnos nada más oportuno para nuestros proyectos, así es que, aprovechando la ocasión, le contesté sonriendo majestuosamente:

—Os lo concedo. Además, vamos á deciros la verdad. Venimos de otro mundo, aunque somos hombres como vosotros. Hemos bajado de la estrella más grande que resplandece por la noche.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamaron en coro los atónitos aborígenes.

—Sí. Os hemos querido favorecer con nuestra presencia y estaremos por corto tiempo entre vos-

otros. Bien véis, amigos, que he querido prepararme aprendiendo vuestro idioma.

—Verdad es, verdad es—dijeron todos á la vez.

—Solamente, señor—observó el viejo nativo—que lo has aprendido muy mal.

Le lancé una mirada de indignación, que le hizo temblar, y continué:

—Ahora, amigos míos, bien podéis comprender que, después de tan largo viaje, debemos sentirnos ofendidos por la manera como se nos ha recibido, y desear vengarnos castigando con la muerte al que con mano impía osó arrojar un cuchillo á la cabeza de aquél cuyos dientes desaparecen y aparecen.

—Perdonadle, señores—suplicó el mismo viejo humildemente.—Es el hijo del rey, y yo soy su tío. Si algo le acontece, mi sangre responderá por él.

—Sí, soy el hijo del rey—dijo enfáticamente el joven.

Yo continué, sin dar importancia á esta aserción:

—Tal vez dudéis de nuestro poder para vengarnos. Esperad, os lo voy á mostrar. Ven miserable esclavo—dirigiéndome á Umbopa con imperioso acento é indicándole mi rifle con una rápida guiñada—dame el mágico tubo que truena.

Umbopa, haciendo admirablemente su papel, con una ligera contracción de los labios, algo semejante á una sonrisa y como jamás había visto en su grave y altivo rostro, me presentó el rifle, diciendo humildemente:

—Aquí lo tenéis. ¡Oh, señor de los señores!

Precisamente antes de pedir el rifle había visto un antilope pequeño sobre unas rocas, á setenta varas poco más ó menos de nosotros, y lo elegí para blanco de mi experimento.

—Véis aquel pequeño animal, allí sobre aquella roca. ¿Puede algún hombre, nacido de mujer, matarlo desde aquí, haciendo un gran ruido?

—Es imposible, señor—contestó el viejo.

—¡Pues yo lo mataré!

El viejo se rió al oír mi afirmación.

—Eso no puede hacerlo nadie.

Levanté el rifle y apunté al animal, que era lo suficientemente pequeño para errar el tiro; pero puse mis cinco sentidos, comprendiendo la inmensa importancia de acertarlo.

Contuve el aliento y apreté el gatillo. El antilope estaba completamente inmóvil.

Sonó la detonación. El pobre animal dió un salto y cayó sobre las rocas muerto como una piedra, y los indígenas, agrupados delante de mí, arrojaron un grito de terror.

—Si necesitáis carne, id y recogedla—les dije con frialdad.

El viejo hizo un gesto, y uno de los de su séquito partió, regresando en seguida con el animal muerto. Todos rodearon á la víctima de mi rifle y examinaron consternados el sangriento agujero abierto en el brazuelo por la bala.

—Ya véis como no son vanas mis palabras.

Todos callaron.

—Si aún dudáis de nuestro poder, id uno de vosotros á aquellas rocas y haré con él lo mismo que hice con ese animal.

Ninguno pareció dispuesto á sufrir la prueba. Sin embargo, á poco el hijo del rey dijo:

—Bien dicho. Hazlo, tío, ve y ponte de pies sobre la roca. El mágico ha matado á un animal pequeño; seguro estoy de que no puede matar á un hombre.

El tío no pareció dispuesto á complacer al sobrino y contestó apresuradamente:

—¡No, no! Mis viejos ojos han visto bastante. Estos hombres son hechiceros sin duda alguna. Vamos á conducirlos á la presencia del rey. Sin embargo, si alguien quiere más pruebas, que vaya á ponerse de pies sobre la roca para que el tubo mágico le hable.

Todos se apresuraron á manifestar su convicción, renunciando terminantemente á tal prueba.

—No es necesario, buenos magos, que malgastéis vuestro poder con nuestros pobres cuerpos —dijo uno de ellos.—Estamos satisfechos. Toda la brujería de nuestro pueblo no puede hacer cosa parecida á la que acabamos de ver.

—Así es—observó el viejo indígena con acento de completa satisfacción.—Escuchadme, hijos de las estrellas, hombre del ojo brillante y de los movibles dientes, los que rugen como el trueno y matan desde lejos. Yo soy Infadús, hijo de Kafa, en un tiempo rey de los kukuanos. Este joven es Scragga, hijo



de Twala, del gran rey Twala, el esposo de un millar de mujeres, jefe y señor supremo de los kukuanos, el guardián del gran camino, terror de sus enemigos, investigador de las ciencias ocultas, caudillo de cien mil guerreros, Twala el Tuerto, el Ceñudo, el Terrible.

—Entonces—le dije arrogantemente,—guíanos hasta Twala. No queremos hablar con plebeyos ni subalternos.

—Muy bien, mis señores, os obedeceré, pero la distancia es larga. Estamos á tres jornadas del lugar donde reside el rey. Dignáos tener paciencia, señores, y os guiaremos hasta él.

—Sea como tú dices. El tiempo no nos apura, porque nuestros días no están contados; somos inmortales. Puedes emprender la marcha, vamos á seguirte. ¡Pero tened cuidado, Infadús y tú Scragga! No tratéis de armarnos celadas, no queráis tendernos lazos, porque antes que vuestros cerebros de cieno lo hayan pensado, nosotros lo sabremos y nadie os evitará un cruel castigo. La luz del ojo transparente del de las desnudas piernas y medio cabelludo rostro os aniquilará, y destruirá toda vuestra tierra. Sus movibles dientes se clavarán profundamente en vuestras carnes y devorarán á vosotros, á vuestras mujeres é hijos; y los tubos mágicos os hablarán ruidosamente dejando vuestra piel como una criba. ¡Tened cuidado!

Esta magnífica arenga no dejó de producir su efecto; aunque casi era innecesaria, pues nuestros ami-

gos estaban ya en extremo impresionados con nuestro poder.

Infadús se inclinó en sumisa reverencia pronunciando con voz baja la palabra «Kum, Kum», que más adelante supe era el saludo real de su pueblo, correspondiente al «Bayete» de los zulús, y volviéndose, habló á los que le acompañaban. Estos procedieron en seguida á recoger todos nuestros efectos para conducirnoslos, con excepción de las armas de fuego, que por ningún concepto se atrevían á tocar.

También echaron mano á la ropa de Good, que, como recordará el lector, la tenía á su lado cuidadosamente doblada. El quiso impedirlo y la asió con ese objeto, lo que dió lugar á un fuerte altercado.

—No permitáis que se moleste mi señor del ojo transparente y de la dentadura que se desvanece—dijo el viejo.—Sus esclavos cuidarán de esas cosas.

—Pero es que necesito vestirme—exclamó Good con furioso acento.

Umbopa tradujo sus palabras.

—Nunca, señor—contestó Infadús—quiera ocultar sus preciosas piernas blancas (aunque era triqueño, Good tenía la piel de un blanco muy delicado), de la vista de sus siervos. ¿Hemos acaso ofendido á mi señor para que quiera hacer tal cosa?

Estuve á punto de reventar de risa, y más cuando oí á Good exclamar, al ver que un indigena se alejaba con la ropa:

—¡Maldición! ese canalla de negro se ha llevado mis pantalones.

—Good, óigame—dijo sir Enrique.—Usted ha aparecido en este país bajo un aspecto especial y ya debe sostener su papel. No creo que le convenga ponerse los pantalones; así, pues, de hoy en adelante tiene que pasárselas en camiseta, con botas y el lente.

—Sí—continué yo;—y con un lado de la cara afeitado y otro no. Si usted altera su actual apariencia—creerán que somos unos impostores. Lo siento mucho; pero hablando seriamente, debe hacerlo así. Es preciso evitar la más mínima sospecha; de lo contrario, nuestras vidas no valen ni un maravedí.

—¿Usted lo cree realmente así?—preguntóme con triste resignación.

—Cierto que lo creo. Sus preciosas piernas blancas y lente son ahora las cosas más características de nuestra partida, y, como dice sir Enrique, debe pasárselo de esa manera. Dé gracias al cielo por tener calzadas las botas y porque la temperatura es bastante templada.

Good suspiró y no hizo réplica alguna; pero necesitó dos semanas para acostumbrarse á su nuevo atavío.

## CAPÍTULO VIII

## EN TIERRA KUKUANA

Toda aquella tarde marchamos por el magnífico camino que se dirigía constantemente hacia el Noroeste, con Infadús y Scragga á nuestro lado, y el séquito de éstos á unos cien pasos delante de nosotros. Rompiendo el silencio, que desde el principio de la marcha observábamos, entablé con Infadús la siguiente plática:

—Infadús, ¿quién hizo este camino?

—Este camino, señor, fué construído en remotos tiempos, nadie sabe cuándo ni cómo. La misma Gaggaula, cuya vida cuenta muchas generaciones, lo ignora. Nadie entre nosotros es lo suficiente viejo para haber presenciado su construcción, ni nadie hay ahora que pueda hacer obras iguales á ésta; pero el rey la conserva, no consintiendo que la hierba eche raíces en su blanco pavimento.

—¿Y qué mano dibujó los signos sobre los muros de la cueva por donde pasa?—volví á preguntar refiriéndome á los relieves, al parecer egipcios, que habíamos visto.

—Señor, la misma mano que abrió en la roca este camino, trazó aquellos signos maravillosos. No sabemos quién los hizo.

—¿Cuándo vino el pueblo kukuano á estas comarcas?

—Nuestra raza, señor, abandonando las grandes tierras que hay allá lejos, y apuntaba hacia el Norte, bajó á estas llanuras arrollándolo todo cual impetuoso torrente, hace diez millares de lunas. Esas altas montañas cubiertas de nieve,—y señaló á las heladas cumbres, testigo de nuestros horribles sufrimientos,—contuvieron su empuje según cuentan viejas tradiciones, que de generación en generación han llegado hasta nuestros oídos, según dice Gagaula, la sabia, la hechicera. Detenidos por esa infranqueable barrera y viendo que este país era muy bello y rico, decidieron establecerse aquí, donde, creciendo en fuerza y poderío, son sus hijos tan numerosos como las arenas del mar, y hoy á la voz de Twala, el rey, sus regimientos cubren con sus plumeros la llanura en todo cuanto la vista de un hombre puede abarcar.

—¿Y si vuestra tierra está encerrada entre montañas que nadie puede atravesar, dónde está el enemigo que vuestros regimientos deben combatir?

—Os equivocáis, señor, nuestro país está completamente abierto hacia allá,—volviendo á indicar al Norte,—y de cuando en cuando, nubes de guerreros de una tierra desconocida lo invaden para morir á nuestras manos. Como la tercera parte de la vida de un hombre, habrá que tuvimos una terrible guerra. Muchos millares de los nuestros perecieron en ella; pero destruimos á todos los que venían á devorarnos. Después no nos han vuelto á atacar.

—¿Vuestros guerreros, por consiguiente, deben aburrirse del forzado reposo de sus lanzas?

—Señor, apenas destruimos al pueblo que como manada de lobos cayó sobre nosotros, tuvimos otra guerra; pero fué una guerra civil, de perro contra perro.

—¿Cómo así?

—El rey, mi hermano por parte de padre, señor, tenía un hermano gemelo llamado Imotu. Es costumbre entre nosotros cuando tal suceso ocurre, matar al más débil de los dos recién nacidos; pero la madre del rey no lo hizo así, y llevada de la pena que esto le causaba, ocultó al que debía morir, al que hoy es Twala, el rey.

—Bueno, ¿y qué?

—Kafa, nuestro padre, señor, murió cuando ya éramos hombres, y mi hermano Imotu, reconocido y proclamado como su sucesor, comenzó á reinar, teniendo algún tiempo después un hijo de su esposa favorita.

Cuando este niño tenía tres años de edad, precisamente al final de la gran guerra que antes os he citado, se presentó una espantosa hambre, consecuencia de aquélla, pues por largo tiempo había impedido la siembra y recolección de los frutos. El pueblo exaltado por el terrible azote, parecía encolerizado león dispuesto á desgarrar la primera presa que cayese bajo su poder. Entonces, aprovechando el instante en que la hambrienta multitud, medio rebelada, murmuraba de su rey, Gagaula, la mujer

sabía y terrible, la que nunca muere, gritó á los amotinados: «El rey Imotu no es vuestro rey», y entrando en seguida en una choza sacó de ella á Twala, á quien había guardado oculto desde su nacimiento, y arrancándole el «moocha» ó ceñidor que cubría su cintura, mostró el pueblo kukuano la marca de la sagrada serpiente en derredor de su talle, con la cual se señala al hijo primogénito del rey á poco de nacer. Luego volvió á exclamar con robusto acento: «¡Ved aquí vuestro rey, á quien he salvado para vosotros!»

El pueblo ignorando la verdad, y arrastrado por el hambre que le obscurecía la razón, exclamó: ¡*El Rey! ¡El Rey!*; pero yo sabía que todo era una impostura. Nuestro hermano Imotu era el mayor de los gemelos, y por consiguiente el verdadero rey. Creció el tumulto y estaba en su apogeo cuando éste se encontraba herido y muy enfermo en su cabaña, salió de ella apoyándose en el brazo de su esposa, andando lenta y penosamente y seguido de su pequeño Ignosi (el relámpago).

—¿Qué significa este alboroto?—preguntó.—¿Por qué gritáis ¡*el Rey! ¡el Rey!*

Entonces Twala, su propio hermano, el que había nacido en la misma hora y de la misma mujer, corrió á él y asiéndolo por el cabello le atravesó el corazón con su cuchillo. El pueblo, voluble por naturaleza y dispuesto siempre á rendir sus homenajes al sol que se levanta, aplaudió estrepitosamente, vociferando, ¡*Twala es rey! ¡Viva Twala!*

—¿Y cuál fué la suerte de la esposa de Imotu y de su hijo Ignosi? ¿También Twala los mató?

—No, mi señor. Cuando ella vió que su amo y esposo había sido muerto, cogió á su hijo y dando un grito terrible, huyó de allí. Dos días más tarde se acercó á un kraal impulsada por el hambre y nadie quiso darla un trago de leche ó alimento alguno. Su esposo el rey había muerto, era una infortunada y los hombres odian al infortunio. Sin embargo á la caída de la noche, una muchacha, casi una niña, salió en su busca y la llevó algo que comer; ella bendijo á la compasiva niña y se dirigió con su hijo hacia las montañas antes que el sol apareciera sobre el horizonte, en donde deben haber perecido, pues nadie desde entonces ha vuelto á ver á ella ni al pequeño Ignosi.

—¿De manera que si ese Ignosi hubiera vivido, él sería el verdadero rey del pueblo kukuano?

—Así sería, mi temido señor. La serpiente sagrada rodeaba su cintura. Si vive, es nuestro rey; pero; ¡ay! largo tiempo hace que ha muerto.

En este instante llegamos á la vista de una aldea compuesta de numerosas chozas, rodeada por una empalizada que defendía un ancho y profundo foso.

—¿Véis ese kraal, señor? pues en ese mismo fué en donde se vió por la última vez á la esposa é hijo de Imotu; y en él vamos á dormir esta noche, si es que acaso, añadió con cierto acento de duda, duermen mis señores en este mundo.

—Cuando estamos entre los kukuanos, amigo In-



fadús, hacemos exactamente lo mismo que los kuanos hacen;—dije con majestuoso acento.

Y volviéndome de pronto para hablar á Good, quien, muy mal humorado y ocupado completamente en impedir que la brisa de la tarde jugase con el ruedo de su camiseta, caminaba detrás de nosotros, encontréme de manos á boca con Umbopa, que casi venía pisándome los talones, y evidentemente había oído con el mayor interés mi conversación con Infadús. Su rostro mostraba la más curiosa expresión, y sugería la idea del hombre que lucha por traer á la memoria el recuerdo de algo, que cual vaga é indeterminada sombra, aparece y desaparece en las densas brumas del pasado.

Mientras tanto descendíamos con paso rápido hacia la ondulante llanura. Las montañas que habíamos cruzado se alzaban altivas á nuestras espaldas, y los picos del Sheba aparecían envueltos en vaporosa neblina. A medida que nos internábamos en aquel país, crecían los encantos del paisaje. La vegetación exuberante, pero no tropical, el sol resplandeciente y tibio, pero jamás abrasador, y la brisa suave y embalsamada por las fragantes plantas que enverdecían los repechos de las colinas, convertían esta tierra desconocida en una especie de paraíso terrenal. Nunca he visto un suelo tan privilegiado en belleza, riqueza natural y clima. El Transvaal es un precioso país, pero no vale nada comparado con Kukuana.

Al emprender la marcha, Infadús había despacha-

do un correo para el kraal, que, entre paréntesis, pertenecía á su mando militar, dando aviso de nuestra llegada. El correo había partido á la carrera con extraordinaria velocidad, la cual, según me dijo In-fadús, sostendría en todo el camino, estando como estaban muy acostumbrados á este violento ejercicio que practicaban mucho los de su nación.

Cuando distinguimos el kraal notamos el resultado de este mensaje. Estábamos á dos millas de dicho lugar cuando vimos salir por sus puertas, compañía tras compañía, una numerosa tropa que se dirigió á nuestro encuentro.

Sir Enrique me cogió por un brazo y me hizo ver que según parecía nos esperaba una recepción poco agradable. Algo en su tono atrajo la atención de In-fadús, que dijo apresuradamente:

—Nada teman mis señores, en mi pecho no habita la perfidia. Ese regimiento está bajo mi mando y obedeciendo á mis órdenes, viene á rendiros los honores que merecéis.

Contestéle con un tranquilo movimiento de cabeza, por más que en mi interior nada tranquilo me sentía.

A media milla de las puertas del kraal arrancaba del camino, en muy suave pendiente, un despejado campo, y en él se situaron las compañías. Espléndido espectáculo presentaban los trescientos hombres que contaba cada una, con sus brillantes lanzas y ondulantes penachos, al desfilarse para ir á establecerse en los puestos que les correspondían. Al llegar

nosotros al citado lugar, doce compañías estaban ya alineadas á lo largo del camino, presentando un total de tres mil seiscientos hombres.

Seguimos avanzando, y cuando estuvimos cerca de la primera compañía pudimos contemplar, llenos de asombro, el conjunto más espléndido de hombres que jamás yo había visto. Todos eran veteranos, como de cuarenta años de edad, y ninguno medía menos de seis pies de estatura. Llevaban en la cabeza grandes plumeros negros, ceñían la cintura y la pierna derecha por debajo de la rodilla con una serie de rodajas blancas, hechas de cola de buey, y tenían en la mano izquierda escudos redondos, próximamente de veinte pulgadas de diámetro. Estos escudos eran muy curiosos, estaban formados por una plancha de hierro y forrados con una piel de buey tan blanca como la leche. Las armas ofensivas de estos soldados eran tan sencillas como terribles: consistían en una lanza, con moharra de doble filo, de seis pulgadas de anchura en su parte mayor y asta de madera, y tres grandes cuchillos, cada uno de peso de dos libras. Las lanzas no eran armas arrojadizas; como el «bangwan» ó azagaya de combate de los zulús, solo se emplea en las luchas cuerpo á cuerpo, y las heridas que causa son horribles. Llevaban los cuchillos, uno en la especie de cinturón que ya he descrito, y los otros dos en el reverso del escudo. Estos cuchillos, llamados «tolas» entre ellos, hacen las veces de las azagayas arrojadizas de los zulús. Un guerrero kukuano puede lanzarlos con notable destreza

á cincuenta varas de distancia y en los combates acostumbran, al cargar sobre el enemigo, arrojárse-los en disparo general, antes de cerrar con él.

Cada compañía, perfectamente alineada, más que de hombres, parecía estar compuesta de estatuas de bronce. Tal era la inmovilidad y silencio con que permanecían. En este momento, y á una señal de sus capitanes que, distinguidos por una zamarra de piel de leopardo, formaban al frente y centro de sus respectivas fuerzas, todas las lanzas se alzaban á un tiempo y trescientas gargantas confundían en un solo y estentóreo grito el «kum» con que saludan á sus reyes. Cuando rebasábamos la línea que cada una cubría, cambiando de frente, venía á formar á nuestras espaldas, siguiéndonos en la marcha hacia el kraal, y en breve todo el regimiento «Gris» (llamado así por el color de sus escudos) los triarios del pueblo kukuano, hacían vibrar el suelo bajo el golpe vigoroso de su paso uniforme.

Por fin, desviándonos del gran camino de Salomón, llegamos al ancho foso que circundaba al kraal, que medía lo menos una milla de longitud, y, como desde lejos advirtiera, servía de defensa á una resistente palanquera de gruesos troncos. Este foso estaba salvado en la puerta de la plaza por un puente levadizo algo primitivo, y al acercarnos á ella, su guardia lo dejó caer para franquearnos la entrada. El kraal estaba muy bien dispuesto; atravesábalo por el centro, de un extremo á otro, una espaciosa avenida, cortada en un ángulo por varias calles trasver-

sales, de modo que las chozas se agrupaban en manzanas cuadradas, correspondiendo cada una á una sola compañía. Las chozas eran de forma cónica y, á usanza de las zulús, estaban fabricadas con paredes de bien tejidos zarzos y buenos techos de hierba. Eran, sin embargo, mucho mayores y las rodeaba una galería de seis pies de ancho, con piso de arena perfectamente apisonado. A lo largo de la avenida, atraídas por la curiosidad, se aglomeraban centenares de mujeres que, por ser africanas, tenían un aspecto en extremo agradable. Altas y graciosas, con el cabello corto, pero más bien crespo que envejiado, ofrecían ejemplos muy frecuentes de facciones aguileñas, sin que les afeara el grueso y abultado labio que distingue á la mayoría de las razas de aquella parte del mundo. Sobre todo, lo que más nos llamó la atención, fué el aire digno y reposado con que nos observaban, dando con ello evidente prueba de tan buena educación, dentro de sus costumbres, como la que distingue á las damas más avezadas á la vida de buen tono; y difiriendo mucho en este particular de las zulús y de las masáis que habitan al Este de Zanzibar.

La curiosidad las había traído hasta aquel lugar; pero ni una palabra, ni una contracción del rostro, nada en fin vimos en ellas á medida que cansados pasábamos por delante de ellas, que pudiera hacernos conocer sus impresiones. Ni aún cuando Infadús les señalaba con disimulado ademán la maravilla de las preciosas piernas blancas del pobre Good,

dejaban reflejar en la mirada, la intensa admiración que sin duda alguna debían de despertar en sus espíritus. Fijaban los negros ojos sobre sus alabastriñas formas y nada más; pero esto era ya demasiado para el modesto marino.

Cuando llegamos al centro del kraal, Infadús se detuvo á la puerta de una espaciosa cabaña, rodeada á cierta distancia por otras más reducidas.

—Entrad, hijos de las estrellas, entrad y dignaos descansar un poco bajo nuestro humilde techo. En breve os traerán algunos alimentos para que el hambre no os obligue á holgar los ceñidores que oprimen vuestras cinturas; alguna leche, alguna miel, una ó dos terneras y varios corderos es todo lo que puedo brindaros.

—Gracias, Infadús. Ahora dejadnos descansar de nuestro fatigoso viaje por las regiones de los aires.

En seguida entramos en la cabaña, que encontramos convenientemente preparada para nuestro alojamiento. Varias camas de pieles curtidas nos ofrecían un lecho como hacía tiempo no teníamos, y vasijas llenas de agua limpia nos invitaban á librarnos del polvo de la jornada.

Apenas nos habíamos hecho cargo del local cuando oímos unos gritos afuera, y yendo á la puerta vimos una hilera de damiselas que nos traían leche, harinas cocidas y un jarro de miel. Detrás de éstas, varios mozos conducían una gorda ternera. Recibimos el presente y uno de los jóvenes, desenvainando su cuchillo, degolló al animal, que en diez minu-

tos estuvo desollado y descuartizado). Separada la mejor carne para nosotros, distribuí la restante, como regalo, á los guerreros que nos rodeaban, quienes se alejaron con ella para repartirse la dádiva de los blancos.

Umbopa, ayudado por una joven de extraordinaria belleza, comenzó á preparar nuestra comida, cociendo la carne que nos reservamos en una gran marmita de barro, al calor de una pequeña hoguera que hizo fuera de la cabaña, y cuando ya iba á estar á punto enviamos una invitación á Infadús para que con Scragga viniera á comer con nosotros.

Aceptaron, y poco después, sentados en uno de los banquillos que había en la cabaña, porque los kukuanos no acostumbran á sentarse en cuclilla; como los zulús, nos ayudaban á concluir con nuestra comida. El viejo militar, Infadús, nos trató con suma amabilidad y cortesía; pero nos pareció que el joven nos miraba con algún recelo. Al principio pareció, como todos los que le acompañaban, completamente subyugado por nuestro color y nuestras facultades mágicas; pero al descubrir que comíamos, bebíamos y dormíamos como cualquier otro mortal, su temor comenzó á ceder dejando lugar á malévolas sospechas y peores intenciones, que nos tenían poco menos que sobre áscuas.

Durante la comida, sir Enrique quiso que yo tratara de averiguar si nuestros comensales sabían algo de su hermano; si le habían visto ó habían oído hablar de él. Sin embargo, después de pensarlo, creí

prudente dejar para más tarde esa investigación.

Terminada la comida cargamos nuestras pipas y las encendimos, cosa que dejó atónitos á Infadús y á Scragga, prueba evidente de que los kukuanos desconocían tan deliciosa costumbre. La planta crece abundantemente en su suelo; pero á igual de los zulús, sólo la emplan para hacer rapé y no la conocían bajo el nuevo aspecto conque se les presentaba.

Pregunté á Infadús cuándo proseguiríamos el viaje, y con placer oí que todo estaba preparado para ponernos en camino á la mañana siguiente. Según entendí, el rey se hallaba en la residencia principal, denominada Loo, disponiéndose para la gran fiesta que anualmente se celebra en la primera semana de Junio, á la que concurren todos los regimientos, excepto los que quedan de guarnición en los principales kraales del país, para formar en parada delante del rey, y en la cual se lleva á efecto la gran «cacería de las brujas».

Debíamos partir al amanecer, acompañados por Infadús, quien esperaba que, si no nos detenía un accidente ó algún río crecido, llegaríamos á Loo durante la noche del segundo día.

Cuando nos hubieron participado todos estos informes, se retiraron, dándonos las buenas noches, y habiendo convenido en establecer un turno de vigilancia, tres de nosotros, echados sobre las pieles, comenzaron á gozar el dulce sueño del fatigado caminante, mientras que el cuarto estaba alerta contra una posible traición.



## CAPÍTULO IX

## EL REY TWALA

No creo necesario detallar todos los incidentes de nuestro viaje hasta Loo. Duró dos días y lo hicimos por el gran camino de Salomón, que se dirige directamente al centro de la tierra de los kukuanos. Basta decir que, según nos internábamos en aquel país, aumentaban la riqueza del suelo y el número de los kraales, rodeados siempre por una ancha faja de terrenos cultivados. Todos estaban edificadas con arreglo á los mismos principios que observamos en el primero y perfectamente guarnecidos. En la tierra de Kukuana, lo mismo que en Alemania, y las tierras de los zulús y de los masáis, todo hombre que puede llevar las armas es soldado; por consiguiente, la fuerza entera de la nación es hábil para la guerra, sea ofensiva ó defensiva. Por el camino encontramos millares de guerreros, que con rápido paso marchaban á Loo para asistir á la gran revista y fiesta anuales, y por mi parte, aseguro que jamás había visto tantas tropas en movimiento. El segundo día de nuestro viaje nos detuvimos á la puesta del sol para descansar un rato sobre la cima de una eminencia que cortaba el camino, y desde aquel lugar distinguimos á Loo en medio de una fértil y preciosa llanura.

Muy espaciosa, medía unas cinco millas de circunferencia. La rodeaban de cerca varios kraales que en las grandes ocasiones servían de cantones para los regimientos allí concentrados, y como dos millas al Norte de ella, se veía una curiosa colina en forma de herradura que estábamos destinados á conocer mejor.

Su situación era admirable. Corría por su centro un río, tal vez el mismo que vimos desde el Sheva, y las dos partes en que la dividía parecían estar en comunicación por varios puentes.

A sesenta ó setenta millas más allá en la dirección del camino, se levantaban de la llanura tres grandes montañas nevadas, dispuestas como las puntas de un triángulo, y de aspecto completamente semejante al de los picos del Sheba, pareciendo irregulares y casi á plomo en vez de suaves y redondeadas.

—Allí concluye el camino—dijo Infadús al vernos mirar hacia aquellos picachos que los kukuanos llaman las «Tres Brujas».

—¿Por qué termina allí?—le pregunté.

—¿Quién puede saberlo?—contestó encogiéndose de hombros.—Las montañas están llenas de cuevas y una profunda sima las separa. A ellas venían á buscar los hombres de las remotas edades aquello que les atraía á esta tierra, y en ellas está hoy la sepultura de nuestros reyes, en un paraje denominado la «Morada de la Muerte».

—¿Y qué era lo que venían á buscar?

—No lo sé. Mis señores que bajan de las estrellas ¿acaso lo ignoran?

Nos dirigió una rápida mirada; por la que comprendimos sabía más de lo que nos había dicho.

—Sí, tienes razón. En las estrellas se saben muchas cosas, y para que te convenzas, te diré que los hombres de las antiguas edades venían á buscar en esas montañas piedras relucientes, bonitas baratijas y hierro amarillo.

—Sabio es mi señor—contestóme fríamente—á su lado soy un niño y no puedo hablar de tales cosas con él. Debéis dirigiros á Gaugala la vieja, que reside cerca del rey y es sabia también, casi tanto como mi señor.

Al pronunciar estas últimas palabras se alejó. Tan pronto como estuvo á alguna distancia volvíme á mis compañeros, y señalando hacia las montañas, dije:

—Allí están las minas de diamantes de Salomón.

Umbopa estaba con ellos, al parecer sumido en uno de aquellos momentos de abstracción tan comunes en él; sin embargo oyó mis palabras y me dijo:

—Sí, Macumazahn, indudablemente allí están los diamantes; y los obtendréis ya que los blancos son tan aficionados á esas fruslerías como al dinero.

—¿Cómo sabes eso, Umbopa?—preguntóle con oastante acritud, porque nada me agradaban sus misterios.

—Lo he soñado durante la noche.

Y sonriendo, se alejó de nosotros.

—¿Qué le pasa á nuestro bronceado amigo? Parece que sabe más de lo que me dice. Y, á propósito, Quatermain, ¿ha podido averiguar algo respecto de mi hermano?

—Nada absolutamente. He preguntado á todos los que han hecho amistades con él y le han respondido que nunca hasta ahora se ha visto un blanco en el país.

—¿Cree usted que pueda haber llegado hasta aquí?—preguntó Good.—Nosotros lo hemos podido realizar casi milagrosamente; ¿y lo había de conseguir él sin el auxilio del mapa?

—No lo sé—contestó sir Enrique con entristecido acento;—pero, sea como sea, algo me dice que lo encontraré.

En este momento el sol lanzó su rayo postrero desde el lejano horizonte y la noche, tendiendo rápida su manto sombrío, sumió la tierra en completa obscuridad. Según creo haber dicho, en estas latitudes el crepúsculo no existe y la noche sucede al día, tan violenta y repentinamente como el sueño á la vigilia, como la muerte á la vida. A poco de quedar en completas tinieblas, aparecieron en el Oriente suaves y vagas tintas, que, creciendo gradualmente en intensidad, se derramaron por la bóveda del cielo y, por último, inundaron la tierra en dulce y misteriosa refulgencia al asomar la luna su creciente y argentado disco.

Las estrellas, que hacía un momento eran vivas y centelleantes, palidecían más y más á medida que,

serená y majestuosa, se alzaba entre ellas la casta reina de la noche, así como palidecen hasta desvanecerse las hazañas de los héroes de la espada en presencia de los grandes hechos de los héroes del amor, los bienhechores de la humanidad. Absortos, con el corazón palpitante, contemplábamos la grandiosidad de un espectáculo, del que apenas teníamos conciencia y, por consiguiente, imposible nos sería describir.

Lector, mi vida ha sido dura, penosa; pocas cosas me la han hecho agradable y una de ellas es el haber presenciado aquella salida de la luna en la tierra de Kukuana. Nuestro amigo, el político Infadús, vino á arrancarnos de nuestra meditación.

—Si mis señores lo quieren, podemos continuar la jornada para Loo, donde una cabaña dispuesta á recibirlos los espera. La luna alumbra el camino y no hay temor de que podamos tropezar y caer.

Asentimos y una hora después estábamos en las afueras de la población, que, rodeada por millares de hogueras, nos pareció interminable. Good, siempre afecto á maliciosas bromas, la bautizó por este motivo con el nombre de la «Indefinible Loo». Al llegar á un ancho y profundo foso, franqueado por un puente levadizo, detúvonos el áspero ¡alto! del centinela y el ruido de las armas de la fuerza que guardaba aquella entrada. Infadús dió una seña, que no me fué imposible entender, y, contestándosele con un saludo, se nos permitió el paso, encontrándonos en la calle central de la inmensa y hermosa

ciudad. A la media hora de desfilas por ella, entre dos líneas inacabables de chozas, Infadús hizo alto á la entrada de un grupo de éstas, que se alzaban en derredor de un patio cuidadosamente arenado, informándonos de que aquél era nuestro pobre alojamiento.

Entramos en él y hallamos se había destinado una choza para cada uno de nosotros. Eran mucho mejores que las que hasta entonces habíamos visto, y en todas se encontraba un cómodo lecho formado por pieles curtidas tendidas sobre blandos colchones de hierbas aromáticas. Tenían dispuesta nuestra comida, y tan pronto como nos hubimos lavado en anchas vasijas de agua, varias jóvenes de hermosa presencia se acercaron á nosotros con carne asada y harina, esmeradamente servidas en platos de madera, que nos presentaron haciendo respetuosas reverencias.

Comimos y bebimos á nuestro placer y, colocadas todas las camas en la misma choza, precaución que hizo sonreír á las amables y graciosas jóvenes, nos echamos á dormir, cansados de lo largo de la jornada.

Alto brillaba el sol, cuando al despertarnos descubrimos á nuestras sirvientas, que de pie, silenciosas y completamente ajenas á falsos rubores, aguardaban para ayudarnos á «vestir,» según se les había ordenado.

—¡Vestirse!—gruñó más bien que murmuró el enfadado Good —poco trabajo cuesta cuando se anda en

camiseta y botas. ¡Tenga la bondad de pedirles mis pantalones!

Así lo hice; pero me contestaron que estas sagradas reliquias estaban en poder del rey, quien nos vería aquella tarde. Entonces les mandé que nos dejaran solos, lo que hicieron con cierto asombro y bastante contrariadas, procediendo a acto continuo á hacernos el mejor tocado que las circunstancias nos permitían. Good la emprendió con el lado derecho de la cara que se rasuró admirablemente, no consintiendo que por concepto alguno atentase, como de buena gana lo hubiera hecho, contra la crecida barba que ornaba su lado izquierdo. En cuanto á nosotros nos contentábamos con un buen lavado y peinar nos el cabello. Las rubias guedejas de Sir Enrique casi caían sobre sus hombros, asemejándole más que nunca á un antiguo dinamarqués, mientras que mis entrecanas greñas median una pulgada, media más allá del límite que por lo general acostumbraba conceder á su crecimiento.

Concluíamos de fumar nuestra pipa después del almuerzo, cuando apareció Infadús en persona á participarnos que Twala, el rey, tendría mucho gusto en recibirnos, si teníamos á bien acudir inmediatamente á su presencia.

Le contestamos que preferíamos esperar hasta que el sol estuviese más alto, pues aún nos sentíamos cansados de nuestro largo viaje. Nada es tan conveniente como no manifestar el más mínimo apresuramiento cuando se trata con gentes por civilizar, siempre

prontas á confundir los actos de la política con las manifestaciones del miedo y del servilismo. Por consiguiente, y aunque por nuestra parte deseábamos ver á Twala, tanto como Twala pudiera desear vernos, nos sentamos, y con toda calma nos pusimos á arreglar los presentes que nuestras pobres circunstancias nos permitían hacer. Consistían éstos en el Winchester que, con algunas municiones, destinábamos para S. M. y sartas de cuentas que pensábamos distribuir entre sus mujeres y cortesanos. Ya habíamos dado algunas á Infadús y Scragga, quienes manifestaron mucho contento al recibir las y nos dijeron nunca habían visto cosa semejante. Pasada una hora larga y terminados todos estos preparativos, dijimos á Infadús que estábamos dispuestos á seguirle, y guiados por él, emprendimos la marcha hacia la corte, acompañados de Umbopa que llevaba el rifle y las cuentas de nuestro regalo.

Después de andar unas cuatrocientas varas llegamos á una cerca parecida á la que rodeaba las chozas en donde se nos había alojado, pero como cincuenta veces mayor y encerrando un espacio de terreno que, por lo menos, sumaba de seis á siete acres. Adosadas á esta cerca se levantaban en fila un sinnúmero de chozas, que eran las habitaciones de las mujeres del rey, y diametralmente opuesta á la puerta de entrada y aislada, una muy grande en donde residía S. M. Todo el resto del terreno estaba despejado ó, mejor dicho, hubiera estado despejado á no aglomerarse en él compañía tras compañía siete



ó ocho mil guerreros que, al parecer, formaban en parada inmóviles como estatuas, ondeantes los amplios penachos, relucientes los hierros de sus temibles lanzas y marcialmente cogidos los férreos escudos forrados de piel, presentaban un conjunto imponente é indescriptible.

Delante de la gran choza el terreno estaba completamente libre sin más que unos taburetes. A una señal de Infadús ocupamos tres de ellos, Umbopa se colocó de pié detrás de nosotros y nuestro introductor fué á situarse á la puerta de la choza. Así aguardamos unos diez minutos, en medio del más sepulcral silencio y blanco de las convergentes miradas de ocho mil hombres. Sin duda alguna aquello era en cierto modo una prueba terrible para nuestros nervios; pero dominándolos, la resistimos con tanta sangre fría como pudimos. Al fin abrióse la puerta de la cabaña y un hombre de gigantesca talla, con una magnífica piel de tigre echada por encima de los hombros, salió de ella, seguido por el joven Scragga y algo que nos pareció ser un viejísimo mono envuelto en una capa lanuda. El primero se sentó en un taburete, Scragga se situó á sus espaldas y el repugnante mono, arrastrándose á gatas, llegó á la sombra que arrojaba la choza en donde se agachó á semejanza de un perro.

Nada interrumpió el profundo silencio que allí reinaba. Nuestro hércules, al cabo de un momento, dejó escurrir la piel que llevaba en los hombros, y se irguió, ofreciendo á nuestra vista una figura ver-

daderamente alarmante. Era la de un hombre enorme con el aspecto más repulsivo que se puede imaginar. Belfudos los labios, grande y aplastada la nariz, siniestra la mirada de su único ojo (pues el otro estaba reemplazado por su asquerosa y vacía cavidad) salíanle al rostro la crueldad y el sensualismo de un carácter endurecido y depravado. Llevaba en la cabeza un precioso penacho de plumas blancas de avestruz, cubría su cuerpo una reluciente cota de malla y ceñía la cintura y nacimiento de la pantorrilla con los usuales adornos de rabo blanco de buey. Armaba su diestra con disforme lanza, rodeábale el cuello un aro ó collar de oro y, atado á su frente, ostentaba un magnífico diamante sin tallado ni pulimento alguno.

Aún continuó el silencio breves momentos; aquel coloso, que desde el primer instante conocimos era el rey, levantó su terrible lanzón é inmediatamente ocho mil lanzas se alzaron centelleantes por encima de aquella multitud de cabezas, y de ocho mil gargantas salió uniforme y sonoro el *kum* ó saludo real. Tres veces y con cortos intervalos se repitió igual movimiento y aclamación, y en cada una aquel ruido, sólo comparable á las notas más bajas del trueno, hizo retemblar el suelo.

—Humíllate ¡oh pueblo!—profirió una voz discordante y chillona que parecía salir del mono que se arrebujaba en la sombra.—¡Es el rey!

—¡*Es el rey!*—clamaron estentóreamente ocho mil gargantas.—*Humíllate ¡oh pueblo! es el rey.*

Siguióse otro momento de silencio, de absoluto silencio, que fué interrumpido por el sonoro choque de un escudo al herir el endurecido pavimento de piedra apisonada. Un soldado á nuestra izquierda había dejado caer el suyo.

Twala volviendo el rostro, clavó la mirada de su helado ojo en el lugar donde se escuchó el ruido, y con voz de trueno, gritó:

—Ven aquí, tú.

Un joven de agradable apariencia, salió de las filas y fué á colocarse delante de su Señor.

—¿Eres tú quien has dejado caer el escudo, perro imbécil? ¿Has querido sonrojarme en presencia de los extranjeros, hijos de las estrellas? ¡Habla! ¿Qué tienes que decir?

Vimos al infeliz palidecer á pesar de su bronceado color.

—Ha sido una casualidad, ¡oh hijo de la vaca negra! murmuró con desmayado acento.

—Entonces, paga por tu casualidad. Me has avergonzado y vas á morir.

—Manda, soy el siervo del rey—fué su abyecta contestación.

—¡Scragga!—rugió en vez de gritar, con ronco acento el rey—á ver cómo manejas tu lanza. Mátame á ese miserable perro.

Scragga dió unos cuantos pasos al frente, con una repugnante expresión de complacencia y afianzó su lanza. La pobre víctima se cubrió los ojos con las manos. Nosotros estábamos materialmente petrifica-



dos por el horror que nos inspiraba aquella escena. Dos veces balanceó el arma para darle impulso y á la tercera, retirando el brazo todo lo posible, despidió la lanzada, que ¡ah, Dios mío! hiriéndole en el mismo centro del pecho, lo traspasó de parte á parte.

El soldado levantó las manos y rodó muerto á los pies de su verdugo. Algo semejante á un murmullo se alzó de las apretadas filas; pero, alejándose de las primeras hacia las últimas, gradualmente se devaneó hasta desaparecer completamente. La tragedia estaba consumada; el ensangrentado cadáver yacía allí ante nuestros atónitos ojos, y aún no nos dábamos cuenta de lo que había ocurrido. Sir Enrique de un salto se puso de pie, dejando escapar un enérgico juramento; pero dominado por lo imponente del silencio que todos guardaban, volvió á ocupar su asiento.

—Ha sido un buen bote de lanza—dijo el rey— llevad eso de aquí.

Cuatro hombres salieron de las filas y levantando el cadáver de la víctima de aquel cobarde asesinato, se retiraron con él.

—Tapad las manchas de sangre, ¡tapadlas bien! —gritó la voz chillona de aquel indefinible ser, tan semejante á un asqueroso mono;—¡las palabras del rey han sido pronunciadas! ¡la justicia del rey está ya hecha!

Inmediatamente una muchacha con un jarro de cal apareció por detrás de la choza, y vertiéndola

sobre las enrojecidas señales, las borró de nuestra vista.

Mientras tanto, sir Enrique saltaba de cólera y no poco trabajo nos costó contenerle.

—Por el cielo, estése tranquilo—le dije en voz baja,—nuestra vidas dependen de ello.

Accedíó, y por un esfuerzo de voluntad reconquistó su perdida impasibilidad.

Twala continuó silencioso hasta que los rastros de la tragedia desaparecieron bajo una capa de cal. Entonces se dirigió á nosotros.

—¡Hombres blancos que venís, no sé de dónde ni para qué, salud!

—Salud, Twala, rey de los kukuanos contesté.

—Blancos, ¿de dónde sois, y qué buscáis?

—Somos de las estrellas. Venimos á ver esta tierra.

—De muy lejos llegáis para ver una cosa tan pequeña. Y luego señalando á Umbopa ¿ese viene también de las estrellas?

—También ha bajado de ellas; hombres de tu mismo color viven al otro lado de los cielos; pero no me preguntes más por cosas que son demasiado elevadas para tí, Twala, rey de los kukuanos.

—Altiva es tu voz, hijo de las estrellas,—replicó con un tono que no me agradó.—Recuerda que las estrellas están muy distantes, mientras que tú con los tuyos os encontráis aquí, al alcance de mi mano. ¿No temes haga con vosotros como hice con aquél cuyo cuerpo retiraron há poco?

Lancé una carcajada, aunque malditó el deseo que tenía de reirme.

—¡Oh rey! Ten cuidado, anda con cautela por encima de ascuas no vayas á quemarte los pies; no juegues con los filos de tu lanza, si no quieres cortarte las manos. Toca uno solo de nuestros cabellos y caerás como herido por el rayo. ¿Acaso esos,—señalando á Infadús y Scragga (este malvado á la sazón limpiaba tranquilamente su enrojecida arma), no te han dicho qué clase de hombres tienes ante tí? ¿Has visto seres semejantes á nosotros alguna vez?—y tendí el brazo hacia Good, bien seguro de que jamás sus ojos habían tropezado con alguien, cuyo aspecto se pareciera en lo más mínimo al de nuestro camarada.

—Nunca en verdad.

—¿No te han dicho cómo herimos de muerte desde lejos?

—Sí, me lo han dicho; pero no lo creo. Mostrádmelo ahora. Mátame un hombre de aquellos, señalando á los que estaban formados al lado opuesto del kraal, y entonces te creeré.

—No, sólo derrámamos la sangre de un hombre cuando así lo exige un justo castigo; pero si quieres verlo, manda á tus criados hagan entrar un buey por la puerta del kraal, y antes que se haya apartado veinte pasos de ella, lo verás caer muerto á nuestra mano.

—No,—replicó riéndose,—mátame á un hombre y haré fe á tus palabras.

—Sea ¡oh rey! como lo pides,—contesté con frialdad;—levántate, cruza por esta parte despejada y antes que tu planta alcance la puerta, habrás dejado de existir; y si así no lo quieres, envía á tu hijo Scragga;—á quién en aquél momento hubiera tomado con placer por blanco de mi rifle.

Al oír mi proposición el joven perverso, dejando escapar un aullido, de un salto desapareció en la choza. Twala frunció majestuosamente el ceño. La idea no le agradaba.

—Traed un buey,—mandó al cabo de un corto silencio.

Dos hombres partieron inmediatamente á la carrera.

—Ahora, Sir Enrique, dispare usted, quiero que estos brutos sepan no soy yo el único mago entre nosotros.

Sir Enrique tomó su rifle y lo preparó.

—Espero hacer un buen blanco.

—Es preciso que lo haga. Si falla con el primer cañón, fuego con el segundo. Alza para 150 metros, y aguarde á que el animal presente el costado.

Después de un momento de espera, descubrimos un buey que corría directamente hacia la puerta del kraal, pronto la atravesó, y asustado por el gentío allí apiñado, se detuvo, volvióse de lado y mugió.

—Ahora,—murmuró.

Oyóse la explosión, y el buey, herido por las costillas, cayó de espaldas agitando las patas en el estertor de la agonía. La bala explosiva había cumplido

do bien con su misión y un apagado ¡ah! se escapó á la atónita asamblea.

Volvíme con calma.

—¿He mentado, rey!

—No, blanco, decías la verdad,—contestó con acento algo inseguro.

—Tú lo has visto. Ahora, oyéme Twala, no venimos de guerra, sí de paz. Como prueba te daré este palo hueco,—le mostré el Winchester—él te permitirá matar como nosotros matamos; pero le pondré un solo encanto, y es que no lo podrás emplear contra hombre, pues si tal hicieras, te matará á ti mismo. Espera, te enseñaré su poder. Manda á uno que clave su lanza por el regatón en el suelo, á cuarenta pasos de mí, y presentándome el plano de su hierro.

A los pocos segundos estaba dispuesta.

—Ahora mira, voy á romper esa arma.

Apunté cuidadosamente y disparé. La bala dió en el centro de la moharra, haciéndola saltar en pedazos.

Otra exclamación de asombro salió del numeroso concurso.

—Ahora, Twala, toma este tubo mágico. Más tarde te lo enseñaré á usar; pero ¡ay de ti! si tratas de emplear el talismán de las estrellas en daño de los hombres de la tierra.

Se lo entregué y lo tomó con cierto temor, poniéndolo inmediatamente en el suelo á sus pies.

Mientras hacía esto, observé que la repugnante criatura, viva imagen de un mono decrepito, aban-



donando la sombra de la choza, se acercaba á gatas hacia el rey. Cuando llegó á su lado, se levantó y dejando caer la piel que ocultaba su cabeza, reveló á nuestra vista la cara más repulsiva que es posible imaginar. En apariencia era la de una mujer de avanzadísima edad, tan contraída y plegada, que no excedía en tamaño á la de un niño de un año, y sólo se componía de una serie de arrugas amarillentas y profundas. Sumida en una de ellas aparecía una negra hendidura correspondiente á la boca, bajo la cual encorvábese la barbilla hacia arriba hasta rematar en punta. Apenas se encontraba su rastro de nariz, con lo cual, indudablemente, se hubiera creído una antiquísima momia, á no brillar por debajo de blancas, enmarañadas cejas y en sus hondas cavidades dos ojos grandes, negros, llenos aún de vida y de inteligencia. En cuanto á su cráneo, calvo en absoluto, cubríalo una piel amarilla, rugosa y movable como la de la cabeza de la cobra.

El deforme ser, cuya sola vista nos produjo un escalofrío de horror, permaneció inmóvil por un instante; de repente separó de su cuerpo una descarnada garra, armada con uñas de media pulgada, la plantó sobre el hombro de Twala y comenzó á hablar con una voz chillona y penetrante.

—Escucha ¡oh rey! Escucha ¡oh pueblo! Escuchad ¡oh montañas, llanuras y ríos, patria de la raza kukuana! Escuchad ¡oh cielos y sol! ¡Lluvias, tormentas y neblinas! ¡Escuchad todo cuanto vive y debe morir! ¡Todo cuanto ha muerto y volverá á vivir, y vivirá

para morir otra vez! ¡Escuchad, el espíritu de la vida se ha apoderado de mí y voy á profetizar! ¡á profetizar! ¡á profetizar!

Las palabras murieron en sus labios con un timbre quejumbroso, y el terror se apoderó de cuantos la escuchaban sin exceptuarnos nosotros mismos. Aquella vieja era un sér terrible.

«¡Sangre! ¡sangre! ¡sangre! ríos de sangre; sangre por todas partes. Yo la veo, la huelo, la saboreo.—¡Ah! ¡qué bien sabe! corre roja por encima de los campos, cae en espesa lluvia desde los cielos.

»¡Pisadas! ¡pisadas! ¡pisadas! El pie del blanco que llega desde muy lejos, hiere el suelo. El suelo se conmueve bajo su planta. La tierra tiembla ante su señor.

»La sangre embriaga, la roja sangre fascina; la nariz se dilata al olfatearla; nada hay como el olor de la que tibia aún, salta de la herida. Los leones vendrán á lamerla y rugirán, los buitres mojarán en ella sus alas y arrojarán estridentes chillidos de alegría.

»¡Soy vieja! ¡Muy vieja! Mucha sangre he visto; ¡Ah! ¡ah! pero antes que muera la veré correr á torrentes y seré feliz. ¿Qué edad tengo yo? ¿Lo sabéis acaso? Vuestros padres me conocieron; también vuestros abuelos, y los padres de vuestros abuelos... He visto al blanco y sé lo que quiere... Soy vieja; pero las montañas son aún más viejas que yo... Decidme ¿quién hizo el gran camino? Decidme ¿quién trazó los signos sobre las rocas? ¿Quién, decidme, levantó los tres silenciosos, allá á lo lejos (y señaló

hacia las tres escabrosas montañas que habíamos visto la noche anterior) los que miran por encima del profundo pozo?

»Vosotros no lo sabéis, pero yo lo sé. Fueron unos hombres blancos que existieron antes que vosotros viviérais, que volverán á existir cuando ya no viváis; y vendrán otra vez, y os destruirán y os devorarán. ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

»Y ¿á qué vinieron aquellos blancos, los terribles, los conocedores de la magia y de todo saber, los fuertes, los incansables? ¿Qué piedra es esa que brilla ¡oh rey! en tu frente? ¿Qué manos tejieron esa tela de hierro que cubre tu pecho? Vosotros lo ignoráis, pero yo lo sé... ¡Yo, la vieja, la sabia, la Isanusi!» (la bruja ó hechicera.)

Y, volviendo, hacia nosotros la repugnante cabeza continuó:

—«¿Qué buscáis vosotros, blancos de las estrellas... ¡ah! sí, ¡de las estrellas! ¿Váis tras uno que se os ha perdido? No le encontraréis aquí. Aquí no está. Nunca, hace siglos y siglos, el pie de un blanco ha pisado esta tierra; nunca, excepto una vez y ese la dejó sólo para morir. Vosotros venís por las piedras que brillan: yo lo sé... yo lo sé; las hallaréis cuando la sangre esté seca; pero ¿volveréis á la tierra de donde venís, ú os quedaréis aquí, para hacerme compañía? ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

»Y tú, el de la piel obscura, el de la orgullosa apariencia (dirigiendo su seco dedo hacia Umbo-pa), ¿quién eres, di, y qué buscas? No las piedras que

relumbran, no el metal amarillo que brilla; eso lo dejas tú «para los blancos, hijos de las estrellas». Paréceme que te conozco; paréceme percibo el olor de la sangre que corre por tus venas. ¡Desnuda tu cintura!...»

Al gritar con salvaje é imperioso acento estas tres últimas palabras, aquel ente extraordinario fué presa de horribles convulsiones, y rodó por el suelo, espumosa la boca, con un ataque de epilepsia, hasta que la condujeron á la choza del rey.

Este, tembloroso, se puso de pie é hizo un movimiento con la mano. A dicha señal los regimientos comenzaron á desfilar, y al cabo de diez minutos, nosotros, él y algunos de los de su servicio quedamos completamente solos en aquel vasto circuito.

—Blancos, tiéntame la idea de mataros. Gagaula ha pronunciado frases muy extrañas. ¿Qué decís á esto?

Solté una carcajada.

—Ten cuidado ¡oh rey! que nosotros no somos fáciles de matar. Tú has visto la suerte del buey ¿quieres acaso tener igual fin?

—No es prudente amenazar á un rey—dijo frunciendo el ceño.

—No amenazamos, decimos la verdad. Trata ¡oh rey! de matarnos y verás.

El gigantesco monarca se llevó la mano á la frente y, después de una corta pausa, nos despidió.

—Idos en paz. Esta noche es la gran danza. Vos-

otros la veréis. No temáis vaya á tenderos un lazo, Mañana decidiré.

—Como quieras, ¡oh rey!—le contesté con afectada indiferencia, y levantándonos regresamos á nuestro kraal, acompañado por Infadús.

## CAPÍTULO X

### LA CACERÍA DE LAS BRUJAS

Al llegar á nuestra choza, Infadús, obedeciendo á mi invitación, entró con nosotros.

—Ahora, Infadús—le dije,—deseamos hablar contigo.

—Pueden mis señores comenzar.

—Nos parece, Infadús, que el rey Twala es cruel.

—Sí lo es, mis señores. Toda esta tierra ¡ay! clama contra sus crueldades. Aguardad á que llegue la noche y vosotros mismos veréis. En ella se hace la gran cacería de las brujas, y muchos, sospechosos de hechicería, morirán. Nadie tiene su vida segura. Si el rey codicia el ganado de uno ó desea su muerte ó teme induzca al pueblo á rebelarse contra él, entonces Gagaula, á quien acabáis de ver, ó cualquiera de las descubridoras de maleficios enseñadas por ella, delatan á ese hombre como hechicero y se le mata acto continuo. Muchos estarán yertos é inertes antes de que la luna de esta noche comience á palidecer. Siempre ha sido así. Tal vez yo mismo no veré el

sol de mañana. Si hasta hoy se ha respetado mi vida, ha sido por mi habilidad en la guerra y por ser muy querido de mis soldados. Sin embargo, no sé cuanto tiempo he de vivir, la muerte me acecha á todas horas. La tierra gime ante el sanguinario Twala; está cansada de él y de sus feroces costumbres.

—Y siendo así, ¿por qué sufre el pueblo su tiranía? ¿Por qué no se libra de él?

—¡Ah! mis señores, es el rey. Si lo mataran, Scragga reinaría en su lugar; y las entrañas de Scragga son aún más negras que las entrañas de su padre Twala. Si Scragga fuera rey, doblaríamos la cabeza bajo un yugo mucho más duro y cruel. Si Imotu no hubiera sido asesinado, ó si su hijo Ignosi viviera, entonces sería otra cosa; desgraciadamente ambos murieron.

—¿Cómo sabéis que Ignosi ha muerto?—preguntó alguién con firme voz á nuestras espaldas.

Nos volvimos sorprendidos para ver quien nos hablaba. Era Umbopa.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Infadús.—¿Quién te ha dado permiso para hablar?

—Oyeme, Infadús, y te contaré una historia. Hace algunos años el rey Imotu fué asesinado en este país y su esposa huyó con su hijo Ignosi. ¿No es eso cierto?

—Sí, lo es.

—Se dijo que la madre y el hijo perecieron en las montañas. ¿No es así?

—Así es también.

—Pues bien; la suerte quiso que la madre y el hijo se salvaran. Atravesaron las montañas, y conducidos por una tribu errante del desierto al otro lado de las arenas, llegaron á una tierra con agua, hierbas y árboles.

—¿Cómo sabes eso?

—Escúchame. Siguiéron caminando meses y meses hasta llegar á un país cuyos habitantes, llamados amazulés y pertenecientes á la raza kukuana, viven de la guerra. Entre ellos moraron muchos años, hasta que al fin murió la madre. Entonces el hijo, Ignosi, abandonó aquel lugar, fué á una comarca maravillosa, donde habitan los blancos, y por largo tiempo permaneció entre ellos aprendiendo las ciencias de estos hombres. Por muchos años vivió allí como criado y como soldado; pero guardando siempre en el corazón cuanto su madre le contara de su patria, buscando sin desmayar los medios de volver á ella y ver á su pueblo y el hogar de su padre antes que la muerte terminara sus días. Largo tiempo vivió esperando; pero al fin llegó la hora, como sucede á todo el que sabe y puede aguardar; supo de unos blancos que venían á esta tierra desconocida y se unió á ellos. Cruzaron el abrasador desierto, pasaron por encima de la nieve de las montañas, y entrando en la tierra de los kukuanos te encontraron á tí, ¡oh, Infadús!

—Sin duda alguna estás loco cuando hablas así— dijo asombrado el viejo militar.

—¿Tal piensas? Mira, yo te lo probaré, ¡oh! hermano de mi padre. *Yo soy Ignosi, el legítimo rey de los kukuanos.*

Al pronunciar estas palabras dejó caer con un ligero movimiento el «moocha» ó lienzo que ceñía á su cintura y quedó desnudo ante nosotros.

—Mira, ¿qué es esto? Y señaló á una gran serpiente azul grabada indeleblemente en la piel, alrededor de la cintura, cuya cola desaparecía entre sus abiertas mandíbulas, precisamente por encima de la unión de sus caderas.

Infadús vió la señal, abrió desmesuradamente los ojos, y cayendo de rodillas murmuró:

—¡*Kum!* ¡*Kum!* Es el hijo de mi hermano. Es el rey.

—¿No te lo había dicho ya, tío? Levántate no soy todavía el rey; pero con tu auxilio y con el de estos bravos blancos, mis amigos, lo seré. La vieja Gaggaula tiene razón; la sangre se verterá á torrentes y con ella se mezclará la suya, porque sus palabras mataron á mi padre y expulsaron á mi madre de su hogar. Y ahora, Infadús, decídetete. ¿Quieres darme tu mano y ser el primero de los míos? ¿Quieres participar de los peligros que me esperan y ayudarme á aniquilar á ese tirano, á ese asesino, ó te niegas á ello? Elige.

El viejo veterano llevó la mano á la cabeza y meditó un corto instante. Después se levantó, y acercándose á Umbopa, ó mejor dicho, á Ignosi, se arrojó y le cogió la mano.



—Ignosi, rey legítimo de los kukuanos, con mi mano en tus manos prometo servirte hasta la muerte. Cuando eras un pequeñuelo saltabas sobre mis rodillas; hoy mi envejecido brazo luchará por ti y por la libertad.

—Bien está, Infadús; si triunfamos, tú serás el hombre más grande de nuestra nación, después del Rey. Si perezco, morirás. Levántate, querido tío.

—Y vosotros, blancos, ¿me negaréis vuestro poderoso auxilio? ¿Qué podré ofreceros? Las piedras relucientes. Si venzo y las encuentro tendréis tantas cuantas podáis llevaros del país. ¿O: basta eso?

Traduje sus palabras y sir Enrique replicó:

—Dígale que mal conoce al caballero inglés. La riqueza es un bien, y si la suerte la pone á su paso se apoderará de ella; pero jamás se vende por valor alguno. Ahora, refiriéndome á mí, digo lo siguiente: Umbopa ha merecido siempre mi estimación, y en cuanto de mi voluntad depende, estaré á su lado en esta tentativa. Muy agradable me será, por otra parte, ajustar cuentas con ese sanguinario Twala. ¿Qué piensan ustedes, Good y Quatermain?

—Bien—contestó Good, adoptando el lenguaje hiperbólico de los kukuanos—puede usted decirle que un poco de zafarrancho limpia la cala del corazón, y en lo que á mí concierne, siento plaza bajo su enseña; soy su grumete. Mi única condición es que se me devuelvan los pantalones.

Traduje ambas respuestas.

—Gracias, amigos míos; y tú, Macumazahn, viejo

cazador aún, más listo que un búfalo herido, ¿estás también conmigo?

Pensé por un momento y me rasqué la cabeza.

—Umbopa ó Ignosi—contesté—á mí no me gustan las revoluciones. Soy hombre pacífico con algo de cobarde (aquí Umbopa se sonrió); pero por otro lado no quiero abandonar á mis amigos. Has estado siempre á nuestro lado como un hombre y ahora continuarás lo mismo. Pero tened en cuenta que soy un traficante y he de ganarme el sustento. Así, pues, acepto la oferta de los diamantes, dado caso llegáramos alguna vez á estar en circunstancias de aprovecharnos de ella. Además, nosotros hemos venido, como sabes, buscando al hermano de Incubo (sir Enrique). Es necesario que nos ayudes á encontrarle.

—Haré esto inmediatamente. Atiende, Infadús, por la señal de la serpiente en derredor de mi cintura, díme la verdad. ¿Sabes si algún blanco ha puesto el pie dentro de esta tierra?

—Ninguno ¡oh! Ignosi.

—¿Si se hubiera visto á un blanco ó tenido noticias de él, lo hubieras sabido tú?

—Sin duda alguna lo habría sabido.

—Ya lo oyes, Incubu—dijo Ignosi volviéndose á sir Enrique. No ha venido á este país.

—Bien, bien—contestó éste suspirando.—No logró llegar hasta aquí. ¡Pobre compañero, pobre hermano mío! Todo ha sido inútil. ¡Hágase la voluntad de Dios!

—Ahora ocupémonos del proyecto—exclamé de

seoso de cortar tan penosa conversación.—Bueno; muy bueno es ser rey por derecho divino, Ignosi; pero ¿de qué medio te piensas valer para ser rey en realidad?

—Aún no lo sé. ¿Tienes algún plan, Infadús?

—Ignosi, hijo del rayo, esta noche se verifica la gran danza y la cacería de las brujas. Muchos serán acusados y perecerán, y muchos otros con el corazón lleno de pena y angustia, rebotarán de cólera por las inhumanidades del rey Twala. Cuando la danza haya terminado, hablaré con varios de los grandes jefes, quien á su vez, si los atraigo á nuestro bando, arrastrarán sus regimientos. En un principio los tantearé con cautela, vista su disposición los traeré á este sitio para que se convenzan eres nuestro legítimo rey, y espero que al sol de mañana veinte mil lanzas brillarán bajo tu mando.

Y ahora permíteme que me retire, debo reflexionar y prepararme. Después de la danza volveré, si vivo ó vivimos todos aún, á reunirme contigo y nos pondremos de acuerdo. Por lo menos tendremos guerra.

En este instante el aviso de la llegada de unos mensajeros del rey interrumpió nuestra conferencia. Nos acercamos á la puerta de la choza y dimos orden para que los introdujeran á nuestra presencia; así se hizo y aparecieron tres hombres conduciendo cada uno una reluciente cota de malla y una magnífica hacha de combate.

—Regalos de mi señor el rey á los hombres blancos

cos de las estrellas—exclamó un heraldo que venía con uno de ellos.

—Damos gracias al rey—contesté.

Los mensajeros se fueron y nosotros nos pusimos á examinar las cotas con extremo interés. Era el mejor trabajo de malla que viera en mi vida. El tejido era muy fino y cada cota, plegada, formaba un bulto tan pequeño que podía abarcarse por completo entre ambas manos.

—Infadús, ¿hacéis estas cosas en el país?—pregunté.—Son de muchísimo mérito.

—No, mi señor, las heredamos de nuestros antepasados. No sabemos cómo se hacen y ya quedan muy pocas. Nadie, exceptuando á los de sangre real, puede usarlas. Son preciosos talismanes que ninguna lanza traspasa. Quien se cubre con uno de ellos va casi á salvo á la batalla. El rey está muy contento ó muy temeroso. Si no, jamás os las hubiera enviado. Ponéros las esta noche, mis señores.

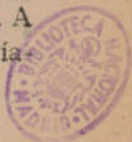
Pasamos el resto del día descansando tranquilamente y hablando de la situación, que atraía todo nuestro interés. Por fin desapareció el sol en su ocaso, millares de fogatas resplandecieron en los cantones ocupados por la tropa, y envueltos en las tinieblas de la noche é interrumpiendo el silencio con el acompasado ruido de sus pasos y el choque de las armas, desfilaron los regimientos para los respectivos puestos que debían ocupar durante la gran danza. Hacia las ocho de la noche apareció la luna en todo su esplendor, y contemplábamos su majes-

tuoso ascenso cuando llegó Infadús en traje de guerra y con una escolta de veinte hombres para acompañarnos al lugar donde se iba á verificar. Como nos había recomendado, teníamos debajo de nuestras usuales ropas las cotas de malla, regalo del rey, las que nos llenaron de admiración por su ligereza y flexibilidad.

Estas cotas de acero, hechas para hombres de gran estatura, colgaban algo flojas en derredor del cuerpo de Good y del mío; pero se ajustaban al de sir Enrique como el guante á la mano. Nos pusimos los revólvers á la cintura, y armándonos con las hachas de combate, que el rey nos enviara, partimos.

Al llegar al extenso del kraal, donde el rey nos recibió por la mañana, lo encontramos materialmente rodeado de una muralla humana. Unos veinte mil hombres formados por regimientos, se apretaban en el interior y á lo largo de la cerca que lo limitaba. Los regimientos á su vez se subdividían en compañías y éstas dejaban entre sí estrechos intervalos por donde las descubridoras de maleficios pudieran circular fácilmente. Imposible es concebir cosa más imponente que la vista de aquella vasta, silenciosa y ordenada asamblea de hombres armados.

La luna enviaba torrentes de luz que se quebraban en el bosque de sus alzadas lanzas, de sus ondeantes plumeros, cayendo de lleno sobre sus atléticas formas y redondos escudos de diferentes colores. A cualquier lado donde volviéramos la vista descubría-



mos fila tras fila de bronceados rostros, cubiertos por bruñidas moharras.

—¿Seguramente—pregunté á Infadús—se encuentra aquí todo el ejército?

—No, Macumazahn, sólo su tercera parte. Esta es la que asiste anualmente á la danza; otra tercera ocupa posiciones en las afueras de la población para el caso de que haya algún disturbio al comenzar la matanza, y la restante de diez mil hombres para guarnecer los puestos avanzados de Loo, distribuyendo los sobrantes entre los demás kraales del país. Como ves, este pueblo es grande y poderoso.

—Guardan un silencio sombrío—observó Good.

—¿Qué dice Bougwan?—inquirió Infadús.

Traduje las palabras y añadió con tétrico acento:

—Aquéllos sobre cuyas cabezas la muerte cierne sus heladas alas, callan, mi señor, callan profundamente.

—¿Se matará á muchos?

—A muchísimos.

—Según parece—dije á mis compañeros—vamos á asistir á una horrorosa función, en la que no se economizará la sangre humana.

Sir Enrique se inmutó y Good dijo que deseaba verse lejos de aquel lugar.

—Decidme, Infadús, ¿corremos nosotros riesgo?

—No lo sé, mis señores, espero que no; pero no manifestéis temor. Si no morís esta noche, todo tal vez irá bien. Los soldados murmuran contra el rey.

Mientras hablábamos, continuamos avanzando hacia el despejado centro, en cuyo medio se veían varios taburetes y, al acercarnos á éstos, descubrimos otro grupo de personas que desde la choza real se dirigían al mismo sitio.

—El rey Twala, su hijo Scragga, la vieja Gagaula y ved detrás de ellos á los matadores—dijo Infadús señalando á una docena de hombres de gigantesca estatura y salvaje aspecto, armados con una lanza en una mano y una pesada maza en la otra.

El rey se sentó en el taburete del centro. Gaugala se acurrucó en el suelo á sus pies y los otros se colocaron á su espalda.

—Salud, blancos señores—exclamó el primero al vernos llegar.—Sentáos y no perdáis un tiempo precioso; la noche es demasiado corta para los altos hechos que en ella se han de realizar. Venís á buena hora y presenciareís un espectáculo sublime. Mirad en vuestro derredor, blancos señores, mirad en vuestro derredor y decidme: ¿pueden las estrellas mostraros un cuadro semejante?

É inspeccionando los regimientos uno por uno con su maligno ojo, añadió:

—Ved, ved cómo tiemblan temerosos todo los que ocultan su maldad en lo más hondo del corazón, al encontrarse bajo la mano de la justicia del cielo.

—¡Principiad! ¡principiad!—gritó Gaugala con su desagradable voz.

tas y aullan por falta de carne. ¡*Principlad!* ¡*princi-  
piad!*

Murió el desapacible acento de la vieja y por corto instante reinó un silencio sepulcral, tanto más imponente cuanto era presagio de una horrible escena.

El rey levantó su lanza. A esta señal veinte mil pies se alzaron repentinamente como si pertenecieran á un mismo cuerpo y asentáronse con fuerza en la tierra, produciendo una especie de estampido. Tres veces se repitió este movimiento y todas tres el suelo retembló. Entonces en un lejano punto de aquel compacto círculo de hombres, una voz solitaria y lastimera entonó un canto cuyo letra más ó menos venía á decir:

—*¿Qué es lo que aguarda al hombre nacido de mujer?*

Sonora vibró en el espacio la respuesta de la vasta asamblea, que contestó á una con esta siniestra palabra:

—*¡Morir!*

Gradualmente entonaron aquel canto compañía tras compañía, hasta que por fin el ejército entero allí acumulado formó un monstruoso coro. Imposible me fué ya entender la letra; pero, sin embargo, pude comprender representaban todas las fases de las pasiones, temores y alegrías del hombre. Ora la cadencia semejava á la de una dulce cantinela de amor, ya á un majestuoso aire guerrero, y, por último, á una lágubre sanción de muerte. terminada



repentinamente por un espantoso alarido que helaba la sangre con su tétrica resonancia. De nuevo reinó un fatídico silencio, interrumpido á una señal del rey por el ruido de las rápidas pisadas extrañas y pavorosas figuras, que, destacándose de la callada masa de los guerreros, corrieron hacia nosotros. Al acercárenos vimos eran mujeres, en su mayor parte de avanzada edad; adornaban el cano y desgredado cabello con multitud de pequeñas vejigas, que caían hacia atrás; tenían pintada la rugosa cara con rayas blancas y amarillas, de sus encorvadas espaldas colgaban distintas pieles de culebra, y en derredor de sus cinturas chocaban ruidosamente numerosas rodajas de hueso humano. Cada una tenía en su descarnada mano una especie de horquilla. En total eran diez. Cuando llegaron enfrente de nosotros se detuvieron, y una, señalando con su horquilla á la agachada Gagaula, gritó:

—Madre, anciana madre, aquí nos tienes.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno!—gritó atipladamente aquel decrepito monstruo.—¿Tenéis perspicaces los ojos, Isanuisis (brujas), vosotras las que véis en los sitios más recónditos?

—Madre, los tenemos perspicaces.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno! ¿Tenéis vuestros oídos bien abiertos, Isanuisis, vosotras que oís las palabras que la lengua calla?

—Madre, los tenemos bien abiertos.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno! ¿Tenéis vuestros sentidos bien despiertos, Isanuisis? ¿Podéis husmear la

sangre y purgar la tierra de los malvados que maquinan daño contra el rey ó contra sus semejantes? ¿Estáis dispuestas á hacer la «justicia del cielo», vosotras las que he enseñado, las que han comido del pan de mi sabiduría y bebido del agua de mi magia?

—Madre, lo estamos.

—¡Entonces comenzad! No os detengáis más, buitres míos, ved á los matadores —señalando al repugnante grupo de los verdugos.—Haced que sus lanzas no estén ociosas; los hombres blancos de lejano país esperan con impaciencia. ¡Comenzad!

Dando un aullido salvaje, disolvióse el grupo de brujas y se desparramó en todos sentidos. Corrieron, haciendo grande ruido con los sonajeros de hueso que llevaban en la cintura, hacia la muralla humana que nos rodeaba. Era imposible seguir los movimientos de todas; así, pues, nos limitamos á observar á la Isanusi más cercana á nosotros. Cuando estuvo á pocos pasos de la fila de guerreros, hizo alto y empezó á bailar con desordenada furia, dando vueltas y revueltas con increíble rapidez y vociferando á la par expresiones como éstas: «¡Husmeo al maldito! ¡Cerca, cerca está el envenenador de su madre! ¡Oigo los pensamientos del que desea daño á su rey»

Más y más apresuró la vertiginosa celeridad de sus movimientos, hasta caer en tal frenesí que, como una poseída, arrojaba espumarajos por entre las contraídas mandíbulas, saltábaseles los ojos y le tem-

blaban las carnes. De repente quedóse inmóvil y tendiéndose en el suelo como un tigre cuando vá á arrojarle sobre su presa, comenzó á arrastrarse cautelosamente, con la horquilla extendida, hacia los soldados que tenía enfrente. Nos pareció que al acercárseles, desvaneciéndose completamente el estoicismo de éstos, retrocedían aterrorizados. En cuanto á nosotros seguíamos sus menores movimientos dominados por una invencible fascinación. Mientras tanto, se aproximaba, siempre arrastrándose, deteniéndose á veces y señalándolos con su horquilla como si fuera ya á abalanzarse sobre ellos, hasta quedar á dos pasos de la fila.

Entonces dando un chillido, de un salto se puso de pie y tocó con su vara á uno de los guerreros. Inmediatamente los dos camaradas que formaban á su lado agarraron por los brazos al infeliz condenado y lo condujeron ante el rey.

El desgraciado no opuso resistencia; pero apenas podía andar, tenía paralizadas las piernas y sus dedos, que habían dejado caer la lanza, estaban tan flexibles como los de un cadáver aún caliente.

Saliéronle al encuentro dos de los odiosos ejecutores, y al llegar junto á él, volviéronse al rey en demanda de órdenes.

—¡*Matad!*—dijo éste.

—¡*Matad!*—gritó chillonamente Gagaula.

—¡*Matad!*—repitió Scragga con una bárbara sonrisa de placer.

Antes que las palabras hubieran concluído de ser

pronunciadas, la horrible sentencia se había realizado. Uno de los verdugos enterró el hierro de su lanza en el corazón de la víctima, y el otro de una terrible mazada esparció sus sesos por el suelo.

— *Uno*, — dijo tranquilamente el rey, mientras arrastraban el cadáver algunos pasos á un lado.

Enseguida trajeron á otro infeliz. Por la zamarra de piel de leopardo que le cubría comprendimos que el condenado era una persona de alta jerarquía. Otra vez se escucharon las fatídicas palabras y un nuevo cadáver rodó por tierra.

— *Dos*, — contó el rey.

Y así continuó aquella inhumana matanza, hasta que unos cien cuerpos estuvieron amontonados á nuestras espaldas. Mucho he oído contar de las sangrientas funciones de los circos romanos; pero, por más crueles que se la describa, nunca debieron ser tan espantosas como aquella hecatombe humana. Además, dichos espectáculos contribuían á la diversión del público, y aquí todos estaban expuestos, lo que estoy seguro pondría á prueba el nervio del más experimentado amante de sensaciones fuertes, á trocar su puesto de espectador por el muy pasivo de condenado.

Una vez nos levantamos y pedimos á Twala detuviera aquella carnicería; pero nos replicó con áspera entonación.

— Sentáos, dejad que la ley siga su curso, blancos. Esos perros miserables son hechiceros y malvados; justo es que mueran.

Próximamente á las diez y media hubo un momento de pausa; las cazadoras de hechiceros se reunieron, aparentemente cansadas de su sangrienta tarea, y pensábamos que aquéllo habia llegado á su término. Pero nos equivocábamos, pues llenos de sorpresa, vimos á la vieja Gagaula levantarse y sosteniéndose con un bastón, avanzar insegura hacia el centro del despejado espacio. Daba grima al ver á esta decrepita criatura con su repugnante cabeza de buitre y tembloroso cuerpo encorvado por el peso de los años, ir recuperando progresivamente las perdidas fuerzas hasta llegar á arrebatarse, en desenfundados movimientos, tan vivos tan rápidos como los de sus maléficas discípulas. Corrió de un lado á otro, girando con frenesí y animándose con su propio y desagradable canto, hasta que deteniéndose repentinamente se abalanzó á un arrogante jefe que estaba al frente de un regimiento y lo tocó con su vara. Una dolorosa exclamación se escapó de las filas de aquel cuerpo, que evidentemente mandaba; pero como siempre, dos de sus individuos saliendo de ellas lo cogieron por los brazos y lo condujeron al lugar donde debía morir. Después supimos que aquel hombre era primo del rey y uno de los más importantes por su riqueza y graduación.

Fué muerto y Twala contó ciento tres. Enseguida Gagaula continuando sus endiabladas cabriolas fué poco á poco aproximándose á nosotros.

—¡Que me cuelguen si no trata de hacernos una mala jugada!—exclamó Good horrorizado.

—¡Qué disparate!—contestó tranquilamente sir Enrique.

Por mi parte, al ver á aquella vieja furia en continuas contorsiones acercándosenos más y más, sentí que la sangre se me helaba, y echando una ojeada á los cadáveres hacinados á mi espalda se me erizó el cabello.

Mientras tanto Gagaula, encorvado el cuerpo, con los ojos casi fuera de sus órbitas y fosforescentes, continuaba girando rápida, y acortando más y más la distancia.

Ya no cabía duda, era á nosotros á quienes se dirigía; y todos los ojos de aquella inmensa asamblea seguía sus movimientos con marcada ansiedad. Al fin se detuvo y nos señaló con su vara.

—¿A quién tocará?—se preguntó á sí mismo sir Enrique.

En un momento salimos de dudas, pues la horrible vieja se colocó de un salto enfrente de Igmosi, alias Umbopa, y le tocó en el hombro, gritando con chillona y horripilante voz:

—¡Lo he husmeado! ¡Matadle! ¡matadle! está lleno de maldad; ¡matad á ese extranjero antes que por su causa corran torrentes de sangre! ¡oh rey! hazle morir.

Hubo una pequeña pausa que me apresuré á aprovechar.

—¡Oh rey!—exclamé levantándome de mi asiento. Este hombre es el criado de tus huéspedes, es su pe-  
[El cualquiere que derramó la sangre de él; darte]

ma la nuestra. Por la ley sagrada de la hospitalidad reclamo tu protección para nuestro criado,

—Gagaula, la madre de la sabiduría, pide su muerte, blancos, y morirá.

—No, no morirá; el que trate de tocarle, ese sí que morirá.

—¡Cogedle!—gritó furioso Twala á sus verdugos, que le rodeaban enrojecidos hasta los ojos con la sangre de sus víctimas.

Al mandato de su amo, avanzaron hacia nosotros, y á los pocos pasos se detuvieron indecisos. Ignosi, por su parte, habíase puesto en guardia con su lanza resuelto á vender bien cara la vida.

—Atrás, perros,—les grité yo, cubriendo á Twala con mi revólver.—Tocad un solo cabello de su cabeza y mato á vuestro rey.

Sir Enrique y Good también sacaron los suyos, apuntando el primero al verdugo que venía á la cabeza de sus compañeros y continuaba acercándose para ejecutar la sentencia; y Good á Gagaula, lo que hizo con cierto aire de satisfacción.

Twala dejó traslucir un movimiento de sobresalto al ver el cañón de mi arma dirigido á su ancho pecho.

—¿Y bien, Twala, que decidís?—le pregunté.

—Guardad vuestros tubos mágicos; me lo habéis suplicado en nombre de la hospitalidad, y por esa razón, no por temor á lo que podáis hacer, le concedo la vida. Idos en paz.

—Bien está,—le contesté con indiferencia.—Nos

hallamos hartos de carnicería y queremos dormir. ¿Ha terminado la gran danza?

—Ha terminado,—respondió Twala mal humorado. Arrojad esos perros,—señalando los cadáveres,—á las hienas y á los buitres.

Y dada esta orden levantó su lanza.

Al instante los regimientos comenzaron á desfilar silenciosamente por la puerta del kraal, y á poco sólo quedó ocupado por un destacamento encargado de arrastrar lejos de allí los cadáveres de los sacrificados.

Entonces nos pusimos de pie y haciendo una reverencia á S. M. que apenas se dignó devolvernos, partimos para nuestro kraal.

—En realidad me encuentro algo indispuerto, dijo sir Enrique al sentarnos después que hicimos luz.

—Si alguna duda hubiera tenido en ayudar á Umbopa á destronar á ese maldito,—exclamó Good,—por mi nombre ya habría desaparecido. Hice cuanto pude para permanecer tranquilo mientras se efectuaba esa horrible carnicería. Traté de tener cerrados los ojos; pero los abría precisamente en el peor momento. Me extraña no haber visto á Infadús. Umbopa, amigo mío, bien puede estarnos agradecido; vuestra piel anduvo muy próxima de obtener su correspondiente ojal.

—Estoy agradecido, Bougwan, y jamás lo olvidaré. En cuanto á Infadús no tardará en llegar. Esperemos.

Encendimos nuestras pipas y aguardamos.



## CAPÍTULO XI

## LA SEÑAL

Largo rato, dos horas poco más ó menos, permanecimos sentados y silenciosos, demasiado impresionados por los horrores que acabábamos de ver, para poder conversar. Al fin, cuando al aparecer los primeros albores de la mañana nos disponíamos á acostarnos, oímos el ruido de varias pisadas. El centinela á la puerta del kraal dió el ¿quién vive? que en apariencia fué satisfactoriamente contestado, pero con voz tan baja que no llegó hasta nosotros, pues los pasos continuaron acercándose á nuestra choza, cuya puerta se abrió para dar entrada á Infadús y á seis jefes de marcial aspecto y arrogante presencia que le acompañaban.

—Mis señores, aquí me tenéis según os lo prometí. He traído conmigo, mis señores y tú, Ignosi, legítimo rey de los kukuanos, á estos hombres, grandes entre nosotros y jefe cada uno de tres mil guerreros, prontos á obedecer sus órdenes en el servicio del rey. Les he contado todo cuanto mis ojos han visto y mis oídos escuchado. Ahora permíteles también ver la sagrada serpiente en derredor de tu cintura y oír de tus mismos labios tu historia, Ignosi, para que puedan decidirse y digan si estarán á tu lado ó al lado de Twala, el rey.

Ignosi, por toda contestación desnudó su cintura dejando al descubierto la regia señal. Los jefes uno á uno, auxiliados por la mezquina luz de la lámpara, la examinaron de cerca, y según concluían su investigación pasaban sin decir una palabra á colocarse al otro lado.

Cuando todos la hubieron visto, Ignosi volvió á cubrir su cintura y dirigiéndose á ellos, repitió la historia que contara á Infudús.

—Ya habéis visto y oído, jefes—dijo éste cuando Ignosi terminó.—¿Qué decís? ¿Os declaráis por el hijo de Imotu y ofrecéis ayudarle á conquistar el trono de su padre, ó le abandonáis? La tierra clama contra las crueldades de Twala, la sangre del pueblo corre como el agua en las lluvias de la primavera. ¡Bien lo habéis visto anoche! Dos de vuestros compañeros, dos jefes á quienes pensaba haber traído aquí ¿dónde están? Las hienas aullan sobre sus ensangrentados restos. Esa es la suerte que os aguarda si no os apresuráis á herir. ¡Hermanos decidíos!

El más viejo de los seis guerreros, hombre de corta estatura, robusto y con el cabello blanco, dió un paso al frente y contestó:

—Tus palabras no mienten, Infadús, la tierra entera gime. Mi hermano, mi propio hermano está entre aquéllos que murieron anoche; pero este asunto es muy grave y el suceso casi increíble. ¿Cómo podemos convencernos al empuñar nuestras lanzas, de que no servimos á un impostor? Grave asunto es, repito, y nadie puede prever su fin. Porque estad

seguros de ésto, la sangre correrá á torrentes antes que el hecho se haya consumado; muchos continuarán adictos al rey, que los hombres están prestos á adorar al sol que brilla resplandeciente en medio del cielo y no al que aún está por salir. Estos hombres blancos de las estrellas son grandes magos, y cubren á Ignosi con sus alas. Si en verdad es el legítimo rey deloskukuanos, pueden darnos una señal que lo atestigüe, una señal que lo declare al pueblo y el pueblo entero pueda ver. Entonces los hombres nos seguirán convencidos de que la magia de los blancos está con ellos.

—Ya tenéis la señal de la serpiente,—le contesté.

—Señor, no es bastante. La serpiente ha podido ser marcada en su cintura después que ese hombre naciera. Mostradnos una señal, sin ella no haremos nada.

Los demás se manifestaron decididamente acordes con la proposición, y yo me volví perplejo hacia Sir Enrique y Good, á quienes expliqué la situación.

—Creo que dí con una, dijo el último con cierto aire de triunfo.—Decidles que nos dejen solos un momento para pensarlo.

Así lo hice y los jefes se retiraron. Tan pronto como hubieron salido, Good cogió la cajita donde guardaba las medicinas, la abrió y sacó de ella una cartera que tenía un almanaque en sus primeras páginas.

—¡Bueno, aquí está! Camaradas, ¿no es mañana el día 4 de Junio?

Habíamos tenido cuidado de anotar los días; así pudimos contestarle afirmativamente.

—Muy bien; entonces oigan: 4 Junio, eclipse total de luna: comienza á las 8, 15, meridiano de Greenwich y es visible en Tenerife, Africa, etc.—¿Puede haber mejor señal? Dígales que mañana por la noche, cuando la luna brille en la mitad del cielo, la haremos desaparecer.

La idea era magnífica. Su único inconveniente consistía en un posible error del almanaque de Good. Si hacíamos una profecía de tal magnitud y sabía falsa, perdíamos nuestro prestigio para siempre, y con él, las probabilidades que Ignosi tenía de ocupar el trozo de Kukuana, naufragaban.

—¿Y si el almanaque fuera inexacto?—preguntó sir Enrique á Good, en aquel momento muy atareado, haciendo, al parecer, algún cálculo en las hojas de su citada cartera.

—Y, ¿por qué no hemos de creerlo? Los eclipses jamás han dejado de ser puntuales, por lo menos así me lo enseña mi propia experiencia; y aquí se expresa terminantemente que será visible en esta parte del mundo. He hecho mis cálculos con la exactitud que me permite el desconocimiento de nuestra verdadera posición, y según su resultado, el fenómeno comenzará en este lugar hacia las diez de la noche y terminará á las doce y media. Durante hora y media las tinieblas serán completas.

—Bien,—dijo sir Enrique,—De todos modos creo es lo mejor correr el riesgo y hacer la predicción.

Asentí por mi parte, aunque algo receloso, pues los eclipses son cosas que no tienen cuenta con nuestras necesidades, y dije á Umbopa que llamara á los jefes. Cuando entraron, con toda la prosopoyeya que el acto requería, les hablé de este modo:

—Nobles guerreros de Kukuana, y tú Infadús, oíd. No nos agrada mostrar la omnipotencia de nuestra voluntad, trastornando las leyes de la naturaleza, porque al hacerlo, llenamos al mundo entero de terror y confusión; sin embargo, atendiendo á que se trata de un asunto de la mayor importancia, á la cólera que contra el rey ha despertado en nosotros la inicua carnicería de anoche, y la conducta de Gagaula, al exigir se vertiera la sangre de nuestro amigo Ignosi, hemos resuelto, rompiendo nuestra costumbre, daros una señal que nadie ni nada dejarán de ver. Venid conmigo, les dije conduciéndolos á la puerta; y señalando á la enrojecida esfera de la espirante luna, añadí:—¿Qué véis allá?

—Vemos la luna entrando ya en su lecho,—contestó el orador del grupo.

—Eso es. Ahora contestadme: ¿puede mortal alguno obligarla á desaparecer antes que llegue al final de su jornada y hacer que la noche, descendiendo del cielo, envuelva la tierra entera con sus más densas sombras?

—No, mi señor, el hombre no puede tanto. La luna es más poderosa que todos los que la contemplan, nadie la hará variar en su curso.

—Vosotros lo decís. Pues bien, yo os digo que

mañana, dos horas antes de la media noche y cuando más brille sobre vuestras cabezas, la borraremos del cielo por espacio de hora y media; cubriendo la tierra con tan profundas tinieblas que no podréis veros vuestras propias manos: tal será nuestra señal y prueba de que Ignosi es el legítimo rey del pueblo kukuano. Si como lo prometemos, sucede ¿quedaréis convencidos.

—Sí, señores míos,—afirmó el viejo jefe con cierta sonrisa incrédula que también ví vagar por los labios de sus compañeros;—si vosotros hacéis lo que decís, quedaremos completamente convencidos.

—Pues lo veréis con vuestros propios ojos; nosotros tres, Incubu, Bougwan y Macumazahn, lo hemos dicho y así será hecho. ¿Nos escuchas tú, Infadús?

—Escucho, mi señor; pero gran maravilla prometéis; ¿hacer desaparecer la luna, ¡la madre de la tierra! cuando brilla toda entera?

—No importa, nosotros lo haremos, Infadús.

—Muy bien, señores míos. Hoy, dos horas después de la puesta del sol, Twala enviará á buscar á mis señores para que asistan á la danza de las vírgenes, y una hora más tarde, terminado el baile, la que el rey juzgue más bella de todas será sacrificada por Scragga, en honor de los «silenciosos de piedra», asentados y vigilantes entre las montañas, allá á lo lejos;—y señaló á los tres extraños picos en donde terminaba el camino de Salomón.—Dignaos obscuraciendo entonces la luna, mis señores, salvar la

vida de esa doncella y el pueblo en masa os dará su fe.

—Sí,—repitió el encanecido veterano, aún algo incrédulo, hacedlo y el pueblo creerá cuanto digáis.

—A dos millas de Loo,—prosiguió Infadús,—levántase una colina, cuya base tiene la misma forma de la luna nueva, posición inexpugnable que ocupa mi regimiento y otros tres obedientes á la voz de estos jefes. Hoy por la mañana nos pondremos de acuerdo para que dos ó tres regimientos más vayan á concentrarse en el mismo sitio. Así dispuesto, si mis señores pueden en realidad apagar la luna, durante la obscuridad vendré á buscarlos, los conduciré fuera de Loo al indicado punto, en donde estarán á salvo, y emprenderemos la guerra contra el rey Twala.

—Perfectamente,—le contesté.—Ahora déjanos, queremos dormir un rato y preparar nuestra magia.

Infadús nos hizo una profunda reverencia y seguido de los demás jefes salió de nuestra choza.

—Amigos míos,—dijo Ignosi, tan pronto como quedamos solos,—¿podéis hacer realmente cosa tan maravillosa ó habéis dicho vanas palabras á los jefes?

—Creemos que podemos hacerlo, Umbopa, Ignosi, quiero decir.

—Me asombráis, y si vosotros no fuérais ingleses no lo creyera; pero sé que el «caballero» inglés nunca miente. Estad seguros de que, si sobrevivimos á la lucha, os sabré recompensar.



—Ignosi—dijo sir Enrique—me vas á prometer una cosa.

—Os la prometo, Incubu, amigo mío, aún antes de saber lo que es. ¿Qué queréis?

—Esto. Si llegas alguna vez á ser rey de los kukuanos, quiero suprimas en absoluto el husmeo de hechiceros y malvados, como el que anoche presenciarnos, y que ningún hombre muera en esta tierra sin haber sido antes juzgado convenientemente.

Ignosi quedó pensativo por un instante y contestó:

—Las costumbres de los negros no son iguales á los usos de los blancos, Incubu, ni tampoco amamos la vida tanto como vosotros. No obstante, lo prometo. Si llega á estar en mi mano el evitarlo, las brujas no cazarán más, ni morirá hombre alguno sin habersele juzgado.

—Entonces queda convenido. Ahora descansemos por un rato.

Tan rendidos estábamos que nos dormimos profundamente, y Dios sabe cuando hubiéramos despertado si Ignosi no nos hubiese llamado á las once. Nos levantábamos, y después de lavarnos hicimos un buen almuerzo. Luego fuimos á dar unos paseos fuera de la choza, divirtiéndonos en observar la estructura de las habitaciones de los kukuanos y las costumbres de sus mujeres.

—Espero que se realizará el eclipse,—dijo sir Enrique al cabo de algún tiempo.

—Si nos hemos engañado, pronto habrá concluído todo para nosotros,—le contesté melancólicamen-



te. Por que tan cierto como que estamos vivos, algunos de esos jefes harán una completa delación al rey y entonces habrá otro eclipse. Nos eclipsará á nosotros y de una manera nada agradable.

Regresamos al alojamiento, comimos y empleamos lo restante del día, recibiendo visitas de ceremonia y curiosidad. Por fin el sol llegó á su ocaso y pudimos descansar un par de horas con cuanta tranquilidad nos permitía nuestro inseguro porvenir. Por último, hacia las ocho y media, apareció un mensajero del rey Twala á invitarnos en su nombre para que asistiéramos á la gran danza anual de las vírgenes, que de un momento á otro se iba á comenzar.

Vestimos apresuradamente las aceradas mallas, nos armamos con nuestros rifles y todas sus municiones, para tenerlas á la mano en caso de tener que escapar como nos lo advirtiera Infadús, y partimos llenos de osadía, en la apariencia, pues llevábamos el alma en vilo y las carnes nos temblaban. El ancho patio del kraal del rey tenía un aspecto muy distinto del que presentara en la noche anterior. En vez de las apretadas filas de sombríos guerreros, alegraban los ojos compañías tras compañía de jóvenes kukuanas, ligera y graciosamente vestidas, coronadas con olorosas guirnaldas, teniendo en una mano una palma y sustentando en la otra un hermoso lirio blanco.

En el centro del espacio despejado, á la luz de la luna, sentábase el rey, con la odiosa Gagaula acurrucada á sus pies y rodeado por Infadús, Scragga

y doce guardias. También había presente una veintena de jefes, entre los cuales reconocí á casi todos los que nos habían ido á ver la noche anterior.

Twala nos recibió en apariencia con extremada cordialidad, aunque no se me escapó la expresión de odio que animó á su único ojo cuando lo fijó sobre Umbopa.

—Bien venidos seáis, blancos de las estrellas—nos dijo;—cosa bien distinta á la que anoche, á la luz de la luna pudisteis contemplar, venís á ver. Es un hermoso espectáculo, pero no tan bello como aquél. Las jóvenes son agradables; y si no fuera por éstas (señalando en derredor) no estaríamos aquí; pero los hombres son mejores. Dulces son los besos de sus labios, dulce su tierna voz; pero más dulce es el choque de las lanzas y aún mucho más el olor de la sangre que derraman. ¿Queréis tomar esposas entre las mujeres de nuestro pueblo? Si así lo deseáis, elegid entre las más bellas, tantas como queráis y serán vuestras.

E hizo una pausa en espera de respuesta.

La proposición no pareció desagradable á Good, quien, como buen marino, era fácil de inflamar, y previendo las complicaciones sin cuento que enlaces de esa naturaleza nos podían traer (pues á la mujer, siguen las dificultades tan infaliblemente como la noche al día), autorizado por mi mayor edad y experiencia, me apresuré á contestar:

—Gracias, ¡oh, rey!, pero los blancos sólo nos casamos con mujeres de nuestro color y linaje.

¡Vuestras vírgenes son bellas, pero no han nacido para nosotros!

El rey se echó á reír.

—Como queráis. En nuestra tierra hay un proverbio que dice: «Los ojos de la mujer no brillan menos, ora sean más claros, ora más negros», y otro que nos advierte: «Ama á las que cerca tengas, y da por cierto, que aquéllas que dejaste te dan por muerto»; pero tal vez no suceden estas cosas en las estrellas. En donde los hombres son blancos, ¿qué se debe extrañar? ¡En fin, nuestras jóvenes no han de suplicaros! Bien venido seáis, repito de nuevo; y bien venido seas también tú, el negro. Si hubiera hecho caso á Gagaula, estarías ahora rígido y yerto. No ha sido mala suerte para tí el haber bajado también de las estrellas. ¡Ah!, ¡ah!

Ignosi contestó con firme y tranquilo acento:

—Yo puedo matarte antes que tú me mates á mí, ¡oh, rey! Y tus piernas estarán yertas y rígidas antes que las mías cesen de doblarse.

—Tus palabras son muy osadas—replicó colérico el rey.—No confíes demasiado.

—Bien sienta la osadía en los labios del que dice la verdad. La verdad es aguzada azagaya que vuela y hiere en el blanco sin jamás fallar. Es un mensaje de las «estrellas», ¡oh, rey!

Twala frunció el ceño y su ojo brilló con fiereza, pero no dijo una palabra más.

—Dad principio á la danza—gritó.

Inmediatamente las jóvenes, moviendo con ini-

mitable gracia las adornadas cabezas, avanzaron, por compañías, hacia el centro, ágiles, encantadoras, entonando dulce, cadencioso canto y balanceando las flexibles palmas y los olorosos lirios. En seguida, y sin detenerse, agrupáronse en pintorescos cuadros, ya valsando ligeras ya cayendo unas sobre otras en simulado combate, ora apretándose como las flores de un ramo, ora dispersándose cual asustadas mariposas; obedientes al ritmo, en fantástica confusión, que la suave luz de la naciente luna, embelleciendo más, revelaba á nuestra deleitada vista.

Terminada, las figuras volvieron á reunirse en compañías y retrocedieron á sus puestos; pero saltando de las tentadoras filas y apenas tocando el suelo en sus veloces y acompasados pasos, se acercó á nosotros una joven preciosa, que semejante á vaporoso hada, bailó á nuestra presencia con tal destreza y donaire tal, que hubiera traído á las mejillas de casi todas nuestras bailarinas el rubor de la vergüenza y de la envidia. Rendida al fin por el cansancio, se retiró; otra vino á ocupar su puesto y así se sucedieron varias; mas ninguna, por su gracia, por su habilidad y personales atractivos, pudo rivalizar con la primera.

Cuando todas las jóvenes elegidas terminaron los solos, el rey alzó su diestra y nos preguntó:

—¿Cuál entre todas, hombres blancos, creéis la más bella?

—La primera—contesté impensadamente, arre-

pintiéndome acto continuo al recordar que la de mayor hermosura iba á ser sacrificada.

—Entonces tenemos gustos iguales é iguales ojos. Es la más linda de todas; triste cosa para ella, porque es preciso que muera.

—¡Ay! *¡es preciso que muera!*—repitió con chillona voz Gagaula, envolviendo en una mirada á la pobre muchacha, quien, ignorante de la espantosa sentencia que pesaba sobre ella, se entretenía al frente de un grupo de sus compañeras, en deshojar pétalo por pétalo una de las flores de su guirnalda.

—¿Por qué motivo? ¡oh rey!—pregunté conteniendo difícilmente mi indignación.—Esa joven ha danzado con donaire y nos ha llenado de placer; también es muy hermosa; duro y cruel me parecé castigar tanta gracia con la muerte.

—Es antigua costumbre entre nosotros y los «silenciosos» que allá á lo lejos se levantan (señalando á los tres picos que hemos mencionado) deben recibir su ofrenda. Si no lo hiciera, si no derramara hoy en su honor la sangre de la virgen más bella, la desgracia, aniquilándome, agobiaría mi casa. Oíd la profecía de mi pueblo. «Si el rey, el día de la danza de las donoellas, no sacrifica la más agraciada entre todas á las vetustas guardas que vigilan sobre las montañas, él y su casa cesarán de reinar.» Y oídme, blancos, mi hermano, mi predecesor en el trono kukuano, ablandado por las lágrimas de las mujeres, no ofreció el sacrificio, y cayó con su casa, levantándo-

me yo y la mía sobre sus ruinas. Así, pues, la sentencia es irrevocable, ¿es preciso que muera!

Entonces, volviéndose á sus guardias, dijo tranquilamente:

—Traedla aquí; Scragga, aguza tu lanza.

Dos de los de la escolta se dirigieron hacia la pobre muchacha, quien, comprendiendo por primera vez el horrible destino que la aguardaba, prorrumpió en un lastimero grito y trató de huir; pero, alcanzada por sus perseguidores, la agarraron con rudas manos, ajando sus delicadas formas entre sus dedos de hierro, y la trajeron al lugar en donde estábamos, convulsa, palpitante, embargada por el terror é inundada de lágrimas.

—¿Cómo te llamas, muchacha?—preguntó con su timbre usual Gaugala.—¡Qué! ¿no quieres contestarme? ¿será necesario que el hijo del rey se entienda inmediatamente contigo?

A esta alusión, Scragga, con una bárbara expresión de regocijo, dió un paso al frente y preparó su arma, mientras á mi lado, Good, sin apartar los ojos del malvado joven, llevó la mano á la culata de su revólver. La infeliz doncella percibió á través de sus lágrimas el brillo del acero, y dominando su angustia cesó en sus convulsiones, se entrelazó las manos delante del pecho con ademán suplicante y permaneció tranquila, pero temblorosa de pies á cabeza.

—Vedla—exclamó Scragga jocosamente;—tiembla á la simple vista de mi jugueteo aún antes de há-

berlo saboreado, y dió unas palmadas sobre el plano del ancho hierro de su lanza.

—Si la suerte me depara una ocasión, vas á pagarme esa canallada, lobezno;—murmuró Good indignado.

—Vamos. Ahora que te has quietado, dinos tu nombre, querida. Ven, habla en voz alta y nada temas—dijo burlescamente Gagaula.

—¡Oh, madre!—contestó con trémulo acento—mi nombre es Foulata y pertenezco á la casa de Suko. ¡Oh, madre! ¿por qué he de morir? ¡Yo á nadie he hecho mal!

—¡Ten ánimo!—prosiguió la maldita vieja con su odioso tono de mofa.—Tú debes morir sacrificada á «los silenciosos» que descansan allá (y señaló hacia los picos); pero ¿acaso no es mejor el sueño de la noche que las faenas del día? ¿el reposo de la muerte que las fatigas de la vida?... Además, tú morirás por la mano real del único hijo del rey.

Foulata se retorció las manos y exclamó con acento desgarrador:

—¡Oh, cruel! ¡Soy tan joven! ¿Qué crimen he cometido para que nunca más el primer rayo del sol alegre mis ojos, ni la luz de las estrellas comuevan mi corazón; para que nunca más coja las olorosas flores, húmedas por el rocío, ni oiga el dulce murmurio del fresco manantial? ¡Oh, dolor! ¡nunca, nunca más ver la choza de mi padre, ni recibir los besos de mi madre, ni atender, ni cuidar al enfermo cabritillo! ¡Pobre de mí! ¡jamás tierno amante me apretará en

sus brazos mirándose en mis ojos, ni sabré cómo se aman á los hijos! ¡Oh, suerte cruel!

Y se retorció de nuevo las manos, volviendo el rostro, bañado por su llanto y todavía coronado de flores, hacia el cielo, apareciendo tan conmovedora en su desesperación, pues indudablemente era una mujer bellísima, que hubiera ablandado el corazón de un sér menos perverso que cualquiera de los tres de aquella empedernida trinidad.

Pero ninguna impresión hizo en Gagaula ni en Twala, aunque la piedad conmovía visiblemente á los individuos de su guardia y á los jefes que le rodeaban. ✻

En cuanto á Good, dejando escapar una especie de rugido, se puso de pie como en ademán de correr á su lado. Con toda la penetración de la mujer, la desgraciada comprendió cuanto pasaba en la mente de nuestro amigo, y de un salto se puso de rodillas ante él, abrazándose estrechamente á sus «preciosas piernas blancas».

—¡Oh, blanco padre de las estrellas! Arroja sobre mí el manto de tu protección, cúbreme con las sombras de tu poder, para que pueda salvarme. ¡Oh, sí; guárdame contra la crueldad de estos hombres y las mercedes de Gaugala!

—Así será, niña mía; velaré por ti. Levántate, eres una buena muchacha—exclamó nerviosamente inclinándose á ella y cogiéndola por la mano.

Twala hizo á su hijo un imperioso gesto, y éste, preparando la lanza, avanzó hacia nosotros.



—Ha llegado el instante—me dijo sir Enrique con voz baja—¿qué espera usted?

—El eclipse. Hace media hora no separo la vista de la luna y jamás la he contemplado con mejor salud.

—Pues no hay más remedio que decidir la partida ahora mismo ó la muchacha perece. Twala está perdiendo la paciencia.

Convencido de la fuerza del argumento, arrojé ansiosísima mirada á la radiante faz de la luna, como jamás lo hiciera el más ardiente astrónomo en espera de algún suceso, comprobación de sus teorías, y, asumiendo toda la majestad imaginable, pasé á colocarme entre la postrada joven y la lanza de Scragga, diciendo al mismo tiempo:

—Rey, esa joven no morirá; nunca consentiremos acto tan inhumano; déjala que se retire en salvo.

Twala se levantó furioso de su asiento, y de los jefes y nutridos pelotones de las muchachas, que insensiblemente se habían aproximado en expectativa de la tragedia, se oyó un murmullo de asombro.

—¡No morirá! dices tú, perro blanco, que ladras al león en su cueva; ¡no morirá! ¿Estás loco? Anda con tiento, no sea que la suerte de esa paloma te alcance á ti y á los tuyos. ¿Cómo lo vas á impedir? ¿Quién eres tú para oponerte á mi voluntad? ¡Retírate! ¡Te lo mando! Mátala, Scragga. ¡Guardias! ¡Pended á esos hombres!

A este grito varios soldados armados, saliendo de

detrás de la choza—donde evidentemente habían sido colocados de antemano—corrieron hacia nosotros.

Sir Enrique, Good y Umbopa se pusieron á mi lado y prepararon los rifles.

—¡Detenéos!—grité audazmente, fingiendo una presencia de ánimo que no tenía.—¡Detenéos! Nosotros, los hombres blancos de las estrellas, decimos que no morirá. Dad un solo paso más y apagaremos la luz de la luna, sumergiendo la tierra en las más profundas tinieblas. ¡Vosotros sabréis lo que puede nuestra magia!

Mi amenaza produjo su efecto; los soldados se detuvieron y Scragga permaneció en frente de nosotros, inmóvil y con su lanza prevenida.

—¡Oidle! ¡oidle!—gritó burlonamente Gaugala—oid al impostor que afirma apagará la luna como si fuera una lámpara. Sí, que lo haga, ó que muera con Foulata y con todos sus compañeros.

Alcé los ojos á nuestro satélite, y cobrando ánimo, lleno de alegría, ví no nos habíamos equivocado. En el borde del hermoso luminar se proyectaba una pequeña sombra, mientras que opaca penumbra se extendía y condensaba sobre su radiante superficie.

Levanté la mano hacia el cielo del modo más solemne, movimiento que sir Enrique y Good imitaron, y con afectada entonación recité uno ó dos versos de mi libro favorito, la «Leyenda de Ingoldsby». Sir Enrique secundó mi fingida imprecación.

con un versículo de la *Biblia* y Good coadyuvó á hacerla más imponente dirigiendo á la Reina de la Noche, en no interrumpida retahíla, las expresiones más clásicas de su repertorio marinesco.

Gradualmente la penumbra, haciéndose más espesa, amorteció visiblemente el brillante disco, y una exclamación de miedo se oyó en la aterrorizada multitud que nos rodeaba.

—¡Mira, oh rey! ¡Mira, Gagaula! ¡Mirad jefes, soldados y mujeres, y decid si los hombres blancos de las estrellas hacen lo que prometen ó son unos vanos impostores! La luna se obscurece á vuestros mismos ojos; pronto las tinieblas nos envolverán. Nos habéis pedido una señal y os la damos. Apágate, ¡oh luna! Extingue tu luz, tu pura é inmaculada luz, abate hasta el polvo la frente de los soberbios y sepulta el mundo en las más lóbregas sombras de la noche.

Todos los circunstantes dejaron escapar un grito de terror, y presa del pánico, unos quedaron como petrificados y otros, cayendo de rodillas, prorrumpieron en lastimeras súplicas. El rey continuó sentado; pero su bronceada piel palidécio notablemente. Sólo Gagaula permaneció tranquila.

—Eso pasará—gritó la bruja.—Ya ví lo mismo en otra ocasión. Ningún hombre puede apagar la luna; recobrad el ánimo; sentaos, estad serenos. Las sombras desaparecerán.

—Esperad—reliqué, volviendo á tender los brazos hacia el astro,



—Adelante, Good, no se detenga, ya no recuerdo más versos. Siga con su tiroteo de palabrotas, ¡bravo! buen camarada.

Good respondió noblemente al tributo que se le impuso sobre sus facultades inventivas. Nunca hasta entonces pude tener un idea exacta de las infinitas interjecciones, denuestos, epítetos, votos y reniegos del vocabulario de un oficial de la armada. Por diez minutos largos, sin detenerse siquiera á respirar, soltó á todo trapo una sarta de atrocidades, cayendo apenas en muy contadas repeticiones.

Entre tanto la mancha negra iba dilatándose y no había uno en aquella vasta concurrencia que, enmudecido por el temor, no tuviese fijos los espantados ojos en el cielo. Extraños, tupidos velos se tendían sobre la faz del satélite y en nuestro derredor todos permanecían callados é inmóviles como si la muerte los hubiera paralizado repentinamente. Los minutos transcurrían en medio de absoluto silencio y, á su paso, la luna se sepultaba más y más en el cono de sombra de la tierra, pudiéndose observar la marcha del negro y creciente segmento por encima de sus profundos cráteres. El hermoso y pálido astro parecía aproximarse á nosotros y aumentar en tamaño. Su argentino color se convirtió en cobrizo en la porción aún no eclipsada, pasando gradualmente á un oscuro carmesí, en el que se destacaban vagamente sus dilatadas planicies y elevadas montañas.

La ennegrecida sombra, entre tanto, seguía su

curso; ya cubría más de la mitad del enrojecido globo. La atmósfera, creciendo en opacidad, adquiría algo de siniestro por el sanguíneo tinte que de aquél recibía. Al fin nos fué casi imposible distinguir las facciones del feroz grupo que teníamos delante. No se oía nada, nada, excepto las pestes que á borboto- nes brotaba la boca de Good, quien, con arreglo á las leyes de la oratoria, dió descanso á la lengua con un remate musical y grandioso.

—¡La luna se está muriendo! ¡Los brujos la han matado!—gritó Scragga poco después que Good terminara su oración.—¡Todos vamos á perecer entre las tinieblas!

Y, animado por el furor del miedo, tiró una terrible lanzada á sir Enrique, dándole de lleno en el pecho. Pero habíase olvidado de las cotas de malla que el rey nos regalara y que llevábamos puestas debajo de nuestra ropa. El acero rebotó inofensivo. Antes que tuviera tiempo de repetir el golpe, sir Enrique le arrancó el arma de las manos, y, ligero como un rayo, lo atravesó con ella misma de parte á parte, haciéndole rodar muerto á sus pies.

A la vista de este suceso, espantadas por la creciente obscuridad y la monstruosa mancha que, según su creencia, devoraba á la luna, las jóvenes, rompiendo su orden de formación, huyeron desordenadamente lanzándose en confuso tropel y dando chillidos de terror hacia la puerta del kraal. No fueron ellas las únicas víctimas del pánico. El mismo rey, seguido por sus guardias, varios jefes y Gagau-

la, que con maravillosa vivacidad cojeaba tras del primero, huyeron á sus chozas. Pasados unos minutos quedamos dueños de la escena en compañía de Foulata, Infadús y algunos de los jefes, con quienes habíamos hablado previamente.

—Jefes—dije,—os hemos dado la señal. Si estáis satisfechos, corramos al lugar de que hablásteis. El encanto continuará, sin que nadie pueda detenerlo, por espacio de hora y media más. Aprovechémosnos de la obscuridad.

—Venid—contestó Infadús, emprendiendo la marcha, cuyo ejemplo siguieron los amedrentados jefes, nosotros y Foulata, á quien Good conducía de la mano.

Antes de llegar á la puerta del kraal la luna desapareció completamente y de todas partes del firmamento aparecieron las estrellas como suspendidas de una inmensa y enlutada bóveda.

Asidos de las manos formando cadena, tropezando aquí y allá, avanzamos entre profundas tinieblas.

## CAPÍTULO XII

### ANTES DE LA BATALLA

Afortunadamente, Infadús y los jefes conocían la gran ciudad, y por lo tanto, á pesar de la obscuridad, pudimos caminar rápidamente.

Durante hora y media sostuvimos la marcha sin

la menor dilación, hasta que por fin el eclipse entró en su último período y apareció el borde de la luna que primero se ocultó, al comenzar el fenómeno. Repentinamente descubrimos un ténue rayo argentino rodeado por un misterioso fulgor rojizo, que, cual lámpara celestial, se destacaba en medio del obscurecido espacio. Cinco minutos después las estrellas comenzaron á palidecer y tuvimos suficiente claridad para reconocer el paraje donde nos hallábamos. Estábamos fuera de la ciudad de Loo y cerca de una colina de chata cumbre, á la que se encaminaban nuestros pasos. Esta colina, cuya especie abunda mucho en el Africa Austral, no era muy elevada. Su mayor altura no pasaría de unos 200 pies, pero su forma afectaba la de una herradura y sus laderas estaban materialmente erizadas de riscos que hacían imposible el ascenderlas. En la hierbosa meseta que la coronaba había suficiente terreno para un campamento y como tal se utilizaba, siendo una de las posiciones de defensa de la capital. Su guarnición ordinaria consistía en un regimiento de tres mil hombres; pero al subir por sus inclinadas vertientes pudimos observar, á la luz de la luna, que el número de los guerreros allí reunidos era mucho mayor.

Al llegar á la meseta encontramos multitud de hombres que, arrancados del sueño, se apiñaban temblorosos, consternados por el fenómeno que aún presenciaban. Sin pronunciar una palabra pasamos entre ellos y nos dirigimos á una choza donde, con sorpresa, nos encontramos con dos hombres que esperaban

cargados con los contados efectos que nuestra precipitada fuga nos forzara á abandonar.

—Yo envié por ellos,—observó Infadús,—y también por ésto,—añadió suspendiendo en sus manos los hacía tanto tiempo perdidos pantalones de Good.

Este, con una exclamación de alegría, se abalanzó á ellos é inmediatamente procedió á ponérselos.

—¡Mi señor, no oculte sus preciosas piernas blancas!—insistió Infadús con tono de súplica.

Pero Good persistió obstinadamente en su propósito y el pueblo kukuano hubo de resignarse á no verlas más al natural, teniéndose que contentar con su barbudo lado, su ojo trasparente y su movible dentadura.

Sin apartar los ojos, que acariciaban con persistente mirada los encubiertos miembros de Good, Infadús nos dijo que había dado órdenes para que los regimientos se formaran al despuntar el día, á fin de participarles las causas que inducían á sus jefes á la rebelión y presentarles á Ignosi, legítimo heredero del trono.

En efecto, tan pronto como apareció el sol, unos veinte mil hombres, la flor del ejército de Kukuana, ocupaba un espacio despejado al cual nos encaminamos. Formaban un inmenso cuadro de tres caras presentando un espectáculo magnífico. Nos situamos en el lado abierto y en seguida nos rodearon los jefes y oficiales de mayor importancia.

Una vez hecho el silencio, Infadús, situándose en el centro de la formación, tomó la palabra. Con vi-



gorosa y arrebatadora elocuencia, porque, como casi todos los kukuanos de noble cuna era un admirable orador, relató la historia del padre de Ignosi, describiendo con crudeza la conducta de Twala al asesinar traidora y cobardemente al primero, y al condenar á la esposa y al hijo infelices á perecer aniquilados por el hambre. Inmediatamente y con atrevidos rasgos hizo ver el estado actual del país, ahogando sus gemidos, bajo la inicua férula del cruel Twala, aserto que probó pintando con espantosa realidad las sangrientas escenas de la noche anterior, en la que muchos de los más grandes y bravos de sus jefes, bajo pretexto de ser antes maléficos, habían caído muertos por la mano del verdugo. Luego les dijo cómo los blancos, señores de las estrellas, movidos á piedad por tantos horrores que pesaban sobre su tierra, determinaron, sin detenerles los grandes riesgos de su proyecto, descender hasta ellos y mejorar su suerte; cómo tomando bajo su protección al legítimo rey de la nación, á Ignosi, quien suspiraba en el destierro por la nunca olvidada patria, con generosa mano, lo habían guiado hasta ella por encima de las montañas; cómo en presencia de las malvadas acciones de Twala, decidieron su castigo; y, dando una señal para convicción de los irresolutos y salvar á la bella Foulata, acaban, por el poder de su insondable magia, de apagar la luna y matar al perverso Scragga; y cómo estaban resueltos á ayudarlos á derribar al tirano usurpador y coronar al legítimo rey, á Ignosi, ¡al hijo del rayo!

Concluyó su discurso en medio de un murmullo de aprobación, y entonces Ignosi salió al frente para á su vez arengarlos. Reiteró cuanto su tío Infadús había dicho, concluyendo su enérgica oración de la siguiente manera.

—¡Oh jefes, oficiales soldados y pueblo, habéis oído mis palabras! ¡Ahora decidíos entre aquél que se sienta en mi trono, y el que por derecho le corresponde; entre el infame fratricida y el hijo de vuestro muerto rey; entre el cobarde verdugo de una desventurada viudá é inofensivo niño, y la intentada víctima! Si, soy el hijo de Imotu; sí, soy vuestro legítimo rey. Esos—señalando á los jefes—os lo pueden decir, pues han visto con sus propios ojos la sagrada serpiente en derredor de mi cintura. Y si no fuera así ¿estarían estos hombres blancos, estos temibles magos, al lado mío? ¡Temblad jefes, oficiales, soldados y pueblo! ¿Acaso las tnieblas que esparcieron por la tierra toda, para confundir á Twala y proteger nuestra marcha, cuando más hermosa brillaba la luna en el cielo, no os llena aún de estupor?

—Sí,—contestaron los soldados.

—¡Yo soy el rey! ¡Yo soy el rey!—repitió Ignosi irguiéndose majestuosamente y blandiendo su enorme hachá de combate por encima de la cabeza.—Si hay alguno entre vosotros que diga lo contrario, salga de las filas para combatir conmigo, y su roja sangre será una nueva prueba de que os digo la verdad. Venga, venga que aquí le espero,—y agitó vi-

gorosamente su arma que relampagueaba á la luz del sol.

Como nadie pareció dispuesto á aceptar este reto á muerte, nuestro ex criado prosiguió:

—Soy el rey, y si estáis á mi lado durante el combate, si soy el vencedor, compartiré con vosotros la gloria y los honores de la victoria. Os daré bueyes y esposas, y vuestros regimientos serán los primeros del ejército; si sois vencidos, si morís, yo moriré con vosotros. Y oíd la promesa que os hago. Cuando me sienta en el trono de mis padres no se derramará más sangre de hermanos en el país; no clamaréis por justicia para que se os conteste con el hierro; no habrá más cacerías de brujas en las que se os mate sin que seáis delincuentes. Ningún hombre morirá á menos que viole las leyes. Cesará la destrucción de vuestros kraales. Todos podrán dormir tranquilos bajo el techo de sus chozas, pues la justicia velará hasta en los más lejanos rincones de mi tierra. ¿Os habéis decidido, jefes, capitanes, soldados y pueblo?

—Nos hemos decidido ¡oh rey!—contestaron en masa.

—Está bien. Volved vuestras cabezas y ved á los emisarios de Twala cómo, saliendo de la gran ciudad, corren al Norte y Sur, al Este y Oeste para reunir un formidable ejército, con el fin de exterminarme y exterminar á vosotros y á mis amigos y protectores. Mañana, tal vez pasado mañana, caerá sobre nosotros con todos los que aún le son fieles. Entonces sabré quienes son mis más adictos parti-

darios, quienes no temen morir por mi causa, y os repito que no los olvidaré cuando llegue el momento de los despojos. He dicho, ¡oh! jefes, oficiales, soldados y pueblo. Ahora volved á vuestros alojamientos y apercebíos para el combate.

Hubo una corta pausa; uno de los jefes levantó su mano y de todas las bocas salió el real saludo «kum», prueba evidente de que los regimientos reconocían á Ignosi por su rey, y en seguida desfilaron en batallones.

Media hora después nos reunimos en consejo de guerra, al que asistieron los comandantes de los regimientos. Era indudablemente que no transcurriría mucho tiempo sin que nos viéramos atacados por fuerzas superiores á las nuestras. En efecto, desde la ventajosa posición que ocupábamos, pudimos observar la concentración de las tropas enemigas, y á los correos, que saliendo á la carrera de Loo, se dirigían en todos sentidos, indudablemente con órdenes de Twala para que acudieran á la capital los regimientos de guarnición en los kraales. Por nuestra parte contábamos con unos veinte mil hombres que formaban en siete regimientos, los mejores del país, Twala tenía, según Infadús y los jefes calculaban, de treinta á treinta y cinco mil guerreros, obedientes á su mando, reunidos en Loo; y suponían que hacia la mitad del siguiente día habría engrosado su ejército con otro cinco mil. Era probable que algunos de aquellos cuerpos, desertando de su bandera, se pasaran á la nuestra; pero no debíamos fundar

nuestros planes en una mera contingencia. Entre tanto notamos que no se descuidaba el adversario en dictar oportunas medidas para someternos, pues numerosas y fuertes patrullas rondaban cerca de la base de la colina, mientras otros movimientos parecían predecir la inminencia de un ataque.

Sin embargo, Infadús y los jefes opinaron que el ataque no tendría lugar aquel día, dedicado á los necesarios preparativos y á levantar el ánimo de los soldados aún muy impresionados por el efecto de nuestra magia sobre la luna; y sí, al siguiente, en lo que no se equivocaron como los hechos vinieron á demostrarlo.

Terminado el consejo nos dedicamos á fortificar nuestra posición: casi todo el ejército se empleó en estos trabajos, y durante el día, que nos pareció muy corto, se llevaron muchas cosas á cabo. Los caminos que conducían á la meseta de la colina fueron cerrados con macizas y altas barricadas, y se amontonaron los obstáculos en sus laderas, especialmente en aquellas que ofrecían más fácil ascenso. En una palabra, hicimos cuanto el tiempo nos permitió para convertir nuestra posición en inexpugnable fortaleza. Aglomeramos enormes piedras en varios puntos del borde de la meseta para desprenderlas sobre el enemigo cuando viniera á asaltarlos, señalamos su puesto á cada regimiento y nada de lo que, según nuestros unidos ingenios, robustecía la defensa, quedó por efectuarse.

Poco antes de la puesta del sol, cuando descansá-

bamos de las fatigas del día, distinguimos un grupo de hombres que desde Loo venían hacia nosotros; uno de ellos traía una palma en la mano como distintivo de su carácter de heraldo.

Al acercarse, Ignosi, Infadús, uno ó dos jefes y nosotros bajamos hasta la base de la colina para salirle al encuentro. Era un joven de arrogante figura, y vestía la reglamentaria zamarra de piel de leopardo.

—¡Salud!—gritó cuando se hubo aproximado lo suficiente para que le pudiéramos oír.—Salud en nombre del rey á los que se han alzado en impía guerra contra él. Salud en nombre del león á los chacales que gruñen en derredor de sus garras.

—¿Qué queréis?—le pregunté.

—Escuchad las palabras del rey. Rendíos á merced del soberano, antes de que desgracia mayor caiga sobre vuestras cabezas. Ya el toro negro, con los brazuelos desgarrados y desangrándose, corre por nuestro campo azuzado por el rey.

—¿Cuáles son las proposiciones de Twala?—inquirí por curiosidad.

—Sus proposiciones son magnánimas, dignas de su grandeza. Estas son las palabras de Twala, el tuerto, el poderoso, el esposo de mil mujeres, señor de los kukuanos, guardián del gran camino, bien amado de los que se sientan silenciosos, allá entre las montañas (las tres Brujas), ternero de la vaca negra, elefante cuyo paso estremece la tierra, terror de los malvados, avestruz incansable del de-

sierto, el gigante, el negro, el sabio, rey de generación á generación; estas son las palabras de Twaja: «Seré piadoso y me contentaré con poca sangre. Diezmaré á los rebeldes; los que la suerte señale, morirán; los restantes quedarán libres de todo castigo; pero el blanco Incubu, matador de mi hijo Scragga, el negro, su criado, pretendiente á mi trono, é Infadús, mi hermano, quien ha urdido esta conspiración contra mí, sufrirán el suplicio del tormento hasta que mueran en obsequio de los silenciosos.» Tales son las palabras magnánimas de Twala.

Después de consultar brevemente con los otros, le contesté en alta voz para que todos los soldados me pudieran oír:

—Vuélvete, perro, vuélvete á Twala y dile que nosotros: Ignosi, el legítimo rey de los kukuanos; Incubu, Bougwan y Mocumazah, los sabios blancos de las estrellas, los que apagaron la luna; Infadús, el de la casa real, y los jefes, capitanes y soldados aquí reunidos, le contestan que jamás nos rendiremos. Antes de que el sol se haya hundido dos veces en el horizonte, el cadáver de Twala yacerá rígido y ensangrentado á la misma puerta de su kraal, é Ignosi, el hijo de aquel que asesinó, reinará en su pueblo. Ahora véte, véte antes de que te arrojemos, y ¡ay de tí! si levantas la mano contra seres como nosotros.

El heraldo lanzó una burlona carcajada, y con mordaz acento, repuso:

—¿Creéis asustar á los hombres con esas hinchadas expresiones? Mostráos tan audaces mañana, vosotros los que obscurecisteis la luna. Bravead, combatid y divertíos, antes que los cuervos os limpien los huesos hasta dejarlos más blancos que vuestras caras. Adiós. Tal vez nos encontremos en la pelea. Esperadme, os lo suplico, hombres blancos.

Y despidiendo este irónico dardo, se retiró. En aquel momento el sol desaparecía del horizonte.

La noche no nos trajo descanso alguno, porque se dedicó á aumentar los medios de defensa á la luz de la luna, bajo la vigilancia y dirección de todos los jefes. Por fin, á la una de la madrugada, terminados los preparativos que las circunstancias permitían, el silencio del sueño, de cuando en cuando interrumpido por el grito de los centinelas, reinó en nuestro campamento. Sir Enrique y yo, acompañados por Ignosi y uno de los jefes, descendimos de la colina para rondar por los puestos avanzados. A medida que caminábamos, inexperadamente y de ignorados lugares aparecían bruñidos aceros, centelleaban un instante, heridos por los rayos de la luna, y volvían á desvanecerse al pronunciar nosotros la palabra que teníamos como seña. Indudablemente todos estaban prontos á la batalla. Cuando regresamos de nuestra ronda tuvimos que pasar por entre miles de dormidos guerreros, muchos de los cuales gozaban por vez postrera de este corto reposo terrenal.

Los rayos de la casta diosa de la noche se quebra-



ban sobre el hierro de sus lanzas, y resbalando sobre sus facciones, daban á éstas la palidez del cadáver; el desagradable aire que soplabá agitaba las plumas de sus penachos, los cuales me recordaban más los tristes ornamentos del féretro que las alegres galas del militar. Allí, echados por el suelo, en desorden, con los brazos extendidos, las piernas encogidas, inmóviles, semejaban un confuso apiñamiento de cuerpos inanimados y no seres entregados al descanso.

—¿Cuántos de éstos cree usted vivirán mañana á esta hora?—preguntóme sir Enrique.

Moví la cabeza con desaliento y volví á contemplar á los dormidos guerreros. Excitada mi imaginación, parecíame reconocer á los que estaban destinados para enrojecer con su sangre el campo de la contienda, y se me oprimió el corazón ante el misterio de la vida humana, ante su futilidad y su amargura. Ahora esos millares de seres gozan de apacible sueño; mañana ellos y con ellos muchos más, quizá nosotros mismos, dormirán para nunca despertar. ¡Cuánta esposa viuda! ¡Cuánto niño huérfano! ¡Cuánta chóza sin dueño á quien guarecer! Sólo la luna volverá á brillar tranquila, la brisa de la noche á acariciar las hierbas y el anchuroso mundo á descansar sereno, como lo hicieron antes de que esos seres existieran, como lo harán después que su memoria se sepulte en el olvido.

Multitud de reflexiones por el estilo cruzaron por mi mente—pues á medida que crezco en años se va

apoderando de mí el detestable hábito de filosofar— mientras miraba las filas de los guerreros dormidos, según su dicho, sobre las armas.

—Curtis, aseguro á usted que tengo un miedo de marca mayor.

Sir Enrique se acarició la barba y se echó á reir.

—Ya antes le he oído hacer la misma confesión.

—Bueno, pero ahora lo digo de veras. O mucho me engaño ó no vivirá ninguno de nosotros mañana por la noche. Vamos á ser atacados por fuerzas mucho mayores que las nuestras y dudo podamos sostener la posición.

—De todos modos daremos buena cuenta de algunos de ellos. Ya que estamos aquí no tenemos más remedio que sacar el mejor partido posible de la situación. Por mi parte, prefiero morir matando á morir de otra manera, y ahora que casi no tengo esperanza de encontrar á mi pobre hermano, la idea se me hace mucho menos desagradable. Sin embargo, la fortuna favorece á los valientes y tal vez podamos vencer. En uno ú otro caso la carnicería será espantosa; y como debemos velar por nuestra reputación, preciso es que nos vean en los sitios de mayor peligro, allí donde la lucha sea más obstinada y sangrienta.

Sir Enrique pronunció estas últimas palabras como con pesaroso acento, pero el fuego de sus ojos desmentía su entonación. A mi parecer, sir Enrique Curtis, en la actualidad, estaba dominado por los más belicosos deseos,

En seguida nos recogimos y dormimos un par de horas.

Próximamente al asomar el alba, Infadús nos despertó para decirnos que se observaba gran actividad en Loo, y que fuertes destacamentos del enemigo, atacando á nuestras avanzadas, las obligaban á replegarse.

Inmediatamente nos pusimos de pie y nos vestimos para la jornada, cubriéndonos con las cotas, que nunca como entonces agradecimos á Twala. Sir Enrique se hizo minucioso tocado, vistiéndose lo mismo que un guerrero indígena. «Cuando estés en Kukuana haz lo que los kukuanos hacen» —dijo— al estirar las aceradas mallas sobre su robusto pecho. Y no se contentó con esto. A su petición, Infadús lo había provisto con un uniforme completo de guerra. Sujetó al derredor de su cuello la zamarra de piel de leopardo, distintivo de mando, ató á su frente un penacho de plumas negras de avestruz, insignia que sólo pertenece á los generales de alta categoría y ajustó su cintura con un espléndido ceñidor de colas blancas de buey. Un par de sandalias, una fuerte hacha de combate con mango de cuerno de rinoceronte, un redondo escudo de hierro forrado con piel blanca y el número reglamentario de «tolas» ó cuchillos arrojadizos completaron su equipo, el que aumentó con su revólver.

El traje era salvaje, no cabe duda; pero puedo afirmar que nunca ví espectáculo más bello que el que sir Enrique presentaba en su nuevo atavío. Su

poderosa musculatura se exhibía en todo su desarrollo, y cuando Ignosi se presentó vestido con semejantes arreos pensé para mí nunca se habían puesto ante mis ojos dos hombres por el estilo. En cuanto á Good y á mí, las cotas nos estaban demasiado holgadas; el primero insistió en no desprenderse de sus pantalones, y su figura, ó sea la de un hombre de corta estatura, grueso, con un lente, media cara afeitada, envuelto en una cota de malla, cuidadosamente recogida en unos destartalados pantalones, tenía más de raro que de imponente. Por mi parte, siendo mi cota demasiado ancha, la eché por encima de mi ropa, lo que la hizo tomar una forma nada elegante; me descarté de mis pantalones, resuelto á batirme con las piernas desnudas, para ser el más ligero en caso de una pronta retirada, reteniendo únicamente mis abarcas. Una lanza, el escudo, que no sabía manejar, un par de tolas, mi revólver y un enorme penacho, que afirmé en lo alto del sombrero con el fin de completar mis apariencias de matón, fueron los restantes adminículos de mi modesto equipo. Además agregamos nuestros rifles; pero como las municiones escaseaban y eran inútiles en caso de una carga, determinamos que nos los llevaran uno de los individuos de nuestras escoltas.

Terminado esto, comimos apresuradamente algunas viandas y salimos de nuestra choza para ver cómo marchaban las cosas. En un extremo de la meseta había una especie de cono de piedras oscuras que servía para indicar el sitio del cuartel general y

como torre de observación. Allí encontramos á Infadús rodeado de su regimiento, los Grises, indudablemente el mejor del ejército de Kukuana y el primero que vimos al entrar en el país. Este regimiento tenía á la sazón tres mil quinientos hombres sobre las armas, y, habiendo sido destinado para la reserva, sus veteranos, formados por compañías y de bruces sobre la hierba, seguían con la vista los movimientos del ejército de Twala, que salía de Loo en tres interminables columnas, cada una de once á doce mil hombres por lo menos.

Cuando estas fuerzas estuvieron por completo fuera de la población, se organizaron en tres cuerpos. Uno se encaminó hacia nuestra derecha, otro hacia nuestra izquierda y el tercero avanzó directa y lentamente sobre nosotros.

—¡Bien!—exclamó Infadús.—Van á atacarnos simultáneamente por tres puntos.

Grave era el acontecimiento, porque como nuestra posición en la cima de la colina tenía algo más de milla y media de circunferencia presentaba una línea muy extensa, y, por otro lado, era de vital importancia el conservar nuestra fuerza, relativamente pequeña, en la mayor concentración posible. Pero no estaba á nuestro arbitrio el disponer cómo se nos debía atacar, y, por consiguiente, lo mejor que pudimos hacer fué dar las oportunas órdenes para que varios regimientos se prepararan á rechazar las simultáneas embestidas.

## CAPÍTULO XIII

## LA BATALLA

Lentamente, sin la menor apariencia de apresuramiento ó excitación, las tres columnas continuaron su avance. Al llegar á unos quinientos metros de nosotros, el cuerpo del centro hizo alto en el arranque de una de las laderas más fáciles y despejadas de la colina, para que las alas tuvieran tiempo de rodear nuestra posición.

—¡Oh! ¡un gátling! aquí,—exclamó Good al contemplar las apretadas falanges del enemigo,—un gátling aquí y en veinte minutos limpiaría la llanura! Pero no lo tenemos, y es tonto suspirar por él. Sin embargo ¿por qué no arriesga usted un disparo, Quatermain? Déjenos ver cuánto se puede usted acercar á aquel prójimo de elevado talle, jefe de un regimiento, si no me equivoco. Dos contra uno, á que lo yerra y un doblón de á cuatro, á la par, pagaderos con toda honradez si libramos bien de este trance, á que la bala no cae en diez metros á la redonda.

Quemado por sus palabras, cargué mi rifle y esperé hasta que el aludido individuo se separó unos diez pasos de su gente, para examinar nuestra posición; entonces, echándome boca abajo en el suelo y apoyando mi arma en una roca, le apunté cuidadosamente. Como la mira sólo llegaba á trescientos cin-

cuenta metros, calculando á ojo la caída de la trayectoria, dirigí la línea de puntería al centro de su cuello para que la bala le hiriera en el pecho. Nuestro hombre permanecía inmóvil, circunstancia en extremo favorable para mí; pero fuera á causa del viento ó bien que mi blanco en realidad estaba á tiro muy largo, he aquí lo que ocurrió. Dándolo por cosa hecha en mi interior, apreté el disparador y cuando el humo se disipó, ví con tamaña contrariedad que continuaba en pie sin perjuicio alguno, mientras que otro negro situado á unos tres pasos á su izquierda había rodado sobre la hierba, en apariencia muerto.

El jefe á quien dedicara mi caricia dió media vuelta y corrió desaladamente hacia su regimiento.

—¡Bravo, Quatermain!—gritó Good.—Buen susto le ha dado usted.

Me cegó la cólera, porque no hay nada que me moleste tanto como errar un blanco en público. Cuando uno tiene solamente una habilidad, pone todo su amor propio en conservar la reputación que por ella haya adquirido. Así, pues, desesperado por mi fracaso, arriesguéme á una verdadera temeridad. Cubrí al citado jefe en su precipitado escape é hice fuego en un abrir y cerrar de ojos con el segundo cañón de mi arma. El pobre diablo alzó los brazos y cayó de boca en el suelo. Esta vez había sido cierto; y, lo digo como prueba de lo poco que nos ocupamos de los otros cuando nuestro orgullo ó nombre están interesados en un asunto; fuí lo bastante bruto

para sentirme extremadamente complacido con aquel espectáculo.

Nuestros regimientos atronaron el espacio con sus alegres gritos al presenciar la hazaña de los hombres blancos, la cual tomaron por feliz augurio. Mientras tanto el regimiento enemigo, acobardado por la pronta muerte de su jefe, retrocedió desordenadamente. Sir Enrique y Good empuñaron sus rifles y comenzaron á tirotear, el último diligentemente con un Winchester de repetición, sobre la densa masa que estaba á nuestro frente; yo también contribuí con uno ó dos disparos más, logrando, como por la vista nos fué dable juzgar, hacerles ocho ó diez bajas antes de que se pusieran fuera del alcance de nuestro plomo.

En el mismo instante de suspender el fuego una espantosa gritería retumbó á nuestra derecha, seguida de otra semejante á nuestra izquierda. Las dos alas del enemigo entraban en acción.

Al oírlo, el centro abrió un poco su formación y avanzó al paso de carga hacia la base de la colina, animándose con las notas de un canto guerrero. Sostuvimos un fuego muy vivo contra él, en el que Ignosi tomaba parte de cuando en cuando con grave perjuicio de varios de los asaltadores; pero, como no podía menos de suceder, nuestras balas no hacían más efecto sobre la embestida de aquella enorme masa de hombres armados que el de unos cuantos guijarros lanzados contra la embravecida ola que avanza sobre la playa.



Nada los detiene, llegan al pie de la colina, obligan á replegarse los puestos avanzados que teníamos allí entre las rocas, y comienzan á subir por su ladera con marcha más lenta, porque si bien nosotros no los hostilizábamos de un modo serio, en cambio venían repechando y no querían estar sofocados cuando llegáramos á las manos. Nuestra primera línea de defensa estaba á mitad de pendiente; la segunda, unos cincuenta metros más arriba, y la tercera en el mismo borde de la meseta.

Acércanse á la primera lanzando su grito de guerra: ¡*Twala!* ¡*Twala!* ¡*Chielé!* ¡*Chielé!* (¡*Twala!* ¡*Twala!* ¡*Matad!* ¡*Matad!*) ¡*Ignosi!* ¡*Ignosi!* ¡*Chielé!* ¡*Chielé!* les contestan los nuestros; comienzan las tolas ó cuchillos arrojados á silbar de un lado á otro y casi en seguida, con horrible estruendo por el grito de los combatientes y el golpe de las armas, se dió principio á la batalla.

Terrible fué el choque de las enemigas líneas. Apretándose en todo su frente, ora cediendo aquí, ora forzando allá, enlazándose y retorciéndose como dos monstruosas é irritadas serpientes, lucharon por algún tiempo. Los guerreros caían como las hojas de los árboles al soplar del cierzo del otoño. Al fin, por la fuerza del número, pero siempre combatiendo, nuestros bravos soldados, obligados á retirarse de la primera posición, fueron replegándose lentamente hasta llegar á la segunda. En ésta se renovó el combate con verdadero furor. Incontrastable era el empuje de los agresores, pero obstinada la resis-

tencia que en ella oponían los nuestros, por lo que sólo cuando la dejaron marcada con charcos de sangre y rimeros de cadáveres, retrocedieron á la tercera, que á los veinte minutos de iniciada la encarnizada contienda entraba en acción.

Al llegar á ella el enemigo estaba muy fatigado y debilitado por las numerosas bajas que había sufrido. Así, pues, forzar aquella tercera muralla viva, erizada de lanzas, parecía cosa superior á sus fuerzas. Sin embargo, sostuvieron su arremetida con tal tesón, se batieron con tan salvaje valor, que por algún tiempo el resultado pareció dudoso. Sir Enrique, con los ojos chispeantes observaba el desesperado combate, y de repente, sin proferir una voz, partiendo como un rayo y seguido de Good, se lanzó en lo más recio de la pelea. Yo me limité á seguirle con la vista desde mi posición.

Los soldados, al ver su arrogante figura aparecer en medio del combate, gritaron entusiasmados:

— ¡*Nanzia Incubul!* ¡*Nanzia Unkungunklobol!* (¡Aquí está el elefante!) ¡*Chielé!* ¡*Chieté!*

Desde aquel instante la jornada quedó decidida. El enemigo, acosado á su vez, se vió obligado á retroceder, aunque haciéndolo pulgada por pulgada y combatiendo heroicamente, hasta la base de la colina, desde donde emprendió la retirada hacia sus reservas con alguna precipitación. En ese momento un mensajero nos vino á participar que nuestra izquierda también había triunfado, y ya comenzaba á congratularme, pues por el presente todo había

concluído, cuando, para nuestra consternación, vimos á los hombres de nuestra derecha retirándose desordenadamente hacia nosotros, arrollados por multitud de guerreros enemigos sobre la misma meseta de la colina.

Ignosi, que estaba cerca de mí, de una rápida mirada se hizo cargo del estado de las cosas y dió una voz de mando. Inmediatamente el regimiento de reserva, los Grises, que nos rodeaba se puso sobre las armas.

Sin pérdida de tiempo volvió á dar otra voz de mando, que repitieron todos los oficiales, y sin saber cómo ni cuándo y contra toda mi voluntad, me encontré envuelto y arrastrado en una furiosa carga sobre el enemigo que nos invadía. Guareciéndome de la mejor manera con el gigantesco cuerpo de Ignosi, corrí en busca de la muerte como si fuera tras cosa de mi mayor agrado. Uno ó dos minutos después (el tiempo me parecía sumamente corto), nos abríamos paso entre los grupos en derrota de nuestra derecha, quienes empezaron á reorganizarse á nuestra retaguardia, y en seguida, en verdad, no sé lo que pasó. Todo cuanto puedo recordar es el temeroso y continuado estruendo del choque de los escudos y la aparición de un tremendo bruto que, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas, ya preparada la sangrienta lanza, venía disparado sobre mí. Pero, y de ello me vanaglorio, rayé á la altura de lo crítico de una situación, en la cual muchos hubieran fracasado, y para siempre. Comprendien-

do que si no esquivaba el golpe mal lo habría de pasar, al abalanzárseme la horrenda aparición me eché á tierra en sus mismas barbas, con tal maestría que, hiriendo en vago, vino al suelo de cabeza, sobre mi propia persona, arrastrado por el impulso de su acometida. Antes de que pudiera levantarse lo hacía yo, rematándole por la espalda con mi revólver.

Casi á raíz de este lance alguien me hizo morder el polvo y no recuerdo más del conflicto.

Cuando volví en mí me encontré al lado del cono que antes cité, y ví á Good de rodillas, á mi lado, con media calabaza de agua en las manos.

—¿Cómo se siente usted, querido?—me preguntó ansiosamente.

Me puse de pie y moví todos los miembros antes de contestar.

—Muy bien, gracias.

—¡Gracias á Dios! Cuando ví cómo lo traían se me heló el corazón. Creí que le habían despachado á usted.

—Por ahora, no. Supongo que todo ha sido un golpe en la cabeza, que me puso fuera de combate. ¿Y el enemigo?

—Ha sido rechazado en toda la línea; pero las bajas son enormes. Nosotros contamos dos mil entre muertos y heridos, y las de los contrarios no deben bajar de tres mil. Mirad, ahí tenéis un triste espectáculo.

Y señaló al interminable convoy de heridos que

avanzaba hacia nosotros, al lugar donde se había improvisado el hospital de sangre.

Cada infeliz era conducido por cuatro hombres en un coy de cuero, de los cuales están bien provistos las fuerzas kukuanas; y tan pronto como llegaban, iban dejando sus malheridas cargas en manos de los físicos, que numeraban á razón de diez por regimiento. Estos se posesionaban inmediatamente de los pacientes, examinaban sus heridas, y si no eran mortales los atendían con todo el esmero que las circunstancias permitían; pero si el estado del herido no daba esperanza alguna de salvación, hacían una cosa horrible, aunque, indudablemente, era una verdadera obra de misericordia. Uno de los cirujanos, so pretexto de reconocimiento, rápida y cautelosamente abría con afilada lanceta una arteria al enfermo, quien uno ó dos minutos después espiraba tranquilamente. Muchas veces se practicó dicha operación en aquel día y, por lo general, con la mayor parte de los que habían sido heridos en el cuerpo, pues el destrozo producido en las carnes por la anchísima moharra de las lanzas kukuanas no deja esperanza de restablecimiento. Casi siempre los desahuciados estaban ya sin sentido, y cuando no, el lancetazo de gracia se daba con tan veloz y hábil mano que pasaba inadvertido para el que lo recibía. El espectáculo, no obstante su filantropía, era en extremo repugnante y nos apresuramos á evitarlo en verdad; no recuerdo cosa alguna que me haya conmovido tanto como el ver á aquellos valientes



terminar así, por la ensangrentada cuchilla de los médicos, sus insufribles dolores. A no ser en otra ocasión, cuando después de un combate ví á unos guerreros swazis enterrando *vivos* á sus heridos de muerte.

Huyendo de vista tan desagradable nos encaminamos al lado del cuartel general más lejano de allí y nos encontramos con sir Enrique, quien aún estaba armado con su hacha de combate tinta en sangre, Ignosi, Infadús y uno ó dos jefes reunidos en consejo.

—¡Gracias al cielo que lo trae por aquí! Quatermain, no puedo entender bien lo que Ignosi quiere hacer. Paréceme que, aunque hemos rechazado el ataque, Twala está recibiendo refuerzos de importancia y muestra intenciones de cercarnos para rendirnos por hambre.

—Eso es muy serio.

—Sí; especialmente atendiendo á que, según Infadús, se nos concluye el agua.

—Mi señor, así es; el pequeño manantial con que contamos no da suficiente agua para nuestros numerosos guerreros y ya casi se ha agotado. Antes de la noche todos estaremos sedientos. Oyeme, Macumazahn. Tu eres sabio y no dudo habrás asistido á muchas batallas en la tierra de donde vienes, ¡si por acaso se guerrea en las estrellas! Aconséjanos ahora, ¿qué debemos hacer? Twala ha llenado con nuevos guerreros los huecos que abrimos en sus filas; pero ha recibido una lección; el halcón creyó

sorprender á la garza y nuestro pico le ha desgarrado el pecho; no volverá á caer sobre nosotros. También por nuestro lado estamos muy desangrados y él aguardará á que nos muramos; nos ceñirá con sus fuerzas, así como una boa se retuerce en el cuerpo de un toro, y hará la guerra sin pelea, limitándose á esperar.

—Continúa.

—Careciendo de agua y de vituallas, no tenemos más remedio, Macumazahn, que elegir uno de estos tres partidos: concluir aquí como hambriento león en su caverna, ó abriéndonos paso á viva fuerza, encaminarnos hacia el Norte, ó—y al decirlo se puso de pie y señaló á las nutridas masas enemigas—arremeter derechos al mismo corazón de Twala. Incubu, el temible guerrero, que se ha batido hoy ante mis propios ojos como búfalo acorralado, y los soldados de Twala caían bajo su hacha como las mieses bajo el granizo; Incubu, dice «carguemos»; pero el Elefante siempre está pronto á cargar. Ahora ¿qué opinas tú Macumazahn, tú, zorro viejo y astuto, que tantas artes tienes y muerdes al enemigo á tu salvo y por detrás? Ignosi, el rey, decidirá, pues el rey manda en la guerra; pero déjanos antes oír tu parecer, ¡oh Macumazahn! y el parecer de aquél, el del ojo transparente.

—¿Qué piensas tú, Ignosi?—pregunté.

—No, padre—contestóme nuestro ex sirviente.—Habla tú; yo soy un niño al lado de tu sabiduría y debo escuchar tus palabras!

Después de consultar unos minutos con Good y sir Enrique, les manifesté mi opinión. Atendiendo principalmente á la falta de agua opté por el tercer partido, aconsejando la mayor celeridad en su ejecución, pues de lo contrario corríamos riesgo de que nuestra gente se enfriara, y su valor, á la vista del poderoso ejército de Twala «se derritierra como la grasa en el fuego», ó aún peor, que algunos de los capitanes, desesperando de vencer, desertaran de nosotros, ó, por una traición, nos pusieran en las manos de nuestro adversario.

Este parecer recibió unánime aprobación. Indudablemente los kukuanos daban á mis expresiones un valor que nunca, antes ni después, tuvieron ni han tenido entre los míos. Pero, según observara Infadús, la resolución de lo que se hubiera de hacer estaba al arbitrio de Ignosi, quien desde el momento en que fué reconocido como legítimo rey, pudo ejercer los casi ilimitados derechos de la soberanía, incluyendo naturalmente los de mando absoluto del ejército; por consiguiente, todos los ojos se volvieron á él.

Al fin, después de un momento de profunda meditación, habló de esta manera:

—Incubu, Macumazahn y Bougwan, bravos blancos y amigos míos; Infadús, mi tío, y jefes; mi decisión ya está tomada. Hoy mismo atacaré á Twala, y la suerte decidirá de mi fortuna y de mi vida; ¡ay! de mi vida y de las vuestras también. Escuchad: voy á atacarle así. ¿Véis cómo la colina se encorva por



sus extremos, semejante á la luna nueva, y cómo la llanura, cual verde lengua, pasando entre sus cuernos, avanza hacia nosotros?

—La vemos—contesté.

—Bien. Ahora es medio día y los hombres comen ó descansan de la fatiga de la batalla. Cuando el sol haya caminado un poco más hacia su ocaso, conduce tu regimiento ¡oh, mi tío! seguido de otro cualquiera á esa verde lengua. Ocurrirá que al verlo ahí, Twala lanzará sobre él su fuerza entera para anondarlo. Pero el lugar es estrecho y sólo uno á uno podrán atacarle sus regimientos, y uno á uno los irás destruyendo en presencia de su ejército que tendrá clavado sus ojos en una lucha como jamás la ha visto viviente alguno. Contigo irá mi amigo Incubo, para que cuando su hacha relampaguee en la primera fila de los Grises, se le desfallezca el corazón á Twala. Yo iré detrás de ti con el sabio Macumazahn y el segundo regimiento; así, pues, si acaso vosotros perecéis, como puede acontecer, aún habrá un rey sobre el campo por quien luchar y morir.

—Muy bien, ¡oh, rey!—exclamó Infadús con la mayor calma, como si no se tratara de destinar su regimiento á una segura y completa destrucción.

Lo cierto es que estos kukuanos son unos hombres extraordinarios. La muerte no les causaba el más mínimo temor cuando la arrostran en el cumplimiento de sus deberes.

—Y mientras los ojos de los soldados de Twala estén fijos en el combate—continuó Ignosi—¡aten-

ded bien! un tercio de los hombres que nos quedan (unos 6.000), desfilando ocultamente por detrás del cuerno derecho de la colina, caerán sobre su flanco izquierdo, y otro tercio, marchando de igual manera por detrás del cuerno izquierdo, caerán sobre su flanco derecho. Cuando yo vea que mis alas envuelven á Twala por ambos flancos, cargaré sobre su frente, y si la suerte nos protege, la jornada será nuestra, y antes que la noche nos esconda entre sus sombras descansaremos tranquilos en Loo. Ahora comamos algo y preparémonos. Tú, Infadús, da las órdenes para que mi plan se lleve á ejecución. Espera, mi blanco amigo Bougwan marchará con el ala derecha, su ojo transparente enardecerá el valor de los soldados.

Las disposiciones, tan lacónicamente dictadas para la batalla, se llevaron á cabo con una rapidez que hablaba muy alto en favor de la organización militar de los kukuanos. Apenas pasó una hora, cuando ya todos los hombres habían recibido y devorado sus raciones, las tres divisiones estaban formadas, el plan de ataque debidamente explicado á los caudillos y la fuerza entera, que en la actualidad se componía de unos diez y ocho mil hombres, excepto una guardia para la custodia de los heridos, pronta á entrar en acción.

En este momento se nos acercó Good, y tendiendo las manos á sir Enrique y á mí, nos dijo:

—Adiós, camaradas. Parto con el ala derecha conforme á las órdenes recibidas; así, pues, vengo á

despedirme de ustedes por si acaso no nos volvemos á ver.

Nos apretamos las manos muy conmovidos por esta forzosa separación.

—El lance es bien grave—dijo sir Enrique con su gruesa voz alterada.—Confieso que en manera alguna espero ver el sol de mañana. Según creo, los Grises, con quienes voy á marchar, tienen que batirse hasta morir, para dar tiempo á que las alas verifiquen su evolución y sorprendan á Twala por los flancos.

—Adiós, mi viejo amigo. ¡Dios lo proteja! Espero librárá bien y pondrá sus manos sobre los diamantes; si no me equivoco, siga mi consejo; ¡no se enrede más en negocios de pretendientes!

En seguida Good volvió á estrecharnos las manos y se alejó. Infadús vino á buscar á sir Enrique y lo condujo al frente de los Grises, mientras yo, turbado por tristes presentimientos, partí con Ignosi á mi puesto, en el segundo regimiento, ó reserva del centro.

## CAPÍTULO XIV

### LA ÚLTIMA PARADA DE LOS GRISES

Pocos minutos después, los regimientos destinados á envolver al enemigo por los flancos se ponían en movimiento, cubiertos por la cresta de la

co'ina y burlando los perspicaces ojos de los espías de Twala.

Media hora más tarde, cuando ya las alas llevaban algo adelantada su evolución, los Grises y el regimiento que les iba á servir de apoyo, denominado los Búfalos, rompían la marcha para ocupar su puesto en la línea del combate, para formar su centro y en él sostener todo el choque de la acción.

Ambos regimientos se encontraban casi intactos y descansados. Los Grises habían estado de reserva durante la mañana y sus pérdidas fueron insignificantes al cargar y rechazar á los enemigos que rompieron nuestra línea; carga en la cual tomó parte tan activa, y pasiva cuando por mis pecados me tendieron de un trastazo en la mollera. En cuanto á los Búfalos, habían formado el tercer escalón de la defensa en la izquierda, y como allí el ataque se estrelló en el segundo, realmente no tomaron parte en la función.

Infadús, como hábil y envejecido general, conocedor de la importancia de levantar la moral de sus soldados, al arrastrarlos á tan mortal encuentro, empleó el tiempo de espera en arengarlos con poético lenguaje. Dijoles que se les hacía gran honor al encomendar á su arrojo el puesto de importancia mayor y de mayor peligro. Era gloriosa distinción que los blancos guerreros de las estrellas combatiesen en sus filas, y prometió buenas recompensa en ascenso y ganado á todos los que sobrevivieran, si las armas de Ignosi conquistaban la victoria.

Eché una mirada á las largas filas de sus severos rostros, inmóviles bajo la rizada ola de sus penachos negros, y suspiré tristemente al pensar que antes de una hora todos, ó casi todos aquellos arrogantes veteranos, yacerían muertos ó moribundos sobre el enrojecido campo de la lid. No podía menos de ser así. Estaban condenados con esa indiferencia por la vida humana, prenda de los grandes generales, á sacrificarse y derramar su última gota de sangre, para dar al resto del ejército, y con él á su causa, las probabilidades del triunfo. Iban á morir y lo sabían. Era su misión sostener uno por uno el choque de todos los regimientos de Twala, en aquella estrecha y verde ensenada, hasta que fueran exterminados ó hasta que las alas, envolviendo á sus adversarios, cargaran sobre ellos. Y sin embargo, ni una cara pálida, ni una mano trémula. Nada que revelara algo de temor en uno solo de los impávidos guerreros. No pude menos de comparar la imponente serenidad de unos hombres, próximos á dejar para siempre las dulzuras de la vida, tan grata cuando desde el borde de la tumba se contemplan con el intranquilo estado de mi ánimo, y volví á suspirar de envidia y admiración.

—¡Ved á vuestro rey!—terminó el viejo Infadús señalando hacia Ignosi.—Pelear hasta caer por él, es el deber de los bravos. Maldición y vergüenza caiga para siempre sobre el nombre de aquél que le acobarde la muerte en defensa de su rey ó vuelva infame espalda al enemigo. ¡Ved á vuestro rey! Jefes, capitanes y soldados: rendid vuestros homenajes á

la sagrada serpiente y ¡adelante! Que Incubu y yo os guiaremos por glorioso camino al mismo corazón del ejército de Twala.

Hubo un momento de silencio. De pronto partió de las apretadas falanges suave rumor, semejante al susurro de lejano oleaje, causado por el golpear de las astas de seis mil lanzas sobre los escudos de los que las blandían. Lentamente fué creciendo hasta convertirse en ruido atronador que, cual el fragor de tempestuoso mar, conmovió la atmósfera y se reflejó en las distantes montañas; entonces decreciendo gradualmente, como el rugir de tempestad que pasa, vino á morir dulcemente; y, apenas se apagó, llenó el espacio cual estampido de colosal cañón la sílaba sonora del saludo real.

Bien orgulloso debía sentirse Ignosi en ese instante, pensaba yo, porque jamás un César fué saludado así por los gladiadores «que van á morir».

Ignosi contestó á este magnífico homenaje, levantando su hacha por encima de la cabeza, y los Grises desfilaron en columna compuesta de tres líneas, cada una de mil hombres sin contar á los oficiales. Cuando la línea de retaguardia hubo andado quinientas varas, Ignosi se puso á la cabeza de los Búfalos, ya dispuestos en igual formación, dió la voz de marcha y á nuestra vez la emprendimos; por mi parte, y casi es inútil lo diga, haciendo de corazón mil promesas para que el cielo me sacara del lance sin deterioro de mi salud ni de mi piel. En muchas y apuradas circunstancias me he encontrado, pero

nunca en una tan desagradable como la presente, ni en la que mis probabilidades de salvación fueran tan escasas.

Al llegar al borde de la meseta, los Grises ya estaban á mitad de la pendiente, que bajaba á la estrecha y cercada llanura. Percibimos gran agitación en el campo de Twala situado á nuestro frente, de donde los regimientos salían á la carrera, unos tras otros, con el fin de cerrar la entrada de aquella especie de seno é impedirnos desembocar en la planicie de Loo.

Este seno ó lengua de tierra, que medía como trescientas varas de profundidad, no tenía más de cuatrocientos cincuenta pasos de un lado á otro en su arranque ó parte más ancha, y apenas noventa en su punta, al pie de la colina. Los Grises, después de descender la ladera, continuaron avanzando en columna por la indicada punta, y cuando llegaron á terreno más abierto, desplegaron en su habitual orden de batalla, ó sea en tres filas, é hicieron alto.

Entonces nosotros, esto es, los Búfalos, continuamos la marcha y cerramos la distancia que nos separaba de los primeros hasta reducirla á unas cien varas, y por último tomamos nuestra posición como reserva sobre un terreno algo más elevado. Entre tanto pudimos observar el ejército entero de Twala, evidentemente reforzado después del ataque de la mañana, y que ahora, á pesar de sus bajas, no contaba menos de cuarenta mil hombres, dirigiéndose apresuradamente á nuestro encuentro. Pero cerca de la entrada del seno, sus regimientos vacilaron al

percibir que sólo á uno daba paso la estrecha garganta y que á setenta varas de la boca, con los flancos perfectamente guardados por las allí casi á plomo pendientes de la colina, les esperaba el famoso regimiento de los Grises, orgullo y gloria del ejército kukuano, pronto á cerrar el paso á todas sus fuerzas como los tres romanos en otro tiempo sostuvieron el puente contra millares de enemigos. Vacilaron, según antes dije, y por último permanecieron como clavados en el suelo. No, no les corría prisa cruzar sus lanzas con las de aquellos ceñudos veteranos, que, formando muralla erizada de aceros, esperaban la acometida. Sin embargo, poco después y á todo escape, llegóse á ellos un alto general, luciendo en la cabeza las reglamentarias plumas de avestruz, acompañado por varios jefes y oficiales, el que no dudo era Twala en persona, y dió una orden. Acto continuo el primer regimiento, arrojando su grito de guerra, cargó sobre los Grises. Estos continuaron inmóviles y silenciosos, hasta que al separarlos unas cuarenta varas, una lluvia de tolas ó cuchillos arrojadizos silbó entre sus filas.

Entonces con un bramido y de un salto, enristradas las lanzas, saliéronles impetuosos al encuentro y los dos regimientos chocaron, y comenzó la matanza. El ruido de sus escudos al encontrarse llegó hasta nosotros, semejante al sonido del trueno, y el campo entero centelleó con los rayos de luz reflejados por las agitadas armas. Ambas líneas se apretaron con furioso brío y batallaron obstinadas, pero



no por largo tiempo. Las filas agresores se debilitaron rápidamente, y de pronto, con lento é incontrastable empuje, los Grises, avasallándolas, pasaron por encima de ellas, así como indómita ola pasa irritada, sepultándolo bajo su espuma, sobre el obstáculo que se opone á su carrera. Todo había terminado; el cuerpo enemigo estaba materialmente aniquilado; pero los Grises no tenían ya más que dos filas, la tercera parte de sus valientes yacian muertos en el ensangrentado suelo.

Cubriendo los huecos, pegando hombro contra hombro, silenciosos y terribles, hicieron alto, y descansaron sobre las armas en espera de un nuevo ataque. Entonces, con gran alegría vi á sir Enrique, muy atareado en arreglar las filas. ¡Gracias al cielo, aún vivía!

Mientras tanto nosotros avanzamos al lugar del encuentro, embarazado con los cuerpos de unos cuatro mil seres humanos, muertos, agonizantes y heridos, y manchado de rojo por la sangre vertida. Ignosi dió una orden, inmediatamente trasladada á todas las filas, prohibiendo de un modo absoluto se rematara á los heridos enemigos, la que fué escrupulosamente obedecida, por lo menos en cuanto nosotros pudimos observar. Lo contrario hubiera sido un espectáculo repugnante, si las circunstancias nos hubiese permitido ocuparnos de él.

Mas, sin pérdida de tiempo, otro regimiento con blancos arreos, venía á paso de carga sobre los dos mil restantes Grises, quienes, impertérritos y con

imponente silencio los esperaron, hasta que al distar unas cuarentas varas se lanzaron como un rayo contra ellos. Otra vez retumbó el incesante choque de sus escudos y volvióse á repetir la horrible tragedia. Pero ahora el combate se prolongaba indeciso; en efecto, durante un rato pareció casi imposible que la victoria diera sus lauros á los Grises. El regimiento que los atacó, formado por jóvenes y vigorosos soldados, luchaba con indómito coraje. Al principio, agobiando á los veteranos con su empuje, los obligaron á cejar algunos pasos. La carnicería era espantosa, caían centenares de hombres por minuto, y entre el fragor de la pelea escuchábase un incesante y silboso «*Syi, Syi,*» expresión de triunfo que cada contendiente lanzaba al hundir su arma en el cuerpo de su vencido adversario.

Pero una perfecta disciplina y un valor firme y resuelto pueden hacer maravillas. No hay duda; un veterano vale bien por dos bisoños como la ocasión lo demostró. Cuando ya dábamos á los Grises por desbaratados y sólo esperábamos verlos caer ó desbandarse para ocupar su puesto, oí la poderosa voz de sir Enrique, dominando el estruendo de la lid, y ví su hacha describiendo rápidos círculos por encima de su inquieto plumero. Entonces los Grises cesaron de retroceder, y, tenaces como una roca, resistieron las porfiadas arremetidas de sus furiosos enemigos, que se estrellaban una y otra vez en la inquebrantable línea de sus lanzas. Después volvieron á moverse; pero ahora, hacia adelante; como no había armas

de fuego, nada nos ocultaba los incidentes de la jornada. A su irresistible avance los agresores comenzaron á vacilar.

—¡Ah, esos son *hombres*; volverán á vencer!—exclamó Ignosi, rechinando los dientes excitado por la lucha.—¡Vedlo, ah, mis bravos!

Y en efecto, en aquel momento, despedidos como el humo de la boca de un cañón, saltaron hacia atrás, rompieron sus filas y en pequeños grupos y á todo correr, huyeron los de Twala, dejando el campo á sus victoriosos rivales; pero ¡ay! el regimiento de los Grises ya no existía. De las tres arrogantes filas, que cuarenta minutos antes entraban en acción, de los tres mil guerreros que las componían, sólo quedaban á lo más seiscientos hombres cubiertos de sangre; los restantes habían caído bajo el hierro de sus agresores. Y luego arrojando un grito de triunfo, blandiendo las lanzas, animosos, en lugar de replegarse hacia nosotros como esperábamos, persiguieron los grupos del derrotado regimiento por espacio de unas cuatrocientas varas, posesionáronse de una pequeña eminencia y, volviendo á triplicar sus filas, formaron en círculo dando frente á todos lados. Entonces, gracias á Dios, ví á sir Enrique, aparentemente ileso, de pie en la cumbre de aquel reducto humano, y á su lado, á nuestro amigo Infadús. Entre tanto, los regimientos de Twala arremetían contra ellos y no tardó en renovarse el combate.

Como mis lectores se habrán convencido, yo soy, hablando honradamente, algo cobarde y nada aficio-

nado á la vida militar, aunque contra toda mi voluntad la suerte me haya puesto á menudo en estos desagradables conflictos, obligándome á verter la sangre de mis semejantes. Pero yo siempre lo he detestado, y por otra parte he cuidado de conservar la mía lo más intacta posible, valiéndome algunas veces del juicioso y oportuno empleo de los pies. Sin embargo, ante aquel espectáculo, y por primera vez en mi vida, ardió mi pecho con belicoso fuego. Venían á mi memoria los cantos guerreros de las «Leyendas de Ingoldsby», mi sangre, hasta entonces helada por el terror, latía precipitada en mis arterias, y me sentía animado por los más salvajes deseos de matar sin piedad y sin cuartel. Volví los ojos á las apretadas filas de guerreros que estaban á nuestra espalda, y, por un giro repentino de la imaginación, dime á pensar si mi cara tendría el mismo aspecto que la de ellos. Allí, con las cabezas por encima de los escudos, los puños apretados, los labios entreabiertos, los semblantes encendidos por la pasión del exterminio y de la matanza, veía en sus ojos brillar la feroz mirada que enciende la pupila del tigre cuando se acerca á su presa.

Sólo el corazón de Ignosi, á juzgar por su sereno continente, parecía latir tranquilo bajo su zamarra de piel de leopardo. Sin embargo, el crujido de sus dientes no cesaba. Ya no pude contenerme más y le dije:

—¿Vamos á estar aquí hasta que echemos raíces, mientras Twala concluye allá con nuestros hermanos?

—No, Macumazahn, aguarda. Ahora llega el momento oportuno, ¡aprovechémoslo!

Al contestarme, un regimiento de refresco, rebasando la posición de los Grises, cambió de frente y los atacó por el lado que miraba á nosotros, presentándonos la retaguardia.

Acto seguido, con el hacha en alto, dió la voz de carga y los Búfalos, arrojando su grito de guerra, avanzaron con el empuje de un torrente desbordado.

Lo que después ocurrió no me es posible decirlo. Sólo recuerdo una impetuosa pero ordenada acometida, que hacía retemblar el suelo; luego un repentino cambio de frente por el regimiento objeto de nuestro ataque; y, por último, un espantoso choque, un ruidoso tumulto de gritos y golpeo de armas, y el constante relampaguear de las lanzas, todo visto á través de una roja llovizna de sangre.

Cuando tuve conciencia de mis actos me encontré en el centro del puñado de Grises aún en pie cerca de la cumbre de su posición, y justamente á mi espalda nada menos que á sir Enrique en persona. ¿Cómo llegué hasta allí? Sir Enrique me dijo después, que en la furia de la primera carga de los Búfalos había avanzado hasta las filas de los Grises, donde permanecí, cuando á su vez los primeros fueron forzados á retroceder; y que él, al verme, saltando fuera del círculo me cogió y me arrastró á su interior.

En tanto la lucha, cada vez más obstinada, cada vez más encarnizada, continuaba en nuestro derre-

dor. Las cargas de nuestros enemigos sobre el círculo que nos rodeaba y se estrechaba por momentos, se sucedían sin interrupción; mas siempre eran rechazadas y como dice el poeta:

Aún los guerreros con tenaz porfia  
Del bosque obscuro defendían la entrada;  
Relevando al herido camarada  
En el mismo momento en que caía.

Era sublime espectáculo ver avanzar á los bravos batallones una y otra vez por encima de los apiñados cadáveres de sus compañeros, para encontrarse con las puntas de nuestras lanzas y caer sobre ellos, levantando más y más la trinchera de carne que nos protegía. /

Espléndido era ver aquel esforzado y viejo guerrero, á Infadús, tranquilo como en una parada, ora dando órdenes, mofándose del adversario, y aún, con oportunos chistes, conservando alto el espíritu de los pocos soldados que le restaban; ora, saliendo al frente, en el instante en que un cuerpo enemigo cargaba contra ellos, para tomar, allí donde mayor peligro había, su parte en repeler la acometida. Y todavía más espléndido, contemplar á sir Enrique, cuyo plumero le arrancara una lanzada, suelta la rubia cabellera que el viento tendía y arremolinaba á sus espaldas. Allí, con las manos, el hacha y la cota tintos en humeante sangre, abatiendo á cuantos alcanzaba su terrible golpe. Sin dar tregua al brazo, tan pronto como un guerrero le retaba á singular combate, ligero cual rayo y arrollándolo todo baja-

ba á la llanura, se abalanzaba sobre él y gritando «¡O-joy! ¡O-joy!» al estilo de sus ascendientes, los bersekires, de un vigoroso hachazo hacía saltar su escudo en fragmentos y les dividía el cráneo, hasta que al fin no hubo uno que osara por su propia voluntad ponerse delante del invencible «tagati» (brujo) blanco, que mataba sin errar jamás.

De pronto se oyó el grito de «¡Twala y Twala!» en la enemiga muchedumbre y de ella salió el gigantesco tuerto, el mismo rey, armado también con hacha y escudo, y cubierto por una cota de malla.

—¿En dónde estás tú, Incubu, tú, blanco, asesino de Scragga mi hijo? ¡Ven á ver si me puedes matar!— exclamó.—Al mismo tiempo despidió una tola á sir Enrique, quien por fortuna la vió venir y pudo recibir en su escudo, el que traspasó quedándose clavada en su plancha de hierro.

En seguida Twala de un salto se echó sobre él, descargándole hachazo tal sobre el escudo, que al solo empuje del golpe sir Enrique, á pesar de su tremenda fuerza, cayó de rodillas.

Pero aquí terminó la contienda, porque en el mismo instante se alzó de los regimientos que nos acababan un grito de alarma, que de una simple mirada nos explicamos.

A derecha é izquierda la llanura desaparecía bajo las plumas de los guerreros que los embestian por los costados. Nuestras alas venían á socorrernos. Mejor oportunidad para su entrada en acción no se podía elegir. El ejército de Twala tenía, como Ignosi

predijo, fija toda su atención en las encarnizadas luchas entabladas alrededor de los Grises y de los Búfalos, quienes á corta distancia batallaban contra numerosos agresores; y sólo tuvieron idea de lo que ocurría cuando nuestras alas, desplegadas en batalla los envolvían por los flancos, y sus soldados, como perros de presa, caían sobre ellos, sorprendiéndolos antes de que tuviesen lugar para cambiar de formación y hacerles frente.

En cinco minutos se decidió la batalla. Cogidos por los flancos, desanimados por la espantosa matanza que los Grises y los Búfalos habían hecho en sus filas, los regimientos de Twala se desbandaron precipitadamente, huyendo á todo escape hacia Loo. En cuanto á las fuerzas que últimamente habían cercado á los Búfalos y á nosotros se desvanecieron como por vía de encanto, dejándonos en pie sobre nuestros puestos, semejantes á una roca cuando se retira la hinchada ola que quiso en vano rodar sobre ella. Pero ¡qué vista la que se presentaba á nuestros ojos: Alrededor, los muertos y moribundos tendidos unos sobre otros formando alta y gruesa muralla; y encerrados por ella, noventa y cinco hombres, únicos sobrevivientes de los heroicos Grises. Más de dos mil novecientos habían caído sólo en este regimiento, en su mayor parte para no levantarse jamás.

—Soldados,—dijo tranquilamente Infadús—mientras se vendaba una herida en el brazo é inspeccionaba con la mirada los hombres que le restaban de su cuerpo.—Soldados: habéis sabido conservar la



reputación de nuestro regimiento, y los hijos de vuestros hijos, admirados de este combate, pronunciarán vuestros nombres.

Luego, volviéndose á sir Enrique y estrechándole calurosamente la mano, le dijo:

—Eres un gran hombre, Incubu, casi mi vida entera la he pasado entre guerreros, y muchos bravos y fuertes he conocido, pero jamás he visto uno semejante á ti.

Mientras hablaba de este modo, los Búfalos desfilaron, cerca de nuestra posición, en camino hacia Loo, y llegaba un oficial de parte de Ignosi para que Infadús, sir Enrique y yo nos le uniéramos sobre la marcha. En efecto, después de mandar á los noventa y cinco Grises restantes se ocuparan en recoger á los heridos, lo hicimos así; y al alcanzarle nos manifestó que forzaba el paso hacia dicha ciudad para completar la victoria, haciendo prisionero á Twala, si tal cosa era posible. Antes que hubiéramos ganado mucho terreno, descubrimos de improviso á Good, sentado sobre el pequeño cono de un hormiguero, á un centenar de varas de nosotros. A su lado, tendido sobre el suelo, estaba el cuerpo de un kukuano.

—Debe estar herido—dijo sir Enrique con ansiedad. Al mismo tiempo que hacía esta suposición, ocurrió una cosa inexperada. El cadáver del kukuano, ó mejor dicho lo que suponíamos su cadáver, de un salto se puso de pie, de una puñada desmontó á nuestro amigo de su asiento, tirándolo de espaldas en tierra y comenzó á lancearlo con enconado ensa-

ñamiento. Corrimos aterrorizados hacia él, y según nos acercábamos vimos al obscuro guerrero meneando los golpes sobre el rendido Good, que á cada bote levantaba las piernas y brazos en alto. Al vernos llegar el kukuano, asestándole por despedida una mal intencionada y vigorosa lanzada, echó á correr gritándonos con todos sus pulmones.

—¡Ahí tenéis á ese brujo!

Good no hacía ningún movimiento, y supusimos que nuestro pobre camarada había muerto. Dominados por indecible tristeza llegamos junto á él y con la mayor sorpresa lo encontramos muy pálido en verdad, pero con su eterna sonrisa en los labios y su lente clavado en su sitio.

—¡Cáspita con la cota!—murmuró al vernos inclinados sobre él.—¡Cuán impenetrable ha tenido que ser!

Al decir esto se desmayó. Al reconocerle vimos que tenía una herida en una pierna, causada por una tola lanzada por los enemigos en su huída, y que, defendido por la acerada malla, su cuerpo sólo estaba magullado por los golpes de la lanza de su último agresor. Se había salvado por milagro. Nada podíamos hacerle en aquel lugar; así, pues, lo colocamos en un coy y lo llevamos con nosotros.

Cuando llegamos á la puerta más próxima de Loo, un regimiento estaba vigilándola por orden de Ignosi, y lo mismo hacían las demás fuerzas en las restantes salidas de la plaza. El jefe, comandante del indicado cuerpo, saliendo al encuentro de Ignosi le

saludó como rey y le dijo que las tropas enemigas y el mismo Twala se habían refugiado en la ciudad; pero que aquéllas estaban muy desmoralizadas y creía que se rendirían á la primera intimación. Enterado de esto, Ignosi, después de consultar con nosotros, envió heraldos á todas las puertas, mandando á sus defensores que las abrieran, y prometiendo por su real palabra, completo perdón á los jefes, oficiales y soldados que depusieran las armas. No se hizo esperar la respuesta, pues poco á poco, en medio de los vítores de los Búfalos, cayó el puente sobre el ancho foso y se nos franqueó la entrada.

Tomando las debidas precauciones para evitar una posible emboscada, entramos en la ciudad. A lo largo de las calles que seguimos, formando á uno y otro lado, los vencidos guerreros, con la cabeza inclinada y los escudos y lanzas á sus pies, saludaban á Ignosi como rey cuando pasaba por su frente. En tanto avanzábamos directamente al kraal de Twala. Cuando llegamos al extenso patio, en donde presenciábamos la gran danza y la cacería de las brujas, lo encontramos desierto. Pero no, no completamente desierto, pues hacia el fondo y enfrente de su propia cabaña, estaba sentado Twala, acompañado por un solo sér, por Gagaula.

Triste cosa era verle allí, con el hacha y escudo en tierra, al alcance de su mano, la barba apoyada sobre el pecho, sin nadie á su lado, excepto aquella decrepita mujer. A pesar de sus crueldades y fechorías, no pude menos de notar cierta conmoción al

encontrarme ante la ruina de su derrumbada grandeza. Ni un soldado de sus numerosos ejércitos, ni un cortesano de los centenares que servil y constantemente le rodearan antes, ni aún una solitaria esposa que viniera á partir con él las amarguras de su caída. ¡Infeliz salvaje! Estaba aprendiendo la lección más ruda que la experiencia da á casi todos los que viven algo, esto es, que la humanidad vuelve la espalda á los desgraciados, y que el inerme, el que descende, rara vez encuentra un amigo; y sus más allegados, como buitres ante un cadáver, se ceban en su infortunio.

Pasada la puerta del kraal marchamos directamente al lugar en donde el ex rey se hallaba. Cuando sólo distamos unas cincuentas varas se dió la voz de alto al regimiento, y acompañados por un pequeño piquete nos acercamos hacia él, saliéndonos al encuentro Gagaula con un torrente de injuriosas palabras. Al aproximarnos, Twala levantó por primera vez la cabeza y clavó su ojo, que, encendido por la cólera, brillaba casi como la gran diadema que ostentaba en su frente, sobre su victorioso rival, sobre Ignosi.

—¡Salve, oh rey!—exclamó con irónica burla.—  
¡Tú que has comido de mi pan y con la ayuda de la magia de esos blancos, has seducido mis regimientos y derrotado mi ejército, Salve! ¿Qué suerte me reservas, oh, rey?

—La suerte que en tus propias manos encontré mi padre, cuyo trono has usurpado por tantos años.

—Está bien. Yo te enseñaré á morir y tú nunca podrás olvidar lo que aquí vas á ver. Mira, el sol se hunde teñido de sangre—y señaló con su enrojecida hacha el encendido globo, ya cerca de su ocaso;—yo desapareceré con él. Y ahora, ¡oh rey! estoy pronto á morir; pero me acojo al privilegio de la casa real de kukuana, quiero morir peleando. Tú no me lo puedes negar, porque si así lo haces, hasta esos mismos cobardes que huyeron hoy te despreciarían.

—Concedido. Elige; ¿con quién quieres combatir? Yo no puedo ser tu adversario, porque el rey sólo se bate en la guerra.

El sombrío ojo de Twala se paseó por nuestras filas y al ver que se detenía en mí, me estremecí de terror. ¿Qué hacer si me designaba para comenzar el combate? ¿Qué probabilidades de éxito podía tener contra un desesperado salvaje de seis pies de estatura y ancho en proporción? Más valía suicidarme. Sin detenerme á pensarlo me decidí á declinar tal honor, aunque me echaran á silbidos de Kukuana, pues, á mi entender, es preferible salir corrido á quedarse hendido de un hachazo.

Por fin habló.

—Incubu, ¿no te parece concluyamos lo que comenzamos hoy, ó debo llamarte cobarde blanco, ante todos los que nos oyen?

—No—contestó apresuradamente Ignosi;—no pelearás con Incubu.

—Me tiene miedo—añadió Twala.



Desgraciadamente sir Enrique comprendió estas palabras y la sangre encendió sus mejillas.

—Acepto su desafío; y ya verá si le tengo miedo.

—¡Por el cielo!—le supliqué—no vaya á arriesgar su vida en un encuentro con ese desesperado. Todos los que le han visto hoy saben que usted no es un cobarde.

—Me batiré con él—contestó ásperamente.—Ningún sér viviente me llama á mí cobarde. ¡Adelante, ya te espero!

Y saliendo al frente, levantó su hacha.

Yo me retorcí las manos al presenciar este quijotesco arranque; pero estaba tercamente resuelto á pelear y no me era posible evitarlo.

—No te batas blanco, hermano mío—dijo Ignosi poniendo cariñosamente la mano sobre el brazo de sir Enrique.—Bastante has combatido hoy, y si algo te aconteciera se me partiría el corazón.

—Me batiré, Ignosi.

—Hágase tu voluntad; eres un valiente. Será un hermoso combate. Twala, el Elefante espera por ti.

El destronado monarca lanzó una salvaje carcajada, y marchando hacia Curtis se le colocó enfrente. Por unos segundos permanecieron inmóviles, y sus gigantescos cuerpos, envueltos por los últimos rayos del sol, parecieron vestidos con llamas. Eran dignos adversarios. En seguida comenzaron á girar el uno en derredor del otro con las hachas en alto.

De repente sir Enrique, arremetiendo á su adversario, le descargó un descomunal hachazo, que éste

esquivó por un hábil salto de costado, y tal fué la fuerza del golpe, que el arma, al herir en vago, arrastró á su esgrimidor, descompuso su guardia y lo dejó descubierto, circunstancia no desperdiciada por el contrario, quien, describiendo un círculo con la suya en torno de la cabeza, le asestó un tremendo tajo. La sangre se me heló; lo dí todo por terminado. Pero no; nuestro amigo, adelantando rápidamente su escudo, paró en él el hacha, que, cortándolo en limpio por el borde exterior, fué á caer inofensiva sobre su hombro izquierdo. En seguida sir Enrique tiró otro golpe á Twala, que éste recibió también en su escudo, y entonces se sucedieron, sin intermisión alguna, hachazo tras hachazo, ora contenidos con los escudos, ora evitados por un movimiento de los combatientes. La más intensa excitación se apoderó de los espectadores; los Búfalos, olvidando la disciplina, rompieron la formación, y acercándose al sitio del mortal duelo, lanzaban á cada golpe ruidosas exclamaciones. Precisamente en este instante, Good, quien había sido colocado sobre el suelo cerca de mí, volvió de su desmayo, y sentándose percibió lo que ocurría. Inmediatamente se levantó, me agarró por un brazo y encogiendo su pierna lisiada, saltó de un lugar á otro, arrastrándome tras él y animando á sir Enrique con sus voces.

—¡Cierra con él, camarada! ¡Otro como ese! ¡bueno! ¡Pégale en los entrepuentes!—Y así sucesivamente.

Al cabo de un momento, sir Enrique, recogiendo

con su escudo el hacha de su adversario, le envió un furioso tajo, que partiéndole el suyo y rompiéndole las mallas de la cota, le hirió en el hombro. Con un grito de rabia y de dolor Twala le devolvió el golpe con interés tal, que, cortando en redondo el mango de cuerno de rinoceronte reforzado con láminas de acero del hacha de Curtis, le hirió á su vez en la cara.

Una desalentada exclamación partió de los Búfalos al ver rodar por el suelo el hierro del arma de nuestro héroe. Twala, alzando la suya, se abalanzó á él con un grito de triunfo. Yo cerré los ojos. Cuando los volví á abrir fué para ver el escudo de sir Enrique por tierra y á éste apretando entre sus vigorosos brazos el robusto cuerpo de su antagonista. Yendo de un lado á otro, lucharon á brazo partido, apretándose, cual irritados osos, con todo el poder de sus músculos de hierro, en obstinada contienda por la vida y el honor. Por un supremo esfuerzo, Twala hizo perder el equilibrio al inglés, y ambos vinieron á tierra, rodando por encima del calizo pavimento; Twala, intentando herir con su hacha á sir Enrique en la cabeza, y éste tratando de introducir una tola á través de la cota que defendía el pecho del primero.

Era una lucha hercúlea y daba pavor el presenciarla.

—¡Quítele el hacha!—gritó Good.—Nuestro campeón le oyó.

Tirando su tola, echó mano al hacha que estaba



sujeta á la muñeca de Twala por una tira de cuero de búfalo, y revolviéndose y resoplando como dos fieras, se disputaron tenazmente la posesión de aquella arma. De repente la tira de cuero se reventó y por un violento impulso sir Enrique se desprendió de los brazos que le ceñían con el hacha en su diestra. Acto continuo estaba de pie, cubierto el rostro con la sangre que brotaba de su herida, y lo mismo Twala, quien, sacando una pesada tola de su cinturón, como un rayo cayó sobre Curtis hiriéndole en el pecho.

El golpe fué certero y terrible; pero el fabricante de aquellas cotas, fuera quien fuese, bien supo lo que tuvo entre manos, pues la punta del acero rebotó en sus mallas. De nuevo le asestó otra tremenda puñalada, acompañándola con un grito salvaje, y también de nuevo rebotó el arma, aunque haciendo retroceder vacilante á sir Enrique. Por tercera vez arremetió Twala contra él; pero en esta ocasión, recobrándose el invencible inglés, volteó su hacha en derredor de su cabeza y le descargó un tajo con todas sus fuerzas. Una ruidosa exclamación salió de las gargantas de la excitada muchedumbre, y la cabeza de Twala, como impulsada por un resorte, saltó de sus hombros, y botando y rodando vino á detenerse á las mismas plantas de Ignosi. Por un segundo el descabezado tronco permaneció de pie, manando á borbotones la sangre de las cortadas arterias. En seguida cayó pesadamente sobre la tierra, y á su vez sir Enrique se tambaleó un instan-

te y rodó sobre el cadáver de su vencido adversario.

Presurosamente nos dirigimos á él, y cariñosas manos, alzándole del suelo, comenzaron á echarle agua en el rostro. A poco abrió sus grandes ojos grises.

No había muerto.

Entonces yo, precisamente al sepultarse el sol en el horizonte, me acerqué á la cabeza de Twala, desaté el diamante de su frente y lo entregué á Ignosi, diciéndole:

—Tuyo es, rey de los kukuanos.

Ignosi colocó la diadema en su frente y, marchando hacia su muerto rival, llegóse á él, le puso un pie sobre el pecho y entonó un canto, ó, mejor dicho, un himno triunfal, tan bello y al par tan salvaje que temo me sea imposible traducir con exactitud. Recuerdo que en una ocasión, al oír á un joven estudiante recitar con sonora entonación algo de Homero, el poeta de la vieja Grecia, la cadencia de los majestuosos versos suspendieron el curso de mi sangre.

Lo mismo me ocurrió con el himno de Ignosi, vertido en un idioma no menos armonioso que el antiguo griego, á pesar de encontrarme enteramente rendido por el cansancio y las emociones de aquel día. Así cantó:

«—Ya nuestra rebelión se convirtió en victoria, y  
nuestro recriminado acto se justifica por la fuerza.  
Con el sol se levantaron nuestros opresores,

»adornáronse con sus más vistosos plumeros y se  
»prepararon para la pelea.

»Levantáronse, y armados con sus lanzas los sol-  
»dados decían á sus jefes: «Venid y guiadnos», y  
»los jefes al rey: «Dirige tú la batalla».

»Levantáronse arrogantes y soberbios veinte mil  
»hombres, y aún otros veinte mil más.

»Sus plumeros cubrían la tierra como las plumas  
»de un ave cubren su nido; blandían sus lanzas y  
»gritaban: sí, tremolaban el acero de sus armas á los  
»rayos del sol; la sed de combatir los devoraba y  
»temblaban de placer.

»Vinieron contra mí; sus más esforzados guerre-  
»ros corrían veloces para aniquilarme; y todos excl-  
»maban ¡ah! ¡ah! puede contarse entre los muer-  
»tos ya.

»Entonces les arrojé mi aliento, y mi aliento fué  
»como el soplo impetuoso del huracán, y ¡ved! que-  
»daron anonadados.

»El fuego de mis ojos los amedrentó; anonadé su  
»fuerza con los rayos de mis lanzas; y los tiré por  
»tierra con el trueno de mis gritos.

»Rompiéronse sus masas, esparciéronse por los  
»campos y desaparecieron como las nieblas de la ma-  
»ñana.

»Sirven de pasto á los cuervos y á los lobos, y el  
»suelo de la batalla está empapado con su sangre.

»¿Dónde están los poderosos que se levantaron  
»con el sol?

»¿Dónde los orgullosos, que, agitando sus plume-

»ros, gritaban «puede contarse entre los muertos ya?»

»Doblan la cabeza, pero no al sueño. Yacen por tierra, pero no dormidos.

»Pasaron al olvido. Han sido arrojados á las tinieblas y no tornarán; otros serán dueños de sus esposas, y sus hijos no recordarán sus nombres.

»Y yo, ¡el rey! vuelvo como águila á su nido.

»Después de haber vagado perdido entre las sombras, acudo á mis pequeñuelos al despuntar el día.

»Ven, pueblo, guarécete bajo mis alas, yo te confortaré y jamás serás desatendido.

»Llegó el momento, el momento de los despojos.

»Mío es el ganado que pace en los valles; las vírgenes de los kraales también son mías.

»El invierno ha pasado, el verano llega.

»Ahora la maldad esconderá el rostro y la prosperidad florecerá en esta tierra como florecen los lirios.

»¡Regocíjate, regocíjate, pueblo mío! que el pueblo entero se alegre porque la tiranía ha sido abatida y yo soy el rey.»

Aquí terminó, y la multitud que casi ocultaba la creciente obscuridad de la noche, respondió gravemente:

*¡Tú eres el rey!*

Mi profecía se había realizado. Antes de las cuarenta y ocho horas, el cadáver de Twala yacía rígido y ensangrentado á la misma puerta de su kraal.

## CAPÍTULO XV

## ENFERMEDAD DE GOOD

Inmediatamente después del combate, sir Enrique y Good fueron conducidos á la cabaña de Twala, donde me reuní con ellos. Ambos estaban extenuados por las fatigas de la jornada y la pérdida de sangre, y, por mi parte, poco menos me sentía yo. Soy fuerte por naturaleza y puedo resistir el cansancio mejor que la generalidad de los hombres, tal vez á causa de haberme habituado á semejantes trabajos y á lo enjuto de mis carnes. Lo cierto es que aquella noche tocaba los límites de mi resistencia y apenas podía tenerme en pie. Además, como siempre me ocurría en iguales circunstancias, la antigua herida de mi pierna se me abrió y empezó á molestarme. También tenía un insoportable dolor de cabeza, consecuencia del soberano trastazo que por la mañana me puso fuera de acción. Resumiendo: hubiera sido difícil encontrar un trío más desastroso que el que aquella noche hacíamos. Sólo nos consolábamos al pensar cuánto debíamos á la fortuna por hallarnos así, en lugar de estar tendidos y yertos sobre el campo de batalla haciendo compañía á los miles de valientes que, rebosando salud, se habían levantado al aclarar del día.

Auxiliados por Foulata, la cual desde que la li-

bramos de la muerte se constituyó en nuestra criada, especialmente en la de Good, nos quitamos las cotas de malla, descubriendo que, si bien habían salvado la existencia de sir Enrique y Good, no pudieron impedir las terribles magulladuras producidas por los repetidos golpes que recibieron durante la jornada. Mis compañeros tenían materialmente lacerado todo el cuerpo, y el mío, aunque no tanto, no dejó de salir acardenalado de la aventura. Foulata nos trajo unos emplastos de ciertas hojas aromáticas muy bien majadas, que aplicamos á nuestras maltratadas carnes y nos produjo gran alivio. Pero por más que las magulladuras nos mortificaban mucho, no nos causaban tanta inquietud como las heridas de Good y sir Enrique. El primero tenía atravesada de un lado á otro la pantorrilla, una de «sus bellas piernas blancas»; y el segundo una profunda cuchillada en la cara, sobre la mandíbula derecha, causada por el hacha de Twa'la. Felizmente Good era un buen cirujano, y tan pronto como le trajeron su pequeño botiquín, se apresuró á lavar la herida de sir Enrique y tomarle los convenientes puntos, pasando en seguida á tratar la suya de igual manera. Luego las cubrió con un unguento antiséptico que traía entre sus drogas y, por último, las vendó con unas tiras que le proporcionó el único pañuelo que poseíamos.

Mientras tanto Foulata nos hizo un buen caldo, porque el cansancio no nos dejaba aliento para comer cosas más sólidas. Lo bebimos y nos echamos

sobre las magníficas pieles que estaban esparcidas en el piso de la gran cabaña del rey. Por uno de esos sarcásticos contrastes de la suerte, sir Enrique, el matador de Twala, durmió aquella noche en el mismo lecho de éste.

He dicho durmió, pero me equivocó. Después de las emociones de aquel día era muy difícil rendir al sueño nuestro agitado espíritu. Además, en el aire vibraban perennes:

Adiós á los moribundos  
Y lamentos por los muertos.

De todas partes se oían lastimeros y prolongados gritos, lanzados por las desgraciadas mujeres, cuyos esposos, hijos ó hermanos habían perecido en el combate. ¿Y qué extrañar fueran tantas las que, abrumadas por el dolor, desahogaran su pecho con desgarradores ayes, si más de veinte mil hombres, la tercera parte del ejército kukuano, habían muerto en la encarnizada lucha? Partía el corazón oír sus tristes lamentaciones por aquellos que nunca más habían de volver, y ahuyentado el sueño de nuestros párpados, presentábase á nuestros ojos, desnudo de atavíos, en su horrible realismo, todo el horror de los hechos de aquel día, frutos de la ambición del hombre. Hacia la media noche el incesante plañir fué gradualmente disminuyendo, hasta que, por fin, enmudecido el pesar, reinó el silencio de la noche, sólo interrumpido de cuando en cuando por un agudo y prolongado alarido que salía de una choza idá

#)

mediata, á espaldas de la nuestra, y que según más tarde averigüé, era el tributo de Gagaula á la memoria de Twala.

Al cabo logré quedarme dormido, pero mi sueño fué muy intranquilo. A cada momento despertaba sobresaltado, juguete de la pesadilla que se empeñaba en volverme á las angustias de la batalla. Unas veces veía al guerrero, cuyas cuentas saldé con mi revólver, atacándome furioso; otras me encontraba de nuevo en el invencible cuadro de los Grises, y otra la ensangrentada cabeza de Twala pasaba rodando por mis pies, crujiendo los dientes y con feroz mirada en su terrible ojo. Por fin pasó la noche, y al lucir el alba, descubrí que mis compañeros no habían sido más afortunados que yo. Good estaba con fiebre, y no tardó en comenzar á delirar, y para mayor alarma, tuvo frecuentes espantos de sangre, resultado de alguna lesión interna producida por los desesperados esfuerzos del guerrero kukuano al tratar de romper la cota y traspasarlo con su lanza. Sir Enrique, en cambio, amaneció bastante bien, á pesar de sus magulladuras y herida que, muy enconadas, no le permitían moverse ni masticar y le obligaban á un absoluto reposo.

A las ocho de la mañana vino á vernos Infadús, que apenas daba indicios de quebranto por las fatigas del día anterior, aunque durante la noche entera, según nos dijo, no había podido descansar un solo instante. Se alegró mucho al vernos, deploró el estado de Good y nos estrechó las manos afectuosa-



mente; pero observé que al hablar á Sir Enrique lo hacía con cierta veneración, como si se dirigiera á alguien superior al hombre; y en efecto, andando el tiempo nos cercioramos de que en toda Kukuana se consideraba al invencible inglés como un sér sobrenatural.

—No hay hombre—decían los soldados—que pueda pelear como él peleó, ó que al final de tan incessante como sangrienta contienda, tenga aliento suficiente para matar á Twala, al primero entre los guerreros más temibles de Kukuana, en singular combate, cortándole el robusto cuello de un solo tajo.

Este hachazo se hizo proverbial en el país, y en adelante se llamó á lo «Incubu» cualquier golpe ó acto de fuerza extraordinaria.

Infadús nos dijo que todos los regimientos de Twala se habían sometido á Ignosi, añadiendo que ya comenzaban á llegar mensajes de los jefes de los campos, reconociendo al vencedor por rey de la nación. La muerte de Twala había cortado de raíz toda causa que pudiera prolongar la guerra; Scragga había sido su único hijo, y, por consiguiente, no existía persona alguna que pudiera alegar derechos al trono.

Observé que Ignosi había llegado hasta él cruzando torrentes de sangre. El bravo veterano se encogió de hombros y me contesté:

—Sí; pero para que el pueblo kukuano pueda vivir sosegadamente, necesita, de cuando en cuando,

una sangría. Muchos han muerto, es verdad; mas ahí quedan las mujeres; pronto otros vendrán á ocupar los puestos de los que cayeron, y mientras tanto estaremos tranquilos por algún tiempo.

A poco de dejarnos Infadús, Ignosi nos hizo una corta visita, luciendo en la altiva frente la diadema real. Cuando le ví llegar, con majestuosa dignidad y seguido por obsequioso séquito, recordé al alto zulú que, pocos meses atrás, se nos presentó en Durbán pidiéndonos lo tomáramos para nuestro servicio, y pensé en los extraños giros de la rueda de la fortuna.

—Salud, ¡oh, rey!—le dije saliendo á su encuentro.

—Sí, Macumazahn.—Rey al fin, gracias á vosotros—contestó.

—¿Qué piensas hacer con Gagaula?—pregunté.

—¡Es el genio malo de nuestra tierra; la mataré y con ella también morirán todas las brujas! Ha vivido tanto que nadie recuerda cuándo ha sido joven; ella es la que ha enseñado siempre á las brujas cazadoras, y por ella este suelo ha aparecido maldito á los ojos del cielo que nos cubre.

—Sin embargo, sabe mucho; y es, Ignosi, más fácil el destruir la sabiduría que el adquirirla.

—Así es—contestó pensativamente.—Ella, sólo ella guarda el secreto de las «Tres Brujas», allá donde muere el gran camino, donde se entierra á los reyes y se sientan los silenciosos.

—Sí, y en donde están los diamantes. No olvides

tu promesa, Ignosi; tú debes guiarnos á las minas, aun cuando tengas que conservar la vida á Gagaula para que nos muestre el camino.

—No la olvidaré, Macumazahn, y pensaré en lo que dices.

Retiróse Ignosi, fué á ver á Good, y lo encontró delirando. La fiebre se había hecho muy intensa, y parecía, efecto de la herida de su pierna, complicada con alguna lesión interna. Por cuatro ó cinco días estuvo de extrema gravedad, y creo firmemente que, á no ser por los constantes desvelos de Foulata, hubiera sucumbido sin remedio.

Las mujeres son mujeres en todas partes del globo, sea cual fuere el color de la piel. Sin embargo, llamaba mi atención ver aquella bronceada beldad inclinada día y noche sobre el lecho del enfermo, atenta á todas las piadosas minuciosidades de su misión, pronta, dulce y con el instinto de la más avezada enfermera. La primera y segunda noche quise compartir con ella los cuidados que nuestro amigo exigía, y lo mismo pretendió sir Enrique, tan pronto como sus desinflamadas carnes le permitieron moverse; pero nuestra presencia allí la tenía impaciente, y por último, protestó contra ella, afirmando que el ruido que hacíamos intranquilizaba á Good, en lo cual creo que tenía sobrada razón. Sin descansar un momento, día y noche velaba junto á su cabecera, ora haciéndole tomar su única medicina, una bebida nativa refrescante hecha con leche y el zumo del bulbo de cierta especie de tulipán, ora ahuyen-

tando las moscas para que no le incomodaran. Paréceme que los veo todavía como noche tras noche y á la mezquina luz de nuestra primitiva lámpara, los pude contemplar. Good con las facciones consumidas, los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes, revolviéndose febril sobre su cama de pieles y ensartando en su delirio disparates por millares; y cerca de él, sentada en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, á la bella kukuana, acariciándolo con la dulce mirada de sus hermosos ojos, y dejando traslucir en su rostro la expresión del más compasivo interés, ó tal vez el más tierno sentimiento.

Dos días fué tanta su gravedad que le dimos por perdido, y tristes y cabizbajos paseábamos por el kraal. Sólo Foulata no perdía la esperanza.

—No morirá—nos decía.

Con objeto de que ningún ruido molestara al enfermo, se habían desocupado, por orden del rey, las chozas que estaban detrás de la de Twala, y, excepto sir Enrique y yo, alojados en una inmediata á ésta, no se encontraba un viviente en trescientos metros alrededor nuestro, donde, por consiguiente, reinaba profundo silencio.

Una noche—la quinta de su enfermedad—fuí, según mi costumbre, á la cabaña para enterarme cómo seguía antes de echarme por un breve rato á dormir.

Entré cuidadosamente, andando de puntillas y, á la luz de la lámpara, distinguí á mi amigo, no ya

volviéndose de un lado para otro, pero sí en absoluta inmovilidad.

¡Todo había terminado!

Y en la amargura de mi dolor se me escapó un sollozo.

Un suave ¡chi-i-to! salió de las sombras que envolvían la cabecera del lecho.

Entonces, aproximándome más, ví que no estaba muerto, y sí tranquilamente dormido, apretando en su enflaquecida y blanca mano los delicados dedos de Foulata. La crisis había pasado y su vida estaba á salvo. Así, tal como lo encontré, durmió diez y ocho horas seguidas. Durante ese tiempo la adicta muchacha permaneció en el mismo sitio, en la misma posición, como si se hubiera petrificado, temerosa de despertarlo si se movía ó retiraba la mano. ¡Cuánto debió sufrir por los calambres, entumecimiento y aún falta de alimento! Dios y ella lo saben. Sólo puedo decir que cuando Good despertó, fué preciso sacarla de allí en brazos; sus piernas estaban entumecidas que le era materialmente imposible tenerse de pie.

Después de esta crisis, la convalecencia de Good fué rápida y completa. Así que casi hubo recuperado la salud, sir Enrique le contó los desvelos y cuidados de Foulata; y, al decirle cómo había estado sentada diez y ocho horas seguidas á su lado, sin hacer el más mínimo movimiento por temor de despertarle, los ojos del honrado marino se llenaron de lágrimas. En seguida se encaminó á la choza donde

Foulata preparaba el almuerzo—ya nos habíamos mudado á nuestro antiguo alojamiento—llevándome como intérprete, para el caso de no poder hacerse entender bien, aunque debo advertir que ella lo comprendía maravillosamente dado lo corto del vocabulario kukuano de nuestro compañero.

—Decidla, que le debo mi vida y que jamás olvidaré sus bondades para conmigo.

Traduje sus palabras, y al oírme, sus bronceadas mejillas se encendieron de rubor.

Volviéndose hacia él con uno de sus rápidos y graciosos movimientos, que siempre me hacían recordar los pájaros del bosque, contestó dulcemente á la par que fijaba en su rostro la suave mirada de sus admirables ojos.

—No, mi señor; ¡mi señor olvida! ¿No salvó él la mía? y ¿acaso no soy yo su criada?

Se observará que la joven no parecía recordar la parte que sir Enrique y yo mismo tomamos al librarla de las garras de Twala. ¡Pero así son las mujeres! No olvido que mi querida esposa era exactamente igual. Salí de la entrevista algo preocupado; nada me gustaban las tiernas miradas de la «señorita Foulata»; porque buena experiencia tenía de las imprudentes inclinaciones amorosas de los marinos en general, y de Good en particular.

Dos cosas pasan en el mundo, que, según siempre he podido comprobar, nadie ni nada pueden impedir; á saber: que un zulú se abstenga de pelear ó un matine de enamorarse á la menor provocación.

Pocos días después de este incidente, Ignosi reunió su gran «indaba» (consejo) y quedó formalmente reconocido como rey por los «indunas» (jefes) de Kukuana. El espectáculo fué imponente; hubo una gran revista militar, en la que formaron los pocos Grises, restos de aquel soberbio regimiento, y en presencia del ejército se les dió las gracias por su heroica conducta durante la gran batalla. Como recompensa á su valor, el rey regaló á cada uno un numeroso rebano, ascendiéndoles al empleo de oficial en el nuevo cuerpo actualmente en vías de organización. También se promulgó en toda Kukuana una orden mandando que, mientras honráramos el país con nuestra presencia, se nos recibiese con las mismas ceremonias y el mismo respeto que al rey en persona; y se nos confirió públicamente el derecho de vida y muerte. Además, Ignosi, en presencia de su pueblo repitió la promesa que antes hiciera, afirmando que jamás se vertería la sangre de un hombre sin previo juicio, y que jamás volvería á efectuarse la cacería de las brujas.

Pasada la ceremonia fuimos á ver á Ignosi; le hablamos de las minas á que conducía el camino de Salomón, manifestándole deseábamos descubrir su misterio, y le preguntamos si había averiguado algo respecto de ellas.

—Amigos míos,—contestó, oíd lo que sé.—Allá, en aquel lugar, hay tres grandes figuras sentadas, llamadas los «Silenciosos» y en honor de los cuales quería Twala sacrificar á la joven Foulata.

Allá también, en una inmensa cueva que entra hasta el corazón de la montaña, está el sepulcro de los reyes, en donde encontraréis el cadáver de Twala junto con los de sus antecesores. Además, ábrese en el suelo un ancho y profundo pozo, que en tiempos remotos excavaron los hombres, tal vez en busca de las piedras de que vosotros habláis y hablaban los blancos de Natal, en Kimberley. Por último, en la Mansión de la Muerte existe una cámara secreta, que solamente el rey y Gagaula conocen. Pero Twala ha muerto, y yo nada se de ella ni de lo que encierra. Cuéntase en el país que una vez, hace muchas generaciones, un hombre blanco cruzó las montañas y guiado por una mujer llegó á esta cámara y vió las riquezas allí amontonadas; pero que no pudo apoderarse de ellas porque antes de que lo lograra la mujer le hizo traición, y el rey en aquellos tiempos le obligó á volver á las montañas, no habiendo entrado desde entonces hombre alguno en dicha cámara. ☽

—La tradición es indudablemente cierta, Ignosi; recuerda que encontramos en la montaña al hombre blanco.

—Sí, Macumazahn, lo recuerdo. Ahora os prometo que si vosotros podéis encontrar esa cámara y las piedras están en ella...

—La piedra que tienes en la frente prueba que están allí—dije yo, interrumpiéndole y señalando al enorme diamante que por mi propia mano había quitado de la frente del decapitado Twala.



—Tal vez sea así; si están allí, vuestras serán todas las que podáis llevaros, si es que os resolvéis á abandonarme, hermanos míos.

—Pero primero tenemos que hallar la cámara—dije yo.

—No hay nada más que una persona que puede guiarnos á ella; y es Gagaula.

—¿Y si se niega á hacerlo?

—Entonces morirá. Únicamente con este fin la he dejado vivir. Esperad. Ahora mismo nos dirá lo que elige.

Y llamando á uno de los de su servicio mandó traerán á Gagaula.

A los pocos minutos llegó conducida por dos guardias á quienes vino maldiciendo por todo el camino.

—Dejadla,—dijo el rey á los guardias.

Tan pronto como éstos cesaron de sostenerla por los brazos; el rugoso y viejo envoltorio, porque más parecía un envoltorio que otra cosa, se dejó caer al suelo, haciéndose un ovillo en el cual resaltaba el maligno fulgor de sus ojos de víbora.

—¿Para qué me quieres, Ignosi? No te atrevas ni siquiera á tocarme, pues si lo intentas, te haré desaparecer con los tuyos. ¡Teme mi magia!

—Tu magia, vieja loba, no pudo salvar á Twala y no puede herirme á mí. Escucha: quiero me reveles en donde está la cámara que guarda las piedras brillantes.

—¡Já! ¡já! nadie sino yo lo sabe y jamás te lo diré.

Esos demonios blancos tendrán que irse con las manos vacías.

—Tú me lo dirás. Yo te obligaré á decirme lo.

—¿Cómo? Tú eres grande y poderoso, pero ¿puedes acaso arrancar la verdad á una mujer?

—Difícil es. Sin embargo yo te la arrancaré.

—¿De qué manera?

—Si no me la dices te haré morir lentamente.

—¡Morir!—gritó aterrorizada y furiosa—no te atrevas á tocarme, hombre; tú no sabes quién soy yo. ¿Qué edad piensas es la mía? Yo conocí vuestros padres y á los padres de vuestros abuelos. Cuando el país era joven estaba ya en él, cuando haya envejecido, en él todavía estaré. Mi vida no tiene fin, sólo un azar puede terminarla, nadie osará matarme.

—A pesar de todo te mataré. Atiende, Gagaula, madre del mal, eres tan vieja que no debes tener ningún amor á la vida. ¿Qué encanto puede tener la vida para una criatura á quien los años han quitado la forma, arrancado los dientes y el cabello, dejándola sola el maligno mirar de sus perversos ojos? Matarte será hacerte un bien, Gagaula.

—¡Imbécil!—gritó la vieja arpía, rematado imbécil. ¿Crees que la vida guarda sus dulzuras sólo para el joven? No, te engañas y nada sabes del corazón humano, sí así lo piensas. Para el joven, no hay duda, la muerte tiene sus encantos, por que el joven siente. Goza y sufre, y se le rompe el corazón al ver á los que ama desaparecer para siempre en el mundo de las sombras. Pero el viejo no tiene sentimien-

to, no ama y ¡já! ¡já! ríe cuando otros se hunden en el negro é insondable abismo; ¡já! ¡já! ríe en presencia del mal que se hace en torno suyo. Todo cuanto ama es la vida, el calor, el tibio rayo del sol, y el dulce aire. Tiene miedo al frío y á las tinieblas, ¡já! ¡já!

Y la horrible anciana se balanceó con repugnante júbilo.

—Calla tu infame charla y contéstame,—exclamó airadamente Ignosi.—¿Quieres ó no mostrar el sitio en donde las piedras están? Si no quieres, morirás; y morirás ahora mismo.

Y cogiendo una lanza la suspendió sobre ella.

—No, y mil veces no; tú no te atreves á matarme. El que me prive de la vida será maldito para siempre.

Ignosi bajó con lentitud la lanza hasta que su punta pinchó levemente aquel montón de arrugas y de harapos.

Dando un salvaje grito, de un brinco, se puso en pie, y, volviendo á desplomarse, se contrajo en forma de ovillo y rodó por el suelo.

—Sí, lo enseñaré. Déjame vivir, déjame sentar al sol y tener un pedazo de carne que chupar. Yo te descubriré mi secreto.

—Está bien. Demasiado sabía que al fin encontraría un medio para hacerte hablar. Mañana irás con Infadús y mis hermanos blancos al citado sitio; y guárdate de no cumplir tu palabra, porque si los engañas, te haré morir poco á poco,

—Lo cumpliré Ignosi. Jamás faltó á mi propósito: ¡já! ¡já! ¡já! Una vez una mujer mostró ese sitio á un hombre blanco y sabed que la desgracia cayó sobre él, y al decir esto sus ojos brillaron con siniestro fulgor. Su nombre también era Gagaula. Quizá yo sea aquella mujer.

—Mientes,—le repliqué.—Desde que eso ocurrió han pasado diez generaciones.

—Puede ser, puede ser; cuando se vive mucho, se pierde la memoria. Tal vez la madre de mi madre me lo contó, también se llamaba Gagaula. Pero oíd, hallaréis en el lugar de las brillantes baratijas un saco de cuero lleno de piedras. Aquel hombre las colocó en él; pero jamás pudo sacarlo de allí. ¡La desgracia lo aniquiló, os lo advierto, la desgracia lo aniquiló! Tal vez la madre de mi madre me lo contó. Será un alegre viaje; veremos de paso los cuerpos de los que murieron en la batalla. Ya habrán perdido los ojos y tendrán las costillas descarnadas ¡já! ¡já! ¡já!

## CAPÍTULO XVI

### LA MORADA DE LA MUERTE

Tres días después de la escena descrita en el capítulo anterior, acampábamos, ya entrada la noche, en varias chozas situadas en la base de las «Tres Brujas», nombre nativo de los tres picos que mar-

caban el término del camino de Salomón. Componíase nuestra partida de nosotros tres, y Fulata que continuaba en nuestro servicio (especialmente en el de Good), Infadús, Gagaula, á quien se traía en una litera y no cesaba de murmurar y maldecir, varios criados y una escolta.

No quiero relatar nuestras impresiones durante la ascensión emprendida aquella misma mañana. La imaginación de mis lectores las concebirá mejor que yo puedo describirla.

Durante hora y media ó más, impelidos por nuestra excitación, caminamos tan de prisa que los conductores de la litera de Gagaula no podían seguirnos.

—Más despacio, más despacio, hombres blancos—gritó la horrible vieja sacando por entre las cortinas su repugnante cabeza, y clavando sus vivaces ojos en nosotros.—¿Por qué corréis al encuentro del mal, vosotros los buscadores de tesoros?

Y lanzó una siniestra carcajada, que me produjo un escalofrío y amortiguó nuestro entusiasmo.

No obstante seguimos avanzando hasta que llegamos al borde de una vasta excavación circular de inclinadas paredes, con trescientos pies de profundidad y media milla de contorno, situada precisamente entre nosotros y el pico central.

—¿Saben ustedes lo que es esto?—pregunté á sir Enrique y á Good, quienes miraban con asombro la profunda sima abierta á sus pies.

Ambos movieron negativamente sus cabezas.

—Vamos, se conoce que ustedes no han visto las minas de diamantes en Kimberley. No cabe duda; esta es la mina de diamantes de Salomón, y si no, mirad allí,—dije señalando á la endurecida arcilla azul que aún se percibía entre las hierbas y plantas que cubrían las paredes del pozo.—La formación del terreno aquí es la misma del indicado lugar. Apuesto cualquier cosa á que si bajamos al fondo del pozo encontraremos «cañutos» de un conglomerado jabonoso. Ved también allí indicando las desgastadas superficies de varias rocas cortadas en forma de losas y colocadas en un sitio de suave pendiente y bajo el nivel de una canal de agua, abierta en la roca; si esos artesones no se han empleado como lavaderos, yo no soy holandés.

En la orilla de la excavación, que era el pozo indicado en el mapa del antiguo fidalgo, el gran camino se bifurcaba, circunvalándolo completamente. En muchas partes los ramales de circunvalación estaban contruídos con enormes sillares, aparentemente con el objeto de contener los bordes é impedir su derrumbamiento. Animados por la curiosidad, despierta en nosotros por tres grandes bultos que al otro lado del pozo se levantaban, recorrimos velozmente uno de estos ramales. Al aproximarnos á ellos descubrimos que eran tres estatuas colosales de piedra; sin duda eran los tres «Silenciosos» tan temidos como venerados en el pueblo kukuan). Pero no pudimos apreciar nada hasta llegar junto á ellos.

Sobre enormes pedestales de piedra oscura, ins-

critos con caracteres desconocidos, á veinte pasos de intervalo una de otra y mirando hacia el camino que por unas sesentas millas cruzaba la llanura hasta Loo, estaban sentadas tres gigantescas figuras, una de mujer y dos de hombre, que medían unos veinte pies desde la corona de la cabeza al pedestal.

La de mujer, que estaba al desnudo, era de severa belleza; pero desgraciadamente tenía muy deterioradas las facciones por los siglos y siglos que hacía estaba expuesta á los rigores de la intemperie. A uno y otro lado de su cabeza asomaba una punta ó cuerno semejantes á los de la luna nueva. Las figuras de hombres, por el contrario, estaban cubiertas y ofrecían aterrador aspecto, especialmente la de la derecha, cuyo rostro semejava al de un demonio. La de la izquierda tenía un semblante sereno; pero la expresión de su calma causaba espanto. Era la calma de la absoluta insensibilidad, de la insensibilidad que, según sir Enrique indicó, los antiguos atribuían á los seres poderosos para el bien, quienes podían presenciar los dolores de la humanidad, si no con alegría, por lo menos sin sufrimiento. Las tres figuras, allí, en aquella soledad, en aquel silencio, vueltas hacia la llanura de Loo, hacían una imponente trinidad. Al contemplar estos «Silenciosos», como los kukuanos las llaman, nació en nosotros el deseo de descubrir qué manos las habían tallado, y quiénes habían excavado el profundo y anchuroso pozo, y construído la suntuosa vía. Mientras mi asombrado espíritu vagaba entre las densas tinieblas del mis-

terio de aquellas maravillas, repentinamente y como rayo de luz que las disipara, ocurrióme una idea, fruto de mi afición al Viejo Testamento. Recordé que Salomón prevaricó y dió culto á dioses extraños, entre los cuales se contaban: Astoret, diosa de los Sidoneses; Chemos, dios de los Moabitas, y Milcom, dios de los hijos de Ammón, y pensé, participándolo á mis compañeros, que las tres figuras bien podían ser representación de estas falsas divinidades.

—¡Ta, ta!—exclamó sir Enrique, que estaba muy versado con estas materias,—bien puede ser que no ande usted del todo desorientado. La Astore de los hebreos no fué sino la Astarte de los fenicios, de esos grandes traficantes del siglo de Salomón. Y Astarte, la que tiempos después recibió el nombre de Afrodita entre los griegos, se representaba con cuernos semejantes á los de la luna nueva, é iguales á los que vemos en esta estatua. Tal vez los tres colosos han sido diseñados por algún fenicio, encargado de la construcción de las minas. ¡Quién puede saberlo!

Antes que hubiéramos terminado de examinar estas interesantes reliquias de remota edad, Infadús vino hacia nosotros, y después de saludar á los «Silenciosos» con su lanza, nos preguntó si queríamos entrar inmediatamente en la «Morada de la Muerte» ó preferíamos aguardar hasta que hubiésemos tomado nuestra merienda del medio día; añadiendo que, si decidíamos continuar sin detenernos, Gagaula estaba pronta á guiarnos. Eran las once, y le anuncia-



mos nuestra intención de proseguir la expedición sin demora alguna, advirtiéndole que, por si acaso nos deteníamos mucho en la cueva, llevaríamos algunas provisiones. En conformidad con nuestros deseos trajeron la litera de Gagaula al sitio en donde nos hallábamos, y la vieja, sin esperar ayuda de nadie, saltó de ella; entre tanto Foulata, obedeciendo mi indicación, colocaba en una cesta alguna carne seca y dos calabazas con agua. A cosa de cincuenta pasos á la espalda de las estatuas y enfrente de nosotros se levantaba un muro de roca, de unos ochenta pies de elevación, que inclinándose gradualmente iba á morir en la base del erguido y nevado pico cuya cima se remontaba á tres mil pies sobre nuestras cabezas. Enseguida que Gagaula se hubo apeado de su litera, nos dirigió una diabólica mueca, y apoyada en un palo, se encaminó hacia el muro. Nosotros la seguimos llegando en breve á una puerta abovedada que parecía la entrada de una galería en una mina.

Allí nos esperaba Gagaula, siempre con aquella mueca infernal en su horrenda cara.

—¿Estáis ya, hombres blancos de las estrellas, grandes guerreros, Incubu, Bougwan y Macumazahñ el sabio, dispuestos para seguirme? Vedme aquí pronta á cumplir los mandatos de mi señor el rey, y mostraros el depósito de las piedras brillantes.

—Estamos dispuestos,—le contesté.

—¡Bueno! ¡bueno! Fortalecéos el corazón para que soportéis lo que váis á ver. ¿No vienes también tú, Infadús, tú que hiciste traición á tu amo?



Infadús le contestó, frunciendo el entrecejo:

—No, no voy, no seré yo el que entre ahí. Pero ten la lengua y mira, Gagaula, lo que haces con mis señores. Tu propia persona me responderá de ellos, y si tratas de causarles ó les causas el menor daño, aunque seas cincuenta veces bruja, te mataré, ¿oyes?

—Te oigo, Infadús. Ya te conozco y sé que siempre fuiste aficionado á echar bravatas. Aún eras un chiquillo cuando amenazaste á tu propia madre; lo recuerdo, fué cosa de ayer. Pero no temas, no temas. Estoy aquí para cumplir el mandato del rey. Me he sometido á la voluntad de muchos reyes, Infadús, hasta que al fin ellos fueron los esclavos de la mía. ¡Já! ¡já! ¡Voy á verles las caras una vez más y veré también la de Twala! Adelante, adelante, aquí tenemos luz.

Y sacó una gran calabaza, llena de aceite y con una torcida de filamentos que llevaba oculta bajo su abrigo de piel.

—Foulata, ¿vienes con nosotros?—preguntó Good en su infame kukuano de cocina, en el que hacía notables progresos bajo la dirección de la joven.

—Tengo miedo, mi señor—contestó timidamente.

—Entonces dame la cesta y espéranos.

—No, mi señor, que á cualquier parte que vayas, te seguiré.

—¡Diablo con el *seguiré!*—pensé para mí.—Eso será algo más difícil el día, si al fin llega, en que salgamos de esto.

Sin otros preliminares Gagaula avanzó por la obs-

cura galería, bastante ancha para que pudiéramos marchar dos de frente, y guiados por sus voces, seguimos tras ella no del todo tranquilos y mucho menos al oír un repentino y ruidoso aleteo.

—¿Qué es ésto?—exclamó Good.—Alguien me ha pegado en la cara.

—Los murciélagos—le contesté.—¡Vamos! ¡Adelante!

Cuando hubimos dado unos cincuenta pasos, notamos que el pasaje se aclaraba débilmente, y, á poco, nos encontramos en un paraje tan maravilloso como jamás ojos humanos pudieron contemplar. Imagínase el lector la nave de grandiosa catedral, sin ventanas ni claraboyas en sus costados, pero misteriosamente iluminada por arriba (tal vez por ocultos tragaluces que, abiertos en la inmensa bóveda, suspendida á cien pies sobre nuestras cabezas, la ponían en comunicación con el aire exterior) y tendrá una idea del enorme tamaño de la cueva en donde nos encontrábamos, con la diferencia de que esta obra de la Naturaleza era más elevada y más grande que los templos fabricados por el hombre. Y lo estupendo de sus proporciones era la menor de sus maravillas, porque colgando desde el techo llegaban hasta el suelo, como gigantescos pilares de hielo, varias hileras de asombrosas estalactitas. Difícil me es describir la imponente belleza de aquellas columnas de blanco espato, que á veces medían nada menos de veinte pies en el diámetro de sus bases y subían majestuosas, al par que elegantes y delicadas, hacia la

distante bóveda. Otras aún estaban en formación semejantes á las rotas columnas de un templo griego. Pendientes del techo, colgaban sobre ellas enormes y puntiagudos cerriones, escasamente iluminados por ténue claridad. Y en tanto admirábamos las elevadas moles, el ruido de la gota de agua desprendida de su extremo, al caer en el truncado pilar, nos contaba el proceso de su formación. En algunos sitios estas gotas sólo caían una vez cada dos ó tres minutos, lo que daba datos para un curioso cálculo, ó sea determinar, dada la velocidad de la gotera, cuánto tiempo se necesitaba para la formación de una columna de ochenta pies de alto por diez de diámetro. La lentitud incalculable del proceso puede concebirse por el siguiente hecho. Descubrimos en uno de los pilares una figura, grosera representación de una momia, cerca de cuya cabeza se veía otra al parecer efigie de uno de los dioses egipcios. Estos dibujos estaban hechos á la altura en que un desocupado, bien sea trabajador fenicio ó inglés, tienen la costumbre de buscar la inmortalidad á expensas de las obras maestras de la Naturaleza, esto es, á cinco pies del suelo. Sin embargo la columna á la sazón, por lo menos tres mil años después que se hiciera aquel dibujo, no tenía sino ocho pies de alto y aún continuaba formándose como nos lo probaba la gota de agua que oíamos caer; por consiguiente, resultaba para la marcha de su crecimiento ¡un pie por mil años, ó una pulgada y dos líneas por siglo!

Algunas estalactitas afectaban caprichosas formas,

debida á la desviación de la gota de agua que las formaban. Unas semejaban enormes púlpitos rodeados de barandillas con primorosos calados; otras tenían el aspecto de extraños animales, y por último, las paredes de la cueva estaban decoradas con unos ramajes entrelazados y blancos como el marfil. En ambos lados de la nave principal abríanse cuevas más pequeñas, semejantes á las capillas de una catedral. Entre ellas habían una ó dos de diminuto tamaño, que, demostrando la estabilidad de las leyes que gobiernan á la Naturaleza, aparecían como verdaderas reducciones de la grandiosa nave.

No tuvimos tiempo bastante para examinar á nuestro gusto aquella maravillosa creación de la Naturaleza, porque Gagaula, indiferente á la belleza de las estalactitas y estalacmitas, deseaba concluir cuanto antes. Su diligencia me contrarió bastante, deseoso como estaba de averiguar de qué manera se iluminaba aquel sitio, como también ver si había sido utilizado en otro tiempo. Consolándonos con la idea de que á nuestro regreso podríamos examinarla con toda detención, seguimos á nuestro guía.

Encaminóse directamente hacia el fondo de la vasta y silenciosa cueva, en donde nos encontramos con la entrada de otro pasillo, no ya abovedado como el anterior y sí de techo plano y á escuadra, al estilo de los pórticos de los templos egipcios.

—¿Estáis preparados para entrar en la «Morada de la Muerte?»—nos preguntó Gagaula.

—No te detengas, Maçduff—contestó Good, so-

lemnemente, queriendo aparentar que no sentía el más leve temor, lo que en realidad fingíamos todos nosotros, excepto Foulata, quien se agarraba al brazo de nuestro amigo en busca de protección.

—Esto se vá haciendò muy lóbrego,—dijo sir Enrique, asomándose al obscuro pasadizo.—Quatermain, á la cabeza; «los más viejos caballeros, los primeros». No hagamos aguardar á la anciana *Señora*.

Y, echándose políticamente á un lado, me abrió campo para que pasara al primer puesto, honor que no le agradeci nada absolutamente.

Mientras tanto escuchábase el golpeo del bastón de Gagaula, que ya avanzaba por aquel pasillo con risotadas de poseída, y yo no me decidía á seguirla, dominado por inexplicable pero aterrador presentimiento.

—¡Vamos, adelante, mi viejo amigo!—exclamó Good, ó perderemos de vista á nuestra hermosa guía.

A tales palabras, dejando de vacilar penetré en la galería, y á los veinte pasos desemboqué en una sombría cripta de cuarenta pies de largo por treinta de ancho y treinta de alto, indudablemente abierta en la montaña por la mano del hombre, sabe Dios en qué remota edad. Esta cueva no estaba tan bien iluminada como la anterior, y á primera vista sólo pude distinguir una gran mesa sólida de piedra, que la atravesaba de un extremo á otro, con una colossal figura blanca á la cabecera y otras de igual color y tamaño natural á su rededor.

En seguida percibí un cuerpo obscuro sentado en el centro de ella, y apenas mis ojos se acostumbraron á lo turbio del lugar, ví lo que eran todas aquellas cosas, y retrocedí con cuanta velocidad me permitían mis piernas. No soy nervioso, y mucho menos dado á supersticiones, que mis años me han enseñado á despreciar; pero aquel cuadro, lo confieso sin rubor, dió al traste con mi filosofía, y á no ser porque sir Enrique me agarró por el cuello y me contuvo, creo honradamente que en mi arranque de estampía en cinco minutos me hubiera encontrado fuera de la cueva de las estalactitas, y nada, ni la oferta de todos los diamantes de Kimberley me hubiese inducido á volver. Mas su mano de hierro me sujetaba y hube de quedarme allí á la fuerza. Sin embargo, no tardó en ver á su turno; entonces soltóme y comenzó á enjugarse la sudosa frente. En cuanto á Good, renegaba entre dientes, mientras Foulata, abrazándosele muy apretada al cuello, gritaba despavorida.

Unicamente Gagaula reía con ruidosa y prolongada carcajada.

El espectáculo que teníamos á la vista no podía ser más espantoso. Al final de la larga mesa de piedra, con larga y blanca lanza en los desnudos huesos de su diestra, estaba la misma *Muerte*, representada por un esqueleto humano de quince pies ó más de altura. Por encima de su cabeza y en ademán de herir alzaba el arma; su huesuda mano izquierda se apoyaba sobre la mesa, en la posición que toma un

hombre al levantarse de su asiento, y su cuerpo se inclinaba sobre ella de manera que adelantaba hacia nosotros las angulosas vértebras y el descarnado rostro, al parecer, mirándonos con las vacías concavidades de sus ojos, mientras sus mandíbulas se separaban un poco como si fuera á hablarnos.

—¡Por el cielo!—pude al fin exclamar.—¿Qué es eso?

—¿Y qué son *estas cosas*?—dijo Gagaula—señalando á las figuras blancas que rodeaban la mesa.

—¿Y qué es aquéello?—preguntó también sir Enrique, indicando el obscuro cuerpo colocado en el centro de la mesa.

—¡Hi! ¡hil ¡hi! ¡Ay del que entra en la morada de la muerte! ¡Hil ¡hi! ¡hi! ¡ah! ¡ah!—exclamó Gagaula entre carcajadas.

—Ven, Incubu, el bravo en la batalla, ven y mira al que mataste.

La vieja lo cogió de la ropa, y tirando de ella lo llevó al centro de la mesa, adonde nosotros le seguimos. Al llegar á su borde se detuvo y tendió su flaco brazo en dirección de la obscura figura allí sentada. Sir Enrique la miró y dió un paso atrás lanzando una exclamación de sorpresa: aquéello no era otra cosa que el gigantesco cadáver de Twala, del último rey de los kukuanos, casi desnudo y con la cabeza que sir Enrique de un solo tajo derribara colocada sobre las rodillas. Sí, allí, con la cabeza sobre las rodillas, y las vértebras una pulgada fuera de las contraídas carnes de su cuello, aparecía un



toda su repugnante fealdad. Sobre su piel se extendía una película transparente y lustrosa, que le daba una apariencia aún más repulsiva; en los primeros momentos no supimos explicárnosla, pero habiendo observado que desde el techo caía al cuello del cuerpo una rápida gotera, cuya agua después de bañarlo enteramente se escapaba por un pequeño agujero abierto en la mesa, comprendimos lo que era. *El cuerpo de Twala se estaba transformando en una estalacmita.*

Una mirada á las blancas formas que rodeaban la mesa, comprobó esta aserción. Todas eran, ó mejor dicho, habían sido cuerpos humanos; pero ahora eran *estalacmitas*. Tal procedimiento, desde tiempo inmemorial, empleaban los kukuanos para conservar los cadáveres de sus reyes. Los petrificaban. No puedo decir si el método, suponiendo que lo tuvieran, consistía en algo más que exponerlos años y años bajo la gotera; pero lo cierto es que allí estaban duros como roca y cubiertos por un barniz de sílice. Nada más espantoso que aquella reunión de restos de reyes, envueltos en una capa, blanca cual nieve, al través de la cual se distinguían confusamente sus facciones, sentados alrededor de la sombría mesa, y presididos por la muerte. Su número ascendía á veintisiete y, suponiendo no faltara ninguno, porque varios habrían muerto en las guerras muy lejos de aquel lugar, y dando por término medio quince años de reinado á cada uno, resultaba que, como minimum de tiempo, hacía cuatro siglos se

seguía aquella práctica en el país. Pero la muerte colosal que ocupaba el puesto de honor, era mucho más vieja que eso, y no creo equivocarme al considerarla obra de la misma mano que modeló los «Silenciosos». Estaba perfectamente conservada, y como obra de arte era admirable, tanto en la concepción como en la ejecución. Good, perito en la materia, afirmó que no encontraba el menor error anatómico en el esqueleto, ni aún en los huesos de menor tamaño.

Pienso que este terrible objeto fué obra de la caprichosa fantasía de algún antiguo escultor y que su hallazgo sugirió á los kukuanos la idea de colocar á sus regios muertos bajo su temerosa presidencia ó quizá se colocó allí para asustar á los aventureros que intentaran llegar al tesoro escondido á sus espaldas. No sé. Todo cuanto está á mi alcance, es describirla como es; y el lector formará su propia conclusión.

## CAPITULO XVII

### EL TESORO

Mientras nosotros, dominando la terrible impresión que aquel lugar nos produjo, examinábamos las maravillas que lo ocupaban, Gagaula se empleaba en distinta operación. No sé cómo se había encaramado sobre la mesa y se acercó al cadáver de su

amigo Twala, sin duda para ver, según sugirió Good, cómo se iba «curtiendo», ó con algún otro horrible designio. Después, apoyada en su bastón, retrocedió, deteniéndose aquí y allá para dirigir expresiones que no pude comprender á cada uno de los petrificados cuerpos, exactamente con el tono que uno emplea al saludar á sus viejos amigos. Habiendo terminado esta misteriosa y horrible ceremonia, se puso en cucullas bajo la blanca Muerte, y comenzó, por lo que nos fué dable juzgar, á ofrecer sus oraciones. La vista de esta malvada criatura, dirigiendo sus súplicas, inicuas sin duda, al más implacable enemigo del género humano, era tan desagradable que nos obligó á precipitar y terminar nuestra inspección.

—Ahora, Gagaula—la dije en voz baja, pues en aquel sitio uno no se atrevía á hablar alto—condúcenos á la cámara de las piedras.

La vieja avanzó apresuradamente á gatas al borde de la mesa y se deslizó al suelo.

—¿Mis señores no tienen miedo?—preguntó mirándome de soslayo.

—Anda.

—Bueno, mis señores.

Y sin proferir otra palabra marchó hacia la espalda de la Muerte.

—Aquí está la cámara; sírvanse mis señores de encender la lámpara y entrar—y colocando la calabaza llena de aceite en el suelo, se recostó contra la pared de la cueva.

Saqué un fósforo, de los pocos que aún nos quedaban en una caja, encendí la ruda torcida, y entonces busqué con la vista la entrada; pero ningún paso se abría ante nosotros, la pared aparecía completamente unida. Gagaula hizo una mueca.

—¡La entrada está ahí, mis señores!

—No chancees con nosotros—le dije ásperamente.

—No me chanco, mis señores. ¡Mirad!

Y nos indicó la roca.

Al hacerlo, levantamos la lámpara y notamos que una parte de la roca de la pared se separaba lentamente del suelo, desapareciendo por la parte superior en el macizo que gravitaba sobre ella, en donde indudablemente existía una cavidad para recibirla. Tenía la anchura de una puerta de diez pies de altura y cinco de espesor. Lo menos pesaba de veinte á treinta toneladas, y su moción claro era que se verificaba por la aplicación de un simple principio de la balanza, probablemente el mismo que se emplea para abrir y cerrar algunas de nuestras ventanas modernas.

¿Cómo se ponía el mecanismo en movimiento? Ninguno de nosotros lo pudo averiguar; Gagaula tuvo especial cuidado en evitar que lo descubriéramos; pero tengo por seguro que había allí una sencilla palanca, que se movía apretando en algún punto secreto, y aumentando el peso del oculto contrapeso, determinaba la caída de éste, y por consiguiente, la suspensión de aquella enorme masa. Lenta y

suavemente continuó ascendiendo aquel trozo de roca, hasta que al fin desapareció por completo, dejando un obscuro hueco en el lugar que había ocupado.

Nuestra excitación, al encontrarnos con el paso franco á la cámara del tesoro de Salomón, fué tan intensa, que por mi parte empecé á temblar. ¿Sería, después de todo, la historia de los diamantes una pura fábula, ó el antiguo da Silvestre decía la verdad? ¿Estaban aún amontonadas en ese obscuro sitio aquellas incalculables riquezas, riquezas que nos convertirían en los hombres más acaudalados de la tierra? Lo íbamos á saber.

—Seguidme, hombres blancos de las estrellas—dijo Gagaula, internándose en el pasadizo y deteniéndose cerca de la entrada;—pero oíd antes á vuestra criada, á Gagaula la vieja. Las piedras relucientes que váis á ver, fueron extraídas del pozo á cuyo borde velan los «Silenciosos» y guardadas aquí en otros tiempos y por otros hombres que jamás he podido conocer. Desde que aquéllos, después de atesorarlas, las abandonaron en su precipitada fuga, una vez y no más el pie humano ha hollado este lugar. La noticia del tesoro se esparció y la tradición la ha traído hasta nuestros días; mas nadie supo dónde se encontraba ni el secreto de la puerta que lo guarda. Sin embargo, un hombre blanco, cruzando las nevadas montañas, vino al país—tal vez también «de las estrellas»—y el rey, á la sazón nuestro señor, él que se sienta allí (señalando al quinto en la mesa de los

muertos), lo recibió con hospitalidad. A poco el hombre, acompañado por una mujer de nuestra raza, vino á este sitio, y la mujer, por casualidad, descubrió el secreto de la puerta, secreto que vosotros no podréis encontrar aunque lo busquéis mil años; conocido el camino, ambos lo recorrieron, hallaron las piedras y el primero llenó con ellas un saco de cuero de cabrito en el que la segunda llevaba sus provisiones. Cuando se disponía á salir de la cámara, cogió una piedra más, una muy hermosa, y la retuvo en su mano.

Al llegar á este punto de su relación, Gagaula hizo una pausa, y yo, arrastrado por el interés que me dominaba, le pregunté:

—Y bien, ¿qué aconteció entonces á da Silvestre?

La repugnante vejancona se inmutó al oírme pronunciar este apellido.

—¿Cómo sabes tú el nombre del que murió?—preguntó vivamente.

Y sin esperar contestación, continuó:

—Nadie puede decir lo que le pasó; el resultado fué que el hombre blanco, atemorizado, dejó caer el saco en el suelo y huyó precipitadamente con la que tenía en la mano. El rey después se la quitó, y esa piedra es la misma que tú, Macumazahn, arrancaste de la frente de Twala.

—¿Ha entrado alguien más aquí?—pregunté asomándome al obscuro pasillo.

—No, mis señores. El secreto de la puerta ha pasado, con la mayor reserva, de rey á rey, quienes lo

han abierto sin cruzar jamás sus umbrales, porque una profecía dice que los que penetren en este lugar morirán en el plazo de una luna, como murió el hombre blanco, allá en la cueva, entre la nieve de la montaña, donde vosotros, Macumazahn, lo habéis encontrado. ¡Já! ¡já! Mis palabras no son engañosas.

Al proferir la última exclamación, mis ojos tropezaron con los suyos y su mirada me causó calofríos é indêfinible malestar.

—Pasad, mis señores. El saco lleno de piedras, que veréis en el suelo, os dirá si miento; y si también es cierto que el que traspasa este dintel camina á su muerte, más tarde lo sabréis.

Apoyada en su bastón y llevando la luz, desapareció en el sombrío pasillo. Confieso ingenuamente que vacilé en seguirla.

—¡Con mil legiones de diablos, adelantel! —exclamó Good.—No crea esa bruja del infierno que logra asustarnos.

Y seguido de Foulata, que el terror hacía temblar<sup>t</sup> entró á su vez tras Gagaula, ejemplo que seguimos sin tardanza.

A pocas varas de la entrada, Gagaula se había detenido; y al alcanzarla nos dijo levantando su lámpara:

—Según podéis ver, mis señores, los que pusieron sus tesoros aquí trataron de preservarlos contra cualquiera que descubriese el secreto de la puerta. Sin embargo, parece que en su precipitada fuga les faltó tiempo para terminar la obra.

Al decir esto nos indicó unos sillares que cerraban el camino, formando un muro de dos á tres pies de altura. A los lados se encontraban otros idénticos, convenientemente dispuestos para la continuación del trabajo y, lo más curioso de todo, una buena cantidad de mortero y dos llanas, que en cuanto permitió lo corto de nuestro examen, nos parecieron de igual forma y hechura á las usadas por los albañiles en la actualidad.

En este sitio la amedrantada Foulata, cuyo temor en nada había disminuído, nos dijo que sus temblorosas piernas se negaban á sostenerla y por lo tanto esperaría allí nuestro regreso. En efecto la sentamos sobre el inconcluído muro á fin de que se recobrara, y, dejando la cesta con las provisiones á su lado, unos quince pasos más nos llevaron junto á una puerta de madera, esmeradamente pintada. Estaba abierta de par en par. El último que estuvo en aquel lugar, fuera quien fuese, ó no tuvo tiempo para cerrarla ó se olvidó de hacerlo.

Pasado el umbral veíase por tierra un saco de cuero, hecho con la piel de un cabrito, y, al parecer, lleno de piedras.

—¡Ji! ¡Ji! Hombres blancos,—profirió Gagaula al iluminarlo los rayos de su lámpara.—¿No os dije que el hombre blanco que estuvo aquí huyó apresuradamente, tirando al suelo el saco de la mujer? Pues bien ¡vedlo ahí!

Good se inclinó al suelo y lo levantó. Era pesado, y al moverlo sonó su contenido



—¡Cuerpo de Dios! Creo que está repleto de diamantes—balbuceó.

En efecto, la idea de un pellejo de cabrito lleno de diamantes es suficiente para quitar el habla á cualquiera.

—Adelante—dijo sir Enrique con impaciencia.— Dame tú la lámpara.

Y quitándose la á Gagaula, cruzó el umbral.

Nosotros le seguimos, abandonando el saco de diamantes y nos encontramos en la recámara del tesoro de Salomón.

En el primer momento, á la mezquina luz de la lámpara, distinguimos una habitación abierta en la roca viva, aparentemente en cuadro con diez pies por lado. En seguida notamos, apilados hasta el techo, en magnífica colección, gran cantidad de colmillos de elefante. Imposible era calcular cuántos había, porque no sabíamos el número de rimeros ocultos detrás del primero; pero en éste se descubrían por lo menos los extremos de cuatro á cinco centenares de primera calidad. El marfil allí amontonado era suficiente para hacer la fortuna del hombre más ambicioso. Tal vez —pensé yo—este mismo depósito proveyó al sabio rey con el material necesario á la construcción de «su gran trono de marfil», de aquel trono que no tuvo ni ha tenido rival en reino alguno.

A la pared opuesta estaban también en rimeros una veintena de arquillas de regular tamaño pintadas de rojo,

—¡Ah! están los diamantes!—grité.—Traed la luz.

Sir Enrique lo hizo así, acercándola á una de las superiores, cuya tapa, deteriorada por el tiempo, á pesar de lo seco de aquel lugar, estaba rota, probablemente por la mano de Silvestre.

Introduje la mía por uno de los agujeros en ella abiertos y la retiré con un puñado, no de pedrería, pero sí de monedas de oro, cortadas en forma que nunca habíamos visto y estampadas en ambas caras con caracteres, al parecer, hebreos.

—¡Ah!—exclamé, volviendo las monedas á su sitio.—No nos iremos con las manos vacías.

Cada arquilla debía contener un par de millares de piezas y sumaban hasta diez y ocho. Supongo que este dinero se destinaba al pago de los trabajadores y comerciantes.

—Bien—dijo Good.—Pienso que esto es cuanto hay; no veo diamantes, á menos que el antiguo portugués los pusiese todos en ese saco.

—Busquen, mis señores, allí en donde está más obscuro, si quieren encontrar las piedras—dijo Gaggaula, quien, por nuestras miradas, comprendió lo que decíamos.—Allí mis señores verán, en un rincón, tres cajas de piedra, dos selladas y una abierta.

Antes de traducir su aserción á sir Enrique, no pude menos de preguntarla, cómo sabía tales cosas si nadie, después de Silvestre, había entrado en aquel lugar.

—¡Yal Macumazah, el que siempre está alerta—contestóme burlonamente.—¿Vosotros, los morado-

res de las estrellas, acaso no sabéis que hay ojos que ven á través de la roca?

—Curtis, busque en esa esquina—dije, indicándole el mismo sitio señalado por Gagaula.

—¡Hola! Muchachos, dí con un escondrijo. ¡Santos cielos! Miren aquí.

Corrimos hacia él y nos hallamos enfrente de un nicho abierto en la pared; en su fondo, pegadas á ésta se veían tres arquillas de piedra, cada una de dos pies cuadrados en la base y algo más de uno de altura. Dos estaban cubiertas con tapas de igual materia, la tercera tenía la suya á un lado.

—¡Miren!—repitió con voz enronquecida, paseando la lámpara por encima de la destapada arquilla.

Clavamos en ella nuestros ojos, y durante un momento, deslumbrados por los brillantes reflejos que los herían, no nos dimos cuenta de lo que veíamos.

Pasada la primera impresión, acostumbrados á las ráfagas que en un principio nos cegaron, reconocimos que la arquilla estaba en sus tres cuartas partes cuajada de diamantes en bruto, casi todos de considerable tamaño. Me incliné y cogí algunos. Sí, no cabía duda, tenían al tacto la inequívoca suavidad del jabón.

Los dejé caer, exhalé un profundo suspiro de satisfacción y exclamé:

—¡Somos los hombres más ricos del mundo! ¡Monte Cristo á nuestro lado es un pobrete!

—Vamos á inundar el mercado con diamantes,—añadió Good.

—Sí,—observó sir Enrique,—pero ante todo es preciso llevarlos á él.

Y mirándonos con el rostro pálido, y la linterna en alto sobre la fulgente pedrería, nos detuvimos indecisos, como si fuéramos malvados á punto de cometer un crimen, y no, cual pensábamos, los hombres más afortunados de la creación.

—¡Ji! ¡ji! ¡ji!—prorrumpió Gagaula, á nuestras espaldas, saltando de un lado á otro como aciago vampiro.—Ahí tenéis las piedras relucientes tan amadas por vosotros, hombres blancos, ahí tenéis tantas cuantas queráis; cogedlas, bañáos las manos en ellas, comedlas, ¡ji! ¡ji! bebedlas, ¡ja! ¡ja!

Sonóme tan ridículo aquello de comer y beber diamantes, que rompí á reir ruidosamente; y á mi ejemplo, mis compañeros también, aunque sin conocer la causa.

Permanecemos así, carcajada tras carcajada, enfrente de aquellas piedras preciosas, ya nuestras; piedras que hacía miles de años habían extraído pacientes mineros del gran pozo, y atesorado allí para nosotros, el superintendente de Salomón, cuyo nombre, no sería difícil representar los caracteres impresos en la amarillenta cera aún adherida á las tapas de las otras arquillas. Ni Salomón, ni David, ni da Silvestre, ni nadie lograron poseerlos. Nosotros los teníamos en nuestras manos. Sí, millones de pesos, en diamantes; y millares, en oro y marfil,

esperando solamente á que los sacáramos de aquel lugar.

Por fin terminó nuestro acometimiento de risa y cesaron las carcajadas.

—Abrid las otras, hombres blancos,—graznó Gaggaula.—En ellas hay de seguro más. ¡Saciad vuestro apetito, blancos señores!

Obediente á la indicación, tiré de las tapas de las restantes arquillas, después de romper, lo que me supo á sacrilegio, los sellos que las aseguraban.

¡Bravo! También llenas y hasta el tope, por lo menos la segunda. No en balde el malaventurado fidalgo henchía pellejos de cabrito con el contenido de ellas. La tercera estaba vacía en sus tres cuartas partes, pero en la del fondo se hacinaban piedras escogidas; la menor de veinte quilates, y algunas como huevos de paloma. Varios de estos solitarios, sin embargo, tenían, según observamos, acercándolos á la luz, aguas amarillas, que disminuían su mérito.

Y mientras tanto, lo que no observamos, fué la horrible mirada de odio con que nos miró la perversa vieja, al deslizarse, arrastrándose como un reptil, fuera de la recámara del tesoro y pasillo que á ella conducía.

Resonando en la abovedada galería llegan á nosotros atropellados gritos de espanto que nos hielan la sangre. ¡Es la voz de Foulata!

—¡Oh, Bougwan! ¡ven! ¡ayúdame! ¡la roca está bajando!

—¡Suelta, muchacha!... ¡Toma!

—¡Socorro! ¡socorro! ¡me ha dado una puñalada!  
Al oír los últimos alaridos corrimos á todo escape por el pasillo y he aquí el cuadro que la luz de la lámpara iluminó. La enorme roca que cierra la entrada descendía lentamente y sólo distaba tres pies del piso. Cerca de ella luchaban Gagaula y Foulata. La sangre de ésta bañaba su cuerpo y corría por sus piernas; pero aún la valiente joven agarraba á la bruja endemoniada que se revolvía furiosa, como un gato montés. ¡Ah! ¡al fin se libró de las manos que la aprisionan, Foulata cae, y Gagaula, echándose al suelo, ratea hacia afuera por el decreciente espacio que deja libre la enorme y pesada piedra. Está bajo ella, avanza y... ¡Oh, Dios! ¡le falta tiempo! ¡es demasiado tarde! La descendente mole la sujeta, la oprime y ella grita desesperada, presa de terror. Y baja más y más, y sus treinta toneladas presan y comprimen las secas carnes de la vieja contra la roca inferior. Chilla, como jamás he oído chillar; rechinan, crújenle los huesos y con un repugnante estallido, con un horroroso *crach*, cae la maciza compuerta y cierra herméticamente la salida, en el mismo instante en que llegábamos junto á ella.

Todo ocurrió en cuatro segundos.

Entonces acudimos á Foulata. La pobre muchacha había sido herida en el pecho y enseguida comprendí que le restaban pocos instantes de vida.

—¡Ah! ¡Bougwan, me muero!—exclamó débilmente la preciosa criatura.—Gagaula salió. Yo no la sentí, estaba medio desmayada... y la puerta em-

pezó á bajar; entonces volvió y miró hacia adentro... Yo la ví entrar; y la cogí, no la dejé escapar y me hirió, y me muero, Bougwan.

—¡Oh, Foulata! ¡Oh, Dios!—exclamó Good acogido estrechándola en sus brazos y cubriéndola de besos.

—¿Bougwan—preguntó la joven después de un corto silencio,—Macumazahn está aquí? Se ha puesto esto tan obscuro que ya no puedo ver!

—Aquí estoy, Foulata.

—Macumazahn, habla por mí, te lo ruego, porque Bougwan no puede entenderme, y quisiera, antes de callar para siempre, decirle unas palabras.

—Dilas Foulata, que yo se las repetiré.

—Di á Bougwan, mi Señor, que... le amo, y muero dichosa porque le amo sin esperanzas, que el sol no se aviene con la noche, ni el blancor con la negrura. Dile que muchas veces he sentido cómo si en mi pecho anidara un pajarillo, que algún día, tendiendo las alas volaría de él, para entonar sus gorjeos; aún ahora, ahora que no puedo levantar mi mano... y mi cabeza se enfría, no creo que mi corazón vaya á morir. Hay tanto amor en él que viviría mil años sin jamás envejecer. Dile que en la nueva existencia que me aguarda, quizá le encontraré en las estrellas, que... en todas le buscaré, aunque todavía, allá sea yo negra... y él sea blanco. Dile... no, Macumazahn, no le digas nada más sino que le amo... ¡Oh! Bougwan apriétame contra ti, no siento tus brazos... ¡Ayl ¡ay!

—¡Muerta! ¡muerta!—exclamó Good sollozando, mientras que las lágrimas corrían por su honrada cara.

—No sé por qué se toma la pena de entristecerse tanto, mi buen amigo—dijo sir Enrique.

—¡Eh! ¿qué quiere usted decir?

—Quiero decir que pronto estará usted en posición de reunirse con ella. ¿No ve usted que estamos enterrados vivos?

Hasta que sir Enrique pronunció estas palabras no me dí cuenta, preocupado con la agonía de la pobre Foulata, de los horrores de nuestra situación. Ahora los veía en su espantosa realidad. La pesada roca había caído, y á no dudar, para siempre; porque la única persona que conocía su secreto yacía aplastada bajo su enorme masa.

Por algunos minutos permanecimos inmóviles y aterrorizados junto al cadáver de Foulata. Nuestra energía parecía habernos abandonado. En el primer momento, la idea del lento y miserable fin que nos aguardaba, materialmente nos anonadó. Ahora lo comprendíamos todo; la malvada Gagaula, desde un principio, nos había preparado este lazo. Su espíritu infernal se gozaba con la asechanza que llevaba á perecer de hambre y de sed á los tres hombres blancos, á quienes odiaba mortalmente, en presencia del tesoro que ambicionaban poseer. Ahora también comprendíamos el inhumano sentido de sus escarnios al decirnos que comiéramos y bebiéramos diamantes. Quizás alguien trató de hacer la misma ju-



gada al antiguo fidalgo, cuando abandonó en su huida el saco de pedrería.

—El abatimiento no nos sacará del paso—dijo broncamente sir Enrique.—La lámpara pronto se extinguirá y, mientras dure, veamos si podemos dar con el resorte de la puerta.

De un brinco nos encontramos junto á ella, y pasando de extrema inercia á arrebatada actividad, comenzamos á tentar, chapoteando en un charco de sangre medio coagulada, arriba, abajo, á diestro y siniestro, la inmensa piedra que nos interceptaba el paso y los muros del pasillo, sin que descubriéramos un solo punto que cediera á la presión ó que nos alentara en la pesquisa.

—Es inútil—dije desanimado—no se puede abrir desde el interior. A ser así, Gagaula no se hubiera arriesgado á intentar su escape por debajo de la piedra. ¡Maldita sea!

—En todo caso—dijo sir Enrique, soltando una carcajada.—Su castigo no se hizo esperar; su agonía ha sido tan espantosa como la que aquí nos preparó. Nada podemos hacer en este sitio; volvámonos á la recámara del tesoro.

Nos dirigimos hacia ella, y á nuestro paso distinguí la cesta con provisiones que la pobre Foulata había traído. La recogí y llevé al mil veces maldito camarín, que iba á ser nuestro sepulcro. Después volvimos al pasillo, silenciosamente alzamos el cadáver de Foulata y lo condujimos al citado lugar, tendiéndolo en el suelo cerca á las arcas de mone-



das. En seguida nos sentamos, apoyando las espaldas en las tres cajas de piedra, depósitos de incalculables tesoros.

—Dividamos las provisiones—dijo sir Enrique—de modo que nos dure el mayor tiempo posible.

Hecho esto, resultaron cuatro raciones homeopáticas por boca, apenas lo suficiente para sostenernos un par de días. Además de la carne seca, teníamos dos calabazas con agua, cada una de un cuartillo.

—Y ahora—continuó nuestro compañero—comamos y bebamos.

Tomamos un pequeño pedazo de carne y un trago de agua. Escaso ó ninguno, como fácilmente se comprende, era nuestro apetito; pero estábamos muy débiles y aquellos bocados nos hicieron mucho bien. Reanimados por esta parca comida, nos levantamos, examinamos minuciosamente nuestro calabozo con la vaga esperanza de hallar una salida, y golpeamos las paredes y el piso. Nada sonaba á hueco. Así era de esperar en un sitio donde se amontonaban tantas riquezas.

La lámpara comenzó á vacilar. La grasa que la alimentaba casi se había consumido.

—Quatermain—preguntó sir Enrique,—¿qué hora es? ¿Va bien su reloj?

Lo saqué del bolsillo y lo miré. Eran las seis de la tarde.

—Infadús no nos abandonará—observé yo.—Al ver que no regresamos esta noche, vendrá á buscarnos mañana,

—Y nos buscará en vano. No conoce el secreto de la entrada, ni siquiera dónde se encuentra ésta. Ayer todo viviente lo ignoraba, excepto Gagaula. Hoy nadie lo sabe. El ejército entero de Kukuana sería impotente para romper esos cinco pies de granito. Amigos míos, no veo otro recurso que el de resignarnos con la voluntad del Todopoderoso que así lo dispuso. El correr ansiosos en pos de tesoros ha sido la perdición de muchos; nosotros aumentaremos el número.

Nuestra lámpara se extinguía; su llama oscilaba ligera en derredor del enrojecido pábilo.

De repente una viva llamarada iluminó la estancia, en todos sus detalles; los rimeros de marfil, las arcas de oro y á sus pies el cuerpo de la infeliz Foulata, el saco de diamantes, el deslumbrador centelleo de la pedrería y los pálidos rostros de tres hombres condenados á perecer de hambre.

Después volvió á abatirse y expiró.

## CAPÍTULO XVIII

¡SIN ESPERANZA!

No puedo expresar con palabras las angustias que nos atribularon durante la noche. Compasivo el sueño las mitigó á ratos, porque aún en circunstancias tan terribles como la nuestra, alma y cuerpo se rinden á las leyes de la Naturaleza. Sin embargo, no

pudimos dormir por mucho tiempo. Dejando á un lado la aterradora idea de nuestra inevitable y horrosa muerte (cosa que hubiera quitado el sueño, sin desdoro de su valor, al más bravo entre los bravos, y, por consiguiente, á mí, que nunca he tenido pretensiones de valiente), el silencio era demasiado profundo, demasiado sombrío para permitirnoslo.

Lector, acaso, despertando á media noche, lo llamado de la hora te haya oprimido el corazón; pero afirmo sin temor que no puedes tener idea cómo pesa y cómo ahoga en realidad el absoluto silencio. Sobre la haz de la tierra no todo duerme, y aunque duerma, respira y se agita en su sueño, y ese ruido de vida, por imperceptible que sea, desvanece lo abrumador del aislamiento, de la quietud absolutos. Mas allí nada vivía. Estábamos enterrados en las entrañas de un nevado picacho. Encima de nuestras cabezas, á millares de pies, -el viento arremolinaba los copos de blanca nieve, pero ni el más leve rumor alcanzaba á nuestros oídos. Separábanos un largo túnel y cinco pies de compacta roca de la tétrica morada de los muertos. Y los muertos guardan sempiterno silencio. El unísono estampido de cuanta artillería hay en la tierra y rayos guardan los cielos no hubiera traspasado las paredes de nuestra tumba. Estábamos fuera del alcance de los ecos del mundo, estábamos como si hubiéramos ya muerto.

Además, la ironía de nuestra posición me exasperaba. Allí, alrededor nuestro, se acumulaban te-

soros sin cuento, que harían la felicidad, no de unos aventureros, sino de un pueblo. Gustosos los hubiéramos trocado por la mínima probabilidad de salir á salvo. Pronto los cambiaríamos gustosos por un bocado de pan y un trago de agua, y después por el triste consuelo de terminar velozmente nuestros sufrimientos. Realmente la riqueza, objeto de la ambición y actividad de la vida entera del hombre, es, después de todo, una cosa sin valor.

—Good—dijo sir Enrique al cabo de prolongado callar: ¿cuántos fósforos le quedan?

—Ocho, Curtis.

—Encienda uno y veamos qué hora es.

Hízolo y la impresión de la viva llamarada casi nos cegó. Mi reloj marca las cinco. Los rayos del alba en este instante darían sus matices á las guirnaldas de nieve que coronaban el pico, y la brisa barrería las nocturnas brumas de sus flancos.

—Creo conveniente que comamos algo para conservarnos fuertes—dije.

—¿Y con qué objeto?—replicó Good.—Mientras más pronto concluyamos, tanto mejor.

—Mientras hay vida hay esperanza—observó sir Enrique.

En efecto, consumimos nuestra segunda ración de carne y agua y volvimos á callar hasta que uno de nosotros sugirió el acercarse á la puerta y gritar á voz en cuello, por si la suerte deparaba alguien que le oyese. En seguida Good, que, acostumbrado al mando de las maniobras en los barcos, poseía una

voz estentórea, puso en práctica la tan pobre tentativa, yendo al pasillo en donde, dando desaforadas voces, armó un ruido de mil demonios. Nunca oí tan tremendos gritos; pero para el resultado que obtuvieron fueron lo mismo que el zumbido de las alas de un mosquito.

Al cabo de un rato dejó quieta la laringe y, abandonando la empresa, regresó á nuestro lado en busca de agua para humedecerse la garganta. Esto nos disuadió de proseguir una experiencia que conspiraba contra nuestra corta reserva de agua. †

Por consiguiente, ocupamos nuestros asientos, al lado de las cajas de los inútiles diamantes, sumiéndonos de nuevo en aquella espantosa inacción, uno de los más crueles tormentos que pesaban sobre nosotros. Debo confesarlo, por mi parte me entregué á la mayor desesperación. Dejé caer la cabeza sobre el ancho hombro de sir Enrique y dí rienda suelta á mi llanto. También á Good, á lo menos si el oído no me engañó, se le hacían nudos en la garganta, al par que renegaba furioso de su propia debilidad.

¡Ah, cuán bueno y bravo estuvo el gran hombre! Si hubiéramos sido dos niños asustados y él nuestra ama, no hubiese mostrado más ternura. Olvidándose de sí mismo, apuró todos los recursos para tranquilizar nuestros exasperados nervios, refiriéndonos anécdotas de hombres que en circunstancias semejantes se habían libertado de un modo providencial. Cuando comprendió no lograba calmarnos nos

dijo que después de todo se reducía á anticipar un fin; el cual tarde ó temprano había de llegarnos; que pronto dejaríamos de sufrir y que la muerte por extenuación era muy dulce (lo cual no es cierto). Finalmente, con religiosa humildad, como ya en otra ocasión le había oído expresarse, nos dijo que debíamos confiarnos á la infinita bondad del Altísimo, lo que por mi parte hice con desusado fervor.

En aquel trance su alma mostró lo grande que era por lo sublime de su resignada tranquilidad y lo admirable de su fortaleza.

Transcurrió el día tan penosamente como la pasada noche; si en realidad se pueden emplear estos términos en donde reinaba perenne y completa obscuridad, y cuando quemé un fósforo para averiguar la hora, mi reloj marcaba las siete.

Por tercera vez, durante nuestro encierro, comimos y bebimos. Mientras tomábamos nuestro mezquino refrigerio me asaltó una idea.

—¿Cómo es que el aire—pregunté—se conserva puro en este sitio? Está espeso y pesado pero es respirable.

—¡Por el cielo—exclamó Good—no se me había ocurrido tal cosa! Es imposible que el aire se renueve por la entrada, la roca que la cierra no deja el más insignificante intersticio. Debe entrar por otra parte. Si no existiera corriente de aire nos hubiéramos asfixiado al entrar aquí. Registremos cuidadosamente por todas partes.

Maravilloso fué el cambio que este hábil visitante

bre de esperanza produjo en nosotros. Instantáneamente nos encontramos á gatas, á caza de la más insignificante corriente de aire. De pronto sentí una violenta conmoción. Había apoyado mi mano en algo frío. Sí, en la helada cara de la pobre Foulata.

Durante una larga hora perseveramos en este reconocimiento, palpando suelo y paredes, hasta que sir Enrique y yo, desalentados y estropeados por los innumerables golpes que recibíamos en nuestras cabezas al tropezar contra los colmillos, arcas y muros, renunciarnos á proseguir las pesquisas. Pero Good no se rindió, diciendo, entre serio y jovial, que aquello era mejor que no hacer nada.

Al poco rato oímos su voz que, con cierta emoción, decía:

—Camaradas, vengan aquí.

Inútil es afirmar que, echándonos á gatas, fuimos hacia él con la mayor presteza.

—Quatermain, ponga su mano aquí, donde está la mía. ¡Bien! ¿Siente usted algo?

—Paréceme que siento un ligero soplo.

—¡Ahora, escuchad!

—Púsose de pie, dió unas fuertes patadas sobre el mismo punto y un rayo de esperanza precipitó los latidos de nuestros corazones. ¡Sonaba á huecol

Con trémula mano encendí un fósforo de los tres que me restaban, y nos hallamos en la esquina más alejada de la recámara, hecho que explicó el no haber dado con el círculo resonante durante nuestro primero y cansado examen. A la luz del fósforo es-



—cudriñamos aquel sitio. Una grieta curva se marcaba en el sólido piso de roca y ¡Dios de bondad! encajado dentro de ella, sin interrumpir el nivel, un anillo de granito. Ni una palabra salió de nuestros labios, la emoción nos enmudeció. Good poseía una navaja que á su dorso tenía un gancho para arrancar las piedras de los cascos de los caballos, y abriéndola, comenzó con éste á escarbar en derredor del anillo con el objeto de engancharlo y poderlo levantar. Al fin consiguió agarrarlo y tiró suavemente de él, temiendo se le rompiese la herramienta. La argolla empezó á ceder, lo que nunca hubiera acontecido á ser de hierro, pues el orín la habría soldado firmemente en su encaje durante las treinta centurias que permanecía allí. Al cabo la levantó, y asiéndola con ambas manos, tiró hacia arriba con todas sus fuerzas, pero permaneció completamente inmóvil.

—Dejadme probar á mí—dijele impaciente.

La colocación de la argolla, en el mismo ángulo de la esquina, nos impedía unir nuestros esfuerzos. Cogila á mi vez y desplegué cuantas fuerzas Dios me diera, pero con idéntico resultado.

Llególe el turno á sir Enrique, y lo mismo.

Entonces Good, cogiendo de nuevo el gancho escarbó á lo largo de la grieta que daba entrada al aire.

—Ahora, Curtis—dijo,—agárrela bien y eche el resto; usted vale por dos. Espérese—y sacando un pañuelo de seda que, fiel á sus pulcros hábitos, llevaba consigo, lo retorció y pasó por la argolla.—

¡Quatermain, coja á Curtis por la cintura, y cuando dé la voz, á tirar con todo brío, que en ello nos va la vida! ¡Yal

Sir Enrique contrajo con terrible fuerza su vigorosa musculatura, y Good y yo pusimos en juego la que la Naturaleza nos había dado.

—¡Firme! ¡Firme, que cedel!—exclamó ahogadamente sir Enrique, y oí que las coyunturas de su ancha espalda le crujían.

Repentinamente escuchamos un sonido como de algo que se desgaja; en seguida una bocanada de viento, y allá fuimos los tres de espaldas al suelo con una gran losa encima de nuestros cuerpos. La fuerza de sir Enrique lo había hecho y nunca el poder muscular asistió á un hombre en situación tan apurada.

—Encienda un fósforo, Quatermain—dijo así que nos levantamos y cogimos aliento.—Pero tenga cuidado no se apague.

Así lo hice, y á nuestros ojos apareció—¡alabado sea el cielo!—el primer peldaño de una escalera de piedra.

—¿Y ahora, qué hacemos?—preguntó Good.

—Bajar la escalera y confiar en la Providencia.

—¡Aguardad!—añadió.—Quatermain, coja la poca agua y carne que nos queda, puede ser que nos haga falta.

Fuime á gatas á nuestro asiento, junto á las arquillas de diamantes, con el indicado propósito, y, al volverme, me ocurrió una idea. Durante las últimas

veinticuatro horas ni siquiera nos habíamos acordado de las valiosas piedras, que mirábamos con aborrecimiento como causa de nuestra malaventura. Pero pensé que nada malo hacía con meterme unas pocas en los bolsillos por si acaso lográbamos salir de aquella horrible caverna. En consecuencia metí la mano en la primera y llené los bolsillos de mi vieja chaqueta de caza, rellenándoles, lo que fué una feliz ocurrencia, con un par de buenos puñados de los enormes solitarios del tercer depósito.

—Oigan, camaradas, ¿no queréis llevar algunos diamantes? Yo tengo los bolsillos casi á reventar.

—¡Al diablo con los diamantes!—exclamó sir Enrique.—Ruego al cielo nunca más vuelva á poner los ojos en otros.

Good no contestó. Creo que en aquel momento daba su última despedida á los restos de la joven que tan tiernamente le amara.

Y por extraño que parezca á los que tranquilos en sus hogares piensen en los inmensos tesoros que con tanta indiferencia abandonábamos, no dudo en afirmar que ellos mismos, en iguales circunstancias, después de haber pasado veintiocho horas en aquel encierro espantoso, casi sin tener que comer ni beber, obrando de idéntica manera, no se hubieran acordado de aquellas piedras, ni con ellas se hubiesen embarazado, al arriesgarse en las entrañas de la tierra huyendo los horrores de la muerte por hambre y sed. Si así no aconteció conmigo, débolo al hábito y no á la reflexión, que es en mí instinti-

vo á causa de lo mucho que en la vida lo he practicado, nunca dejar detrás cosa alguna de valor cuando me asiste la más remota esperanza de salir con ella á flote.

—Venga, Quatermain—dijo sir Enrique, ya de pie en el primer escalón.—Agárrase bien y sígame. Yo iré delante.

—Vea donde pone los pies—le advertí,—debe abrirse algún hoyo profundísimo bajo nuestras plantas.

—Lo más probable es que sea otra cueva—repliqué, mientras descendía lentamente contando las gradas.

Al decir «quince» se detuvo y exclamó:

—Aquí concluye. ¡Gracias al cielo! Creo que estamos en una galería. ¡Bajad!

Good seguía á sir Enrique, yo cerraba la marcha, y al reunirmeles, encendí uno de los dos fósforos que nos quedaban. A su luz pudimos ver nos hallábamos en un estrecho túnel que corría á derecha é izquierda de la escalera. Antes de hacer mayor reconocimiento el palillo del fósforo me quemó los dedos y se consumió. Presentóse entonces una delicada cuestión ó sea la de discernir en qué sentido debíamos dirigirnos. Ni sabíamos lo que el túnel era, ni adonde se encaminaba, y, sin embargo, por un lado podría llevarnos á salvo y por otro á la perdición. Estábamos en extremo perplejos, cuando súbitamente Good recordó que al arder el fósforo la flama se inclinó á la izquierda.

—Avancemos contra la corriente—dijo.—El aire circula de afuera hacia adentro, no al contrario.

Aceptamos el razonamiento, y arrimándonos á las paredes, tanteando el terreno con los pies, antes de asentarlos de firme, nos alejamos del maldito tesoro, en nuestra arriesgada tentativa de evasión. Si llega el día en que hombre alguno entre en aquel lugar, lo que no creo que acontezca jamás, en él encontrará, como recuerdo de nuestra estancia allí, las arcas abiertas, la apagada lámpara y los blancos huesos de la desventurada Foulata.

Al cuarto de hora de caminar á tientas, la galería cambió bruscamente de dirección, ó, mejor dicho, desembocó en otra, que seguimos para al poco tiempo dar en una tercera. Así, de galería en galería, anduvimos sin detenernos por espacio de varias horas. Parecía que vagábamos por interminable laberinto. No puedo decir qué fueran aquellos túneles; pero supusimos eran las antiguas vías de una mina, cuyos ramales se abrían aquí y allá en el sentido de las vetas, única cosa que daba explicación á lo excesivo de su número.

Cansados y completamente abatidos nos detuvimos, y, sentándonos en el suelo, terminamos con nuestras últimas y bien cortas raciones de carne y agua. La esperanza nos iba abandonando y ya empezábamos á creer que huímos de la muerte en la tenebrosa recámara para agonizar en las no menos tenebrosas galerías.

Mientras dominados por tan sombría idea y ente-

ramente desalentados, descansábamos allí, parecióme oír un débil rumor hacia el cual llamé la atención de mis compañeros. Era apenas perceptible, parecía venir de muy lejos; pero al fin era un sonido, un murmurio constante que los demás oyeron también, y no tengo palabras para describir la emoción de placer que nos produjo al interrumpir el perenne y horrible silencio que hasta entonces nos había rodeado.

—¡Por el cielo! Es agua corriente—exclamó Good.

—¡Partamos!

Guiados por el oído, emprendimos de nuevo la marcha hacia el lugar de donde venía aquel vago rumor, palpando las paredes con las manos y sin olvidar ninguna de las precauciones que antes tomáramos.

A medida que caminábamos más y más perceptible se hacía, hasta que por fin resonó con bastante fuerza en el callado recinto, y pudimos percibir claramente el correr tumultuoso de las aguas. Seguimos avanzando y ya debíamos estar muy cerca de su curso: Good, nuestro guía entonces, juraba que sentía humedad.

—Vaya con cuidado, Good—dijo sir Enrique.— Debemos estar en los bordes de un torrente.

Aún no había concluido de decirlo, cuando llegó á nuestros oídos el ruido de un cuerpo al chocar con el agua y un grito de nuestro amigo.

Se acababa de precipitar en la invisible corriente:

—¡Good! ¡Good!—gritamos consternados:

Felizmente nos tranquilizó, contestándonos con sobresaltada voz:

—No hay novedad; he logrado aferrarme de una roca. Enciendan un fósforo para ver donde estamos.

En seguida quemé el último que nos quedaba. A su escasa claridad descubrimos una oscura masa de agua que corría precipitadamente á nuestros pies. No pudimos percibir la anchura de aquel río subterráneo, pero sí el bulto de nuestro amigo, asido á una roca que se levantaba sobre el nivel de su impetuosa corriente.

—Estad prestos á darme una mano—gritó Good. —Voy á nadar hacia ustedes.

Acto continuo se echó al agua, nadó vigorosamente, y no había transcurrido un minuto cuando se cogía de una de las extendidas manos de sir Enrique y con nuestro auxilio ponía los pies en seco.

—¡Por mi nombre!—exclamó entre resuello y resuello.—Eso fué caer y largarse á toda prisa. Si no me agarro á la roca y si no sé nadar, aquí echo ancla para siempre. Corre como un vendaval y no pude tocar fondo.

Claro era que por allí se nos cerraba el camino; así es que después de beber á nuestro gusto de las frescas y dulces aguas de aquel río subterráneo y de lavarnos manos y caras, que bien lo necesitaban, abandonamos las orillas de aquel Leteo africano, contramarchando por el camino que á él nos condujera. Al cabo de algún tiempo llegamos á la boca de un ramal que se dirigía á nuestra derecha.

—Ninguna razón tenemos para preferir uno al otro—dijo sir Enrique desalentado.—Todos los caminos aquí son idénticos; sigamos por este hasta que podamos.

Con lento y vacilante paso, y por largo tiempo, avanzamos completamente cansados por el nuevo túnel. Ahora sir Enrique iba á la cabeza.

De repente se detuvo y tropezamos con él.

—¡Mirad!—murmuró.—¿Es aquello una luz ó empieza á desvariar?

Miramos con la mayor atención, y sí, allá lejos, descubriase una tenue claridad. Sólo ojos que, como los nuestros, hubieran estado dos días en las más profundas tinieblas, habrían podido percibir aquel vago rastro de luz.

Se nos escapó una exclamación de alegría y marchamos hacia ella con cuanta velocidad permitían nuestros maltratados miembros. Ya no teníamos duda. Habíamos dado con una especie de respiradero. Un minuto después el soplo del aire, del aire libre, acarició nuestros rostros. Apresuramos el paso aún más. De pronto el túnel comenzó á estrecharse. Sir Enrique tuvo que arrastrarse de rodillas; nosotros lo mismo, y todavía siguió disminuyendo hasta reducirse á las dimensiones de la cueva de una zorra de buen tamaño. Pero era ya tierra, ¡tierra! La roca había terminado.

Primero á gatas, luego á rastra como culebras, ensanchando el paso con manos y uñas y forzando el cuerpo con el empuje de sus vigorosas piernas,



salió sir Enrique. Tras sus talones, Good; y juntos con los de éste, yo, encontrándonos bajo el hermoso cielo con sus brillantes estrellas, y aspirando con delicia el aire, el aire embriagador de la montaña. Pero nos embargaba aún la primera emoción, cuando el terreno cedió á nuestro peso, y allá fuimos rodando los tres por encima de hierbas, arbustos, y blanda y húmeda tierra.

Maquinalmente me así de unas plantas, detuve mi caída y llamé á gritos á mis compañeros. A mis voces contestó enseguida sir Enrique, cuyo rápido descenso había interrumpido una pequeña eminencia, exactamente debajo del lugar en que me hallaba. Bajé á unirmele y le encontré sin daño alguno, pero muy agitado. Entonces ambos nos dedicamos á buscar á Good, á quien descubrimos no lejos de allí, enredado en unas grandes raíces. Estaba aturdido por algún golpe en la cabeza; pero no tardó en reponerse.

Nos sentamos sobre la hierba, y creo que en nuestra alegría, hasta gritamos como unos locos. Por fin habíamos escapado de aquel espantoso encierro, que nos estaba destinado para sepulcro. No cabía duda. La Divina Providencia nos guió á la cueva de chacal—que así lo parecía—en donde terminaba el último ramal que recorrimos. A poco el alba, cuyos suaves rayos no esperábamos tornar á ver, pintaba con rosada tinta las cumbres de los altivos picachos.

Creció la luz y notamos que habíamos ido á parar al fondo, ó para mayor verdad, cerca del fondo de

la inmensa excavación abierta á la entrada de la cueva, desde donde distinguimos las obscuras formas de los tres colosos que sus bordes sustentaban. No cabía duda, aquellas obscuras galerías, en que erramos la noche entera, habían estado primitivamente relacionadas con la gran mina de diamantes. En cuanto al río subterráneo que se precipitaba por las entrañas de la tierra, Dios y sólo Dios sabe lo que era, de dónde nacía y en dónde terminaba. Por mi parte ningún deseo tenía de averiguar su curso.

Entre tanto iba aumentando la claridad. Pudimos vernos mutuamente, y nunca, antes ni después, he presenciado espectáculo como el que presentábamos. Las mejillas, pálidas y enflaquecidas; los ojos, ojerosos y hundidos; cubiertos de polvo y lodo, llenos de arañazos, ensangrentados y con el espanto de la horrible muerte, que por tanto tiempo nos había amenazado, aún marcado en nuestros semblantes, ofrecíamos un aspecto capaz de hacer retroceder á la misma luz del día. Y, sin embargo—por asombroso que parezca, es un hecho real y positivo—el lente de Good permanecía perfectamente acomodado delante de su ojo derecho. Ni las lágrimas vertidas sobre el cadáver de Foulata, ni las que le arrancara la desesperación, ni los trópezones en las tinieblas, ni la zambudilla, ni el despeñamiento fueron suficientes á separar á Good de su vidrio.

Recuperados un poco, nos levantamos temiendo que si continuábamos sentados se nos entumecieran las piernas, y comenzamos á escalar penosamente

las inclinadas paredes del enorme pozo. Por una hora, agarrándonos de los arbustos, haciendo hincapié en cuanta aspereza ó raíz encontrábamos en nuestro camino, que por fortuna abundaba en esta clase de asideros y apoyos, fuimos elevándonos hacia el borde.

Al fin pusimos los pies sobre él y nos hallamos en el gran camino, en el lado diametralmente opuesto á los «Silenciosos».

A orilla del camino y á unas cien varas de nosotros ardía una gran hoguera delante de un grupo de chozas y á su rededor se veían varias personas. Nos encaminamos hacia ellas, sosteniéndonos unos á otros y parándonos cada seis ó siete pasos, obligados por el cansancio. Estábamos ya cerca, cuando uno de los que rodeaban el fuego se puso de pie, nos vió, y volvió á echarse al suelo dando gritos de pavor.

—¡Infadús, Infadús! Somos nosotros, tus amigos. Levantóse y corrió hacia nosotros, mirándonos con ojos espantados, y sin tenerlas todas consigo á juzgar por lo trémulo de sus carnes.

—¡Oh, mis señores, mis señores! ¡Sois realmente vosotros, que volvéis del mundo de los muertos!...

Y el viejo guerrero, echándose á nuestras plantas, estrechó entre sus brazos las rodillas de sir Enrique, llorando de alegría.

## XIX

## LA DESPEDIDA

Diez días después de aquella mañana tan llena de emociones, nos encontrábamos otra vez en nuestro antiguo alojamiento en la ciudad de Loo. Aunque suene á exageración, sin otros rastros de nuestras terribles sensaciones que lo cano de mi cabello tres veces más blanco á la salida que á la entrada de la cueva, y cierta tristeza en la honrada cara de Good, quien, al parecer muy impresionado por la muerte de Foulata, no volvió á ser el jovial camarada de antes. Y aquí, en obsequio á la verdad, debo confesar, mirando los hechos con toda la experiencia de mis años, que su muerte fué un infortunio feliz, pues á no ocurrir, sabe Dios las complicaciones que se hubieran presentado. La desgraciada criatura no era una indígena vulgar. Al contrario, su belleza era admirable y no menos admirables las galas de su ingenio. Pero ni una ni otras podían justificar, y menos hacer deseable, un enredo entre ella y Good; porque según dijo la pobre en sus últimos momentos, «el sol no se aviene con la noche ni el blancor con la negrura.»

No creo necesario advertir que no volvimos á penetrar en la antecámara del tesoro de Salomón. Recuperadas nuestras fuerzas, lo que exigió cuarenta

y ocho horas de continuado descanso, descendimos al gran pozo con la esperanza de descubrir el agujero por el cual salimos de las entrañas de la tierra, pero nuestra diligencia no tuvo éxito. En primer lugar unos fuertes aguaceros habían borrado completamente la pista que nuestro paso dejara y, para mayor confusión, las paredes de la inmensa concavidad estaban materialmente hechas unas cribas por las garras y dientes de los osos hormigueros y otros animales que en ellas se abrían sus refugios. Era imposible averiguar á cuál de ellos debíamos nuestra salvación. También la víspera de nuestro regreso á Loo, hicimos un examen minucioso de la cueva de las estalactitas, é incitados por invencible curiosidad cruzamos el dintel de la Morada de la Muerte. Una vez allí, pasamos bajo la lanza del gigantesco esqueleto, y contemplamos, con sensaciones que no son fáciles de trasladar al lenguaje, la masa de roca que nos había separado del mundo de los vivos; pensando al mismo tiempo en los tesoros sin cuento que defendía, en la misteriosa y horrible vieja sobre cuyos aplastados miembros descansaba, y en la graciosa doncella á cuyo sepulcro servía de muda lápida. Y digo contemplamos la «roca» porque por más que buscamos **no** nos fué posible distinguir las junturas de la puerta, y mucho menos, no obstante una hora de cuidadosa pesquisa, el dar con el secreto para siempre perdido, que la ponía en movimiento. En verdad aquel maravilloso mecanismo por su consistencia é inescrutable sencillez era un

precioso ejemplar de la edad que lo produjo y dudo que haya en el mundo otro igual.

Por fin defraudadas nuestras tentativas, abandonamos contrariados tal empeño, aunque dudo que, si la puerta nos hubiera franqueado de repente el camino, nos asistiera suficiente valor para pasar sobre los aplastados restos de Gagaula y entrar de nuevo en la antecámara del tesoro, así nos esperaran cuantos diamantes encierra el universo. Y por otro lado, bien podía haberme desesperado á la idea de abandonar toda aquella fortuna, la mayor que en la historia del mundo se ha acumulado en un lugar, porque nada, absolutamente nada, hubiera remediado. La dinamita era lo único capaz de forzar aquella barrera de compacta roca, y ésta no estaba á nuestro alcance. Tal vez, en algún lejano siglo un explorador más afortunado descubra su «Abrete Sésamo» é inunde el mundo con diamantes; pero lo dudo. No sé por qué, mas algo me dice que las valiosas piedras hacinadas en las tres arquillas jamás brillarán al alrededor del cuello de una beldad terrenal. Los huesos de Foulata y ellas seguirán allí tranquilos hasta el fin de los siglos.

Algo mohinos por nuestro chasco, regresamos á las chozas, y al siguiente día emprendimos la vuelta á Loo. En el fondo, era una verdadera ingratitud contra la suerte el andar mohino. Como el lector recordará, yo tuve la feliz precaución de atestarme los bolsillos de mi chaqueta de caza con los apetecidos diamantes en el momento mismo de abandonar

nuestra prisión. Algunos se nos escurrieron mientras rodé por la escarpa del gran pozo, y desgraciadamente de los mayores, que fué los que puse encima de todos; pero, relativamente hablando, salvé una enorme cantidad, en la cual se encontraban diez y ocho hermosos solitarios, que contaban de treinta á cien quilates. Así, pues, mi vieja prenda aún valía un caudal, que si no alcanzaba á convertirnos en millonarios, por lo menos sí en hombres ricos; pudiendo además conservar las piedras necesarias para engalanarnos con los tres mejores juegos de gemelos que hubiera en Europa.

A nuestra llegada á Loo fuimos cordialmente recibidos por Ignosi, á quien encontramos muy ocupado en consolidar su reciente poder y en reorganizar los regimientos que habían salido en cuadro de la obstinada y mortífera contienda, que lo elevaron al trono.

Escuchó con marcadísimo interés la relación de los maravillosos sucesos que nos acontecieron, y cuando llegamos al episodio del espantoso fin de Gaggaula, se quedó muy pensativo.

—Ven aquí—dijo en alta voz, dirigiéndose á un anciano induna (consejero), que con otros se sentaba en torno del rey, pero fuera del alcance de nuestras palabras.

El viejo dejó su puesto, se acercó, y después de saludar respetuosamente, tomó asiento.

—Tu tienes muchos años—dijole Ignosi.

—Sí, mi rey y señor.

—Dime: ¿Cuando eras muchacho, conociste á Gaggaula, la doctora de las brujas?

—Sí, mi rey y señor.

—¿Y cómo era ella entonces; joven como tú?

—¡No, mi rey y señor! Entonces, como ahora, era vieja, arrugada, seca, muy fea y perversa.

—Ya no lo es; ha muerto.

—¡Oh, rey! Entonces la tierra se ha librado de una calamidad.

—¡Vete!

—¡Kum! Voyme, negro cachorro, el que despedazó la garganta al viejo perro, ¡kum!

—¿Lo habéis oído, hermanos míos? Esa mujer era una criatura extraña, y me regocijo de que haya muerto. Ella os hubiera dejado perecer en la negra prisión y quizá hubiese encontrado medio de asesinarme, como lo halló para hacer matar á mi padre y colocar sobre su trono á Twala, al amado de su corazón. Ahora continuad vuestra historia. Seguramente no hay otra que la iguale.

Terminada la narración de nuestra arriesgada escapatoria, aproveché la oportunidad, según teníamos acordado, para hablarle de nuestra partida de la tierra de Kukuana.

—Y ya es hora, Ignosi, de que te demos nuestro adiós y caminemos en busca de nuestra propia patria. ¡He aquí que tú viniste acompañándonos como sirviente, y te dejamos rey poderoso! Si nos estás agradecido, nunca olvides lo que nos prometiste: gobernar con justicia, respetar las leyes y no conde-



nar á muerte sin causa que lo exija. Así prosperarás, y serás amado y bendecido por tu pueblo. ¿Mañana al rómper el día nós darás, Ignosi, una escolta que nós acompañe y conduzca al otro lado de la montaña? ¿No lo harás así? ¡Oh, rey!

Ignosi se cubrió el rostro con ambas manos y permaneció silencioso por un rato antes de contestarnos.

—Me duele el corazón—dijo al fin.—Tus palabras lo han atravesado como si fueran afilado cuchillo. ¿Incubu, Macumazah y Bouhwan, qué mal os he hecho para que queráis apartaros de mí, dejándome desolado? ¿Vosotros que estuvísteis junto á mí en la rebelión y en el combate, me abandonáis en el día de paz y de victoria? ¿Queréis esposas? ¡Elegidlas entre las más bellas de mi pueblo entero! ¿Un lugar dónde vivir? Vuestra es cuanta tierra abarcáis con la mirada. ¿Casas como la de los hombres blancos? Enseñad á mi pueblo como se construyen y él os las construirá. ¿Ganado que os de carne y leche? Cada hombre casado os traerá un buey ó una vaca. ¿Fieras que cazar? ¿Acaso el elefante no vaga por mis bosques y el caballo de los ríos (el hipopótamo) no duerme en los juncas? ¿Queréis combatir? Mis impis (regimientos) esperan vuestro mandato. Si todavía hay algo que os pueda dar, decídmelo y lo tendréis.

—No, Ignosi,—le contesté,—no ambicionamos nada de eso. Queremos regresar á nuestros hogares.

—Ahora comprendo,—replicó amargamente y con

los ojos chispeantes.—Os llevan esas piedras relucientes que amáis más que á mi, vuestro amigo. Ya las tenéis; ahora queréis iros á Natal, cruzar las inquietas aguas y venderlas para enriqueceros. ¡Único anhelo del corazón del blanco! ¡Malditas sean esas piedras y maldito el que las busque! ¡Muera el que, por ellas atraído, ponga sus pies en la Morada de la Muerte! Nada tengo ya que deciros, hombres blancos; podéis partir.

Puse mi mano sobre su brazo y le dije:

—Ignosi, contéstame: cuándo vagabas por los campos del Zulú, y entre los hombres blancos de Natal, ¿tu corazón no te arrastraba hacia la tierra de que tu madre te hablara, en donde viste la luz del día y jugabas cuando pequeñuelo, la tierra en donde estaba tu hogar?

—Sí, Macumazahn, así era.

—Pues de igual manera, nuestro corazón nos arrastra á nuestra tierra, al lugar donde nacimos.

Sucedió un momento de silencio. Cuando Ignosi lo rompió, su tono era bien distinto.

—Bien veo que tus palabras, Macumazahn, ahora como siempre, son sabias y justas. El que hiende los aires no desea arrastrarse por el suelo. El blanco no quiere vivir al nivel del negro. Sea, os iréis. Mi corazón os llorará por muertos que en realidad morís para mí, porque jamás volveré á oír hablar de vosotros. Pero oídme y llevad á todos los blancos mis palabras. Ningún otro hombre de vuestro color atravesará las montañas, si es que no pierde la vida an-

tes de que las logre pisar. No quiero ver un solo traficante con sus fusiles y su ron. Mi pueblo combatirá con sus lanzas y beberá agua como sus padres, y los padres de sus padres. No consentiré que persona alguna, ocultando mundanas miras con palabras del cielo, venga aquí á enseñarle la servidumbre para con ellos, y la rebelión para con el rey, preparando el terreno á los ambiciosos blancos de quienes son los precursores. Si un hombre de vuestra raza llama á mis puertas, le haré desandar su camino; si vienen ciento los rechazaré; si llega un ejército lo combatiré con todas mis fuerzas y no prevalecerá contra mí. Nadie venga en busca de las piedras relucientes; no, ni aún con un ejército, porque si así fuera, mandaría un regimiento para que cegase el gran pozo, derribase las columnas de la cueva y rellenase esta con roca, de modo que nadie pueda siquiera llegar á la puerta de que me habéis hablado, cuyo secreto se ha perdido para siempre. Pero para vosotros tres, Incubu, Macumazah y Bougwan, el camino jamás se cerrará; porque, sabedlo, os amo más que á todo cuanto respira. ¡Sin embargo me dejáis!

—Infadús, mi tío y mi induna os acompañará con un regimiento. Hay, según he sabido, otro camino que cruza las montañas; él os lo mostrará. ¡Adiós, hermanos míos, valientes blancos! ¡No me veáis más porque mi corazón no lo resiste! Atended: mandaré, y mi mandato se hará público de montaña á montaña, que vuestros nombres, Incubu, Macumazah y Bougwan, sean como los nombres de los re-

yes muertos, y el que los pronuncie, morirá. Así vuestra memoria vivirá eternamente en nuestra tierra.

Idos ahora, antes que mis ojos se deshagan en llanto como los de una mujer. Allá, cuando volviendo la vista atrás miréis á la senda por donde habéis marchado, ó cuando, ya viejos, os reunáis y acurriquéis delante del fuego, porque el sol no calienta vuestra sangre, recordaréis cómo, hombro contra hombro, peleamos en aquella gran batalla, que debo á tus sabias palabras, Macumazahn. ¡Cómo marchabas á la cabeza de aquella ala que hirió de muerte á Twala por el flanco, Bougwan! Mientras tú, Incubu, en el centro de los Grises, te abalanzabas sobre los enemigos, que caían bajo tu hacha como las mieses al golpe de la hoz; sí, y cómo domaste la fiereza del salvaje toro (Twala), y abatiste su orgullo. ¡Adiós para siempre, Incubu, Macumazahn y Bougwan, mis señores y mis amigos!

Se puso de pie, nos miró fijamente con elocuente angustia por algunos segundos, y en seguida se echó sobre la cabeza una punta de su zamarra para ocultarse el rostro.

Entonces nos alejamos cabizbajos y silenciosos.

A la siguiente mañana, y con los rayos del alba, salimos de Loo en compañía de nuestro viejo amigo Infadús, quien estaba desconsolado por nuestra partida y del regimiento de los Búfalos, que nos servía de escolta. No obstante lo temprano de la hora, la avenida principal de la población, de un extremo á

otro y por ambos lados, estaba materialmente cuajada de un gentío que nos honró con el saludo real á medida que desfilábamos á la cabeza del regimiento, mientras las mujeres, colmándonos con sus bendiciones por haber librado su tierra del tirano y cruel Twala, cubrían con espesa alfombra de flores el camino que seguíamos. En realidad, el espectáculo fué conmovedor y muy distinto de lo que uno está acostumbrado á ver entre los indígenas.

Un incidente muy jocoso, sin embargo, vino á turbar la seriedad del momento y á provocar nuestra dormida risa.

Ya á la salida de la población, una agraciada joven se nos acercó presurosa con un precioso ramo de fragantes azucenas, que presentó á Good (en general todas se aficionaban á nuestro amigo, á mi parecer, atraídas por su lente y solitaria patilla, que le daban cierta belleza), diciéndole que quería pedirle una merced.

—Habla.

—Mi señor, te suplico muestres á tu criada tus hermosas piernas blancas para que las pueda contemplar, recordarlas los días de su vida y hablar de ellas á sus hijos. Tu criada ha caminado sin sosegar cuatro soles para verlas, porque la fama de ellas está en todas las bocas, de un lado al otro de nuestra tierra.

—¡Que me cuelguen si hago tal!—exclamó Good impaciente.

—¡Vamos, vamos! mi querido amigo—dijo sir En-

rique.—No debe usted resistirse á los ruegos de una señorita.

—No y mil veces no—replicó con obstinación.—Eso es una indecencia.

Sin embargo, al fin hubo de ceder y se remangó los pantalones hasta las rodillas en medio de las entusiastas aclamaciones de la multitud de mujeres que nos rodeaba, y especialmente de la complacida joven, viéndose obligado á seguir en tal guisa hasta llegar á las afueras de la población.

No creo que las piernas de Good vuelvan á producir semejante admiración. Sus maravillosos dientes, y aún su «transparente ojo», llegaron en cierto modo á vulgarizarse; pero sus piernas, jamás.

Durante la jornada, Infadús nos dijo que había otro paso en las montañas, al Norte del gran camino de Salomón, ó mejor dicho, que había un lugar por donde se podía atravesar la escarpada y altísima muralla que se alzaba entre el desierto y Kukuana. Según parece, dos años antes varios cazadores kukuanos habían descendido por este sitio al seco arenal en busca de avestruces, cuyas plumas eran muy estimadas para sus penachos de guerra, y en la carrera, alejándose de la cordillera, se encontraron muy apurados por la sed. En tales circunstancias, descubrieron una arboleda en el horizonte, caminaron hacia ella y llegaron á un fértil oasis de amplia extensión y abundantemente regado. Por esta parte nos aconsejó Infadús efectuáramos nuestro regreso, y la idea nos pareció excelente, tanto porque evitá-

bamos los rigores del frío en la helada garganta del Sheba, cuanto porque nos librábamos de los tormentos de la sed, habiendo, según afirmaban algunos de aquellos cazadores que como guías nos acompañaban, otros oasis, lejos, en el interior del desierto, pero visibles desde el primero.

Viajando descansadamente, al anochecer del cuarto día nos hallamos por segunda vez en la cumbre de las montañas, límite de Kukuana, unas veinticinco millas al Norte del Sheba, y nuestros ojos descubrieron la arenosa superficie del dilatado desierto.

Al amanecer del día siguiente nos guiaron al comienzo de una pendiente, por la cual debíamos bajar dos mil y más pies para ganar la esteril llanura.

Allí nos despedimos de aquel leal amigo, del viejo y esforzado guerrero, de Infadús, quien, con agudados ojos y conmovido acento, nos deseó todo género de bienandanzas.

—Nunca, mis señores, tornaré á ver otros semejantes á vosotros. ¡Ah! Incubu, ¡qué manera de batallar! ¡Cómo, en la pelea, tendías los hombres á tus pies! ¡Ah, qué tajo, qué tajo formidable aquél con que hiciste rodar por el polvo la cabeza de mi hermano Twala! ¡Fué hermoso!... ¡Admirable! No espero ver otro igual, excepto, tal vez, en mis felices sueños.

Nos entristeció mucho separarnos de él. Good lo sintió tanto que le dió como recuerdo, ¿qué piensan ustedes? Pues nada menos que un lente; uno que

llevaba reservadamente de repuesto. Este presente encantó á Infadús, no desconociendo lo mucho que acrecentaría su prestigio la posesión de aquella prenda, la que, después de varias infructuosas tentativas, logró sujetar delante de su ojo derecho. Y por cierto que no he visto cosa más rara que el aspecto del viejo general con el citado vidrio. Es indudable que los monóculos no hacen juego con zamarras de piel de leopardo y penachos de plumas de avestruz.

Entonces, habiéndonos asegurado de que nuestros guías llevaban abundante provisión de víveres y agua, aturridos por el atronador saludo de despedida que nos dieron los Búfalos, apretamos con efusión la mano del viejo veterano y comenzamos nuestro peligroso descenso. Ardua empresa fué aquella marcha cuesta abajo, pero al fin, y sin accidente alguno, á la puesta del sol nos deteníamos en la planicie.

—¿Saben ustedes—dijo sir Enrique aquella noche, mientras sentados alrededor de una hoguera mirábamos la unida cresta que corría por encima de nuestras cabezas, saben ustedes que hay en el mundo parajes peores que Kukuana, y que he pasado temporadas más infelices que la de estos dos últimos meses, aunque jamás me han ocurrido sucesos tan singulares?

—¡Ojalá pudiera volver á lo pasado!—dijo Good exhalando un suspiro.

Por mi parte reflexioné que todo es bueno cuando



termina bien; pero que nunca, en una larga vida de apuros, había pasado por otros como los que recientemente experimentara.

A la mañana siguiente emprendimos una fatigosa marcha por el desierto, llevándonos los cinco guías una buena cantidad de agua, y acampamos por la noche al raso, prosiguiendo el viaje con el alba del otro día.

A mitad del tercero de nuestra jornada descubrimos los árboles del oasis de que hablaban los guías, y una hora antes de la puesta del sol caminábamos otra vez por encima de hierbas y oíamos el suave rumor de un arroyuelo.

## CAPÍTULO XX

### EL OASIS

Ahora llegamos quizá á la más extraña de todas nuestras aventuras y á la que mejor demuestra cuán maravillosamente se enlazan los sucesos

Caminaba tranquilo, algunos pasos delante de mis dos compañeros, siguiendo la orilla de la corriente, que salía del oasis para perderse á poco, absorbida por las secas y ardorosas arenas, cuando de improviso quedéme como clavado en el suelo y me froté los ojos dudando de lo que veía. A unos veinte metros delante de mí, en un lugar encantador, protegida por las ramas de una especie de higuera y cer-



ca del arroyuelo, se alzaba una reducida choza, construida, al estilo de la de los kafires, con hierbas y mimbres, pero que en vez de una entrada de colmena, tenía una puerta de regular tamaño.

—¿Qué significa ésto?—me pregunté—¿Qué diantre hace esa choza aquí?

No acababa de formularme estas preguntas cuando, abriéndose la puerta, dió paso á un hombre blanco, vestido de pieles y con una desmesurada barba negra. No cabía duda, el sol me había trastornado el cerebro. Aquello no podía ser sino una alucinación. Ningún cazador se arriesgaba á venir á estos lugares, y mucho menos á establecerse en ellos. Yo le miraba asombrado, de igual manera él á mí, y así estuvimos hasta que llegaron sir Enrique y Good,

—Decidme, ¿es aquel un hombre blanco ó estoy viendo visiones?

Sir Enrique y Good volvieron las caras en la dirección que les indicaba, y antes que tuvieran tiempo para despegar los labios, el hombre de la negra barba lanzó un grito y vino cojeando apresuradamente hacia nosotros. Cuando estuvo cerca, cayó al suelo con un vértigo.

De un salto sir Enrique se puso junto á él.

—¡Gran Dios!—exclamó—¡Es mi hermano Jorge!

A las voces, otro individuo, también cubierto con pieles, salió de la choza, y carabina en mano vino corriendo á nuestro encuentro. Al verme dejó escapar una ruidosa exclamación.

—¡Macumazah! ¡No me conoce, señor? Soy Jim

el cazador. ¡Se me perdió el papel que me dió para mi señor, y hace cerca de dos años que estamos aquí!

Y el infeliz se echó á mis pies revolcándose sobre la hierba y llorando de alegría.

—¡Ah, bribón! Bien mereces que te caliente las costillas.

Entre tanto el hombre de la barba negra había vuelto en sí, y ya de pie, se abrazaban él y sir Enrique con extremos de cariño, pero sin pronunciar una palabra. Cualquiera que hubiese sido la causa de su mutuo disgusto—sospecho era una dama, aunque nunca se lo pregunté—evidentemente estaba todo olvidado.

—Mi querido hermano—exclamó al fin sir Enrique—yo te creía muerto. He cruzado las montañas de Salomón en busca tuya, y ahora, cuando menos lo esperaba, te encuentro, semejante á un viejo Aasvogel (buitre) escondido en el desierto.

—Hace dos años traté de atravesarlas—contestó con la voz vacilante del hombre que por largo tiempo no ha tenido ocasión de hablar su idioma;—pero al llegar aquí, una pesada piedra se me desplomó sobre esta pierna y me dejó imposibilitado para seguir adelante ó retroceder.

En este momento Good y yo nos aproximamos á ellos, y le saludé.

—¿Cómo está usted, Sr. Neville? ¿Ya no me recuerda?

—¡Vaya! ¿no es usted Quatermain? ¡Hola, y Good

también! Sostenedme un momento, amigos, me acomete otro vahido... ¡La sorpresa es tan grande! ¡Después de haber perdido toda esperanza, ser tan feliz!

Aquella tarde, tranquilamente acomodados en torno de una pequeña fogata, Jorge Curtis nos refirió su historia, que, aunque por otro estilo, contaba no menos accidentes que la nuestra, y, en breves palabras, hela aquí. Hacía poco menos de dos años salió del kraal de Sitanda con objeto de llegar á la cordillera. Respecto á la nota que le envié con Jim, ya hemos visto que éste la había perdido, y por primera vez Jorge Curtis tuvo conocimiento de tal cosa. Pero de acuerdo con los informes que de los indígenas pudo adquirir, se encaminó, no á las cumbres del Sheba, y si al estrecho y pendiente pasaje por donde precisamente acabábamos de bajar, el que era sin la menor duda, mejor derrotero que el señalado en el plano del antiguo fidalgo D. José da Silvestre. Grandes y muchas penalidades sufrieron en el desierto, mas al cabo alcanzaron aquel oasis, donde una terrible desgracia ocurrió al hermano de sir Enrique. El mismo día de su llegada á dicho sitio se sentó á orillas del arroyo, mientras Jim cogía la miel de una colmena de abejas sin aguijón, bastante comunes en el desierto, situada precisamente á su espalda y sobre su cabeza, en el borde del escarpado á cuyo pie descansaba. Parece que el criado en su ocupación, desprendió una enorme piedra, que cayéndole á plomo sobre la pierna derecha, le destrozó el hueso. Desde aquel instante Jorge Curtis

quedó tan lisiado que le fué imposible avanzar ó retroceder, prefiriendo morir en aquel lugar á perecer en el desierto.

En cuanto á alimentos no les había ido mal, porque no carecían de municiones y el oasis atraía, especialmente de noche, muchísima caza, la cual mataban á balazos ó cogían en trampas, proveyéndose así de carne y de trajes, cuando el uso concluyó con sus ropas.

—Como ustedes ven—terminó—hemos vivido casi dos años á lo Robinson Crusoe, acariciando la esperanza de que algunos indigenas vinieran aquí y nos ayudasen á salir del desierto; pero nadie ha aparecido por estas soledades. Justamente anoche decidimos que Jim me dejase y tratara de llegar al kraal de Sitanda en busca de auxilio. Debía partir mañana y poca ó ninguna esperanza tenía de volverle á ver. Y ahora tú, á quien imaginaba olvidado ha largo tiempo de mí, tranquilo y feliz en la vieja Inglaterra, después de lanzarte tras mis huellas vienes á encontrarme cuando menos lo esperabas. Es el suceso más maravilloso que puede ocurrir y á la par también el más afortunado.

Entonces sir Enrique le contó las más sorprendentes de nuestras aventuras y, estaba bien adelantada la noche, cuando dió punto á su relación.

—¡Cáspita! exclamó al mostrarle los diamantes, al menos algo os indemniza de vuestros trabajos, á más del hallazgo de mi inútil persona.

Sir Enrique se echó á reir, diciendo:

—Perteneceñ á Quatermain y á Good. Fué cosa convenida que se dividieran por partes iguales los valores que pudiéramos adquirir.

Esta observación me sugirió un pensamiento. Después de comunicarlo á Good, quien lo aprobó, llamé á sir Enrique á un lado y le manifesté que era nuestro unánime deseo tomase él la tercera parte de los diamantes y que si rehusaba apropiársela, se le entregaría á su hermano, que había sufrido aún más que nosotros en su tentativa para apoderarse de ellos. A fuerza de instancias consintió en este acuerdo; pero Jorge Curtis la ignoró hasta algún tiempo después.

Y aquí creo debo terminar mi tarea. Nuestro viaje, cruzando el desierto hacia el kraal de Sitanda fué en extremo penoso, sobre todo porque teníamos que sostener á Jorge Curtis, cuya pierna derecha estaba muy malparada y constantemente iba saltando astillas del hueso roto; pero al fin llegamos á dicha aldea, omitiendo detalles, que sólo vendrían á ser una repetición de lo que nos aconteció al cruzar por primera vez aquellos tostados arenales.

---

Seis meses después de nuestro regreso á Sitanda, en donde recogimos las armas y efectos que dejáramos bajo la custodia de aquel viejo bribón, quien no pudo ocultar el disgusto que nuestra vuelta le pro-

dujo, pues sin duda nos daba por muertos y los hacía suyos, nos encontramos buenos y salvos en mi pequeña casita de la Berea, en Durbán, en donde escribo esta historia y desde donde me despido de todos los que me hayan seguido, paso á paso, en la más asombrosa excursión que he hecho durante una larga y bien agitada vida.

---

En el mismo momento en que escrita la última palabra soltaba la pluma, un kafir venía hacia aquí por mi calle de naranjos, sujetando en una caña rajada una carta que me traía del correo. Resultó ser de sir Enrique y como es interesante la copio al pie de la letra.

Brayley Hall, Yorkshire.

Querido Quatermain: Hace algunos correos escribí á usted unas líneas manifestándole que los tres, Jorge, Good y yo habíamos llegado sin novedad á Inglaterra. Dejamos el vapor en Southampton y en seguida nos dirigimos á la ciudad. Quisiera que hubiese visto á Good al siguiente día, perfectamente afeitado, con una levita ceñida como un guante, monóculo, etc., etc. Fui con él á un paseo en donde me encontré con varios conocidos, y á raíz de presentarlo hice la historia de sus «hermosas piernas blancas».

Está furioso, sobre todo desde que un mal inten-

cionado ha publicado la aventura en uno de los periódicos de la localidad.

Respecto de los diamantes, le diré que Good y yo los llevamos á Streeter para que los valuase, y en realidad no me atrevo á manifestarle el precio en que los tasaron. Es una suma enorme. Afirman que su cálculo es más ó menos aproximado, pues nunca han visto en el mercado piedras como éstas ni en tanto número. Parece que son, exceptuando una ó dos de las mayores, de magnificas aguas y tan buenas como las mejores del Brasil. Les pregunté si querían comprarlas, y me contestaron que no tenían capital para hacerlo, aconsejándonos que las fuéramos vendiendo poco á poco, porque de lo contrario inundaríamos la plaza y bajarían sus precios. Sin embargo ofrecen 900.000 duros por una pequeña porción de ellas.

Es preciso que venga usted, Quatermain, y se ocupe de este negocio, especialmente si insiste en hacer el espléndido presente del tercio, que no me pertenece, á mi hermano Jorge. Good no sirve para el asunto. Emplea todo su tiempo en afeitarse, vestirse y cuanto se relaciona con el atavío de su persona. No obstante, creo que todavía recuerda mucho á Foulata. Me ha asegurado que desde que está aquí no ha visto una mujer que pueda rivalizar con la belleza ni la dulce expresión de su indígena.

Quiero, mi querido y viejo compañero, que venga á esta tierra, y compre una quinta cercana á la mía. Usted ya ha trabajado bastante, posee cuantioso



caudal, y casualmente hay en venta una que le agradará muchísimo. No se haga esperar. Venga y cuanto antes, mejor. Puede concluir á bordo la relación de nuestras aventuras. A nadie las hemos querido contar por temer no se nos crea. Si al recibir ésta, se embarca, llegará por Navidad y lo comprometo para que la pase conmigo. Good y Jorge estarán aquí y también (va por tentación) vuestro hijo Enrique. Le he tenido por compañero durante una semana de cacería y me agrada en extremo. Tiene una mano segura. Me metió una carga de perdigones en una pantorrilla y al extraérmelos hablaba de lo útil que es acompañarse de un médico en estas diversiones.

Adiós. Nada más tengo que decirle, á no ser que estoy seguro que vendrá, aunque sólo sea porque se lo suplica su verdadero amigo,

ENRIQUE CURTIS

P. D.—Los colmillos del gigantesco bruto que mató al pobre Khiva acaban de ser colocados en mi salón, haciendo juego con el magnífico par de cuernos de búfalo que usted me regaló. El hacha con que corté la cabeza á Twala está colgada sobre mi escritorio y siento que no pudiéramos traernos las cotas de malla.—E. C.

---

Hoy es martes. El viernes sale un vapor, pienso que debo complacer á Curtis y embarcarme para Inglaterra, aunque sólo sea para ver á mi hijo y vigilar la impresión de este libro, asunto que no quiero confiar á nadie.

FIN DE «LAS MINAS DEL REY SALOMÓN»

Nº 58 16 B

EL TESORO DEL PIRATA

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

EL  
TESORO DEL PIRATA

POR  
ROBERTO L. STEVENSON



Traducción de Fernando Llerca.—Dibujos de F. Viscat.

---

LA NOVELA ILUSTRADA  
Oficinas: Olmo, 4.  
MADRID

TESORO DEL PIRATA

# **El tesoro del pirata**

---

## I

### EL CAPITÁN

Os voy á referir mis aventuras en la isla del Tesoro. Lo sabréis todo, menos la verdadera situación geográfica de la isla, pues aún conserva en sus entrañas inmensas riquezas.

Empieza mi relato en el año de 1782, época en que mi padre tenía una posada llamada *El Almirante Benbow*, en el camino de Bristo', á unos doscientos pasos de la costa.

Un día llegó á la posada un viejo marino, de curtiada tez y atravesada la cara por una inmensa cicatriz.

Era un hombre de formas atléticas, con manos enormes y callosas, llenas de heridas.

Caminaba pausadamente, seguido de un mozo que llevaba acuestas un baúl viejo, de los que usan los marinos.

Tarareaba una antigua canción de mar, cuyo estribillo era muy conocido.

Su voz, cascada y ruda, parecía haberse gastado con las voces de mando en medio de las borrascas.

Apenas hubo entrado, dijo ásperamente á mi padre:  
—Un vaso de ron.

Bebiólo lentamente, haciendo chascar la lengua.

Luego comenzó á examinarlo todo: los peñascos que se elevaban junto á la casa, la muestra de la posada, el interior de la tienda.

—La bahía me conviene—murmuró,—y esta barra-ca no me parece mal situada... ¡Patrón! ¿Viene mucha gente por aquí?

—Por desgracia, no mucha, señor—contestó mi padre.

—Pues eso es precisamente lo que necesito—dijo entre dientes, y añadió en alta voz, dirigiéndose al hombre del baúl:

—Descarga, que voy á echar el ancla aquí por algún tiempo. No he de darle á usted mucho que hacer—advirtió á mi padre.—Yo me contento con cualquier cosa... un poco de ron, huevos y jamón es cuanto necesito. Eso, y estar cerca de las rocas para ver pasar los barcos. ¿Quiere usted saber cómo me llamo? Pues si le parece, llámeme capitán. Pero está usted muy serio. Vamos, tranquilícese; el dinero no me falta. ¡Ahí va eso!

Y arrojó sobre la mesa tres ó cuatro monedas de oro.

—Cuando se acaben, ya me avisará usted; pero hay que tratarme bien.

Un almirante no hubiese hablado con mayor altivez. Verdad es que, á pesar de sus maneras groseras y rudas, parecía más que un simple marinero, un capitán ó un segundo de la marina mercante, acostumbrado al mando.

El hombre que le había traído el baúl nos dijo que nuestro huésped acababa de llegar en la diligencia á la aldea próxima. Había preguntado si existía por allí alguna posada próxima al mar; y al ver que la nuestra reunía las condiciones que deseaba, la había escogido para instalarse en ella. No pudimos averiguar nada más.

El capitán (como le llamaremos), era un hombre muy callado. Se pasaba el día entero en la bahía, con un viejo telescopio de bronce. Por la noche permanecía sentado junto al hogar, bebiendo *grog*, y generalmente no respondía cuando le dirigían la palabra. Contentábase con levantar la cabeza con aire furibundo, resoplando rabiosamente.

Pronto nos acostumbramos á dejarlo tranquilo sin



hacerle pregunta alguna, y obedeciendo tan sólo las órdenes que nos daba.

Todas las noches, invariablemente, al volver de paseo, nos preguntaba si había pasado por allí algún marino.

Creíamos que esta pregunta encerraba el deseo de ver á cualquier camarada; pero no tardamos en convencernos de que, por el contrario, lo que deseaba era evitar su encuentro.

Cuando por casualidad se detenía algún marinero en *El Almirante Benbow*, nuestro huésped lo examinaba bien antes de entrar, mirando por la puerta vidriera, y mientras permanecía allí, tenía sumo cuidado de no hablar ni una palabra.

Una mañana me llamó aparte y ofreció darme unas monedas todos los meses si le enteraba de cuanto pasase. Me encargó muy especialmente que si veía pasar á un marinero *que no tenía más que una pierna*, fuese á avisarle en seguida.

Casi todos los meses tenía que recordarle su promesa, y generalmente me respondía con un gruñido, acompañado de miradas terribles que me hacían temblar; pero después me entregaba el dinero, recomendándome siempre que estuviese alerta y que le avisase la llegada *del hombre de una sola pierna*.

Este misterioso personaje llegó á preocuparme hondamente.

En las noches de borrasca, cuando el viento huracanado hacía retemblar nuestra humilde vivienda, y se estrellaban furiosamente las olas contra los acantilados, veía yo á aquel ser extraño bajo mil aspectos diabólicos y terroríficos. Tan pronto tenía la pierná cortada por la rodilla, como por el muslo. Otras veces se me aparecía cual un monstruo con una sola pierna en medio del cuerpo. Lo peor de todo era que en mí pesadilla le veía correr y perseguirme por los montes y vallados, saltando todos los obstáculos que se oponían á su loca carrera.

Bien caro pagaba con estos espantosos sueños el triste salario que me daba el capitán.

Pero en cambio la presencia de éste no me infundía miedo alguno, cosa que no ocurría á los demás.

Algunas veces bebía demasiado ron y entonaba antiguas canciones báquicas, sin fijarse en nada de lo que pasaba á su alrededor; otras hac'a que todos los presentes bebiesen á su salud, y le hiciesen coro en sus canciones. Después contaba las más terroríficas historias.

¡Cuántas veces le oí una antigua canción cuyo estribillo «Jo-ho-ho, Jo-ho-ho,» acompañaban todos los concurrentes con descompasados gritos! Así evitaban su terrible cólera, cuyos accesos eran verdaderamente espantosos. Empezaban generalmente dando tremendos puñetazos para imponer silencio ó estallando su coraje por cualquier pregunta que se le hiciese... ó que no se le hacía, sacando en consecuencia que su auditorio no le escuchaba con la debida atención.

Además era imposible salir de la posada mientras que él no se iba á acostar tranquilamente.

En todos sus cuentos había ahorcados en el palo mayor, puñaladas, sangrientos combates y tempestades horrosas. Según confesaba, había pasado su vida en medio de piratas y de asesinos y los términos que empleaba para describir estos horros nos helaban de espanto, más que los crímenes mismos.

Mi padre repetía incesantemente que la presencia de aquel hombre en la posada acabaría por arruinar-nos, espantando con sus brutalidades á los parroquianos más antiguos, pues los infelices volvían á sus casas con los cabellos de punta y sobrecogidos de terror.

No obstante, yo estaba convencido de que aquellas terroríficas veladas atraían á los campesinos, los cuales, á pesar del miedo que experimentaban, oían con viva ansiedad las espeluznantes narraciones.

El capitán daba alguna variedad á la monótona vida del campo, y hasta algunos de los mozos añadían admirados que era un viejo lobo, uno de esos hombres que han hecho tan temible á Inglaterra en el mar.

Pero el mayor defecto del capitán, el más capital,

puesto que tocaba á nuestros intereses, era que no pagaba.

Fuera de unas monedas de oro que nos dió al principio, no volvió á entregar ni un céntimo.

Pasaban las semanas y los meses, la cuenta crecía extraordinariamente, y mi padre no se atrevía á decir una palabra. Cuando por casualidad aventuraba alguna alusión, el capitán se enfurecía de tal modo, que mi padre tenía que batirse en retirada.

¡Cuántas veces le ví retorcerse los brazos de desesperación y clamar contra su mala suerte!

El capitán mientras permaneció en casa, no cambió de ropa. Sólo compró algunos pares de calcetines á un buhonero.

Su vieja chaqueta, que él mismo remendaba, era un verdadero mosaico. Jamás escribió á nadie, ni recibió carta alguna. Sólo hablaba con los parroquianos cuando estaba borracho y nadie pudo vanagloriarse de haber visto su baúl.

Sólo un hombre se atrevió á hacerle frente.

El doctor Livesey, nuestro médico, vino á ver á mi padre, que sufría ya la enfermedad que poco después le llevó al sepulcro. Se quedó á comer en la posada, y después se puso á fumar su pipa en la tienda mientras llegaba su cabalgadura del pueblo, pues nosotros no teníamos cuadra.

No pudo menos de llamar mi atención el contraste que ofrecía el doctor, tan limpio y tan acicalado, cuidadosamente empolvado el cabello y vestido con cierta elegancia entre aquella gente que le rodeaba, y, sobre todo, al lado de la sórdida figura del pirata, borracho como siempre y groseramente echado sobre la mesa.

De pronto el capitán levantó la cabeza, y con voz ronca y gutural, entonó su eterna canción:

Eran quince marineros  
sobre el cofre del muerto;  
quince lobos, quince marineros.  
¡Jo-ho-ho!... ¡Jo-ho-ho!...

Al principio creí que «el cofre del muerto» debía ser el que tenía en su cuarto, y esto era una de mis pesadillas, como la del *hombre de una pierna*. Después nos acostumbramos ya y nadie volvió á fijarse en aquella canción.

El doctor, que la oía por primera vez, levantó con disgusto la cabeza y después continuó su conversación con el viejo Taylor, uno de nuestros más antiguos parroquianos, que le consultaba sobre su reuma.

El capitán se animaba con la influencia de su propia voz, y acabó por dar un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Todos sabíamos que aquello quería decir:—¡Silencio! y todo el mundo se calló, excepto el Dr. Lívsey, que prosiguió su conversación.

El capitán le echó una mirada terrible, y dando un segundo puñetazo, acompañado de un juramento espantoso, gritó:

—Silencio, allá abajo, en el entrepuente.

—¿Se refiere usted á mí?—preguntó el doctor.

El capitán respondió afirmativamente:

—En ese caso—replicó muy tranquilamente el doctor—sólo tengo que decirle una cosa y es que si continúa bebiendo con esa abundancia, pronto habrá un borracho menos en el mundo.

El furor del viejo fué terrible.

Se levantó de un salto y desenvainó su cuchillo, gritando que iba á atravesar al doctor.

Este ni pestañeó siquiera; continuó hablando y se contentó con mirarle por encima del hombro. Después añadió con perfecta calma:

—Envaine usted ese cuchillo al momento ó de lo contrario le doy mi palabra de honor que no tardará en ser ahorcado...

Ambos cambiaron una mirada.

El capitán se confesó vencido, guardó el cuchillo y volvió á su puesto refunfuñando.

—Y ahora—prosiguió el doctor—ya le conozco á usted. Procuraré que lo vigilen como es debido, pues

además de médico soy juez de paz. Si me presentan la más mínima queja contra usted, le aseguro que no hará los huesos viejos entre nosotros... Al buen entender con pocas palabras basta.

El caballo acababa de llegar; montó el doctor y partió.

El capitán no se atrevió á chistar por espacio de ocho días.

Estaba acobardado.

## II

### PERRO-NEGRO

El invierno era muy crudo; sucedíanse las heladas y arreciaba el temporal de nieves.

Todos temíamos que mi padre no llegara á la primavera, pues cada vez estaba peor. Mi madre y yo, abrumados de trabajo y llenos de cuidado, apenas si reparábamos alguna vez en nuestro incómodo huésped.

Una mañana de Enero helaba horribilmente, el sol apenas iluminaba la cima de las colinas, y en la bahía se levantaban silenciosas las olas, impulsadas por un cierzo helado. El capitán se había levantado muy temprano y se dirigió hacia las rocas con su cuchillo metido en el cinturón, su telescopio debajo del brazo y el sombrero echado hacia atrás.

Mi madre estaba cuidando á mi padre, y yo iba á poner la mesa para que almorzara el capitán, cuando se abrió de repente la puerta y entró un desconocido.

Su palidez era intensísima; le faltaban dos dedos en la mano izquierda, y apoyaba la derecha en el mango de un gran puñal.

Siempre que veía á un desconocido, pensaba al momento en el *hombre de una sola pierna*. Aquél no parecía al pronto que fuese marinero; pero no tardaba en verse en él algo que indicaba al hombre de mar.

Le pregunté qué se le ofrecía y me pidió un vaso de ron. Después se sentó y me hizo seña de que me aproximase. Yo me detuve con la servilleta en la mano.

—Acércate más, muchacho,—me dijo.

Adelanté un poco.

—Díme, ¿ese cubierto es para el amigo Bill?—me preguntó con una mirada inquieta.

Respondí que no conocía á ningún Bill y que la comida era para un huésped á quien todos llamábamos el capitán.

—¡Truenos y rayos!—replicó;—el amigo Bill puede llamarse, si quiere, capitán; no se lo impediré yo; pero ¿no tiene una cicatriz en la mejilla izquierda y es gran amigo del ron? ¡Eh, muchacho?... ¡Cuando yo te lo decía!... ¡Y está en la posada?

Le contesté que había salido.

—¿Y adónde ha ido?

Le indiqué los peñascos próximos al mar y le advertí que el capitán no tardaría en volver.

La expresión de aquel hombre era muy afectuosa, pero me parecía forzada.

Por lo demás, ¿á mí qué me importaba?

Permaneció en la sala un momento; después se asomó á la puerta, sin traspasar el umbral, como acechando á alguien.

Yo había salido al camino para ver si venía el capitán, y oí que me llamaban. Como no acudiese en seguida, el rostro de aquel hombre se contrajo horriblemente, y me llamó de nuevo, profiriendo juramentos terribles.

No obstante, al aproximarme recobró su aparente tranquilidad, y acariciándome me dijo:

—Yo tengo un hijo de tu edad; eres su propio retrato, te lo aseguro; pero lo principal es que los chicos sean obedientes... ¡Oh! Si tú hubieses navegado con el amigo Bill no habría que repetirte una orden dos veces... ¡No pasaba una!... ¡Pero no es aquel que viene? .. Sí, es él, con su telescopio debajo del brazo. Ven, hijo mío, vamos á escondernos. ¡Ya verás qué sorpresa!

Me había empujado detrás de la puerta, donde se ocultó él también.

Yo temblaba de miedo al ver que tenía en la mano el puñal. El tampoco está a muy tranquilo.

Por fin entró el capitán, y sin notar nuestra pre-

sencia se dirigió hacia la mesa, donde estaba servido el almuerzo.

—¡Bill!—dijo el desconocido con una voz que se esforzaba en hacerla firme.

El capitán se volvió y nos vió. Su rostro se puso súbitamente lívido.

Parecía que había visto al diablo en persona, y estuvo á punto de caerse de espaldas.

—Vamos, Bill, me reconoces, ¿no es verdad? ¿No has olvidado á tu antiguo camarada—exclamó el extranjero.

—¡Perro-Negro!—murmuró el capitán con espanto.

—El mismo—replicó el otro, recobrando su aplomo á medida que aumentaba la turbación del capitán.—Perro-Negro en persona, que viene á hacer una visita á su antiguo camarada. ¡Ah, cuántas cosas han pasado desde el día que perdí mis dos dedos!—añadió mostrando su mano mutilada.

—Está bien; puesto que me has encontrado—advirtió el capitán con alterada voz—¿qué es lo que quieres?

—Te reconozco, amigo Bill... Siempre derecho al asunto; esa es también mi costumbre. De buena gana tomaría un vaso de ron si este chicuelo tan guapo me lo trajese, y al mismo tiempo hablaríamos un poco de nuestros negocios, como buenos camaradas.

Cuando volví con el ron los dos estaban sentados á la mesa. Perro-Negro se hallaba próximo á la puerta, como para vigilar á su compañero y poder escapar si era necesario.

Me mandó me retirase y no cerrase la puerta.

—Cuidado con ser figón—añadió.

Me retiré, quedándome escondido detrás del mostrador y prestando atento oído por si podía pescar algo de la conversación.

Al principio sólo oí un murmullo confuso; luego las voces subieron de diapason y percibi algunas palabras, mezcladas con juramentos que profería el capitán.

—¡No, no y no! Ya lo he dicho—gritó de repente.—¡Idos todos, si queréis, á que os ahorquen!...



A estas palabras sucedió un estruendo horroroso; mesas y sillas rotas, la vajilla hecha pedazos, y luego un grito de dolor.

En el mismo momento Perro-Negro pasó por delante de mí chorreando sangre y con el puñal en la mano.

Huí del capitán, que corría detrás de él y que le lanzó su cuchillo en el momento en que Perro-Negro pasaba el umbral de la puerta.

Afortunadamente paró el golpe la muestra de la posada. Aún se ve allí un gran agujero. De haber recibido el golpe Perro-Negro lo divide en dos.

Este fue el fin del combate.

El fugitivo huyó á lo largo del camino, y en menos de un segundo desapareció en un recodo.

El capitán se quedó contemplando la muestra con aire estúpido y sin decir una palabra. Después se pasó la mano por la frente y entró en la casa.

—Jim,— me dijo;— dame ron.

Le vi vacilar y apoyarse en la pared para no caer.

—¿Está usted herido, capitán?— pregunté.

—¡Ron!... ¡Ron!...— repitió.— Es preciso que salga de esta posada ahora mismo. ¡Pero tráeme ron!

Corrí á buscarlo. Estaba tan tembloroso que se me rompió el vaso, y acababa de llenar el segundo cuando oí un golpe sordo, como el de un cuerpo pesado que hubiese caído.

Subí precipitadamente y vi al capitán en el suelo cuan largo era.

Mi madre, que había acudido también, me ayudó á levantar al capitán. Este respiraba penosamente, sus ojos estaban inyectados de sangre y su tez lívida.

—¡Dios mío, Dios mío!— exclamaba mi madre,— ¡qué vergüenza para nuestra casa!

Creímos que el capitán estaba herido, y no sabíamos qué hacer. Procuré hacerle beber un poco de ron; pero sus dientes estaban tan apretados, que me fue imposible hacerle pasar una sola gota.

Se explicará nuestra alegría al ver entrar al doctor Livesey, que venía á visitar á mi padre.

—¿Qué hacemos, doctor? ¿En dónde está herido?— preguntó mi madre.

El doctor examinó al capitán.

—No está herido—exclamó al fin.—Puede usted estar tranquila. Esto es un ataque de apoplejía, como se lo tenía pronosticado. Vaya usted, señora Hawkins, al lado de su marido, y no le diga nada. Vamos nosotros á volver á la vida á este personaje—añadió el doctor.—Jim, tráeme un cubo.

Cuando volví con el cubo, el doctor había desgarrado la manga de la camisa del capitán, cuyo musculoso brazo estaba desnudo. Veíanse en él diversos tatuajes con inscripciones que decían: «¡Buena suerte!» «¡Buen viento!» «¡El Capricho de Billy Bones!» En la espalda tenía otro tatuaje, una horca perfectamente dibujada.

—¡He aquí el horóscopo!—dijo el doctor señalando con la punta de su lanceta. Y ahora, veamos de qué color es la sangre de este Billy Bones, como se llama este malvado. Jim, me dijo el doctor: ¿te asusta ver correr la sangre?

—No, señor, le respondí.

—Pues bien; sostén el cubo mientras yo abro la vena.

La sangre corrió en abundancia antes de que el capitán abriese los ojos; al fijarlos en el médico, expresaron una viva inquietud; pero al verme á su lado, se tranquilizó.

Sin embargo, palideció de repente, é intentando levantarse, gritó:

—¿Dónde está Perro-Negro?

—Aquí no hay Perro-Negro ninguno—contestó enérgicamente el doctor.—Acabo de salvarle á usted la vida, porque ésta es mi obligación; ya hora, adiós, señor Bones.

—¡Yo no me llamo así!—interrumpió el capitán.

—Lo mismo me da—contestó tranquilamente el doctor:—Bones es el nombre de un pirata que vale lo que usted, y no creo ofender ni á uno ni á otro llamándole por el mismo nombre. Ahora sólo tengo que

advertirle que si usted se obstina en beber es hombre muerto. Vamos, haga usted un esfuerzo para levantarse y le llevaremos á la cama.

Sostenido por el doctor y por mí, el capitán consiguió subir la escalera y le acostamos. Apenas inclinó su cabeza en la almohada, perdió el conocimiento.

Cuando salimos de la alcoba me dijo el doctor:

—Esto no será nada. Ahora estará tranquilo en la cama más de ocho días. Pero repítele que si vuelve á beber es hombre perdido.

### III

#### LA MARCA NEGRA

Al mediodía subí al cuarto del capitán con los medicamentos prescritos por el doctor.

El enfermo continuaba en la misma postura. Parecía más debilitado, y su excitación iba en aumento.

—Jim —me dijo,—tú eres el único que tien buen corazón en esta casa; ya sabes que siempre te he querido. Todos los meses te daba una moneda... y ahora que me ves así, ¿me negarás un vaso de ron?

—Recuerde usted que el doctor...—empecé á decir. Pero me cortó la palabra, enviando al diablo al doctor.

—Todos los médicos—afirmó—son unos farsantes. ¿Cómo ha de saber este lo que tiene un marino? He estado en países que eran un horno encendido, donde todo el mundo se moría de fiebre amarilla. ¿Y sabes lo que me salvó? Pues el ron. Es mi pan, mi amigo, mi todo. Y ahora que estoy desarbolado, ¿quieres privarme de él? Eso es asesinar-me, ¿no lo comprendes?

Siguió una serie de juramentos y de blasfemias.

Después añadió con tono doliente:

—Mira, Jim, cómo me tiemblan los dedos. Es porque no he bebido ni una gota en todo el día. Créeme, ese doctor es un idiota. Si no me das un vaso de ron me volveré loco, empiezo á tener alucinaciones. . he visto al viejo Flint detrás de tí... Además, ese doctor ha dicho que un vaso de ron no me haría daño... Mira, Jim, te daré una guinea de oro... vamos, hazme ese favor.

Y cada vez el capitán gritaba con más fuerza.

En medio de todo tenía razón, puesto que el doctor

había dicho que un solo vaso de ron no le haría daño; pero me disgustaba que hubiera querido comprarne á precio de oro.

—Yo no le pido dinero—le dije,—lo único que quiero es que le pague á mi padre lo que le debe; y respecto del ron, conténtese con un vaso, pues no le daré más.

En cuanto se lo llevé, lo apuró de un trago.

—Ya me encuentro mejor—dijo;—y ahora dime muchacho: ¿cuánto tiempo piensa ese doctor tenerme clavado en la cama?

—Una semana por lo menos.

—¡Mil rayos! ¡Una semana! ¡Eso es imposible! Antes recibiré la *marca negra*. Ya empiezan á rondar á mi alrededor los tunantes. ¡No han sabido conservar lo que tenían y quieren lo de los demás! ¿Por qué no han guardado su dinero? ¡Pero les voy á jugar una que ya verán!

Se había levantado, y apoyándose en mi hombro, trató de dar algunos pasos. Pero sus piernas parecían de plomo, y su voz se iba debilitando por momentos.

Se tuvo que sentar en el borde del lecho.

—Este doctor me ha matado—dijo;—la cabeza me zumba; ayúdame á acostarme, Jim.

Antes de que pudiese ayudarle cayó pesadamente sobre la cama y permaneció silencioso largo tiempo.

—¿Has reparado bien en ese marino que ha venido?

—¿Perro-Negro?

—Perro-Negro... sí; un tunante, pero peores son los que le envían... Escúchame, Jim. Si me cogen en el garlito, si recibo la *marca negra*, acuérdate que lo que quieren es mi baúl. Entonces tomas un caballo, tú sabrás montar, ¿no es eso? Pues bien, coges el primer caballo que encuentres, te vas á escape á casa de ese maldito doctor y le dices que reuna á la policía, á todo el mundo, si quiere pescar aquí á la banda del viejo Flint, ó por lo menos lo que queda de ella. Yo he sido el segundo de Flint y el único que sabe donde está el *escondite*. Me confió este secreto en Savannah, en su lecho de muerte, en un estado parecido al mío,

¿comprendes?... Pero ni una palabra á nadie mientras no me envíen la *marca negra* ó no veas rondar por aquí á Perro-Negro ó al *hombre de una pierna*; eso sobre todo, Jim, amigo mío.

—Pero ¿qué quiere decir eso de la *marca negra*?— pregunté.

—Es una intimación de la banda, si me la envían ya te lo avisaré. Pero es preciso que estés siempre alerta, y yo te aseguro que lo partiré todo contigo.

Su voz se fué debilitando insensiblemente. Le di la poción, que tomó con la docilidad de un niño. Luego cayó en un pesado sueño. Le dejé para acudir al lado de mi padre.

Acaso me habra apresurado á confiar al doctor lo ocurrido si no hubiese sobrevenido una terrible desgracia que hizo olvidarme de todo. Mi padre murió repentinamente, tuve que pensar en mil cosas, en el entierro, en servir á los parroquianos, en acompañar á mi madre. No tuve tiempo de ocuparme del capitán ni de lo que me había dicho.

Al día siguiente de nuestra conversación bajó á la tienda, comió sin apetito y bebió más ron que de costumbre. El mismo se le servía, gruñendo como un desesperado. El día del entierro estaba más borracho que nunca. Su alegría y sus canciones contrastaban con el silencio y el dolor de la casa.

Débil como estaba, nadie se atrevía á meterse con él, pues inspiraba á todos un miedo cerval. Sólo el doctor hubiera podido imponérsele; pero no había vuelto desde la muerte de mi padre.

El capitán perdía más fuerzas cada día. Se arrastraba por la escalera, iba y venía por las habitaciones, se asomaba á la puerta para atisbar lo que pasaba fuera y volvía á entrar, apoyándose en las paredes y deteniéndose á cada paso para tomar aliento.

No me hablaba nunca, como si hubiese olvidado las confidencias que me había hecho.

Su carácter era cada vez más violento. Cuando estaba borracho desenvainaba el cuchillo y lo colocaba á su lado, ensimismándose en sueños interminables.

Así continuó hasta el día de los funerales de mi padre.

Yo me hallaba en la puerta, entregado á dolorosos recuerdos, cuando vi avanzar por el camino á un hombre que debía ser ciego. Caminaba lentamente tanteando sus pasos con un bastón.

Llevaba un capote burdo muy viejo y desgarrado y sobre los ojos una pantalla verde. En mi vida he visto una fisonomía más espantosa.

Se detuvo delante de la posada, y con tono plañidero, dijo:

—¿No hay por aquí ninguna buena alma que diga á este pobre ciego en qué sitio se encuentra?

—Estáis en la puerta de la posada del *Almirante Benbow*, en la bahía de Black-Hill, buen hombre, le respondí.

—Oigo una voz; la de un joven—replicó con el mismo tono:—¿sería tan caritativo que me guiase?

Alargué inocentemente la mano y sentí que me la oprimían con fuerza. Mi terror y mi sorpresa fueron inmensos. En vano intenté desasirme de aquel hombre espantoso. Me contuvo, y atrayéndome hacia sí, me dijo:

—Llévame á donde está el capitán.

—No me atrevo—respondí.

—¡Oh! Condúceme al instante ó te rompo un brazo.

Lo apretó con tal fuerza que me hizo dar un grito.

—El capitán—le dije—tiene siempre desenvainado su puñal. Hace poco otro que vino...

—¡Basta, basta; marchemos!—interrumpió el ciego.

Obedecí ciegamente y entré en la tienda. El capitán estaba sentado en un rincón y con un vaso delante.

El ciego apoyábase fuertemente en mi hombro derecho y me decía:

—En cuanto pueda verme, le dices: «Bill, aquí está uno de sus amigos.»

Para decidirme me apretó furiosamente la mano.

El dolor y el espanto me impulsaron. Llegué frente al capitán y repetí las palabras que me había dictado el ciego.

El capitán se estremeció, pero se repuso en seguida. Su fisonomía parecía expresar más disgusto que temor.

Hizo un movimiento para levantarse y no pudo conseguirlo.

—No se mueva usted, Bill—dijo el mendigo; —yo no veo, pero oigo el vuelo de una mosca. Deme usted la mano. Muchacho guíala.

Ví que el mendigo pasaba de su mano á la del capitán algo que no pude distinguir porque éste cerró la suya instantáneamente.

—Ya está hecho—exclamó el ciego.

Se deslizó fuera de la sala con una increíble rapidez y desapareció rápidamente.

Permanecí inmóvil de sorpresa. Los golpes de su bastón se perdían á lo lejos.

El capitán, estupefacto, miró lo que tenía en la mano.

—¡A las diez!—exclamó.—Tenemos seis horas por delante. Todavía podemos...

Se puso de pie; pero en el mismo instante vaciló, se llevó la mano á la garganta y cayó cuan largo era.

Corrí hacia él, llamando á gritos á mi madre. Estaba muerto.

Sentí una impresión extraña. Aquel hombre había acabado por inspirarme lástima, y cuando le ví muerto no pude contener las lágrimas.

Era la segunda vez que me encontraba con la muerte y mi corazón estaba lleno de dolor por la pérdida de mi padre.



## IV

### EL BAÚL MISTERIOSO

Enteré á mi madre de cuanto había pasado y comprendimos que nos hallábamos en una situación muy difícil.

Parte del dinero del capitán, si es que lo tenía, era nuestro; nos correspondía por su pupilaje, pues seguramente ni Perro-Negro ni aquel maldito ciego se prestarían á pagarlo.

Yo me acordaba de lo que me había dicho el capitán y sentía impulsos de correr á casa del doctor para referírsele todo, pero no me atrevía á dejar sola á mi madre.

Permanecimos aterrados, temblando de miedo á cualquier ruido que oíamos y siempre con la idea fija de huir de la casa. No nos atrevíamos á bajar pensando que el cadáver del capitán estaba atravesado en medio de la tienda y temiendo que el terrible ciego estuviese apostado en el camino. El temor de que viniese otra vez nos helaba la sangre en las venas.

Al fin nos atrevimos á salir, decididos á marchar al pueblo en busca de auxilio. Echamos á correr como locos, á través de la espesa niebla, desafiando la helada que caía.

El pueblo no estaba muy lejos. Situado al otro lado de la bahía lo ocultaban unos altos peñascos.

Durante veinte minutos corrimos sin detenernos y temblando siempre que oíamos algún ruido. Al fin vimos brillar las luces de las casas.

Llegamos, y por más que rogamos, nadie quiso venir con nosotros á la posada.



«Deme usted la mano. Muchacho, gufala... (Pág. 22.)

El nombre del capitán Flint inspiraba en la aldea un inmenso terror.

Algunos campesinos decían que habían visto rondar por las inmediaciones á unos desconocidos que semejaban contrabandistas y que se habían alejado de ellos para no mezclarse en sus asuntos. Otros afirmaban que en la caleta estaba anclada una polacra llamada el *Agujero de Kitt*.

Lo cierto es que nadie quiso venir á defender la posada. Sólo pudimos conseguir que marcharan á avisar al doctor.

Mi madre, indignada ante aquel abandono, les echó en cara su cobardía, sintiendo renacer todas sus energías en defensa del dinero de su hijo.

—¿Nadie quiere venir?—exclamó.—Pues bien, nos iremos solos. Abriremos Jim y yo el baúl del capitán y tomaremos el dinero que nos pertenece; lo demás se quedará allí. Señora Crowley présteme usted este saco.

Todos le advirtieron que aquello era una temeridad, pero nadie se movió de su sitio. Nos ofrecieron tener preparados caballos por si nos perseguían, y me entregaron una pistola para que me defendiese mientras llegaba la fuerza armada y el doctor Levesay. Esto fue todo.

Partimos mi madre y yo solos.

La noche estaba muy oscura. En el horizonte, rasgando la niebla, asomaban los reflejos de la luna.

No había que perder tiempo. Poco después estarían inundados de luz los campos y podríamos ser vistos si alguien nos espiaba.

Emprendimos, pues, el camino, deslizándonos como fantasmas á través de los matorrales. En la posada no había nadie. Cerramos la puerta y corrimos los cerrojos.

El muerto estaba como le habíamos dejado; echado boca arriba, con los ojos abiertos y extendido un brazo.

Mi madre advirtió:

—Jim, cierra las persianas, podrían vernos desde

¡fuera... y ahora hay que coger la llave del baul; veas donde la tiene.

Al darme esta orden mi madre se estremecía.

Me arrodillé junto al cadáver. Cerca de su mano abierta hallé un cartoncito redondo, ennegrecido por un lado. Esto era indudablemente la *marca negra*.

Me incorporé y ví que en la parte no manchada de negro tenía escrito lo siguiente:

«Hasta esta noche á las diez.»

—Madre, tenemos de tiempo hasta las diez—exclamé yo.

En aquel momento el reloj empezó á sonar y nos quedamos petrificados. No obstante, pasó pronto aquella terrible impresion; solo habían sonado seis campanadas. Aún nos quedaban cuatro horas.

Mi madre insistió.

—Vamos, Jim, busca la llave.

Me incliné nuevamente sobre el capitán y me puse á buscar.

En los bolsillos solo encontré unas monedas de cobre, un ovillo de hilo, agujas y un cuchillo.

La llave no parecía.

—La debe llevar colgada al cuello—observó mi madre.

Tuve que dominar mi terror para desabrochar la camisa del capitán. Metí la mano en su pecho y encontré la llave. La llevaba pendiente de un cordón embreado pasado por el cuello. Corté el cordón con el propio cuchillo del capitán y nos lanzamos á su cuarto en donde se hallaba el misterioso baul.

Era de madera, muy recio, y sus ángulos aparecían desgastados, indicando el largo servicio. En la tapa tenía marcada una gran B.

—Venga la llave—dijo mi madre

Rechinó la cerradura y se abrió el baúl, alzando después la pesada tapa.

Salió de allí un fuerte olor á tabaco y á brea. Encima de todo se hallaba un traje casi nuevo, de paño azul y cuidadosamente doblado. Debajo encontramos un par de magníficas pistolas, una brújula de bronce, un re-

loj español, varias escudillas de metal, paquetes de tabaco, una barra de plata, un sexante y cinco ó seis conchas de la India que despedían hermosos destellos.

Seguimos buscando. En el fondo hallamos un viejo gabán de marino, manchado por el salitre de lejanas playas.

Mi madre se desesperaba ante los escasos resultados que obteníamos. Sacó impacientísima el gabán y apareció entonces un paquete envuelto en hule. Lo examinamos al tacto. Estaba fuertemente cosido y debía contener papeles. A su lado hallábase un saquito que al sacarlo hizo un ruido metálico.

Mi madre advirtió:

—Aquí está lo que buscábamos. Cogeremos lo nuestro nada más; así verán esos pillos lo que son las gentes honradas. Dame el saco de la señora Crowley.

Comenzó á contar monedas que iba echando en el saco que yo le había traído. Pero aquella operacion resultaba muy complicada á causa de que las monedas halladas en el saquito del capitán eran de diversos países. Había doblones, luises, guineas, onzas... ¡y que sé yo! Y todo mezclado y confundido. Mi madre sólo sabía contar guineas é iba separándolas del monton.

Cuando estábamos más embebidos en este trabajo oí unos golpes que me llenaron de espanto.

Era el baston del ciego que chocaba contra las piedras del camino. Los golpes avanzaban, sintiéndose cada vez más próximos.

No había duda ya; el maldito ciego regresaba á la posada.

Helados de espanto nos pusimos en pie, callados, sobrecogidos, reteniendo el aliento...

Le vimos llegar hasta la puerta, dar la vuelta á la llave, intentando abrir... pero la puerta resistió defendida por el cerrojo que estaba echado.

Siguió un silencio mortal. Al fin oímos los golpes del baston que se alejaban lentamente.

Respiramos. Habíamos escapado por el pronto del

peligro. No obstante, éste iba á ser mayor, pues la puerta cerrada debía ser sospechosa á los bandidos que no tardarían en llegar.

Mi madre, á pesar del miedo que sentía, no quiso separarse de las monedas.

—No quiero más que lo mío; lo demás lo dejaremos. Pero no quiero perder ni un céntimo.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando oímos un silbido á lo lejos.

Era preciso huir. Mi madre recogió precipitadamente las monedas que había contado, y dijo:

—Corramos; me llevaré lo que haya aquí.

—Y yo esto para hacer cuenta redonda—exclamé—apoderándome del paquete de hule.

Nos precipitamos á obscuras por la escalera. La vela había quedado encendida al lado del baúl.

Salimos silenciosamente al camino. La niebla comenzaba á disiparse, desecha por los rayos de la luna que bañaba los picos de las rocas. Afortunadamente, el camino permanecía aún cubierto de bruma. Había que aprovechar aquella obscuridad que protegía nuestra fuga.

Avanzamos temblando y no tardamos en oír las pisadas de un grupo que venía hacia la casa. Ya estaban allí.

—Hijo mío—me dijo al oído mi madre:—toma el dinero y huye; yo no puedo más, me siento desfallecer.

Iban á cogernos ya, no había salvacion posible. ¡Cuánto maldije entonces la egoísta cobardía de nuestros vecinos de la aldea!

Llegamos hasta un puentecito, caminando arrastras mi madre; pero una vez allí no pudo avanzar más, y dando un suspiro cayó desmayada.

No sé cómo la pude arrastrar hasta el foso contra el arco del puente. Allí, arrastrándome de rodillas, conseguí ocultarme; pero mi pobre madre continuaba desmayada fuera de la sombra, iluminada por los rayos de la luna que comenzaban á alumb ar aquel sitio espantosamente próximo á la posada.

## EL ASALTO

Fué bien extraño lo que me ocurrió. En aquella situación terrible la curiosidad venció en mí al temor.

Pasados los primeros momentos, no pude permanecer más tiempo en mi escondite. Necesitaba saber lo que pasaba fuera. Me fuí arrastrando hasta un matorral desde donde dominaba el camino y la posada.

Desde allí vi á siete ú ocho hombres, uno de los cuales llevaba una linterna; tres de ellos iban juntos y agarrados de la mano. El de en medio era el ciego.

Llegaron frente á la puerta que habíamos cerrado nosotros, quitando después la llave.

Forcejearon para abrirla, y como no lo conseguían, el ciego gritó:

—Echadla abajo.

De un violento golpe saltó la puerta. Los asaltantes se detuvieron, sin decidirse á seguir adelante y cambiando entre sí algunas palabras.

Nuevamente les increpó el ciego.

—¡Adelante, con mil demonios!—gritó.—¿Váis á echar raíces ahí? ¿Qué esperáis?

Avanzaron cuatro ó cinco hombres, que penetraron resueltamente en la posada, quedando los otros á la parte de afuera acompañando al ciego.

Siguió un momento de silencio. Lo cortó una exclamación de sorpresa y una voz que gritaba desde el interior:

—¡Bill está muerto!

El ciego prorrumpió en terribles maldiciones.

—¡Pero registradle condenados! ¡Subid á su cuarto

y traed su cofre! Todo hay que decirlo como si no supiérais hacer nada solos. Vamos aprisa, aprisa.

Los oí subir atropelladamente la vieja escalera, dando tales patadas que la casa se venía abajo. Luego se oyeron gritos espantosos y la ventana cayó hecha añicos, de un formidable puñetazo. En el hueco que habían dejado los cristales rotos apareció iluminada por la luz de la luna la cabeza de un hombre, que gritó dirigiéndose al ciego:

—Pew, nos han robado. El baúl estaba abierto y lo habían registrado ya.

—¿Pero está ahí eso?—rugió el ciego.

—El dinero aquí está.

—¡Al diablo, el dinero! Pregunto por los planos de Flint.

—No aparecen.

—Y los que registran al muerto, ¿han hallado algo?

En aquel momento uno de los que indudablemente había estado registrando, se presentó en el dintel de la puerta.

—A Bill le han registrado antes de que llegáramos nosotros; estoy seguro—dijo.

El ciego asintió.

—Han debido ser las gentes de la posada. Aquel maldito chicuelo... ¡Ah! Si le hubiese arrancado las orejas... Pero aún será hora, pues hace poco estaban aquí todavía. ¡Vamos, muchachos, registrad por todas partes, removedlo todo!

—No deben andar muy lejos—observó uno de los de la banda,—porque han dejado la luz encendida.

—Removedlo todo de arriba abajo; volved la casa del revés—dispuso el ciego.

Oyóse entonces un estrépito infernal. Hasta mi llegó el ruido de los pobres muebles que caían rotos; las puertas eran abiertas y cerradas con brutal violencia; las ventanas saltaban destrozadas á puñetazos; todo era víctima de la furia de aquellos bandidos. Al fin, completa ya su obra de destrucción, salieron todos para comunicar al ciego que no habían encontrado nada.



A lo lejos sonó nuevamente el silbido que tanto nos había asustado cuando huíamos y que habíamos creído era una señal del ciego llamando á sus compañeros. Me convencí ahora, por el efecto causado en aquellos hombres, de que era un aviso de alarma.

—Es Dick—dijo uno de los asaltantes.

Sonó nuevamente el silbido.

—La señal—continuó aquel hombre.—Hay que huir, compañeros. Estamos en peligro.

—¡Huir!—interrumpió Pew.—¿Quién habla de huir? Ese Dick se asusta de cualquier cosa. Ya lo conocéis, no hagáis caso de sus silbidos. Lo que urge ahora es buscar á esas gentes, que no deben estar lejos. Acaso debajo de vuestras mismas narices. Buscad, condenados, buscad... ¡Ah, si yo no estuviese ciego!

Dos hombres se pusieron á registrar los matorrales; pero hacíanlo sin entusiasmo alguno, obligados por las recriminaciones de Pew y siempre atentos á las señales de su compañero que anunciaba el peligro.

Los demás estaban indecisos y no se movían.

—¡Imbéciles!—rugía Pew—tenéis en la mano millones y los dejáis escapar. ¡Cobardes, más que cobardes! Con sólo un esfuerzo alcanzaríamos de quienes lo tienen un pedazo de papel que está aquí, aquí mismo y vosotros no queréis buscarlo cuando nos haría más ricos que reyes. Ya no os atrevisteis á dar la cara frente á Bill y tuve que venir yo, yo solo, y ahora me vais á arruinar, voy á perder una fortuna por vosotros, á tener que pedir limosna cuando podíamos pasear en coche y tirar á puñados el dinero. ¡No, y mil veces no! Buscad á esa gente, ya véis que no se trata de gran cosa. Pero, ¿por qué os estáis quietos?

—Oye, Pew—dijo uno.—Ya tenemos lo doblones y lo mejor será huir antes de que nos pesquen.

—Además—añadió otro.—Dios sabe si esos papeles estarán enterrados y cualquiera los encuentra ahora, Coge las guineas Pew y por hoy contentémonos con eso. Déjate de palabrerías...

Esta oposición hizo estallar de furor al ciego que, enarbolando el palo comenzó á sacudir terribles gol-

pes en todas direcciones. Los bandidos intentaban arrancarle el bastón sin poderlo conseguir, luchando contra ellos Pew á patadas, con los dientes, como podía...

Esta pelea nos salvó á mi madre y á mi. Estaban todavía agarrados con el ciego cuando se oyó el galope de unos caballos que avanzaban desde el lado del pueblo.

Sonó un disparo, y ésta fué la señal de desbandada. Los bandidos huyeron en todas direcciones. Unos corrieron hacia el mar, los otros internáronse hacia las rocas.

Pew había quedado sólo. Ignoro si lo abandonaron por efecto del miedo, ó por vengarse de sus brutalidades y sus insultos. Lo cierto es que quedó completamente sólo, golpeando con furia las losas del camino y llamando inútilmente á sus compañeros.

Desesperado, después de dar mil vueltas, equivocó el camino tomandó el del pueb'o por el que echó á correr.

—¡Jonny, Perro-Negro, Dik!..—gritaba—¡Así me abandonáis! ¡Esto no puede ser! ¡Dónde estáis!

Pasaba bien cerca de mí cuando volvió á repetir su llamamiento.

El aquel instante aparecieron en lo alto de la colina cuatro ó cinco jinetes que venían al galope.

Pew adivinó su error y retrocedió rápidamente, tratando de huir. Como no se veía, tropezó contra el puente y cayó; levantóse inmediatamente, y en su ofuscación fué á arrojarle á los pies del caballo que venía delante.

El jinete trató de refrenar su cabalgadura, pero ya era tarde.

Pew cayó al suelo lanzando un grito terrible, y destrozado el cráneo por los cascos del caballo. Permaneció un instante echado sobre un costado, en los estertores de la agonía, después quedó boca abajo y sin movimiento.

Sali de mi escondite y me dirigí hacia los jinetes que habían formado círculo en torno del cadáver al que

contemplaban con espanto. Dos de ellos habían echado pie á tierra.

Eran aduaneros. Uno de los campesinos que habían ido á avisar al doctor los había encontrado al paso y les había advertido del peligro que corríamos.

Precisamente su jefe, el inspector Dance, acababa de enterarse de que estaba anclada una balandra en el *Agujero de Kitt*, y marchaba allí con su gente para averiguar qué era aquello. A esta feliz circunstancia debíamos el haber salvado la vida.

Un poco de agua fresca devolvió el sentido á mi madre, que á los pocos instantes, después de haberse contado el dinero, prorrumpió en lamentaciones porque le faltaban algunas guineas en la cuenta.

El inspector Dance, temiendo cualquier emboscada, dispuso echar pie á tierra, y tomando un sendero que atravesaba el centro del valle llegaron á la bahía.

La balandra acababa de levar anclas.

A las voces que dió el inspector le contestaron los fugitivos que se retirase, si no quería recibir algún recuerdo. Una bala acababa de pasar silbando junto á él.

La balandra no tardó en doblar la punta de la bahía.

Todo lo más que pudo hacer el inspector fué enviar á Bristol á uno de sus hombres para que diese cuenta de lo ocurrido.

—Qué remedio queda—exclamaba.—De todas suertes se han escapado ya y ese tunante de Pew lo ha pagado por todos.

Nos dirigimos hacia la posada. En el trayecto le referí cuanto había ocurrido.

Nuestra pobre casa estaba destrozada. Los bandidos sólo se habían llevado el saco de oro del capitán y algunas monedas que había en el mostrador, pero lo habían destruído todo, rompiendo los muebles y cuanto habían encontrado á su paso. Esto representaba para nosotros la ruína.

El inspector no podía explicarse la furia de aquellos desalmados, y me decía:

—Se han llevado el dinero, ¿no es eso? Pues, ¿qué querían más? ¿Qué buscaban?

—No lo sé; pero sospecho que lo que buscaban es esto que tengo aquí—contesté sacando el paquete—y quisiera ponerlo en lugar seguro.

—Venga, hijo mío. ¿Quiéres confiármelo?

—Tenía pensado entregarlo al doctor Livesey.

—Perfectamente—asintió el inspector sin demostrar la menor contrariedad.—Harás bien en confiarle tu hallazgo. El doctor es todo un caballero, y además, el juez de paz. Nadie como él para el caso. Y á propósito—añadió—yo tengo que ir ahora á verle para enterarle de la muerte de ese Pew, porque los pobres aduaneros no estamos exentos de la calumnia, ¿quiéres venir conmigo?

Le dí las gracias con toda mi alma por su ofrecimiento y regresamos á la aldea donde nos esperaban los caballos.

Mientras los aduaneros montaban de nuevo, expliqué á mi madre lo que íbamos á hacer.

El inspector me co'ocó á la grupa de su caballo. Dió la voz de marcha, y partimos al galope hacia la casa del doctor Livesey.

---

## VI

### EL MAPA DE FLINT

No tardamos en llegar. La casa del doctor se hallaba completamente á oscuras, no viéndose ni en ventanas ni en balcones luz alguna.

El Sr. Dance me rogó que descendiese del caballo y llamara.

Salió una criada y nos dijo que el doctor había marchado á comer con milord Trelawney, en cuyo castillo se encontraba.

Nos dirigimos allá, ya que el castillo estaba cerca. Yo no había querido volver á montar y seguía á los jinetes corriendo al lado de ellos.

Llegamos al parque. El inspector dió su nombre y le dejaron pasar en seguida. Me llevó con él, y un instante después subíamos las escaleras del castillo. Un criado nos condujo á un salón cuyas paredes estaban atestadas de libros, adornándolas diez ó doce magníficos bustos de mármol.

Allí estaban el dueño del castillo y el doctor, sentados frente á la chimenea y fumando tranquilamente en una pipa.

Era la primera vez que veía á milord tan de cerca.

Era de elevada estatura, robusto y fuerte. Su rostro, bronceado por los largos viajes, tenía una expresión dura; pero en el fondo era un excelente caballero, muy locuaz y muy poseído de su rango.

—Entre usted, Sr. Dance—dijo con afectuosa amabilidad.

—Buenas noches, inspector—saludó el Sr. Livesey, y luego al verme añadió:—Pero, ¿eres tú, Jim? ¿Qué vientos te traen?

El inspector, cuadrado militarmente, relató lo ocurrido.

Milord y el doctor le escuchaban atentos, reflejándose en su semblante la ansiedad y la sorpresa.

Cuando el Sr. Livesey se enteró de que mi madre estaba á salvo, se frotó las manos en señal de alegría.

Milord seguía con interés todos los pormenores, y de cuando en cuando exclamaba con simpático énfasis

—¡Bravo! ¡Bravo!

Se había levantado y daba grandes paseos por la sala.

El doctor permanecía en la butaca y ensimismado con la narración se había quitado la peluca sin preocuparse de la figura que hacía sin aquel apéndice.

Al fin el inspector terminó su relato sin haber omitido nada.

Milord exclamó:

—Le felicito á usted, Sr. Dance, y á ti también pequeño Hawtruis. Pero, ¿quieres hacer el favor de llamar? El Sr. Dance aceptará un *bock* de cerveza.

El doctor, mientras yo llamaba tirando del cordón de la campanilla, me preguntó:

—¿Estás seguro de tener en tus manos lo que esos miserables buscaban?

—Aquí está—contesté, entregándole el paquete.

El doctor lo examinó atentamente, dándole vueltas entre las manos, pero pudo dominar su ansiedad y acabó metiéndoselo tranquilamente en el bolsillo.

—Milord—dijo—el Sr. Dance, después que bebamos á su salud, tendrá que salir para continuar su servicio. Yo me llevaré á Jim á mi casa, pero mientras tanto, convendría que le diéramos algo de comer, pues estará hambriento.

—Ya había pensado en ello, doctor—contestó Trelawney;—se le servirá una buena cena.

Me trajeron una gran torta de pichones, un pastel y una copa de vino. Comí con un apetito feroz, pues me estaba muriendo de hambre.

Mientras tanto, el inspector había apurado el *bock* y se despedía muy respetuoso.

Cuando quedamos solos, preguntó el doctor:

—Y ahora, ¿qué vamos á hacer?

—Lo que usted diga—contestó el Sr. Trelawney.

—Vayamos por pasos—advirtió el doctor sonriendo afablemente.—Ya habrá usted oído hablar del pirata Flint, del cual se llamaba teniente ese Bill Bones.

—¿Qué si he oído hablar? ¡Ya lo creo! No ha habido pirata más feroz, era el más temible de los bandidos del mar... Barba Azul quedaba chico á su lado.

—La cuestion es esta. ¿Flint tenía dinero?

—¿Lo duda usted? ¿Qué buscan esos bandidos más que dinero? ¿Por qué exponen la pelleja?

—¿Y el dinero de Flint será considerable? Suponga usted que le hago esta pregunta creyendo tener en el bolsillo algún indicio respecto al lugar en que Flint escondía su tesoro; y dígame ahora, ¿cree usted que ese tesoro sea muy considerable?

—He aquí mi respuesta. Si realmente posee usted ese indicio, me comprometo á fletar un barco en el que usted, este niño y yo iremos á buscar el tesoro, así cueste el encontrarlo un año.

—Perfectamente—exclamó el doctor;—y ahora si á Jim le parece abriremos este paquetito.

Lo había sacado del bolsillo, colocándolo encima de la mesa.

El paquete estaba cosido por los cuatro costados. Sirviéndose de unas tijeras de cirujano, cortó las puntadas el doctor.

Abierto el envoltorio de hule, aparecieron una cartera y un sobre lacrado.

—Examinemos la cartera—dijo el doctor.

El Sr. Trelawney y yo mirábamos atentos aquellas operaciones.

En la primera hoja de la cartera había unas rayas y unos garabatos, como hechos, al probar una pluma, por una mano inexperta.

Más adelante había una inscripción igual á la que yo había visto tatuada en el brazo del capitán: «El capricho de Billy Bones.» Otra decía: «Billy Bones segundo de abordo.» En otra se leía: «No más ron.» Algu-

nas hojas después venía esta inscripción: «Á lo largo de la llave de las Palmas lo he atrapado.» Seguían varios garabatos y muchas palabras torpemente escritas, verdaderamente ininteligibles.

—Todo esto no nos dice nada—murmuró el doctor, continuando su examen.

Las diez ó doce páginas siguientes estaban cubiertas de extrañas notas, rematadas todas en una cifra y una fecha. Las hojas aparecían cerradas por una suma como en un libro de cuentas, pero en lugar de detallar las partidas sólo había unas cruces. Así veíase en los primeros asientos una suma de 10.750 pesetas, pero indicada por seis cruces colocadas delante de la fecha 12 de Junio de 1745.

Otras partidas llevaban el nombre de un lugar geográfico; por ejemplo: «Trinidad». «A la vista de Caracas», ó una mención de latitud y longitud como: «62° 17' 20"—19° 2' 40"».

Alcanzaban estas cuentas un período de veinte años, y las sumas inscritas en el extremo de cada hoja iban siempre en aumento.

En la última hoja aparecía el total escrito con gruesos guarismos, y encima de él veíanse cinco ó seis sumas equivocadas y repetidas hasta encontrar la cifra exacta.

Cerránolo todo aparecía la firma de Bill con esta inscripción: «Bones. Su tesoro.»

—No comprendo este inventario—dijo el doctor.

—Pues está clarísimo—repuso lord Trelawney—Esas cruces representan los buques echados á pique ó las ciudades saqueadas por esos miserables. Las sumas indican la parte del botín, y cuando el dueño de esta cartera temía equivocarse, añadía una indicación como la de «A la vista de Caracas». Indudablemente, algún barco que atacaron en aquel sitio. ¡Dios haya acogido á sus pobres tripulantes!

—Tiene usted razón. He aquí como iba aumentando el botín á medida que este infame subía en categoría.

Al final del libro de memorias habían unos cálculos



náuticos y unas tablas para reducir á un valor común las monedas francesas y españolas.

—El tunante lo había previsto todo!—observó el doctor.—Así no podían engañarle en el cambio de la moneda.

—Veamos lo demás—indicó lord Trelawney.

Se refería al sobre lacrado. Estaba sellado con un dedal, que acaso sería el mismo que encontré en los bolsillos del capitán.

El doctor abrió el sobre con mucho cuidado y halló en él un mapa. Era el de una isla con su latitud y longitud, fondeaderos, bahías, sondajes, alturas, todo cuanto era necesario para llevar hasta ella un buque sin temor á ningún contratiempo.

Tendría esta isla nueve millas de largo por cinco de ancho, y semejaba un enorme dragon apoyado en sus patas traseras. En primer término destacábanse dos puertos naturales, casi enteramente cerrados, y en el centro una colina señalada con el nombre de «Larga Vista».

El mapa parecía muy viejo, pero tenía fechas é indicaciones recientes. Una de éstas eran tres cruces hechas con tinta roja, colocadas dos hacia el N. de la isla y la otra al SE. Al lado de esta última aparecía escrito con la misma tinta y con una letra fina, bien distinta á los garabatos del capitán, la siguiente indicación:

«Aquí está lo principal del tesoro.»

En la espalda del mapa se veían estos otros datos escritos por la misma mano:

«Arbol grande, sobre la cresta de Larga Vista, un punto al N. de NNE.

»Isla del Esqueleto, ESE. por E.

»Diez pies.

»La plata en barras, en el escondite del N. Para llegar allí se seguirá el valle del E., á diez brazas al S. de la roca negra que está indicada por una figura.

»Las armas y municiones fáciles de encontrar en la arena, punto N. del cabo, que cierra el fondeadero N. un punto al E. cuarto N.»

Ya no había más.

Estas indicaciones, que yo no podía explicarme, llenaron de alegría al doctor y á lord Trelawney, que, dirigiéndose á su amigo, exclamó:

—Es indispensable que desde mañana mismo deje usted esa profesión de doctor que nada le produce. Yo me iré á Bristol y en una ó dos semanas fletaré el buque más velero que encuentre, le dotaré con la mejor marinería y volaremos en busca del tesoro. Vendrá con nosotros Jim como grumete, yo seré el gran almirante y nos acompañarán Redruth, Joyce y Hunter. Llegaremos á la isla después de una travesía feliz y hallaremos el tesoro, un tesoro inmenso, ya verá usted.

—Pero hemos olvidado una cosa principalísima— advirtió el doctor.—Ese oro no nos pertenece, puesto que lo han amontonado allí el robo y el asesinato.

—Es verdad—repuso con su habitual franqueza lord Trelawney.—Pero, ¿quiere usted que se quede abandonado, que continúe improductivo ese tesoro?

El doctor reflexionó antes de contestar y al fin dijo:

—No creo que tengamos derecho á ello, porque con ese dinero pueden repararse muchas injusticias y socorrerse muchos dolores. Convenganos en considerar ese tesoro como un hallazgo de monedas antiguas cuya mitad, según lo que dispone la ley, pertenece al Estado.

—Perfectamente.

—En cuanto á la otra mitad que se nos concede hay que distribuirla en esta forma: Separaremos una importante suma, la tercera parte, por ejemplo, para fundar un hospital de marinos viejos ó enfermos y lo demás lo repartiremos entre nosotros.

—Aceptado—exclamó lord Trelawney.

—En ese caso, tranquila ya nuestra conciencia, nos embarcaremos y Jim vendrá con nosotros, pero hay un hombre que me inspira cuidado.

—¿Quién es?—preguntó Trelawney.

—Usted, milord; desgraciadamente, es usted muy locuaz y en este asunto se necesita la reserva más

absoluta. Advierta usted que son varios los que conocen la existencia de ese tesoro, pues los que asaltaron la posada no buscaban otra cosa. Es de temer que esa gente nos lo dispute palmo á palmo, dispuestos á arrancárnoslo por todos los medios. Conviene, por lo tanto, que no nos quedemos sólo. Jim y yo esperaremos aquí y usted vaya á Bristol acompañado de Joyce y Hunter. Pero ni una palabra sobre nuestro viaje, la menor indiscreción nos perdería.

Lord Trelawney se puso de pie y contestó con solemnidad.

—Tiene usted razón. Seré callado como un muerto. Vaya mi palabra—añadió—alargando afablemente su mano al doctor

## VII

### APARECE JUAN SILVER

Los preparativos del viaje duraron algún tiempo. El doctor tuvo que ir á Londres para buscar á un amigo que se encargase de su clientela.

Lord Trelawney estaba en Bristol ocupándose en el armamento del buque, y yo me quedé en el castillo con Redruth, donde no hacía más que pensar en viajes y en aventuras verdaderamente extraordinarias.

Todas los días examinaba el mapa de la isla, y acabé por sabérmelo de memoria hasta en sus menores detalles.

Me sentaba junto á la chimenea, y allí, con el mapa sobre las rodillas, hacía excursiones y más excursiones, subiendo á la colina de «Larga Vista» y contemplando entusiasmado desde su altura un pintoresco panorama.

Otras veces me internaba audazmente hacia el centro, descubriendo inmensas extensiones de selva virgen.

Tan pronto veía en mi imaginación poblada la isla de salvajes, á quienes poníamos en fuga, como la encontraba llena de fieras feroces, de las que nosotros éramos los que teníamos que huir.

Ninguno de los peligros que soñé, por terribles que fueran, habían de llegar ni con mucho á los que en realidad afrontamos.

Al cabo de varios días llegó una carta dirigida al doctor, pero que advertía en el sobre:

«Para que la abran en ausencia del doctor Tom Redruth ó el joven Hawkins.»

La abrimos, y decía así:

## «Hotel del Ancora Vieja.

*Bristol 1.º de Marzo de 1761.*

»Mi querido Livesey:

»Ignoro si está usted en su casa ó en Londres, y por eso le envío esta duplicada.

»El buque está ya equipado, y pronto á darse á la mar. Se llama *La Hispaniola*, de doscientas toneladas, tan ligero y tan bien construido, que podría dirigirlo un niño. Un amigo mio, Mr. Blandly, me lo ha proporcionado, habiéndose puesto á mis órdenes en cuerpo y alma, sin contar con que en Bristol todo el mundo me secunda desde que se ha sabido el objeto de nuestro viaje, es decir, el tesoro.»

—¡Oh!—exclamé;—al doctor no le agradaará esta noticia... Lord Trelawney ha hablado, olvidando su promesa.

—¿Y qué?—gruñó el guardabosque.—¡No faltaba más que el amo se privase de hacer lo que quisiera sólo por complacer al doctor!

Continué mi lectura:

«Como ya le dicho á usted, Blandly ha sido quien ha encontrado *La Hispaniola*, y la hemos comprado por una miseria. No obstante, siempre hay amigos de murmurar, que dicen que el barco era suyo y que me lo ha revendido; pero lo cierto es que tiene inmejorables condiciones.

»Todo ha marchado perfectamente. Los obreros encargados de las reparaciones trabajaban con excesiva lentitud; pero por fin ya han acabado.

»La dotación me ha dado bastante guerra. Necesitaba por lo menos veinte hombres, ya que podemos encontrar la isla poblada de salvajes ó tropezar en el mar con esos malditos franceses. No había reclutado media docena, cuando de repente me cae, como llovido del cielo, un hombre extraordinario, un marino viejo, á quien conocí por una casualidad. Tiene en Bristol una taberna, á la que sólo concurren marineros. Supe que deseaba volver á embarcarse, porque su

salud se resiente en tierra firme, y que buscaba empleo en un buque cualquiera. Esto me lo contó un día que trabé conversación con él, paseándonos por la playa, y entonces se me ocurrió llevármelo de cocinero a *La Hispaniola*. Se llama Juan Silver, y es cojo. Perdió una pierna sirviendo á la patria, bajo las órdenes del inmortal Hawke.

»Y pensar que á este pobre inválido no le ha tocado una miserable pensión! ¡Qué tiempos, querido Livesey!

»Pero hay más. Ayudado por este Silver me he encontrado con la tripulación entera. Con su auxilio he hallado cuanto nos hacía falta: un grupo de lobos de mar de lo más extraño que pueda usted imaginarse, todos rudos marineros, de rostros atezados y cuya energía y vigor imponen.

»Juan Silver ha despedido á dos de los marineros que yo había reclutado, explicándome que eran marinos de agua dulce y que no servían.

»Estoy contentísimo; duermo como un lirón y como ferozmente. Sólo ansío ver á mis lobos de mar en la maniobra. ¡Embarcarme! ¡Qué alegría tan grande! ¡Llévese el diablo el tesoro! ¡Verme en el mar me enloquece! ¡Vamos, Livesey, venga pronto y no pierda un instante!

»Que Jim Hawkins vaya á despedirse de su madre acompañado de Redruth, y que se venga en seguida á Bristol para reunirse con nosotros.

#### »JUAN TRELAWNEY.

*P. D.* Me olvidaba decirle que Mr. Blandly enviará otro buque á buscarnos si no hemos vuelto para fines de Agosto. El me ha encontrado también un admirable contramaestre, y Juan Silver, un oficial que nos servirá de teniente. Se llama Mr. Arrow y es todo un marino.

»Ya ve usted que hemos montado *La Hispaniola* como un buque de guerra.

»Y, por último, he olvidado decir que Silver es una

persona muy formal y que tiene cuenta corriente en casa de un banquero. Su mujer se quedará aquí al frente de la taberna mientras él esté ausente. Sospecho que en realidad más que la salud es la mujer quien le decide á embarcarse.

J. T.,

Inmensa alegría llenó mi corazón con la lectura de aquella carta.

En cambio Redruth no hacía más que gruñir; pero como milord era el que mandaba, no había más remedio que obedecer.

Al día siguiente partimos para la posada. Encontré á mi madre perfectamente

Lord Trelawney había hecho reparar nuestra casa y habían pintado de nuevo la muestra, reponiendo algunos muebles rotos, entre ellos un amplio sillón, donde mi madre se sentaba detrás del mostrador. Tenía á su servicio un muchacho que había ocupado mi puesto.

Al verlo allí recordé que tenía que partir y mis ojos se llenaron de lágrimas.

El pobre muchacho no sabía servir todavía y cometía mil torpezas, por lo que tuve que reprenderlo.

Dormí aquella noche en mi casa, y al día siguiente, después de comer, Redruth y yo regresamos al castillo.

Me despedí de mi madre llorando, di un adiós á la bahía, á la posada y á las rocas. Mi último pensamiento fué para el capitán. ¡Le había visto tantas veces pasearse por allí con su sombrero en el cogote, su telescopio y su costurón en la mejilla!...

En el primer recodo del camino todo desapareció. ¿Lo volvería á ver?

Aquella misma noche salimos en la diligencia para Bristol, y como no había en el interior asientos desocupados, Redruth y yo montamos en el imperial. Allí me quedé dormido, hasta que Redruth me despertó, dándome un fuerte codazo.

Pasábamos por una hermosa calle de edificios muy altos.

—¿En dónde estamos? pregunté.

—En Bristol.

Poco después se paró la diligencia y bajamos.

El hotel donde se hospedaba lord Trelawney estaba en el mismo muelle, y podía vigilar desde allí el armamento del buque.

Yo estaba loco de alegría contemplando aquel sin número de barcos de todas las naciones. Aquí un grupo de marineros baldeaba la cubierta; más allá veíase á otros andando sobre las cuerdas que, miradas á distancia, semejaban una inmensa tela de araña; más allá otros replegaban las velas en las cofas...

La animación era extraordinaria por todas partes. No obstante haber pasado mi vida en una playa, me parecía que veía por primera vez el mar.

Admiraba á aquellos marinos de tez tostada, con sus pendientes de oro, sus grandes patillas y su andar vacilante y acompasado.

Mi entusiasmo aumentaba al pensar que me iba á embarcar en un magnífico buque y á surcar por alta mar en busca de una isla misteriosa que encerraba prodigiosos tesoros.

Nos encontramos en la puerta del hotel á lord Trelawney que llevaba un soberbio uniforme de marina, todo galaneado.

Avanzó hacia nosotros, balanceándose como la gente marinera, y nos dijo:

—El doctor llegó ayer de Londres. Ya estamos todos.

—¿Y cuando es la marcha?

—Mañana mismo—contestó el nuevo almirante.



## VIII

### OTRA VEZ PERRO-NEGRO

Apenas concluimos de almorzar, lord Trelawney me dió una carta para que se la entregase á Juan Silver en la taberna del *Catalejo*, cuyo camino me indicó á lo largo de los muelles.

Mi alegría era inmensa al considerar que iba á ver á mis anchas todos aquellos barcos y á codearme con los marineros y con la inmensa multitud que llenaba los docks.

Siguiendo el camino de ellos encontré la taberna cuya muestra brillaba al sol.

Me apresuré á entrar y me encontré en una sala muy alegre con puertas á dos calles, lo que facilitaba la ventilación, barriendo el espeso humo de tabaco.

Los parroquianos eran numerosos y en su mayoría marineros.

Sus gritos me amedrentaron de tal modo que no me atrevía á pasar adelante.

De una habitación contigua salió un hombre y reconocí en él á Juan Silver.

Tenía una pierna cortada á la altura de la cadera y caminaba sirviéndose de una muleta que manejaba admirablemente brincando de un lado para otro como si fuese un pájaro.

Era muy alto y de recia musculatura. En su cara, redonda y abultada, había una picaresca expresion de inteligencia y de malicia.

Parecía estar siempre de buen humor y marchaba de un parroquiano á otro bromeando con todos, dán-

doles palmadas en el hombro ó dirigiéndoles chistosas frases.

Parecía un buen hombre, muy alegre y muy campechano.

Confieso que cuando leí aquella carta de lord Trelawney dirigida al doctor, me puse á temblar temiendo que el cojo de que se hablaba en ella pudiese ser el *marinero de una sola pierna* que tanto espanto me había infundido cuando yo estaba en la posada; pero me bastó ver á aquel hombre tan jovial y tan afable para comprender que me había equivocado.

Sabía como eran los piratas, puesto que había visto al capitán, á Perro-Negro y á Pew.

Y qué diferencia de aquellas odiosas figuras á la de este hombre siempre risueño.

Venciendo mi timidez, me decidí á avanzar y crucé la sala.

Me acerqué al cojo y le pregunté:

—¿Es usted el Sr. Silver?

—Sí, muchacho.

—Pues ahí tiene usted esta carta.

Miró el sobre, reconoció la letra de lord Trelawney y me pareció ver que se estremecía.

—¡Magnífico!—exclamó.—Me figuro que eres el nuevo grumete. Me alegro, ya verás que buenos amigos somos.

Y diciendo esto, me estrechaba cariñosamente la mano.

Un parroquiano se levantó en aquel momento y se dirigió aceleradamente hacia la puerta.

Su precipitación por salir me llamó la atención, y al fijarme en él lo reconocí en seguida.

Le faltaban dos dedos en una mano, y era el mismo que había visto en la posada cuando fué á buscar al capitán.

—¡Detenedle, detenedle!—grité con todas mis fuerzas.

—¿Pero...?—interrogó Juan Silver.

—¡Es Perro Negro!

—Poco importa quién sea—afirmó Silver—lo imper-

tante es que no me ha pagado. Harry, corre tras él y alcánzale. ¡Valiente pillito!

Uno de los hombres que estaban en la taberna salió corriendo.

Silver, soltando mi mano que había tenido agarrada hasta entonces, me preguntó:

—Y ¿cómo dices que se llama?

—Perro Negro.

—No le conozco, pero así fuese el mismo almirante Hawke le exigiría que me pagase.

—¿No ha oído usted hablar de piratas?—proseguí—pues ese es uno de ellos. Perro Negro.

—¿Cómo!—¿Un pirata? ¡Y se ha atrevido á venir aquí! Bon, corre tú también y traételo de una oreja. . Pero oye, Morgán, ¿es contigo con quien hablaba ese canalla?

Un viejo marinero de color de caoba y de cabellos grises, se levantó.

Avanzó tímidamente, mascando un poco de tabaco.

—Morgán—preguntó Silver—es necesario que me digas la verdad. ¿Tú conocías á ese Perro Negro?

—No, palabra que no—contestó Morgán.

—¿Ni de nombre?

—Tampoco.

—¿Y de qué te hablaba?

—No me acuerdo, la verdad; no he reparado.

—¿Que no te acuerdas! Vamos, eres un imbécil. La suerte tuya es que no lo conocías, porque si no no vuelves á poner más los pies en esta casa.

Morgan asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Pero no recuerdas nada? ¿Te hablaba de sus viajes, de sus jefes, de los barcos en que ha navegado?

—Me contaba sus castigos en el fondo de la cala—dijo con acento idiota Morgán.

—Eso os conviene á tí y á él. Anda, retírate y tenlo en cuenta para que no te ocurra de nuevo.

Morgán volvió lentamente á su asiento mientras que Silver me decía al oído:

—Este Morgán es un buen chico, muy valiente, pero muy estúpido.

—Pero ahora que recuerdo—prosiguió—ese Perro-Negro, como tú le llamas, ha estado aquí otra vez; sí, me parece haberlo visto... le acompañaba un ciego.

—Eso es, un ciego—le contesté;—otro de la banda.

—¿Y cómo se llama éste?

—Se llamaba, querrá usted decir, puesto que ya no existe; se llamaba Pew.

—¡Diablo!—exclamó Silver agitadísimo.—¡Si pudiéramos atrapar á ese Perro-Negro! ¡Cómo se alegraría lord Trelawney! Si lo pescan, ya verás cómo nos reímos. Hablaba de la cala, y yo le aseguro que tendrá motivos para volver á hablar de ella

Decía todo esto brincando por la sala ayudándose de la muleta, dando puñetazos contra las mesas y mostrando una indignación tan admirablemente fingida que hubiese engañado á un magistrado de Bow-Street.

Aquel encuentro con Perro-Negro había despertado de nuevo mis sospechas y no apartaba la vista de nuestro futuro cocinero; pero ó él era demasiado astuto para disimular ó yo era muy niño para advertir que estaba representando una farsa.

Los dos hombres que habían salido en busca de Perro-Negro volvieron al cabo de un rato casi sin poder respirar.

Dijeron que se les había perdido entre la multitud, no habiendo podido encontrarlo por más que habían hecho.

Silver les reprendió con tal energía y con un acento de sinceridad que me dejó convencido.

—Ya ves, Jim, que mala suerte tengo. ¿Qué pensará de mí lord Trelawney? ¡Un condenado como ese en mi casa! Habérmelo advertido tú y haberseme escapado de entre las manos. ¡Es para desesperarse! Pero en fin, tú intervendrás en mi favor, ¿no es eso? Ya veo que, aunque muchacho, tienes la perspicacia de un hombre. ¡Ah, si yo tuviese mis dos piernas! Te aseguro que entonces no se hubiera reído de mí ese miserable y que ahora tendría lo que se merece; pero ¿qué le vamos á hacer?...

Interrumpióse, dándose una palmada en la frente y exclamó:

—Pero ¿y el ron que se ha bebido ese pillo?

Entonces le acometió un acceso de risa tan contagiosa que yo me puse también á reír.

—¡Qué simple soy!— dijo.— Dedididaments Jim, creo que vamos á ser muy buenos amigos. Me debían haber enganchado como grumete, pues ya has visto que me han engañado como á un muchacho. En fin, lo primero es lo primero. Vamos á contárselo todo á lord Trelawney, que la cuestión es más importante de lo que parece y ni tú ni yo hemos andado nada listos. ¡Qué demontre, en mi vida me reiré tanto!

Rompió en una estrepitosa carcajada, y aunque yo no acertaba á explicarme el motivo de aquella risa, me creí obligado á compartir su jovialidad.

Salimos y por el camino me fué explicando la arboladura de los barcos, repitiéndome sus nombres y sus matrículas.

Me enteró de todos los trabajos de carga y descarga, relatándome curiosidades marítimas y haciéndome aprender nombres técnicos que yo oía por primera vez.

Todo esto contribuyó á entusiasmarme por Silver, sacando en consecuencia que no habría mejor compañero de viaje.

Llegamos al hotel y encontramos á lord Trelawney y al doctor bebiendo cerveza.

Juan Silver lo refirió todo con singular viveza.

A cada momento se detenía para pedir mi testimonio.

—¿No es verdad, Jim? ¿No ha sido así?—repetía.

Yo no podía menos de asentir á lo que decía.

El doctor y lord Trelawney lamentaron que se hubiese escapado Perro-Negro; pero como no había otro remedio tuvieron que conformarse.

Juan Silver se despidió.

—¡A las cuatro todo el mundo abordo!— dispuso Trelawney.

—Está muy bien, señor.



Cuando hubo salido dijo el doctor dirigiéndose á lord Trelawne :

—He desconfiado casi siempre de los hallazgos de usted; pero ahora declaro que ese Juan Silver me complace mucho.

—Ya le dije á usted que era una verdadera adquisición.

—Y ahora en marcha. ¿Jim puede embarcarse con nosotros?

—Ya lo creo—respondió el doctor.—Coge el sombrero, muchacho, y al buque.

## IX

### LOS ESCRÚPULOS DEL CAPITÁN

La *Hispaniola* estaba anclada en la boca del puerto. Tuvimos que atravesar entre un sinnúmero de embarcaciones hasta llegar á nuestro buque.

Allí nos recibió con un saludo militar el segundo Mr. Arrow, un viejo marino horriblemente bizco, bronceado por el aire del mar y con dos aros de oro en las orejas.

No tardé en advertir que no hacía buenas migas con el capitán.

Era este un hombre que parecía muy inteligente, pero que siempre estaba rabiando, sulfurándose por cualquier cosa. Nadie podía explicarse entonces el mal genio del capitán.

Nos habíamos instalado en el salón cuando se presentó un marinero y le dijo á lord Trelawney:

—El capitán desea hablarle.

—Estoy á sus órdenes—respondió;—que pase.

Entró el capitán y se apresuró á cerrar la puerta.

—¿Qué hay, capitán? ¿Qué tiene usted que decirme? ¿Va todo bien? ¿Estamos listos para aparejar?

—Milord—respondió el capitán,—he de hablarle á usted con franqueza, aún á trueque de ser molesto. Por lo tanto, no debo ocultar á usted que estoy muy contrariado y que me disgustan esta expedición, la tripulación y el segundo que me han buscado.

—¿Por qué no dice usted que tampoco le gusta el buque?—replicó lord Trelawney, que comenzaba á irritarse.

—No puedo hablar, ni hablo del buque, porque no

lo conozco; pero hasta ahora me parece bien construído y muy dócil al timón.

—Entonces, ¿le desagrada á usted el propietario?

—Vamos—dijo interviniendo el doctor—no hay que agriar las cuestiones. El capitán, ó ha dicho demasiado, ó demasiado poco, y debe explicarse más. Díganos, capitán: ¿caso emprende usted este viaje á la fuerza?

—Voy á ser franco. Yo he aceptado lo que llamamos una comisión secreta y me he comprometido á mandar este buque para conducirlo á donde ordene su propietario; pero me encuentro con que toda la tripulación conoce el objeto de nuestro viaje, y lo saben todos menos yo. ¡Esto comprenderán ustedes que no es justo!

—Es verdad—dijo el doctor.

—Además he sabido por la tripulación que se trata de buscar un tesoro. Es muy peligroso eso de buscar tesoros en medio del escándalo que se ha armado con esta expedición, de la que están enteradas hasta las cotorras.

—¿Se refiere usted á la de Juan Silver?

—Me refiero á todo. Se habla á gritos de nuestro viaje y nadie advierte el peligro que corremos... un peligro de muerte.

—Eso ya estaba descontado—observó el doctor,—y lo aceptamos de antemano. Pero vayamos á otro punto, ¿por qué le disgusta á usted la tripulación?

—Creo que era yo quien debió elegir el personal, puesto que soy su capitán.

—Ciertamente. Lord Trelawney podía haberle consultado á usted; pero si no lo ha hecho ha sido porque no se le ocurrió, créalo usted, y respecto del segundo, ¿qué me dice usted?

—Es un buen marino; pero se permite muchas confianzas con la tripulación. Un segundo debe conservar su rango y no ponerse á beber con los marineros.

—Es que será un borracho—dijo Trelawney.

—Yo no diré eso; pero lo que sí afirmo es que los trata de igual á igual, relajando la disciplina.

—Pero acabemos, capitán: ¿qué desea usted?



—Preguntarle si está decidido á partir.

—Sin duda alguna.

—En ese caso voy á darle á usted un consejo; que no vayan en la santabárbara de popa, ni la pólvora ni las armas. ¿Por qué no han de estar en el arsenal? Además, hay cuatr · hombres verdaderamente adictos á ustedes, pues bien que no se alojen con la tripulación, que ocupen las literas que hay alrededor del salon.

—¿Tiene usted algo más que pedir?—preguntó Trelawney.

—Sí, señor: he oído que tiene usted un mapa de la isla en el que están marcados con cruces rojas los sitios en que se hallan enterrados los tesoros. Esa isla se encuentra á... (y citó exactamente su longitud y latitud.)

—¡Yo no he dicho eso!—se apresuró á consignar lord Trelawney.

—Pues lo saben todos los de la tripulación—replicó el capitán.

—Habrá sido usted, doctor, ó tú Jim... yo...

—Poco importa quien haya sido, el caso es que se sabe—dijo el doctor.

—No sé quién tiene ese mapa—prosiguió el capitán—pero exijo formalmente que no se entere de ello ni á Mr. Arrow ni á mí. De lo contrario presentaré la dimisión.

—Por lo que parece—observó el doctor—desea usted declinar toda responsabilidad sobre este asunto, formando en torno nuestro una especie de ciudadela con nuestros criados y con las armas y municiones. En una palabra: ¿teme usted una sublevación?

—No he querido decir tanto. Si temiese eso no me embarcaría ni comprometería á nadie. Creo que el segundo Mr. Arrow es un hombre honrado, pero no puedo asegurar lo mismo de parte de la tripulación, porque no la conozco. Y como soy el responsable del barco y de la vida de cuantos se hallan á bordo, ruego á usted que me deje en libertad para tomar las precauciones que juzgue necesarias. En otro caso re-

pito que tendría que rescindir mi compromiso. Es cuanto le tenía que decir

—Capitán Smollet—replicó el doctor—entiendo que ha exagerado usted un poco las cosas, pero de todas suertes me complace que todo haya terminado así. Apuesto á que no confiaba usted que llegaríamos á esta inteligencia.

—Efectivamente, doctor, he temido que lord Trelawney no quisiera escucharme y sobreviniese un rompimiento.

Lord Trelawney repuso:

—Acaso deba usted dar las gracias de todo al doctor, que es más parlamentario y más cachazudo que yo. No tengo por qué ocuparle que en los primeros momentos, al ver los pueriles escrúpulos de usted, sentí ganas de enviarlo todo á paseo. Pero en fin, ya ha visto usted que le he escuchado con toda la paciencia que he podido y con toda la atención que usted se merece. Y ya está dicho, se hará todo tal y como usted ha aconsejado, entendiéndome siempre que no por esto ha podido aumentarse la absoluta confianza que de antemano tenía depositada en usted.

—Tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber—dijo el capitán,—y saludando con dignidad salió de la cámara.

El doctor, frotándose las manos, se dirigió á lord Trelawney y le dijo:

—Milord, otro motivo para felicitar á usted por su buen tino. Creo que abordo tenemos dos personas honoradísimas, que son el capitán y Juan Silver.

—Acepto lo que á este último se refiere; pero respecto al capitán, me parece demasiado hablador para que su conducta sea la de un completo marino inglés.

—Ya vere nos, ya veremos—replicó el doctor.

Subieron al puente. Los marineros empezaban á cambiar de sitio la pólvora y las armas, acompañando su trabajo con una canción popular.

El capitán en persona vigilaba esta operación.

Se había dispuesto que nosotros ocupáramos los camarotes de proa, que sólo comunicaban con la popa.

por medio de un puente enrejado por el lado de babor.

Estos camarotes estuvieron destinados en un principio á lord Trelawney, al capitán, al segundo, al doctor, á Joyce y á Hunter; pero después se decidió que Redmth y yo fuésemos los que ocupáramos los camarotes del capitán y del segundo.

Estos se acomodaron en el puente, convertido así en puesto avanzado.

Y, efectivamente, allí se colocaron para ellos dos hamacas, complaciendo esta medida al segundo, que aparentaba cierta desconfianza hacia la tripulación.

Se estaba aún cambiando de sitio las armas cuando llegaron Juan Silver y los marineros que faltaban.

El cocinero subió con la agilidad de un mono y se quedó estupefacto al ver lo que hacían.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Ya lo ves—respondió un marinero;—cambiamos de sitio la pólvora.

—¿Y para qué? Lo que se va á lograr con esto es que perdamos la marea.

—Oiga usted—le advirtió el capitán;—aquí mando yo y nadie más. Vaya usted á su cocina á preparar la cena para que esté á su debido tiempo.

—Voy, capitán—contestó Silver saludando con respeto.

El doctor, señalando al cocinero que desaparecía por la escotilla, le dijo al capitán:

—Ese parece un buen hombre.

—Lo celebraré muchísimo, caballero.

Después, encarándose con los marineros, les dijo:

—Muchachos, mucho cuidado con ese barril de pólvora.

—Hola, grumetillo—añadió, volviéndose hacia mí—¿te vas á pasar la vida mirando esa culebrina? Anda, ve á ayudar al cocinero.

Me retiré muy amoscado, y todavía le oí decir:

—No quiero holgazanes en mi buque.

Al bajar iba pensando en que lord Trelawney tenía mucha razón al juzgar como juzgaba al capitán.

Yo, por mi parte, le odiaba ya con toda mi alma.

## CAMINO DE LA ISLA

El traslado de las municiones empleó muchas horas. Toda la noche estuvieron llegando botes y más botes conduciendo amigos que venían á despedirse de lord Trelawney.

Con este motivo se destaparon muchas botellas y hubo gran animación abordo: En mi vida he trabajado tanto como aquella noche.

Antes de rayar el alba, el conrtramaestre hizo sonar su bocina y la tripulación comenzó á levar anclas.

Esta maniobra, desconocida hasta entonces para mí, me llenó de sorpresa y me quedé encantado contemplándola.

Las voces de mando, breves y enérgicas; los silbatos con sus notas agudas; el desfilarse de los marineros que marchaban á ocupar sus puestos caminando á la luz de las linternas; un grupo destacado en la popa, donde maniobraba con acompasados movimientos yendo y viniendo como sombras, todo era objeto de mi admiración y de mi entusiasmo.

Allá lejos oí una voz que decía:

—Juan, cántanos algo.

—Lo dé siempre—añadió otro.

—Allá va, compañeros—respondió Juan Silver, que estaba allí apoyado en su muleta.

En la obscuridad surgió una canción que ya había oído yo en circunstancias bien distintas á la actual y que no olvidaba nunca.

Eran quince marineros  
sobre el cofre del muerto,  
quince lobos, quince marineros.

La tripulación hacía coro, repitiendo:

¡Jo-ho-ho!  
¿Quién quiere la botella?

Giró el cabestrante y todos se apresuraron á empujar las barras con toda su fuerza.

Aquella canción, aún en estos momentos en que tan abstraído estaba contemplando la maniobra, había evocado en mí los terribles recuerdos de la posada, y hasta creí haber oído entre los marineros la áspera voz del capitán.

Acabaron de levar el ancla, las velas se hincharon paulatinamente hasta llenarse de viento.

El puerto, los barcos y la playa fueron borrándose poco á poco, hundiéndose en el horizonte.

Cuando me eché en la hamaca, la *Hispaniola* volaba hacia la isla del tesoro.

La travesía fué muy feliz. El capitán conocía, como pocos, el mando de un barco, y la tripulación, avezada á navegar, poseía excelentes condiciones maríneas.

En cuanto al segundo, Mr. Arrow, he aquí lo que ocurrió:

La tripulación, como ya había observado el capitán, no le hacía caso alguno, y todos se burlaban de sus órdenes haciendo lo que mejor querían.

A las veinticuatro horas de navegar le vimos ya tambaleándose sobre cubierta, con la cara encendida y borracho como una cuba.

El capitán tuvo que arrestarle varias veces.

Pasaba dos ó tres días sin beber, cumpliendo con su obligación en cuanto podía; pero transcurrido ese término volvía á aparecer dando traspiés y tartamudeando en su borrachera.

Entre nosotros nadie acertaba á explicarse dónde

se proporcionaba los licores que le ponían en aquel lamentable estado.

Por más que se le vigilaba no podíamos descubrirlo.

Cuando estaba ébrio, si le interrogábamos sobre esto se echaba á reír como un idiota y contestaba con incoherencias.

Si se hallaba sereno, no hacía más que jurar y perjurar que nunca volvería á beber.

Lo cierto es que aquella conducta sólo servía de mal ejemplo para la tripulación. Sus servicios en el buque resultaban completamente inútiles, y todos temían que de seguir así acabaría por perecer en una de sus constantes borracheras.

No produjo, pues, extrañeza el que desapareciese durante una negra noche de borrasca, en que el barco había sido batido por tremendos golpes de mar.

—Habrà caído al agua—dijo el capitán,—ya se lo tenía advertido, pero era incorregible.

Fué necesario ascender al puesto de segundo á uno de los de la tripulación.

Recayó la elección en el contramaestre Job Andersen, que fué designado para ejercer las funciones de teniente.

Además, lord Trelawney poseía algunas nociones de náutica, y podía muy bien suplir dicho cargo en caso de apuro.

El segundo contramaestre, Israel Hands, era uno de los marinos más prácticos que llevábamos a bordo y el amigo más íntimo de Juan Silver.

Este llevaba siempre su muleta pendiente de una correa pasada por el cuello, lo que le permitía tener libres las manos.

Así lo corría todo, apoyando contra cualquier cosa la muleta.

Yo le seguía admirado de aquella extraordinaria agilidad. Abajo, en la cocina, le veía guisar, estando firme sobre su única pierna, á pesar de las sacudidas del buque y con una seguridad mayor que si estuviese en tierra.

Arriba, sobre cubierta, corría y saltaba como si lo

hacia el más experto marinero con sus dos piernas, mientras que él sólo tenía una.

Parecía imposible que pudiese hacer todo esto hasta habiendo mar gruesa, cuando el barco empezaba á cabecear de un modo terrible.

—Juan—me decía una noche el segundo contra-maestre—es un hombre extraordinario. Tiene un pico de oro y habla mejor que un libro. En cuanto á valiente es un león. Yo le he visto luchar contra cuatro hombres y matar á unos dándoles de cabezadas contra los otros.

Toda la tripulación respetaba á Silver, quien por su parte mostrábase muy obsequioso sin excluir á nadie de sus agasajos y sus atenciones.

A mí me mimaba mucho, y siempre que entraba en la cocina, que la tenía limpia y reluciente como el oro, me decía:

—Ven acá, Jim, vamos á charlar un rato. Mira mi loro; le he puesto el nombre de *Capitán Flint* en recuerdo de ese famoso pirata.

Y añadía dirigiéndose al loro:

—¿No es verdad, capitán, que vamos á tener una feliz travesía?

El loro comenzaba á gritar:

—¡Monedas de ocho! ¡monedas de ocho!

Y así seguía hasta que Silver, cansado de sus gritos, cubría la jaula con un pañuelo y de este modo le obligaba á callar.

—Este lorito—me decía Silver—tiene lo menos doscientos años, yo creo que los loros no se mueren nunca. ¡Qué de cosas habrá visto! Ha navegado con England, el capitán pirata. Ha estado en Madagascar, Providencia, Puerto Bello, Malabar... en casi todo el mundo. Asistió al salvamento de los galeones españoles y allí aprendió á decir ¡monedas de ocho! Se salvaron más de trescientas mil. Presenció el abordaje del *Virrey de las Indias* y ha visto tragedias terribles, ¿no es verdad, capitán?

El loro respondía:

—¡Al abordaje! ¡Al abordaje!

—¡Es todo un valiente!—exclamaba muy orgulloso Silver y le mostraba un terrón de azúcar.

El loro, jurando como un condenado, se acercaba á cogerlo.

—¡Cállate pillastre!—le decía al fin Silver —Ya ves—añadía con aire compungido —mi pobre loro ha navegado con malas compañías y lo malo es lo que se pega, pero todo lo dice con la mayor inocencia.

Lord Trelawney seguía en su tirantez con el capitán y no podía apreciar ni el valor ni la inteligencia que éste demostraba en el mando del buque.

El capitán apenas hablaba con nadie, sólo cuando se le dirigía la palabra contestaba muy cortesmente para encerrarse de nuevo en su mutismo.

En su entereza había acabado por reconocer su error al juzgar á la tripulación, puesto que cumplía como buena.

Respecto al buque estaba entusiasmado y aseguraba no haber mandado otro mejor.

—Todo esto—decía una tarde á lord Trelawney—no impide que yo siga con mis temores y que me disguste soberanamente esta peligrosa expedición.

Lord Trelawney le volvió la espalda y se alejó murmurando:

—Este hombre acabará por irritarme.

En los días de borrasca pudieron apreciarse las excelentes condiciones de *La Hispaniola*.

Abordo todo el mundo parecía satisfechísimo. Verdad es que pocas tripulaciones se habrán visto tan agasajadas como la nuestra.

Casi diariamente se le servía *pudding*; al menor pretexto se doblaba la ración de aguardiente, y sobre cubierta había siempre un enorme barril de manzanas á disposición de todo el mundo.

El capitán no aprobaba estas medidas.

—Si miman ustedes á la gente de proa—decía al doctor—acabarán por convertirlos en tigres.

Sin embargo, gracias á aquel barril se descubrió todo.

He aquí lo que ocurrió:



Tocábamos al término de nuestro viaje.

Según todos los cálculos, la isla estaría á la vista al día siguiente.

Se había puesto el sol.

Terminado mi servicio me iba á dormir, cuando se me ocurrió comerme una manzana, y subí sobre cubierta.

En la popa estaban todos los marineros de cuarto, fija la mirada en el horizonte, ansiando divisar la isla.

El timonel silbaba una canción, acompañándole el ruido de las olas que se estrellaban contra el buque.

Encontré el barril casi vacío, pues apenas quedaban en el fondo dos ó tres manzanas.

Para alcanzarlas salté dentro, me senté en el fondo, y tan cómodamente estaba allí, que no tardé en quedarme dormido.

Me despertó un golpe violento. Alguien se había apoyado contra el barril, empujándolo bruscamente.

Cuando me disponía á salir, oí la voz de Juan Silver.

Hablaba con un marinero, y tan terrible era lo que decía, que, helado de espanto, me acurruqué en el fondo del barril.

Estaba seguro de que si me descubrían era hombre muerto.

Inmóvil, reteniendo la respiración, seguí escuchando lo que decía aquel infame.

Procuré, en medio de mi pavor, no perder ni una sola de sus palabras, pues iba en ello la salvación de mis amigos y la mía.

## CAPÍTULO XI

### EL COMLOT

Juan Silver decía:

—Te repito que no, era Flint, el mismo Flint, quien nos mandaba. Yo era entonces su contramaestre y tenía mis dos piernas. Las perdí al mismo tiempo que Pew se quedó ciego. El mismo cirujano nos curó á los dos, un bravo muchacho escapado de la Universidad y con la mar de latín en los sesos. Esto no impidió que lo ahorcasen en Corso Castle, sin respetar su sabiduría. Pero, repito, volviendo á nuestro tema, que soy de la opinión de England, esto es, que no se debe cambiar el nombre de los barcos. El siempre llamó al suyo *Cassandra*. Lo mismo hizo Flint, su *Walrus* y nada más que su *Walrus*, á quien ví en peligro de naufragar bajo el peso del oro.

—¡Ah!—exclamó un marinero, en el que reconocí por su voz á uno de los más jóvenes,—el viejo Flint sabía mucho.

—Yo—prosiguió Silver,—hice mis primeras armas con England y después con Flint. Ahora navego por mi cuenta. De mis campañas con England tengo ahorradas mil libras y dos mil de las de Flint. Esto representa algo para un pobre marinero, pero es porque sé ahorrar. ¿Dónde están los hombres de England? Nadie lo sabe. ¿Y los de Flint? Pues aquí, en su mayoría, y muy contentos de comer *pudding* todos los días y cansarse de beber aguardiente, sin perjuicio de lo que vendrá después.



—Hola, grumetillo—añadió, volviéndose hacia mí—¿te vas a pasar la vida mirando esa culebrina? Anda, ve a ayudar al cocinero... (Pág. 57.)

—Pero...

—Déjame terminar. Tú, aunque joven, tienes la experiencia de un hombre, y desde que te ví adiviné que íbamos á ser buenos amigos.

Ya se comprenderá mi indignación al oír esto. Empleaba las mismas palabras y las mismas zalamerías con que me había conquistado á mí.

—Esta vida—continuó Silver—es bien distinta de la que llevábamos en otros tiempos. Ahora vamos sobre seguro. Cuando llegue el momento obraremos sin ningún riesgo y sin ningún temor y puedo asegurarte que es cosa hecha. En otros tiempos exponíamos mucho más, llevábamos una vida de perros y corríamos el peligro de que nos ahorcaran, bien es verdad que en cambio al fin de cada expedición nos encontrábamos con cien libras en el bolsillo. Muchos no han sabido ahorrar, se lo gastaban todo hasta quedarse sin camisa, y ahí los tienes como el primer día. Yo he procedido de otro modo, he ido ahorrando, y poco á poco me he hecho mi capitalito. Tengo ya cuarenta años, terminado este negocio, que será el último, me despediré del mar. Pero bien vale la pena; ya verás, tú tampoco quedarás descontento.

—¿Y ese dinero que tiene usted ahorrado? Tendrá que despedirse de él, puesto que no se atreverá á presentarse nuevamente en Bristol.

—Pero ¿tú crees que sigue allí?

—En la casa del banquero.

—Sí, allí estaba; pero no habríamos zarpado cuando ya lo había sacado mi vieja. Y ahora habrá traspasado la taberna y estará en camino de un sitio donde la tengo citada para ir á reunirme con ella tan pronto como demos el golpe.

—¿Y si se fugara con el dinero?

—Eso no se le hace á Juan Silver; créeme, no se juega así conmigo. Me sido primer contramaestre de Flint y allí sólo había hombres de pelo en pecho. Pues bien, todos me temían y hasta el mismo Flint me respetaba porque sabía bien quién era yo.

—El negocio no me agradaba mucho; pero ahora

que he hablado con usted no tengo ningún cuidado. Estoy decidido.

—Venga esa mano—exclamó Silver,—eres todo un hombre. Has nacido para ser un caballero de la fortuna, y lo serás.

El apretón de manos hizo retemblar de un modo terrible el barril.

Yo empezaba á comprender las palabras del infame cojo. Caballero de la fortuna significaba pira'a, y todos aquellos ofrecimientos y aquella conversación eran para corromper á uno de los últimos marineros que nos quedaban fieles.

Del lado de babor sonó un ligero silbido.

Contestó Silver y no tardó en presentarse otro interlocutor.

—Dik ya es de los nuestros—dijo Silver al que acababa de llegar.

—Lo esperaba—respondió la voz de Israel Hands el segundo contramaestre,—Dik no es tonto.

Le oí mascar fuertemente su taco de tabaco, y después de escupir, preguntó:

—¿Oye, Juan, qué esperamos para empezar la danza? Yo estoy ya del capitán Smollet hasta más arriba de los pelos. ¿Cuándo dormiré en su camarote?

—Eso es cuenta mía y de nadie más. ¿te enteras? Hay que aguantarse hasta que, llegada la hora, os diga yo: muchachos, al avío.

—Está bien, pero ¿cuándo será eso?

—¡Con mil demonios! Cuando más tarde mejor. No lo comprendes, animal. Tenemos un capitán que conduce perfectamente el buque; el doctor y lord Trelawney poseen un mapa en el que está indicado todo. ¿Qué adelantariamos con precipitarnos? Que busquen el tesoro, que lo traigan a bordo y después ya se verá lo que se hace. ¿Por qué no hemos de dejar que el capitán Smollet nos conduzca hasta la mitad del regreso? Entonces ..

—Aquí todos somos marineros.

—Si, pero marineros de popa; sabéis manejar el timón y nada más. ¿Quién nos diría el derrotero? Créeme, lo



mejor es que el capitán nos guíe hasta los vientos alisios y después ya nos pasaremos sin él. Yo tengo más ganas que tú.

—No lo dudo, Silver.

—Pero como no me fio mucho de vosotros, me des- embarazaré de la gente de proa en cuanto tengamos abordo el tesoro. Los dejaremos allí si es vuestro gusto.

—No te incomodes, Silver.

—¡No me he de incomodar! Os están diciendo la verdad y no queréis atenderla; pues peor para vosotros.

—Pero es que...

—Tengo mis motivos, ¿sabes? He visto á muchos compañeros ahorcados por haberse precipitado más de lo prudente. Yo tengo más experiencia que nadie en este asunto y se me obedece sin chistar; de lo contrario sabré lo que tengo que hacer.

—No es para tanto, Juan; nadie ha discutido tu experiencia.

—Pero, ¿estáis dispuesto á obedecer ó no?

—Obedeceremos.

—¿Sin chistar?

—Sin decir una palabra, ¿qué más quieres?

—Quiero que no seáis como habéis sido hasta ahora. Tú ya me entiendes. No habéis pensado más que en emborracharos y divertirlos. Ron hoy, y mañana la horca, ese ha sido siempre vuestro negocio.

—Basta Juan, ya sabemos que predicas como un monje. Otros he conocido que sabían mandar como tú, pero que no sermoneaban tanto.

—¿Y dónde están? Pew pedía limosna; á Flint y á Bones los ha matado el ron. ¡Valientes imbéciles!

—Pero sepamos—interrumpió Dik, á quien no le agradaba esta discusión,—¿qué haremos con la gente de proa?

—Perfectamente—respondió Silver,—tú eres de los míos, recto al bulto. ¿Qué te parece mejor, lo que hacía England, que los abandonaba en una isla desierta, ó los procedimientos de Bones de dejarlos quietos para siempre? Los muertos no muerden, decía. ¡Qué.

tuno tan gracioso! Por mi parte, te he de advertir que no me gustan las violencias. Yo soy la amabilidad en persona; pero aquí se trata de una cosa muy seria, y llegado el momento, optaré por la muerte. No quiero que esos señores vengan á mezclarse después en nuestros asuntos.

—Eres todo un hombre—exclamó admirado el segundo contraamaestre.

—Ya me lo dirás cuando estemos en la faena. Yo me encargo de lord Trelawney, le voy á poner en adobo.

—El capitán es cuenta mia—afirmó Israel Hands.

—Oye, Dik, alárgame una manzana—dijo Silver,—tengo seco el gaznate.

Un espanto de muerte se apoderó de mí, quise saltar fuera del barril y escapar, pero no tuve fuerzas para ello.

Oí cómo se levantaba el marinero, su mano chocó contra el borde del barril al mismo tiempo que decía el contraamaestre:

—¡Una manzana! ¡Valiente porqueria! Deja eso para los chicos y danos un buen vaso de ron.

—Sea — respondió Silver. — Toma Dik, ahí tienes las llaves, llena dos botellas del barril grande y traéte las.

Entonces, á pesar de mi terror, comprendí cómo se procuraba Mr. Arrow los licores que le habían llevado á la muerte.

Dik tardó algún tiempo en volver.

Mientras tanto Silver y el contraamaestre habían estado hablando en voz baja y sólo pude oír:

— Ninguno más quiere venirse con nosotros.

Era indudable, pues, que aún nos quedaban algunos marineros fieles.

Al regresar Dik vaciaron las botellas brindando por la memoria de Flint y por la buena suerte del negocio.

Silver brindó: ¡Porque tengamos *pudding* para toda la vida!

De pronto me vi envuelto por una intensa claridad.

Había salido la luna, cuyos rayos plateaban los pã-  
los é inundaban de luz las velas.

Estaba perdido

Pero en aquel instante, el vigia gritó:

—¡Tierra!



XII

PARTIDA DESIGUAL

Todo el mundo se precipitó fuera de los camarotes para comprobar la noticia del vigía.

El tumulto sobre cubierta fué muy grande.

Yo aproveché aquella confusión para salir del barril y deslizarme hasta donde se encontraban el doctor y lord Trelawney.

Nadie me había visto.

Todos se hallaban sobre el costado de babor mirando ansiosamente al horizonte.

Allá, hacia el SE., se distinguían dos colinas, y detrás una montaña cuya cumbre se perdía en la bruma.

El capitán daba órdenes á cada momento; se había apoyado dos puntos más cerca del viento, siguiendo un derrotero que debía dejar la isla al Este.

—¿Alguno de vosotros conoce la tierra que está enfrente?—preguntó.

—Yo, mi capitán—respondió Silver.—He desembarcado en ella para hacer agua cuando servía en un barco mercante.

—El fondeadero está al Sur, detrás de un islote, ¿no es eso?

—Sí, mi capitán, el islote del *Esqueleto*. Así le llaman, y era una guarida de piratas, según me contó un marinero que entonces venía abordo y que conocía muy bien esa isla. La colina hacia el N. se llama *El palo de mes ma*, y las otras dos, yendo hacia el S., *El palo mayor* y *El palo trinquete*. Están las tres en línea rec-

ta, y la de en medio es la más elevada de todas, pero á ésta se le llama generalmente la colina del *Catalejo*, porque, según cuentan, desde ella inspeccionaban el mar los piratas cuando fondeaban en la isla.

—Aquí tengo un mapa—dijo el capitán.—Vea usted si reconoce el sitio.

Silver se apresuró á coger el mapa. Sus ojos despedían relámpagos y sus manos temblaban al extender el papel.

No obstante se iba á llevar un chasco. Aquel mapa no era el que yo había encontrado en el baúl de Billy Bones, sino una copia perfectamente hecha con los sondajes y las latitudes, pero sin las cruces encarnadas y las notas manuscritas.

Me bastó una mirada para reconocerle.

Silver, á pesar de su contrariedad por aquel cambio, supo dominarse y decir:

—Está admirablemente hecho, ¿quién lo habrá dibujado? Los piratas no han podido ser, porque ellos no saben hacer estas cosas... He aquí, mi capitán, el fondeadero; el fondeadero del capitán Kid, como le llamaba mi compañero; tiene una gran corriente al Sur. Ha hecho usted muy bien en apoyar sobre el viento y dejar la isla á babor, suponiendo que desee fondear allí, pues no hay sitio mejor en estos parajes...

—Está bien—replicó el capitán,—retírese usted. Si le necesito ya le volveré á llamar.

La audacia con que Silver había confesado que conocía la isla me tenía atónito.

El infame cojo se llegó hasta mí, y señalando hacia la tierra que acababa de ser descubierta, me dijo:

—Esa isla para un chico de tu edad, es de primera. Podrás subirte á los árboles, escalar las colinas, bañarte, correr tras las cabras monteses... ¡Cuánto vas á gozar! Antes de ir á tierra ven á verme y te llenaré de golosinas los bolsillos. ¡Quiero que te regales! ¡Es tan hermoso tener pocos años y las dos piernas!

Se alejó después de haberme dado una palmada en el hombro, y le ví desaparecer por la escotilla más erguido y más firme que nunca.

El capitán, lord Trelawney y el doctor estaban hablando con el contra maestre.

Yo estaba impacientísimo por comunicarles lo que había oído, pero quería hacerlo sin despertar sospechas.

En todos los que nos rodeaban veía enemigos, todavía emocionado por el inmenso terror que había sufrido en el fondo del barril.

Buscaba un pretexto para aproximarme al doctor cuando éste me llamó para encargarme que le trajera la pipa.

Me acerqué á él y le dije:

—Doctor, tengo que comunicarle á usted una cosa muy grave. Conviene que baje al camarote con lord Trelawney y el capitán. Después, con cualquier motivo, me llaman ustedes.

—El doctor palideció ligeramente, pero se repuso en seguida.

—Eso, es Jim—me dijo en alta voz, como si me explicase la orden que me había dado.—Sobre la mesa, allí está. Tráemela á escape.

Dió media vuelta y se reunió tranquilamente con sus amigos.

Yo esperé todavía un momento.

Le ví hablando en voz baja y comprendí que el doctor les había puesto sobre aviso. Ninguno de ellos aparentó la menor señal de alarma.

Cuando volví con la pipa que se me había pedido, el capitán estaba dando órdenes á Job Andersen.

Sonó el pito del contra maestre y todo el mundo se reunió sobre cubierta.

—Hijos míos—dijo el capitán—esa isla que acaba de señalar el vigía es el término de nuestro viaje. Lord Trelawney me ha consultado si estaba satisfecho de vosotros y le he contestado afirmativamente. Vamos á beber á vuestra salud y se os doblará la ración de grog para que bebáis á la nuestra. Entiendo que lord Trelawney merece vuestra aclamación.

Todos prorrumpieron en ruidosos vivas, durando algunos minutos la ovación.

Juan Silver, que estaba en primera línea, gritó:

—¡Viva el capitán Smollet!

Ni uno sólo dejó de contestar, aclamándole entusiasmados.

Yo les miraba asombrado de que fuesen capaces de la infame traición tramada contra aquellos mismos á quienes estaban vitoreando.

El capitán, lord Trelawney y el doctor bajaron al salón y no tardé en seguirles.

Se habían sentado en derredor de la mesa, sobre la que había una botella de Jerez y un plato de pastas.

El doctor fumaba, despojado de la peluca, lo que era en él un signo de honda preocupación.

—Vaya, Jim, cuéntenos eso que nos tenías que decir.

Lord Trelawney era quien me invitaba á hablar; los demás permanecían callados esperando mis palabras.

Referí cuanto me había ocurrido y toda la conversación oída en el fondo del barril de manzanas.

Ninguno de los tres interrumpió; sus ojos estaban fijos en mi rostro, siguiendo anhelantes mi relato.

Cuando hube acabado me dijo el doctor:

—Jim, siéntate aquí, á nuestro lado.

Me alargó un puñado de pastas y me sirvió vino.

Después llenó los otros vasos y todos bebieron á mi salud y por el servicio que les había hecho, felicítandome por mi valor.

—Capitán—declaró lord Trelawney—tenía usted razón y me apresuro á reconocerlo. He sido un animal.

El capitán replicó:

—Hasta ahora había oído hablar de complots en que las tripulaciones se levantan contra sus jefes; pero esto que pasa es muy raro.

—Pues yo no lo veo así—dijo el doctor.—Quien lo ha armado todo es Silver, y tenía usted razón al sospechar lo que sospechaba.

—Yo les ofrezco á ustedes—replicó el capitán—que he de ahorcarle de una verga. Pero estamos perdiendo el tiempo en charlar y sería mejor que examináramos

mos la situación en que nos encontramos. ¿No les parece á ustedes?

—Usted—dijo lord Trelawney—es quien manda y dispone aquí. A nosotros solo nos toca obedecer.

—¡Ojalá se hubiese hecho así desde un principio!—exclamó el doctor.

El capitán, después de un corto silencio, manifestó:

—Tres puntos capitales se desprenden del relato de este muchacho: primero, que debemos seguir adelante, pues si ordenase virar se me rebelaría la tripulación; segundo, que disponemos de tiempo mientras no se encuentre el tesoro, y tercero, que aún nos quedan algunos hombres que nos son fieles. Mas pronto ó más tarde acabaremos por llegar á las manos, y vendría caer sobre los rebeldes aprovechando un momento propicio. ¿Contamos con los criados de usted, lord Trelawney?

—Como conmigo mismo.

—Son tres; incluyendo á Jim con nosotros sumamos siete hombres. Ahora falta saber cuantos de los demás nos permanecen fieles.

—Deben ser los que contrató lord Trelawney antes de hablar con Silver—observó el doctor.

—Tenga usted en cuenta que entre esos estaba Hands—replicó lord Trelawney con acento desesperado.

—También había creído yo que nos podíamos fiar de Hands—dijo el capitán.

—Créanme ustedes—exclamó lord Trelawney;—¡el pensar que esos miserables son ingleses, me dan ganas de volar el buque!

—Convengamos, señores, en que nuestra situación no es muy agradable. Yo preferiría acabar de una vez, pero eso no puede hacerse hasta que sepamos de qué fuerzas disponemos.

—Este muchacho nos puede servir de mucho, es listo, valiente, y además, no desconfían de él—dijo el doctor.

Lord Trelawney se puso de pie y me alargó ceremoniosamente la mano.

—Jim—exclamó,—¡tú eres nuestra esperanza!

Esta confianza me pareció excesiva, atendida mi corta edad y mi inexperiencia.

Pero el caso era que por mucho que contáramos sólo éramos siete hombres, y entre ellos un niño, frente á los sediciosos que sumaban diez y nueve

No estaba, pues, igualada la partida.

### XIII

#### EN LA ISLA

Al amanecer subí al puente.

La brisa había caído, pero como se habían hecho algunas millas durante la noche anterior, fué necesario quedarse al paio á media milla de la costa.

La isla aparecía cubierta de una vegetacion sucia y sombría.

Las colinas alzaban sus peladas rocas de formas extrañas.

El *Catalejo* se elevaba trescientos pies más, dominándolo todo, cortado á pico por los cuatro costados y rematándolo una pequeña planicie en pendiente.

Aquellas alturas desoladas y secas formaban una especie de anfiteatro á cuyo pie amarilleaba la arena de la playa.

A la derecha extendíase la negra fila de rompientes sobre los que se estrellaba, hirviendo de espuma, el mar, golpeando las rocas con fragores de tormenta.

Más allá distinguíanse, hasta donde alcanzaba la vista, una maleza inmensa, encrespada y oscura.

El panorama no podía ser ni más triste ni más ingrato.

La *Hispaniola* avanzaba entre los arrecifes, crujiendo el casco con los recios embistes de las olas.

Era necesario agarrarse á los cables para no caer.

Un terrible balanceo de babor á estribor y de popa á proa nos zarandeaba furiosamente.

El sol comenzaba á picar y había inundado de luz la isla que yo contemplaba, oprimido el corazón y sin-

tiendo una impresión de malestar cada vez más creciente.

No había viento y fué preciso echar los botes al agua para remolcar á la *Hispaniola* á fuerza de remo hasta la embocadura de la bahía.

Yo me apresuré á embarcarme en uno de los botes.

Hacia ya mucho calor y los marineros protestaban de la dura faena.

Sus insolencias aumentaban sin recato alguno.

Andersen, que dirigía aquel bote, lejos de mantener la disciplina, hacía coro á los demás, exclamando:

—Aún como esto sólo hay que aguantarlo una vez.

La perspectiva de la Isla del Tesoro había enloquecido á aquellos miserables.

Juan Silver dirigía la penosa maniobra desde el primer bote y no vaciló ni un solo momento. Conocía perfectamente aquellos parajes.

Hicimos alto en el mismo sitio que estaba indicada el ancla en el mapa, próximamente á media milla de la costa, entre la playa y el islote del *Esqueleto*.

El fondo era allí de arena muy fina.

La caída del ancla asustó á millares de pájaros que se elevaron por los aires para descender á los pocos momentos.

Después to lo quedó en el mayor silencio.

La rada aparecía cubierta de intrincadas malezas, cuyas ramas llegaban hasta el mar.

La tierra era blanda y cenagosa. Dos riachuelos la inundaban antes de precipitarse en la rada.

La vida allí debía ser muy malsana.

A la derecha vimos un fortín rodeado de una empalizada. Los árboles lo ocultaban del buque.

Todo ofrecía un aspecto salvaje, y de no haber estado seguros que aquella era la isla marcada en el mapa, hubiéramos creído que éramos los primeros en llegar á ella desde que surgió del fondo del mar.

Fuera de la resaca, estrellándose contra los rompientes, no se oía ruido alguno.

Hasta nosotros llegó un fuerte hedor de agua estancada y de hojas y troncos podridos.



—Ahí—dijo el doctor,—es posible que no se encuentren tesoros, pero lo que es unas calenturas, yo lo garantizo.

La actitud de la tripulación al regresar abordo era amenazadora.

Sobre cubierta formáronse grupos, en los que se discutía acaloradamente.

Cualquier orden era acogida con miradas furiosas y ejecutada de mala gana.

Hasta aquellos mismos marineros con quienes creíamos contar, parecían contagiados.

La rebelion se cernía próxima á estallar.

Precisamente era Juan Silver quien más se esforzaba en impedirlo, aconsejando á todos calma, agasajandoles y cantando para distraerles todo su repertorio.

El solo era quien obedecía sonriente y sumiso, aunque sin poder ocultar la viva ansiedad que le causaba la vista de la isla.

Este nos pareció el peor sintoma de todos.

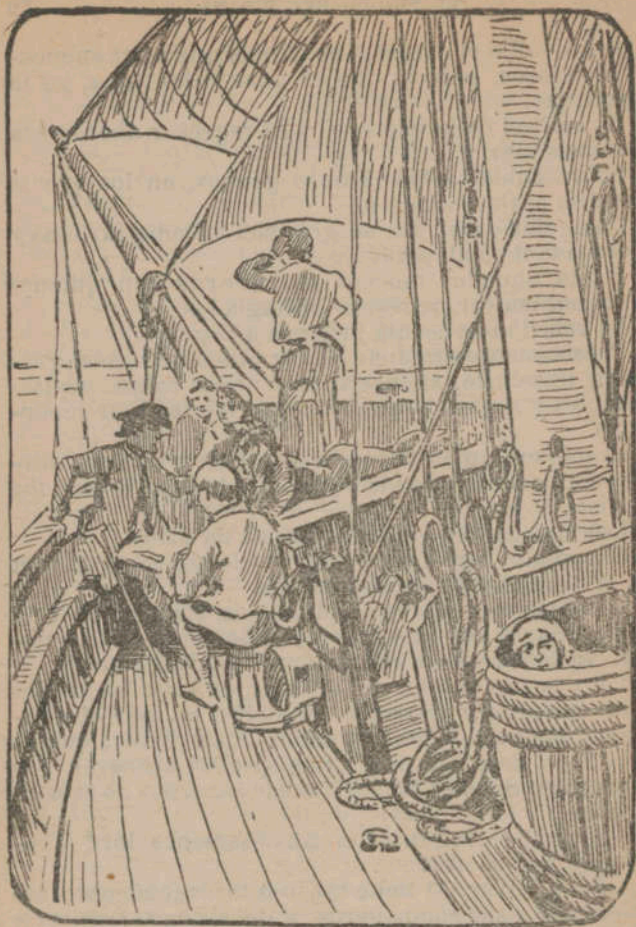
El capitán, lord Trelawney y el doctor se reunieron en la cámara y yo acudí también.

—Caballeros—dijo el capitán,—la tripulación está sublevada. Si doy una orden más se me echarán encima. Ya se atreven á contestarme insolentemente. Si me doy por enterado, no tardarán en salir las hachas y los cuchillos y estaremos perdidos. Si, por el contrario, me hago el desentendido, Juan Silver, que es muy listo, desconfiará y sus sospechas acabarán por perdernos. Sólo un hombre puede sacarnos de esta situación.

—¿Quién?—preguntaron ansiosamente lord Trelawney y el doctor.

—Juan Silver. El tiene tanto interés como nosotros en calmar á sus compañeros, y debiéramos facilitarle el camino. Vamos á dar permiso para bajar á tierra. Si se van todos podremos defender el buque; si lo rechazan nos encerraremos en el puente y ¡Dios nos ayudará!...

Así se hizo. Se repartieron las armas entre todos los



Hablaba con un marínero, y tan terrible era lo que decía, que, helado de espanto, me acurruqué en el fondo del barril. (Pág. 63.)

hombres que nos eran adictos; Joyce, Hunter y Redruth, quienes acogieron la noticia con menos sorpresa y menos inquietud de lo que yo esperaba.

Después el capitán subió á cubierta y reunió á la gente.

—Muchachos—les dije,—habéis trabajado mucho esta mañana y quiero que descanséis. Me parece que no os vendría mal una vueltecita por la isla. Ahí tenéis los botes, quien quiera bajar á estirarse las piernas que lo haga. Podéis pasar en la isla toda la tarde. Al ponerse el sol se disparará un cañonazo dando la señal del regreso.

Una entusiasta aclamación acogió las palabras del capitán.

Los hurras ruidosos llenaron el espacio, levantando ecos en los dormidos rincones de la isla.

La alegría rebosaba en todos los semblantes.

Aquellos imbéciles creían encontrar el tesoro apenas sa'taran á tierra.

El capitán se apresuró á bajar á la cámara, dejándolo todo al cuidado de Silver. Que él se las arreglase como pudiese.

En real dad Juan Silver era el verdadero comandante y la tripulación soportaba su autoridad con cierta impaciencia.

Al fin se arregló todo. Quedaron abordo seis hombres, y los trece restantes se embarcaron con Juan Silver á la cabeza.

Se me ocurrió seguirles. Me encaramé en la borda y deslizándome por las amarras llegué hasta uno de los botes en el momento en que iba á partir.

Me acurruqué en la popa, nadie se había fijado en mí hasta que un maldito remero me divisó.

—¿Eres tú, Jim?—dijo.—Baja la cabeza.

Silver desde el otro bote lo había oído y preguntó si yo estaba allí.

Entonces me dí cuenta de la imprudencia que había cometido.

Afortunadamente los dos botes competían en velocidad por ver cuál llegaba antes.

El mío arribó con bastante anticipación al otro.

No esperé más; me agarré á la rama de un árbol y dando un salto, alcancé la tierra firme.

Antes de que Silver desembarcara, ya me había internado yo en la maleza.

—¡Jim!... ¡Jim!—le oí gritar

Tuve buen cuidado de no contestarle. Corriendo por entre la maleza como un loco, me alejé cuanto pude.



## XIV

### LAS PRIMERAS VÍCTIMAS

Cuando me ví en salvo, me detuve á contemplar el extraño paisaje que me rodeaba.

Había atravesado una llanura cenagosa, cubierta de arbustos muy raros, y me encontraba en una pendiente sembrada de pinos.

Á lo lejos se levantaba una de las colinas, cuyas secas aristas brillaban al sol.

Los marineros habían quedado al otro lado, y yo me hallaba allí solo ante la Naturaleza salvaje y bravía.

Todo era extraordinario para mí, las flores, los pájaros, los reptiles que pululaban por las rocas.

Cuando más ensimismado estaba, oí un silbido espantoso.

Una horrible serpiente avanzaba hacia mí.

Me hallaba en presencia de un enemigo mortal. Erguida la enorme cabeza, lanzaba silbidos acompañados de un ruido sordo. Era una serpiente de cascabel.

De un salto me puse fuera de su alcance.

Corrí con toda la ligereza de mis piernas hasta llegar á un matorral, donde me detuve para tomar aliento.

El peligro había desaparecido. Por entre los troncos de los árboles distinguí la playa que se extendía á lo lejos. Al otro lado ví un pantano inmenso cubierto de escaramujos. Más allá un riachuelo se deslizaba perezosamente hasta perderse en el mar.

De pronto oí un confuso rumor, las malezas se agitaron como si alguien anduviese entre ellas, y los pájaros volaron asustados.

Sospechando que fuese alguno de los marineros me encaramé en un árbol.

No tardé en oír una voz humana que se iba aproximando poco á poco.

A esta voz respondió otra en la que reconocí la de Juan Silver.

Transido de miedo me oculté entre las ramas más frondosas, sin atreverme á respirar.

Las voces seguían avanzando, pero de pronto se detuvieron y cesó el rumor de las malezas, descendiendo los pájaros poco á poco, tranquilizados ya.

Indudablemente aquellos hombres se habían sentado y conversaban bastante lejos de donde yo me encontraba. Hasta mí sólo llegaba un vago rumor de su conversación.

Mi conciencia me dictaba el deber de escuchar lo que decían, pues acaso de ello dependiese la vida de mis amigos.

Acudieron á mi memoria las palabras de lord Trelawney, la elocuente solemnidad con que me dijo: «Jim, tú eres nuestra esperanza», recordé las bondades del doctor, la entereza y la energía del capitán.

Nuevamente oí la voz de Silver que hablaba allá lejos.

Sobreponiéndome al terror descendí del árbol y me fui aproximando á donde estaban aquellos hombres.

Me ocultaba en la sombra de los árboles, deslizábame entre las altas hierbas, siempre guiado por las voces que llegaban distintamente á mis oídos.

Estaba ya junto á ellos, y arrastrándome silenciosamente lo pude ver á través del follaje.

Juan Silver discutía con Tom, uno de los marineros que nos quedaban fieles.

Se hallaban sentados de espaldas á mí y el sol caía á plomo sobre ellos.

Silver tenía descubierta la cabeza y su rostro rechoncho aparecía cubierto de sudor.

—Créeme—dec a—lo que he hecho ha sido porque te aprecio, pues de lo contrario no te habría avisado. Ahora tú dirás si accedes ó no. Ya comprenderás que



Cuando más ensimismado estaba, oí un silbido espantoso. Una horrible serpiente avanzaba hacia mí. (Pág. 82.)

si me viesen aquí hablando contigo no me perdonarían.

—Lo que no me explico—respondió Tom—es que me hable usted de ese modo. Goza usted fama de honrado, tiene dinero y más valor que todos. Pues bien: por qué se deja arrastrar de esos canallas. Yo no soy de ellos, ya lo sabe usted. Antes me dejaría sacar los ojos que ser un traïdor.

A lo lejos se oyó el rumor de una reyerta.

Del lado del pantano llegaban voces de cólera; después un grito de rabia, seguido de un alarido de dolor.

El eco repitió lúgubrementes aquel lamento y los pájaros se desbandaron asustados.

Tom se había levantado de un brinco.

Silver permanecía inmóvil, apoyado en la muleta y acechando con la mirada á su compañero.

—Juan, vayamos á ver qué ha sido eso; dame la mano y te ayudaré...

—¡Quita allá!—le interrumpió Silver incorporándose de un salto.

—¿Pero recelas de mí? Eso es que tu conciencia no está tranquila. Dime: ¿qué habrá podido ser ese grito?

—Ese grito es que ha muerto Fustel.

—¡Cobardes! Uno de los marineros más honrados y más buenos. Ya lo sabes, Silver, así me maten como un perro cumpliré con mi deber. Habéis asesinado al pobre Fustel, ¿no es verdad? Pues bien, si me toca á mí ahora te advierto que me defenderé.

Se quedó frente á él esperando. Después, al ver que nada le decía, le volvió la espalda y se dirigió hacia la playa.

No llegó muy lejos. Silver, apoyando su mano izquierda en el tronco de un árbol, había enarbolado la muleta. Después la lanzó furiosamente sobre su contrario.

Tom recibió el golpe en la espalda y cayó de bruces.

¿Estaba aturdido? ¿Le había herido aquella extraña arma, tan diestramente manejada por el cojo? Nadie lo podrá saber.

Juan Silver, ágil aún sin la muleta, había llegado



junto á él, y lanzando un rugido, le hundi6 el cuchillo en la espalda.

Estuve á punto de desvanecerme de terror. Los oídos me zumbaban y todo giraba en torno de mí.

Cuando tuve noci6n de la realidad, ví á aquel monstruo que se habia incorporado con la muleta bajo el brazo.

Tom yacía á sus pies. El asesino limpiaba tranquilamente su cuchillo con un puñado de hierba.

El sol envolvía con sus ardientes rayos la inmensa explanada, todo estaba tranquilo en nuestro alrededor, me parecía imposible que se hubiese cometido un asesinato allí mismo, ante mis ojos.

No obstante, allí estaba el pobre Tom, horriblemente contraído, en medio de un charco de sangre.

Juan Silver sacó un silbato y llamó.

¿Qué seña! era aquella? Indudablemente iban á llegar los demás y yo no tardaría en correr la misma suerte que los dos infelices marineros asesinados.

El valor me prestó alas. Me deslicé por los matorrales, y aun cuando me ví muy lejos de allí, seguí corriendo, siempre corriendo, en una carrera loca, desesperada.

Mi situaci6n no podía ser más aflictiva.

¿Cómo reunirme con aquellos infames cuando sonara el cañonazo de llamada?

¿No perecería antes?

¿Si no ocurría así y me presentaba aparentando que nada sabía, no era suficiente para delatarme mi ausencia?

En modo alguno podía volver á reunirme con ellos.

Me despedí de la *Hispaniola*, del doctor, de todos.

Me acordé de mi madre y se me saltaron las lágrimas... ¡Pobre vieja m'a!

No me quedaba otro recurso que perecer de hambre para escapar de manos de los asesinos.

En medio de estas amargas reflexiones seguí corriendo cuando llegué al pie de una colina. Un bosque la escalaba á trechos.

El aire era allí más puro que en la parte baja y cenagosa de la isla.

Me detuve, y cuando iba á emprender de nuevo la marcha, me quedé inmóvil palpitante de ansiedad.

Allí me esperaba una nueva alarma.

## XV

BEN GUNN

Un bloque desprendido de la colina rebotaba entre los árboles de la vertiente.

Al alzar los ojos me pareció distinguir á un extraño ser que se ocultaba detrás de los troncos.

—¿Qué sería aquéllo? ¿Un oso, un orangután?

Sólo podía observar que era muy negro y muy belludo.

Nuevamente me encontraba ante un gran peligro. Acosado por los asesinos me salía al frente aquella fiera de los bosques. ¿Qué muerte prefería?

Instintivamente decidí huir del peligro más inmediato y corrí hacia la playa.

Miraba hacia atrás lleno de recelo. El ser misterioso había desaparecido, pero no tardé en verlo otra vez en frente de mí, adelantándose á mi encuentro.

Me hallaba extenuado de fatiga, siéndome imposible correr más. De todas suertes nunca hubiese podido vencerle en agilidad.

Aquel extraño ser brincaba sobre las rocas, saltaba de árbol en árbol, jugando poderosamente sus dos piernas.

Pero, ¿sería un hombre? Las horribles historias de canibales que habia oído referir tantas veces acudieron á mi imaginación.

Iba á gritar pidiendo auxilio cuando me contuve, pensando que si era un salvaje no sería más feroz que Juan Silver.

Recordé que llevaba una pistola en el cinto, y empuñándola esperé, decidido á defenderme.

El extraño ser se había vuelto á ocultar detrás de los troncos.

Desde allí observaba mis movimientos. Yo seguía con la pistola preparada, pronto á disparar.

Le ví asomar la cabeza y vacilar. Dió algunos pasos fuera de su escondite y con gran sorpresa mía se hincó de rodillas.

Entonces avancé con la pistola amartillada.

—¿Quién eres?—pregunté.

—Soy Ben Gunn—repondió—el pobre Ben Gunn que desde hace tres años no habla con persona alguna.

Pude observar que pertenecíamos á la misma raza, que era un blanco como yo y sus facciones nada tenían de desagradable.

Su piel estaba abrasada por el sol y por la intemperie.

Sus labios parecían negros, y sus ojos, de un azul muy claro, contrastaban con lo obscuro del semblante.

Iba cubierto de harapos; jirones de un traje de marinero y pedazos de vela sujetos con fragmentos de redes formaban su triste indumentaria.

Llevaba á la cintura un viejo cinturón de cuero, única prenda servible de su miserable equipo.

—¡Tres años!—exclamé.—¿Naufragó usted aquí?

—No, muchacho, no; me abandonaron. Soy un pobre *marrón*.

Comprendí lo que aquello significaba.

Era un feroz castigo de los piratas que había oído referir á Billy Bones en una de sus borracheras.

Los piratas desembarcaban en una isla desierta á aquel á quien querían castigar y lo abandonaban allí dejándole un poco de pólvora y un paquete de balas.

—Marrón, sí, desde hace tres años—siguió diciendo.—Desde entonces me he alimentado de carne de cabras, de pulpas y de mariscos; ¡pero qué hartito estoy ya! ¡Tengo unas ganas de comerme un pedazo de queso! ¡Cuántas noches he soñado que lo comía, tan rico, tan bueno... Pero me despertaba... ¡y nada!

—¡Pobre Ben Gunn! Si alguna vez puedo volver abordo te prometo un queso entero.

Se había aproximado ya y palpaba mis ropas y acariciaba mis manos, mostrando una alegría infantil.

Mis últimas palabras le estremecieron y levantó los ojos mirándome con ingénuo timidez.

—¿No volver á bordo? ¿Quién te lo podrá impedir?

—No sería usted, ciertamente.

—Yo, jamás; ¿pero cómo te llamas?

—Jim—le dije.

—¡Jim!... ¡Jim!—repetía con extraño gozo—¡Ah, si supieras, he vivido aquí peor que un perro! Y donde me ves, mi familia era muy buena.

—Y ¿por qué se encuentra usted así?

—Pues por mi mala cabeza y por el ron. Huye de él, Jim, eso pierde á los hombres. Yo era un muchacho muy juicioso, el primero en la escuela, después me abandoné, y ya ves en lo que he venido á parar. Ya me lo anunció mi pobre madre. La lección ha sido dura, pero me servirá. Llevaré otra vida y no volveré á las andadas.

Después, dirigiendo una angustiada mirada á su alrededor, se acercó más á mí y me dijo:

—Quiero ser franco contigo, Jim, soy rico, muy rico. ¡Es mi secreto!

Debió observar en mi rostro un gesto de extrañeza, pues insistió:

—Sí, muy rico, ¿y sabes lo que quiero? Pues que lo seas también. Puedes alegrarte de haber sido el primero á quien he encontrado.

De pronto su semblante se contrajo, reflejando una viva inquietud.

—Pero, dime, Jim, no me ocultes la verdad. ¿El barco que te ha traído es el del capitán Flint?

Súbitamente me acudió la idea de que aquel desgraciado podía ser un aliado importante para nuestra causa, y me decidí á contárselo todo.

—No es el buque de Flint el que me ha traído—le dije—pero desgraciadamente hay á bordo muchos de los hombres de aquel infame.

—Pero no estará el hombre de una sola pierna, ¿verdad que no?

—¿Juan Silver?

—Sí, Juan Silver; así se llamaba.

—Por desgracia lo está. Es el cocinero de á bordo y el que ha reclutado la marinería, todos compadres suyos

Ben Gunn me estrechó fuertemente la mano y me miró espantado.

—Silver—murmuró.—Si te envía Silver estoy perdido.

Yo me apresuré á sacarle de su error, refiriéndole nuestro viaje y la desesperada situación en que nos encontrábamos,

Ben Gunn me escuchaba con profunda atención, y cuando hube acabado, me dijo:

—Ya veo que eres un buen muchacho, Jim. No te apures, que yo os sacaré del aprieto. Acaso os sirva más de lo que podéis pensar; pero dime, ¿ese lord es generoso, recompensará á quien le saque del mal paso en que está metido?

—Puede usted estar tranquilo sobre eso.

—Pero hablemos claro. Comprenderás que no he de contentarme con una miserable propina... por ejemplo, un humilde empleo de guarda-bosque. Yo quiero otra cosa. Vamos á ver, ¿crees que me daría... diez mil libras á cambio de ese dinero que puedo llamar mío?

—No me cabe duda; sus propósitos son dar á cada uno la parte que le corresponda.

—Pero ¿me llevaría á bordo sin cobrarme el pasaje?

—¿Por qué no? Además, usted es marinero y podrá servir para la maniobra cuando nos desembaracemos de los piratas.

—Ya lo verás, Jim, ya lo verás—exclamó Ben Gunn convencido de cuanto le había dicho.—Vas ahora á saber cuanto me ha ocurrido. Yo pertenecía á la tripulación de Flint, á bordo del *Walrus*, su famoso buque. Fondamos aquí y bajó á tierra con seis hombres, los más fornidos de todos. Llevaban el tesoro y venían á enterrarlo.

Pasaron días, transcurrió una semana y nadie aparecía. Nosotros teníamos orden de esperarlos á bordo.

Al fin, una mañana vimos un bote que se aproximaba. En él venía Flint completamente solo. Llevaba la cabeza vendada y su rostro estaba pálido, muy pálido. Pero él volvía y los demás se habían quedado aquí muertos, enterrados. ¿Cómo había sido? Nadie lo ha sabido jamás.

Entonces Billy Bones era su segundo y Juan Silver iba de contramaestre.

Fueron los únicos que se atrevieron á preguntarle por el tesoro.

—Podéis bajar á buscarlo—les dijo;—pero el *Walrus* va á desplegar las velas ¡con mil millones de diablos!

Ya no se habló más.

Tres años después pasamos á la vista de esta isla, y á mí se me ocurrió decir:

—Ahí está el tesoro, podíamos ir á buscarlo.

Los demás asintieron y el capitán no tuvo más remedio que acceder.

Desembarcamos, y durante doce días se estuvo buscando el tesoro y no se encontró.

Mis compañeros estaban desesperados y toda su furia se volvía contra mí.

Determinaron embarcarse y dejarme aquí solo. Fué un horrible día. Me habían llamado, y me dijeron:

—Mira, Ben Gum, aquí tienes un fusil, un hacha y esta piqueta, sigue buscando el tesoro de Flint, nosotros nos vamos. ¡Qué tengas buena suerte!

Y les vi partir, quedándome aquí abandonado. ¡Hace tres años de esto!.

—Pero dime, ¿queda en mí algo del marinero? ¿Parezco un sér humano?

Yo le miré compasivamente.

Ben Gunn prosiguió:

—Puedes decirle á tu lord que durante tres años he vivido en esta isla de día y de noche, durante el buen tiempo y durante el malo. Siempre pensando en mi madre y en otra cosa... en otra cosa... Y entonces le darás un pellizco así...

Y me pellizcó en un brazo, guiñando maliciosamente los ojos.

—Yo no soy tonto—prosiguió;—al fin he sido un caballero de la fortuna, como se llaman esos y sé lo que me hago, ¿ent endes?

—Ni una pa'abra—le contesté;—aquí lo importante es pensar cómo podré volver á bordo.

—No te apures, muchacho—me respondió;—tengo una canoa que he construído con mis propias manos; está allá abajo, oculta entre las rocas... Aguardemos la noche, y cuando todo esté bien obscuro te llevaré á donde deseas.

Sonó un cañonazo que retumbó en el silencio de la isla.

Aun faltaban algunas horas para ponerse el sol.

Oí vario disparos, allá, hacia la playa.

—¡Ya ha empezado la lucha!—exclamé.—¡Sígame usted!

Corrí hacia el fondeadero como un desesperado. No sentía ya temor alguno.

—A la izquierda, hacia la izquierda, Jim—gritaba Ben Gunn que me seguía, brincando entre los árboles.—Allí maté la primera y ya no han vuelto por aquí, me tienen mucho miedo... Pero sigue á la izquierda, por ahí... Mira este es el cementerio, esos montecillos...

Yo no le contestaba y él seguía hablando y corriendo detrás de mí.

Sonó una descarga de fusilería.

Después no se oyó nada.

Al llegar á la playa ví á un cuarto de milla la bandera inglesa que flotaba en los aires.



## XVI

### HABLA EL DOCTOR

He de tomar la palabra para referir lo que Jim no había visto por hallarse en la isla.

Después del medio día, cuando los botes se habían alejado ya con dirección á tierra, nos reunimos lord Trelawney, el capitán y yo para deliberar acerca de lo que convenia hacer.

Si hubiese habido un poco de viento habríamos cortado las amarras y largado las velas, dando bien pronto cuenta de los miserables que quedaban á bordo.

Por desgracia hacia una calma chicha, y para colmo acabábamos de saber que Jim Hawkims se había escapado á tierra.

No podíamos sospechar de su lealtad, pero temblábamos por su vida, temiendo, con sobrada razón, que los traidores lo asesinarían sin ninguna compasión.

Subimos sobre cubierta. El calor era sofocante y los rayos del sol derretían la brea en las junturas de las tablas, produciendo un hedor nauseabundo.

Los seis miserables se hallaban sobre el trinquete, á la sombra de una vela y hablando en voz baja.

Allá, junto á la desembocadura del riachuelo, veíanse en las playas las chalupas guardadas por dos hombres que se entretenían silbando una canción marinera. Sus notas llegaban distintamente hasta nosotros.

Nos moríamos de ansiedad y decidimos que Hunter y yo marcháramos en el bote pequeño en busca de noticias.

Hicimos rumbo hacia el fortín indicado en el mapa.

Las dos chalupas habían quedado hacia la derecha.

Nuestra maniobra pareció inquietar á quienes las vigilaban, y les vimos que se reunían para cruzar algunas palabras.

No obstante, su consigna debía ser permanecer en sus puestos, pues á los pocos instantes regresaron cada cual á su sitio y prosiguieron la interrumpida canción.

Un pequeño talud avanzaba sobre la playa y hacia allí nos dirigimos para que nos ocultase y pudiéramos desembarcar sin ser vistos.

Llegamos á tierra y me puse debajo del sombrero un pañuelo empapado en agua, para evitar de este modo la acción de los rayos del sol.

Empuñé mis pistolas y avancé resueltamente hacia el fortín.

Estaba á unos cien pasos. Levantábase sobre una suave loma, al pie de la cual corría un riachuelo.

El fortín se hallaba perfectamente construido. Componíanlo un cuerpo de edificio cuadrado, formado de troncos y con troneras abiertas en los cuatro costados.

Cuarenta hombres podían guarecerse allí muy cómodamente.

En torno de él se veía descubierto un gran espacio, lo suficiente extenso para evitar cualquier asalto en el caso de sitio.

Cerraba este espacio una fuerte empalizada hecha de recios postes clavados en la tierra.

Hallábanse á conveniente distancia unos de otros, de suerte que no pudieran servir á los sitiadores para resguardarse detrás de ellos.

Así se les podía ver avanzar, y entre los barrotes de aquella especie de jaula se les podía cazar como ratones.

De tal suerte estaban dispuestas las cosas, que un puñado de hombres podía hacerse fuerte allí frente á un regimiento.

Lo que más me entusiasmó fué la proximidad del agua, de la que comenzábamos á escasear á bordo.

Cuando estaba pensando cómo la llevaría á bordo, oí un grito espantoso, como el de un hombre á quien asesinan.

Yo no era novato, puesto que me habia batido á las órdenes del duque de Cumberland, habiendo caido herido en Fontenoy, pero aquel grito me llenó de espanto.

Inmediatamente pensé en el pobre Jim.

No quise perder más tiempo, volví rápidamente á la playa y salté en el bote.

Hunter apretó de firme, y momentos después me encontraba otra vez en la *Hispaniola*.

Todos estaban emocionados, singularmente lord Trelawney, que nos esperaba temblando ante el peligro que habíamos corrido.

Expuse el plan que tenía pensado, lo aprobaron lord Trelawney y el capitán, y decidimos ejecutarlo enseguida.

Destacamos á Redruth en el corredor de los pañoles que conducen del salón á la popa. Se le improvisó una trinchera con varios colchones y colocamos cuatro fusiles cargados al alcance de su mano.

Hunter, que permanecía en el bote, lo arrastró bajo la ventana de popa y ayudado por Joyce, cargué la pólvora, las galletas, la carne de puerco salada y un barril de cognac.

No olvidé mi botiquín, ni mi caja de cirugía.

Mientras tanto lord Trelawney y el capitán se hallaban sobre el puente.

Llegó el momento de partir y entonces el capitán, dirigiéndose al contramaestre, le dijo con serena energía:

—Ya ves que so nos dos con dos pistolas. Si cualquiera de vosotros hiciese la menor señal, que se dé por muerto.

Los seis marineros se habían vuelto bruscamente á las primeras palabras.

La resuelta actitud del capitán y de lord Trelawney acabó por amedrentarles y se quedaron quietos cruzando algunas palabras en voz baja.

Después se arrojaron rápidamente por la escotilla de popa.

Confiaban sorprendernos por la retaguardia, pero les desengañó la posición de Redruth en el corredor de los pañoles.

No tardaron en volver sobre sus pasos y apareció una cabeza sobre cubierta.

—¡Abajo, canalla!—gritó el capitán apuntándole con la pistola.

La cabeza desapareció inmediatamente.

Estábamos, pues, libres de aquellos seis hombres que habían resultado menos temibles de lo que habíamos sospechado.

Joyce y yo nos deslizamos por la ventana de popa y llegamos al bote.

Bogamos vigorosamente hacia la playa, haciendo volar la embarcación á pesar del cargamento que llevábamos.

Al vernos pasar segunda vez los hombres que guardaban las chalupas cesaron de silbar su canción.

Les ví seguirnos con la mirada muy preocupados.

Cuando íbamos á doblar el promontorio que nos había de ocultar, uno de ellos saltó á tierra y se internó en la isla.

Se me ocurrió volver atrás y destruir las chalupas, pero temí que anduviese por allí cerca Juan Silver con los suyos y no era cosa de apresurarse á arriesgarlo todo sin la seguridad de un resultado positivo.

Atracamos en el mismo sitio en que antes habíamos desembarcado.

Nos apresuramos á transportar nuestras provisiones hasta el fuerte, realizándose todo sin ningún contratiempo.

En este primer viaje nos limitamos á echar el cargamento por encima de la empalizada.

Después tuvo que quedarse Joyce allí sólo protegiendo el convoy, teniendo para su defensa seis fusiles bien cargados.

Hunter y yo regresamos al bote y cargamos de nuevo. Así hasta tres veces consecutivas.

Cuando ya no quedó nada en la embarcacion nos dedicamos todos á colocar y distribuir todo nuestro cargamento en el fuerte, disponiéndolo de suerte que quedase bien seguro ante cualquier golpe de mano.

Quedáronse allí Hunter y Joyce y yo volví á la *Hispániola*.

Me proponía, por aventurado que fuese, hacer un nuevo viaje.

En ello precisamente había de consistir nuestra fuerza.

Si los facciosos eran superiores á nosotros en número, teníamos que aventajarles en municiones y en armas.

Ninguno de aquellos miserables, que se hallaban en la isla, tenía fusiles, y antes de que estuviésemos al alcance de sus pistolas, podíamos poner fuera de combate á media docena.

Al regresar ví á lord Trelawney que me esperaba en la proa completamente tranquilo.

Volvimos á cargar el bote, colocan lo en él más pólvora, más carne salada y una docena de fusiles y de hachas.

El resto de las provisiones, de las armas y de las municiones que había en el buque, lo arrojamos al mar, á dos brazas de profundidad.

La marea empezaba á bajar y el barco viraba pausadamente sobre el ancla.

Oíanse gritos en la dirección de las chalupas, y comprendimos que no teníamos tiempo que perder.

Redruth abandonó su trinchera y descendió al bote, en el que ya nos encontrábamos lord Trelawney y yo.

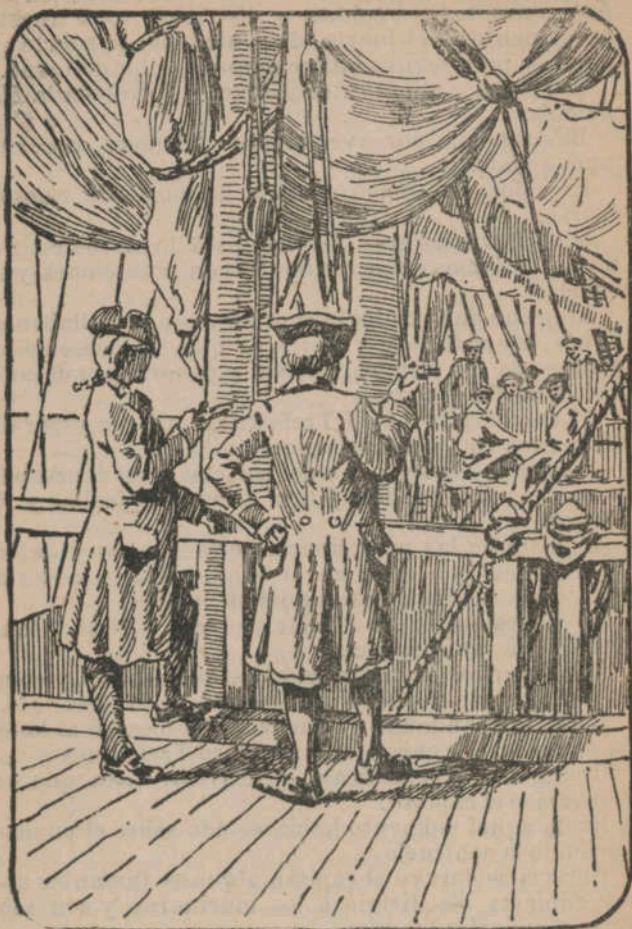
Bregamos hacia la escala de estribor para que se embarcase el capitán.

Hasta aquel momento había estado sobre el puente haciendo la centinela.

Todavía se detuvo el capitán algunos instantes sobre cubierta. Se dirigió á los marineros, y con voz clara y enérgica les dijo:

—¡Eh, muchachos!, ¿me ís?

Nadie le contestó.



—Ya ves que somos dos con dos pistolas. Si cualquiera de vos<sup>os</sup> otros hiciese la menor señal, que se dé por muerto. (Pág. 97.)

-- Abraham Gray, contigo hablo.

Siguió el mismo silencio.

--Vamos--gritó impacientándose el capitán.--Estáis haciendo esperar a estos señores y cada minuto pone en peligro su vida.

Se oyó un sordo rumor de lucha.

De pronto salió por la escotilla Abraham Gray con una cuchillada en la cara.

Corrió hacia su jefe, y cuadrándose ante él, exclamó:

--Aquí estoy, mi capitán.

Bajaron al bote y los remeros comenzaron vigorosamente á bogar.

Ya estábamos sanos y salvos fuera del barco.

Pero aún no nos encontrábamos en el fuerte.



## XVII

### EL CAÑÓN DE PROA

El bote llevaba excesiva carga.

Eramos cinco hombres robustos, de más de seis pies, y solo nuestro peso resultaba ya sobrado para tan pequeña embarcación.

Había que añadir á esto el cargamento: los sacos de galleta, la pólvora, la carne salada, las armas.

A cada momento hacíamos agua. No habíamos llegado á cien yardas de distancia cuando ya tenía calados mis pantalones.

El capitán repartió mejor el cargamento y varió un poco la situación: pero, sin embargo, nadie se atrevía á respirar temiendo que sobreviniese una catástrofe.

La marea empezaba á bajar. Se había formado una intensa corriente hacia el sitio en que habíamos desembarcado por la mañana.

El mismo oleaje, cada vez mayor, era un nuevo peligro que nos amenazaba con anegarnos.

Esto unido á que la corriente nos rechazaba del sitio en que queríamos fondear y arrojaba nuestro bote hacia las chalupas.

Me habían encomendado el timon, y lleno de zozobra sudaba allí lo indecible.

El capitán había cogido los remos y bogaba en compañía de Redruth.

Crecía la marea. Llegó un momento en que lo ví todo perdido.

—Capitán— excámé,—no puedo gobernar hacia el fuerte. La marea nos desvía. ¿Por qué no alzamos un poco hacia la izquierda?

—Nos iríamos á pique— respondió el capitán.—Tuer-



za usted la barra á estribor y siga así hasta que hayamos ganado la corriente.

Obedecí y fuimos virando hasta poner proa al Este en ángulo recto á nuestra verdadera direccion.

No adelantábamos camino, y cada vez me parecía mayor el peligro.

Nuevamente habló mi impaciencia.

—Capitán, de este modo nunca llegaremos á tierra

—Pues es cuanto podemos hacer. Hay que sostenerse más arriba del punto á que nos dirigimos, afrontando á la corriente. Si nos arrastrase más allá, quien sabe donde nos llevaria y los rebeldes podrian atacarnos á mansalva. En cambio, sosteniéndonos así, la corriente perderá fuerza y podremos ir costeano.

Un momento después me advirtió Abraham Gray:

—La corriente ha cedido, creo que podría usted dejarse llevar de uno ó dos puntos.

—Gracias, amigo mio—le contesté afectuoso con él, recordando su honrada adhesion y respondiendo así á los deseos de todos nosotros de tratarle como un camarada.

De pronto el capitán, que iba remando sentado de frente á la *Hispaniola*, se detuvo.

Su rostro reflejaba una viva inquietud.

—¡El cañon!—dijo con voz alterada.

—No hay cuidado, capitán; no podrán desembarcarlo, y aunque lo logjaran les sería imposible llevarlo á través de los bosques.

—No hablo de eso. Me refiero á la pieza de proa.

Nadie se había acordado de ella.

Me volví aceleradamente y vi á aquellos miserables ocupados en despojarla de su chaquetilla de tela embreada.

Recordé que se nos había olvidado mojar la pólvora de esta pieza, que se encontraba en un compartimento cuya puerta podr an derribar de un hachazo.

—Hands era artillero cuando navegaba con Flint—advirtió lleno de rabia Abraham Gray.

Dirigi el bote hacia el desembarcadero arriesgándolo todo.



Afortunadamente nos habíamos separado lo bastante del centro para tomar sin peligro aquella dirección.

Pero ahora presentábamos mayor blanco, pues nos hallábamos de flanco á la *Hispaniola* y era más fácil echarnos á pique.

No tardé en oír las fieras exclamaciones de Hands, que hacía rodar con el pie una bala de cañón.

—¿Quién de ustedes tiene mejor puntería?—preguntó el capitán.

—Lord Trelawney—respondí.

—Pues bien: hágame usted el favor de quitar de en medio á ese miserable.

Lord Trelawney examinó impasiblemente el fulminante de su arma.

—Atención—dijo el capitán,—que todo el mundo haga contrapeso cuando salga el tiro.

Lord Trelawney apuntó con su fusil.

Todos los remeros permanecían inmóviles, inclinándose para guardar el equilibrio.

Los rebeldes habían girado ya el cañón sobre su cuña. Hands aparecía en primera línea.

Lord Trelawney disparó. Hands se echó al suelo y la bala fué á herir á otro marinero, que cayó lanzando un grito de dolor.

Los movimientos habían resultado tan bien combinados en el bote que no había entrado ni una sola gota de agua.

Al grito del herido respondieron terribles juramentos de sus compañeros y un ensordecedor griterío.

Venía de la parte de tierra. Al volvernos hacia este lado vimos á Juan Silver y á los suyos que habían llegado á la playa y se precipitaban en las chalupas.

—Ahí están las chalupas, capitán—exclamé.

—Que se acerquen, si pueden—respondió el capitán—no es muy bueno embarrancar en el pantano, pero peor sería no tocar tierra.

—Sólo una de las chalupas nos persigue—advertí al capitán que bogaba de espaldas á mí,—los demás hombres corren á cortarnos la retirada.

—Ya les daremos que hacer—replicó el capitán.—Lo

que temo es á ese maldito cañon. Está a ustedes prevenidos; cuando se vea que bajan la mecha, daremos una pasada de remos hacia atrás.

Seguíamos avanzando con bastante rapidez, á pesar del excesivo peso que llevábamos.

Nivelada la carga, el bote apenas hacía agua.

Faltaba muy poco para que dobláramos el promontorio y quedáramos ocultos detrás de él.

La marea, que nos había detenido hasta entonces, dificultaba ahora el avance de la chalupa.

No había más peligro que el cañon.

Era indudable que iban á disparar y que querían hacerlo sin precipitarse, rectificando bien la puntería.

—Si pudiéramos—decía el capitán—daría la orden de parar para quitar de en medio á otro de esos traidores.

Lord Trelawney tenía el encargo de avisarnos en cuanto viese que aplicaban la mecha.

Una mortal inquietud nos dominaba á todos. Cada golpe de remo nos alejaba del maldito cañon; pero aún nos faltaba mucho para escapar de su alcance.

Al volvernos veíamos á los marineros junto á la pieza, sin cuidarse para nada del herido, que se arrastraba sobre cubierta

—¡Ahora!—gritó lord Trelawney.

—¡Firmes!—contestó el capitán.

Abandonaron con tal fuerza los remos que la proa se hundió en el agua.

En aquel momento sonó la detonacion.

Este fué el cañonazo que oyó Jim.

¿Dónde fué á parar la bala? No lo supo nadie.

Creo que pasó por encima de nuestras cabezas y que la corriente de aire producida á su paso originó la catástrofe.

El hecho es que el bote se hundió por la popa y nos encontramos el capitán y yo en pie, uno en frente de otro.

Los demás estaban completamente sumergidos, pero no tardaron en reaparecer resoplando furiosamente.

El mal no era, pues, muy grave. Nadie estaba he-

rido y dando unos pasos nos hallaríamos en la playa.

Pero el cargamento se había mojado, y lo que era peor, á las armas y á las municiones les había pasado lo mismo.

No estaban servibles más que dos fusiles: el del capitán y el mío. Al caer habíamos tenido la precaución de levantarlos en alto, impidiendo así que se mojasen.

Nos sacaron de nuestro asombro los gritos de los rebeldes que oímos distintamente allá en el bosque que se levantaba cerca de la costa.

Más que el peligro de que nos coparan antes de llegar al fuerte nos preocupaba la suerte que pudieran correr Hunter y Joyce.

Acaso no pudieran mantenerse allí hasta que llegáramos nosotros. Hunter era fuerte y vigoroso, pero Joyce servía más para los oficios de mayordomo que para empuñar un fusil.

Esto pensábamos mientras íbamos avanzando con agua hasta las rodillas.

Al fin ganamos la playa. El bote quedó abandonado, lleno de municiones y de víveres.

## XVIII

### MUERTE DE REDRUTH

Corrimos hacia el fuerte. A cada momento oíamos más cerca las voces de los rebeldes que se aproximaban todo lo rápidamente que se lo permitía lo intrincado del bosque.

Cedí mi fusil á lord Trelawney, puesto que era el mejor tirador, y yo empuñé mis pistolas.

Como Abraham Gray iba desarmado, le alargué mi puñal y se puso á blandirlo muy resuelto.

Llegamos junto al bosque, y momentos después desembocamos en la explanada, sobre la que se levantaba el fuerte.

La atravesamos corriendo, y al llegar á la empalizada, vimos aparecer á siete rebeldes. Los mandaba Job Andersen, que marchaba delante.

Detuviéronse sorprendidos. Antes de que pudieran hacerse cargo de nuestra situación disparamos. Hunter y Joyce hicieron fuego también.

Uno de los rebeldes cayó al suelo. Los demás escaparon á través del bosque.

Cargamos las armas y nos aproximamos al hombre que se hallaba en el suelo. Estaba muerto, la bala le había atravesado el corazón.

Cuando íbamos á retirarnos partió del bosque un disparo. El pobre Redruth cayó á nuestros pies.

Lord Trelawney y yo nos apresuramos á contestar haciendo fuego en la dirección que había partido el tiro; pero indudablemente aquellas balas se perderían en la maleza.

El capitán y Abraham Gray habían levantado en brazos al desgraciado Redruth.

Le reconocí. Estaba herido de muerte.

Le transportamos, con todo el cuidado posible, hasta el fuerte.

Noble y valeroso, había cumplido siempre con su deber, y ahora caía herido de muerte. ¡Le había tocado ser el primero!

Lord Trelawney, arrodillado á su lado, lloraba amargamente.

—Esto se ha acabado, ¿no es verdad, doctor?—me preguntó el herido.

No me atreví á contestarle; pero mi silencio se lo dijo todo.

—Ya sé que me voy—murmuró,—lo que siento es no haberles podido devolver unas cuantas balas.

Lord Trelawney cogió la mano del herido y la besó.

—¡Perdóname, Redruth!—le dijo.

—¿Que le perdone á usted?... Eso sería faltarle al respeto y no tengo categoría... pero, en fin, puesto que usted lo desea... ¡amén!

Guardó silencio, y un momento después pidió que le leyeran una plegaria.

—Es la costumbre, señores—baluceó.

Ya no habló más. Murió á los pocos instantes. ¡Pobre Redruth!

El capitán sacó de su bolsillo una bandera inglesa y cubrió respetuosamente el cadáver.

—Consuélese usted—dijo á lord Trelawney.—Cuando un hombre muere como este valeroso anciano, en el cumplimiento de su deber, ¡no hay nada que decir!...

Siguió sacando cuanto llevaba en los bolsillos: otra bandera inglesa, rollos de cuerdas, un tintero, plumas, el libro de á bordo, paquetes de tabaco y otros objetos.

Ayudado de Hunter clavó en tierra un poste, y él mismo, con sus propias manos, izó la bandera inglesa.

Después, dirigiéndose á mí, dijo:

—¿Cuándo cree usted que llegará ese barco que ha de venir á socorrernos?

—Para fines de Agosto, lo más pronto. Así se convino con Blandy.

No era, pues, cuestión de semanas, sino de meses.

—Está bien—replicó el capitán metiéndose las manos entre sus enmarañados cabellos;—sin que dejemos de confiar en la Providencia, aseguraré á ustedes que estamos metidos en un mal paso.

—¿Pero cree usted?...

—Creo que ha sido una verdadera desgracia el haber perdido ese segundo cargamento. Municiones no nos faltan. Es de creer que haya suficientes; pero, en cambio, víveres... las raciones son muy pocas...

Una bala de cañon pasó por encima de nosotros.

—Esos tunantes—dijo el capitán—se están divirtiendo, como si tuviesen mucha pólvora que gastar.

Sonó un segundo disparo. La bala cayó en el fuerte levantando una nube de polvo.

—Capitán—dijo lord Trelawney—desde el mar no pueden ver el fuerte; por lo tanto, creo que es la bandera lo que les sirve de blanco. ¿No sería mejor bajarla?

—¿Arriar la bandera inglesa? ¡Jamás!—gritó el capitán.—Yo no sé hacer eso.

Todos asentimos. Aquella bandera no era sólo la enseña del honor y del deber; mostraba á los traidores el desprecio que hacíamos de su bombardeo.

El fuego continuó durante toda la noche. \*

Las balas pasaban por encima de nuestras cabezas, otras caían al pie del fuerte.

Como no podían apuntar bien, teniéndolo que hacer muy alto, llegaban sin fuerza las balas y apenas se hundían al caer en la arena.

—Este bombardeo—dijo el capitán—es muy conveniente. Se van á quedar sin municiones, y además habrán ahuyentado los parásitos que hubieran caído sobre nuestras provisiones. La marea debe estar ya muy baja. ¿Quién viene conmigo á por ellas?

Abraham Gray y Hunter se ofrecieron al momento. Salieron bien armados y llegaron resueltamente al sitio que había naufragado el bote.

Pero era ya tarde. Los rebeldes habían tenido la misma idea y se habían anticipado.

Los divisaron allá lejos en una de las chalupas que dirigía el mismo Juan Silver.

Iban todos armados de fusiles. No pudimos saber de donde los habían sacado. Indudablemente de algún escondrijo que sólo ellos conocían.

El capitán, Abraham Gray y Joyce regresaron al fuerte.

Abrió el capitán su libro de á bordo y comenzó á escribir:

«Alejandro Smollet, capitán de la *Hispaniola*; David Livesey, médico; Abrahan Gray, segundo carpintero; John Trelawney, armador; Juan Hunter y Richard Joyce, criados del mismo. Los nombrados son los únicos que han permanecido fieles á su deber. Han desembarcado en la isla del Tesoro, izando el pabellón británico sobre el fuerte. Provisiones para diez días escasos. Tomás Redruth, guardabosque y de la servidumbre del armador, ha muerto de un balazo de fusil de los rebeldes. Jim Hawkins, grumete...»

—Capitán, alguien llama —dijo Hunter, que estaba de centinela.

—¡Doctor... lord Trelawney... capitán!... — oímos que gritaban.

Me abalancé á abrir la puerta. Después corrí con los brazos abiertos.

Había visto á Jim que escalaba la empalizada.

---



## XIX

### BANDERA BLANCA

Ya he dicho que cuando corría hacia el fondeadero, siguiéndome Ben Gunn, ví la bandera inglesa que flotaba en los aires.

Ben Gunn se acercó entonces á mí, y poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo:

—Jim, ahí están tus amigos.

—¿No serán los otros?

—No lo sospeches—añadió—los rebeldes no habrían izado esa bandera. Ellos, como buenos caballeros de la fortuna, no tienen más que la bandera negra y ésta es la que verías ahí si fuesen ellos. Créeme, son tus amigos, se habrán batido, han triunfado y se han apresurado á colocar la bandera sobre el fuerte. El fuerte que construyó Flint. ¡Qué listo era el viejo pirata! No tenía más pasión que el ron y no temía á nadie, á nadie, excepción hecha de Juan Silver!

—Está bien; sea lo que sea, vamos allá.

—Yo no voy, Jim—replicó Ben Gunn.—Tú eres un valiente, pero muy niño todavía. Yo sé lo que tengo que hacer. No me harías avanzar así me prometieras un vaso de ron... y lo estoy deseando desde hace tres años. Ya lo sabes, Jim, me quedo aquí y no daré un paso más mientras no vea á ese señor de quien me has hablado. Necesito que me prometa lo ofrecido. Anda, ve tú y díselo todo. No olvides el pellizco.

Intenté disuadirle, pero no lo conseguí.

—Dile—me contestó Ben Gunn—que necesito garantías á cambio de lo que le puedo ofrecer. Cuando me necesitéis, búscame en el mismo sitio en que me las encontrado. Si viene alguno de tus amigos que traiga en la mano un trapo blanco y que venga solo;

si no no me encontrará. Yo tengo mis razones para obrar así y para ofrecer lo que ofrezco.

—¿De suerte que tiene usted algo importante que decir á lord Trelawney ó al doctor?

—Pero muy importante.

—Pues cualquiera de los dos irá á verle á usted.

—Ya sabes el sitio; en cuanto á la hora que sea á las seis de la tarde, si te parece.

—Está muy bien.

—Ahora, adiós, y no te olvides de nada. Ya sabes, garantías á cambio de algo importante que tengo que ofrecer. Si encuentras á los rebeldes, calla como un muerto. ¡Ah! si Juan Silver lo supiese estábamos perdidos.

Un cañonazo le cortó la palabra.

La bala pasó por encima de nuestras cabezas y fué á hundirse á unos cien pasos.

Nos despedimos. Yo avancé hacia donde estaba la bandera.

El bombardeo proseguía sin cesar. Las balas parecían perseguirme, y unas veces tenía que correr y otras que detenerme para librarme de ellas.

Dando un gran rodeo llegué hasta la playa.

La marea había dejado al descubierto un extenso espacio de arena.

El tiempo había refrescado tanto que me estremecía de frío.

Ví á la *Hispaniola* anclada en el mismo sitio, pero ondeando en ella la negra bandera de los piratas.

Tenía, pues, razón Ben Gunn; mis amigos estaban en el fuerte.

Sonó una detonación y la bala pasó silbando. Era el último cañonazo que disparaban desde la *Hispaniola* aquellos miserables.

Ocultándome en la maleza proseguí mi marcha.

A los pocos pasos ví un grupo de hombres que destruían con las hachas algo que estaba en la playa. Después supe que era el bote.

A lo lejos, cerca de la desembocadura del riachuelo, brillaba una hoguera.

Una de las chalupas hacía frecuentes viajes desde la *Hispaniola* hasta dicho sitio.

Adiviné lo que aquello era. Me lo indicaban las alegres risotadas y las brutales canciones de los marineros. Indudablemente el ron hacía el gasto.

Me alejé de allí para evitar que me viesen aquellos borrachos.

Atravesé el bosque. Entre las malezas vi una roca blanca y me acordé de Ben Gunn. Aquel sería el sitio donde tenía escondida la canoa de que me había hablado y que acaso pudiera prestarnos algún día servicios importantes.

Al fin divisé el fuerte y en él al doctor, que me esperaba con los brazos abiertos.

Al reunirme con mis amigos referí minuciosamente cuanto me había pasado.

Después examiné el fuerte recorriéndolo todo.

Las paredes estaban formadas con gruesos troncos sólidamente unidos. Junto á la puerta levantábase un pequeño cobertizo, á cuya sombra brotaba un manantial. El agua se recogía en una pila de piedra toscamente labrada. No había mueble alguno ni vestigios de que los hubiera nunca.

En la chimenea, empotrada en una de las paredes, ardía un gran fuego. Fuera hacía verdadero frío.

La brisa había refrescado muchísimo. Una lluvia de arena fina nos cubría. Además, como el agujero de la chimenea era muy estrecho, no podía salir bien el humo y la mayor parte se quedaba en la habitación, haciéndonos toser y llorar.

No era, pues, nada agradable aquella estancia.

El cadáver del pobre Redruth aparecía rígido en el suelo, cubierto con la bandera.

Comprendiendo el capitán que la inacción nos hubiera conducido necesariamente á la más negra melancolía, se apresuró á emplearnos á todos.

Nos dividió en dos secciones: el doctor, Gray y yo, en una; lord Trelawney, Hunter y Joyce, en otra.

El doctor quedó nombrado gran cocinero y á mí me tocó hacer la centinela en la puerta.

El capitán iba y venía de uno á otro lado, animándonos á todos.

De cuando en cuando el doctor salía á la puerta ahogado por el humo de la chimenea.

Respiraba allí un poco de aire libre, cruzaba conmigo algunas palabras y después se volvía á su puesto.

—Este capitán Smollet—me dijo—vale más que todos nosotros.

Después me preguntó:

—¿Estás seguro de que ese Ben Gunn es un hombre?

—A mí me parece un loco.

—Como quieres que no lo esté quien se ha pasado tres años en una isla desierta. ¿No me has dicho que tiene muchas ganas de comer queso?

—No me hablaba de otra cosa.

—Pues bien, aquí tengo un pedazo de queso de Parma, que es riquísimo. Llevo siempre de él cuando voy de campaña.... Mi queso será Ben Gunn.

El capitán dispuso que saliesen dos hombres al bosque y que otros dos cavasen una sepultura para Redruth.

Lo enterramos, cubriendo de arena la fosa. Todos permanecemos descubiertos ante aquella tumba, pensando en nuestro desgraciado compañero.

Después nos ocupamos en recoger la leña seca de las inmediaciones de la empalizada.

Al verla el capitán, nos dijo:

—Hay muy poca, mañana habrá que ocuparse en aumentarla.

Terminada la cena se celebró el consejo.

La amenaza constante era la falta de subsistencias. Había, pues, que exterminar á los enemigos antes de que el hambre acabase con nosotros. Cuando menos había que reducirlos al menor número para que, viéndose perdidos, se embarcaran en la *Hispaniola*.

Quedaban quince bandidos enfrente de nosotros; pero podíamos contar con dos poderosos auxiliares: el clima y el ron.

Este seguía haciendo sus efectos, y el coro de las

canciones de aquellos borrachos duró en el embarcadero hasta altas horas de la madrugada.

En cuanto al clima, afirmaba el doctor que las emanaciones de los pantanos acabarían con los que acamparan allí, pues no tardarían en ser víctimas de las fiebres palúdicas.

—Esto es lo que más ha de decidirles á embarcarse y se irán á cruzar los mares como piratas.

—¡Pobre *Hispaniola!*—dijo lord Trelawney.

—¡Sería el primer buque que yo perdiese!—replicó el capitán.

Tardé mucho tiempo en rendirme, á pesar de la fatiga.

Cuando me desperté ya estaba en pie todo el mundo. Se había aumentado considerablemente la provisión de leña.

Iba á romper el día cuando el centinela avisó.

—¡Una bandera blanca!

Nuestra sorpresa fué aún mayor al oírle añadir:

—¡Es Juan Silver!

De un salto llegué hasta una de las troneras.



## CAPÍTULO XX

### LAS CONDICIONES

Dos hombres avanzaban hacia el fuerte.

Uno de ellos agitaba un pañuelo blanco. El otro era el mismo Juan Silver en persona.

Hacia un frío terrible. El sol empezaba á dorar la cima de las montañas. Estaba amaneciendo.

Juan Silver y su acompañante caminaban como sombras entre la bruma.

—Que nadie se mueva de su puesto—ordenó el capitán.—Temo que sea un ardid para atraernos fuera

—¡Quién vive!—les gritó el centinela.

Nadie contestó.

—¡Alto, ó disparo!—volvió á prevenir el centinela.

—¡Bandera de parlamento!—gritó Juan Silver.

El capitán se volvió hacia nosotros y dijo:

—La seccion del doctor al Norte, Jim al Este, Gray al Oeste y la otra seccion cargará las armas.

Después se encaró con los rebeldes:

—¿Qué queréis con esa bandera?—les preguntó.

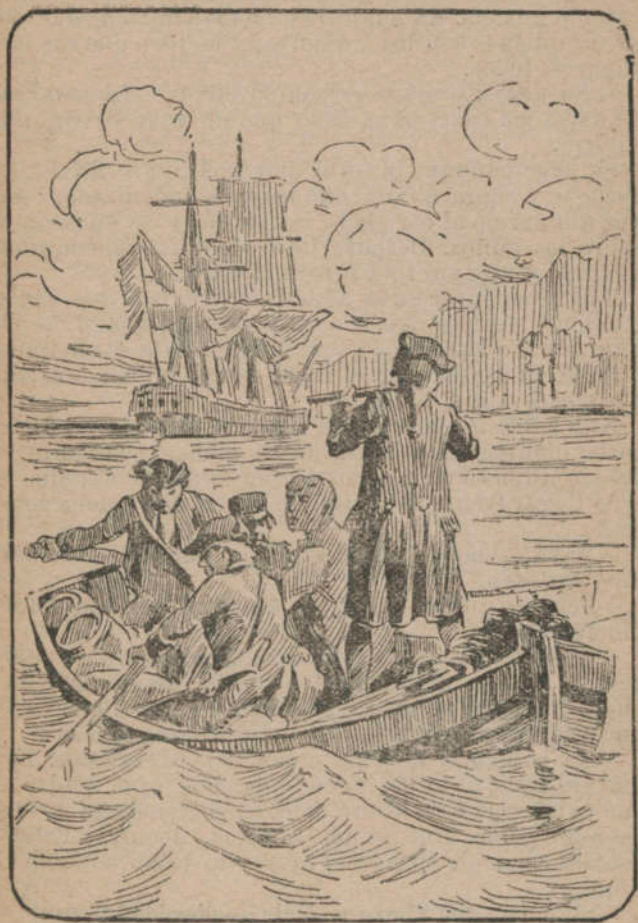
El acompañante de Silver respondió:

—El capitán Silver desea hablar con el capitán Smollet para convenir las condiciones de la tregua.

—No conozco á ese capitán—respondió secamente Smollet.

Juan Silver se adelantó entonces para decir:

—Soy yo, capitán. Me han elegido como jefe después de la desercion de usted, y vengo á decirle que estamos prontos á someternos si las condiciones son aceptables. Lo único que pido es que usted me dé su palabra de dejarme salir sano y salvo del fuerte.



Lord Trelawney apuntó con su fusil. (Pág. 101.)

—Nosotros nada tenemos que deciros—respondió el capitán.—Pero si deseáis decirme algo podéis venir cuando gustéis. En cuanto á lo de la traición sobrado sabéis quiénes son los traidores, y os juro que me las pagaréis todos.

—No necesito más—respondió Silver.—La palabra de usted me basta para saber que no correré ningún peligro.

Su acompañante intentó detenerlo, pero Silver le rechazó y siguió avanzando hacia la empalizada. Una vez allí arrojó al otro lado la muleta y se encaramó sobre los puños. Después saltó el obstáculo con una agilidad y una energía sorprendentes.

Tanto me interesaba aquella entrevista que, olvidándome de mis deberes de centinela, abandoné el puesto y me aproximé hacia donde estaba el capitán.

Se había sentado en el suelo, cerca del manantial, y allí esperaba á Silver.

Este había tardado algún tiempo en escalar el flanco del montecillo, á causa de su mucha pendiente y del sin número de troncos de que estaba sembrado.

Al llegar frente al capitán le saludó con mucha cortesía.

—Vaya, siéntese usted—le dijo Smollet.—Vendrá muy cansado.

—Pero no quiere usted que entre. Aquí fuera hace mucho frío.

—No es mía la culpa si no está usted ahora en sitio bien abrigado, al lado del hornillo, donde está su puesto. Ahora, si es usted el rebelde Juan Silver, hay que asignarle otro sitio, que no ignorará, la horca.

—No hablemos de esas cosas tristes, capitán. Me sentaré aquí; el único inconveniente es que tendrán que ayudarme á levantar. Pero ¡qué bien están ustedes aquí! ¡Hola, Jim! Saludo á usted, doctor... Están ustedes como en su propia casa y lo celebro muchísimo.

—Si tiene usted algo que decir no pierda el tiempo—advirtió el capitán.

—Muy bien. El deber ante todo. Pues comienzo por



confesar que ha tenido usted una gran idea y que ya han tocado las consecuencias algunos de mis compañeros... Acaso venga por eso á parlamentar... No obstante, le ofrezco que no lo haré otra vez; téngalo, pues, presente... ¿Creían ustedes que todos estábamos borrachos?... Pues bien, yo no lo estaba y lo vi... por poco no cae en mis manos.

El capitán no entendía ni una sola palabra.

—Explíquese usted más claro, si quiere—le dijo.

Jim creyó adivinar. Indudablemente Silver se refería á alguna hazaña de Ben Gunn. Era muy posible que éste, aprovechando la borrachera de aquellos miserables, hubiese matado á alguno de ellos cuando estaban bebiendo ron en torno de la hoguera.

—Vamos á lo principal,—prosiguió Silver.—Queremos el tesoro y por encima de todo lo tendremos. En cuanto á vosotros, ya os contentaréis con salvar la vida y para ello vengo á imponer condiciones. Capitán, ¿no está en poder de usted el mapa de Flint.

—Es posible.

—Ya se que lo tiene, y extraño que me lo oculte de ese modo. Pues bien, yo lo necesito, me lo entrega usted y les aseguro á todos que no se arrepentirán.

—¿Tú lo crees así, amigo—respondió el capitán,—pues ahora hablo yo. Tus proyectos nos hacen reír á todos, y perdéis tú y tus compañeros el tiempo con venir amenazándonos. Ya lo sabes, nos reimos de vosotros.

Dicho esto, el capitán encendió tranquilamente la pipa.

—Sí se fía usted de Gray—dijo Silver.

—Gray no me ha dicho nada ni le preguntaré nada tampoco, ¿entiendes? No necesito á nadie para saber á qué atenerme.

—Está bien—murmuró Silver.—Y ahora, capitán, permítame usted que fume también—dijo sacando una pipa.

—Tenéis mi permiso—replicó el capitán con mucha sorna.

—Durante algunos minutos fumaron en silencio.

Mirábanse de soslayo y Juan Silver trataba de poner la cara mas amable del mundo, tratando de halagar al capitán.

Este cortó aquella situación preguntando:

—¿Qué más tienes que decir?

—Pues las condiciones son éstas: me entregará usted el mapa obligándose á no matarme más gente. Por mi parte le ofreceré yo que escoja lo que más guste ó volver á bordo bajo mi palabra de que nadie le molestará y les desembarcaremos á usted y á sus amigos en el sitio que indiquen ó dejarles aquí con abundantes provisiones y con mi formal promesa de enviarles un buque que les recoja. Claro es que si lo desean yo emañaré mi palabra por escrito, con toda solemnidad. Ya ve usted que no somos exigentes. Con toda seguridad que ninguno de ustedes esperaba estas condiciones, porque hablo para todos...

El capitán le interrumpió poniéndose en pie.

—¿Es eso todo?—preguntó.

—Todo.

—Pues óyeme bien. Si queréis venir uno á uno y sin armas me comprometo á no haceros nada más que encerraros en la cala del buque y poner os grilletes hasta que lleguemos á Inglaterra. Allí os entregaré á los tribunales de marina. Si no venís, os advierto, tan cierto como que la bandera inglesa ondea sobre nosotros, que os arrepentiréis. No sabéis dirigir el barco, ni sabéis batiros y ya veréis lo que os pasa. Soy tu capitán y esta es la sola vez que me permito hacerte estas advertencias... Si te vuelvo á ver te plantaré una bala en la cabeza... ¡Y ahora, largo de aquí!

Silver estaba livido de coraje; sus ojos saltaban, un temblor de rabia agitaba todo su cuerpo.

—¡Ayudadme á levantarme!—gritó.

—No seré yo—respondió el capitán.

—¿No hay quien me dé la mano?—insistió Silver.

Nadie se movió.

Silver, lanzando espumarajos de rabia, fué arrastrándose sobre la arena hasta que, con ayuda de la muleta, pudo incorporarse.

Anduvo unos cuantos pasos, y deteniéndose un momento nos amenazó furiosamente con el puño.

—Denro de una hora—dijo—no quedarán restos del fuerte ni de vosotros.

Llegó hasta la empalizada, intentó saltarla y no pudo. Su compañero aúdió á auxiliarle

Les vimos hablar un momento en voz baja. Después desaparecieron á través del bosque.

---



## CAPITULO XXI

### EL ASALTO

El capitán, al volver al fuerte, no encontró á nadie en su puesto.

Gray era el único que no se había movido.

La explosión del capitán fué terrible.

--¡Todo el mundo á su puesto!—gritó.

Nos apresuramos á obedecer. Yo no había visto nunca tan indignado al capitán.

Se paseaba furiosamente, retumbando sus fuertes pisadas.

—Bien, Gray—dijo—figurarás en el libro de á bordo por haber cumplido con tu deber. Tú... ¡el único!

Se dirigió después á nosotros.

—Pero, ¿es posible, lord Trelawney! Y usted, doctor, ¿no me ha dicho que ha llevado el uniforme militar? No se conduciría usted así en Fontenoy.

Signió un gran silencio.

El capitán se fué calmando poco á poco, y al fin dijo con acento más amable:

—Acabo de disparar con bala rasa contra los rebeldes. No tardarán en venir. Somos inferiores á ellos en número, pero combatimos bajo techado y hace un momento hubiese añadido que contaba con la disciplina... pero en fin, hay que batirse.

Lo reconoció todo detenidamente.

Teníamos unos veinte fusiles. Se había apilado la leña formando cuatro barricadas, una á cada ángulo del fuerte.

Allí se colocaron fusiles y municiones al alcance de la mano.

El capitán examinó la disposición de las troneras. Al lado del Norte había cinco y otras tres en cada uno de los restantes costados del fuerte.

—Apagad el fuego—dispuso.—Ya no hace frío y el humo molesta los ojos.

Se le obedeció inmediatamente.

—Jim, tú no almorzaste; pues anda á tomar un bocado y á tu puesto. Es necesario sacar fuerzas de flaqueza, amigos. El baile va á empezar. Hunter da á estos chicos un vaso de aguardiente.

El bebió también. Mientras tanto explicaba el plan de defensa.

El doctor tenía la custodia de la puerta. Apostado allí, dispararía á través del cobertizo. Lord Trelawney y Gray, que eran los mejores tiradores, ocuparían el costado Norte, donde estaba el peligro, pudiendo hacer fuego desde las troneras. Hunter y Joyce se encargarían de la defensa de los otros costados.

—En cuanto á ti, Jim—terminó diciendo el capitán, —voy á destacarte conmigo. Ni tú ni yo servimos para hacer buena puntería. Nos dedicaremos á cargar las armas.

Había salido el sol, inundando de luz la planicie y barriendo la neblina.

Pronto comenzó á picar el calor. La arena se había caldeado y abrasaba; la resina comenzó á derretirse en los troncos del fuerte.

Nos habíamos quedado en mangas de camisa y esperábamos impacientes el ataque.

Transcurrió una hora sin que ocurriese nada.

El capitán comenzaba á perder la paciencia.

—Esto es más aburrido que una calma chicha—dijo.

Poco después se observó el avance de los rebeldes.

Joyce llegó hasta el capitán, y muy ceremonioso le preguntó:

—Mi capitán, ¿me haría usted el obsequio de decirme si puedo disparar en cuanto vea alguien?

—¡Ya lo creo!—respondió el capitán.

—Muchísimas gracias—contestó Joyce, y volvió á su sitio.

Permanecíamos ojo alerta y apretando los fusiles entre nuestras manos.

El capitán se hallaba en medio del recinto con los labios apretados y fruncidas las cejas.

De pronto saltó á una de las troneras.

Joyce acababa de disparar.

Los rebeldes contestaron con una descarga.

Las balas rebotaron en el fuerte, sin penetrar ninguna.

Disipado el humo, observamos que todo había vuelto á su calma.

No se movía ni una rama; no se oía ningún rumor; nada que denotase la presencia de los enemigos, y, sin embargo, estaban allí.

—¿Ha acertado usted, Joyce?—preguntó el capitán.

—Creo haberlo errado, caballero. No he hecho blanco.

—Este por lo menos dice la verdad—pensó el capitán.

—Doctor, ¿cuántos ha visto usted?

—Yo no he visto á nadie; pero por este lado han sonado tres tiros.

—¿Y usted es?—prosiguió el capitán dirigiéndose á Gray y á lord Trelawney.

Por aquel lado los disparos habían sido diez ó doce.

Todo parecía indicar que por allí sería el ataque y que los otros disparos sólo se habían hecho para distraer la atención.

El capitán no varió para nada su táctica.

—Hay que estar prevenidos contra todo—dijo—Acaso el asalto sea simultáneo, y es preciso que ninguno de los flancos quede indefenso.

De pronto un pelotón de rebeldes saltó fuera del bosque y atacaron de frente.

Al mismo tiempo comenzó un nutrido fuego que venía de todas partes.

Una bala dió en el fusil del doctor. El arma saltó en mil pedazos.

Lord Trelawney y Gray dispararon dos veces.

Cayeron tres hombres junto á la empalizada; pero uno de ellos se incorporó y huyó hacia el bosque.

Los rebeldes atacaron nuevamente lanzando gritos de rabia.

Cuatro de ellos consiguieron franquear la empalizada. Los demás comenzaron un terrible fuego contra el fuerte.

Los cuatro bandidos avanzaban hacia nosotros hecha en mano.

Nosotros no cesábamos de disparar; pero lo hacíamos con tal apresuramiento que nadie daba en el blanco.

Tres rebeldes más habían escalado el monte y se echaban encima de nosotros.

Job Andersen apareció entre ellos gritando:

—¡Al asalto!

Uno de los rebeldes había llegado hasta Hunter y le había arrancado el fusil. Blandiéndolo como una maza le dió tan tremendo golpe que nuestro pobre amigo cayó al suelo.

Otro de aquellos miserables cayó sobre el doctor poniéndole su puñal en el pecho.

Había cambiado por completo la situación.

Antes disparábamos á cubierto y ahora teníamos encima al enemigo.

Afortunadamente una espesa humareda nos cubría á todos, ocultándonos á los asaltantes.

No se oían más que gritos confusos, disparos, gemidos de dolor, y en medio de todo la enérgica voz del capitán que decía:

—¡Fuera, fuera todo el mundo!

Me apoderé de una faca que brillaba encima de un montón de leña y me apresuré á salir. Otra mano había querido cogerla, y al quitarle yo el arma me herí en los dedos.

Ya fuera del fortín vi al doctor que perseguía á su enemigo y le alcanzaba, metiéndole una bala en la cabeza.

—¡No separaros del fuerte!—seguida mandando el capitán.

Creí notar en su voz un cambio muy singular.

Uno de los rebeldes me amagó un tremendo golpe. Me volví y ví á Andersen blandiendo su hacha. Me atacó de nuevo, di un salto antes de que me alcanzase, pero perdí el equilibrio y rodé toda la pendiente.

Los rebeldes se lanzaban de nuevo al ataque, dispuestos á acabar de una vez.

Uno de ellos llevaba un gorro colorado. Otro escalaba la pared con la faca entre los dientes.

Mis amigos lograron al fin rechazarles.

Gray había derribado á Andersen. Otro de los rebeldes caía frente á una de las troneras, todavía humeante la pistola con que acababa de disparar.

El doctor había tendido en tierra á un tercer enemigo. Los demás escaparon.

Un instante después sólo quedaban allí los muertos.

Comenzó á disiparse el humo y pudimos apreciar cuán cara nos costaba la victoria.

Hunter seguía en tierra, sin conocimiento.

Joyce, caído frente á su tronera, respiraba con dificultad. Tenía un balazo en la cabeza.

En medio del recio, lord Trelawney sostenía al capitán, cuyo rostro aparecía cubierto de mortal palidez.

—El capitán está herido—dijo lord Trelawney.

—¿Se han marchado ya?—preguntó el capitán.

—Los que han podido hacerlo—respondió el doctor.

—Aquí han quedado cinco.

—¡Cinco!—murmuró el capitán.—Ya somos sólo cuatro contra nueve.



## CAPÍTULO XXII

### LA GANOA DE BEN GUNN

Los rebeldes no volvieron á dar señales de vida. Pudimos, pues, curar tranquilamente á los heridos y preparar la comida.

Lord Trelawney y yo quedamos encargados de esta última comision.

El doctor reconoció á todos los heridos. De los ocho hombres fuera de combate sólo respiraban el capitán, Joyce y el desgraciado Hunter.

Uno de los piratas, que vivía aún, expiró cuando estaba curándole el doctor.

Hunter no recuperó el conocimiento en toda la noche á pesar de los solícitos cuidados que se le prodigaron. Falleció al amanecer sin haber pronunciado una sola palabra.

El capitán estaba gravemente herido. Tenía dos balazos, uno en el hombro y otro en una pierna. Afortunadamente, el doctor no desconfiaba de salvarle. Le era indispensable un reposo absoluto.

En cuanto á mí, sólo tenía una extensa cortadura en los dedos, pero sin ninguna profundidad. El doctor me aplicó una tira de tafetán después de haberme dado una cariñosa palmada en la espalda.

Terminada la comida se celebró consejo. La deliberación debió ser muy larga y laboriosa.

Después ví al doctor que cogía su sombrero y empuñaba el fusil.

Había arrollado el mapa y se lo había metido en el bolsillo.

Llegó hasta la empalizada, la escaló y desapareció en seguida.

Gray y yo que estábamos de centinela nos miramos sorprendidos.

—El doctor debe haberse vuelto loco—me dijo Gray.

Yo comenzaba á adivinar lo que aquello significaba y le contesté.

—No hay nada de eso. El doctor no es de los que pierden fácilmente la cabeza.

—Pues entonces ¿á dónde va?

—Quién sabe, ya veremos—le contesté, no atreviéndome á aventurar mi presentimiento, por si me equivocaba.

Cuando me relevaron se me ocurrió dar un paseo por el bosque á la sombra de los grandes árboles y descubrir algo que deseaba desde hacía tiempo.

Nadie se fijaba en mí. Me llené de galletas los bolsillos y me dispuse á la escapatoria.

No me atreví á salir sin llevar conmigo las pistolas y un paquete de balas.

Me proponía llegar hasta la *Roca Blanca* para ver si efectivamente estaba allí la canoa de que me había hablado Ben Gunn.

Como no esperaba que me diesen permiso había decidido tomármelo por mi mano.

Aquello era una especie de deserción, pero mis pocos años me excusaban de reflexionar sobre esto y respecto á los peligros á que me aventuraba.

Aproveché el momento en que lord Trelawney y Gray estaban vendando las heridas del capitán y me deslicé cautelosamente hacia la empalizada. Una vez allí salté fuera y me encontré en el bosque. Nadie había notado mi fuga.

Dejaba allí sólo dos hombres en disposición de defender el fuerte y, sin embargo, mi travesura no resultó tan loca como parecía.

Me dirigí á través de los bosques, procurando evitar que me descubrieran.

La tarde estaba ya muy avanzada, y aunque la brisa

sa había refrescado mucho, el calor era aún muy sofocante.

A lo lejos oía el rumor de las corrientes que se precipitaban hacia el mar.

Seguí avanzando y me encontré en un playa desierta, cercada por un muro de rocas.

El mar se extendía á mis pies. Las olas estrellábanse ruidosas. Los ecos de su acompañada canción escuchábanse siempre en toda la isla.

Avancé á lo largo de la costa. Una estrecha lengua de tierra se internaba en el mar. Me aventuré por allí y á los pocos pasos descubrí enfrente de mí la bahía.

La *Hispaniola* reflejaba sus líneas en el espejo de las aguas. La bandera negra ondeaba en su tope.

Una chalupa estaba amarrada al costado de estribor. Allí estaba Juan Silver. Más arriba se inclinaban dos hombres descargando algo desde la cubierta del buque. Uno de ellos llevaba un gorro colorado, el mismo que había visto yo cuando el asalto del fuerte.

Oí los agudos chillidos de la cotorra de Silver. El pajarraco se hallaba sobre uno de los hombros de su amo y repetía su eterno estribillo:

—¡Monedas de á ocho! ¡Monedas de á ocho!

El sol había desaparecido detrás del *Catalejo* y la bruma comenzaba á borrar el horizonte, cubriéndolo todo.

No tenía tiempo que perder. La *Roca Blanca* distinguíase todavía á lo lejos como una columna de humo.

Arrastrándome, dando mil rodeos para no ser visto, llegué hasta ella.

Estaba anocheciendo. Después de mucho buscar, descubrí bajo la inmensa roca una oquedad oculta por las yerbas,

Tras la tupida cortina de maleza levantábase una especie de choza, construída con pieles de cabra. En el interior estaba la canoa de Ben Gunn.

Era muy sólida, toscamente labrada, forrada de pieles y tan reducida, que me parecía imposible que un hombre pudiese navegar en ella.

Á la vista de aquella primitiva embarcación se me ocurrió una idea.

La canoa de Ben Gunn podía servirme muy bien para llegar hasta la *Hispaniola*, cortar las amarras y dejar que el buque embarrancase donde quisiese.

Estaba convencido de que los rebeldes, después de su descalabro, sólo pensaban en zarpar convirtiendo la *Hispaniola* en barco pirata.

Si realizaba mi idea, impedía por completo sus propósitos.

La empresa no era ni tan descabellada ni tan difícil como me había parecido en un principio. ¿No tenía allí una embarcación de la que podía servirme muy bien? ¿No eran otro auxiliar poderoso para mi proyecto las sombras de la noche? ¿Por qué no realizarlo?

Esperé que cerrase la noche. La bruma se había hecho más densa. Profundas tinieblas lo llenaban todo.

Me decidí. No podía correr riesgo alguno pues la obscuridad me protegería.

Cargué sobre mis hombros la canoa de Ben Gunn y avancé á tientas. Así llegué hasta el mar.

En el embarcadero se distinguía la llamarada roja de la hoguera en torno de la cual cantaban los rebeldes, borrachos de ron.

Más arriba columbrábase una lucecita indicando el sitio en que estaba anclado el buque. Debía ser el destello de los faroles de la cámara, únicos que solían encender en la *Hispaniola*.

La marea había descendido tanto que tuve que andar sobre la arena mojada largo trecho, hundiéndome hasta los tobillos.

Al fin me interné en el mar. Dejé la embarcación sobre las olas. La canoa flotó.

Me encaramé en ella y empuñé los remos.

## XXIII

### Á MERCED DE LA CORRIENTE

La canoa de Ben Gunn era ligerísima.

Parecía construída exprofesamente para mi tan bien se adaptaba á mi peso y á mis fuerzas.

Sin embargo, era bastante ingobernable. Tenía la tendencia á irse de costado, tumbándose á cada instante.

Pero como resultaba verdaderamente prodigiosa era cuando comenzaba á girar sobre si misma.

De estas singulares costumbres ya me había hablado Ben Gunn, advirtiéndome que era muy difícil orientarse con ella si no se la conocía.

Y efectivamente, la excelente canoa se excedía por momentos. En lugar de avanzar retrocedía; la dirigía hacia estribor y marchaba á babor; unas veces se hundía, peligrando zozobrar; otras, saltaba como una pelota; después se ponía á dar vueltas en todas direcciones, excepto en aquélla en que yo deseaba marchar. Era una maravilla.

Creo, no obstante, que sin la ayuda del reflujo no hubiese llegado nunca á la *Hispaniola*.

La corriente me arrastró hacia allí. Al principio sólo ví una sombra negra en la obscuridad. Después fueron destacándose, poco á poco, el casco y la arboladura. Llegué tan cerca en uno de los embites, que pude agarrarme al ancla y quedé suspendido.

La amarra estaba tendida como la cuerda de un arco. El barco tiraba fuertemente de ella empujado por la corriente.

Las olas se estrellaban ruidosamente en torno del casco, que giraba al viento.

Un golpe que hubiese dado en el cable con mi cuchillo habría bastado para que la *Hispaniola*, libre de su amarra, se hubiese ido á lo largo con la marea.

Nada se oponía, pues, á mi proyecto; pero cuando iba á ponerlo en práctica me detuve.

La tension del cable era una amenaza para mí.

Al cortarlo podría arrollarme, y si no me extrañulaba ó me hería, me haría zozobrar.

Era seguro que hubiésemos volado por los aires, tanto la piragua como yo, si hubiese cometido la imprudencia de cortar la amarra.

Me detuve, pues, esperando una ocasión propicia.

No tardó en presentarse. La brisa cambió hacia el Sudoeste y empujando al barco le hizo retroceder.

Mi alegría fué inmensa al ver pendiente el cable que poco á poco iba hundiéndose en el agua.

No había tiempo que perder. Saqué la faca y aserré la amarra.

Mientras tanto oía arriba, en la cámara del barco, unos gritos horribles.

No me inquietaron, embebido como estaba en mi faena. El viento volvió á poner en tensión el cable, cuando ya sólo me faltaba cortar uno de los ramales.

Las voces seguían, y conocí en una de ellas la de Hans, el segundo contramaestre. Disputaba con otro y debían estar borrachos.

Oí que abrían una de las ventanas de popa y arrojaban un objeto que me pareció ser una botella vacía.

Los gritos continuaban cada vez más vivos, siguiéndoles unos tremendos golpes con terribles imprecaciones y juramentos, y deduje que estaban luchando.

Después parecieron apaciguarse; pero no transcurrió mucho tiempo sin que llegase hasta mí el estrépito de una nueva pelea.

En el embarcadero seguía brillando la hoguera de los piratas.

Una voz aguardentosa cantaba una brutal canción cuyo estribillo era coreado por todos.

Nuevamente volvió á soplar la brisa. La amarra se aflojó y pude terminar de cortarla.



No se oían más que gritos confusos, disparos y gemidos de dolor. (Pág. 125.)

La *Hispaniola* viró poco á poco. Después retrocedió empujada por la corriente que la llevaba hacia el embarcadero.

Remé con todas mis fuerzas. La canoa avanzaba lentamente, yéndole á los alcances la *Hispaniola*. Mi angustia aumentaba por momentos.

No me quedaba más recurso que desviarme de aquella inmensa mole ó perecer. Con un supremo esfuerzo me hice á un lado y la *Hispaniola* pasó junto á mí, hirvientes de espuma sus costados.

Pude asirme á un cable que pendía de la mura de babor, lo amarré al esquife y fuimos remolcados.

Momentos después, mirando aquella cuerda que me unía al buque, no pude resistir al deseo de saber lo que pasaba en la *Hispaniola*.

Ascendi rápidamente, y mirando por la porta de popa pude ver cuanto ocurría en la cámara.

Hans y el otro marinero luchaban á brazo partido. Rodaban por el suelo, se incorporaban y volvían á agarrarse. Ambos estaban borrachos.

En aquel momento la corriente empujaba á la *Hispaniola* hacia el fondeadero, recta al sitio en que brillaba la hoguera.

Lleno de terror me deslicé por la cuerda y me encontré nuevamente en el esquife. La feroz lucha seguía arriba, á juzgar por los terribles gritos que escuchaba.

En el embarcadero cantaban los piratas su antigua canción:

Eran quince marineros  
sobre el cofre del muerto,  
quince lobos, quince marineros...

La canoa dió un brinco y cambió de rumbo rápidamente. La cuerda se había roto al empuje del oleaje. Ahora la corriente nos empujaba hacia alta mar y la *Hispaniola* parecía perseguirme de nuevo, dando caza á mi pobre embarcación.

Las olas desviaron hacia el Sur á la canoa. Enfrente de mí erguíanse los acantilados contra los que se es-



trellaba el mar con estrépitos de cascada. La fosforescencia de las olas hacía más siniestra la obscuridad.

Me arrojé al fondo de la canoa. Ya no había salvación. Iba á perecer estrellado contra los arrecifes.

Cerré los ojos esperando la muerte. La canoa seguía su carrera vertiginosa entre montañas de espuma.

Yo estaba calado hasta los huesos y aterido de frío. Caí en un terrible sopor, perdida la noción de la realidad.

Rendido de fatiga acabé por dormirme.

Soñé con mi madre.

## XXIV

### Á CAZA DE LA «HISPANIOLA»

Estaba amaneciendo cuando desperté.

El sol remontaba el horizonte por detrás del *Cuatlejo*.

A mi derecha veía la colina *Trinquete*, un poco más lejos la *Mesana* hacía brillar sus peladas rocas con la luz del día.

La canoa seguía á merced de las olas.

Aquel hermoso espectáculo del amanecer en la isla sólo contribuía á contrastar más ostensiblemente mi desesperada situación.

Allí, frente aquellos bosques que se llenaban de alegres rumores con el nuevo día, delante de aquellas espesuras de intenso verdor en que cantaban los pájaros, me tocaba morir.

No podía pensar en llegar á tierra.

La barrera de rocas se interponía siempre como siniestra amenaza.

Me veía despedazado ya entre aquellas peñas contra las cuales se rasgaban las olas con terrible estrépito. El agua rebotaba hasta mí en forma de lluvia.

Era previsible perecer de hambre en alta mar que morir allí destrozado.

La piragua tan pronto se hundía en las profundidades como se elevaba hacia los cielos, impedida por la violencia del oleaje.

Aun me restaba otro sobresalto. Lleno de terror vi desfilan manadas de monstruos marinos que lanzaban feroces gritos. Después supe que eran vacas marinas, completamente inofensivas; pero su extraño aspecto

y mi ignorancia fueron causa del espanto que me produjeron en aquella ocasión.

Apenas me atrevía á mirar afuera procurando ocultarme en el fondo del esquite.

Al fin los ví desaparecer detrás de un promontorio.

Entonces me atreví á incorporarme. Apenas había cambiado mi situación; la canoa seguía avanzando paralela á las rocas, aproximándose siniestramente á ellas, alejándose otras veces.

Mi cambio de posición la hizo cabecear horribilmente y se llenó de agua.

Me convencí de que tenía que permanecer tumbado en el fondo si quería que el esquite conservara el equilibrio y no zozobrase.

Lo hice así y poco á poco fui vaciando el agua, sirviéndome para ello de mi gorro.

Al fin comprobé que había desaparecido el peligro.

La línea de rocas había quedado atrás, y una playa suave y arenosa extendíase á mi izquierda.

El mar se internaba en ella formando una bahía.

Á lo lejos cortaba el horizonte un promontorio cubierto de maleza. Era el cabo del Bosque. Recordaba haberlo visto señalado en el mapa de Flint, que me sabía de memoria.

Libre de temor, empuñé los remos, ansiando desembarcar cuanto antes en la bahía. Tenía una sed horrible. No había avanzado un cuarto de milla cuando ví, ganando el promontorio, nuevamente á la *Hispaniola*.

Su vela de mesana crujió hinchada por el viento. Marchaba hacia Noroeste. Supuse que la tripulación quería dar la vuelta á la isla para dirigirse al fondeadero.

De pronto lo ví girar hacia el Oeste y temí que me hubiesen visto y quisieran darme caza.

Poco despues se detuvo, caídas las velas junto á los palos.

Entonces me dí cuenta de lo que pasaba.

—Esos granujas están borrachos. ¿Qué diría el capitán Smollet si viese esto?

La *Hispaniola*, virando en redondo, volvió á coger el viento. Las velas se hincharon y así bogó hasta que quedó parada de nuevo. Erraba á la ventura, sin que nadie manejase el timon.

Indudablemente, en el barco todos dormían su borrachera.

—¡Si tuviese valor para abordar la *Hispaniola* y llevarla á su capitán!—me dije.

Comenzó entonces una persecucion tenaz y empeñada.

Remaba hacia el buque que, impelido por el viento, huía rápidamente apenas había conseguido aproximarme. Después se detenía como esperándome. Parecía burlarse de mí.

Hubo momento en que llegué tan cerca, que vi distintamente los dorados del timon y pude comprobar que no había nadie sobre cubierta.

Esto me confirmó en mi empeño. El buque estaba abandonado ó su tripulacion dormía borracha en la cámara. Si era esto último pod'a encerrar á todos fácilmente y conducir después al buque donde quisiera.

La *Hispaniola* permanecía esta vez inmóvil, la vela mayor pendía á lo largo del mástil, el barco parec'a que estuviese anclado.

Estaba ya junto á él; acababa de ver la lámpara de la cámara todavía encendida, cuando se hincharon las velas y partió velozmente.

No tuve tiempo de desesperarme. La *Hispaniola* había virado y se me venía encima.

A poco si puedo escapar del peligro. Remontaba el esquite una ola cuando nos alcanzó rápidamente el barco cuyo bauprés iba á descargar sobre mi cabeza.

Me puse precipitadamente en pie y me agarré al cordaje del botalon. Mis piernas colgaron en el vacío hasta que encontraron apoyo en las amarras del palo.

Al mismo tiempo oía un golpe sordo.

Al fin me encontraba en la *Hispaniola*, pero no podía retroceder.

La canoa acababa de ser echada á pique.

## XXV

### JIM, CAPITÁN

Acababa de encaramarme en el bauprés, cuando el gran foque se hinchó de viento, resonando como una detonación. Volamos hacia el Norte. El barco se estremecía por efecto de la súbita conmoción.

Poco después las otras velas cogieron el viento, y cayendo el foque, estuvo á punto de arrojarme al agua.

Abandoné aquella peligrosa posición y arrastrándeme por el palo llegué hasta el alcázar de proa.

El puente aparecía desierto.

Todo estaba sucio y manchado.

Allí no se había hecho baldeo alguno desde el día en que abandonamos el buque.

Los fuegos crujían ruidosamente detrás de mí y el timon batía contra la popa.

Siguió un chapuzon tremendo, el botalon del ala de la vela mayor volviase hacia adentro, gimiendo la lona sobre sus poleas. Entonces pude ver la popa.

Allí estaban dos marineros. Uno de ellos aparecía tendido boca arriba, tieso é inmóvil, con los brazos abiertos en cruz. Su rostro conservaba un gesto feroz, sus dientes mostrábanse á través de los labios. Sobre su cabeza, inclinada á un lado, veíase un gorro rojo.

El otro era Israel Hands. Estaba tumbado contra el empalletado, con la cabeza baja y los brazos pendientes á lo largo del cuerpo.

El barco seguía una carrera loca; crujían los palos, estallaban las velas hinchándose y deshinchándose con formidables estrépitos.



A cada movimiento, el marinero del gorro colorado deslizábase inerte de un lado para otro, siempre con su horrible gesto, apareciendo los dientes entre sus labios negros.

Israel Hands procuraba replegarse sobre sí mismo, encogiéndose pesadamente á cada sacudida del barco. Así fué inclinándose hacia el lado contrario al que yo me encontraba y sólo pude distinguir de aquel traidor el extremo de sus patillas.

Todo el puente aparecía manchado de sangre.

Hands, impelido por un bote del buque, se volvió hacia mí.

Su rostro estaba cubierto de mortal palidez, su mirada parecía vaga y lo hubiese creído muerto, si no lo hubiera oído gemir.

Llegué hasta él y le dije:

—Ya estoy aquí de vuelta, Hands.

Dirigió hacia mí sus mortecinos ojos, y murmuró:

—¡Ron, dame más ron!

Me precipité hacia el alcázar de popa. El desorden era completo. Los cajones de todos los muebles estaban forzados.

El suelo conservaba aún las pelladas de barro de los zapatos de los marineros después de su estancia en los pantanos.

En la ensambladura blanca y dorada veíanse huellas de manos sucias que se habían apoyado allí.

Cascos de botellas rodaban por el piso manchado de vino.

La lámpara alumbraba con su luz ténue aquel desastre.

Llegué hasta la bodega. Faltaban muchos barriles, y los que quedaban estaban vacíos.

Me costó mucho encontrar una botella de aguardiente que había quedado oculta entre dos barricas.

Busqué para mí algunas provisiones, galleta, frutas y un pedazo de queso. Subí de nuevo á cubierta para aplacar mi sed en el tonel de agua. Coloqué mis provisiones lejos del alcance del herido, y después, alargándole la botella, le dije:

—¡Ahí va, Hands!

Bebió con ansia, apurando de un trago casi media botella.

—¡Diablo! ¡Bien lo necesitaba!—exclamó.

Me puse á comer mis galletas y mi queso.

—¿Le han herido á usted, Hands?—le pregunté.

Me contestó con un gruñido.

—Esto... no es nada—dijo al fin.—Si estuviese aquí el doctor ya estaría curado... Ese canalla me las ha pagado todas—añadió señalando el cadáver que rodaba sobres las tablas.

Después me miró con extraña expresión.

—¿Y tú de dónde vienes?—dijo.

—He venido á tomar posesión del barco, y tiene usted que obedecerme como á su capitán—le contesté.

Me lanzó una mirada siniestra, pero no replicó nada.

Sus mejillas iban recuperando el color. No obstante, le era imposible incorporarse, y cada vez que el barco daba una sacudida, le hacía girar sobre el puente prorrumpiendo en gemidos.

—Mi primera orden—continué es la de arriar la bandera negra y voy á cumplimentarla yo mismo ¿No le parece á usted?

Sin esperar su contestacion arrié la bandera y la arrojé al mar.

Después comencé á gritar con todas mis fuerzas:

—¡Muera la bandera de Silver!

Hands, con la cabeza inclinada sobre el pecho, me miraba asombrado.

—Sospecho, capitán Jim—me dijo—que tu idea es la de volver á tierra. Pues bien, ¿quieres que hablemos un ratito?

—Hable usted cuanto quiera—le respondí—y me puse á comer mientras le escuchaba.

Hands dijo señalando el cadáver:

—Ese granuja y yo nos proponíamos llevar el barco al fondeadero. Pero ahora no sé quién se va á encarregar de la maniobra. Ese tiene ya lo suyo, y tú... como yo no te diga lo que has de hacer... Podemos llegar á un arreglo. Tú me das ron, comida y un pañuelo para

vendarme la herida, y yo, en cambio, te diré lo que hay que hacer. ¿Te conviene?

—Tengo que advertirle á usted que no quiero volver al fondeadero del capitán Kid, sino marchar á la rada del Norte y embarrancar allí el buque.

—Se hará lo que quieras, puesto que tú eres ahora el capitán. Donde tú digas allí iremos. Yo no soy tan malo como algunos me creen.

—Pues manos á la obra.

En cinco minutos, siguiendo las instrucciones de Hands, dí direccion al barco y bogamos á lo largo de la costa.

Me proponía doblar la punta del Norte, llegar á la rada antes de la marea alta y embarrancar sobre la playa. La resaca dejaría en seco al barco y podríamos nosotros saltar tranquilamente á tierra.

Navegábamos viento en popa y sin temor á ningún contratiempo.

Busqué un pañuelo para Hands, y yo mismo le ayudé á vendarse la herida que tenía en el muslo. Después le dí más aguardiente y un poco de galleta.

La brisa nos favorecía, volando el barco sobre las olas.

Hands pudo incorporarse, muy aliviado ya, y comenzó á hablarme con voz más segura.

Yo estaba entusiasmado con mi nuevo cargo y con el éxito con que realizábamos el viaje.

Todos los remordimientos que me asaltaron cuando mi desertión, quedaban destruidos ahora que mi conciencia, ¡satisfecha y tranquila, se regocijaba ante la maravillosa conquista de la *Hispaniola*.

Mi dicha hubiera sido completa si no me hubiera inquietado la presencia de Hands.

Sus ojos, que comenzaban á llenarse de vida, me seguían á todas partes, humildes cuando yo lo miraba, fieros cuando me creía distraído.

Acogía mis palabras con una apagada sonrisa, en la que lo mismo podía leerse la sumisión que la perfidia.



## XXVI

### LUCHA Á BORDO

Doblamos el cabo Nordeste y entramos en la bahía. El éxito había sido completo.

No teníamos ancla y era preciso esperar que creciese la marea para poder embarrancar.

Hands me dijo lo que tenía que hacer para ponernos al paio, y una vez realizado, ya no nos quedó nada que hacer sino esperar á que llegase el momento en que la marea nos ayudase.

Tranquilos ya, nos pusimos á comer de nuevo.

—Jim, capitán, Jim, ¿por qué no arrojamos al mar el cadáver?—me dijo Hands.

Me estremeci ante aquella proposición.

—Yo solo no puedo—le contesté.

—¡Maldita *Hispaniol!*—prosiguió Hands.—¡Cuántos han muerto desde que nos embarcamos!

Permaneció un gran rato sumido en sus reflexiones, y después me dijo:

—¿Quieres hacerme el favor de traerme un poco de vino? El ron es muy fuerte y yo estoy muy debilitado.

El tono de sus palabras me sobresaltó. Además, era muy extraño que prefiriese ahora el vino cuando toda su vida no había hecho más que emborracharse con ron, su bebida favorita.

Indudablemente, aquello no era más que un pretexto para alejarme. Pero ¿qué se propondría hacer?

Le veía siempre con la cabeza baja, rehuendo mis miradas, quejándose á cada momento del dolor de la herida.

Cuando no ten'ia más remedio que mirarme, sonreía forzosamente.

No me cab'ia duda que aquel miserable me preparaba alguna ma' a accion.

—Sí, Hands, el vino le probará á usted mejor. ¿Cómo lo quiere usted?—le dije.

—Lo mismo me da.

—Pues entonces voy á traerle una botella de Oporto. Vuelvo en seguida.

Bajé por la esca era haciendo el mayor ruido posible. Después me quité los zapatos y me deslicé por el pasillo de los pañoles hasta la escala de proa

Miré por la ventani la, conteniendo los fuertes latidos de mi corazon.

Hands se hab'ia incorporado y se arrastraba de rodillas. Su cara se contraía á causa de los intensos dolores que le produciría la herida.

Así cruzó la cubierta y llegó hasta un rollo de cuerdas, ante el que se detuvo para cobrar aliento.

Después le vi sacar una larga faca que se hallaba oculta allí.

Estaba manchada de sangre hasta la empuñadura.

Probó el filo en una de sus uñas y después se la guardó en la chaqueta.

Ya sabía á qué atenerme.

A quella faca estaba destinada para mí.

¿Pero qué se propondría Hands después de realizar sus infames pensamientos de asesinar-me? ¿Seguiría á lo largo de la costa en busca de los suyos? ¿Podría él solo realizar esta empresa? ¿Dejaría que embarrancara-se el barco y después de librarse de mí, dispararía un cañonazo para que acudiesen los rebeldes?

Est o último era lo más lógico y además lo único factible. Hands estaba muy débil para encargarse él solo del barco. Esperaría, pues, á embarrancar para poner en práctica sus traidores proyectos.

Deduje en consecuencia que no corría peligro mientras el buque no estuviese en lugar seguro, pues mientras tanto á Hands no le convenía desprenderse de mí.

Busqué la botella, me puse los zapatos y subí corriendo sobre cubierta.

Hands se hallaba en el mismo sitio en que le había dejado. Tenía los ojos cerrados y respiraba fatigosamente á consecuencia del esfuerzo que había hecho.

Al aproximarme levantó un poco la cabeza, y mirándome con hipócrita humildad, me dijo:

—Jim, sírve me en un buen vaso, me estoy muriendo. Lo apuré de un sorbo y pareció más animado.

—Oye, Jim, otro favor. Toma este zurullo de tabaco y corta un taco... que sea largo... muy largo... Quién sabe si será el último.

Cogí el tabaco y me dispuse á complacerle.

—Yo no puedo ofrecerte mi cuchillo—añadió,—porque no lo tengo aquí. Esto se acaba. Jim, no me cabe duda... Me voy á hacer el gran viaje... No hay remedio.

Se apoderó ansiosamente del tabaco que le había cortado y permaneció sin pronunciar palabra largo tiempo, entregado á sus pensamientos.

Así transcurrió un cuarto de hora. La marea había crecido mucho y era ya muy alta.

Hands salió de su ensimismamiento.

—Voy á prevenirte, capitán Jim—me dijo.—Has todo lo que diga y pondremos el barco á seguro.

—Ya verás que bien estamos entouces—añadió con su indefinible sonrisa.

Quedaban por recorrer dos millas y aquel paso era el único peligroso. La entrada al fondeadero era muy estrecha y había que realizar todas las maniobras con extraordinaria precisión á fin de evitar cualquier accidente.

Avanzamos con precaución y pudimos franquear la entrada sin contratiempo alguno.

Siguiendo las instrucciones de Hands, que era un gran piloto, salí airoso de mi empresa.

El fondeadero era muy largo y estrecho, cercado por filas de rocas no muy elevadas.

Al lado de babor vimos el casco de una fragata que había naufragado allí, Dios sabe cuanto tiempo.

Las algas lo cubrían, y las plantas trepadoras escababan sus palos rotos. La cubierta aparecía invadida por el follaje.

—Cuidado, Jim, este sitio es muy peligroso—me advirtió Hands.

Seguimos bogando. Mientras tanto Hands me explicaba la faena de embarrancar.

—Cuando baje la marea—me decía—se lleva una amarra, siguiendo lo largo de la costa, se la pasa por el tronco de un árbol y después se la lleva de nuevo á bordo donde se ata al cabestrante el otro extremo, sujetándolo bien. Así queda preso el barco. Pero dejemos de charlar. Ha llegado el momento crítico... Parrá á estribor... ¡Fuerte!... Ahora á babor... ¡Poco á poco!... ¡Así!

Yo me esforzaba en obedecer todas aquellas órdenes sin cometer ninguna torpeza, á pesar de mi inexperiencia de las cosas de mar y de mis escasas fuerzas de muchacho.

—Ahora á la barra... ¡Firme!—gritó.

Me apoyé en la barra. La *Hispaniola* viró rápidamente y corría recta hacia la playa.

Me había inclinado para ver como chocaban las olas contra la popa. De pronto me asaltaron los recelos que había olvidado con el interés de la maniobra y me volví.

Dos gritos sonaron á un tiempo. Uno de Hands, al verse sorprendido, y otro mío al advertir el peligro que corría.

Hands venía hacia mí faca en mano.

Un momento más y hubiera muerto á sus manos.

Di un brinco, soltando la barra, que volvió á caer hacia babor.

El madero dió de lleno en el pecho á aquel miserable, que se agarró donde pudo para sostenerse. El golpe le dejó medio aturdido.

Corrí precipitadamente, habiendo escapado del más grave peligro, pues si no hubiese sido por el tropazo de la barra, Hands me hubiese cazado allí como en una ratonera.

Ahora tenía por delante toda la cubierta.

Llegué hasta el palo mayor. Aquel traidor me iba ya á los alcances.

Me detuve, y sacando una de las pistolas apreté el gatillo.

El tiro no salió. El agua del mar había mojado la pólvora y estaba indefenso.

¡Cuánto maldije mi falta de precaución! Sabiendo, como sabía, el peligro que me esperaba, debí haber cambiado la carga de mis pistolas cuando tanto tiempo tuve para hacerlo.

Ahora era tarde ya, no me quedaba más recurso que morir.

Temblaba de espanto viendo avanzar á mi enemigo,

Me parecía imposible que pudiese tenerse de pie á pesar de la herida.

Le veía con su rostro encendido de furor, los ojos inyectados, erizado su pelo gris.

Me cobijé detrás del palo mayor y cobré un poco de esperanza. Allí podría burlar el ataque, girando en torno del palo sin darle lugar á que me alcanzase. Era un juego que yo conocía y en el que había salido victorioso, teniéndomelas que ver con chiquillos mucho más á riles que aquel marinero viejo y herido.

Hands al adivinar mi táctica se detuvo.

Una sacudida del barco le hizo caer sobre unos rollos de cuerda, y allí quedó sujeto un momento, enredado entre los cables.

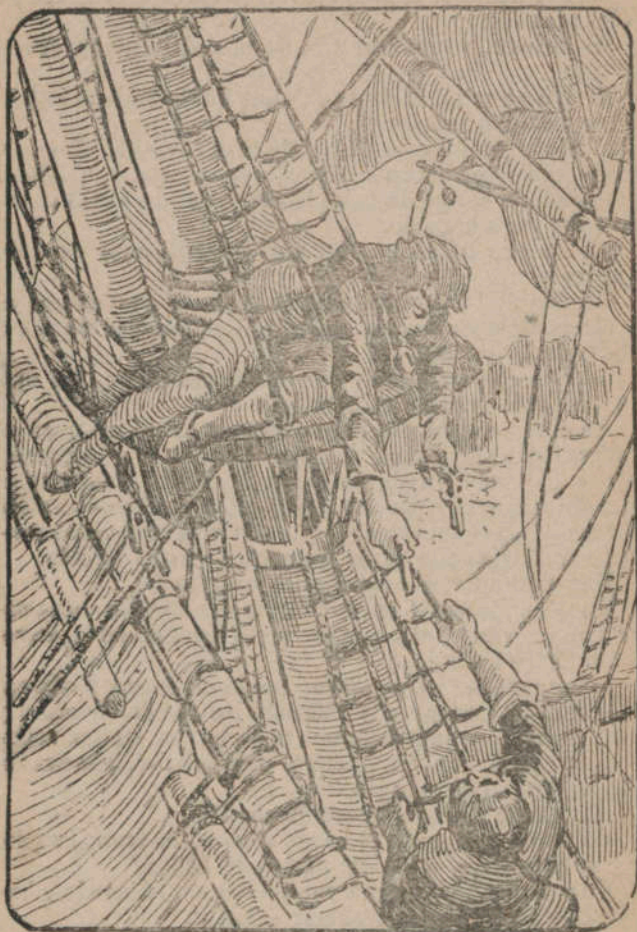
Lo aproveché para correr hacia la santa bárbara, dispuesto á cargar mis pistolas. No me dió tiempo, y metiéndome precipitadamente la carga en los bolsillos, brinqué otra vez hacia el palo mayor, que era mi único puerto de refugio.

Hands me acometió resueltamente.

En aquel momento el barco tocó en la arena, vaciló sobre la quilla y cayó del flanco de babor.

Una montaña de agua rebasó los empalletados, bariendo cuanto encontró por delante.

Los dos perdimos el equilibrio y rodamos hasta el embornal.



—Si avanza usted más, le salto la tapa de lossesos. (Pág. 149).

El cadáver, rodando también, cayó encima de nosotros.

Hands y yo estábamos tan juntos que mi cabeza dió contra sus zapatonés.

Sin embargo, fui el primero que se levantó, mientras él pugnaba por deshacerse del cadáver.

La posición del buqué había imposibilitado mi anterior recurso de defensa.

Hands estaba ya en pie. Rápidamente me agarré á las cuerdas de mesana y trepé por ellas hasta hallarme en la verga.

Hands me había arrojado su cuchillo, que se hincó en el palo, cayendo después sobre cubierta.

Furioso por haber errado el golpe, me miraba con ojos desencajados de cólera, mientras recogía el cuchillo que rodaba sobre las tablas.

Esto me dió tiempo de cargar una de mis pistolas.

Mi enemigo había visto esta operacion, y comprendiendo que si me dejaba terminarla estaba perdido, se izó con trabajo sobre los obenques.

Subía con gran dificultad y llevaba el cuchillo entre los dientes, que rechinaban de cólera.

Tuve tiempo de cargar la segunda de mis pistolas antes de que llegase él á tenerme á su alcance.

Entonces, apuntándole con una pistola en cada mano, le dije:

—Si avanza usted más, le salto la tapa de los sesos.

Hands se detuvo.

Le tenía sujeto allí bajo el cañon de mis pistolas y trataba de reflexionar.

Su desesperacion era tan cómica, en medio de todo, que no pude menos de echarme á reír.

Tragando saliva se quitó de los dientes el cuchillo, y me dijo:

—Bueno, Jim, capitularé, aunque para mí es muy duro pactar con un chiquillo... ¡Pero qué remedio queda!

Me envanecía al oír aquellas palabras, cuando oí un silbido y sentí un golpe en el hombro.

Hands había hecho la accion de arrojar a'go.

Sentí un agudo dolor y me encontré clavado al palo por el cuchillo de aquel miserable. Tenía el hombro atravesado.

La sorpresa, el dolor, no sé que fué lo que disparó mis pistolas.

Hands so tomó los obenques y cayó pesadamente al mar.



## XXVII

### DESORIENTADO

El barco se había inclinado tanto que los palos pendían sobre las olas formando un ángulo agudo.

Por eso había caído Hands en el mar. Le ví bracear en medio de un torbellino de espuma ensangrentada y después hundirse para siempre.

Poco después, cuando las aguas quedaron tranquilas, ví su cadáver flotando sobre la fina arena del fondo en la sombra proyectada por el flanco del buque.

Dos ó tres peces que pasaron sobre él y el empuje de la corriente simulaban devolverle la apariencia de vida, haciendo un movimiento como si tratase de incorporarse; pero nuevamente volvió á su posición anterior, inerte, rígido.

El cuchillo con que estaba clavado en el palo ardía como un hierro candente en mi herida.

Pero no era este agudo dolor lo que me hacía estremecer.

Si me faltaban las fuerzas caería al mar sobre el que estaba suspendido, y perecería ahogado allí, al lado de aquel cadáver.

Cerré los ojos para evitar el vértigo que se iba apoderando de mí, y me agarré con tal fuerza que las uñas se hundieron en la madera.

Intenté arrancarme el cuchillo, pero estaba tan fuertemente clavado y la operación era tan dolorosa, que tuve que desistir.

Nuevamente me ví cayendo al mar y me agarré sobresaltado con un movimiento tan violento que me libró de la sujeción del cuchillo,

El arma sólo me había alcanzado ligeramente encima del hombro y la acababa de arrancar de él mi desesperado esfuerzo. Estaba libre; sólo quedaban clavadas en el palo mi camisa y la chaqueta que rasgué al primer empuje.

Descendí por los obenques de estribor, por el camino contrario al de la ascension de Hands, pues no quería tocar con mis manos nada de lo que había tocado aquel miserable.

Vendé mi herida, restañando la sangre que corría en abundancia.

Afortunadamente mi lesion no era grave, ni me impedía manejar el brazo.

Dueño del buque, lo primero que hice fué desembarazar me del cadáver.

Estaba rígido sobre el parapeto de babor, en una actitud horrible.

No obstante, como ya me había familiarizado con la muerte llegué hasta él, le levanté con un supremo esfuerzo y le dejé caer en el agua.

Siguió un siniestro chapotazo y se hundió á dos pasos del cadáver de Hands.

Estaba, pues, completamente solo á bordo.

Comenzaba á descender la marea. El sol trasmontaba, alargando hasta la playa las sombras de los árboles.

La brisa de la noche hacía gemir la arboladura, palpitantes las velas.

Me apresuré á bajar los foques, pero la vela de mesana se había inclinado sobre el flanco y pendía hundida en el agua. Nada pude conseguir por más que hic para recogerla. En vista de esto saqué mi cuchillo y corté las amarras y las jarcias. La vela cayó en una gran parte, formando sobre la superficie del agua una gran masa flotante. Tiré con todas mis fuerzas y no logré ningún resultado. Siéndome, pues, imposible subirla nuevamente á bordo, desistí de seguir luchando más.

El fondeadero aparecía ya hundido en la obscuridad. Los últimos rayos del sol brillaban como rayas

de fuego, recortando en rojo las flores y la maleza del buque náufrago que parecía incendiado.

La *Hispaniola* se hundía cada vez más. Me agarré á la amarra que desde que la corté pendía sobre el costado y me fui desviando poco á poco por el a.

Toqué fondo. La arena era fina y pude llegar, con agua á la rodilla, hasta la playa.

Allí quedó la *Hispaniola* acostada sobre el flanco y con la vela de mesana sumergida en el mar.

Había cerrado la noche y la brisa soplabá débilmente entre los árboles. Comenzaba á sentirse frío.

Estaba contentísimo de haber libertado el barco de manos de los rebeldes y ansiaba reunirme con mis amigos para enterarles de todo.

No temía ya que me riñesen por mi escapatoria, pues no volvía con las manos vacías.

Atravesé el bosque y me encontré al otro lado con el riachuelo que iba á desembocar en el fondeadero del capitán Kid. Sirvió para orientar me.

La obscuridad era cada vez más profunda. Me hallaba cerca del sitio en que había visto por primera vez á Ben Gunn. Ví reflejada en el cielo una luz que supuse era la de la hoguera en que mi amigo preparaba su comida. No pudo menos de asombrarme de su imprudencia, estando como estaba la isla llena de enemigos.

Seguí avanzando en la sombra, tropezando á cada momento y enredándome en las malezas. Las estrellas apenas brillaban. No pudiendo comprobar mi camino creí que me había extraviado y pasé unos momentos de angustia terrible.

De pronto la luna apareció por encima del *Catalejo*, y igniéndome á través de los árboles, alumbraba mi camino.

Corrí con todas mis fuerzas llegando al fin junto al bosque que rodeaba al fuerte.

Allí me detuve. Había que avanzar con precaución para evitar que mis amigos me tomasen por uno de los rebeldes y me enviaran una bala.

Á través de los árboles ví una luz roja intensísima,

como de una hoguera. No podía explicarme que era aquello.

Seguí avanzando y me convencí de que era una hoguera encendida entre la empalizada y el fuerte.

Sorprendido é inquieto, me detuve. ¿Cómo se desobedecían así las órdenes del capitán que había prohibido encender tales fogatas á fin de no desperdiciar la provisión de leña?

Me aproximé más. Todo estaba en silencio, sólo se oía el rumor de la brisa.

Esto me tranquilizó. Fui siguiendo á lo largo de la empalizada, procurando permanecer en la sombra.

Encontré un sitio por donde pude franquear la valla sin que me vieran y penetré en el recinto.

Me arrastré con las manos y las rodillas y así llegué hasta el fuerte.

Un formidable ronquido me saludó, después dos ó tres más y así siguieron.

—¡Vaya una manera de hacer centinela!—pensé.— Si Silver anduviese por aquí cerca bonito despertat tendrían estos amigos.

Me detuve en el dintel de la puerta. El interior estaba completamente á oscuras. Se oían también los ronquidos, cada vez más fuertes, de los que allí dormían. De cuando en cuando sonaba un golpecito seco y un roce metálico que no acertaba á explicarme que era.

Penetré en la habitación buscando á tientas un sitio donde echarme. Me regocijaba el pensar la cara que pondrían todos al día siguiente al verme durmiendo tranquilamente en mi sitio.

Tropecé con las piernas de uno de los durmientes, que hizo un movimiento y se volvió del otro lado sin despertarse.

De pronto, unos chillidos sonaron en la obscuridad.

—¡Piezas de á ocho!... ¡Piezas de á ocho!—oi que gritaban

Y siguió siempre igual, sin tregua ni descanso.

¡Era la cotorra de Silver! ¿Qué hacía allí?

Todos se habían levantado sobresaltados.

--¿Quién vive?--gritó en la sombra una voz. La reconocí espantado.

--¿Quién vive?--repitió aquella voz, que era la de Juan Silver.

Me precipité hacia la puerta, pero choqué contra uno de los que allí estaban y me rechazó yendo á caer en los brazos de otro, que me sujetó violentamente.

--¡Dick, trae luz!--gritó Silver.

Uno de aquellos hombres salió para volver con un leño encendido.



## XXVIII

### EN LA BOCA DEL LOBO

Aquella luz me confirmó en mis terribles sospechas.

El fuerte se hallaba en poder de los piratas, que estaban allí en torno mío.

Todo estaba tal como lo había dejado; los toneles, los sacos de galleta, la provisión de carne.

Miré á todos lados y no ví á los prisioneros. Indudablemente habían perecido á manos de aquellos miserables. Quedé helado de espanto y conmovido por crueles remordimientos.

Seis piratas eran los que estaban allí; cinco se habían levantado con el rostro hinchado y encendido por el sueño de la embriaguez, el sexto seguía echado en tierra. Su rostro estaba lívido y llevaba la cabeza vendada, con una gran mancha de sangre en la frente. Me recordó al herido cuando el asalto y que huyó al bosque.

La maldita cotorra había cesado en sus chillidos y aparecía ahora sobre el hombro de su amo.

Encontré en Silver un cambio muy particular. Me pareció más pálido y más inquieto que de costumbre. Su traje era el mismo que se había puesto cuando vino á parlamentar, pero estaba cubierto de barro y de manchas.

Al reconocermé exclamó:

—Pero si es Jim. ¡Vaya una agradable sorpresa! Jim que viene hacernos una visita. No sabes cuanto te lo agradecemos.

Se había sentado sobre un tonel, sacó la pipa y se puso á cargarla.

— Dame fuego, Dick.

Con la antorcha en la mano me alumbró de frente mirándome de pies á cabeza.

— ¡Pero este Jim! — prosiguió diciendo. — Créeme, ninguno de estos señores te esperaba, porque no habías avisado. Creo, caballeros, que no tienen que molestarse por el Sr. Jim, él los excusará... ¡Vaya, con el muchacho! Mira, yo sabía que era listo, pero no acierto á explicarme...

Apoyado en la pared, le miraba frente á frente, aparentando entereza, aunque tenía el corazón oprimido de espanto.

— Ya que estás aquí no quiero desperdiciar la ocasión de decirte que siempre te he tenido cariño. ¡Qué diablo! Eres mi retrato de cuando yo era muchacho como tú y tenía mis dos piernas. Por eso me alegro de que hayas venido, te hablo de verdad. Tú ya no puedes volver con los tuyos. El capitán Smollet es muy rígido en lo que se refiere á la disciplina y ya supondrás lo que te espera. El doctor tampoco te quiere, siempre que habla de tí dice... «Ese desertor». Tú no debes ir por allá, porque sería muy peligroso para tí. De suerte que, como no intentes forjar un tercer partido, sólo contigo, no te queda más recurso que afiliarte á la bandera de Silver.

Estas palabras representaban para mí la inmensa alegría de anunciarme que mis amigos vivían.

— Ya comprenderás que estás en nuestro poder, Jim. No me gustan las amenazas. Tú dirás ahora cuál es tu decisión.

— ¿Quiere usted que le conteste? — exclamé, adivinando á través de las ironías de Silver la amenaza de lo que me esperaba.

— Puedes pensarlo todo lo que gustes. A tu lado las horas nunca nos parecerán largas.

— Antes de decidir nada necesito saber la suerte de mis amigos, ¿dónde están?

— ¡Cualquiera podrá decirlo! — interrumpió uno de los piratas.

— ¡Silencio! — gritó furioso Silver.

Después se volvió hacia mí y con una amable sonrisa, continuó:

—Puedo darle á usted cuantas explicaciones necesite. El caso es que ayer mañana se presentó el doctor con bandera de parlamento y me dijo:—Silver, le han hecho á usted traición. El barco ha desaparecido.—Y efectivamente, me volví y la *Hispaniola* había volado. Nos habíamos olvidado del buque, porque como habíamos bebido tanto... El doctor propuso un arreglo y todo se convino de la mejor manera. Salieron del fuerte y no sabemos dónde están.

Silver se detuvo, lanzó dos ó tres bocanadas de humo y prosiguió:

—Pero tú no estás comprendido en el tratado... ¿Cuántos han de evacuar el fuerte?—les pregunté.—Somos cuatro hombres sanos y un herido—respondió el doctor.—¿Cuatro?—insistí yo.—Sí, porque el grumete—afirmó el doctor,—nos tiene ya hartos con sus escapatorias.—Ya sabes, pues, lo que opinan respecto á tí.

—¿Y ahora quiere usted que le diga lo que pienso yo?

—Ya te he dicho que no tengo prisa.

—Pues bien, no soy tan tonto que no comprenda lo que usted me quiere decir con esas palabras. He visto ya muy de cerca la muerte y no le tengo miedo.

—¿A mí?

—Sí, á usted. Deseo decirle que la posición de ustedes no es tan halagüeña como todo eso. Están reducidos á cinco hombres, y no poseen ni el barco ni el tesoro. La partida, pues, ni la tienen ganada ni mucho menos. ¿Quiere que le diga quién se la ha hecho perder? Pues yo, oculto en el barril de manzanas durante la noche que avistamos la isla, lo oí todo y enteré en seguida al doctor y al capitán. En cuanto al barco yo soy también quien lo ha llevado á un lugar seguro donde no lo encontrará nadie. Ahora máteme usted. Si me salva la vida yo procuraré salvar la de usted cuando lo condenen como pirata. Elija usted, pues. Mi vida guarda la suya.



Aquellos borrachos, sentados en torno mío, me miraban con expresión estúpida.

—Usted, Silver, es el mejor de todos. Si las cosas vienen mal dadas para mí, le ruego que diga al doctor como he acogido su proposición.

—Puedes estar tranquilo—respondió Silver.

Nada pude adivinar ni en su gesto, ni en el tono que dió á estas palabras.

¿Seguía burlándose de mí ó le habia impresionado mi entereza?

En aquel momento un marinero llamado Morgán, alto, de color de caoba, y á quien habia visto en la taberna de Silver, exclamó señalándome:

—Este ha sido también quien reconoció á Perro Negro.

—Y el que se apoderó del mapa de Flint. Pero lo que es ahora ya no se nos escapa.

—Pues voy á darle pasaporte—murmuró Morgán—sacando fieramente su cuchillo.

Silver lo detuvo.

—¿Qué es eso? Todavía no eres capitán, y si no quieres ir á donde han ido otros que valían más que tú, te aconsejo que no te propases.

El pirata se contuvo refunfuñando.

Los demás no tardaron en hacer coro á sus protestas.

—¡Morgán tiene razon!

—¡Ya estamos cansados!

—¡Esto no se puede aguantar!

—¿Quién de vosotros se las quiere entender conmigo?—gritó Silver.—El que sea que salga... pronto.

Nadie se movió. Los murmullos se acallaron.

—¿No os las queréis ver conmigo?—prosiguió Silver.—Por algo soy vuestro capitán: valgo más que todos vosotros, que no queréis batiros. Y ahora es obligaré á obedecer. Váis á dejarme tranquilo á este muchacho, que es más bravo que vosotros. Quien se atreva á levantar la mano sobre él se las verá conmigo.

Siguió un largo silencio. Silver, con los brazos cru-

za los y la pipa en la boca, parecía muy preocupado, no perdiendo de vista ningún movimiento de los de la banda.

Los piratas fueron agrupándose en el fondo de la habitación.

Hablaban en voz baja. En sus ojos leí que no se ocupaban de mí, sino de Silver, á quien se dirigían sus miradas.

—¿Qué murmuráis ahí? Si tenéis alguna queja, venid á dárme-la.

Uno de los piratas se adelantó, entre encogido y resuelto.

—La tripulación está disgustada, no le gusta que la maltraten. Tiene sus derechos y tú mismo se los has concedido. Vamos, pues, á reunirnos ahí fuera para deliberar... salvo tu parecer.

Dicho esto salió de la habitación, los demás le siguieron. Al pasar frente á Silver presentábanle sus excusas.

Momentos después quedábamos solos.

—Oye, Jim —me dijo en voz baja.—Estás amenazado de muerte. Acaso te sometan al martirio para que digas dónde está el barco. Me van á despojar del mando, pero yo no quiero abandonarte, suceda lo que suceda. Antes no pensaba así, pero ahora, después de oírte, me he convencido de que tienes razón. Salvá-dote me salvo á mí mismo.

—De suerte que puedo confiar...

—¡Qué diablo! Haré todo lo posible para librarte de esos granujas, pero tú en cambio me ayudarás cuando llegue el momento, ¿no es eso?

—Lo que pueda hacer lo haré.

—Pues no se hable más. Ahora veremos si Juan Silver sabe jugarse su última carta.

Llegó dando saltos hasta donde habían colocado la antorcha y encendió la pipa.

Después prosiguió diciendo:

—Yo no soy un imbécil, y por eso de hoy en adelante me pongo á vuestro lado. Comprendo que la partida está perdida. Tú sabes dónde se halla el barco y yo

no he de pretender arrancártelo. A cada uno lo suyo. Ya sospechaba que aquellos dos miserables que allí dejamos acabarían por hacernos traición. En fin, muchacho, que te hago justicia. ¡Qué de cosas hubiésemos hecho los dos si nos hubiéramos enterado antes!

Sacó un frasco de ron, bebió un trago y me alargó el vaso.

—¿Quieres, chiquillo?

—Yo rehusé.

—A mí me hace falta, para lo que vendrá dentro de poco—afirmó Silver.—Pero dime, ¿por qué diablos me habrá dado el mapa el doctor?

No supe que contestarle, asombrado de aquello que oía.

—También me extraña á mí—dijo.—Y, sin embargo, es verdad; lo tengo aquí, aunque no alcance á comprender por qué me lo ha dado.

Bajó la cabeza y permaneció sumido en hondas reflexiones, inquieto y violento ante aquella extraña concesión del doctor, que yo tampoco acertaba á explicarme.

## DESTITUÍDO Y REPUESTO

La reunion de los piratas duró mucho tiempo. Uno de ellos entró, le pidió permiso á Silver para llevarse la antorcha y nos dejó á obscuras.

—¡Esto es un hecho!—me dijo con amistosa familiaridad Silver.

Se me ocurrió acercarme á una de las troneras y vi á los piratas de pie en torno de uno que estaba sentado y tenía en la mano un cuchillo. La hoguera se habia apagado y por eso habian entrado en busca de la antorcha. Todos seguían atentos el trabajo de su compañero que estaba sentado. ¿Pero qué harían allí?

Ví que le entregaban un libro y que, cortando una hoja, se puso á escribir en ella.

Después se incorporó y se dirigió, seguido de los demás, hacia el fuerte.

Yo me separé inmediatamente de la tronera para evitar que me sorprendieran espiándolos.

—No temas nada, Jim—me dijo Silver;—aún quedan flechas en mi arco.

Los cinco piratas se detuvieron en el dintel de la puerta. Parecían no atreverse á pasar. Empujaron hacia adelante al que yo habia visto escribir, que dió unos pasos y se quedó parado y confuso.

—Adelante, amigo mío—le dijo Silver.—¿Tienes miedo de que te coma? Yo sé respetar á un delegado...

El pirata, animado con estas palabras, avanzó para entregar á Silver una cosa. Después retrocedió apresuradamente.

Silver contemplaba lo que acababan de entregarle.

—*La marca negra*—dijo.—Ya me lo temia. ¿De dónde

habéis sacado este papel? ¡Pero si no me engaño habéis cortado una biblia! Esto trae desgracia. ¿Quién es el imbécil que lo ha hecho?

—Ya te lo advertí—dijo Morgán dirigiéndose á uno de los piratas.

—¡Valiente negocio habéis hecho! ¿Y de quién era la biblia?

—De Dick—respondió uno de los marineros.

—¿De Dick? ¡Pobre muchacho! Todo le saldrá mal.

—Basta de chirigotas, Silver—dijo el que parecía capitanearlos.—Lee lo que te han entregado y después podrás hablar. La tripulación ha acordado en consejo enviarte la *marca negra*.

—Ya lo veo—respondió Silver.—Conocéis bien las reglas y esto me agrada. Veamos lo que hay escrito aquí... ¡Ah! «Depuesto»... Muy bien, parece letra de imprenta. ¿Has escrito tú esto, Jorge?... Vas á ser un personaje. No me asombrará que te elijan capitán; pero mientras tanto acércame ese tizon, voy á encender la pipa.

—Lo que has de hacer—replicó Jorge—es dejarte de bromas y bajar de ese tonel. Tu misión ha terminado ya.

—No, Jorge, no. ¿Has olvidado el reglamento? Yo sigo siendo capitán hasta que me expongáis vuestras quejas y responde á ellas. Mientras tanto la *marca negra* no representa nada y me puedo reír de ella.

—Pues nuestras quejas son muy precisas—contestó Jorge.—Has hecho fracasar nuestro negocio, has dejado escapar al enemigo que teníamos copado aquí, y por último, la proteccion que prestas á este muchacho.

—Sí, Juan Silver, has querido jugar con dos barajas, poniéndote á cubierto por si acaso—afirmó otro de los piratas.

—¿Y es eso todo?

—Me parece que es bastante, ¿quieres más?

—Basta, imbéciles. Decís que he hecho fracasar el negocio, pero ¿estáis seguros de que he sido yo? Bien conociais mi plan. ¿Quién lo ha estropeado con sus impaciencias? Si me hubiéseis creído estaríamos ahora en

la *Hispaniola* con los bolsillos llenos de oro. No obstante, nadie me quiso escuchar. Andersen, Hands y varios otros me obligaron á precipitarlo todo, y así nos vemos. ¿De quién es la falta? Ahora os rebeláis y queréis destituirme. ¡Mil rayos! Esto ya pasa de la raya...

Silver se detuvo.

Todos le escuchaban en silencio. El discurso producía su efecto.

Juan Silver, después de limpiarse el sudor estuvo contemplándoles algún tiempo.

—No servís para nada—prosiguió Silver.—Y ahora vamos á la segunda queja. ¿Qué yo he hecho fracasar el negocio? ¡Si supiérais hasta qué punto está perdido! Veo más cerca la horca de lo que os podéis figurar. ¡Sí, amigos! Todos nosotros bailando en lo alto, á lo largo del Támesis, Pero, ¿por qué es todo esto? ¿Quién tiene la culpa? Ese idiota de Andersen y todos los demás que se metieron donde nadie los llamaba. ¡Si se me hubiese creído á mí!

Los piratas no se atrevían á oponer una sola palabra.

—En cuanto á este muchacho, ¡sabadlo, está en rehenes! No es tan propicia nuestra situación que podamos desperdiciar este recurso que se nos presenta. Es la última esperanza, y ¿queréis que la perdamos? ¡No, y mil veces no! Ya os lo he dicho. Si intentáis algo contra él yo lo defenderé en bien vuestro y en el mío. Y pasemos á otra cosa, ¿no os parece que venga todos los días el médico, singularmente para tí, Bill, que tienes la cabeza rota, y para tí, Jorge, que tienes las fiebre y que te se ponen los ojos más amarillos que un limón. ¿Habéis olvidado que no tenemos el buque? ¿Habéis olvidado que dentro de poco llegará otro á la isla en busca de nuestros enemigos? Pues entonces, conviene ó no conviene tener rehenes. Por último, que he hecho tratos con las gentes que estaban aquí. Si; ¿y qué queréis decir con esto? He pactado porque debía pactar. Si no hubiese hecho esto habríamos muerto de hambre todos. Bien lo sabéis. Además, vais

á saber el motivo principal de mi pacto, por qué me decidí á ello. Ahí lo tenéis.

Y diciendo esto arrojó al suelo un papel enrollado. Todos se abalanzaron sobre él.

Al desplegarlo reconocí el mapa de Flint. Allí estaba con sus tres cruces rojas, con su papel amarillento, con sus grotescos letreros; el mismo mapa que yo había encontrado en el baúl de Bones.

—¿Por qué se había desprendido el doctor de aquel documento tan importante?

Los piratas, sin reflexionar en nada de esto, se pasaban de mano en mano el mapa, lanzando gritos de alegría, saltando como unos locos, frenéticos de entusiasmo, como si tuviesen allí mismo el tesoro.

—Si—dijo uno de ellos— conozco la firma de Flint, con sus garabatos y su puntito en medio. Así firmaba el viejo capitán.

—¿Pero cómo saldremos de aquí?—preguntó Jorge— si no tenemos el barco.

—Esa recriminacion es la que os puedo hacer yo—dijo encolerizado Silver.— Habéis perdido el buque por vuestras impaciencias, porque os habéis metido en lo que no os importaba, queriendo mandar y disponer sin hacerme el menor caso.

—¡Tenéis mucha razon!—afirmó Morgán.

—¡Que si la tengo! Ahí está si no. Yo he encontrado el tesoro, y en cambio vosotros habéis perdido el barco. ¿Quién es, pues, culpable de cuanto nos sucede? Pero no quiero hablar más. Yo presento mi dimision y podéis nombrar capitán á quien mejor os parezca.

—¡A Silver! ¡A Silver!—gritaron todos.—¡Viva Juan Silver!

—Vamos, parece que os he convencido. Ya lo esperaba yo. No sois tan estúpidos que al cabo y al fin no veáis claramente. En cuanto á tí, Jorge, lo siento mucho, por esta vez te quedas sin ser capitán. Ya se te presentará otra ocasión. Da gracias al diablo que no soy rencoroso, porque si no había sonado la tuya. Ya habéis visto en qué ha parado todo. Podiais esperar lo puesto que habéis desgarrado una biblia.

—No había otra cosa, y además podrá seguir sirviendo—dijo Dick, verdaderamente alarmado por las palabras de Silver.

—Una Biblia desgarrada ya no sirve, como tampoco esta *marca negra*. Toma, Jim, consévala como recuerdo.

Yo la recogí de sus manos y la guardé en uno de mis bolsillos.

Estaba ennegrecida por uno de los lados y todavía podían leerse dos ó tres líneas impresas, en una de las cuales se leía: «Fuera están los perros y los asesinos.» Sobre el otro lado aparecía escrito en carbón la palabra «Depuesto».

Todos los piratas comenzaron á beber celebrando el triunfo.

Momentos después dormían todos á pata suelta.

La única represalia de Silver fué poner de centinela á Jorge, advirtiéndole que como se descuidara le plantaría un tiro.

Yo no pude dormirme en seguida. Me agitaban encontrados pensamientos. ¿Qué conducta era aquella de Silver? ¿Por qué tenía el mapa?

Después pensé en el cadáver de Hands que flotaba junto al barco embarrancado.

Pensé en mis amigos. ¿Qué harían? ¿Cómo comunicarme con ellos?

Mientras tanto Silver roncaba á mi lado como un bendito, como si todos sus planes se hubiesen realizado, como si no les esperase la horca en la que le veía yo ya lívido y siniestro.



## XXX

### EL DOCTOR

Al día siguiente me despertó una voz que llamaba desde el lindero del bosque.

El centinela gritó: ¡Ahí está el doctor!

Era, efectivamente, el doctor que avanzaba hacia el fuerte. Su voz me había llenado de alegría y de remordimiento.

¿Qué pensaría al encontrarme allí después de mi escapatoria? ¿Qué podría sospechar al verme entre los piratas sano y salvo?

Me abalancé á una de las troneras y le ví avanzar en medio de la bruma, tranquilo, animoso, con su bondadosa sonrisa.

—¿Es usted, doctor? Buenos días—le dijo Silver.— Siempre ha de ser usted el primero que se levanta. Bien dicen «que el pájaro de la mañana es el que se come el gusano». Vamos, Jorge, ayuda al doctor á subir á bordo. Dále la mano... Pues bien: todos los enfermos mejoran. No podéis quejaros de una clientela que acredita vuestras recetas. Pero tenemos una sorpresa para usted. No puede figurarse quién ha venido aquí como llovido del cielo: quién es el que ha estado toda la noche durmiendo á mi lado como si fuese un sobrecargo.

El doctor había franqueado la empalizada y llegaba al fuerte.

—¿Será Jim?—preguntó.

—Sí, señor; Jim en persona—respondió Silver.

El doctor se detuvo emocionado. Después avanzó, diciendo:

—La obligación antes que la devoción. Veamos á esos enfermos.

Entró en el fuerte, me saludó con un cariñoso apretón de manos y acudió en seguida á curar al herido.

Permanecía allí completamente tranquilo, á pesar de saber, tan bien como yo, que su vida dependía de un mal pensamiento de aquellos piratas.

Conversaba afablemente con ellos, y todos mostrábase sumisos y obedientes como si estuvieran á bordo y no hubiese ocurrido nada.

—Esto va bien—dijo el doctor vendando la herida.—Puedes vanagloriarte de tener un cráneo de acero. ¿Y tú, Jorge, qué tal estamos? Siempre ese color amarillento. ¿Has tomado la medicina? ¿La ha tomado, muchacho?

—Sí, señor—respondió Morgán.

—Ya sabéis que os cuido como si ya estuvieses en el calabozo. No quiero que la horca se quede sin vosotros.

Los rebeldes se miraron, pero no se atrevieron á chistar.

—Dick está enfermo también—dijo uno de ellos.

—Veamos Dick, ven acá, á ver la lengua. ¡Claro, como has de estar bueno con esa lengua! Ya tenemos otras tercianas.

—Es por que ha desgarrado una biblia.

—Lo que pasa es que váis á caer todos enfermos por acampar aquí en medio de estos pantanos. Parece mentira que sabiendo tanto Silver no conozca las reglas de higiene.

Recetó en seguida y él mismo administró los medicamentos, que tomaban los piratas con toda humildad y mansedumbre como si fuesen niños de un hospicio.

—Ya estamos listos por hoy—dijo.—Ahora quisiera que me dejáseis hablar un poco con este muchacho.

—¡Nunca!—exclamó Jorge, dejando la medicina que estaba bebiendo y dando un terrible puñetazo.

Silver se incorporó frenético:

—¿Qué es eso? Aquí mando yo y nadie más. Doctor, ya había pensado en proporcionaros esa entrevista.

puesto que sé lo mucho que quiere usted á Jim. Voy á arreglarlo á gusto de todos. Le estamos agradecidos porque nos atiende y nos cura usted. Vamos á ver, Jim, ¿nos das tu palabra de no escaparte?

—La doy—contesté.

—Pues bien, doctor, marche usted hacia la empalizada, cuando ya esté fuera yo le llevaré el chiquillo y á través de ella podrán hablar.

En cuanto salió el doctor estalló la furia de aquellos bárbaros contenida hasta entonces.

Acusaban á Silver, que se defendía á gritos y manotadas.

—Yo hago lo que hago—decía—y no volvamos á las andadas. Hay que dejar hablar á Jim con el doctor y después saldremos en busca del tesoro, cuyo mapa habéis visto. Lo demás son ganas de cometer imprudencias y ya las hemos pagado bien caras. Es necesario agradecer ahora al doctor y yo sería el primero que hasta le limpiaría las botas si hiciese falta. Vamos, Jim—añadió—vosotros cuidaros mientras tanto de la hoguera.

Salimos. Silver caminaba apoyado en su muleta; yo estaba impaciente por llegar á la cerca cuanto antes.

—Despacio, muchacho, despacio—me dijo—si nos ven correr se nos echarán encima.

Descendimos muy lentamente hasta la empalizada. El doctor me esperaba ya al otro lado.

—Doctor, nuestro amigo Jim le dirá á usted si le he salvado ó no la vida—advirtió Silver.—¡Ah! Cuando un hombre como yo lo arriesga todo bien merece que le correspondan. No olvide usted que no se trata sólo de mi vida sino también de la de este muchacho y confío en que podré tener alguna esperanza.

Daba lástima verlo, sus mejillas estaban pálidas, sus ojos inquietos, su voz temblaba.

—Pero ¿te ha entrado miedo, Juan?

—Yo no he sido cobarde jamás, pero la perspectiva de la horca me eriza los cabellos. Ya sé que no olvidará usted lo que he hecho por Jim y lo que puedo hacer. Ahora los dejo á ustedes solos.

Se alejó, yendo á sentarse en el tronco de un árbol á bastante distancia.

Miraba receloso á los piratas que se habían puesto á preparar el almuerzo y que á cada momento se asomaban á la puerta para vigilarnos.

—Ya era hora de que nos viéramos, Jim—me dijo el doctor;—no quiero censurarte; pero si el capitán no hubiera estado herido, yo te aseguro que no te habrías alejado; te hubiese mandado detener.

Rompí en sollozos, emocionado por el severo acento de las palabras de mi amigo.

—Doctor—le dije.—No me reconvenga usted. Bastante he sufrido con mis remordimientos, y ahora habría muerto ya si no fuese por la protección de Silver; pero sabré morir como un hombre; lo único que me asusta un poco es la tortura. Si me martirizasen...

—¡Martirízate! Salta la valla, Jim; escápate.

—¡Doctor, he dado mi palabra!

—Y qué; ¿vamos á dejarte martirizar? Salta y nos escaparemos.

—No; ni usted, ni lord Trelawney, ni el capitán. He dado mi palabra y soy esclavo de ella. Además, es muy conveniente que la cumpla, porque si me martirizan podré decir, obliga o por el dolor, dónde he dejado el buque.

—¡La *Hispaniola*!—exclamó el doctor.

—Sí, la he conquistado y yo solo sé dónde está.

En breves palabras le refirió todo lo ocurrido.

El doctor me estrechó la mano muy emocionado.

—Gracias, Jim; á cada momento nos estás salvando la vida. Tú descubriste el complot, tú encontraste á Ben Gunn, y ahora no has hecho el servicio más grande que nos podías hacer apoderándote del buque.

Silver se aproximó para advertirnos que la entrevista se prolongaba demasiado, pues los piratas comenzaban á impacientarse.

—Silver, no tenga usted mucha prisa por buscar el tesoro—le dijo el doctor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo no puedo ser más explícito.

—Entendámonos, doctor, ¿por qué me ha dado usted el mapa? Yo le he servido con los ojos cerrados, pero si no me entera usted de lo que convenga me lavaré las manos.

—Repito que no puedo hablar más. El secreto no me pertenece y el capitán no me perdonaría. Lo único que le diré es que si salimos con bien de esta empresa heré por usted cuanto esté en mi mano.

Silver estaba radiante de satisfacción.

El doctor prosiguió:

—Esta es la primera condición y ahora oiga usted un consejo. Conserve á su lado este muchacho. Si necesita auxilio llámeme usted, ¡adiós... Jim!

El doctor me estrechó las manos por encima de la empalizada y se despidió de Silver.

Después desapareció á través del bosque.

## EN BUSCA DEL TESORO

—Jim, me has salvado la vida—me dijo Silver—Ya he visto que el doctor te hacía señas para que te escaparas. Ahora hay que ir en busca del tesoro. No sé lo que pasará. El silencio y la conducta del doctor son indescifrables para mí. Unámonos los dos y saldremos adelante.

El almuerzo estaba ya á punto. Habían preparado viandas con exceso y la mitad de la carne sobró y hubo que tirarla en medio de una gran algazara.

Silver mostrábase muy alegre y bebía como e' primero, con su cotorra sobre el hombro.

—Podéis consideraros dichosos de tenerme entre vosotros—decía.—Encontraremos el tesoro, y si ellos tienen el barco, nosotros contamos con la chalupa y ya nos arreglaremos para llevarnoslo. En cuanto á éste ya se ha despedido. No volverá á ver á sus amigos, pues nos lo llevaremos con nosotros, porque así que parezca el tesoro quiero darle una buena parte, la mejor, ya verá cómo queda muy contento.

Estas palabras reocijaron en gran manera á los piratas, que las celebraban con estrepitosas risotadas.

¿Qué haría Silver? No era su intencion permanecer fiel á los suyos, puesto que había hablado claramente al doctor. Pero cómo podría defenderse é sólo, sin más ayuda que la mía, frente á aquellos hombres.

¿Qué harían mis amigos? ¿Dónde estaban?

La comitiva que se formó al partir en busca del tesoro era muy pintoresca.

Armados hasta los dientes marchaban aquellos hombres barbudos, tostados por el sol y manchados sus trajes del lodo de los pantanos:

A la cabeza iba Silver que me llevaba á mi prisionero sujeto de una soga que me ataron á la cintura.

La cotorra gritaba desde uno de los hombros de su amo.

Los que cerraban la marcha llevaban palas, azadones y otros instrumentos. Otro pirata aparecía cargado con las provisiones.

Advertí entonces la razón que tenía Silver. Aquellas provisiones procedían de nuestro repuesto y sin ellas se hubiesen visto obligados á beber agua de los bosques y á vivir de la caza. Como no eran buenos tiradores y además no tenían mucha pólvora de que disponer, era seguro que pronto se hubiesen visto en el aprieto de no poderse procurar la comida. Les había favorecido, pues, en gran manera ocupar el fuerte donde habían hallado de todo y esto es lo que no me explicaba yo, no pudiendo comprender la extraña conducta de mis amigos.

Llegamos á la playa. Allí estaban las dos chalupas. Pero aquellos imbéciles habían destrozado sus barcos golpeándolos furiosamente durante aquellas terribles noches en que se embriagaban en torno de la hoguera. Conseguimos ponerlas á flote y se consultó al mapa para dar la dirección.

Las indicaciones sobre esto eran muy vagas.

«Árbol grande, sobre la parte posterior del *Catolejo*, un punto al Norte de Noreste.

Isla del *Esqueleto*. Sudeste por Este.

Diez pies.»

La bahía se extendía delante de nosotros cortada por un inmenso promontorio.

Fuimos bordeándolo y vimos una gran extensión cubierta de árboles.

Allí estaba el tesoro de Flint. Pero, ¿que árbol de aquellos era el que indicaba el sitio?

Esto só'o podía decirse con la ayuda de la brújula; pero no obstante, cada uno de aquellos piratas ya había señalado su árbol, afirmando que era el que buscaban.

Silver se encogía de hombros advirtiéndolo á todos que no se impacientasen hasta llegar al final.

Seguimos remando hasta llegar frente á un valle cubierto de sombra.

Allí desembarcamos. La tierra, cubierta de espesos matorrales y de inmensos charcos, dificultaba la marcha.

Traspusimos con gran esfuerzo aquella zona pantanosa y nos encontramos en el punto más hermoso de la isla.

Arbustos perfumados y plantas de flores cubrían la tierra. El árbol de la canela nos enviaba sus aromas. los pinos extendían sus copas sobre la pendiente.

Los piratas se pusieron á brincar de gozo ante aquel delicioso paisaje. Allí estaba el tesoro, no les cabía duda.

Alejados de todos marchábamos Silver y yo. Él caminaba penosamente, tropezando á cada momento, teniendo que ayudarlo yo, siempre sujeto á mi cuerda.

Hicimos media milla de camino cuando el pirata que caminaba delante se detuvo espantado.

Todos acudieron corriendo.

—¿Habrá encontrado el tesoro? Es imposible. Ahora lo veremos—decía Morgán mientras corría á incorporarse á sus compañeros.

El espectáculo que presenciábamos nos llenó de terror.

Allí, al pie de un inmenso pino, aparecía un esqueleto, apenas cubierto por unos harapos.

—Es un marinero—afirmó Jorge Merry,— aquí hay un pedazo de paño que lo indica, es un traje de marino.

—Claro que lo será—murmuró Silver.—¿Qué querías encontrar aquí á un obispo?

—Lo extraño es la posición que tiene.

—Sí, es muy rara—afirmó Silver.



Se hallaba estirado, en posición recta; los pies juntos y en alto, como indicando una dirección, mientras las manos, tendidas por encima de la cabeza, señalaban al lado opuesto.

Recordaba una de esas flechas que se trazan en los mapas para indicar la orientación.

Silver convino conmigo en esta semejanza.

—Me parece que adivino lo que esto quiere decir. Toma la brújula. Ahí está la cúspide de la isla del *Esqueleto*; levanta el punto de partida en la línea de esos huesos y la colina.

Así se hizo. Los pies y las manos del esqueleto estaban en línea recta con la cúspide.

—¡Estaba seguro de ello!—exclamó Silver.—Esta es la estrella polar para encontrar el tesoro. ¡Qué bromas gastaba Flint! Estaba aquí con sus hombres, los mató á todos, y después, cogiendo esto, lo colocó, brújula en mano, como indicador... Pero ese esqueleto tan alto, esos cabellos rubios... El diablo me lleve si este hombre no era Allaydice. ¿Te acuerdas tú de Allaydice, Morgán?

—Ya lo creo. Me debía algunos cuartos, y además cuando bajó á tierra le dejé mi cuchillo.

—Es verdad; pero búscamelos. Ahí debe estar, seguramente, pues el capitán no iba á registrar un cadáver por tan poca cosa.

Jorge Merry buscaba ansiosamente en torno del cadáver.

—No hay nada—dijo.—Ni el cuchillo, ni la caja de tabaco, ni una sola moneda. Esto es muy extraño.

—¡Diablo! Si Flint viviese no estaríamos aquí muy seguros—murmuró Morgán.—Mirad, somos seis iguales que eran los que aquí vinieron con el capitán y ved lo que queda de ellos.

—Flint estaba muerto y bien muerto—afirmó uno de los piratas.—Billy me llevó á verle. Estaba acostado y tenía un parche en cada ojo.

—Es á muerto y enterrado, pero si algún espíritu pudiese venir al mundo, seguramente sería el de Flint.

Un estremecimiento de terror general acogió estas palabras.

—Es verdad, y permanecía aquí custodiando y cantando su vieja canción «Quince lobos, quince marineros»—respondió Morgán.

—Sí, y desde entonces, siempre que la oigo cantar, pienso en Flint, y no me hace gracia escucharle—afirmó Jorge Merry.

—Tienes mucha razón, es la canción de un muerto—asintieron todos.

—Vamos, caballeros, no hay que ponerse á temblar; Flint está muerto y no vendrá por aquí, cuando menos de día. Adelante, pues, á buscar el tesoro.

Todos se pusieron nuevamente en marcha.

El sol caía á plomo sobre nosotros.

Un silencio inmenso nos rodeaba.

Aquellos hombres tan alegres y regocijados antes, caminaban ahora muy juntos, pensativos y callados.

Sus rostros reflejaban la inquietud y el sobresalto, á pesar de la belleza del paisaje y de la intensa luz del día que nos alumbraba.

El recuerdo de Flint los tenía amedrentados y pesaba sobre todos ellos.

## XXXII

### EL ESPECTRO DE FLINT

Ai llegar á la meseta todos hicieron alto. Los enfermos y heridos para descansar, los demás para reponeerse de la penosa ascension hecha bajo la opresion angustiosa del espectro de Flint.

Delante de nosotros levantabase el cabo del bosque con sus acantilados cubiertos de espuma.

Detrás habiamos dejado la bahía del Sur, el banco de arena y las tierras pantanosas que distinguíamos vagamente desde aquellas alturas.

La meseta era muy extensa y estaba pendiente, toda cubierta de árboles y de espesas malezas.

Había un profundo silencio. Sólo de cuando en cuando rompía aquella calma imponente el sordo rumor de las olas. Las voces retumbaban agrandadas por los ecos. La misma inmensidad del paisaje que se descubría hacía resaltar la soledad.

Silver se había sentado y consultaba la brújula.

Nadie se atrevía á hablar. Todos se hallaban inquietos y contrariados por el encuentro con el esqueleto y por la terrible evocacion del espectro de Flint.

—He ahí tres árboles en línea recta con la isla del *Esqueleto*—dijo Silver.—El lado posterior del *Cat de-jo* .. Vedlo ahí, esa estribacion no me cabe duda. Ahora ya es fácil encontrar lo que buscamos. ¡Bravo, muchachos!... ¿Vamos á comer aquí?

—Yo no tengo ganas—protestó Morgán.—Ese Flint me ha quitado el apetito.

—La verdad es, hijo mío, que metía miedo—asintió Silver.

—¡Era horrible!—dijo otro.  
 —¡Qué cara la que ponía cuando se irritaba!  
 —Espantosa de veras; en fin, bien ha hecho en morir. Ya no hay por qué temerle.

Hablaban en voz baja como si no se atreviesen á turbar el profundo silencio de los bosques.

De pronto se oyó una voz chillona, una voz espectral, que cantaba en medio de los árboles que nos rodeaban:

Eran quince marineros  
 sobre el cofre del muerto,  
 quince lobos, quince marineros...  
 ¡jo-ho-ho, jo-ho-ho!

Todos se incorporaron pálidos, temblorosos, llenos de espanto.

Nuevamente sonó la canción:

quince lobos, quince marineros...  
 ¡jo-ho-ho, jo-ho-ho!

—¡Es Flint!—murmuró Morgán echándose al suelo. La voz había cesado. Nuevamente yo via á reinar el silencio más espantable que antes. Transcurrieron algunos minutos de mortal ansiedad. Nada se volvió á oír.

—Vamos—dijo Silver, tratando de dominar su propio espanto.—De pie, camaradas, y veamos que es eso. Yo no he conocido esa voz, pero indudablemente es algún gracioso que se ha querido divertir con nosotros, y yo le aseguro que le ha de costar cara la fiesta. En marcha, pues, el que ha cantado es un hombre de carne y hueso como nosotros y si le encontramos le quitaremos las ganas de más coplas. ¡Vamos, adelante!

Animados por aquellas palabras comenzaban á tranquilizarse y se disponían ya á marchar cuando nuevamente se oyó la voz, pero ahora era al otro lado:

—¡Darby Mac Graw! ¡Darby Mac Graw!—repetía. Después exclamó:

—¡Ron, Darby Mac Graw! ¡Un vaso de ron!  
Los piratas se hallaban clavados en su sitio, paralizados por el terror.

—¡Darby Mac Graw! ¡Darby Mac Graw!—se oyó otra vez.

—¡Huyamos, es Flint!—murmuró uno de los piratas.

—Esas fueron las últimas palabras que pronunció—dijo Morgán temblando como un azogado.

Dick apretaba su Biblia contra el pecho.

Silver se esforzaba por aparecer tranquilo.

La voz seguía escuchándose cada vez más próxima.

—En la isla—murmuró Silver—nadie puede haber oído hablar de Darby Mac Graw. Nadie más que nosotros.

—¡Es Flint, créeme, huyamos!—le dijo Morgán.

Silver, con un esfuerzo, replicó

—Hemos venido aquí por el tesoro, y ni Flint ni nadie nos lo disputará. Si no lo tenía vivo, como iba á temerlo muerto. A cien pasos de aquí hay montones de libras esterlinas. Vamos por ellas. ¡Cuándo se ha visto que un caballero de la fortuna retroceda! ¡Había de ser ahora por un viejo borracho que murió hace tanto tiempo!

El espanto de aquellos hombres aumentó con las insolencias de Silver.

—¡No hables así, puede oírtel!—dijo Morgán.—¡Vas á irritar su espíritu!

Todos rodeaban á Silver como buscando protección en el escaso valor que á él le quedaba todavía.

—¿Un espíritu?—murmuró.—¿Y quién asegura que lo sea? No ha sido más que una preocupación. Esa voz ha sido de alguien que vive y quiere reírse de nuestro miedo si nosotros se lo permitimos. Por mi parte os repito que no estoy dispuesto á tolerar sus bromas.

Jorge Merry fué el primero en recobrar el ánimo.

—Tienes razón, Silver, esa vez, más que la de Flint, me ha recordado otra que conocemos todos.

—¿Cuál es?

—La de Ben Gunn.

—¡Es verdad... Ben Gunn!—dijo Morgán incorporándose.

—De todas suertes es igual. Ben Gunn no es más que un espíritu, un aparecido—exclamó Dick, más asustado que todos.

—Que nos importaba Ben Gunn, muerto ó vivo, no es más que uno contra todos nosotros—replicó Jorge Merry.

El terror había desaparecido. La voz no volvió á oírse y todos fueron tranquilizándose. Volvieron á empuñarse las herramientas y todo el mundo se puso en marcha. De cuando en cuando se detenían para escuchar, pero nada se oía y seguían avanzando. Merry iba delante, brújula en mano, indicando el camino.

Nadie se acordaba de Flint ni de Ben Gunn, sólo Dick seguía apretando su biblia y dirigiendo á todos lados miradas de espanto.

—Vamos—le decía Silver.—Ya te advertí que el haber destrozado la biblia te traería desgracia. Desgarrada como está no ha de servirte para defenderte contra los espíritus.

Las bromas de Silver no conseguían reanimarlo. Aquel pobre diablo apenas podía tenerse derecho, abatido por el terror y por la fiebre que hacía presa en él activada por la fatiga y por el calor.

Afortunadamente el camino aparecía ya libre de malezas y la marcha era menos penosa.

Ahora quedaba á nuestra izquierda la bahía en donde había despertado, temblando en mi piragua, batido por la corriente.

El *Catalejo* erguía en frente de nosotros lleno de precipicios.

Llegamos á un árbol de altura gigantesca, se consultó la brújula y pudo comprobarse que no era aquel el indicado.

Seguimos marchando y traspusimos un segundo árbol cuya posición nos confirmó que no era el elegido por Flint.

El tercer árbol elevábase á más de trescientos pies sobre un espeso matorral. Podía distinguirse fácil-

mente desde el mar. Su tronco era descomunal, y bajo su copa hubiera podido man obrar un regimiento.

Aquél era; allí estaban las libras esterlinas. Todos los corazones latían violentamente; el terror había desaparecido por completo. Allí estaba el tesoro, al fin.

La marcha se hacía precipitadamente. Silver corría más que todos, apoyando e en su muleta y dando furiosos tirones de la cuerda para que le siguiese.

Allí, frente al tesoro, observaba en él un cambio que me aterrorizaba.

La escena de Flint matando á los suyos en aquel mismo bosque para que el tesoro quedara en secreto, no se apartaba de mi mente.

Sí, allí estaba otro Flint, aquel Silver que tiraba de mí rabiosamente, dirigiéndome amenazas miradas.

La proximidad del oro le había enloquecido. El se creía con fuerzas para todo, para matar á todos y apoderarse de la *Hispaniola* y huir cargado de riquezas.

Llegamos á la margen del bosque sobre el que elevábase el árbol del tesoro.

—¡Á paso de carga!—exclamó Jorge Merry.

Todos se lanzaron corriendo. Habían avanzado cuarenta pasos cuando se detuvieron bruscamente. Un grito de rabia retumbó en el bosque.

Silver y yo acabábamos de llegar junto á ellos. Allí, á nuestros pies, abríase una honda excavación hecha bastante tiempo atrás, pues las yerbas crecían en el fondo y en los costados.

Esparcidos por el suelo veíanse restos de cajas, el mango de un hacha y unas placas de hierro. En una de éstas aparecía grabada la palabra *Walrus*, el barco de Flint.

¡Habíamos legado tarde! Alguien había encontrado el escondite hacía años.

¡El tesoro había volado!

## XXXIII

### LA CAVERNA

Silver fué el primero que se repuso de aquella terrible emoción.

Todos sus planes de tantos meses acababan de fracasar allí con el más cruel de los desengaños.

Los seis piratas seguían inmóviles, estupefactos, como si no se atreviesen á creer lo que veían sus ojos.

Silver, recuperando su presencia de ánimo, se acercó á mí, y alargándome una pistola, me dijo:

— ¡Sigueine, de prisa!

En dos saltos estuvimos al otro lado de la zanja.

Adiviné sus intenciones y no pude menos de advertir que volvía á hacer traición á los suyos.

— Ya se pone usted del sol que más calienta—le dije.

No pudo contestarme. La desesperación de los piratas acababa de estallar. Jurando y blasfemando se habían arrojado en la zanja y separaban á patadas las planchas de hierro. Arañando en el fondo del agujero encontraron una moneda de veinte francos. No había más.

Morgan se la mostró furioso á Silver.

— ¡Veinte francos! ¡Valiente tesoro!

— Buscad, hijos míos, que acaso encontréis trufas—replicó irónicamente Silver.

— ¿Trufas? ¿Lo oís, compañeros? Nos ha hecho traición y encima se burla—dijo Jorge Merry.

— Vamos, ya vuelves á presentar tu candidatura, te has empeñado en ser capitán á todo trance.

Los piratas habían salido uno tras otro lanzando



furiosas miradas. Eramos dos por un lado y cinco por otro, con el agujero de la excavación por medio.

Silver les miraba muy tranquilo, retando á todos, dominándolos con su frio valor.

Merry alentaba á los piratas.

—¡Venganza!—decía.—No son más que dos: el infame que nos ha engañado y ese chiquillo que nos vendió. Acabemos con ellos.

Levantó una de las pistolas para disparar, cuando de lo más intrincado del bosque salió una descarga.

Jorge cayó de cabeza en el hoyo; Dick se desplomó muerto, y los otros tres echaron á correr como unos locos.

Al mismo tiempo se presentaron, saliendo de los matorrales, el doctor, Gray y Ben Gunn. Empuñaban los fusiles todavía humeantes.

—¡A ellos!—gritaba el doctor.—¡Hay que impedir que lleguen á las chalupas!

Les perseguimos á través de los bosques, separando rabiosamente las ramas que se interponían á nuestro paso.

Silver nos ayudaba, brincando como un desesperado, corriendo con tal ardor, que los músculos de su pecho se hinchaban como si fuesen á estallar.

Desde lo alto de la meseta distinguimos á los rebeldes que se dirigían en la dirección contraria á la en que se encontraban las chalupas.

Al fin las vimos allá abajo, embarrancadas en la playa.

Nos detuvimos á descansar.

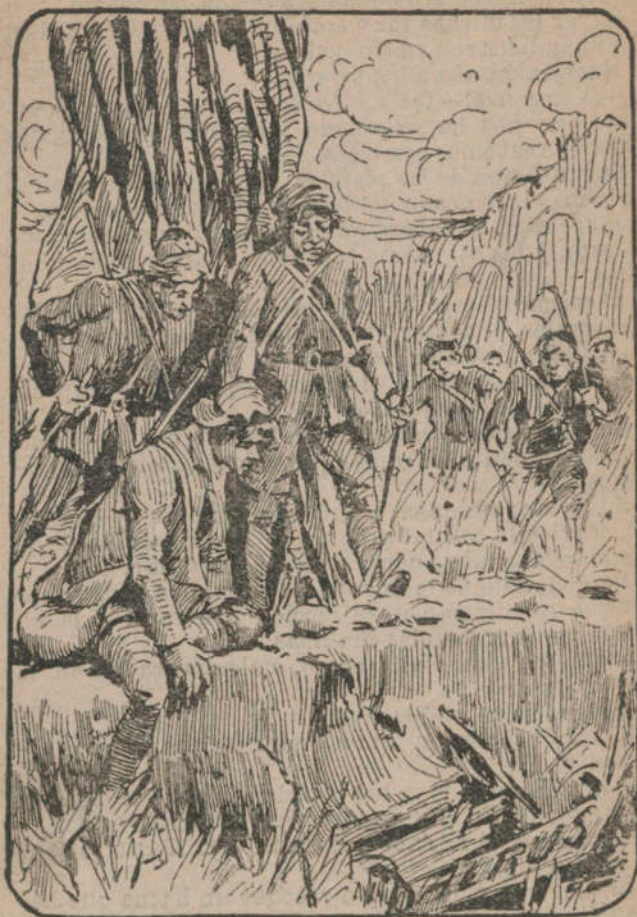
Silver, bañado en sudor, parecía que iba á ahogarse.

—Nos ha salvado usted la vida, doctor—le dijo,—y tú también, Ben Gunn; pero ¡qué cabiado estás!

—Pues soy el mismo—respondió Ben Gunn soltando la risa.

El doctor envió á Gray á recoger un hacha que habían abandonado los rebeldes en su huida, y mientras desendíamos hacia las chalupas me relató cuanto había ocurrido.





Habíamos llegado tarde! (Pág. 181.)

Ben Gunn era el protagonista de aquella comedia que tanto había espeluznado á los piratas al escuchar una voz que supusieron la de Flint.

En sus correrías halló Ben Gunn un año atrás aquel cadáver que nosotros encontramos. El se apoderó del cuchillo y de cuanto llevaba encima.

Después, siguiendo unas huellas que encontró en la tierra húmeda, llegó hasta donde estaba enterrado el tesoro. Cavó en aquel sitio y el mango de su hacha fué el que encontramos.

Hallado el tesoro se apresuró á transportarlo á una caverna que había descubierto al Nordeste de la isla. Allí estaría en lugar seguro, y sólo él sabría dónde se hallaba. El traslado le invirtió muchos meses de trabajo penosísimo y constante. Al fin aquel oro quedó escondido en la caverna.

De todo esto enteró al doctor el día que salió á buscarle.

Después, enterados todos mis amigos, se transportaron las provisiones y las armas á la caverna y decidieron entregar á los rebeldes el mapa de Flint que ya para nada servía.

Al ver que los rebeldes salían del fuerte en busca del tesoro, el doctor, Gray y Ben Gunn habían atravesado el bosque en diagonal para llegar antes al sitio marcado. No obstante les impedían avanzar los accidentes del terreno, marchando muy retrasados.

Ben Gunn servía de explorador. Ocultos entre los árboles vieron la impresión de espanto que causó á los piratas el esqueleto.

Entonces se le ocurrió á Ben Gunn imitar la voz de Flint que tanto terror produjo. Así pudieron llegar el doctor y Gray cerca del árbol del tesoro y tomar posiciones, esperando á los piratas.

—Ha sido una suerte para mí tener á Jim—dijo Silver—porque de lo contrario no habría usted impedido que me destrozaran esos bergantes.

—No hubiera tenido que meterme en tus cosas, Silver—respondió el doctor.

Llegamos donde estaban las chalupas. Se destrozó

una de ellas á hachazos y embarcamos en la otra para dirigirnos por mar hacia la caverna.

Silver, venciendo á la fatiga, se apoderó de un remo lo mismo que los demás. La embarcación se deslizó ligera sobre el mar que aparecía tranquilo como una balsa de aceite.

A la entrada de la bahía del Norte vimos sorprendidos que la *Hispaniola* navegaba sola. La marea la había puesto á flote. Afortunadamente la brisa era muy débil, pues de lo contrario no habríamos vuelto á ver más á nuestro buque.

Llegamos hasta ella, subimos á bordo, se buscó un ancla y se echó á fondo á braza y media de profundidad.

Quedó allí Gray montando la guardia y los demás volvimos á la chalupa.

Al divisar la caverna vimos una forma humana de elevada estatura, con el fusil al hombro. Era lord Trelawney.

Le saludamos con gritos de alegría, lanzando mi gorro al aire.

Una suave pendiente ascendía desde la playa á la caverna.

Lord Trelawney se había anticipado á nuestro encuentro.

Me abrazó emocionado, después, volviéndose hacia Silver, le dijo:

—Es usted un verdadero canalla. Queda convenido que no le perseguiré, pero estas muertes deben pesar sobre su conciencia.

—Gracias, milord—respondió humildemente Silver.

—Le prohibo á usted que me dé las gracias. Con la concesión que acabo de hacerle he faltado á todos mis deberes... ¡Largo de aquí!

Silver se separó avergonzado.

Entramos en la caverna, que era muy espaciosa. El suelo aparecía cubierto de arena finísima. En el fondo se precipitaba una cascada.

Al abrigo de uno de los recodos había un gran fuego, y junto á él se hallaba el capitán.

El doctor me llevó hasta el fondo de la caverna, y allí, alumbrado por una antorcha, vi montones de monedas de oro é inmensas pilas de barras que brillaban á la luz con deslumbrantes destellos.

Allí estaba el tesoro de Flint, allí estaba aquel tesoro que habíamos ido á buscar desde tan lejos y que había costado la vida á diez y siete hombres de *La Hispaniola*. ¡Quién sabe cuántas vidas más habría enterradas en aquellas pilas de oro, cuántos barcos, cuánta sangre, cuántos crímenes, cuántas pérdidas!

Nadie podía decirlo exactamente y, sin embargo, aún quedaban en la isla tres hombres, Silver, Morgan y Ben Gun, que habían tomado parte en tales crímenes con la esperanza de participar en su día del tesoro.

—Jim—me llamó el capitán—eres un valiente, pero muy indisciplinado. No volveremos á viajar juntos. Te gusta hacer tu santa voluntad.

Después se dirigió hacia Silver, que permanecía á prudente distancia.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—le dijo

—Á cumplir con mi obligación—respondió mansamente Silver.

El capitán le volvió la espalda.



## SILVER DESAPARECE

Al día siguiente comenzamos á transportar el tesoro á *La Hispaniola*.

Este trabajo nos empleó mucho tiempo, pues era muy penoso cambiar de sitio aquellas inmensas moles de oro.

Gray y Ben Gunn se pasaban el día en la chalupa haciendo continuos viajes.

Los demás transportábamos el tesoro de la caverna á la playa.

Dos barras de oro, amarradas con una cuerda, era carga suficiente para un hombre, tanto era su peso.

Yo estaba todo el día llenando sacos de oro y arrastrándolos hasta a playa.

Aquel fatigoso trabajo no se acababa nunca.

Todos los días, cuando hacíamos alto en la dura labor, habíamos dejado una inmensa fortuna á bordo y aún nos esperaba otra allá en la caverna.

Durante el descanso mi gran entretenimiento consistía en ir apilando las monedas, clasificándolas por países. Las había de todas clases y de todas las naciones: luises, doblones, guineas, cequíes...

Los rebeldes no nos molestaron durante los días que tardamos en transportarlo todo.

Sólo una noche, paseando con el doctor por la vertiente de la colina que dominaba las tierras bajas, oímos un grito á lo lejos.

—¡Deben ser esos desgraciados!—dijo el doctor.

—¡Están borrachos!—afirmó Silver apareciendo detrás de nosotros.



Yo es aba todo el día llenando sacos de oro y arrastrándolos á la  
playa. (Pág. 188.)

El doctor se volvió bruscamente.

—¿Quién te dice que no sea la fiebre lo que les haga delirar?

—Puede usted tener razón, doctor; pero después de todo (a lo mismo).

—Si supiera ciertamente que están enfermos correría á socorrerlos.

—Pues haría usted muy mal, porque ellos no le salvarían á usted. Son incapaces de comprender el valor de una palabra, puesto que no saben cumplirla. Son gentes sin fe y sin honor y la vida de usted vale mucho por que la arriesgue de ese modo.

—¡Pardiez! No está mal que tú hables así.

Ya no se volvió á oír grito alguno durante toda la noche.

Dos días después llegó hasta nosotros el eco lejano de una detonación y supusimos que estarían cazando.

Silver gozaba de completa libertad. Yo admiraba la paciencia con que soportaba las rabotadas del capitán y de lord Trelawney, que tanto debían lastimarle en su excesivo amor propio. No obstante, sumiso y humillado, se desvivía por ser á todos agradable y por hacerse útil.

La existencia de los rebeldes aparecía borrada por completo. No se les oía ni se les veía por ninguna parte.

Reunidos en consejo nuestros jefes acordaron abandonarlos, dejándoles armas y provisiones en la cavena.

Allí quedó gran cantidad de pólvora, carne salada, trajes, herramientas, cajas de medicinas, lona para velas y tabaco con profusión.

Nada había ya que hacer. El tesoro se hallaba embarcado y todo estaba listo.

Una hermosa mañana levamos anclas y salimos de la bahía flotando al aire la misma bandera que el capitán enarboló en el fuerte.

Cerca de la punta del Sur distinguimos á los rebeldes, los tres de rodillas, levantando hacia nosotros sus brazos suplicantes.



Inspiraban verdadera lástima, pero no podíamos correr el riesgo de una segunda sublevación á bordo, y además llevarlos á Inglaterra era verlos ahorcados.

El doctor les dijo con la bocina que les habíamos dejado provisiones y pólvora en la caverna, pero ellos insistieron, llamándonos á cada uno por nuestros nombres y pidiéndonos por Dios que no los abandonáramos en aquel desierto.

Viendo que el buque no se detenía, uno de ellos se levantó bruscamente, nos apuntó y disparó. La bala pasó silbando por encima de la cabeza de Silver y atravesó la vela mayor.

Antes del medio día ya había desaparecido en el horizonte la isla del tesoro.

Éramos en tan reducido número á bordo, que todos teníamos que echar una mano para cualquier maniobra.

El capitán permanecía echado sobre una colchonceta, dando órdenes, pues aún estaba convaleciente y necesitaba mucho reposo.

Era imposible volver á Bristol sin tripulación y se decidió marchar al puerto más próximo de la América del Sur en busca de gente.

Antes de llegar sufrimos dos terribles tempestades que nos hicieron pasar un mal rato.

Llegamos al puerto. Anclamos en una soberbia bahía y nos rodearon innumerables botes desde los que nos ofrecían frutas del país. Iba á ponerse el sol. Las luces de la ciudad empezaban á brillar. Toda aquella vida contrastaba con la desolación que acabábamos de dejar en la isla.

Trelawney, el doctor y yo fuimos los primeros en bajar y saltar á tierra.

Hallamos al comandante de un buque inglés que nos facilitó cuanta gente necesitábamos.

No volvimos á *La Hispaniola* hasta el amanecer.

Ben Gunn daba la guardia sobre el puente.

Al vernos empezó á hacer aspavientos y acabó por decirnos que Silver se había fugado en uno de los botes.

El había hecho la vista gorda por salvar nuestras vidas que estaban en peligro, mientras el *hombre de una sola pierna* permaneciese á bordo.

Pronto nos pudimos convencer de que no se había marchado solo. Perforando un tablón se había llevado un saco que contendría unas diez mil guineas.

En realidad nos alegramos de habernos desembarazado de aquel mal lito cajo.

La travesía fué muy feliz. Llegamos á Bristol precisamente cuando Mr. Blandly se disponía á marchar en busca nuestra.

Ya estaba allí el tesoro, pero de todos los que habíamos marchado en su busca sólo regresábamos cinco.

Según lo pactado entre el doctor y lord Trelawney el Estado y los pobres recibieron los primeros su parte, después cada uno de nosotros recibió la suya.

Mi madre lloraba de alegría al estrecharme en sus brazos.

—¡Ya no nos separaremos más, hijo mío!— me decía.

El capitán Smollet, resentíéndose siempre de la herida, ha tenido que retirarse y vive en una casita en las alrededores de Bristol.

Gray es un segundo oficial de un gran buque en el que lleva parte como propietario. Se ha casado y tiene ya varios hijos.

Ben Gunn en quince días se jugó sus libras esterlinas y las perdió, quedándose sin un céntimo. Tuvo que recurrir nuevamente á lord Trelawney, quien le ha dado una plaza de guardabosque, lo que tanto temía cuando estaba en la isla, pero que ahora ha recibido gustoso y satisfecho. Vive muy feliz.

El doctor, siempre bondadoso, se dedica á completar mi educación, queriendo dedicarme a su misma profesión con gran beneplacito de mi pobre madre.

Lord Trelawney patrocina esta idea y yo pongo todos mis esfuerzos para hacerme merecedor del interés que por mí se toman estos dos hombres tan nobles y tan buenos.

Nadie ha vuelto á oír hablar de Silver.

Algunas noches me despierto asustado creyendo oír

el estrépito de las olas y la chillona voz del loro de Silver que grita: ¡Piezas de á ocho! ¡Piezas de á ocho!

Afortunadamente me encuentro al lado de mi madre, libre ya de todo temor.

En cuanto á los lingotes de plata, allá quedaron en la isla, en el mismo sitio que los enterró Flin.

No volveré á aventurarme en otra expedición como la relatada y que todavía me aterroriza.

Allí estarán para siempre.

FIN DE «EL TESORO DEL PIRATA»



ALEJANDRO DUMAS

## ***El arca de plata.***

---

### I

A seis leguas de París, en el camino del Norte, se levanta un elevado castillo, construido en el reinado de Luis XIII; sus muros son de ladrillo y sus techos de pizarra.

Comenzó por ser convento y tiene toda la solidaridad que algunas comunidades monacales daban, mucho antes de la dominación inglesa, á lo que ellos acostumbraban llamar su humilde morada.

El primer particular que adquirió este convento tuvo que hacer muy poco para convertirlo en una de las más agradables residencias que pueden imaginarse.

Las celdas del primer piso se trasformaron en bellísimas habitaciones; la escalera, esculpida á trechos, se cubrió con una sencilla alfombra; los refectorios y los recibimientos, se convirtieron en salones, sala de billar y comedor. En cuanto á las cocinas, casi se dejaron como estaban.

Hace cincuenta años, un día del mes de Septiem-



bre, varias personas se reunían en el salón del castillo.

Allí se hallaba una señora de cuarenta y cinco años, viuda, dueña de una gran fortuna y bella todavía. Era la dueña del castillo.

A su lado estaba una joven finísima, la baronesa de los Angeles.

Otras tres personas había en el salón: un médico de treinta y cinco años próximamente, llamado Claudin; un anciano general, Saint-Brum; y un rico banquero que se había visto precisado al terminar el siglo XVIII á tomar el nombre de Mondor, por más que se llamase Carillac.

—Señores, el tiempo es magnífico—dijo la marquesa.—Mañana tendréis un gran día de caza.

—¿A quién aguardáis?—preguntó M. Claudin.

—Al señor de Montidy.

—Es un joven muy discreto—dijo el general.

—Ya hace una hora que debiera haber llegado—dijo la baronesa.—Van á dar las cinco.

—¡Es extraño! No es de los que se hacen esperar.

—¿Acostumbra venir á pie el Sr. Montidy?

—No, generalmente viene á caballo.

—Pues no hay cuidado. El camino es magnífico.

—Y él cábalga perfectamente.

—Se habrá detenido por algún asunto.

—Daremos un paseo para esperarlo.

—Es verdad.

—Mira, José—dijo la marquesa á un criado;—si llega el Sr. Montidy dile que hemos ido hacia la alameda.

Se alejaron formando dos grupos.

A las seis y media estaban de vuelta. Montidy no había llegado.

Empezaron á preocuparse. Dieron las siete. El señor Montidy sin llegar.

La marquesa dijo:

—Ya no vendrá hoy.

Acababan de sentarse á la mesa cuando un sirviente abrió la puerta del comedor, y dijo:

—El Sr. Julián Montidy.

—¡Ah! Sea bien venido—exclamó la baronesa.—A tiempo llegáis.

El señor de Montidy saludó afectuosamente á todos.

Era un joven muy elegante, rico, de gallardo aspecto y de buen corazón.

—¿Cuál ha sido la causa de que os hayáis retardado más de tres horas? —preguntó la marquesa.

—No ha sido culpa mía, señora. No tenéis más que mirarme.

—Estáis pálido.

—Pues esa es mi disculpa.

—¿Habéis estado malo?

—No, malo precisamente no.

—¿Pues entonces qué os ha sucedido?

—Poco ha faltado para que no me hubiéseis vuelto á ver.

--Explicáos.

—Después que comamos. No quiero quitarle á nadie el apetito.

—¿Tan dramático es lo que vais á contar?

—¡Ya lo creo!

—Pues sea; pero ya veremos con qué historia nos sale después.

Se comió alegremente, y después se pasó al salón.

—Vamos á ver, sepamos lo ocurrido—dijo la marquesa.

- ¿Qué os habíais figurado ante mi tardanza?
- Que os habíais olvidado de nosotros.
- Eso es imposible.
- Que os había sucedido algo.
- Eso ya es otra cosa.
- Pero sepamos de una vez.
- ¿Habéis visto caer de un cuarto piso á una persona?
- Dios quiera que no lo vea nunca.
- Pues bien, yo le he visto hoy.
- ¿Dónde?
- En la calle de San Honorato.
- ¡Dios mío! ¿Y era una mujer ó un hombre?
- Una mujer.
- ¿Joven?
- De veinte años.
- ¡Desgraciada! ¿Se ha suicidado?
- Sí, señora.
- ¿Y ha caído cerca de vos?
- Casi encima de mí.
- ¡Qué horror!
- ¿Y ha muerto?
- Sí, señora.
- ¿Y se sabe por qué se arrojó á la calle?
- No; se hacían mil comentarios, pero yo no podía detenerme.
- ¿Y cuándo ha sido eso?
- Cuando me dirigía á mi casa á tomar el caballo para venir. Iba con un amigo. De repente vimos algo que caía delante de nosotros. Oímos un grito desgarrador. Era una mujer que se había desplomado. Se reunieron allí muchas personas. Yo tuve que apartarme para no presenciar aquello. Estaba nervioso.



—¿Y vuestro amigo?

—¡Oh! Mi amigo como si tal cosa.

—¿Qué decís? ¿No le causó ninguna impresión?

—No es extraño en él, porque nada le impresiona.

El fué quien levantó el cadáver. Las mujeres gritaban y nadie se atrevía á acercarse hasta que mi amigo bajó tranquilamente de la acera, levantó el cuerpo de la joven, lo colocó en sus brazos, que se llenaban de sangre, y la depositó en una casa próxima. Después se ha reunido conmigo como si no hubiese pasado nada y ha seguido contándome la aventura de que íbamos hablando. Mi amigo no había mudado de color.

—Pocos hombres habrá así.

—Sólo creo que mi amigo.

—¿Y le llamáis amigo?

—¿Por qué no?

—¡Ese hombre es indigno de amistad!

—¿Por qué?

—Porque no tiene corazón.

—¿Qué edad tiene?

—Casi la mía, veinticinco años.

—¿Y nada os dijo?

—Nada; llegamos á casa y comió con gran apetito.

—Ese hombre no tiene sensibilidad.

—Algún medio habrá para conmoverlo—dijo el señor Carillac con tono sentencioso.

—Hay emociones—observó la baronesa—que no pueden reprimirse. Ese amigo se ha divertido simulando una indiferencia.

—Tal vez sea así.

—Algó daría yo por excitar su sensibilidad.

—Lo creo imposible.

—¿Es rico?—preguntó el banquero.

—No lo es.

—¿Se ha batido alguna vez?—dijo el militar.

—Tampoco.

—¿Ha amado?—preguntó la baronesa.

—Nunca.

—Es un joven muy extraño—observó el banquero.—Yo le pondré bajo mis dominios en dos horas.

—Pues yo lo he de sacar de su insensibilidad en menos de dos minutos.

—Yo lo haré llorar antes de dos segundos.

—Pues bien—dijo Julián.—Sólo hay que hacer una cosa: que la marquesa dé su permiso para que mi amigo pueda venir aquí.

—Por mi parte, concedido.

—Que cada uno haga la prueba, y si él se conmueve un momento siquiera, si su corazón late violentamente siquiera un segundo, pierdo la apuesta. ¿Estamos conformes?

—¿Por supuesto que no le avisaréis de lo que se trata?

—De ningún modo.

—Cada cual aguzará su ingenio como tenga por conveniente.

—¿Pero aceptará la invitación?

—La aceptará desde mañana mismo.

Julián tomó una pluma y escribió á su amigo. Le envió la carta con un criado de la casa, el cual la llevó aquella misma tarde para que pudiese ir al castillo al día siguiente.

Se pasó el resto de la velada haciéndole preguntas á Julián sobre el extraño personaje.

—¿Es simpático? ¿Es alto? ¿Es bajo? ¿Es moreno? ¿Es rubio? ¿Es pálido?

Julián contestaba únicamente:

—No os diré por ahora nada. Mañana le veréis.

Cada cual se lo representó como tuvo por conveniente, y se vino á convenir casi por todos en que el amigo de Julián debía ser alto, delgado, muy pálido, vestido de negro, de brillantes ojos, de espesos y rizados cabellos; en fin, uno de esos seres fantásticos creados por Hoffmann.

---

## II

Al siguiente día, á las doce de la mañana, estaban reunidos todos en el salón esperando con impaciencia, cuando un criado anunció:

—El caballero de Ibo.

Todas las miradas se fijaron en la puerta. Acababa de entrar un joven de estatura mediana, rubio, moretudo y de ojos azules muy grandes. Saludó con cierta dulzura á los que se hallaban en el salón. Su porte elegante, su barba apenas naciente, todo, en fin, hacía del caballero una persona muy simpática. Lo miraron con sorpresa; cruzáronse algunas sonrisas desdeñosas, y la convicción general fué que Montidy se había burlado de todos. Julián, á quien no se había escapado el efecto que había producido la entrada de su amigo, se levantó, se acercó al caballero de Ibo, lo condujo ante la marquesa, y dijo:

—Permitidme, señora, que os presente á uno de mis mejores amigos, el señor caballero de Ibo, el cual os podrá decir si mi retraso ayer fué ó no voluntario.

—Verdaderamente, señora, Julián merece toda vuestra indulgencia, y yo me atrevería á suplicarla también, pues no tengo otros títulos para haberme presentado aquí.

—Era una atención, á la que se unía cierta curiosidad

La marquesa, haciéndose eco de los deseos de todos, abordaba francamente la cuestión y hacia señal al caballero de Ibo para que se sentara.

La baronesa de los Angeles lo miraba con atención.

—Nos ha contado el acontecimiento que habéis presenciado. Desde ayer tarde no se habla aquí de otra cosa que de la sangre fría que habéis conservado ante tal suceso, lo cual no se aviene bien con vuestra edad.

—Sí, señora; afortunadamente tengo una admirable sangre fría.

—La verdadera causa, por la cual estáis aquí, es porque nosotros estimamos mucho al señor de Montidy, y basta que él sea vuestro amigo para que lo seáis al mismo tiempo de nosotros.

—Muchas gracias, señora. Disponed de mí.

—Pues bien. ¿Sois aficionado á la caza?

—Un poco.

Julián lo presentó á los que allí se encontraban, y diez minutos después el caballero de Ibo gozaba de la misma confianza que un antiguo contertulio.

El día estaba muy bello y salieron á dar un paseo por el parque. La cacería se había dejado para el día siguiente.

Durante el paseo se dejó al Sr. Ibo hablar con el general y el médico. El banquero y la joven, llevando aparte á la marquesa y á Julián, le preguntaron:

—¿En nuestra apuesta se admiten todos los medios?

—Todos.

—Hay una condición—objetó la marquesa:—que una vez terminadas las pruebas, y quede ó no vencido el Sr. Ibo, se le confesará la verdad y se le darán las excusas consiguientes.

—Sí. Convenido.

—¿Y ese hombre será siempre así?

—Yo creo que no.

—¿Sostenéis la apuesta, Julián?

—No sólo la sostengo, sino que la doblo si lo queréis. La marquesa, Julián y las otras tres personas se reunieron con el Sr. Ibo y con el médico.

—¿De qué habláis, doctor?—preguntó la baronesa

—Hablábamos del alma—respondió el Sr. Ibo.

—¿Y usted cree en el alma?

—Sí, señora; y, sobre todo, cuando veo á una persona cuya hermosura no valdría nada si el alma no la embelleciese con sus perfumes.

—¡Cuánta poesía, Dios santo!

—Sentimiento nada más, señora.

—¿No amaríais nada ni á nadie?

El caballero miró á la baronesa de los Angeles sin responder palabra.

—¿Por qué me miráis así?

—Porque vuestra pregunta me admira, señora.

—Yo creía que nada podría causaros efecto. He oído hablar de vos y recuerdo lo ocurrido ayer, y os creo impasible.

—Ante la desgracia que sucede á una persona, y sobre todo á una persona á quien no se conoce, hay dos medios que adoptar: ó conmoverse, lo cual es inútil y común, ó socorrerla, que es lo caritativo. He recogido á aquella mujer y la he retirado de la curiosidad de los transeuntes. Creo haber hecho lo que debía. ¿Debía yo derramar lágrimas porque hubiese acaecido aquella desgracia á una mujer que se había tirado por la ventana, y que hubiera podido matarme si hubiera caído encima de mí? Eso hubiera sido ridículo. Si se arrojó por la ventana, era porque en la muerte había

creído hallar el fin de todos sus males. Estaba muerta: luego era dichosa. Noto en el mundo esta increíble costumbre: impresionarnos más por un acontecimiento físico que por un hecho moral.

—Tenéis una gran fuerza de voluntad; pero os compadezco.

—¿Por qué, señora?

—Porque esa fuerza de voluntad y esas palabras os colocan sobre todas las alegrías vulgares, las más dulces sin duda alguna.

—¿Tengo yo aspecto de perverso, señora?

—No, por cierto; si la salud es la dicha, debéis de ser el hombre más dichoso del mundo. Hay para tener envidia á los seres egoístas.

—¿Me queréis decir qué entendéis por egoísta?

—Egoísta es un sér inaccesible á todo dolor extraño; es un sér que fuera de lo suyo, no se inquieta por nada.

—Sí, efectivamente; esa es una de las mil definiciones que pueden darse de ese vicio social. ¿No es este el nombre con el cual el mundo señala al egoísmo?

—Y tiene razón.

—Pues bien, señora, acepto esa definición y admito asimismo que soy un egoísta, porque así lo habéis dicho. ¿A quién perjudica, después de todo, este vicio social llamado egoísmo?

—A todos los que podíais ayudar, socorrer, amar, y de los cuales no os ocupáis á causa de vuestro egoísmo.

—¿Y dónde están esos á quienes yo debiera socorrer y amar y ayudar? ¿Me lo queréis decir?

—La humanidad entera.

—¿Y creáis que la humanidad se ocupa más de mí que yo me ocupo de ella?

—Vos al menos no lo merecéis, confesadlo.

—Pues que se cuide poco de mí. ¿Qué persona hay más dichosa que aquella de quien nadie se ocupa?

—El hombre de bien de cuyas acciones y virtudes se ocupa todo el mundo.

—Ese hombre no existe; y si existiera, no dudaría en decir que sería la persona más desdichada. Cada uno querría hacerlo más feliz siguiendo su propia fantasía, con lo cual él no estaría conforme. Tendríamos la representación de la felicidad, variando según las diferentes organizaciones. Ahora bien, puesto que la dicha es esencialmente individual, lo mejor es dejar á cada individuo que la comprenda y la explique á su modo.

—Pero para aplicarla á sí mismo, el hombre tiene necesidad del concurso de uno ó de muchos; y si este concurso le falta, concluirá por ser desdichado.

—Lo más probable es que por pedir á otros su concurso, llegase á contrariar sus propósitos. Además, el hombre que cree necesitar del auxilio de los otros, es un necio. La admirable organización del hombre encierra todo cuanto se puede desear. Quede á cargo de cada uno el limitar sus deseos en vez de fomentar sus ambiciones.

—De modo que estáis tan prevenido que os podéis sobreponer á todas las humanas aberraciones.

—Sí, señora.

—¿Y usted no ama á nada ni á nadie?

—No.

—Nada más que á vos.

—Tampoco.

—Pues entonces lo mejor es morir.

—No, señora



—¿Por qué?

—Porque soy dichoso.

—La situación en que os encontráis sólo se explica por una causa: por grandes padecimientos anteriormente sufridos.

—Tal vez, señora; pero en todo caso estoy prevenido para mostrarme insensible, porque éste ha sido el modo que yo he tenido de buscar la felicidad en la tierra. He reducido mi vida al círculo de las necesidades físicas, y he dado muerte, por decirlo así, á mis pasiones. De este modo he concluido por ser el hombre más inofensivo y menos dañoso de todo el mundo.

—Me admiro.

—Pues no hay nada más cierto. En nombre de las pasiones, los hombres se lo creen todo permitido. Los vicios y los defectos no causan mal más que al individuo que los tiene. Las pasiones, por el contrario, de un solo hombre pueden y deben dañar á gran número de personas. Mis vicios son: la pereza, la intemperancia, el sensualismo, en fin. Si bebo mucho, si como mucho, si me dejo guiar siempre por mis sentidos, yo solo sufriré el resultado de mi conducta. Nadie lo podrá negar.

Las pasiones más nobles son, indudablemente, la ambición y el amor. El ambicioso es implacable; pasará por encima de las ruinas de veinte ciudades y caminará imperturbable á la consecución de su plan y deseo. Tal vez haga cosas admirables; pero ¡cuántas víctimas inocentes dejará en su camino! En cuanto al hombre que ama, es terrible, es preciso huirle. Su amor le sirve de excusa eterna y le da el derecho de cometer mil infamias. Si llega á poner los ojos en mi esposa y aún se atreve á galantearla, yo, sin comerlo

ni beberlo, me hallo en la necesidad de provocarlo, de batirme con él, ó quedaré por cobarde y ridículo. Si me mata, entonces dirá: «¿Qué queréis? La pasión me cegaba».

—¿De modo que no hacéis la corte á ninguna mujer?

—¡A ninguna! ¿Y para qué? Las frases más sentimentales que un hombre puede dirigir á una mujer, son las siguientes: «Señora, yo quisiera que me amáseis.» Nuestra fantasía nos presenta un paraíso de amor, de pasiones, de sentimientos. Luego, todo eso se disipa, y el hombre, por muy poético que sea, sólo ve en la mujer que tanto le ha impresionado, una mujer como todas las demás.

—Extrañas teorías son esas y que me causa admiración el escucharlas. ¿Dónde las habéis aprendido, caballero?

—Las he aprendido donde vos habéis aprendido las vuestras, donde la vida enseña á todo el mundo: en eso que los filósofos llaman reposo, y el vulgo muerte, y los creyentes eternidad, y los escépticos la nada, y yo llamo el fin.

—¿Sabéis que sería bien infortunada la mujer que os amase?

—No habrá mujer que tenga tan extravagante idea.

—¿Quién sabe?—dijo la baronesa de los Angeles, arrojando sobre el caballero una mirada.

—¡Qué bellisimos ojos tenéis—exclamó el señor de Ibo.

—Es imposible que todo eso que me habéis dicho sea completamente verdad.

—¿Lo ponéis en duda?

—Y si fuera verdad yo quiero transformaros, quie-

ro derribar vuestra alucinación y vuestro egoísmo.

—No lo ensayéis, señora: perderíais el tiempo.

—Ya lo veremos.

—¿Amáis á alguien, señora?

—A nadie; pero no estoy libre de amar, á pesar de todas vuestras teorías. Veremos quién convence á quién. Pero es preciso que no nos distraiga nadie, aquí nos interrumpen á cada momento. Esta noche á las doce podréis verme.

—Muy bien, señora.

El rostro del caballero no reflejó la menor señal de sorpresa.

—Cuento con que seréis discreto.

—Lo seré.

—A los doce de la noche salid.

—¿Á las doce? Está bien.

—É iréis á mi habitación.

—Convenido, señora.

Los concurrentes se acercaron entonces.

—Vamos, ¿qué tal?—dijo el general en voz baja á la boronesa.

—¡Qué sé yo! Es un hombre bien estrambótico.

—¿Renunciáis entonces á vuestro proyecto?

—No, en modo alguno. Á las once y media de esta noche vendréis á mi habitación; allí podréis escuchar todo cuanto pase. Prevenid á la marquesa, al doctor, al Sr. Montidy y al banquero.

### III

A las once y media todos estaban reunidos en el departamento de la baronesa, que estaba dispuesta á emplear todos los recursos de su belleza. Se trataba de hacerse amar siquiera fuera por un segundo.

Dieron las once y media.

Pasaron veinticinco minutos, durante los cuales se habló en voz baja. A las doce menos cinco minutos la baronesa se retiró á la habitación inmediata.

El reloj del castillo dió las doce. Nadie había llegado todavía.

Pasó un cuarto de hora. Nadie llegaba.

La baronesa comenzó á fruncir el entrecejo.

El general abrió con mucho cuidado la puerta.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Ya lo véis: estoy sola.

El general cerró la puerta y entró en el salón. La baronesa escuchó que se reía y cuchicheaba con los demás. A las doce y media se levantó de su asiento y fué á reunirse con ellos. El despacho se leía en su rostro.

—Habrá venido—dijo;—pero habrá escuchado voces y se habrá retirado.

—Alejémonos de aquí. Estará aguardando sin duda. Cuando él sienta que nos vamos aparecerá.

Se retiraron de puntillas. Era preciso pasar por delante de la habitación del Sr. Ibo.

—Aguardad—dijo Julián á sus amigos—voy á ver qué está haciendo.

El Sr. Montidy llevaba una bujía. Entró en la habitación y salió asombrado.

Entraron todos.

—Ahí tenéis—dijo Julián en voz baja —¡Mirad!

Y levantando la luz para que todos pudiesen ver mejor, mostró al caballero que estaba acostado y que dormía profundamente.

A las seis de la mañana estaban reunidos para salir á la caza.

El caballero no se había apercibido de la atención de que era objeto. Tenía la actitud de un hombre que ha dormido bien y que esperaba almorzar mejor.

Después del desayuno, todo se dispuso para la caza.

La baronesa se quedó sola un instante, esperando que el Sr. Ibo le excusase su falta. Con efecto, el caballero se acercó y le preguntó cómo había pasado la noche.

La señora de los Angles le miró.

—¿Es esa una ironía, caballero?—le preguntó.

—¿Ironía, señora? ¿Por qué? No os comprendo.

—Pues bien, caballero, he pasado mal la noche. He estado esperando...

—¿A quién?

—¡Me habías prometido acudir!

—¡Oh! Es verdad—respondió el señor de Ibo con la mayor naturalidad del mundo.—Perdonadme, señora, lo había olvidado completamente.

Y el caballero se excusó de aquel olvido como persona bien educada, pero como si aquello fuera la cosa



de menos importancia del mundo. Pidió luego permiso á la baronesa para reunirse con los cazadores.

—¡Vaya! Pues he perdido mi trabajo—dijo la baronesa—porque en realidad no puedo hacer más. ¡Jesús, qué hombre!

La caza se prolongó hasta las cinco de la tarde. Después volvieron todos al castillo, y concluida la comida, el banquero propuso una partida de lansquenet.

—¿Jugáis vos, caballero?—preguntó la marquesa.

—Sí, señora, algunas veces.

—¿El juego os entretendrá?

—El placer del juego sólo estriba en la emoción, y el juego no causa impresión en mí.

—Eso es lo que queremos ver.

—¿De modo que jugaréis?

—Lo haré por complaceros. Os suplico solamente que me permitáis retirarme á las diez. He andado hoy mucho.

—À esa hora podréis retiraros.

Comenzó el juego. Al cabo de cinco minutos había tomado proporciones enormes; el oro circulaba á montones.

—¿Estáis perdiendo, caballero?—le preguntó la baronesa.

—No lo sé, señora.

—El caballero Ibo gana.

—¿Cuánto?

—Trescientos luises que he perdido yo—respondió el banquero.

—Ya lo véis, señora, parece que he ganado trescientos luises.

—¿Dejáis de jugar ó se dobla la apuesta? ¿Qué queréis que se haga, caballero?

—Doblemos la apuesta—dijo el señor de Ibo, que en aquel momento tomaba las cartas.

El Sr. Carillac se había levantado; los demás jugadores estaban muy atentos. Trescientos lises sobre una carta es cosa demasiado seria.

—¡Vaya!—exclamó el banquero, fijando su mirada en la carta que acababa de jugar.—Sigo perdiendo. Trescientos lises más. Os debo doce mil francos.

—Está muy bien.

—¿Continuamos?

—Como queráis.

Un jugador consumado no hubiera manejado las cartas con más tranquilidad y desembarazo. Permanecía impassible como una estatua.

Ganó de nuevo. El banquero comenzó á precaverse. No solamente perdía la apuesta, sino el dinero.

—Debo mil doscientos lises—dijo.—Pero los juego si el caballero de Ibo consiente.

Por toda respuesta, el señor de Ibo volvió á tomar las cartas.

El general no había soñado con aquella tranquilidad, pues él sentía latir fuertemente su corazón en cuanto ganaba un lise. Es preciso tener en cuenta que los hombres más valientes en los campos de batalla son los más tímidos ante las violentas emociones de una mesa de juego. El valor no le sirve para nada ante ese impassible adversario de cartón, al que nadie puede detener en su carrera, ante cuyo peligro nadie puede combatir ni con la inteligencia ni con las fuerzas.

—¡Seguis ganando, caballero—gritó la marquesa.—Se os deben cuarenta y ocho mil francos. Es una buena ganancia.

—¿Qué determináis, señor de Ibo?—dijeron los concurrentes.

—¿Me debéis cuarenta y ocho mil francos?

—Sí.

—Pues bien: juguemos cincuenta y dos mil; si gano, es un golpe redondo; si pierdo, ganaréis algo más que lo que habéis perdido.

Esto fué dicho con una tranquilidad admirable.

—Pues sea: van jugados cincuenta y dos mil francos.

A la tercera carta la cuestión estaba resuelta. El caballero había ganado cinco mil lises.

—No quiero jugar más—dijo el banquero.

El señor de Ibo conservaba, como cuando había llegado al castillo, su color sonrosado, que era la admiración de todos.

El «no quiero jugar más» del banquero quería decir para el caballero «no pasemos adelante», y para los espectadores «verdaderamente este hombre es inmutable; me reconozco vencido».

—Ahora me toca á mí—se dijo el general:—¡Ah! tú, que por nada te conmueves, vas á conmoverte ahora.

Y levantándose, dijo al banquero:

—Hacéis bien en no seguir jugando. Perderíais siempre.

—¿Por qué?

—Porque ese caballero juega sin conciencia: hace trampa.

Y al decir esto, tomaba un puñado de cartas y las arrojó al rostro del Sr. Ibo.

La escena era tan inesperada que las mujeres dieron un grito de sorpresa y los hombres se levantaron para interponerse.

Nadie creía que el general echase mano de semejan-



te medio para probar la paciencia del señor de Ibo.

—¡General!—dijo la marquesa.—¿Estáis loco?

Y volviéndose al caballero de Ibo, le dijo:

—¡Por Dios, caballero, tened calma!

—Ya la tengo, señora—respondió el joven acompañando su frase de la sonrisa más tranquila del mundo. Sólo siento que al arrojarme las cartas el general, pudiera haber causado una ofensa á la señora baronesa.

—Á mí toca el suplicaros que dispenséis—dijo la baronesa,—pues el general no ha reparado lo que hacía.

Después, volviéndose al general, le dijo:

—¿Con que decíais que yo hacía trampas en el juego?

—Sí, señor, lo he dicho y lo repito.

—Pues entonces no me atreveré á desmentir á una persona tan respetable y de vuestra posición. Además, me infunde mucho respeto la marquesa, que ha tenido por primera vez la amabilidad de recibirme.

—¡De modo que vos mismo lo confesáis!

—No—replicó sonriendo el señor de Ibo,—no he dicho que vos hayáis mentido ni que yo haya cometido trampas en el juego.

—Entonces ¿qué habéis querido decir?

—No he dicho nada.

—Pues entonces sois una persona despreciable.

—¿Por qué?

—Porque habiendo recibido tal afrenta, debírais haberme pedido una satisfacción.

—¿Y hasta batirme con vos?

—Sí, señor.

—Pues tendría gracia que, porque habéis creído que yo hacía trampa en el juego, hayáis representado



una comedia de mal gusto, fuera yo ahora á mataros ó vos me matéis á mí...

—Sí, señor.

—Pues bien. Yo no pido satisfacción alguna. Arreglad el asunto como os convenga.

En aquel momento dieron las diez.

—Me retiro, señora marquesa. Espero que me lo permitiréis—dijo el señor de Ibo.

—Sí, caballero, sí, podéis hacer lo que os plazca.

El caballero saludó y se retiró como si no hubiese pasado nada.

—No he visto un hombre como éste—dijo la baronesa de los Angeles.

—Es un hombre de valor—añadió el general;—pero nuestro asunto no queda así.

—¿Qué pensáis hacer?

—Llevar el lance hasta lo último. Un hombre puede permanecer insensible ante las coqueterías de una señora; puede permanecer también insensible ante el oro; puede tal vez permanecer insensible ante una afrenta; pero ante la muerte, eso no; ante la muerte, nadie permanece impasible.

—¿Cómo ante la muerte!... Pero... ¿queréis matarlo?

—No, pero quiero hacérselo creer.

—¿Qué vais á hacer, general?

—El doctor irá ahora mismo en su busca, y mañana, á las seis, antes que nadie se levante en el castillo, nos batiremos. El señor de Montidy será mi testigo y el doctor el suyo. Dos testigos bastan. Las pistolas irán descargadas. Haré que él tire primero, puesto que es el ofendido, y cuando vea el cañón de mi pistola apuntándole, por fuerza tendrá que conmovirse.

El doctor salió del salón. Cinco minutos después estaba de vuelta.

—¿Qué ha contestado?

—Que acepta el desafío. Sólo me dijo que hubiera deseado que el duelo se hubiese diferido hasta las once de la mañana, porque tiene costumbre de dormir hasta las diez.

#### IV

A las cinco de la mañana del día siguiente, el señor de Montidy entró en la habitación del caballero de Ibo y le despertó.

—No hay tiempo que perder—le dijo.—Vístete.

El señor de Ibo se frotó los ojos.

—¡Tan bien como dormía!—exclamó.

Saltando del lecho se vistió. A las cinco y media salían del castillo el caballero de Ibo y su amigo el señor de Montidy.

A las seis menos cinco minutos estaban en el lugar de la cita. El general llegó casi al mismo tiempo. El médico le acompañaba.

Ibo permanecía impasible. Nadie hubiera creído que aquel hombre iba á sostener un duelo á muerte.

Julián midió los cinco pasos, lo dispuso todo y, aproximándose á su amigo, le dijo:

—Toma la pistola.

El señor de Ibo se levantó y tomó al azar una de las dos pistolas que tenia el doctor. El general tomó otra.

—¿Quién tira primero?—volvió á preguntar el señor de Ibo.

—Vos, caballero—le dijo el médico,—porque sois el ofendido.

El caballero dió las gracias con una ligera inclinación de cabeza y apretó el gatillo de su pistola.

—¡Trad ahora—dijo.—Llevo la peor parte.

El general extendió el brazo.

El señor de Ibo seguía impasible.

El general apuntó, apretó el gatillo y se oyó una detonación.

El caballero Ibo permanecía sin inmutarse.

—¿Volvemos á comenzar?—preguntó.

—No—dijeron los testigos.—El honor está satisfecho.

—Entonces—añadió el señor de Ibo—voy á recuperar las horas de sueño que he perdido.

El doctor, el general y Julián le siguieron.

—Hemos perdido, dijeron á la marquesa. Es un hombre muy original.

Y contaron lo que había pasado.

Después del almuerzo el general se aproximó al caballero, y le dijo delante de todos:

—Me dispensaréis, caballero, si os causé alguna ofensa ayer, y ahora voy á explicaros lo que pasa aquí desde hace dos días. Vuestro amigo el señor de Montily nos había asegurado que era imposible de todo punto que pudiese impresionaros nada. La baronesa, el señor de Carillac y yo habíamos hecho una apuesta de que hallaríamos un medio de conmoveros. Hemos perdido la apuesta. Os pedimos perdón de nuestros atrevimientos; pero en cambio quisiéramos que tuviérais la bondad de explicarnos cómo os habéis podido sobreponeros y dominaros

— No me creeréis.

—¿Tan extraño es?

—General, dadme vuestra mano.

El general obedeció. El señor de Ibo cogió la mano y la puso sobre su pecho.

—¿Qué sentís? le dijo.

—Nada.

—Es natural, señores; yo no tengo corazón.

—¿Y qué habéis hecho de él?

—Lo he cedido.

—¿A quién?

—A uno de mis amigos que no tenía bastante con el suyo.

—¿Os estáis divirtiendo?

—No, señor.

—¿Y por qué habéis cedido vuestro corazón?

—Para librarme de los sufrimientos que experimentaba después de la muerte de mi padre. Pensé que el hombre más dichoso sería aquel que no tuviese corazón, y me hice sacar el mío como á un órgano dañoso. Desde entonces soy insensible á todo.

Si el caballero no hubiera hablado con la mayor seriedad y sangre fría, se hubiera creído que estaba loco.

—¿Y quién os ha sacado el corazón?

—Un médico muy hábil; mirad esta cicatriz.

Al decir esto el señor de Ibo descubría su pecho blanco como el marfil y mostraba á los circunstantes una cicatriz en forma de cruz.

Después se inclinó respetuosamente, dejando á todos sumidos en confusiones á causa de tan extrañas confidencias.

Algunos días después, el caballero, de vuelta de París, estaba tranquilamente sentado en su habitación con los pies extendidos hacia la chimenea.

Un criado anunció la llegada del Sr. Julián Montidy.

—A fe mía que llegas á buena hora, le dijo el caballero.

—¿Te aburrías?

—Poco faltaba.

—Vengo de casa de la baronesa de los Angeles. ¿Qué te parece á tí la baronesa?

—Muy bien. Me parece bellísima.

—Pues bien, lo que le has contado le ha impresionado mucho y desea volverte á ver. Va á venir aquí.

—¿Con qué pretexto?

—Con el pretexto de que es hermana de la Caridad y pide limosna para los necesitados.

—¿Y cuándo vendrá?

—Mañana.

—Está bien.

—Tengo que pedirte un favor.

—Tú dirás.

—Amo á la baronesa de los Angeles.

—¿Y se los ha dicho?

—Todavía no.



—Pero ¿y ella?...

—Temó que la baronesa ama á otro, y ese otro eres tú.

—¡Yo!

—Sí, tú. Te suplico que no abuses de tu posición.

—No tienes necesidad de suplicarme semejante cosa.

—Muchas gracias. La marquesa está en París. ¿Vas á visitarla?

—Iré á inscribirme en su lista de amigos.

—No hace más que hablar de tí.

—¿Ella también?

—Ya lo creo; pero en otro sentido. Le infundes miedo. Le pareces un vampiro. Tu historia ha metido ruido. ¿Pero cómo no me la habias contado?

—¿Para qué?

—¿Y eres dichoso?

—¡Ya lo creo!

—¿Y aquél á quien has cedido tu corazón?

—También parece dichoso.

—Pues no lo creo. Si un corazón no hace dichoso al hombre, ¿cómo han de hacerlo dos corazones?

—Eso cuando más probará que para ser feliz es preciso no tener corazón ó tenerlo doble.

—¿Pero á qué amigo has hecho tan extraordinario regalo?

—A Valentín.

—¿El que se casó con la señorita de Amy?

—Sí; el cambio se verificó el día de su boda. Mi padre acababa de morir y yo estaba sumido en la tristeza. Valentín se había casado y estaba contentísimo. Yo me moría de dolor. Es un perjuicio tener corazón, le hac'a observar muchas veces.

—Ojalá tuviéramos más de uno —exclamó él.



—Entonces le ofrecí el mío, puesto que necesitaba de dos corazones para contener su gozo. Aceptó. Uno de sus amigos, especie de alquimista, vino á casa y me privó del sentido con la ayuda de un filtro. Cuando volví en mí no sufría ya nada. Valentín, en tanto, cantaba, reía, arrojaba dinero á los pobres y hacía mil extravagancias. El tenía dos corazones: yo no lo tenía ya.

—¿Y después?

—Después ha venido muchas veces á darme las gracias. Pero ya va para dos meses que no le veo.

Siguió un gran silencio. Después se presentó el criado.

--Señor—dijo,—ahí está un señor que desea hablaros.

—¿Cómo se llama?

--El caballero Valentín Farín.

—¿Valentín? Hazlo pasar.

—El caballero desea hablar sólo con vos, según me ha dicho.

El señor de Montidy se levantó.

--Adiós—dijo.

--Vuelve después y te contaré lo que me diga Valentín.

Julián se retiró por una puerta mientras que el criado salía por otra para ir en busca de D Valentín.

El señor de Ibo removió la lumbre que se apagaba. Hacía frío.

D. Valentín entró en la habitación. Iba vestido de negro, y aunque joven, parecía un anciano. Sobre su frente, surcada de precoces arrugas, caían lácios sus cabellos encanecidos.

Sus ojos hundíanse en las órbitas. Su barba crecía

con desigualdad bajo sus pómulos abultados; sus labios descoloridos, su intensa palidez, todo revelaba un profundo dolor.

Llevaba en la mano una cajita de plata cincelada.

—¿Puedes reconocerme?—dijo al señor de Ibo al entrar.

—¡Cómo has cambiado! Siéntate aquí y cuéntame lo que te pasa.

Valentín se sentó en un sillón, y exclamó:

—¡Soy muy desgraciado!

Dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Qué te pasa, hombre?

—Que me han abandonado.

—¿Tu mujer?

Valentín hizo una señal afirmativa. No tenía ánimo para hablar.

—¡Pero se ha marchado!

—¡Sí; y él no la dejará volver!

—¿Quién es él?

—Su amante. Soy muy desgraciado. Desde que me abandonó mi mujer estoy loco, necesito morir.

—No te pongas así; consuélate.

Valentín movió la cabeza.

—Jamás—dijo—mira mi triste aspecto. No quiero pasar nuevas desdichas. Por lo tanto te devuelvo...

Y Valentín presentaba á su amigo el arca de plata.

—¿Qué me devuelves?

—Lo que me habías cedido.

—¿Mi corazón?

—Aquí está.

El caballero de Ibo creyó sentir una especie de sacudimiento en su pecho.

—¿Pero mi corazón está en esa caja?

—Ahí lo tienes.

—¿Cómo lo has puesto ahí?

—Después de la desaparición de Clotilde, mi madre envió á llamar un médico. Este preguntó inmediatamente la causa de mi enfermedad, viendo la exaltación en que yo estaba. Sintió dos corazones en mi pecho y se lo conté todo. Entonces declaró que no podía curarme mientras tuviera dentro de mí un órgano extraño que sólo haría duplicar mis sufrimientos.

Así como mi felicidad era mayor cuando tenía dos corazones, sufro doblemente mis infortunios.

Además había entre tí y tu corazón cierta secreta afinidad que muchas veces lo hac a latir fuertemente dentro de mi seno, por cosas que no me preocupaban. El mío permanecía tranquilo é indiferente.

Hace algún tiempo no sé qué te sucedería que tu corazón latió de un modo extraño. Esta era una razón más para restituírtelo. ¡Demasiados infortunios tengo para cargar con los tuyos también!

La operación ha sido muy feliz: lo he colocado en este arca y te lo devuelvo.

Si quieres también el mío te lo cedo. ¡Dios me ha castigado bien por haber querido traspasar las leyes que impuso á todos los hombres!

El caballero de Ibo quedó muy pensativo, y miró con tristeza á aquel hombre, física y moralmente extenuado, que tenía en su presencia.

—¡Adiós!—dijo Valentín levantándose.—Me has hecho mucho daño creyendo hácerme un bien; no ha sido tuya la culpa. De todos modos te doy las gracias.

—¿Y ahora qué vas á hacer?

—No lo sé; no volverás á saber de mí. Me voy á donde nadie me vea.

Y el joven tendió la mano al caballero que vió salir á aquella especie de fantasma agobiado por el dolor.

Cuando se quedó solo, miró largo tiempo el arca que contenía su corazón. Tuvo dos ó tres veces la tentación de abrirla; pero no lo llevó á efecto, pues no bien tocaba el arca, sentía un sacudimiento en su pecho que no podía explicarse.

Cuando el señor de Montidy volvió, el caballero de Ibo estaba absorto en sus reflexiones. Refirió á su amigo lo que acababa de pasar, y dos horas después no se acordaba ya del suceso.

Al caballero de Ibo le sucedió aquella noche una cosa muy curiosa. Tuvo un sueño en el cual veía á su madre agonizante que le llamaba con insistencia.

Despertó repentinamente sin sentir la menor emoción, como le sucedía con todo; pero en la habitación se oía un ruido tan persistente que le hizo encender la luz. Se incorporó en el lecho y llamó. Nadie respondía, pero el ruido continuaba.

Aquel ruido, muy parecido á repetidos martillazos, provenía del lado de la chimenea.

El arca de plata estaba allí, en el sitio que él la había dejado, y lo que contenía era lo que producía el ruido.

De suerte que, mientras el caballero soñaba, su corazón, separado de él, latía como queriendo salir de la prisión donde se hallaba, como hubiera querido salirse del pecho si dentro de él hubiese estado.

—Es extraño—murmuró el señor de Ibo, mirando por algún tiempo aquella caja animada de su vida, y cuyas pulsaciones decrecían minuto por minuto.

Cuando cesaron del todo, dijo:

—Es necesario conbluir.

Y tomando la lámpara en una mano y el arca en la otra, bajó al jardín que estaba bañado por la claridad de la luna llena.

Las escasas hojas que aún cubrían á algunos árboles caían movidas por la brisa. Todo estaba en silencio.

La Naturaleza parecía dormir profundamente. Si de una de las casas vecinas hubieran visto al caballero de Ibo andando encorbado, se le hubiera tomado por un sonámbulo.

Se dirigió hacia un cobertizo, donde el jardinero encerraba sus herramientas, y tomó un hacha. Después empezó á abrir un hoyo en la tierra.

El viento gemía más tristemente entre las ramas.

Cuando el hoyo estuvo hecho, el señor de Ibo depositó en él el arca de plata. Después lo cubrió de tierra, que apisonó cuidadosamente.

—Espero que ahora dormiré con tranquilidad—dijo.

Y así fué. Cuando á las diez le despertaron había olvidado su sueño y lo que había pasado la noche anterior. No se acordaba tampoco de que la baronesa había de visitarle.

Julián se lo recordó por medio de una carta, y á las dos de la tarde la baronesa se presentó en casa del caballero de Ibo.

---

## VI

—Debéis admiraros de mi visita—dijo la baronesa—pero la caridad tiene excepcionales derechos. Ante todo, decidme, vos, que sois un incrédulo, si creéis al menos en la caridad. Si no fuese así me retiraré en seguida.

—Baronesa, creo en ella desde el momento en que vos la ejercéis.

—¡Cómo! ¿Tendría yo poder para sacaros de vuestra habitual incredulidad?

—¿Me permitís que sea franco con vos, que os hable todo cuanto siento?

—¿Por qué no?

Entonces el caballero de Ibo sacó un billete de mil francos de un paquetito que estaba sobre la chimenea y lo puso en el portamonedas de la baronesa.

—Para los pobres—dijo.—¡Señora, sólo por el corazón es uno dichoso!

—¿Y vos lo decís?

—Podía haberos dicho cosas muy interesantes.

—¿Respecto al corazón?

—Justamente.

—Vos no lo tenéis.

—¿Amáis á alguien, señora baronesa?

—A nadie.

—Entonces ¿para qué os sirven esa belleza, esa juventud, ese corazón?

—No amaré sino cuando se me ame.

—¿Y si yo os dijera que os amo, baronesa?

—No os creería.

—¿Qué es preciso hacer para que me améis?

—¡Caballero!...

—Para los pobres—dijo de nuevo el señor de Ibo depositando en la bolsa de la baronesa una segunda ofrenda.

—¡Tenéis un modo singular de dar limosna!

—¿Qué importa eso con tal que sea para los pobres?

—Decíais pues...

—Decía—continuó el caballero poniéndose de rodillas ante la baronesa de los Angeles, —decía que si vos me amáseis, sería muy feliz.

—¿Pero sois vos quien habla así? —le dijo.

—Sí, baronesa.

—¿Y si yo fuera demasiado débil y os creyera?

—¡Oh! Entonces habría un hombre que sería el más afortunado del mundo.

—¿Quién?

—Julián—respondió tranquilamente el señor de Ibo.

—¿Cómo Julián?

—Sí, él es quien os habla por mí.

—No os comprendo.

—Julián os ama, señora.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El, que ha venido á anunciarme vuestra visita ayer, y como no se atreve á declararos su amor, yo lo he hecho en su nombre.

La baronesa se levantó llena de indignación y de vergüenza.

—Es una villanía lo que me habéis hecho.

—En nombre de los pobres escuchadme, señora.

Y el caballero, tomando el resto de los billetes que había sobre la chimenea, los reunió con los otros.

Una lágrima brillaba en los ojos de la baronesa.

—Escuchadme, señora, y me dispensaréis. Sabéis quién soy yo. Mis hechos lo han demostrado. Insensible á todos los sentimientos que conmueven á la humanidad, ni puedo sentir el amor ni puedo inspirarlo. De cuantas personas he visto desde que no tengo corazón, vos sola sois la que ha producido en mí una impresión que no sé explicarme.

Bien lejos de querereros causar un disgusto, hubiese querido evitaros, por el contrario, la menor desgracia, si en mi mano hubiese estado. Es todo cuanto se me puede pedir. Vos no habéis venido á esta casa sólo por motivos de caridad. Vuestro fin era otro. Después de lo que pasó en casa de la marquesa, os ha acometido la curiosidad, mezclada con la indignación. Queríais saber si al cabo podríais triunfar de este hombre sin corazón que se llama el caballero de Ibo.

Después, cuando hubiérais conseguido ese triunfo sobre mí, me hubiérais dejado por algún tiempo, ó por mucho, en la desesperación, con el deliberado propósito de permanecer sorda á mis súplicas, así como yo quedé insensible á las galanterías que no tenían otro objeto que el ganar una apuesta.

Afortunadamente no ha sido así, y por vos misma, por vos solamente, señora, he hecho de antemano lo que he hecho. Habéis venido aquí para arrancarme palabras de ternura y de acatamiento, y os he hablado como hombre que ama, pero en nombre de otra persona.



He aquí, pues, señora, la línea de conducta que debéis trazaros y seguir. Julián os ama, y si el corazón tiene realmente alegrías en este mundo, dignos sois, tanto vos como Julián, de merecerlas cumplidas.

—Gracias, caballero, por el interés que os habéis tomado en procurar mi dicha y por los medios que habéis puesto en obra para conseguirlo. Esto me lisonjea tanto más cuanto que conozco vuestro carácter y sé ciertamente que no habríais hecho por nadie lo que habéis hecho por mí.

Hubiera querido triunfar de vuestra indiferencia: pero no por una mera satisfacción de amor propio. Sin vanidad puedo decir que estoy muy por encima de tan reprehensibles amaños. Muy propio es de las mujeres el acometer luchas como la que ahora he acometido, no por vanidad, sino por otra causa. Yo tenía motivos más atendibles: quer'a sacaros de vuestro escepticismo y hacer recaer sobre mí la felicidad que deseaba daros á conocer. ¡Llamaréis todavía á esto egoísmo! Pues bien, haced lo que gustéis.

Os sé decir que el sentimiento que yo profesaba hacia vos y que ha nacido en mí de improviso, sin darme cuenta de ello, es más noble y elevado. Es el sentimiento que siempre inspira á una mujer un gran valor, como el que vos habéis demostrado, y una inteligencia tan clara como la que vos poseéis; y esto con tanta más razón, cuanto que ese valor proviene de la falta de corazón, y esa inteligencia se dedica exclusivamente á enunciar misantropías.

Yo no amo al señor de Montidy; no lo amaré nunca; no sospechaba tampoco que me amaba.

En cuanto á vos, caballero, os aseguro que llegará día en que cambiéis de ideas. Sois muy joven para que

podáis vivir siempre en esa insensibilidad, de la que habréis de salir tal vez algo tarde. El alma tiene sus épocas y no puede estar despojada y desierta, sino con la condición de haber estado antes florida y llena de encantos. Nada puede morir donde nada ha vivido.

Vos amaréis. Y lo espero así. Es preciso que así suceda.

Dios vele por vos hasta tanto que la mujer que pueda causar tal transformación sea digna de ser amada y de que no os cause indiferencia.

Os agradezco vuestro donativo. De todas suertes, mis pobres algo han ganado con esta visita.

Adiós, caballero. Sed dichoso, sea cualquiera el modo que tengáis de comprender la felicidad.

.....

La baronesa tendió la mano al caballero, y antes que él hubiera tenido tiempo de responder salió de aquella casa.

## VII

Dos horas después el caballero de Ibo estaba sentado y pensativo ante el fuego. Las palabras que había escuchado vagaban en derredor de su pensamiento. Hallaba cierta explicación á sus palabras; pero no podía fijarlas de un modo preciso en su entendimiento. Faltábale, para conseguir esto, aquella inteligencia que sólo puede dar el corazón. Muchas veces al separarse de la baronesa, experimentaba algo desconocido, como gérmen que, cayendo en la tierra inculta, procurara brotar.

Salió de su casa. Hubiérase dicho que tenía necesidad de distraerse. Fué á ver á Julián, y no tuvo valor suficiente para anunciarle que jamás sería amado por la baronesa. Fué á casa de Valentín, buscando consolarle un poco.

¡Cuál no sería su sorpresa, á él que de nada se sorprendía, cuando al entrar en la morada de Valentín, oyó cantos, risas y choque de vasos.

—¿No vive aquí Valentín?—preguntó admirado.

—Sí, señor.

—¿Y quién hace tal ruido?

—El y sus amigos.

—¿Pues no había sufrido una gran desgracia?

—¡Sí, pero ayer terminó todo, señor!...

—¡Ayer!...—repitió el caballero mirando fijamente

al criado.—¡Ayer!... Esta palabra encerraba una inmensa filosofía. ¡Ayer!... ¿Y qué dolor es ese que ayer nace y que muere hoy?

Hizo ademán de marcharse.

— Señor, ¿no entráis?—le dijo el criado.

—No. No tengo demasiadas alegrías para participar de las tristezas de vuestro dueño.

Volvió á su casa. En la situación en que se encontraba la soledad le parecía más agradable.

Entró, cerró la puerta de su habitación y se puso á leer. Gran parte de la noche la pasó en silenciosas reflexiones sobre todo lo acaecido. El origen y fin se presentaba algunas veces ante su imaginación, claro y palpable como esas apariciones fantasmagóricas con que se entretiene á los muchachos; pero luego se disipaba todo y nada podía recordar.

Por la mañana, cuando apuntaba el alba, se despertó. Le extrañó mucho, pues acostumbraba á dormir hasta las diez. La mañana estaba apacible y el señor de Ibo bajó al jardín para refrescar su imaginación. Durante su sueño había visto ante él el dulce rostro de la baronesa.

Dió dos ó tres vueltas por el jardín; esquivando siempre mirar el sitio en que estaba enterrado su corazón.

Sentía, sin embargo, una fuerza misteriosa que le impelía hacia aquel lugar. El invierno reinaba en el jardín ya sin hojas y sin flores.

El caballero de Ibo se sentó en un banco y dirigió la vista al azar sobre lo que le rodeaba. De pronto, entre los pelados troncos que formaban como una empalizada, divisó un macizo de verdura lleno de flores que haba nacido la noche anterior.

—Esto es muy original—murmuró—y se dirigió hacia aquel sitio.

En el mismo sitio en que las flores habían brotado, la tierra tenía señales de haber sido recientemente removida. Aquellas flores habían brotado encima del arca de plata. Al acercarse el caballero Ibo á aquel lugar, vió á unos pájaros que cantaban dulcemente.

Parecióle que la tierra se movía en derredor suyo. Se le figuraba un sueño todo lo que veía.

Se pasaba las manos por los ojos para salir de su admiración, y volvió á mirar y á escuchar de nuevo.

Las flores estaban allí, eran las mismas que había visto antes. No había otras en el jardín.

El caballero distinguió sobre ellas una gota de rocío que brillaba como una piedra preciosa. ¿Por qué aquella gota de rocío le recordó la misma lágrima que había visto en los bellos ojos de la baronesa?

Cogió las flores, formó con ellas un ramo y lo envió á la baronesa.

—Bien se lo merece—dijo.

La baronesa respondió:

—«Venid á verme inmediatamente, caballero, y explicadme por qué me habéis enviado el recuerdo que acabo de recibir. Tengo temor de equivocarme si doy crédito, sin reflexionar, á lo que me dice mi corazón.»

Media hora después el caballero de Ibo estaba en casa de la baronesa.

—¿Sois vos quien me habéis enviado estas flores?

—Sí, baronesa.

—¿Y por qué?

—Porque para mí es evidente que vos habéis sido la causa y el origen de que hayan nacido,

—¿Yo?

—Sí, vos; por medio de vuestras palabras, por medio de vuestras lágrimas de ayer.

—¿Y dónde han nacido esas flores?

El caballero contó entonces á la baronesa todo lo que había ocurrido.

La baronesa dió un grito de alegría.

—Es un aviso de la Providencia, caballero—dijo.— Ya véis que puede germinar algo en el corazón más seco. Esas flores nacidas de un modo tan singular son el emblema de los regocijos que puede todavía disfrutar vuestro corazón. Valor, caballero. Sois joven. ¿Por un pesar que habéis tenido, queréis enterrar vuestro corazón? Hay dicha en el vivir, caballero, yo os lo digo. Volved á tomar vuestro corazón. Creedme, amad, seréis dichoso, os lo aseguro.

Desde ayer sois otro; así me lo habéis dicho. Pues bien; es preciso que lloréis, que riáis, que sufráis, que estéis contento como sucede á todo el mundo. Es preciso vivir en las mismas condiciones humanas que Dios nos ha impuesto, y que en vano trataremos de evitar.

Amigo mío, creedme. ¿Qué interés tendría yo en engañaros? ¿Qué queréis que os diga? ¡Que os amo! ¡Pues bien, sí, os amo! ¿No es esto suficiente?

Tomad de nuevo vuestro corazón, y veréis como todo se os tornará dichoso. Soy joven, soy bella, y os amo con toda verdad.

El caballero estaba admirado. La baronesa disponía ya de la voluntad del señor de Ibo.

—Es preciso que volváis á tener corazón. Hacedlo así. Os lo ruego. Volved á decirme que me amáis.

## VIII

El caballero salió de casa de la baronesa sumamente agitado. Sus ojos centelleaban; sus movimientos eran nerviosos. Cuando llegó á su morada bajó al jardín y se puso á remover la tierra hasta que dió con el arca que encerraba su corazón.

La cogió, la llevó á su habitación y la estuvo contemplando por largo tiempo sin atreverse á abrirla. Al fin hizo saltar la tapa, y abriendo él mismo su pecho con sus manos, agitadas por el temblor y la fiebre, tomó el corazón, gritando:

—¡Vuelve á mi seno, puesto que ella lo desea!

El sacudimiento fué tremendo. El joven no pudo menos de comprimir su pecho por temor de que saliera otra vez el corazón. Un instante después todo cambió para él. Reía nerviosamente y sus ojos derramaban lágrimas abundantes. Se le figuró que iba á morir. Abrió precipitadamente la puerta para llamar á su criado, que apareció inmediatamente.

—¿Qué pasa, señor?—preguntó el doméstico viendo el estado en que se hallaba su amo.—¿Qué pasa?

—Nada, amigo mío, sino que soy demasiado dichoso. Tú me estimas, ¿no es verdad?

—Sí, señor; sí.

—¿Me amas también?

—Lo sabéis perfectamente, sin necesidad que os lo diga.

—Es que ahora, como estás viendo—dijo el señor de Ibo, respirando fatigosamente,—es que ahora tengo necesidad de ser amado! ¡Yo amo á todo el mundo, á todo!

Y llegando hasta el criado, lo abrazó.

—Pero... señor .. ¿Habéis perdido el juicio?

—¡No, no! ¡Es que he recobrado mi corazón!...

El caballero salió de su habitación y echó á correr hacia la casa de la baronesa.

El criado, no comprendiendo nada de lo que pasaba y temiendo que algún mal hubiera acaecido á su dueño, salió detrás de él. Pero por mucho que corría, más corría el caballero de Ibo.

A cien pasos de la morada de la baronesa de los Angeles, nuestro héroe encontró un tumulto de gente que obstruía el paso. En medio de aquel bullicio había un carricoche parado, y las voces dominaban la agitación general.

Había ocurrido un accidente, y al enterarse de él el caballero de Ibo cayó desvanecido.

Su criado se llegó á él, lo recogió en el momento mismo en que caía y le hizo conducir á su casa. No daba la menor señal de volver en sí.

Se envió á llamar al médico. Este le examinó y movió tristemente la cabeza.

No bien hubo abierto el caballero los ojos, cuando ordenó que se fuera en busca de la baronesa.

—¿Padecéis alguna enfermedad crónica?—le preguntó el médico.

—Sí, del corazón.

—Debéis ser muy sensible, sin duda.



—¿Estoy gravemente enfermo?

—No, pero ¿á quién esperáis?

—A una mujer.

—¿Os ama?

—¡Oh! ¡sí, doctor!

—Está bien. Reposad un poco hasta que venga.

. . . . .  
El médico salió de la habitación y aguardó en la antesala á la baronesa.

No tardó ésta mucho en aparecer. Venía pálida y conmovida.

—¿Qué ocurre?—preguntó

—¿Vos amáis á ese caballero, señora?—le dijo el doctor.

—Sí, lo amo.

—¿Lo conocéis hace mucho tiempo?

—¿Y á qué vienen esas preguntas?

—Es que no puedo menos de creer que algo extraordinario ha ocurrido en su vida.

—¿Luego está enfermo?

—De mucha gravedad. Pero por favor, señora, respondedme. ¿Vos sabéis algún incidente de la vida del señor de Ibo?

—Sí, lo sé, doctor.

La baronesa se lo contó entonces todo.

—Pues bien, señora—dijo el médico...—no puedo consentir que entréis en la habitación del señor de Ibo.

—¡Y por qué, Dios santo!

—Porque su amigo le ha devuelto al caballero de Ibo su corazón; pero se lo ha devuelto gastado, un corazón que ha sufrido mucho. Tiene una aneurisma y la primera emoción que sufra le matará.

—¡Dios mío, cuán desgraciada soy!—exclamó la baronesa.

.....  
En aquel momento mismo se escuchó la voz del caballero que decía:

—¡Baronesa, entrad, os lo suplico!

¿Qué fuerzas humanas pueden detener á la mujer que oye una súplica semejante.

Abrió la puerta y corrió al lado del enfermo.

El caballero extendió hacia ella los brazos, gritando:

—¡Cuán buena sois!

Luego se dibujó en su rostro una sonrisa gratísima y dejó caer la cabeza exhalando un suspiro. Había muerto.

—¿No os lo había dicho?—dijo el doctor, colocando la mano de la baronesa sobre el pecho del caballero de Ibo.

Con efecto, aquel singular corazón había dejado de latir. Se hubiera dicho, sin embargo, que el caballero sólo estaba dormido. Tal era lo apacible de su rostro, la dicha y la tranquilidad que demostraba.

.....

---

## IX

La baronesa, anciana ya y bella todavía, cuenta la historia del arca de plata, mostrando el arca donde se conservan algunas flores secas.

Hay quien asegura que la baronesa está demente y que su locura data de un grave padecimiento moral que sufrió en su juventud.

Como complemento de la historia que narra la baronesa con la mayor lucidez, añade siempre estas palabras:

—Lo mismo que acaeció al caballero de Ibo, pasará á todos los que quieran contravenir las leyes de la Naturaleza y oponerse á la voluntad de Dios, pues si hubiese juzgado que los mortales necesitaban tener dos corazones, ó no tener ninguno, lo hubiera hecho así antes que dar uno sólo á cada hombre.

FIN DE «EL ARCA DE PLATA»





# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
I.—El capitán.....	5
II.—Perro-Negro .....	12
III.—La marca negra.....	18
IV.—El baúl misterioso.....	23
V.—El asalto.....	29
VI.—El mapa de Flint.....	35
VII.—Aparece Juan Silver.....	42
VIII.—Otra vez Perro-Negro.....	47
IX.—Los escrúpulos del capitán.....	53
X.—Camino de la isla.....	58
XI.—El complot.....	64
XII.—Partida desigual.....	71
XIII.—En la isla.....	77
XIV.—Las primeras víctimas.....	83
XV.—Ben Gunn.....	89
XVI.—Habla el doctor.....	95
XVII.—El señor de proa.....	102
XVIII.—Muerte de Redruth.....	107
XIX.—Bandera blanca.....	111
XX.—Las condiciones.....	116
XXI.—El asalto.....	122
XXII.—La canoa de Ben Gunn.....	127

	<u>Págs.</u>
XXIII.—A merced de la corriente.....	131
XXIV.—A caza de <i>La Hispaniola</i> .....	136
XXV.—Jim, capitán.....	139
XXVI.—Lucha á bordo.....	143
XXVII.—Desorientado.....	151
XXVIII.—En la boca del lobo.....	156
XXIX.—Destituído y repuesto.....	162
XXX.—El doctor.....	167
XXXI.—En busca del tesoro.....	172
XXXII.—El espectro de Flint.....	177
XXXIII.—La caverna.....	182
XXXIV.—Silver desaparece.....	188
—————	
EL ARCA DE PLATA.....	195

Nº 57 16 B

EL DINAMITERO

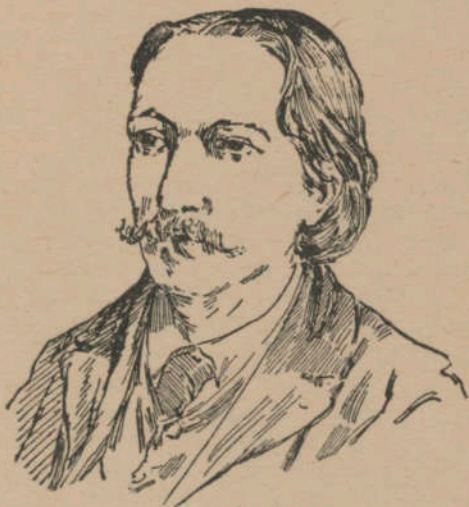




ROBERTO STEVENSON

---

# EL DINAMITERO



*Traducción de Fermín Casas Gancedo.*

---

**LA NOVELA ILUSTRADA**

Oficinas: Olmo, 4.

MADRID



EL DINAMITERO



A. BARRAL Y CA  
Editores

# **El dinamitero.**

---

## I

### EN EL DESPACHO DE TABACOS

En la gran ciudad de las sorpresas, en la Bagdad de Occidente, ó con más exactitud, en la acera Norte de la Plaza Leicester, de Londres, dos jóvenes de veinticinco á ventiséis años se encontraron por primera vez después de largos años de separación.

Uno de ellos, acicalado y vestido á la última moda, no acababa de reconocer á su antiguo compañero en su maltratado y roído traje.

—¿Pero eres tú Pablo Somerset?—exclamó.

—El mismo—contestó el otro—ó á lo menos lo que de él queda después de algún tiempo en que he aprendido lo que es pobreza y pleitos. Tú, en cambio, Challoner, siempre el mismo; puedo decirte sin hipérbole que el tiempo ni siquiera ha iniciado una sola arruga en tu frente pura.

—No es oro todo lo que reluce—replicó Challoner.—Pero mira, aquí estamos interrumpiendo el paso á estas señoras y no me parece este lugar adecuado para confidencias. Vámonos á otro sitio más reservado.

—Si me quieres seguir—le dijo Somerset,—te convido á fumar el mejor cigarro de Londres.

Y cogiendo á su compañero del brazo sin hablar una palabra llegaron en pocos minutos á la puerta de un establecimiento en la calle Rupert.

En la puerta, como en todas las de su clase, había una estatua de madera que trataba de representar un gigantesco escocés, digna de figurar en un museo de antigüedades por su extravagante tallado. En el escaparate lleno de pipas, tabaco y diferentes clases de cigarros, se leía en letras doradas, pegadas en el cristal: «Cigarrería Bohemia de T. Godhall». El interior de la tienda no era grande pero sí cómodo y elegante, y el dueño amable, fino y complaciente. Los dos jóvenes entraron, compraron los puros deseados y tomando cómodamente asiento en los divanes de terciopelo gris que adornaban el interior de la tienda, empezaron á cambiar impresiones.

—Aquí me tienes,—dijo Somerset—hecho un abogado. Pero la Providencia y los procuradores no me han querido presentar aún la oportunidad para hacerme célebre. Una selecta sociedad en el Cheshire Cheese ocupaba mis noches; las tardes las pasaba generalmente en este diván, como podrá atestiguar Mr. Godhall y en cuanto á las mañanas he tomado la precaución de acortarlas en lo posible no levantándome hasta las doce. De esta manera gasté en poco tiempo, aunque muy agradablemente, lo confieso con orgullo, mi pequeño patrimonio. Desde esa época un caballero, que no tiene otros méritos que el de ser hermano de mi madre, me pasala miserable suma de diez chelines semanales y si ahora me ves á la luz de los faroles de mi barrio favorito fácil te será adivinar que poseo una fortuna.

—No me lo hubiera imaginado—replicó Chaltoner.—Entonces no cabe duda que ibas á casa del sastré cuando nos encontramos.

—Es una visita,—dijo el otro sonriendo,—que me

he propuesto aplazarla. Mi fortuna tiene sus límites. Es de, ó mejor dicho, era esta mañana de cien libras esterlinas.

—Hombre que coincidencia más extraña—exclamó Challoner.—La misma suma es la que á mí me queda.

—No tienes más tú, Challoner, tú que pareces Salomón en toda su gloria.

—Ni más ni menos querido, es todo lo que me queda fuera de lo que ves que llevo encima; escasamente me queda en mi armario un par de pantalones decentes. Si supiera cómo, desde este mismo momento me ponía á trabajar en algún negocio. Creo que con cien libras de capital se puede empezar á abrir camino un hombre.

—Puede ser—dijo Somerset—lo difícil es ver qué es lo que yo puedo hacer con mi capital, y añadió dirigiéndose al cigarrero: usted que es un hombre de experiencia, ¿qué puede hacer un joven bien educado con cien libras esterlinas? ¿En qué las puede emplear?

—Eso depende de usted—dijo el comerciante dando una chupada á su cigarro filipino.—El poder del dinero es un artículo de fe en el que soy escéptico. Cien libras esterlinas, con dificultad pueden alcanzar para vivir un año; un poco más difícil todavía es gastárselas en una noche, y lo más sencillo del mundo perderlas en cinco minutos jugando á la Bolsa. Si es usted de los hombres de suerte, lo mismo da un penique que cien libras; si no, tan inútiles son cien libras como un penique. Cuando yo me encontré en la calle, tenía la fortuna de poseer algunos conocimientos. Sabía distinguir un buen puro de otro malo. ¿Y usted, señor Somerset, sabe usted alguna cosa? ¿Es usted algo?

—Yo, ni siquiera soy abogado.

—Esa contestación es digna de un sabio—replicó Mr. Godhall.—¿Y usted, caballero—continuó dirigiéndose á Challoner;—ya que es usted amigo del señor Somerset, me puedo permitir hacerle la misma pregunta?

—Pues yo—contestó Challoner—juego al tresillo muy pasablemente.

—No lo dudo, caballero; pero puedo asegurarle que en Londres hay más gente que juegue bien al tresillo, que no que tenga sus treinta y dos dientes. El tresillo lo conoce todo el mundo; es tan necesario para la educación de un caballero, como el respirar. Recuerdo de uno que decía estudiaba para Canciller de Inglaterra. No le faltaba ambición, ¿eh? Pues sin embargo, me parece menos ambicioso que el pretender hacerse una posición jugando al tresillo.

—Pobre de mí—dijo Challoner;—estoy viendo que no tendré más remedio que resignarme á ser un humilde obrero.

—¿Resignarse á ser un pobre obrero?—exclamó Mr. Godhall.—De manera, que según usted, un cura de aldea que colgara los hábitos, ¿se tendría que resignar si lo hicieran comandante? ¿Tendría también que resignarse un capitán retirado á quien de golpe y porrazo le hicieran magistrado? ¡Qué cosas tiene usted! La ignorancia de la clase media en Inglaterra, me sorprende. Fuera de ella, le parece que todo el mundo es ignorante, todo igual, tododegradado; pero ante el ojo del observador aparecen ordenados en jerarquías respectivas y apropiados conocimientos y aptitudes. A causa de las deficiencias de su educación, está usted más cerca de gobernar un reino que de sobrellevar las faenas de un obrero. El abismo es inmenso, señor mío, y las verdaderas artes, únicas que se encuentran libres de la irrupción obrera, son las que dan su título al artista.

—Qué fatuo es este tipo—dijo Challoner acercándose al oído de su compañero.

—Enormemente fatuo—contestó Somerset.

En aquel mismo momento se abrió la puerta de la cigarrería y penetró otro joven que, un tanto abochornado, compró tabaco. Era más joven que los otros dos, sencillo, apuesto; un tipo completamente inglés, un buen mozo en toda regla. Llenó su pipa, se sentó en el diván y se presentó á Challoner diciendo:

—Soy Desborough.

—Desborough, en efecto, ¿qué haces por aquí?

—¿Que qué hago? En realidad, nada.

—¿Nada? ¿Has heredado? ¿Eres rico?

—Lejos de eso;—exclamó Desborough con aire de descontento.—Al contrario; estoy buscando algo en qué poder ocuparme.

—Pues estás como nosotros,—dijo Somerset—Y qué, ¿tú también posees cien libras?

—No tengo ni eso.

—¡Qué espectáculo tan triste, señor Godhall!—dijo Somerset.—Aquí tiene usted tres jóvenes completamente inútiles.

—Consecuencia lógica de la época pletórica en que vivimos—añadió el estanquero.

—Niego—replicó Somerset—que vivamos en una época pletórica. Confieso, y esto es un hecho, que yo soy inútil, que éste lo es, que los tres somos completamente inútiles. ¿Qué soy yo? Nada. Empecé la carrera de derecho, después la de filosofía, tanteé las matemáticas, la geografía, hasta la misma astronomía, y aquí me tienen ustedes recorriendo las calles de Londres tan inservible é inútil como un recién nacido. Profeso á mi tío materno un olímpico desprecio, pero no puedo negar que sin él me volatilizara en el espacio como una mezcla inestable. Em-

piezo á convecerme de que es necesario saber algo á fondo, aunque no sea más que literatura. Sin embargo, señor mío, creo que el hombre es la manifestación de la época en que vive, que posee una gran cantidad de conocimientos variados; siempre está en su sitio, conoce la vida en todas sus fases y es imposible que esta gran práctica de la existencia sea infructuosa. Yo me considero un hombre de mundo en toda la extensión de la palabra. Y vosotros también, ¿no es así?

—Claro está—contestaron ambos.

—Pues bien, Sr. Godhall, aquí nos tiene usted á los tres sin una ocupación con que podamos contar, colocados en el centro del universo (llamemos así á la calle Rupert), en medio de esta masa de gente y rodeados del continuo repiqueteo del oro, que tanto circula en esta parte de la superficie terráquea. Como hombre civilizado, díganos: ¿Qué hacemos? A ver, ¿á qué periódico está usted suscripto?

—Al mejor que se publica en el mundo: al *Standard*.

—Muy bien—dijo Somerset agitando en su mano el periódico.—Aquí tienen ustedes la opinión universal; aquí está lo que la humanidad desea, lo que ambiciona, todo. Veamos: *Pildoras de Morriison, El escándalo de la semana, Se necesita...* No es eso. *Se ofrecen...* Tampoco. ¡Ah! ¡Sí! «*Doscientas libras de recompensa. Se darán á la persona que dé informes y detalles de un hombre que anduvo ayer por los alrededores de Green Park. Señas personales: más de seis pies de altura, exageradamente ancho de espaldas, bigote negro, abrigo de piel de foca.*» Aquí lo tienen ustedes, caballeros; si no hemos encontrado una fortuna, nos encontramos, á lo ménos, en camino de hacerla.

—¿Pero qué es lo que dices?—interrumpió Cha-



lloner.—¿Pretendes que nos convirtamos en policías secretos?

—No es que lo pretenda, no, señor. Es que se impone; el mundo nos lo ordena; es lo lógico, lo razonable, lo que debemos hacer—agregó Somerset.—Tenemos todo lo que hace falta para ser un buen policía. Nuestras maneras, nuestro conocimiento del mundo, nuestros conocimientos generales, nuestra conversación; tenemos todo lo que hace falta para hacer un policía modelo. En una palabra: creo que es la profesión más á propósito para unos caballeros como nosotros.

—Me parece un tanto exagerada tu proposición—dijo Challoner—pues siempre me ha parecido ese oficio el más bajo, el más despreciable y el menos apropiado para caballeros.

—¿Cómo?—replicó Somerset.—¡Defender á la sociedad, poner en peligro su vida por los demás, desenmascarar el crimen! Apelo al Sr. Godhall. Por su manera filosófica de ver las cosas de la vida, creo nos podrá decir algo sobre estas opiniones. El sabe muy bien que el policía está constantemente en peligro de afrontar grandes contratiempos, y que, aunque peor equipado que el soldado y sirviendo á una causa menos simpática que la del militar, es un héroe más admirable que éste. ¿Y se te ocurre á tí suponer que hay general en el mundo que en momento alguno exija de sus soldados la conducta de cualquier policía?

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?—dijo Challoner.

—Ni hace falta. Se acabó. Está decidido—exclamó Somerset.—¿Para qué nos sirven estas manos? ¿Para qué esta cabeza? Nada, ya está decretado; á cazar al infame del abrigo de pieles.

—Supongamos que estamos conformes—añadió

Challoner.—No tenemos ni idea, ni plan, ni conocimiento de lo ocurrido. ¿Por dónde empezamos?

—Parece mentira, Challoner de mi alma, que profeses la doctrina del libre albedrío. ¿Tan desprovisto estás de la menor tintura filosófica para que todavía te atrevas á machacar sobre esos anticuados sofismas? La fortuna, la virgen ciega de los paganos, es la que gobierna este gran manicomio terrenal, y en la fortuna pongo toda mi confianza. La fortuna es la que nos ha traído aquí; cuando nos vayamos á separar, siguiendo diferentes caminos, la fortuna conducirá nuestros pasos y presentará ante nuestros ojos, no solamente el hilo por el que podamos sacar el ovillo en cuestión, sino de infinidad de misterios de que vivimos rodeados. Y ahora llegan las pesquisas del hombre de mundo, del policía de nacimiento, del policía por educación. El ovillo que todo el mundo ve delante de sí sin comprenderlo, el hombre de mundo lo coge con la rapidez del gato, lo hace suyo, busca y rebusca en su interior, y de un accidente fortuito cualquiera adivina un mundo.

—Exactamente—le dijo Challoner—y mucho cerebro que reconozcas esas aptitudes en ti mismo. Pero en cuanto á mí, me juzgo incapaz de hacer todo eso que acabas de exponer. Yo, ni he nacido ni me han educado para ello. En cambio, siento otras inclinaciones y me dominan otras necesidades; la sed, por ejemplo, y necesito á toda costa echar un trago. En cuanto á lo de desenmarañar ovillos y meterme en aventuras, creo que ya me he de ver en algo por el estilo, pero será, probablemente, con el usurero y el Juzgado.

—Esas son tonterías—exclamó Somerset.—Lo que acabas de decir no es sino el secreto de la inutilidad de tu vida; pero el mundo hierve en aventuras, te rodean en la calle, te llaman desde las ventanas, por

acá estafadores que te han conocido en sitios donde no has estado nunca, timadores de todas raleas y clases. Pero no; esto hay que dejarlo á un lado; nosotros tenemos que escoger otro camino, buscar algo más grave. Yo os suplico que la primera aventura que se os presente la agarréis de firme, y sea lo que fuere, terrorífica ó romántica, no la soltéis. Yo os prometo hacer lo mismo, y creo que conseguiremos divertirnos. Después, por turno y aquí mismo, vendremos á narrar la historia de nuestra fortuna á nuestro filosófico y común amigo, el gran Godhall, aquí presente, que desde hace rato me está escuchando con gran alegría interior. ¿No es así? Pues bien, hecho el pacto. ¿Os comprometéis los dos formalmente á seguir la primera aventura que se os presente, á meteros en ella de cabeza, á escudriñar, observar y trabajar todo lo que esté de vuestra parte y llevarla hasta el fin? Andad, animáos; yo os abriré el camino que conduce á la hermosa profesión de la intriga.

—Yo, por mi parte, no puedo hacer gran cosa; pero ya que lo temas en serio, sea—dijo Challoner.

—Por lo que á mí toca—añadió Desborough—prometido queda; pero á mí, ¡qué diablos me ha de suceder.

—Sois unos descreídos—les contestó Somerset.—Pero en fin, tengo ya vuestra palabra, y noto que el Sr. Godhall se está recreando interiormente. ¿No es cierto?

—Sí que lo es—replicó éste con su calma y finura de costumbre—y espero pasar unos ratos deliciosos con los relatos de sus aventuras.

—Y ahora, caballeros, separémonos; estoy impaciente por colarme de rondón en el camino de la fortuna. ¡Escuchad! En este rincón del mundo, tan tranquilo al parecer, Londres se agita en el fragor

de la batalla; el destino de cuatro millones de almas está aquí concentrado. El trofeo de doscientas libras esterlinas me lanza á la pelea.

## II

## EL ESCUDERO DE LAS DAMAS

Eduardo Challoner había alquilado en Putney, en las afueras de Londres, un gabinete y una alcoba, donde gozaba de la tranquilidad de aquel barrio y de las simpatías de los demás inquilinos de la casa. Al día siguiente de lo que narrado queda, muy de madrugada se dirigía nuestro héroe á sus lejanos lares. Este elegante joven aborrecía los ejercicios corporales; le fastidiaba el andar; los ómnibus y los tranvías le encantaban. En otro tiempo hubiera tomado un coche; pero en las actuales circunstancias le estaba prohibido semejante lujo, y haciendo de tripas corazón hubo de decidirse á hacer á pie la larga caminata.

Era en pleno verano; el tiempo sereno y despejado; y á medida que avanzaba por las silenciosas calles, el fresquecillo del amanecer desaparecía y los rayos del brillante sol de Julio empezaban á matizar de dorados reflejos los tejados de la ciudad. Nuestro joven iba andando sumido en la abstracción más profunda; pensando amargamente en algunas malas jugadas de tresillo, y á medida que avanzaba por el laberinto de calles del Suroeste, su oído se acostumbraba al silencio. Casa tras casa, calle tras calle, tienda tras tienda, todo cerrado, todo muerto; sólo oía sus propias pisadas resonar sobre las losas de las açeras á medida que avanzaba por entre aquellas

avenidas que parecían un campamento abandonado.

—Si yo fuera—dijo para su capot—como ese alacado de Somerset, este sitio me parecería el más apropiado para escenario de una aventura. Aquí precisamente en que en pleno día las calles están tan muertas como en la más cruda noche de Enero, y en donde, en medio de más de cuatro millones de almas, se encuentra uno tan solo como en las selvas del Yucatán. Si empezara á gritar y á llamar gente podría reunir aquí en un momento más que el ejército más numeroso, y, sin embargo, la misma tumba está tan silenciosa como esta ciudad dormida.

Seguía haciéndose estas reflexiones cuando se internó por una calle de diferente aspecto que las anteriores. Hotelitos rodeados de verjas y verdura alternaban con tristes y mezquinas viviendas; aquí, una vaca de escayola, insignia de una lechería; más allá, un pedazo de cartón clavado en una puerta anunciando la industria del inquilino. Challoner se paró delante de una casita rodeada de un jardín y se puso á contemplar un gato que jugueteaba con una pajita. Al cesar el ruido de sus pasos el silencio se hizo absoluto. La casita parecía inhabitada y podía decirse que á su alrededor la máquina de la vida se había parado. Tan profundo era el silencio, que Challoner se imaginaba oír la respiración de los durmientes que por todas partes le rodeaban.

En aquel momento, una detonación seca y penetrante se oyó dentro de la casa, seguida de un monstruoso silbido y de un ruido que parecía el hervir de una inmensa cadera; un humo espeso y nauseabundo salió por todas las hendiduras de puertas y ventanas. El gato, dando un maullido, desapareció como alma que lleva el diablo.

Dentro se oyeron pasos agitados por la escalera; la puerta de la calle se abrió, dando salida á una bo-

canada de humo, y dos hombres, seguidos de una joven elegantemente vestida, se precipitaron á la calle y emprendieron rápidamente la fuga. Todo ruido había ya cesado, el humo se desvanecía en el aire y Challoner permanecía clavado en el sitio en que le sorprendió la explosión. De repente, la razón y el miedo despertaron en él al mismo tiempo, y con extraordinaria energía echó á correr vertiginosamente. Poco á poco fué cediendo en su ímpetu veloz hasta recobrar la marcha ordinaria, y empezó á reflexionar sobre lo ocurrido. Pero aquel estampido que había herido sus oídos, el hedor en que se había encontrado envuelto, los fugitivos que había visto salir de la casa, todo ello era para él un misterio de solución superior á su fuerza adivinadora. En medio de su terror daba vueltas en su imaginación á los sucesos que le habían sorprendido mientras seguía andando por las enmarañadas calles, de nuevo silenciosas y tranquilas, ya alumbradas por los primeros rayos del sol naciente.

En su rápida carrera había recorrido calles sin ton ni son y había ido á parar á un sitio para él desconocido. En aquel momento se encontraba á la entrada de una calle con jardines y arbolado en el centro y se internó en ella, buscando instintivamente un rincón diferente á los demás de aquel barrio, y siguió meditando y andando, con la mirada fija en el suelo, hasta dar con una pared que le cerraba el paso. Se había metido en una calle sin salida. Pero no era él el primer madrugador que se había perdido en aquel sitio; al levantar la cabeza quedó sorprendido al encontrarse con una joven, que en seguida reconoció ser la misteriosa fugitiva que había visto salir de la casa después de la detonación. Allí había ido á parar ciegamente, al parecer, en su veloz carrera, y al dar con la pared que le intercepta-

ba el paso, rendida, sin aliento, sin fuerzas ya, se había desplomado en el suelo en medio del polvo del camino. Los dos se vieron en el mismo momento, y ella, lanzándole una mirada feroz, se puso de pie de un salto y empezó á alejarse rápidamente del sitio donde había sido sorprendida.

El asombro de Challoner era doble al encontrar de nuevo á la heroína de esta aventura y notar el terror que su presencia le causaba. La lástima y el temor se apoderaron de su ánimo con iguales fuerzas, y, sin poderlo remediar, se sintió impulsado á emprender la persecución de la joven. Con objeto de no asustarla más empezó á seguirla procurando no hacer ruido; pero, á pesar del cuidado que en ello ponía, no pudo evitar que sus pisadas resonaran en la silenciosa calle. En cuanto notó que la seguían paró de repente. Por segunda vez empezó á correr, y otra vez volvió á pararse, giró sobre sus talones y con paso decidido y ademán de atrayente candidez se acercó al joven, el cual siguió avanzando con marcadas muestras, más que de timidez, de verdadera angustia.

Cuando sólo les separaban tres ó cuatro pasos miró abiertamente á Challoner, y alargándole las dos manos con elocuente gracia le dijo:

—Caballero, ¿es usted inglés?

El pobre muchacho la miró consternado. Era de esos caracteres excesivamente corteses y atentos, y se hubiera avergonzado de faltar á los deberes que la buena educación impone para con el sexo débil; pero por otra parte era refractario á toda aventura amorosa. Miró á uno y á otro lado, pero las casas que presenciaban el encuentro permanecían obstinadamente cerradas y se convenció que ninguna intervención humana le sacaría del compromiso en que se encontraba. Fijó la vista en ella y vió con

rabia que era encantadora, esbelta, elegante, una señorita distinguida, una joven inocente, angustiada y llorosa, perdida en aquel barrio de la gran metrópoli.

—Señorita—le dijo—le aseguro á usted que no hay motivo alguno para que tema mi intrusión; si parece que la sigo á usted, la culpano es mía, sino la de esa calle sin salida que nos ha engañado á ambos.

—Hubiera debido figurármelo—exclamó visiblemente tranquilizada con las palabras del joven.—Mil gracias. A estas horas de la mañana, en medio de este espantoso silencio, rodeada de tantas ventanas que parecen espían y escudriñan mis movimientos, me siento aterrorizada, ¡perdida, perdida! —gritó palideciendo súbitamente.—Le ruego á usted que por favor me de el brazo—añadió en suplicante y cariñoso tono. No me me atrevo á seguir sola; estoy nerviosísima: ¡que susto tan atroz! ¡qué conmoción tan fuerte he sufrido! ¡Por Dios, le pido no me deje usted sola, acompáñeme!

—Señora mía—replicó Challoner—estoy completamente á sus órdenes.

Se cogió á su brazo, y apoyándose en él empezó á sollozar amargamente; de repente se rehizo, y á toda prisa echó á andar, arrastrando consigo á su acompañante.

De todo lo que en limpio podía sacarse de este obscuro misterio, era que el terror que dominaba á la joven era cierto. A medida que avanzaban no cesaba de mirar á uno y otro lado, como si presintiera que la espíasen. Temblaba como si estuviera bajo la impresión febril del calenturiento, y se agarraba con tenacidad al brazo de su compañero. Challoner no sabía qué pensar, ni qué hacer. El terror de la joven se le había contagiado y sentía



indomable repugnancia por su situación. No veía el momento de salir del apuro.

—Señorita—le dijo de repente.—Siempre tengo un verdadero placer en acompañar á una dama, y me siento orgulloso en poderle ser útil en algo, pero mis quehaceres me llevaban en una dirección completamente opuesta á la que llevamos, y desearía explicar á usted que...

—Silencio, por Dios, aquí no—interrumpió entre sollozos.

Si no hubiera sido por las circunstancias en que la conoció, la detonación, el humo fétido, la huída, la hubiera tomado por una loca, pero no cabía pensar tal; se encontraba enfrente de un misterio. Siguieron andando con velocidad, cada vez mayor, comunicándose y aumentando á cada paso el pavor que les dominaba. Paulatinamente fueron amenguando la velocidad y la fiebre terrorífica disminuyendo por grados, la joven dejó de mirar y atisbar á todos lados, y Challoner conoció que podía razonar sin desvario, en cuanto vió al final de la calle la silueta de un policía.

—Si no me equivoco—dijo á su compañera, como si siguiera una conversación ya empezada—me parece que fué usted la señorita á quien ví salir precipitadamente de un hotelito, seguida de dos caballeros.

—¡Oh! No tema usted herirme con sus palabras. Es verdad; usted me vió salir huyendo de una casa vulgar, y mis compañeros ni eran ni tenían la facha de caballeros. Lo mejor en las actuales circunstancias es ser franco.

Animada con estas palabras siguió diciendo:

—«Me parece que también me rodeó una atmósfera pestilencial y penetrante, al mismo tiempo que un gran ruido que no sé á qué comparar...

—¡Silencio! Por Dios, no llame usted al peligro. Espere, espere usted un poco, y cuanto salgamos de este barrio y estemos fuera del alcance de todo espía, le explicaré lo que sucede. Hasta entonces no hablemos más de ello: silencio, se lo suplico, y cambiando de tono como quién recita—continuó.— Todo duerme, todo reposa; corazón, duerme también.

—Parece que es usted un tanto romántica, señorita.

—Más que romántica—contestó, dando un profundo suspiro.—Soy una muchacha condenada á pensar como una vieja; y tan perversa es mi suerte, que este paseo, apoyada en el brazo de un extraño, no es mi vida, sino un pequeño entreacto de tranquilidad.

A todo esto ya habían llegado cerca de la estación Victoria, y al doblar una esquina la joven se paró, se despendió del brazo de su caballero, quedó indecisa por un momento, y apoyando su enguantada mano en el brazo de Challoner, le preguntó en tono cariñoso y melifluo:

—Tiemblo de horror al considerar lo que pensará usted de mí, y, sin embargo, todavía no sabe usted nada. Tengo que separarme de usted en este momento, pero le ruego que me aguarde aquí mismo. No me siga usted ni trate de espiar mis actos, y no se aventure á formar juicios prematuros sobre una muchacha tan inocente como pueda serlo su propia hermana. Sobre todo, no me abandone usted en estas circunstancias. Me ve usted afligida y llena de tristeza, le creo á usted un caballero bondadoso y cortés, y cuando le imploro á usted tenga unos minutos de paciencia, lo hago con la seguridad que ya me ha concedido de antemano ese favor.

Challoner, aunque no de muy buena gana, acce-

dió, y la joven, lanzándole una mirada de agradecimiento, dobló la esquina y desapareció. Las protestas de su inocencia no habían hecho gran mella en el ánimo del acompañante, porque no sólo no tenía hermanas, sino que ni siquiera parientes femeninos en grado alguno. A los pocos momentos de encontrarse solo, el hechizo que desde hacía algunos momentos le dominaba empezó á desaparecer, consideró su situación un tanto ridícula, y revelándose contra sus promesas, se lanzó en seguimiento de la joven. Las tabernas en las cercanías de las estaciones suelen ser las primeras que se abren al comercio diurno, y en una de ellas vió Challoner entrar á su encantadora compañera. Decir que le sorprendió sería demasiado exagerado, pues ya se había desprendido de este sentimiento; pero un asco y un disgusto indescriptibles se apoderaron de su alma, y blasfemando en su interior maldijo del hada que en tal situación le había puesto. A los pocos momentos la puerta de la taberna se abrió y salió la joven seguida de un muchachote de aspecto rústico y bajo. Por su manera de accionar se conocía que la conversación era animada y de vital interés para ambos. Al poco rato el joven volvió á meterse en la taberna, y ella, al notar que Challoner la estaba observando, se dirigió á él con paso más que ligero. La vió acercarse, elegante, esbelta, con movimientos en que retrataba el vigor y la juventud. Pensó salir huyendo para alejarse de tanto misterio que repugnaba á su carácter; pero á medida que su encantadora compañera se acercaba, notaba que una fuerza superior, que tenía mucho de curiosidad, le mantenía clavado en aquel punto. Su hermosura, y más que su hermosura, su gentileza, le retenían. Si hubiera sido una mujer vulgar, hacía rato que hubiera desaparecido de la escena; pero ante aquella mujer que, á pesar de todo,

era innegablemente una señorita, se encontró completamente desarmado y aguardó. En la misma esquina en donde se había puesto á espiarla, se reunieron, y lanzándole una mirada severa, le dijo:

—¡Qué ruin, que poco noble es usted!

A pesar de la rapidez del ataque, el escudero de las damas pudo hacerse dueño de sí mismo y contestó con aplomo:

—Señorita, no creo que tenga usted razón en quejarse de falta de generosidad. He consentido que me lleve usted de un lado para otro, haciéndome rodar por medio Londres, y si ahora le suplico á usted me dé libertad para retirarme y dejar de ser su preceptor, es porque ya veo tiene usted amigos que me reemplazarán gustosos.

Permaneció silenciosa unos momentos, y luego replicó:

—Está bien; retírese usted y que Dios me saque de este apuro. Ha encontrado usted una pobre inocente que huía de una terrible catástrofe, perseguida por criminales, y ni la lástima, ni la curiosidad, ni el honor tienen fuerza para esperar á que llegue la explicación de sus desgracias. ¡Váyase; Dios mío, estoy perdida!

Y haciendo un gesto de desesperación, echó á correr á lo largo de la calle.

Challoner la vió alejarse y desaparecer sin saber qué creer de su posición: si cómplice de un crimen ó víctima de un engaño. Pensó, sin embargo, que había sido poco justo con ella, que estaba lejos de haberse portado con toda la caballerosidad y nobleza que otro hubiera desplegado en tales casos, y sin darse cuenta empezó á andar en la misma dirección que la fugitiva, y al doblar la esquina la vió que seguía andando con paso menos fuerte, insegura, como abrumada. De repente alargó los brazos como si

andara á tientas, se inclinó en la pared, vaciló un instante y cayó al suelo. Ante este espectáculo, Challoner no pudo contenerse, y velozmente se dirigió á ella. En un momento llegó á su lado, y quitándose el sombrero por primera vez, hizo mil protestas de respeto, manifestándole el decidido deseo que tenía de ayudarla en lo que sus medios le permitieran. No parecía que la joven se enteraba de sus palabras hasta que, poco á poco y como reflexionando, dió á comprender que entendía sus palabras; se levantó y envolvió á su acompañante en una mirada, mitad de reproche, mitad de agradecimiento.

—¡Señora, por Dios, disponga de mí como guste!

Y de nuevo, pero ya con marcas de mayor deferencia é interés, le ofreció su brazo. Se cogió de él, lanzando un profundo suspiro que llegó al fondo del alma del joven, y siguieron vagando por las desiertas calles. La emoción parecía haber hecho gran impresión en ella, sus piernas empezaron á flaquear, y á cada paso se apoyaba con mayor fuerza en el brazo de su acompañante, que, inclinando la cabeza, la miraba con innegables marcas de simpatía y cariño. Su decaimiento físico parecía no hacer mella alguna en su alma fuerte y bien templada, y Challoner no podía menos de admirar la fortaleza de espíritu al oírla reanudar con voz animada la conversación anterior.

—Olvidemos lo pasado; á lo menos por media hora permítame olvidar lo pasado—exclamó la muchacha, que parecía borrar con las palabras el recuerdo de los sucesos anteriores.

Se iban parando delante de todas las casas y se complacía en inventar el nombre del inquilino ó propietario, y describía su carácter:

—Aquí—decía la joven—vive el anciano general con quien me iba yo á casar el 5 del mes próximo;

esta otra es la morada donde reside la opulenta viuda que se había enamorado de Challoner.

Así seguía con cháchara alegre, cogida del brazo de su acompañante. Sus espontáneas carcajadas resonaban agradablemente en los oídos del joven.

— ¡Ah! — exclamó nuestra heroína á modo de comentario. — En una vida como la mía, tengo que aprovecharme de las ocasiones que se me presentan para poder tener un poco de felicidad.

Cuando al cabo de su perezosa marcha llegaron á la cabecera de la Plaza Grosvenor, estaban abriendo las puertas del parque, y la pareja de trasnochadores tuvo ocasión de entrar á gozar de aquel paraíso de verdura. Challoner y su gentil compañera anduvieron un rato en silencio, codeándose con los grupos de mendigos que invadían el parque á esas horas, después de haber pasado la noche en los quicios de las puertas ó andando y desandado las aceras de las calles de la ciudad. Todos iban buscando un banco donde reposar unas horas, y al poco rato nuestra pareja era la única que en la soledad matinal recorría las avenidas del fresco parque.

A poco de andar encontraron un banco libre, como incrustado en un seto de ramaje. La joven se paró, miró á su alrededor y exclamó:

— Aquí; por fin encontramos un sitio donde no nos molesten los curiosos. Aquí le contaré á usted mi historia y me juzgará. Me martirizaba la idea de que se separara usted de mí creyendo que había sido usted galante y bondadoso con una persona indigna de ello.

Se sentó é hizo señas con la mano para que Challoner lo hiciese también á su lado, y como quien cumple un deber agradable, dando las mayores muestras de alegría, comenzó á narrar su historia en estos términos:

## III

## EL ÁNGEL EXTERMINADOR

Mi padre nació en Inglaterra, era hijo de un se-  
gundón de una antiquísima y gran familia; pero por  
su culpa ó por su desgracia se vió obligado á emi-  
grar de su país natal y á cambiar de nombre. Se fué  
á los Estados Unidos, pero en lugar de quedarse á  
hacer la vida afeminada de las grandes ciudades, se  
dirigió al lejano Oeste con una partida de explora-  
dores. Era un viejo de extraordinarias condiciones.  
No sólo era valiente é impetuoso de carácter, sino  
muy entendido en ciencias, sobre todo en botánica,  
á lo que siempre se dedicó con ahinco y verdadera  
afición. Todo esto hizo que á los pocos meses, el  
mismo Fremont, el jefe nominal de la expedición,  
se doblegara ante sus opiniones, y no determinaba  
nada sin el asentimiento de mi padre. Como he di-  
cho, siguieron hasta las entonces desconocidas re-  
giones del Oeste. Durante algún tiempo siguieron  
la huella de las caravanas de los mormones, marca-  
das por los esqueletos y huesos de animales y hom-  
bres que habían dejado la vida en aquel vasto y me-  
lancólico desierto. Después se dirigieron un poco  
hacia el Norte, separándose de la ruta de tan tristes  
recuerdos y penetraron en un país de horrible y  
desesperante soledad. Recuerdo haber oído muchas  
veces contar á mi padre las impresiones de aquellas  
jornadas: peñascos, rocas escarpadas y ciénagos  
pestilentes, no había otra cosa. De tarde en tarde, á  
enormes distancias, se encontraba algún miserable  
arroyuelo, y ni un pájaro, ni un ser viviente respi-

raba en aquel aterrador silencio. A los quince días se encontraron conque ya no tenían provisiones y acordaron esparcirse en todas direcciones por si encontraban algo que cazar. Encendieron una gran hoguera para que les sirviera el humo de gu a é indicara el punto de reunión, y montando en sus respectivos caballos y cada cual en una dirección, se lanzaron á la ventura por el desierto que los rodeaba.

Mi padre siguió durante muchas horas un camino bordeado de un lado por a tos cantiles, y por el otro el lecho seco de un torrente lleno de inmensos cantos rodados que parecían restos de una ciudad destruída. Por fin encontró la huella de un animal de gran tamaño que, á juzgar por las marcas de las garras y algunos pelos que vió entre las zarzas enredado, debía ser el terrible y colosal oso gris, no raro en aquellas regiones. Espoleó su caballo, y siguiendo el pedregal o camino, llegó al fin á la división de dos vertientes. Hasta donde alcanzaba la vista, el paisaje seguía siendo tan intrincado y difícil por la gran cantidad de rocas amontonadas, sólo á alguna distancia se veía el terreno salpicado con algunos pinos, que, á no dudar, indicaban la existencia de agua en las cercanías. Otra vez hizo sentir sus espuelas á su jaco, y confiando en la certeza de su rifle, avanzó solo por aquel horripilante desierto.

En medio de aquel gran silencio pudo percibir distintamente el ruido del agua corriente á poca distancia, á su derecha, y dirigiéndose en esa dirección vió una escena de lo más patética y asombrosa que imaginar se puede. El arroyuelo corría en lo más profundo de un angosto y sinuoso pasaje y como aprisionado entre dos murallas de roca, innecesibles de todo punto en una gran extensión. Sólo los rayos del sol del medio día podían llegar hasta ella



abajo, y el viento, encajonado en aquella especie de túnel, soplabá con ímpetus de huracán. Sin embargo, en el fondo de aquel antro, é inmediatamente debajo del sitio en que mi padre estaba, vió, al inclinarse en el cantil, un grupo como de unos cincuenta hombres, mujeres y niños tumbados entre las incómodas rocas. Los unos estaban echados de espaldas, otros inclinados contra las rocas, inmóviles todos. Sus caras eran de una palidez cadavérica y llevaban el sello de extenuación y el hambre; de vez en cuando un lastimoso quejido llegaba del fondo á los oídos de mi padre.

En aquel momento un viejo se dirigió, dando traspiés, á una joven que estaba recostada en una roca, se desembozó de una manta en que estaba envuelto y tapó con ella á la muchacha, que pareció no darse conciencia del acto. El anciano la miró con lástima y cariño, y con paso vacilante volvió á su primitivo sitio y se tendió sobre las rocas. En medio de aquel campamento de miseria y hambre, no había pasado desapercibida esta escena. Un hombre de barba blanca, de venerable aspecto, que era de los más separados del grupo, se incorporó, y arrastrándose en silencio por entre los durmientes, se acercó á la muchacha y con cobarde egoísmo le quitó las mantas que le envolvían y volvió á su puesto á prepararse una cama más cómoda; se arropó lo mejor que pudo, miró á su alrededor con gran cautela y con rapidez metió la mano en el pecho y de allí á la boca. El movimiento de sus mandíbulas indicaba que comía; en aquel campamento del hambre, en medio de sus compañeros que yacían extenuados, impotentes casi para moverse, aguardando la muerte, aquel egoísta había escondido sus provisiones y restauraba secretamente sus fuerzas.

La indignación de mi padre al ver esta escena fué

tal, que se echó el rifle á la cara para asestar un balazo á aquel miserable; pero la casualidad hizo que no le dejara seco en el sitio. ¡Cuán diferente hubiera sido entonces mi historia! Pero estaba escrito. Al levantar el rifle percibí al oso trepando por entre unas rocas á poca distancia de él. Cediendo á sus instintos de cazador, dejé al cobarde egoísta y disparé sobre el oso. El animal pegó un salto y cayó al torrente. El tiro retumbó en el desfiladero y, como por encanto, todos se incorporaron, y lanzando gritos que apenas parecían humanos, arrastrándose los unos, bamboleándose como borrachos los otros, tropezando y dándose empujones, aquel grupo de hambrientos se abalanzó á la presa, y antes que mi padre, que se descolgó por el borde, tuviera tiempo de llegar al nivel del agua, ya muchos de ellos habían empezado á satisfacer su hambre con la carne cruda del plantigredo, y ya ardía una hoguera donde los más delicados se preparaban á asar su ración.

Al principio la presencia de mi padre pasó desapercibida, y andaba por entre aquellos pálidos y vacilantes fantasmas sin que en él fijasen su atención. Toda su alma, todos sus ojos, estaban en el cuerpo destrozado del oso; hasta los que estaban tan débiles que no podían moverse de su sitio, tenían la cabeza inclinada y la vista clavada en aquellos despojos ensangrentados. Mi padre, al encontrarse en medio de aquella lúgubre algazara como si fuera una cosa invisible, sintió una pena tan profunda, una congoja tan honda, que rompió á llorar. Un golpecito en el brazo le hizo volver la cabeza y se encontró frente á frente con el anciano al que tan poco había faltado para matarle. Al fijarse bien en él, reconoció que no era un anciano como él se había figurado, sino un hombre en la plenitud de su vida, de aspecto fuerte é inteligente, pero señalado con las

huellas del hambre, del cansancio, de la extenuación.

Se llevó á mi padre hasta un sitio retirado, y allí, en voz muy baja, le pidió aguardiente. Mi padre le lanzó una mirada de desprecio y le dijo: «Me está usted pareciendo el sér más ruín que he visto. Aquí tengo este frasco con lo suficiente para revivir á las mujeres que vienen en su compañía, y empezaré por la que usted tan canalla y cobardemente la despojó de sus mantas». Y sin hacer caso de sus súplicas se alejó del egoísta. La muchacha permanecía inmóvil sobre su lecho de rocas, indiferente á todo, casi moribunda, sin que el bullicio y la algazara que le rodeaban pudiera hacer mella en su decaído espíritu. Cuando mi padre la incorporó con cuidado, y poniéndola el frasco en la boca la obligó á tragar algunas gotas de aquel líquido reconfortante, levantó lánguidamente los párpados y le saludó con una débil sonrisa. Jamás había visto mi padre una sonrisa de dulzura tan inmensa, jamás unos, ojos de un hermoso obscuro azul, habfan expresado tan elecuentemente la gratitud de un alma. Si se lo afirmo así, es porque conozco esos ojos, que fueron los primeros que me sonrieron en la cuna. Cuando hubo amparado á la que después había de ser su mujer, siguió prestando sus socorros á las otras mujeres y repartió las últimas gotas entre los hombres que juzgó más extenuados. El de la barba gris, con marcada envidia, le seguía todos pasos.

—¿Hay algo para mí? ¿No queda ni una gota?—preguntó á mi padre.

—Ni una sola gota—le contestó.—Si tiene usted necesidad, le aconsejo que meta la mano en sus bolsillos, que algo encontrará.

—¡Ah!—dijo el otro.—Usted se equivoca y me juzga mal. Usted cree que yo soy de los que se aga-

rran á la vida por egoísmo y por consideraciones vulgares. Permita usted que le diga que aunque todos los de esta caravana murieran, no perdería nada el mundo con ello. Estos que usted ve no son sino insectos humanos que andan pululando como las moscas por las ciudades europeas y á los que yo mismo he sacado de la degradación, de la miseria, de la taberna, del éstercolero, de... ¡Y compare usted su vida con la mía!

—¿Usted es sin duda un misionero mormón?

—¡Ah!—replicó el de la barba sonriendo extrañamente.—¡Misionero mormón si le parece á usted! No hago caso de títulos. Si no fuera más que eso, me hubiera resignado á morir sin lanzar una queja; pero en mi vida de médico he adquirido el convencimiento de grandes secretos y del porvenir de los hombres, y ahora, al perdernos del resto de la caravana, errantes, sin alimento, en este desolado país, me he conmovido tanto, que hace cinco días esta barba de plata era de brillante ébano.

—Y usted es médico—dijo mi padre mirándole fijamente—y usted es el que tiene la obligación de socorrer á la humanidad doliente.

—Caballero—replicó el mormón—yo soy Grier-son; ya tendrá usted ocasión de volver á oír mi nombre, y comprenderá que mi obligación no era la de asistir á esta caravana de miserables, sino que me debía á la humanidad en general.

Mi padre, dirigiéndose al resto de la partida, que ya estaba suficientemente reanimada para que le pudiesen escuchar, les dijo: si se llegan ustedes á ver otra vez á tal extremo busquen á su alrededor y encontrarán con que la Naturaleza les proveerá de víveres. Aquí mismo, entre las hendiduras de las rocas, crece un musgo amarillento, que os aseguro es un excelente alimento.

—¿Conoce usted la botánica?—preguntó el doctor Grierson.

—Y usted también la conoce—contestó mi padre bajando la voz—y si no que lo diga el musgo que ha sido arrancado de esta misma roca. ¿Es verdad? ¿No era esta su despensa secreta?

Cuando mi padre, guiado por el humo de la hoguera, volvió á reunirse con sus camaradas, les encontró con una buena ración de caza; les contó lo sucedido y les convenció que debían asistir y socorrer á la caravana de mormones, lo que hicieron con gusto, y al día siguiente todos unidos siguieron la marcha, dirigiéndose hacia las fronteras de Utah. El camino que les quedaba que recorrer no era mucho, pero la naturaleza de aquellas regiones y la dificultad de procurarse víveres retardaron la marcha y les hicieron invertir cerca de tres semanas en hacer el recorrido. Durante este tiempo pudo mi padre con calma apreciar el carácter de la joven á quien había socorrido la primera, á Lucía, nombre que daré á la que un día habría de ser mi madre. En cuanto al apellido, no quiero decirlo, pues sé que le es á usted bastante conocido. No me detendré á contar á usted cómo por una serie de fatales calamidades una señorita inocente, encantadora, educada, de maneras nobles y gusto refinado, se vió mezclada á los honores de una caravana de Mormones. Basta decirle que, afortunadamente en medio de estas desesperantes circunstancias, encontró un corazón digno del suyo. La vehemencia del amor que unió á mis padres quizá fuese en gran parte debida á la originalidad de su encuentro; locamente enamorados, mi padre determinó renunciar á todas sus ambiciones, abjuró de su religión, y al cabo de una semana se separó de los suyos, aceptó la doctrina mormónica y recibió la promesa de la mano de mi

madre tan pronto como la caravana llegase al Lago Salado. Se casaron y yo fui el único fruto de aquel matrimonio. Los negocios de mi padre prosperaban rápidamente, y aunque su nueva religión se lo permitiera, fué siempre fiel á mi madre, su única mujer, y me atrevo á asegurar que aquella tierra donde ví la luz y pasé mi niñez no había familia más feliz y dichosa que la nuestra. A pesar de nuestra gran riqueza se nos trataba con cierto despego, y los más puritanos y devotos nos consideraban como medio creyentes y medio herejes. El mismo Young, el formidable tirano, se sabía que miraba de mala manera las riquezas de mi padre, pero todo esto pasaba para mí desapercibido. Yo, por mi parte, permanecí en el régimen mormón con la mayor inocencia y buena fe. Muchos de nuestros amigos, siguiendo la costumbre mormónica, tenían varias mujeres, lo que me parecía tan natural como el mismo matrimonio. De vez en cuando desaparecía uno de nuestros ricos conocidos, se deshacía la familia, sus bienes y sus mujeres se repartían entre los pastores de la iglesia y su memoria olvidada después de cuatro suspiros y otras tantas sacudidas de cabeza. Algunas noches, sentados alrededor del fuego, mis padres, sin fijarse en mi presencia, solían sacar esa conversación. Les veía acercarse, mirar á su alrededor con ojos asustados, y en voz baja, contarse cómo alguno de sus amigos, rico, honrado, sano, en la plenitud de su vida, alguno que pocos días antes me había tenido sentado en sus rodillas, había desaparecido de repente, como se desvaneciese la imagen de un espejo sin dejar la menor huella tras sí. En verdad que era horroroso, pero tal es esa ley universal que llamamos muerte. A veces cuando se animaba la conversación oía entre murmullos hablar de los ángeles exterminadores, pero yo, pobre chiquilla, qué había de

comprender de esos misterios... oía hablar del ángel exterminador con el respeto con que oyen los chicos del campo en Inglaterra hablar de un obispo sin meterme en más informaciones. La vida, tanto en la naturaleza como en la sociedad, se basa en espantosos cimientos; pero yo que me veía rodeada de florecientes jardines en medio del desierto, caminos francos y seguros, gente piadosa que acudía al templo llena de fervor, convencida de la ternura de mis padres, mimada por ellos con todos los lujos necesarios, ¿cómo había de buscar la solución de estos misterios si todo me parecía honrado, natural y agradable?

Durante largo tiempo vivimos en la ciudad, pero más adelante nos fuimos á una preciosa quinta situada en un hermoso valle lleno de verdura, surcado por un alegre riachuelo y rodeado por todas partes en un espacio de veinte millas por un desierto de rocas áridas, lúgubres y emponzoñadas. Estábamos á unas treinta millas de la capital con la que nos unía la única carretera que había en aquellos contornos y que terminaba á la puerta de nuestra casa; las restantes vías de comunicación eran algunos caminos de herradura intransitables en la mayor parte del año. Es imposible que un europeo conciba soledad semejante. Nuestro único vecino era el Dr. Grierson. Acostumbrada á ver á aquellos jefes de la iglesia, con sus cabelleras mugrientas, las sotabarbas abandonadas y acompañados de las idiotas mujeres de sus harems; las correctas maneras del viejo doctor, su limpieza, su bien cuidada barba blanca y sus bien peinados cabellos, llamaban á mis ojos la atención. Sin embargo, y á pesar de ser el único sér humano con quien nos tratáramos, nunca pude vencer un ligero sentimiento de miedo que su presencia me infundía; y este temor seguía alimentado por la tétrica

soledad en que vivía y la obscuridad y misterio en que estaban envueltas sus ocupaciones. Su casa distaba de la nuestra un par de millas escasas, pero ocupaba una posición muy diferente; estaba enclavada en la cima de una escotadura dominando el camino y como plantada en medio de unos peñascos que parecían iban á desplomarse en el abismo. Parecía que la Naturaleza se había complacido en imitar la obra de algún ingeniero militar al rodear á aquella vivienda de rocas que simulaban glacis, tarraplenes y murallas. Ni siquiera la primera podía cambiar en lo más mínimo aquella escena de desolación y soledad, aquellas ventanas blanqueadas con una lechada de cal dominaban la llanura cercada al Norte por la fría y pedregosa sierra. Algunas veces al pasar por cerca de aquella triste mansión, siempre cerrada, siempre triste, ni una señal de vida había hecho á mis padres la pueril indicación de que algún día sería robada.

—No, hija mía, no, que has de ser robada—me dijo mi padre en un tono que indicaba la convicción de lo que afirmaba.

Por último y no mucho antes de que sucediese la desgracia que afligió á mi desgraciada familia, tuve ocasión de ver la casa del doctor bajo un nuevo aspecto. Mi padre se encontraba en cama y como mi madre no podía separarse de su cabecera, me ví obligada á ir con el carretero de casa á la ciudad á recoger algunos encargos que allí dejaban para nosotros. El caballo había perdido una herradura, la noche nos cogió á medio camino, y ya serían las tres de la madrugada cuando el carretero y yo solos en nuestro carromato pasábamos precisamente por la parte del camino que quedaba bajo la casa del doctor. Hacía una hermosa noche de luna, claramente se veían los cántiles y las rocas en su triste desnu-



dez; pero la casa en su alta estación de vigía, no solamente estaba alumbrada como para un festival dejando escapar de cada hueco brillantes haces de luz, sino que de la gran chimenea en el extremo Oeste del tejado salían con fuerza enormes bocanadas de espeso humo, tan abundante y negruzco, que ocupaba una extensión de varias millas en el tranquilo aire de la noche, dejando sobre el brillante alcalí de las rocas como un camino de ancha sombra.

A medida que nos íbamos acercando, distinguimos claramente un sonido regular y acompasado, como los latidos, ó mejor dicho, como los resoplidos de la respiración fatigosa de algún enorme ciclope aplastado entre las rocas, buscando anhelante oxígeno para sus enormes pulmones. Había oído hablar del tren, que en mi vida había visto, y quise preguntar al carretero si se parecía á lo que oíamos, pero la expresión de espanto en su mirada y la palidez de su rostro contuvieron mi pregunta. Continuamos avanzando, hasta llegar muy cerca del bajo de la resplandeciente habitación. De repente, y sin que el menor crujido nos previniera de nada, un enorme estampido sacudió la tierra, y el eco, resonando como el de un inmenso trueno, fué retumbando por los desfiladeros y repercutiendo por entre las rocas. Una columna de amarillenta llama salió de la chimenea, elevándose en el espacio y salpicando los alrededores de millones de chispas; la luz de las ventanas apareció por un momento de un subido color rojo rubí, é instantáneamente la casa volvió á quedar sumida en la obscuridad y el silencio. Instintivamente el carretero paró; todavía se oía á lo lejos retumbar entre los montes el eco del estampido, cuando oímos en el interior de la casa unos gritos, unos alaridos imposibles de distinguir si eran de hombre ó de mujer; la puerta se abrió de par en par, y á la



luz de la luna vimos que salía, dando gritos de dolor, una figura humana vestida de blanco, que daba saltos, se tiraba por el suelo, daba vueltas y hacía contorsiones como si fuera la agonía de un loco desesperado. Yo ya no pude contenerme, y rompí á llorar y gritar espantada; el carretero arreó al caballo desesperadamente y emprendimos, con peligro de nuestras vidas, una rápida carrera por aquel difícil camino, y así seguimos hasta que al dar la vuelta á la montaña distinguimos la casita de mi padre, rodeada de jardines y verdura.

Esta fué la primera aventura de mi vida, precisamente en la época en que mi padre había llegado al colmo de su prosperidad material. Tenía yo por entonces diez y siete años, y era tan inocente y tan alegre como un niño de cinco. No me ocupaba si no de cuidar mi jardincito ó corretear por las lomas vecinas, sin saber lo que era coquetería ni presunción, y si alguna vez mis ojos se fijaban en mi imagen reflejada en los remansos del riachuelo, era para reconocer en ella las facciones de mis padres. Por aquel entonces los temores que habían acometido á los otros, empezaron también á atormentarme. Una tarde bochornosa y nublada en que me encontraba tumbada en un diván de la galería, las ventanas completamente abiertas, mi madre á mi lado bordando en su bastidor, llegó mi padre y profundamente emocionado dijo:

—Llegó la hora.

Mi madre hizo un brusco movimiento, pero no articuló una sílaba.

—Sí—continuó.—Hoy he recibido el inventario de todo lo que poseo; la lista de todo lo que he dicho; de todo lo que he prestado á personas que tenían los labios sellados por el terror; de todo lo que he enterrado con mis propias manos en lo más re-

cóndito de las montañas y en momentos en que no me veía ni un pájaro que surcara el cielo. ¿Cuenta el aire los secretos? ¿Son los montes de cristal? ¿Las piedras que pisamos, conservan la huella de nuestros pies para traicionarnos? ¡Oh, Lucía, Lucía, maldita la hora en que vinimos á este país!

—Pues todo esto—replicó mi madre—no tiene nada de nuevo ni de amenazador. Sin duda te han acusado de algún encubrimiento, de cualquier tontería con el objeto de hacerte pagar mayor contribución ó de echarte una fuerte multa. Es muy desagradable, en efecto, que todos nuestros actos, hasta los más privados, sean espiados de esa manera, pero en este país no tiene nada de extraño ni de nuevo. ¿No hemos vivido siempre desconfiados y temerosos, y hemos visto espías hasta en las hojas de los árboles?

—¡Hasta de nuestra misma sombra!—exclamó mi padre,—pero eso no es nada. Aquí tienes la carta que he recibido con las listas.

Mi madre hojeó los papeles y permaneció silenciosa algún rato.

—¡Ah, ya veol—dijo al fin, y continuó como si leyera.—De un creyente como vos, con quien la divina Providencia ha sido tan generosa colmándole de riquezas y bienes terrenales, la Iglesia espera en secreto alguna caridad como marca de su acrisolada piedad y fervor religioso. Esto es lo que te asusta. ¿No es verdad?

—Esto mismo. Acuérdate, Lucía, de Priestly.—Dos días antes de desaparecer me llevó á la cima de una colina desde donde veíamos á diez millas á la redonda un sitio solitario donde nadie pudiera oírnos y espiarnos, y lleno de espanto, aterrorizado, me contó lo que le pasaba. Había recibido una carta como ésta, y quería que le aconsejara antes de contes-

tar. El estaba resignado á ofrecer la tercera parte de sus bienes. Yo le aconsejé que si tenía su vida en algo, diera dos terceras partes, y eso es lo que ofreció. Pues bien: dos días después había desaparecido de las calles más céntricas de la ciudad y desaparecido para siempre. ¡Dios mío, Dios mío! ¿De qué artes se valen, qué clase de muerte dan, que no deja el menor de los rastros? ¡Este cráneo, estos brazos, este esqueleto que tantos años resiste en la misma tumba y que ante ellos desaparece sin dejar ni polvo! ¡Qué hacen de uno, Dios mío! ¡Esto es tan aterrador como la misma muerte!

—¿Tienes alguna esperanza en Grierson?—le preguntó mi madre.

—Ninguna. Ya sabe todo lo que le he podido enseñar, y no hará nada por salvarme. Además, su poder es muy limitado, y quizás, esté tan en peligro como yo, porque él también vive aparte; ha dejado á sus mujeres abandonadas y desatendidas; se le cita á menudo como descreído, y como no tenga compra su seguridad por algún horrendo precio... pero no, no debo pensar eso; no le tengo mucho cariño, pero no debo pensar eso de él.

—¿Creer qué?—y cambiando de tono continuó mi madre.—¡Decidámonos, Abimelech; no nos queda otro recurso que la huída!

—Es inútil; sería envolveros á vosotras en mi desgracia. Abandonar este país es imposible; estamos tan atados á él como á nuestra propia vida; no hay otra salida sino la tumba.

—Entonces no nos queda más recurso que la muerte—añadió mi pobre madre.—Muramos, pues, juntos. No consientas que Asenath y yo te sobrevivamos. ¡Considera lo que sin tí nos espera!

Mi desgraciado padre apenas si podía dominar su emoción, y aunque sin la menor esperanza consin-

tió en abandonar todas sus posesiones, conservando algunos cientos de pesos que había en la casa y emprender la fuga aquella misma noche, que se presentaba obscura y nublada. En cuanto los criados se hubiesen dormido, cargaríamos dos mulas con provisiones, en otras dos montaríamos mi madre y yo, y con toda la rapidez que permitían aquellos caminos saldríamos huyendo en lucha por la libertad y la vida. Cuando decidieron este plan me acerqué á ellos, confesé que sabía todo y que podían confiar en mi prudencia y reserva. No tenía más temor que el de parecer indigna de mi raza, y cuando mi padre, besándome con ternura, los ojos arrasados en lágrimas, bendecía al cielo por haberle dado una hija tan valerosa, sentí esa mezcla de alegría y orgullo que domina á los guerreros en la pelea, y me deleité en pensar en los peligros de la huida.

Antes de la media noche, bajo un cielo encapotado y negruzco nos hallábamos á larga distancia de los plantíos del valle, é íbamos remontando un desfiladero estrecho, bordeado de enormes peñascos, donde resonaba con furia el eco producido por las agitadas aguas de un tumultuoso torrente. El ruido constante de las cataratas nos ensordecía, y apenas si veíamos otra cosa que las blancas sábanas de espuma de las cascadas que nos mandaban como nubes de tamizada agua, por entre las que caminábamos en silencio. La senda terminaba en un despeñadero que conducía á los desiertos, cuya entrada estaba defendida por un terrible guardián: el hambre. Aquel camino hacía tiempo había sido abandonado por otras rutas menos peligrosas, y aquella parte del mundo ya hacía muchos años que no había sentido pisadas humanas. Al volver de repente el ángulo que hacían unas rocas cortadas á pico, juzgue usted cual no sería nuestra desesperación al

ver una brillante hoguera-debajo de una roca, en la cual estaba toscamente dibujado con carbón el gran *Ojo Abierto*, emblema de los mormones. A la claridad de la hoguera nos miramos consternados sin pronunciar una palabra, y mi madre empezó á llorar con gran congoja. Instintivamente volvimos grupas dejando que el *Gran Ojo* mormón vigilara el desfilaro, y deshicimos el camino andado. No había aún amanecido cuando ya estábamos de vuelta en nuestra casa irremisiblemente condenados.

Nunca supe qué fué lo que mi padre contestó á la carta, pero dos días después, poco antes de la puesta del sol, ví que un hombre de no mala apariencia se dirigía á nuestra casa galopando entre nubes de polvo. Estaba vestido con un traje que no ocultaba ser de confección casera, un ancho sombrero de paja cubría su cabeza; su larga barba le daba cierto aire patriarcal, y en conjunto tenía todas las trazas de un sencillo labrador. Era un mormón honrado y fervoroso, descontento de la comisión que le traía, pero ni él ni otro alguno en Utah tenían el valor de desobedecer. Con marcadas señales de desconfianza se dió á conocer por Mr. Aspinwal, y penetró en el cuarto en que se hallaba reunida mi desgraciada familia.

Mi madre y yo nos retiramos, y en cuanto se encontró solo con mi padre sacó del bolsillo una firma en blanco del presidente Young y le manifestó que escogiera uno de los servicios que se le exigían: ó ir de misionero á las tribus del Mar Blanco ó incorporarse al día siguiente á una partida de Angeles Exterminadores para la matanza de sesenta emigrantes alemanes. Esto indudablemente no podía aceptarlo y lo primero era un simple pretexto. Aun cuando consintiera dejar á su mujer y á su hija abandonadas é indefensas y fuese á catequizar nue-

vas víctimas para la tiranía que á él tanto había oprimido, nunca le consentirían en volver. Así, pues, rehusó ambas proposiciones, y Aspinwall no pudo disimular la emoción y manifestó la lástima que le causábamos, parte por desobedecer las órdenes de la religión, parte por la triste suerte que nos esperaba. Suplicó á mi padre que lo pensara antes de decidirse, y como vió que mi padre no cejaba en su opinión, le dijo que le daba de tiempo hasta que saliera la luna para que arreglase sus asuntos y se despidiese de nosotros, porque—dijo—al fin y al cabo no tiene usted más remedio que venir conmigo.

No quiero pensar en lo que pasó después. A la claridad de la luna vimos á mi padre y á Mr. Aspinwall alejarse el uno al lado del otro en sus respectivas cabalgaduras. Mi madre, en el colmo de la desesperación, se encerró en su cuarto, y yo al verme solo en medio de la obscuridad de mi casa, me apresuré á ensillar mi jaca india para seguir á la pareja y poder dar desde lejos un adiós más á mi pobre padre. Los dos jiretes habían salido á un regular paso, pero como yo me apresuré no podían llevarme gran ventaja y pronto llegué á la loma que dominaba aquella gran extensión de terreno. Mi asombro no tuvo límites cuando me convencí de que persona humana se distinguía en aquellos contornos. La noche era clarísima; sin embargo, en todo lo que alcanzaba mi vista, no se veía ni un árbol, ni un matorral, ni una granja, ni un cuadro de terreno cultivado. La única evidencia de la presencia del hombre en aquella extensión era la casa del doctor, medio escondida entre las peñas, como asomándose al abismo desde la cima de las escarpadas rocas, teniendo el obscuro azul del cielo con un penacho de espeso y negro humo. No me era posible concebir

qué clase de combustible podían producir un vapor tan denso y tan pausado, ni qué especie de hornos largarlo tan copiosamente; lo único que de cierto sabía era que provenía de la chimenea, para mí tan conocida. También sabía de cierto que mi padre había desaparecido ya, y no sé por qué lógica se me ocurrió que su pérdida tenía alguna relación con la madeja de sucio humo que serpenteaba por entre las pedregosas colinas.

En vano esperamos días tras días recibir noticias de la suerte de mi padre; pasó una semana, luego otra; nada pudimos saber.

En los veinte minutos que yo tardé en arreglar y ensillar el caballo, aquel hombre sano y fuerte, en la plenitud de su vida, había desaparecido de repente sin dejar rastro ni huella, como se desvanece una imagen de un espejo, como el zig-zag de un relámpago en la bóveda celeste. La poca esperanza que nos quedaba la íbamos perdiendo de hora en hora. Mi padre había sido víctima de una de las más calamitosas desgracias, y su desamparada familia no tenía ante sí sino un porvenir tenebroso y lúgubre.

Sin muestras de debilidad, con una calma estoica de la que, cuando recuerdo el pasado, me asombro y maravillo, la viuda y la huérfana esperaron largo tiempo. El último día de la tercera semana, al levantarnos por la mañana nos encontramos completamente solas en la casa; todos nuestros criados, como obedeciendo á una orden, habían partido. Tristes comentarios hicimos de esta huída general, y las conclusiones no podían ser más aterradoras para nosotras. El día transcurría sin otra novedad, cuando á la caída de la tarde salimos precipitadamente á la terraza atraídas por el ruido de pisadas de un caballo.

Era el doctor que, á caballo, atravesaba el jardín;



echó pie á tierra al llegar á la casa y nos saludó amablemente. Me pareció más envejecido, mucho más cano, pero, como siempre, atento, correcto y de aire bondadoso.

—Señora—dijo, dirigiéndose á mi madre,—una importante comisión me trae á su lado, en la que no podemos menos de reconocer una distinción é inmerecida merced de parte de nuestro presidente, pues ha tenido la deferencia de escoger como embajador á su único vecino y al amigo más antiguo de su marido en todo Utah.

—Caballero—replicó mi madre —lo único que me interesa, lo único que deseo es que sea el mejor que es de mi marido. ¿Qué sabe usted? Hable.

—Señora mía—siguió el doctor, acercando una silla y sentándose cerca de mi madre,—si fuera usted una niña ó una mujer vulgar mi situación ahora sería de lo más embarazosa y difícil; pero usted es una mujer de gran inteligencia, de gran carácter y de mucho corazón; así, pues, sólo le diré que gracias á mí he logrado que le concedieran á usted estas tres semanas que acaban de pasar para que usted misma sacara la solución y aceptara de buen grado lo que es de todo punto inevitable. Creo, señora, que más palabras serían supérfluas y que ya me ha comprendido.

Mi madre, desencajada, lívida como un cadáver, temblando como un azogado, me cogió de la mano, apretándome hasta hacerme gritar, y exclamó:

—Habla usted á un sér que no oye; si así es, nada tengo que ver con recados ni comisiones, sólo pido al cielo la muerte; ahora mejor que luego.

—¡Por Dios! cálmese usted; aleje por un momento todo recuerdo de su difunto esposo y hágase con fuerzas para pensar en su porvenir y en el de esta pobre joven.

—¡De mi difunto esposo!...—interrumpió mi madre anegada en lágrimas.—Luego usted sabe, está usted seguro.

—Seguro, señora.

—Seguro, seguro—repetía mi madre dando gritos de dolor.—Usted fué quien lo mató, usted. Quiero desenmascararle aunque me cause horror y repugnancia. ¡Sí, usted es ese demonio que el pobre fugitivo ve en sus pesadillas; usted, sí, es el infame ángel exterminador!

—Bueno, señora, sí que lo soy. ¿Qué de extraño tiene? ¿Mi destino y el de ustedes no es acaso el mismo? ¿No somos todos prisioneros en esta fuerte cárcel de Utah? ¿No han tratado ustedes de huir y el *Ojo Abierto* les contuvo en el desfiladero? ¿Quién puede escapar á su vigilancia, siempre alerta, de Utah? Por mi parte, confieso que no puedo. Las obligaciones más duras, las comisiones más repugnantes, me las han echado encima, pero ninguna tanto como la última; y, sin embargo, si yo me hubiera negado á ello, ¿se hubiese salvado su marido? Hubiéramos muerto los dos sin que ni siquiera me quedara el recurso de aliviar sus últimos momentos, consolarle en lo posible y, lo que es más todavía, encontrarme como hoy entre su familia y la mano oculta de Brigham Young.

—¡Qué horror!—exclamé yo.—¿Pudo usted comprar la vida á tan vil é infame precio?

—Señorita, podía hacerlo y lo hice; y algún día me dará usted las gracias por lo que ahora llama bajeza. Ustedes saben muy bien que todos los bienes del Sr. Fomblaque, su padre de usted, han de ser incautados por la Iglesia, pero una parte de ellos se reserva para el que se case con una de la familia. Y esa persona, para qué tardar en decirlo, no es otro, sino yo.

Ante semejante proposición mi madre y yo nos abrazamos con fuerza y nuestros sollozos se confundieron durante largo tiempo.

—Es lo que me figuraba—continuó el doctor en el mismo tono respetuoso en que había empezado.—¿Rechazan ustedes este arreglo? ¿Quieren que las convenza? Bien saben ustedes que nunca he seguido la teoría mormónica en lo referente á la poligamia. Dedicado por completo á mis estudios he dejado que aquellas desaliñadas que se titulan mis mujeres riñan y se arañen entre ellas; yo no les he dado si no mi dinero, y esta clase de unión no era la que yo deseaba, aunque hubiese tenido el tiempo de dedicarme á ello. No, mi señora y antigua amiga—continuó el doctor haciendo una profunda reverencia,—no tema usted por lo que acabo de decir. Yo al contrario, me alegro de adivinar en usted su espíritu romano; y si ahora, al obligarle á que me siga, lo hago suplicándola que acceda, no á mis deseos, sino á mis órdenes, es porque sé que en el fondo estamos de acuerdo.

Nos indicó que nos vistiéramos de viaje y cogiendo un candil, pues ya era la noche cerrada, se dirigió á la cuadra para preparar nuestros caballos.

—¿Qué significa esto, madre? ¿Qué va á ser de nosotras?

—No sé—replicó mi madre estremeciéndose,—hasta aquí nada; pero me parece leer en sus palabras algo así como una trágica promesa. Asenath, hija mía, si muero, no olvides á tus desgraciados padres.

Seguimos hablando, encontrando todo enigmático, contradiciéndonos después; hasta que mi madre acabó por recomendarme el doctor como buen amigo.

—¡El doctor, amigo! —reliqué.—¿El hombre que asesinó á mi padre?

—No, hija mía, seamos justos. Me atrevería á jurar ante el cielo que ese hombre no tuvo la culpa de nada; y ten la seguridad, Asenath, que sólo él, puede protegerte en esta tierra de asesinatos y matanzas.

El doctor llegó en aquel momento, trayendo nuestros dos caballos de la brida, y en cuanto montamos me suplicó que me adelantara unos cuerpos de caballo, porque tenía que hablar de asuntos importantes con la viuda de Mr. Fomblanque. Cabalgaban al paso, hablando en voz muy baja. Al volver la cabeza vi á la luz de la luna que se miraban con fijeza; mi madre le tenía cogido por el brazo, y el doctor, contra su costumbre, hacía violentos gestos, no sé si de protesta ó de afirmación. Al pie de la senda que remonta el talúd de la montaña hasta llegar á casa del doctor, éste me alcanzó y me dijo:

—Aquí nos apearemos, y como su madre desea quedarse sola, usted y yo subiremos andando hasta mi casa.

—¿La volveré á ver?—pregunté temblorosa.

—Doy á usted mi palabra—replicó.—Dejaremos los caballos aquí mismo; en este pedregoso desierto no hay ladrones que temer.

Desde todos los puntos de la empinada cuesta se divisaba la casa del doctor. Una vez más ví brillar sus ventanas, otra vez arrojaba bocanadas de humo y el silencio más aterrador reinaba en aquella soledad. No se distinguía más alma viviente que mi madre, que muy despacio seguía nuestros pasos. El doctor caminaba gravemente á mi lado un tanto cabizbajo; le miré, miré á la casa, que más que habitación de una persona parecía una fragua, á juzgar por la gran cantidad de humo que de la chimenea salía, y no pude dominar mi curiosidad y pregunté:

—Por Dios, doctor, ¿qué es lo que usted fabrica en medio de este árido desierto?

Se sonrió extrañamente, me lanzó una mirada y contestó esquivando la respuesta:

—No es esta la primera vez que ve usted mi horno encendido. Una madrugada muy tempranito la ví á usted pasar en su carretón; estaba yo haciendo un experimento y me falló, y no pude evitar que usted, su cochero y el caballo se asustaran tanto de la explosión y del fantasma.

—¡Cómo—exclamé, reproduciendo en mi imaginación los gestos del grotesco aparecido,—¿es posible que fuera usted?

—Yo era, sí, y no crea usted que estaba loco, estaba sufriendo horriblemente; me había abrasado de la manera más atroz.

Ya habíamos llegado muy cerca de la casa; contra la costumbre general del país estaba hecha de piedra labrada, de una solidez á toda prueba; los cimientos, la tapia, todo de piedra; pero ni un arbuscillo, ni un pie cuadrado de hierba, ni una sola flor adornaban la casa ni sus alrededores. Encima de la puerta, y como único ornato del edificio, estaba toscamente esculpido el *Ojo mormón*. Desde mi niñez estaba acostumbrada á ver con indiferencia aquel emblema; pero desde la noche de la fuga me impresionaba mucho, y su vista me hizo temblar. El humo seguía saliendo tupido por la chimenea, enrojecida en sus bordes por el fuego, y de la esquina opuesta de la casa, cerca del nivel del suelo, salían dando fuertes resoplidos bocanadas de blanco vapor que se deshacían á la claridad de la luna.

El doctor abrió la puerta, se detuvo en el umbral y me dijo:

—Me preguntaba usted qué es lo que fabricaba aquí; dos cosas: la vida y la muerte.

Y al decir esto, con un gesto me indicó que entrara.

—Esperaré á mi madre—repliqué.

—Niña—me dijo—fijese en mí, ¿no estoy achacoso, no soy un pobre viejo? ¿Quién de los dos cree usted que es más fuerte? Ella joven y fuerte ó yo decrepito y débil?

Pasé y entré en una especie de vestíbulo ó cocina donde ardía un buen fuego. Una lámpara con pantalla alumbraba la estancia y me permitió ver la simplicidad de un mobiliario. Un aparador, una mesa bastante toscamente hecha y un par de bancos. El doctor me indicó uno para que me sentara, y abriendo otra puerta se metió en el interior de la casa, dejándome sola en la habitación.

Al momento oí el choque de unos hierros y en seguida los resoplidos que tanto me asustaron en el valle, pero ahora los sentía tan de cerca, y eran tan formidables, que me parecía hacían retemblar el edificio y que á cada sacudida la casa entera iba á desplomarse. Apenas habia tenido tiempo de dominar mi terror, cuando el doctor se presentó y casi al mismo tiempo mi madre entraba por la parte opuesta.

¿Cómo podré pintaros la alegría y la paz que reflejaba el semblante de mi madre? Parecía que sobre su cabeza habían pasado muchos años y, sin embargo, habia en ella un no sé qué de juventud y hermosura; su mirada era clara y brillante, y la sonrisa que dibujaban sus labios me llegó al fondo del corazón. Más que mujer parecía la encarnación del ángel de la ternura. Me avalancé á ella para abrazarla, pero retrocedió, llevó el índice á sus labios como imponiendo silencio y me miró con una mirada profunda, grande, extrahumana. En cambio alargó su mano al doctor como á un antiguo amigo y protector, y tan rara encontré la escena, que no pude ni sentirme ofendida.

—Lucía—dijo él—ya está todo listo. ¿Quiere usted pasar sola ó nos acompañará su hija?

—Que pasè ella también, ¡hija mía de mi alma! Ahora que me encuentro purificada y libre de toda pena y temor, con mis más puras afecciones en el corazón, quiero, no por mí, sino por su bien de usted, que lo presencie todo. Si no lo viera juzgaría mal su bondad para con nosotros.

—Madre mía—grité loca de espanto—¿qué significa esto?

Mi madre, envolviéndome en una angelical sonrisa, me hizo signo de que callara, y el doctor me mandó guardar silencio para que no la molestara más.

—Ha hecho usted una elección, señora,—añadió dirigiéndose á mi madre—que yo muchas veces he estado tentado de hacer. Los dos extremos, tiene usted razón; todo ó nada. Los términos medios, contentarse con miserables medianías, quemarse sin consumirse, en los años de mi vida he podido satisfacer mi ambición. Miró fijamente á mi madre; con admiración ó envidia, no lo sé; lanzó un profundo suspiro, é indicándonos el camino, nos llevó á otra habitación.

Era muy larga de un extremo al otro, colgaban muchas lámparas que por el cambio de intensidad y por los chasquidos y repiqueteos que producían, supe después que eran arcos voltáicos. Al extremo opuesto una puerta abierta dejaba ver una rara maquinaria, y una gran claridad, procedente de un horno, coloreaba de rojo las paredes. Las paredes estaban llenas de estantes con libros y armarios con vidrieras; las mesas llenas con aparatos para experimentos químicos; grandes retortas de vidrio brillaban á la luz de los arcos, y por un agujero practicado en el tabique de separación, pasaba una gran co-



rea ó cinturón giratorio, abrazaba unas poleas de acero, y con actividad febril y agitación mareante, hacía dar vueltas incesantes á toda una maquinaria para mí completamente nueva. En un rincón había una butaca con patas de vidrio, serpenteada por un alambre de cobre. A este sillón se dirigió decidida mi madre.

—¿Es esto?—preguntó.

El doctor afirmó con la cabeza.

—Asenath, hija mía—me dijo mi madre—en los últimos momentos de mi vida he encontrado un protector. Mírale, es el doctor Grierson. ¡En nombre del cielo, hija mía, no seas ingrata con mi amigo!

Se sentó en la butaca y empuñó las bolitas en que terminaban los brazos de la silla.

—¿Estoy bien así?—preguntó al doctor con tanta tranquilidad y tan sonriente que creí había perdido la razón.

El doctor se apoyó contra la pared y debió tocar algún botón. Sin la menor sacudida, sin que el menor gesto cruzase por su cara, se inclinó hacia atrás y quedó inmóvil, apoyada en el respaldo del sitial. Me lancé á abrazar sus rodillas; al abrazarla, sus brazos quedaron colgantes á lo largo del busto, y su cabeza, inclinándose hacia delante, quedó reclinada sobre el pecho. Su alma había volado para siempre.

No sé cuanto tiempo estuve arrodillada, llorando y besando los pies de mi madre; cuando levanté la cabeza, lo primero que ví fué los ojos del doctor fijos en mí. Me miraba, como escudriñando mi interior, con lástima, con interés, con tanta fijeza que, á pesar de lo vivo de mi dolor, me sorprendió.

—Basta de lamentaciones—dijo.—Su madre ha ido á la muerte, contenta, como fué á su boda; alegre, muriendo donde murió su marido. Ahora, Ase-



nath, hay que pensar en los vivos. Sígame al cuarto contiguo.

Le seguí como una sonámbula; me hizo sentar al lado del fuego; me hizo beber una copa de vino y empezó á recorrer á grandes pasos el piso enlozado de la habitación.

Al cabo de un rato me dijo:—Hija mía, ha quedado usted sola en el mundo y bajo la inmediata vigilancia de Brigham Young. En las circunstancias ordinarias, su suerte sería el hacer el número cincuenta de las mujeres de cualquier ignoble jefe de la iglesia, ó, como gran fortuna, pues como fortuna se considera en esta tierra obtener el favor del presidente. Tal porvenir para una señorita como usted sería peor que la muerte; es preferible morir como ha muerto su madre, que hundirse día por día en el fango de degradación en que están esas mujeres. Ahora bien: ¿es posible escaparse? Su padre de usted lo intentó; ya sabe usted lo ocurrido, y cómo un simple garabato dibujado en una roca fué lo suficiente para hacerles desistir. Lo que su padre no pudo conseguir, ¿se cree usted con fuerzas suficientes para conseguirlo, con bastante fortuna para realizarlo?»

Había seguido su conversación con emocionante atención y comprendi todo.

—Lo veo claro—exclamé.—Usted me juzga bien. Debo seguir el camino de mis padres. ¡Oh, sí; no sólo lo deseo, sino que lo ansío con toda mi alma!

—No—replicó el doctor.—Usted no debe morir. Se pueden quemar las naves defectuosas, no las perfectas. No, su madre de usted acariciaba otra esperanza; yo también. Tranquiícese usted, Ase-nath; aunque viejo no he olvidado el tumultuoso ardor de la juventud; en medio de todas mis vigi-lias tampoco he olvidado lo que es un corazón jo-

ven. La edad pide con timidez que se le eviten penas; la juventud, asiéndose á la fortuna, exige la alegría como un derecho. Nada de esto lo he olvidado; nadie como yo las ha sentido tan fuertemente; nadie como yo las ha envidiado tanto; pero las he ido posponiendo hasta que llegara su día. Escúcheme; usted se encuentra desesperada, sin más ayuda ni más amigo que este viejo investigador; viejo en astucia, joven en amor. Una pregunta sola. ¿Está usted libre de las redes de lo que el mundo llama amor? ¿Manda usted todavía en su corazón y en sus inclinaciones, ó es usted esclava de los halagos de los ojos y del oído?

—Mi corazón, creo ya habérselo dicho, lo tienen mis difuntos padres—le contesté con palabras entrecortadas.

—Está bien,—replicó.—Con frecuencia, con demasiada frecuencia desgraciadamente se me han exigido servicios como estos; nadie en todo Utah podía hacerlos también como yo, y á causa de esto he llegado á conquistarme alguna influencia, que ahora pongo á su servicio parte en memoria de mis difuntos amigos, parte por el interés que usted me inspira. Voy á enviarla á usted á Inglaterra, á la gran Londres, y allá esperará usted el marido que la tengo escogido. Es uno de mis hijos, joven todavía y no desprovisto de esa cualidad que se llama belleza y que la juventud reclama. Puesto que su corazón de usted está libre, puede usted darme la única promesa que le exijo, en cambio de todo lo que hago por usted y del peligro á que me expongo; que espere usted la llegada de mi hijo, como una honrada casada espera á su marido ausente.

Me quedé atónita. Había oído decir que en ningún matrimonio había tenido sucesión el doctor, y esto aumentaba la confusión de espíritu atribulado. Pero,

como había dicho con razón, me encontraba sola en el mundo; la idea de verme libre de un matrimonio mormón, era suficiente para que en mi corazón penetrara un rayo de esperanza y acepté, no sé con que palabras, la proposición que me hacía.

Noté que con mi asentimiento se emocionó más de lo que yo esperaba.

—Ya verá usted—me dijo,—usted misma juzgará.

Y corriendo al cuarto próximo, volvió en seguida trayendo un pequeño retrato, malamente pintado al óleo, con la figura de un hombre vestido con la moda de hacía unos cuarenta años, joven, pero en el que fácilmente se reconocía al doctor.

—Le gusta á usted—preguntó.—Este soy yo cuando joven.—Mi chico es así, pero más noble en su porte, y con una salud que los ángeles le envidiarían; inteligente como el solo, Asenath, listo como no hay otro. Creo que con dificultad se encuentra otro como él entre diez mil. Un hombre como éste, que reune las pasiones de la juventud con el dominio, la fuerza, la dignidad de la edad, un hombre bueno, completo, el prototipo de un novio que, ¿no es bastante para satisfacer la ambición de una joven? Díga usted ¿le parece poco? Y al acercarme el retrato, sus manos se agitaban temblorosamente.

Le contesté que no podía yo más, pues estaba impresionada por aquella emoción paternal, pero la sangre se me revolvió insolentemente en mis venas. Sentía horror hacia él, hacia el retrato, hacia su hijo y si en aquel momento me dan á elegir entre un matrimonio mormón ó la misma muerte, pongo por testigo á Dios, hubiera muerto sin vacilar.

—Bien está—dijo,—no me había engañado. Ahora coma porque tenemos mucho que andar.

Y al decir esto, me presentó un plato de carne y mientras yo trataba de obedecerle, salió del cuarto

volviendo al poco rato con un montón de ropa bastante pobre y deslucida, y me dijo:

—Este es su disfraz, me retiro para que se vista usted.

El vestido debía haber pertenecido á algún patán de unos quince años; me estaban tan grandes que parecía estaba metida en un saco, lo que me impedía moverme con facilidad. El pensar en la suerte del muchacho que un día viera aquellas prendas me hacía temblar á pesar de la fuerza que hacía para dominarme. Apenas había acabado de mudarme, cuando el doctor volvió á aparecer, abrió una ventana de la parte trasera, me ayudó á que saliera por ella, y me hallé asomada al abismo que formaban los cantiles. Me enseñó una escalera de hierro encajada en la roca y me dijo:

—Siga por ahí subiendo hasta el final; al llegar á la extremidad echa usted á andar siguiendo la sombra que hace el humo, hasta llegar á un desfiladero; siga usted bajando, y al final encontrará un hombre con dos caballos; obedézcale ciegamente, y sobre todo, acuérdesese de esto: ¡silencio! Todo esto que ahora pongo en movimiento á su servicio, puede con una sola palabra volverse contra usted. ¡Adiós, y que el cielo la proteja!

La ascensión era fácil. Cuando llegué á la parte más alta de las rocas, ví ante mí una vasta extensión de rocas que en declive iban hasta las montañas. Como no ignoraba que á pesar de la soledad no dejaban de ser espiados aquellos parajes, moderando mis movimientos eché á andar por la senda negra que la sombra del humo marcaba sobre las piedras. Unas veces el humo se elevaba y la sombra clareaba; otras veces el viento le hacía bajar hacia tierra y me hacía andar como entre densa niebla; sea como fuera, el hornofatídico protegió los primeros pasos de

mi fuga y me hizo llegar sin ser vista al desfiladero.

Allí encontréme con un hombre serio y taciturno, que esperaba con dos caballos ensillados, y sin hablar palabra anduvimos toda la noche por los más ocultos caminos y enrevesados vericuetos de la montaña. Un poco antes de amanecer nos refugiamos en una húmeda y lóbrega caverna que había en lo profundo de una cañada, y allí permanecimos escondidos todo el resto del día. En cuanto empezó á anochecer volvimos á emprender nuestra cabalgata, y así seguimos hasta el medio día, hora en que nos paramos á descansar en un verde prado á la orilla de un río bordeado de arbustos. Mi guía me entregó un lío y me dijo que cambiara de vestido. El bulto contenía ropas mías que habían sacado de nuestra casa, y además peines, jabón y cepillos, y me hice mi tocado, sirviéndome de espejo el agua pura y cristalina del río. Estaba peinándome y un tanto complacida de verme de nuevo en mis vestidos usuales, cuando mis oídos fueron heridos por un penetrante silbido que me hizo dar un salto, y apenas repuesta de mi susto, un ruido atronador, que aumentaba rápidamente, como si en un huracán el trueno fuera avanzando sin cesar. Debo confesarle que caí de cara, poseída de terrible pánico, y empecé á chillar, y sin embargo, aquello no era sino el tren que por allí cerca pasaba costeando las montañas; ¡el veloz vehículo que me iba á sacar de Utah!

Una vez vestida, el guía me entregó un saco de viaje que contenía dinero y papeles; me dijo que estaba en el territorio de Wyoming, que siguiera el curso del río hasta la estación, que distaba media milla del punto donde nos encontrábamos.—Aquí tiene usted—continuó—su billete hasta Conncil Bluffs. El expreso del Este pasa dentro de unas horas. Sin decir más, cogió los caballos, y sin siquiera

saludarme, volvió á emprender en sentido inverso el camino que habíamos traído.

Tres horas más tarde me encontraba sentada en la plataforma del coche de cola del expreso, que velozmente, atravesando túneles, se dirigía al Este. El cambio de paisaje, el temor de que aún me persiguieran, la magia de mi nuevo vehículo, hacían en mí tal impresión, que durante largo rato ocuparon mi alma por completo y ahuyentaron los pensamientos tristes. Hacía dos días que había estado en casa del doctor, convencida de que iba á morir ó á algo peor que la muerte; la escena que presencié no podía ser más terrible, y parecía que no daba importancia á esos recuerdos. Sólo al siguiente día, después de una larga noche de sueño reparador en una cama de aquel volador palacio, se despertó en mí el recuerdo de mi irreparable pérdida, y el miedo por mi porvenir. Largo rato me estuve haciendo tristes reflexiones; después abrí el saco de mano y ví que contenía una gran cantidad de dinero en oro, una serie de instrucciones sobre el modo de efectuar el viaje hasta Liverpool, y los billetes de trenes y vapores hasta el punto de mi destino, y una larga carta del doctor, en la que me adjudicaba un nombre supuesto y una historia de su invención, me recomendaba el mayor secreto sobre mi historia y nombre verdaderos, y me suplicaba aguardara con fidelidad la llegada de mi prometido. Todo había sido arreglado de antemano; había contado con mi consentimiento, y con lo que era mil veces peor: con la muerte voluntaria de mi madre. Llena de indignación me revelé contra el que se titulaba mi único amigo, contra su hijo, mi futuro marido, contra el fatal destino que me perseguía, contra mí misma. Me sentía desesperada, triste y abatida. Una viajera, señora muy simpática, vino á darme conversa-

ción. Me pareció un alivio su cháchara agradable y me animé; pronto la conté mi vida, según me lo indicaba la carta del doctor. Yo era la señorita Gould, de Nevada City, que iba á Inglaterra á reunirse con un tío suyo; seguí hablando, la dije el dinero que llevaba, mi edad, la familia que tenía, todo, según las instrucciones del doctor. La señora siguió haciéndome preguntas, y con mi inexperiencia veía que me iba embrollando, á medida que notaba crecer la incredulidad de mi compañera de viaje, cuando un caballero se acercó á mí y muy cortésmente me dijo:

—Señorita Gould, con permiso de la señora, tiene usted la bondad de oirme aparte unas pa'abras. Me levanté, llegamos á la plataforma delantera del coche Pullman en que íbamos, y acercando su boca á mi oído me dijo en voz baja:—¿Es posible, señorita Gould, que se crea usted ya en salvo? Está usted equivocada; una indiscreción más, y vuelve usted á Utah. Si acaso esa señora vuelve á dirigirse á usted, dígame usted claramente que no le agrada su compañía y que usted misma se ocupará de buscar compañía.

No tenía otro remedio que obedecer; aquella señora, que tan simpática me había sido, tuve que despedirla de mi lado groseramente, para quedarme sola todo el largo día, viendo cómo atravesábamos aquellas áridas llanuras, tragándome las lágrimas. Como sabía que al momento iba á ser interrumpida, ni en el tren, ni en los hoteles, ni á bordo del vapor en que crucé el Atlántico, quise entablar conversación con nadie. En todas partes, donde menos lo esperaba, una persona rica ó pobre se me presentaba, bien para protegerme ó sacarme de un apuro, bien para espíarme y regular mi conducta. Así crucé los Estados Unidos, atravesé el Océano, el Ojo Marín, y

guía espiando todos mis movimientos, y cuando al cabo un coche de alquiler me dejaba á las puertas de la casa de huéspedes de donde usted me vió salir esta mañana, había perdido toda fuerza para luchar y aún para esperar.

La patrona había estado aguardándome todo el día. En mi cuarto, que da al jardín, un hermoso fuego ardía en la chimenea; había varios libros sobre la mesa y ropa en los cajones de los armarios. En esa habitación, bien á pesar mío, ó por lo menos con gran resignación de mi parte, he visto transcurrir meses y meses. Algunas veces la patrona me sacaba á pasear con ella, pero nunca me dejó salir sola, y comprendí que ella también vivía bajo la influencia del tan extendido terror mormón. Para el que haya nacido en suelo mormón, como para el que haya aceptado los compromisos de sus órdenes secretas, no hay escape posible; yo lo sabía á punto fijo, así es que los pequeños respiros que me concedía la dueña de la casa, se los agradecía de veras. Mientras tanto, quise empezar á acostumbrarme á la idea de mi futuro casamiento. El día de la llegada de mi prometido se acercaba, y por gratitud ó por miedo no tenía más remedio que consentir la boda. El hijo del Dr. Grierson, sea lo que fuere, sería á lo menos joven, y era probable que no fuese feo; de ahí no me atrevía á pasar, y amoldándome á la idea, me puse á pensar sobre las condiciones físicas y morales que podrían adornar á mi desconocido novio. A fuerza de pensar y de hacerme ilusiones, empecé á impacientarme y á desear llegara la hora señalada para conocer á mi futuro. En aquella vida monótona y triste veía mi boda como una ventana por donde entrara alegre luz, como la puerta de la esperanza. Tanto pensé y preparé mi voluntad, que empecé á sentir temores contrarios; es decir: y si yo no le



gustaba á él? ¿Y si ese desconocido amante se alejase de mí con desafecto? Desde entonces empecé á arreglarme mucho; pasaba horas delante del espejo estudiando y juzgando mis atractivos, y encontraba un verdadero placer en peinarme y cambiar de vestidos.

Cuando llegó el día señalado, no quiero decir el tiempo que pasé en el tocador, hasta que á lo último tuve que confesar con desesperación que no podía acicalarme más y que no había más remedio que esperar á pie firme, dejando que mis atractivos naturales ganaran ó perdieran la batalla. Al terminar de arreglarme, la impaciencia se apoderó mí; no podía estar tranquila un momento, constantemente me asomaba á la ventana, y al menor ruido sobresaltándome, temblando y ruborizándome desmesuradamente. Ya sé que mi emoción no era debida al amor; sin embargo, cuando oí el rodar de un coche, noté que se paraba á la puerta de casa y sentí pasos de un hombre en la escalera, mis sensaciones en aquel momento eran tan intensas, que el amor no hubiera negado tener cercano parentesco con mi emoción. La puerta de mi cuarto se abrió y apareció el Dr. Grierson. Creo que lancé un grito; pero lo que es cierto, es que caí al suelo desvanecida.

Cuando recobré el sentido, estaba á mi lado tomándome el pulso.

—La he asustado á usted—exclamó.—Una dificultad imprevista, la imposibilidad de obtener cierta droga en toda su pureza, me ha obligado á venir á Londres sin prepararle. Siento en el alma tener que presentarme otra vez ante usted, sin esas pobres atracciones que sin duda para usted son mucho, pero para mí de tan poca importancia, como la lluvia para el mar. La juventud no es sino un estado, tan pasajero como el desmayo que le acaba de dar,

y si la ciencia no engaña fácil de recuperarla. Y ahora Asenath, voy á hacerla mi confidente. Desde hace muchos años he venido consagrando todas las horas de mi vida á una sola ambición, y el momento del éxito se acerca. En aquella tierra nueva, donde celebro haber vivido, he podido recoger los ingredientes indispensables para conseguir mi fin. Ya ahora estoy convencido de la imposibilidad de equivocarme; lo que antes era un sueño, pronto será realidad, y al ofrecer á usted uno de mis hijos, lo hice figuradamente. Ese hijo, ese marido, Asenath, soy yo mismo, pero no como me ve usted ahora, sino restaurado á mi primera juventud. ¿Cree usted que estoy loco? Así es natural que piense la ignorancia. No quiero discutir. Los hechos hablarán. Cuando me vea usted purificado, vigorizado, un nuevo hombre, vuelto á mi mocedad, cuando reconozca usted en mí, como lo verá, la perfecta expresión de las cualidades de la humanidad, entonces podré reír con más gracia de su natural incredulidad ¿A qué puede usted aspirar, que yo no pueda ofrecerla? ¿Fama, riquezas, poder, juventud, con la experiencia de la edad? Convengáse usted. En todo le aventajo, menos en una sola cosa, en cuanto consiga ese don tendrá usted que reconocer en mí un amo, un superior en todo.

Al terminar de hablar, sacó su reloj, miró la hora y me dijo que tenía que retirarse. «Consulte con su razón», añadió, no como razona una chiquilla alocada, sino como una mujer sensata. Yo no tenía valor para moverme, y en el mismo sitio en que me había dado el desmayo, permanecí con la cara entre las manos, hasta que se echó la noche encima, sumida en los más negros y tristes pensamientos. Ya anochecho volvió, con una lámpara en la mano, se acercó á mí, y con voz que indicaba estar un tanto

enojado, me dijo dándome la mano:—Vamos, levántese usted. ¿Es posible que me haya engañado tanto sobre su fuerza de voluntad? Una muchacha tan cobarde como usted, no es la que debe ser mi compañera.

Me incorporé, quedando de rodillas y con lágrimas en los ojos, y sollozando amargamente le rogué y supliqué que me relevara del compromiso, confesándome cobarde, é indigna de él por todos conceptos.

—Sí, ciertamente, la conozco á usted mejor que usted misma se conoce, y también sé lo que es la misma humana naturaleza, para dar á esta escena la importancia que merece. Todo esto se me hace á mí que todavía no estoy transformado; pero pierda usted cuidado pronto seré otra cosa. Espere hasta el final y entonces no sólo usted Asenath, sino todas las mujeres del orbe, serían voluntariamente mis esclavas.

Me obligó á que me levantara y comiera, y se sentó á la mesa: durante la comida me entretuvo y agasajó como el convidado más elegante y atento, y ya era muy tarde cuando se despidió de mí cortesmente, dejándome de nuevo so'a sumida en mis tristes pensamientos de miseria y desesperación.

De toda la conversación del elixir y de la restauración de la juventud no podía formar hipótesis alguna, ni formarme idea lejana de ella. Si sus esperanzas se fundaban en hechos comprobados, si en efecto por cualquier horroroso milagro rejuveneciera, mi único escape era la muerte antes que consentir en tan aborrecible é impío matrimonio. Si por otra parte, todo ello no eran sino sueños de un loco, y su locura aumentando de día en día, ¿qué solución me esperaba? Así pasé la noche dominada por sentimientos de rebelión, de odio, de lástima, de des-

peración, en una palabra. Así pasé hasta que nació el día que me trajo, no la calma, sino la persuasión de que era una esclava sin esperanzas de salvación. Vino á saludarme siempre correcto y cortés, pero en cuanto vió en mi cara las huellas del sufrimiento, frunció el entrecejo y me dijo:

—Asenath, ya tiene usted contraída una deuda grande para conmigo; mucho me debe usted y piense que su vida la tengo entre mis manos; mi existencia ha sido una serie continua de trabajos, ansiedades y sobresaltos, y ahora quiero, ordeno á usted, dijo recalcando las palabras, que, por lo menos, me reciba con cara risueña.

No necesitó repetirme la observación, porque desde aquel día, á fuerza de dominarme, estaba siempre dispuesta á recibirle con aparente alegría, lo que él me pagaba con largos ratos de compañía y haciéndome su confidente.

Había arreglado un laboratorio en la parte de atrás de la casa, donde asiduamente trabajaba en la preparación de su elixir, y de vez en cuando venía á saludarme á mi gabinete, unas veces descorazonado y abatido, otras radiante de alegría y de esperanza. Yo notaba que de día en día se demacraba y envejecía, pero él siempre pensando en el feliz porvenir que nos esperaba, planeando con gran ardor y viva imaginación proyectos de placer y de ambición. No sé lo que yo contestaba ni cómo lo hacía, pero siempre encontraba palabras para seguir la conversación, aunque llorase y rabíase al oír sus locuras.

Hace una semana que entró en mi cuarto riendo bulliciosamente y más desencajado y débil que nunca.

—Asenath—me dijo, loco de alegría—ya he conseguido el último ingrediente. Dentro de una semana haré el último y peligroso experimento que m :

devolverá mi juventud. Usted, aunque inconscientemente, asistió al fracaso de una experiencia semejante. Era la noche que pasaba usted con su carretero por debajo de mi casa; el elixir explotó terriblemente. Hay que confesar que aquí, en medio de las trepidaciones de una gran ciudad y rodeado de tantos y diversos ruidos, no deja de presentar la experiencia algún peligro, y no puedo menos de acordarme de la calma y seguridad que mi casa en el desierto ofrecía; pero por otro lado, he logrado vencerme de que el inestable equilibrio del elixir en el momento de la proyección es debido, no á la naturaleza de los ingredientes, sino á la impureza de éstos, y como los que ahora he preparado son de la mayor pureza, no tengo temor alguno por el resultado. De hoy en ocho días, mi querida Asenath, habrá terminado el período de pruebas;—dijo envolviéndome en una paternal mirada.

Contesté con una sonrisa, pero mi corazón palpitó con violencia, presa del más negro terror. ¿Qué iba á suceder si fracasaba? Y lo que era mil veces peor aún: ¿qué si conseguía su fin? ¿Qué horrible y repugnante metamorfoseado se presentaría á reclamar mi mano? Yo me preguntaba si serían verdaderas sus arrogancias y llegaría á vengarse de mi conocida repugnancia hacia él. Sabía que tenía una gran influencia sobre mí; que mi vida dependía de un signo de su mano. Me lo imaginaba viniendo hacia mí repugnantemente transformado, como los monstruos de las leyendas; me imaginaba que por alguna diabólica fascinación... ¡Oh, no, mi corazón se revelaba, los temores pasados se desvanecían y sentí que cualquier cosa, la misma muerte, la aceptaría antes.

Tomé una determinación. La presencia del doctor en Londres estaba justificada por asuntos de políti-

ca de los mormones. Varias veces en nuestra conversación había hablado con cariño de los detalles de tan gran organización, á la que temía á la par que admiraba, y no dejaba de recordarme que, aun en medio del bullicioso laberinto de Londres, no nos había perdido de vista el siempre vigilante Ojo de Utah. Venían á visitarle gentes de diferentes clases, desde el misionero al ángel exterminador; parecía estar metido en todos sus secretos, y yo no podía evitar el sentimiento de horror y repulsión que me inspiraba. Sabía que si alguno de los jefes se enteraba de mi secreto, no tenía salvación posible, y sin embargo, á ellos acudí en busca de ayuda en medio de mi desesperación. Fui á visitar á un misionero mormón, un hombre de la más baja esfera social, pero no desprovisto de bondad; le conté no recuerdo qué historia improvisada, y por su intervención llegué á tener correspondencia con la familia de mi padre. Comprendieron que tenían obligación de ayudarme, y había preparado la huida para hoy mismo.

Anoche estaba vestida y esperando el resultado de las manipulaciones del doctor, que de todo corazón deseaba resultaran fallidas. En esta época y á tales latitudes, las noches, como usted sabe, son muy cortas, y pronto ví amanecer. El silencio, tanto de la calle como del exterior, era solamente interrumpido por los movimientos del doctor en el laboratorio; escucharlos era mi única ocupación mientras llegaba la hora de escaparme, pero la ansiedad y la impaciencia por saber el resultado del experimento me dominaban. Ahora que sabía tenía quien por otro lado me protegiera, mis antipatías por el doctor decrecieron. Creo que hasta recé porque saliera triunfante de su prueba. En esta situación me encontraba hace pocas horas, cuando oí un grito extraño en el laboratorio. Mi curiosidad, más fuerte que yo, me

hizo subir las escaleras, abrir la puerta y entrar.

El doctor estaba en medio del cuarto; en su mano tenía un matraz de grandes dimensiones casi lleno de un líquido de color ambarino, y su cara reflejaba una satisfacción, una alegría indefinibles. Al verme, alzó el matraz y exclamó:—¡Victoria, Asenath, victoria! En el mismo momento, no sé si el recipiente se escapó de sus manos temblorosas ó la explosión fué espontánea, no puedo decirlo, pero yo fui lanzada contra la puerta y el doctor al lado opuesto del cuarto por la enorme sacudida que ha debido asustar á usted en la calle. En un momento toda la labor del doctor, todas las retortas, frascos y probetes hechos añicos; todo el trabajo de su larga vida convertido en densos, hediondos y asfixiantes vapores que parecían perseguirme en mi rápida huida.

#### IV

##### EL ESCUDERO DE LAS DAMAS

La manera animada y dramática con que la joven había hecho el relato, el timbre de su voz y los emocionantes incidentes de la historia, habían emocionado á Challoner. Su carácter, un tanto melancólico, aplaudía el asunto y el estilo en que había sido narrado, pero en medio de su formalidad encontraba que era una historia muy interesante y entretenida, que podía ser verdad, pero él no la creía.

Miss Fomblanque era una señorita que sin duda se salía de la verdad, pero él un caballero, ¿con qué palabras se lo iba á decir? Hacía ya rato que se había empezado á cansar, y antes de que la joven terminara de hablar, ya estaba pensando cómo cortar

la narración, y buscar la manera de separarse de ella. De esta meditación le sacó una estridente carcajada de su compañera. Volvió asombrado la cabeza desconfiado, y le miró fijamente á la cara. Parecía tan alegre que no pudo menos de decirle:

—Parece señorita, que acepta usted sus calamidades con un humor excelente.

—En efecto—respondió volviendo á reirse con animación.

Al poco se calmó y dijo al joven sacudiendo gravemente la cabeza:

—Hasta aquí todo ha salido bien, pero ahora me encuentro en una situación desesperada y no sabré cómo salir de ella, si usted me abandona y me niega su ayuda.

Al oír pedir ayuda, Chailoner volvió á caer en sus pensamientos melancólicos. Sin embargo la dijo:

—Tiene usted toda mi simpatía y celebraré poder serle útil. Pero nos encontramos en circunstancias excepcionales que me prohíben, me dificultan, me... del placer de... y creo que sería conveniente poner á usted bajo la protección de la policía. ¿No cree usted que sería lo mejor?

Apoyó la mano en su brazo y le miró con fijeza. Asombrado quedó Challoner al observar que, por primera vez desde su encuentro, todo rastro de sangre desaparecía de su semblante, palideciendo horriblemente. e

—Si hace usted eso, fijese en lo que le digo, si lo hace, me mata usted; tanto valdría que me atravesara el corazón de una puñalada.

—¡Dios mío! ¿Por qué?—exclamó Challoner.

—Pobre de mí, ya veo que usted duda de lo que le he contado, y que no comprende la clase de peligros que me rodean; pero ¿puede usted acaso juzgarme bien? Mi familia que lo sabe, me protege en



silencio, y ya acaba usted de ver con qué clase de emisario me ha enviado fondos para efectuar mi huida. Conozco que es usted valeroso é inteligente, pero su opinión en este asunto no me convence. Mi tío, que es un hombre de talento, ex ministro, político de reconocido talento, que tiene la confianza de la reina, me aconseja y guía de otra manera. Por rara que le parezca mi historia, sabe usted que gran parte es verdad; usted oyó la explosión, usted vió al mormón, á usted he acudido, y si me abandona ahora y no me cree, ¿á quién me dirijo en este momento?

—¿Le ha entregado á usted dinero?—preguntó Challoner.

—Parece que empiezo á interesar á usted, confiese usted que está condenado á ayudarme. Si el favor que le pido fuera una cosa seria, comprometedora ó difícil, no le exigiría nada. Pero todo se reduce á un viajecillo de placer (cuyos gastos si usted lo permite correrán de mi cuenta) y entregar á cierta señora la cantidad de dinero que yo le dé. ¿Puede haber nada más sencillo?

—¿Es grande la suma?—preguntó Challoner.

Sacó la joven un paquete, rompió la cubierta, extendió sobre sus rodillas una porción de billetes del Banco de Inglaterra, de diferente valor. Había unas 710 libras esterlinas.

Challoner al ver tanto dinero se descompuso y la dijo:

—Pero señora, ¿va usted á confiar todo ese dinero á una persona desconocida?

—Ya hace rato que no le considero á usted como un desconocido, replicó con angelical sonrisa.

—Señora, creo que debo ser franco con usted. Aunque soy de una distinguidísima familia, á pesar de ser descendiente del patriota Bruce y haber re-

cibido una esmerada educación, no quiero ocultar á usted que mis asuntos han ido mal, pero muy mal. Tengo muchas deudas, dinero ninguno, en una palabra, que he llegado al estado en que una suma tan considerable de dinero puede llegar á ser una tentación irresistible.

—¿Lo ve usted? Esas palabras alejarían de mí la última duda si lo tuviera. Tenga usted—continuó—y puso en manos del joven el fajo de billetes.

Se quedó mirando el dinero con tal cara de asombro que Miss Fomblaque, soltó la carcajada.

—¿Qué duda usted? vamos, guárdelos en el bolsillo y tenga la bondad de decirme cómo se llama, para saber cómo debo dirigirme á mi amable caballero andante.

¿Con qué pretexto negarse á hacer un servicio que indicaba tanta confianza? ¿Cómo encontrar palabras, rehusar sin herir la delicadeza de la joven, cuyos alegres ojos y franca risa alejaban toda sospecha?

Mil cosas se le ocurrieron en un momento. ¿Será todo una mixtificación? ¿Y por qué ha de serlo? Pero y la explosión, la conversación de la joven con el emisario en la taberna, el dinero que tenía en su bolsillo; ¿no eran datos para creer en un serio peligro? Había que escoger, ó portarse como un cobarde y descortés caballero, ó correr el riesgo de hacer un encargo peligroso. La historia parecía falsa, pero el dinero no lo era. Todo era obscuro y dudoso; en lo que no había duda era en que la joven era educada y de maneras distinguidísimas. Haciendo estas cavilaciones se acordó que había prometido á Somerset aceptar la primera aventura que se le presentase. Pues he aquí la aventura—se dijo—aceptada.

—Me llamo Challoner—dijo contestando á la pregunta de la joven

—Sr. Challoner—replicó ésta—ha venido usted generosamente en mi ayuda cuando todo estaba contra mí. Aunque yo soy una humilde persona que poco vale, mi familia puede mucho, y le aseguro que no tendrá usted ocasión de arrepentirse de esta generosa acción.

Challoner se sonrojó de placer.

—A usted le convendría un consulado—continuó mirándole como con admiración—un consulado en alguna gran capital ó en un punto importante, ó si no... Pero estamos perdiendo el tiempo; vamos á trazar el plan para conseguir mi libertad.

Con grandes marcas de confianza se colgó de su brazo, y dejando á un lado toda conversación seria, empezó una cháchara alegre y divertida. Atravesaron el parque, divertidos con su animado diálogo, y en el Arco de Mármol se metieron en un simon que les llevó á la estación de la Plaza Eurton, y se dirigieron al restaurant, donde compartieron un excelente almuerzo. Lo primero que hizo la joven fué pedir recado de escribir, y en un ángulo de la mesa escribió rápidamente unas líneas sin dejar de sonreír á su compañero.—Aquí tiene usted la carta de presentación para mi prima. Aunque no la he visto nunca, sé que tiene un carácter encantador y que es preciosa. Como digo, no la conozco, pero para mí ha sido muy buena, así como también el conde, su padre; pero usted sobre todo. Usted se ha mostrado el más bondadoso de todos,—exclamó indicando con su voz una emoción inusitada, al mismo tiempo que cerraba el sobre de la carta.

—¡Ay, por Dios, qué distraída soy! ¡qué grosería!, la he cerrado. En fin, ya está; al fin y al cabo, entre amigos todo pasa; y si bien yo le considero como un antiguo compañero, para mi familia es usted completamente desconocido. Aquí tiene usted la direc-

ción: calle Richard, Glasgow. En cuanto llegue usted, se presenta y entrega en persona esta carta á miss Fomblanque; por este nombre se dará á conocer á usted. Cuando nos volvamos á ver, me dirá usted qué impresión le ha causado—añadió picarescamente.

—¡Ah!—replicó el joven con ternura—poco interés puede despertar ya en mí.

—¡Quién sabe!—contestó la joven dando un suspiro.

—A todo esto se me había olvidado una observación; me da vergüenza hacerla, pero cuando vea usted á miss Fomblanque, tiene usted que decir una frase que parece una ridiculez y me da pena. Sin embargo, hemos convenido en una frase para dar á conocer á cualquier persona que venga de nuestra parte; así, pues, dirá usted á la condesita: *Negro, negro, nunca muere*. No se extrañe usted,—continuó riendo alegremente;—la hermosa aristócrata completará la frase. Vamos á ver qué tal sabe usted la lección.

—*Negro, negro, nunca muere*—repitió Challoner con no disimulada violencia.

Miss Fomblanque soltó una sonora carcajada:

—Perfectamente, va á ser una escena divertidísima—dijo sin poder contener su acceso de risa.

—¿Y cuál es la frase que me ha de contestar?—interrumpió Challoner en tono serio.

—Hasta el último momento no se la quiero decir, porque noto que se pone usted un tanto imperativo.

Cuando acabaron de almorzar pasaron al andén, la joven se dirigió al puesto de periódicos y entregó á Challoner el *Graphie*, el *Athenæurri* y un cortapapeles, y estuvo apoyada en el estribo hasta el momento en que sonó el silbido de partida, entonces, metiendo la cabeza por la ventanilla, se acercó al oído del joven y en voz muy baja dijo:

— ¡*Cara negra, ojo brillante!* De un salto bajó á la plataforma, donde empezó otra vez á reir con fuerza. Ya el tren había salido del último aro de la estación y todavía vibraban en los oídos del joven el argentino sonido de la risa de su compañera.

Challoner al momento empezó á pensar en su extraordinaria y poco común situación. Tenía que atravesar toda Inglaterra para hacer un servicio en unas circunstancias inexplicables, obscuras y ridículas, pero que ya no tenía otro remedio sino hacerlo. ¡Cuán fácil le parecía ahora, cuando recorría en su mente las escenas pasadas, cuán fácil se le parecía haber rehusado semejante comisión! ¿Por qué no devolvió el dinero y ahora andaría por las calles de Londres libre y feliz? La encantadora, que le había fascinado con su mirada, se había ido, llevándose su honor en prenda, y como no le había dado sus señas ya no podía retroceder en su empresa. Miraba los periódicos y el cortapapeles con amargura y remordimiento; solo en el compartimento pasó el día mirando el paisaje por la ventanilla, arrepintiéndose de su falta de carácter y haciendo mil consideraciones sobre lo inútil de su arrepentimiento. Cuando llegó á la estación de San Enoch, término de su viaje, se inspiraba á sí mismo el más olímpico desprecio.

Pensó por un momento, siguiendo sus inclinaciones elegantes, irse al mejor restaurant de Gasglow y calmar su apetito con una buena cena que le hiciera olvidar sus vicisitudes, pero se acordó de la impaciencia de su amiga y del encargo de que no perdiera un solo minuto, y con paso rápido se echó á andar por las empolvadas calles. En aquel momento empezaba á anochecer.

La calle á donde se dirigía no era, hace algún tiempo, sino una corta hilera de hotelitos al pie de

una colina en las afueras de la ciudad; pero después, con el desarrollo de la ciudad escocesa, se encuentra rodeada de muchos kilómetros de calles ya construidas. En lo alto de la colina una línea de altos edificios, habitados por cientos de familias de las clases más pobres de Glasgow, lucían en todas las ventanas palos y cuerdas para secar ropa, desde las que se dominaba perpendicularmente los hoteles y jardines que al pie de la colina se extendían en línea recta. Todavía, á pesar de las huellas del tiempo y el humo, esas antiguas quintas, con sus ventanas á la veneciana y sus raros pórticos, conservan un no sé qué de melancólico sabor del pasado.

Cuando Challoner penetró en la calle, estaba completamente desierta. Oía á lo lejos el murmullo de la gente, el ruido de los pasos por las calles cercanas; pero en la calle Richard nada que indicara que aquellas habitaciones eran para seres humanos.

La apariencia del vecindario causaba una triste impresión en el ánimo del joven; y otra vez, como en las calles de Londres, sintió la fúnebre melancolía de las ciudades desiertas; y cuando llegó á la casa indicada en el sobre, y con marcada vacilación sonó la campanilla, el corazón le dió un vuelco en el pecho.

La campanilla, como la casa era antigua, el sonido agudo y chillón y repiqueteaba de tal modo, parecía que no terminaba nunca de sonar. Al poco rato oyó que en el interior abrían una puerta y alguien se acercó á ella con pasos muy quedos, apenas perceptibles. Challoner sacó la carta y ensayó una sonrisa para presentarse; pero los pasos se oyeron de nuevo, alejándose y perdiéndose en el interior de las habitaciones. El joven sacudió con violencia la campanilla por segunda vez, y por segunda vez su fino oído pudo percibir pasos que, en lu-

gar de acercarse, se retiraban á los sitios más solitarios de la antigua quinta. La paciencia del visitador llegó á sus límites, y maldiciendo en su interior á toda la familia Fomblanque, giró sobre sus talones y bajó las escaleras. Bien sea porque el inquilino estaba observando al joven, bien que se decidiera, es el caso que aún Challoner no había llegado á la acera cuando oyó que descorrían un cerrojo, luego el chirrido de otro, por último el ruido de la llave en la cerradura y la puerta se abrió dejando ver en medio del cuadro la figura de un hombre, de atlética complexión, en mangas de camisa.

A pesar de su estatura, no era ni buen mozo ni mucho menos de aspecto elegante; era uno de esos tipos ordinarios que no llaman la atención, pero al abrir la puerta todas las facciones de su cara marcaban tan claramente el pavor, que Challoner se paró asombrado. Más de un minuto se estuvieron mirando fijamente hasta que el hombre, pálido como un muerto, con voz entrecortada, preguntó qué es lo que el caballero deseaba. Challoner, esforzándose también para calmarse, le dijo que era el portador de una carta para una tal miss Fomblanque. Al oír este nombre, como si fuera un talismán, el hombre entró rápidamente en la casa haciendo señas para que le siguiera, y en el momento en que nuestro aventurero atravesó el dintel, el dueño cerró precipitadamente la puerta con precaución.

Eran más de las ocho de la noche, y aunque en la calle el largo crepúsculo de aquellas latitudes permitía ver con claridad, en el pasillo de la casa la obscuridad era completa. El atleta condujo á Challoner á una salita que por la parte de atrás daba al jardín.

Sin duda acababa de entrar, pues á la luz de una vela de cera para ver una servilleta sobre la mesa

una botella de cerveza á medio beber y unas raspaduras de queso de Gonda.

El cuarto estaba amueblado con marchita elegancia, y las paredes estaban llenas de estantes y librerías con numerosos y valiosos volúmenes. La casa debía haber sido alquilada con todos sus muebles, pues no pegaba en manera alguna con aquel hombre en mangas de camisa y con cena tan frugal. En cuanto á la hija del conde, el conde mismo, el consulado en países lejanos, todo eso hacía tiempo que había empezado á borrarse de la imaginación de Challoner. Como el doctor Grierson y los ángeles mormones, iba viendo claro que no eran sueños y ficciones de una imaginación viva y ardiente. Todas sus ilusiones desaparecieron, todas sus esperanzas se borraron de su ánimo y sólo le agujoneaba el deseo de terminar cuanto antes su desagradable encargo.

El hombre todo se volvía mirar con visible ansiedad al visitador, y empezó á hacerle preguntas concernientes á su visita.

—He venido aquí simplemente para hacer un encargo de una señora para otra, y le suplico á usted que sin tardanza avise á miss Fomblanque, en cuyas manos solamente entregaré el encargo que me ha sido confiado.

El asombro se pintaba en la cara del atleta, y dijo á Challoner:

—Pues bien; yo soy la señorita Fomblanque.—Y al ver el efecto que había hecho en su interlocutor, añadió:—¿De qué se extraña usted? Le repito que yo soy miss Fomblanque.

Al ver la larga sotabarba del desconocido y el resto de la cara azulada por los cañones de un mal afeitado bigote, Challoner creyó que era objeto de una broma ó víctima de un loco.



Inmediatamente se puso de pie, y desplegando toda su energía, le dijo:

—Caballero, tontamente me he prestado á hacer un encargo á personas á quienes conocía muy poco, y ya estoy cansado de semejante asunto. O avisa usted á la señorita Fomblanque ó llamo á la policía.

—¡Por Dios! ¡Por lo que usted más quiera, un momento! Yo le juro á usted que soy la persona á quien viene dirigida la carta ¿Cómo quiere usted que le convenza? Debe haber sido Clara la que le ha dado á usted el encargo, una loca que todo lo toma á broma; y á lo mejor no podemos entendernos por falta de instrucciones. ¡Sólo Dios sabe el perjuicio que esto nos puede acarrear!

Se notaba que su emoción era verdadera y su temor real, y al momento vino á la mente de Chaltoner el recuerdo de la frase que le había de servir de clave, y le dijo:

—Quizás esto le indique algo;—y un tanto avergonzado continuó:—*Negro, negro, nunca muere.*

Una inmensa alegría se pintó en la cara del barbudo personaje.

—*Cara negra, ojo brillante;*—deme usted la carta,—contestó convulsamente.

—Bueno—replicó el joven.—Creo que, en efecto, es usted la persona indicada para recibir el encargo, y aunque quejoso de la manera engañosa con que se me ha tratado, me alegro acabar de una vez este engorroso asunto y salvar toda responsabilidad. Tenga usted—dijo entregándole la carta.

El otro se arrojó á la carta como una fiera sobre su presa, y con mano temblorosa y en un estado de excitación difícil de describir, rasgó el sobre y desdobló la carta. A medida que iba leyendo, el terror se pintaba en su cara y se agitaba como preso de macabra pesadilla. Se dió un formidable puñetazo

en la frente, arrugó la carta hasta hacer de ella una pelota, la arrojó con furia al suelo, soltó una horrible blasfemia, y abalanzándose á la ventana que daba al jardín, asomó medio cuerpo y dió un largo y penetrante silbido. Challoner retrocedió hasta el rincón de la sala y enarboló el bastón, decidido á defenderse hasta lo último. Pero las ideas del de la larga sotabarba no eran de violencia. Se metió en el cuarto, miró con fijeza al joven, y mientras sacudía su cuerpo como poseído de un ataque nervioso, exclamaba:

—¡Imposible, esto es imposible! Dios mío, ¡yo pierdo la cabeza!—y volviéndosela á golpear con saña, añadió:—El dinero,—deme usted el dinero.

—Amigo mío—replicó Challoner—esta escena no me hace maldita la gracia, y mientras le vea á usted en ese estado de excitación y no se calme usted, es inútil que yo haga nada.

—Tiene usted razón, soy demasiado nervioso; las constantes fiebres intermitentes me han trastornado. Usted perdone, pero sé que tiene usted el dinero, todavía llega á tiempo para salvarme. Por Dios, querido joven; por piedad, no tarde usted.

A pesar de lo nervioso que Challoner se encontraba, le dieron ganas de reír; pero como él mismo tenía ganas de que aquello terminara sin perder más tiempo le entregó el dinero, diciéndole:

—Ahí tiene usted la cantidad exacta; deme usted un recibo.

Pero el otro, sin hacerle caso, ni fijarse en las monedas de oro y plata que rodaron por el suelo, cogió el fajo de billetes y se lo metió en el bolsillo.

—El recibo—gritó Challoner con aspereza—necesito el recibo.

—¿Qué recibo?—replicó el otro como atontado.—¡Ah, sí, sí! en seguida; espéreme usted aquí.

Challoner le rogó que no perdiera tiempo, pues tenía interés en coger un tren determinado.

—Sí, sí, yo también—replicó el otro, y salió del cuarto rápidamente para subir á grandes zancadas las escaleras que conducían á los cuartos superiores.

—No me cabe duda—pensaba Challoner—que este es un lío capaz de volver loco al más pintado; aquí me han metido en un embrollo repugnante. No cabe otra cosa; ó loco, lo que no creo, ó málhechores, que es lo más probable. Y gracias á Dios que ya he terminado. Quizá pasó por su imaginación la escena del silbido y se asomó á la ventana. Todavía no había cerrado la noche y pudo distinguir la terraza de vieja construcción, los abandonados árboles del jardín y al fin la tapia, de unos treinta pies de altura, que cercaba el jardincillo por la parte de atrás, y encima de la pared las casas de obreros que se elevaban en la contigua colina. Un objeto raro y muy largo, tendido en el césped, llamó su atención, hasta que fijándose notó era una larga escalera, ó mejor dicho, varias escaleras atadas á sus extremidades, para formar una sola. Estaba pensando para qué podría utilizarse en tan limitado cercado, cuando oyó pasos precipitados en la escalera, seguido del golpetazo de la puerta de la calle cerrada con violencia, y ruido de pasos que velozmente resonaban en la calle.

Challoner se puso á recorrer la vetusta casa cuarto por cuarto, subió y bajó escaleras y se convenció que estaba solo. Unicamente un cuarto que daba á la calle prestaba señales de haber sido habitado, como lo indicaban una cama todavía sin hacer, los cajones de las cómodas y armarios revueltos y un papel estrujado en el suelo que Challoner recogió. A la escasa luz del crepúsculo, pero en las habitacio-

nes superiores más intensa que en la planta baja, pudo, aunque con dificultad, reconocer en el papel el timbre del Hotel Enston, y fijando más su atención leyó las siguientes líneas, escritas con elegante letra por una mano femenina:

«*Querido Mac Guire*: Me consta que han descubierto tu escondrijo. Acabamos de tener otro fracaso con sus desesperantes consecuencias. La maquinaria de relojería treinta horas adelantada. Zero descorazonado. Todos estamos con el alma en un hilo. No he podido encontrar otro modo de mandarte ésta y el dinero que con este *pobre borrego*, á quien he podido embaucar. Deseo verte pronto. Tu fiel amiga,

OJO BRILLANTE».

Challoner sintió que su alma se llenaba de indignación y pensó cuán fácilmente, con una simple negativa, se hubiera evitado tanto disgusto. Su mal humor se convirtió en rabia; maldijo á la joven, se maldijo á sí mismo y hasta á Somerset, que con sus consejos le había inducido á meterse en la primera aventura. Al mismo tiempo el sentimiento de la curiosidad y el de un temor inconsciente le dominaban. La conducta del hombre de la sotabarba, los términos en que estaba escrita la carta, la explosión de la mañana, todo se le agolpaba en la imaginación para verse metido en un maquiavélico embrollo. Que el mal guiaba todo ello, que el terror y las pasiones dominaban á la gente aquélla no le cabía duda, y lo más triste de todo era que él, que, como un muñeco, había empezado á intervenir en el asunto, podría acabar como víctima.

El vibrante y chillón sonido de la campanilla le sacó de las reflexiones en que la lectura de la carta le había sumido. Miró por la ventana y su estupor no

tuvo límites cuando vió que la escalera exterior, la verja del jardín y toda la acera de la calle estaba llena de policía. Concentró sus pensamientos y comprendió que tenía que poner todos los medios posibles para escapar. Huir, huir á cualquier precio fué la única idea que le dominó. Despacio, en silencio, deslizándose como un gato, empezó á bajar la escalera, que crujía á cada paso; al llegar al pasillo, el segundo repiqueteo de la campanilla sonó con violencia, extendiéndose por todos los cuartos deshabitados de la casa; apretó el paso, y aún no se había apagado el tintileo, cuando ya había atravesado el gabinete y colgado á la ventana se deslizaba para dejarse caer en el jardín. Quedó enganchado en una alcayata de hierro que bajo la ventana había, y durante unos segundos se vió colgado cabeza abajo, casi tocando con las manos el suelo del jardín, hasta que con su peso, la americana se fué rasgando, y ya abierta en dos, hizo que Challoner viniera á dar de bruces sobre el césped. El repiqueteo y los golpes en la puerta se sucedían cada vez con mayor violencia. Nuestro joven, desesperado, miró á todas partes, y su vista se fijó en la escalera. Haciendo esfuerzos inconcebibles quiso levantarla y apoyarla al muro, pero inútilmente. De repente, el peso de aquella mole que se resistía á sus inauditos esfuerzos, empezó á elevarse como por encanto, hasta que la extremidad alcanzó el borde de la tapia. Challoner, horrorizado, dió un salto atrás, é instintivamente miró á la pared. En lo alto del muro distinguió dos cabezas humanas, que con un gesto y un ligero silbido (que en su modulación le recordaba al que oyó al hombre misterioso), le llamaban.

¿Había dado por casualidad con la treta preparada de antemano para la huída de los malhechores, de los que inconscientemente se había hecho ayudante

y cómplice? ¿Se le presentaba delante un medio de salvarse, ó iba á dar un paso más en que su aventura se complicase? Apenas la escalera había acabado de ser apoyada al muro por desconocidas manos, cuando se avalanzó á ella y empezó á trepar por los peldaños con la rapidez de un mono. Unos brazos fuertes y vigorosos le empuñaron al llegar al borde de la tapia y lo depositaron en tierra al otro lado de la pared, y en medio de su asombro vió que se encontraba entre dos hombres de poca tranquilizadora catadura, en el patio de una de las casas que coronaban la cima de la loma. Todavía desde allí se oía el vigoroso repiqueteo de la campanilla.

—¿Han salido todos?—preguntó uno de los allí presentes.

Al responder Challoner afirmativamente, cortó la cuerda que sostenía á la escalera, la cual cayó al jardincillo con estrépito haciéndose pedazos. Al ruido de su caída, todo el vecindario de la calle Richard se alarmó, y cientos de cabezas se asomaron á las ventanas ó aparecieron en lo alto de las tapias. El mismo que se había dirigido al joven, le cogió por el brazo, y empujándole, le hizo cruzar la planta baja á través de la casa vecina, y antes de que pudiera darse cuenta de su situación, oyó el ruido de una puerta que tras él se cerraba y quedaron á oscuras en una habitación del entresuelo.

—Oiga usted—observó su guía,—no hay tiempo que perder. ¿Ha escapado Mac Guire, ó era usted quien silbó?

—Mac Guire ha huído—replicó Challoner.

El guía encendió un fósforo.

—Así no puede usted seguir—añadió,—espere usted un momento que le traiga algo más decente con que vestirse; no puede usted salir así á la calle.

Salí corriendo y volví á mi aventura.

joven, pudo observar los estragos que los acontecimientos anteriores habían hecho en su traje. Su sombrero había desaparecido, los pantalones estaban todos desgarrados y uno de los faldones de su elegante levita había quedado colgando en el gancho de hierro de la ventana. Apenas había tenido tiempo de hacer el examen de su indumentaria, cuando el improvisado guía entró, y sin decir palabra al elegante y refinado Challoner, se encontró sobre sus hombros un gabán tan ordinario y basto, que creyó iba enfermar al verse envuelto en abrigo tan fuera de moda. Este ridículo disfraz fué completado con un sombrero blanco de los llamados tiroleses, pero tan pequeño, que apenas le cubría la tercera parte de la cabeza. En otra ocasión no hubiera habido forma humana que le hiciese salir á la calle en tan ridículo atavío, pero el deseo que tenía de salir de Glasgow era tan grande, que no paró mientes en ello. Se admiró como avergonzado recordando su flamante levita nueva, ahora hecha jirones y preguntó qué se debía por aquellas prendas. El otro le dijo que no se ocupara de esas cosas, que el dinero que él había traído cubría todos los gastos y que sólo se cuidase de apresurarse y abandonar cuanto antes aquellos lugares.

El joven no se lo hizo repetir, pero consecuentemente con su cortesía, dió las gracias á su interlocutor, alabó su gusto en gabanes y dejando al otro como asombrado con estas observaciones tan poco á propósito en estas circunstancias, salió á la calle donde ya lucían hacia algún rato los reverberos de gas y la luz de las tiendas.

Llegó corriendo á la estación; el último tren para Londres había salido ya. Vestido como estaba no se atrevió á ir á ningún hotel decente, ni menos á uno de baja class, por miedo de causar la hilaridad de



los huéspedes, y de *hacerse sospechoso* y *llamar la atención*. Así, pues, se vió condenado á pasar las largas horas de la noche recorriendo las calles de Glasgow sin cenar, haciendo reir con su figura á los trasnochadores, lleno de inquietudes, esperando el día con impaciencia inusitada y haciéndose cargos por la debilidad de su carácter, que en tan loca aventura le había metido. Fácil será comprender las maldiciones que cayeron sobre la cabeza de la gentil narradora de Hyde Park; sus sonoras careajadas resonaban con burlona intención en sus oídos, y cuando podía alejar su imaginación de la causante de sus confusiones, desahogaba su rabia en Somerset y en sus aficiones policíacas. Al llegar el día pudo calmar un poco las punzadas de su apetito en una lechería que acababan de abrir. Todavía faltaban algunas horas para la salida del tren de Londres, y renegando y conmoviéndose estuvo midiendo las aceras de las calles más ocultas de la gran ciudad escocesa, hasta que por fin dió con sus huesos en la estación y se acurrucó en el rincón más oscuro de un coche de tercera. Allí pasó el día dormitando, despertándose á cada momento sobresaltado, y aun cuando el medio billete de ida y vuelta que conservaba era de primera clase, no se atrevió á alternar con sus iguales por miedo al ridículo. Esta idea acabó de desesperarle y mortificarle lo indecible.

Cuando por la noche se encontró en su casa de Putney y empezó á recordar los sucesos del día, su ansiedad, los sustos que había pesado, el dinero invertido, sus pantalones hechos jirones, su única levita reducida á una mitad y sobre todo cuando se miró al espejo y vió la ridiculez de su sombrero tirolés, sintió que su sangre sulfurada se le subía á la cabeza, y sus nervios iban á estallar. Tuvo que llamar en su ayuda á toda la filosofía de que podía dis-



poner, hacer un esfuerzo sobrehumano para no entregarse á la más loca de las desesperaciones, y aunque no pudo consolarse, calmóse un tanto y se quedó dormido.

## V.

## EL ENCUENTRO DE SOMERSET

Pablo Somerset era un joven dotado de una imaginación viva y calenturienta, pero con poca capacidad de acción. Sólo vivía soñando con el porvenir; era el ideal de sus propias teorías y el protagonista de sus novelas. Levantóse del diván de la tienda todavía exaltado con su elocuencia, y mirando á todas partes, se echó á andar por las calles de Londres en busca de alguna aventura. En la continua avalancha de transeuntes, en las fachadas de las casas, en los escaparates de las tiendas, en todas partes veía los indicios de algún misterioso geroglífico. A pesar de todos los elementos de aventura, numerosos como las gotas de agua del Támesis; á pesar de mirar á las mujeres y provocar con la mirada á los transeuntes, la ocasión de algo extraordinario, el indicio de un enredo, nada se le presentó. Estaba seguro de que á su lado pasaba multitud de gente que escondía grandes secretos, personas que sufrían alguna pasión afflictiva, las unas ansiando la suerte, otras que necesitaban protección, las más en busca de consejo, pero por alguna contrariedad de la fortuna todas pasaban por su lado, sin notar siquiera su presencia, y lo que era peor todavía, en busca del confidente, del consejero, del amigo, ó del amante. A miles miró como brindando protección y ayuda, ni uno se dignó mirarle.

Una frugal comida, acompañada de sus impetuosas aspiraciones, interrumpió la serie de sus atentados en busca de fortuna, y cuando otra vez volvió á su tarea, las iluminadas calles de la gran metrópoli estaban cuajadas de gente. Delante de un nombrado restaurant, conocido de todos los estudiantes de la gran Babilonia inglesa, la muchedumbre era tan compacta, que con dificultad podía uno abrirse paso. De repente se sintió tocado suavemente en un hombro, y dando la vuelta se encontró delante una elegante berlina tirada por un magnífico tronco, y en el pescante un cochero envuelto en seria librea. No tenía escudo ni monograma el elegante vehículo: la ventanilla estaba abierta, pero no se podía distinguir el interior; el lacayo bostezaba tapándose la boca con la mano, y el joven empezaba á creerse víctima de uno de los sueños forjados por su imaginación, cuando una mano enguantada de blanco, diminuta como la de un niño, apareció en la ventanilla llamándole. Se acercó, y en el fondo del coche vió la pequeña y elegante figurita de una mujer que tenía la cabeza y los hombros envueltos en una mantilla de encaje, que con sonora y argentina voz le dijo:

—Abra usted y entre.

Debe ser, pensó nuestro joven con un escalofrío de placer, debe ser la duquesa de mis sueños. A pesar de ser aquéllo lo que su imaginación durante tiempo había ansiado, con cierto terrorcillo abrió la portezuela, entró y se sentó al lado de la señora de la mantilla. En cuanto cerró, el coche echó á rodar, giró dirigiéndose al Oeste y se sintió cómodamente transportado en el suave rodar y el mullido movimiento de la elegante berlina.

A Somerset, como queda dicho, no le cogía desprevenido; ya hacía tiempo que se había recreado

haciendo ensayos que pudieran servirle el día que le ocurriera una de las fantásticas aventuras que soñaba, y una como ésta, con una aristocrática protagonista, se la sabía de memoria. A pesar de todo, no encontraba nada qué decir, y como la señora permanecía sin decir una palabra ni hacer signo alguno, continuaron la carrera en silencio.

El coche, completamente oscuro, sólo era iluminado á intervalos por la reverberación de los faroles de la calle. Y lo único que hasta entonces había podido observar Somerset, fué que el coche era muy cómodo y que la señora que con él iba era muy diminuta y elegante, y ricamente vestida. El silencio se hacía insoportable. Por dos veces carraspeó para prepararse á hablar, y las palabras no llegaron á su boca. Mil y mil veces, en su fogosa imaginación, se había forjado escenas semejantes, y en todas había encontrado palabras suficientes con que hacerse dueño de la situación y quedar airoso, pero la disparidad que ahora encontraba entre el ensayo y la representación, empezó á amedrantarle y acabó por llenarle de pánico.

¡Ahora que, por fin, había logrado meter la cabeza en una aventura, estaba expuesto por su estupidez y mutismo á que la dama hiciera parar el coche y lo volviera á dejar en medio de la calle! Miles de personas, sin dos dedos de frente, se decía, podrán en una situación como ésta cortar silencio tan bochornoso, y yo no sé, no encuentro una palabra apropiada.

Así razonaba, cuando su mirada se fijó en las enguantadas manos de la dama, y sin más reflexiones alargó el brazo y cogió una mano de su compañera apretándola entre las suyas. Pero este recurso no le valió, ni por esas encontró palabras que pronunciar. Un fuerte temblor empezó á agitar la extremidad de

la desconocida, como si estuviera presa de un constante escalofrío, y al poco rato el ruido de una mal contenida y prolongada carcajada resonó en el interior de la berlina. El joven soltó rápidamente su presa, y á ser posible se hubiera tirado del carruaje. La señora, recostándose en los almohadones, se desató en la más alegre y bulliciosa risa, que á duras penas había podido hasta entonces contener.

—No se ofenda usted—exclamó aprovechando un momento libre entre dos sacudidas de hilaridad.— Si usted se ha equivocado en el ardor de sus atenciones, la falta es sólo mía, y no hay que achacarlo á presunción de su parte sino á mi manera excéntrica de reclutar amigos; créame usted, se lo aseguro, soy la última persona en criticar á un joven atrevido y galante. Por de pronto, tengo la intención de que comporte usted conmigo esta noche una frugal cena, y si me siguen gustando sus maneras de usted tanto como me ha agradado su tipo, quizás antes de poco pueda ofrecer á usted algo ventajoso.

Somerset quiso contestar algo á la altura de la situación, pero como se encontró achicado no se atrevió á decir una palabra.

—¡Vamos!—siguió la dama,—no se amosque usted que eso le hace perder á mi vista. Ya llegamos á nuestro destino y le suplico me ofrezca usted el brazo.

En efecto, al momento el cōche se detuvo á la puerta de un majestuoso y severo palacio, en uno de los lados de una plaza. Somerset que en medio de todo se bañaba en agua de rosas, saltó del coche y con la mayor finura ayudó á bajar del carruaje á la desconocida. Una vieja de ceñudo semblante abrió la puerta y les guió á un comedor tenuemente iluminado. En el centro, la mesa aparecía ya puesta y preparada para la cena, y una legión de gatos entra-

ba, salía y ocupaba todas las sillas del refectorio. Una vez solos, la señora se quitó la toquilla de encaje y Somerset pudo entonces ver que su compañera, aunque en un tiempo debía haber sido una bellísima mujer y sus ojos todavía conservaban gran viveza, tenía el pelo completamente blanco y su cara arrugada por los años.

—Y ahora mi galante caballero añadió la simpática viejecita, inclinándose con gracia, ya verá usted que hace tiempo pasó mi primera juventud; sin embargo, espero se convenza que no por eso mi compañía deja nada que desear.

La criada volvió á aparecer trayendo una escogida cena, de pocos pero delicados platos. Se sentaron á la mesa, los gatos empezaron á rodear la silla del ama y al poco tiempo entre lo agradable de los manjares y lo entretenido de la conversación de la anciana señora, Somerset se encontraba como en su propia casa. Después de haber bien comido y no mal bebido, la dama, reclinándose cómodamente en una butaca, empezó á mirar con escudriñadora mirada á su joven convidado.

—Señora—dijo Somerset,—mucho me temo que mis maneras no le hayan llenado á usted tanto como usted se esperaba.

—No por cierto, querido joven, en la vida ha estado usted más equivocado. Le encuentro á usted simpatiquísimo y puede usted hasta conquistar el cariño de esta abuela. No soy yo de esas personas que tan fácilmente cambian de opinión, y los que logran conquistar mi simpatía, con mérito ó sin él, por largo tiempo lo tienen. Tengo la facilidad de leer rápidamente en las personas y una ligera ojeada me basta para juzgarlas, y rara vez me equivoco. La impresión que usted me ha causado ha sido, ya se lo he dicho, favorable, y si como me figuro, es

usted un poco indolente, creo que podremos hacer un pacto.

—¡Ah, señora!—replicó Somerset,—usted me ha conocido y adivinado mi situación. Soy un hombre bien nacido y bien educado, un compañero agradable, ó á lo menos me figuro que lo soy; pero por mi mala fortuna me encuentro sin dinero, sin oficio, sin carrera. Esta tarde salí, en verdad, en busca de aventuras, á ver si sacaba algo en limpio, cuando ví á usted haciéndome señas, que sin comprender el motivo ni pensar más allá acepté sin vacilar, y llámeme usted atrevimiento, descoco, ó lo que quiera, aquí me tiene usted preparado á lo que venga, resueltamente decidido á aceptar cualquier proposición que juzgue usted oportuna.

—No se muerde usted la lengua—replicó la señora.—Es usted un joven original. No pondría la mano en el fuego por usted ni juraría que tenía los sentidos cabales. Bien es verdad que he encontrado pocas personas tan cuerdas como yo; pero su locura de usted me divierte y agrada, y en cambio, voy á pagarle á usted contándole algo de mi carácter y de mi vida.

Y acariciando al gato que sobre su falda tenía, comenzó en esta forma:

## VI

### LA PROTECTORA DE SOMERSET

—Yo era la hija mayor del reverendo Bernardo Fanshawe, que en la diócesis de Bath Wells poseía cuantiosas rentas. Nuestra familia tenía fama de inteligente, fogosa y espiritual, y desde antiguo pare

cia tener en vínculo la hermosura, pero un tanto indiferente y libre en moral cristiana. Desde muy joven noté esos defectos; me disgustaron y me hicieron perder el afecto á la familia. Siendo niña mi padre contrajo segundas nupcias con una parienta nuestra, en la cual las cualidades de familia, en lo que á lo bueno y agradable se refieren, habían descendido al último grado. De mí no podré decirle si no que era el retrato de mi padre.

En vano traté con la mayor paciencia de someterme á las exigencias de mi madrastra; desde el primer momento en que aquella mujer entró en casa de mi padre no aguanté más que ingratitud é injusticia.

En medio de todo no me encontraba completamente destituida de cariño. Antes de cumplir los diez y seis años, mi primo Juan había concebido por mí una violenta pero secreta pasión, y aunque el pobre muchacho era demasiado tímido para atreverse á declararme sus sentimientos, pronto los adiviné yo y empecé á compartirlos; pero viendo que su cortedad le hacia huir de mi compañía, me decidí á ser parte activa. Un día que le encontré en un apartado rincón del jardín de la rectoría, yo misma le dije que había adivinado su apasionado secreto; que sabía la oposición que encontrarían nuestras relaciones, y que dadas las circunstancias, estaba decidida á huir con él sin pérdida de tiempo. El pobre Juan quedó paralizado por la alegría que le causaron mis palabras, y su emoción fué tan grande, que no se le ocurrió nada que decirme en aquellos momentos. Al convencerme de su falta de iniciativa, yo tuve que ocuparme de los preparativos de la fuga y de todo lo concerniente á la boda, inmediato coronamiento de nuestra calaverada.

Juan tenía arreglado el viaje á la capital; le convenía para que no desistiera de él, y quedamos

en que al siguiente día nos encontraríamos en el Hotel Tavistock.

Consecuente á lo dicho, me levanté al día siguiente, metí en una maleta lo más necesario, recogí el poco dinero que tenía y me despedí para siempre de la rectoría. Animosa y decidida me encaminé á pie á una ciudad bastante distante de casa, y al día siguiente por la mañana entraba en la gran ciudad de Londres. Mientras iba desde el Parador de la diligencia al hotel, iba meditando sobre mi nueva posición y pensando en la cariñosa recepción que me haría mi querido y apasionado primito. ¡Pobre de mí! Cuando pregunté por el Sr. Fanshawe, el portero me respondió que no había ningún huésped que así se llamara. No pude explicarme por qué Juan no se encontraba allí; quizás mi familia había fácilmente convencido á mi débil amante, y me encontraba sola en Londres, joven, mortificada en mi amor y para siempre condenada á no volver á mi hogar paterno.

Recobré, sin embargo, mi calma, y me alojé en los alrededores de Euston Road, donde por primera vez en mi vida gocé de los placeres de la independencia. Tres días después, un anuncio de un procurador en el periódico *The Times*, me hizo conocer las señas de uno que sabía era amigo de mi padre, y allí me dirigí. Por él supe que mi padre me había señalado una pensión, pero á condición de que no volviese á aparecer por casa. Me sentí ofendida y no pude menos de decir al abogado que me alegraba de esa determinación, pues más que ellos deseaba yo perderles de vista. Se sonrió de mi alarde, me dió el dinero correspondiente á un trimestre de mi pensión y me entregó el resto de mis trajes y efectos en dos baúles, contenidos y enviados á él para que de ellos me hiciera debida entrega. Gozosa y contenta volví á mi casa con todo mi ajuar, decidida á pasarlo lo



mejor que mis medios me lo permitieran. Durante varios meses todo marchó á pedir de boca, y á mí tengo que culpar si dí fin á este agradable estado de cosas. Debo confesar que tengo el defecto de echar á perder á mis inferiores. Mi patrona, con quien yo había sido demasiado buena y condescendiente, se tomó la libertad de llamarme la atención sobre una pequeñez inútil de decir. Hubo algunas palabras, y acabó por echarme de casa, diciéndome: «Su cuenta se la presentaré á usted esta noche, y espero que mañana salga usted de mi casa. Vea usted si puede pagarme lo que me debe, porque si no recibo hasta el último céntimo no consentiré que salga de mi casa ni el menor bulto de su equipaje.»

Su audacia me sublevó; pero como tenía que cobrar todo un trimestre, no me hicieron mayor efecto sus palabras. Por la tarde, al salir de casa de mi apoderado con el paquete de dinero en la mano, me sucedió uno de esos accidentes que resultan á veces decisivos en la vida de una persona. El despacho del procurador estaba en una calle al final del Strand, y en la época á que me refiero, unida á las otras casas por una verja de hierro que daba al Támesis. En medio de esta calle me encontré con mi madrastra, que se dirigía, sin duda, á la misma casa de donde yo salía. Iba acompañada de una criada á quien yo no conocía; pero el recuerdo que de la mujer de mi padre tenía era demasiado vivo para que se me des-pintase y no pudiera reconocerla. Al ver que no podía esconderme, me apoyé en la barandilla de hierro como si contemplara los barcos que surcaban las aguas del río, y no había acabado de dominar mi emoción cuando oí que me hacían una pregunta trivial que no recuerdo. Era la doncella que había quedado en la calle aguardando á mi madrastra, mientras ella arreglaba sus asuntos con el abogado.

La criada tampoco sabía quién era yo, y así pude saber las últimas noticias de mi padre y de su parroquia. Habló mal de sus amos y criticó todos sus hechos, lo que escuché con fingida calma, y hasta tuve que soportar, haciendo esfuerzos para dominarme, la crítica de la historia de la hija que había huido, corregida y aumentada de perversos comentarios. Soy vehemente en mis cosas, generosa en perdonar y rápida en el castigo. Levanté la mano indignada, preparándome para abofetearla, sin acordarme del dinero; el paquete cayó al suelo, rodó, y por entre las rejas de la barandilla deslizóse y cayó al río. Por un momento quedé inmóvil: pero no sé qué me hizo gracia que empecé á reír nerviosamente. Todavía seguía riéndome, cuando apareció mi madrastra; la doncella fué á reunirse con ella después de mirarme como se mira á un loco, y antes de que volviera á recuperar mi seriedad ya estaba de nuevo entrando en casa del apoderado en demanda de un adelanto. Su rotunda negativa me sumió en un mar de tristes meditaciones, y sólo cuando me vió llorar amargamente consintió en darme diez libras de su bolsillo particular. «Yo soy pobre —me dijo— y no debe usted esperar nada más de mí.»

La patrona me esperaba á la puerta.—Aquí tiene usted—murmuró con insolente cortesía—la cuenta. ¿Tendría la señorita inconveniente en pagármela al momento?

—Al momento, señora—repliqué cogiendo el papel con altanería, pero temblando en mi interior.

Apenas lancé una mirada al total cuando comprendí que no me alcanzaba el dinero. La cuenta ascendía, nunca lo olvidaré, á doce libras, trece chelines y cuatro y medio peniques. Toda la tarde la pasé al lado de la chimenea, pensando en mi si-

tuación. No podía pagar la cuenta y la patrona no me dejaría sacar mis baúles, mi equipaje y mi dinero. ¿Cómo iba á encontrar nuevo hospedaje? Mientras no inventara algo, durante tres meses iba á estar sin un céntimo. A nadie sorprenderá que pensé escaparme con mis baúles; pero en cuanto empaqueté todo comprendí que era imposible, pues no podía ni moverlos del suelo.

Así angustiada no dudé un momento, y poniéndome una cofia con velo, y echándome un mantón sobre los hombros, me lancé con decisión á recorrer las calles de la ciudad. Era ya noche cerrada, y aparté de los policías había pocos paseantes por la calle.

Miraba á los agentes, á los que en mis actuales circunstancias no podía menos de considerar como enemigos, y en cuanto veía sus movibles linternas cambiaba de rumbo y me metía por otra calle. Algunas pobres mujeres recorrían las calles húmedas, envueltas en sus chales, que el frío viento hacía revolotear; aquí y allá pandillas de jóvenes que á sus casas regresaban borrachos, y golfos y rufianes mirando á todas partes y asomando la cabeza por las esquinas como atisbando á los transeuntes, pero ni una sola persona á quien poder dirigirse en busca de protección y ayuda.

Por último, en la esquina de una calle ví á uno que por su aspecto elegante, su abrigo de pieles y el olor que despedía su cigarro habano, me pareció una persona decente, y á él me dirigí. Aunque mi cara ha cambiado mucho con los años, podrá usted, sin embargo, comprender que no miento si le digo que era muy bonita, y aunque cubierta por un velo no dejé de comprender que había hecho gracia al del abrigo, y armándome de valor, le dije dominando mi emoción:

—¿Caballero, puede una señora confiar en usted?  
 —¿Por qué eso, querida?—dijo separando el cigarro de la boca.—Levante ese velo para que le vea la cara.

—Aclaremos la situación—interrumpí.—Vengo á pedir un favor á un caballero, sin ofrecer recompensa alguna.

—Me gusta la franqueza, aunque nada de tentador tenga. Vamos á ver. ¿En qué puedo serle útil?

Como comprendí que era imposible entrar entonces en explicaciones, le dije:

—Si quiere usted acompañarme á una casa no lejos de aquí, lo sabrá usted.

Me miró como dudando, arrojó su no terminado cigarro, y ofreciéndome el brazo con perfecta cortesía, exclamó:

—Vamos.

En lugar de tomar el camino más corto, lo alargué, dando revueltas con objeto de que me diera tiempo, de que por mi conversación pudiera juzgar quién era y á qué clase de la sociedad pertenecía. Al llegar á mi casa ya estaba segura de haber conquistado su interés, y antes de poner la llave en la cerradura le supliqué que no hiciera ruido y hablara bajo. Así lo hizo y entramos en mi saloncito.

Encendió una cerilla un poco tembloroso y me preguntó:

—¿Se puede saber qué significa todo esto?

—Tenga usted la bondad—contesté en voz baja—de ayudarme á sacar estos baúles sin que nadie se entere.

Cogió la vela, y acercándose á mí, dijo:

—Necesito ver su cara de usted.

Levanté el velo de mi capota, y con todo el esfuerzo que pude para parecer tranquila, le miré fija, mente. Durante algún tiempo, con la vela en alto-

me estuvo mirando como escudriñando en mi alma, hasta que añadió:

—Está bien; y adónde los llevamos?

Veía claro que había ganado la partida, y con voz temblorosa murmuré:

—Desearía que entre los dos los lleváramos á la esquina de Euston Road, donde, á pesar de la hora que es, podremos encontrar un coche.

—Perfectamente—contestó.—Y cogiendo uno de los baúles se lo echó al hombro, cogió el asa del otro y me indicó que lo levantara por la otra, y así salimos á la calle y llegamos hasta cerca de la esquina de Euston Road. En frente de una casa, á la luz de un farol, mi compañero se paró.

—Dejemos aquí los baúles mientras vamos á buscar un coche á la parada próxima—me dijo;—de esa manera, y al mismo tiempo que no los perdemos de vista, evitaremos la escena ridícula de un caballero y una muchacha de centinela al lado de un montón de equipajes, que á estas horas de la noche nos haría sospechosos.

Así lo hicimos, y no dejaba de tener razón, pues antes de que viéramos la menor señal de coche, apareció un policía, nos enfocó con su linterna y se puso á nuestro lado.

—¿Hay algún coche por aquí, guardia?—preguntó mi campeón con aire alegre.

El agente no contestó, mi acompañante le ofreció un cigarro, que rehusó secamente; el joven me miró haciendo un gesto de resignación y nos pasamos en el borde de la acera, aguantando la pertinaz lluvia, siempre bajo la vigilancia del policía que desde el quicio de una puerta nos observaba.

Por fin llegó á pasar un coche salpicando lodo y mi compañero le gritó:

—Para, que tenemos el equipaje aquí al lado.

Cuando el policía, que no cesaba de seguirmos, vió mis dos baúles en la acera, sus sospechas crecieron de punto, la luz del farol acababa de apagarse y toda la calle quedaba á obscuras; no había manera—pensé—de poder explicar la presencia de mi equipaje, abandonado en plena lluvia y á tales horas. Enfilando el haz de luz con la cara de mi acompañante preguntó:

—¿De dónde han salido estos efectos?

—De dónde ha de ser, de esta casa—replicó el caballero mientras se echaba un baúl á las espaldas.

El policía silbó y empezó á mirar las ventanas de la casa y se dirigió á la puerta para llamar, lo que hubiera sido nuestra perdición; pero viendo que nos dirigíamos con los baúles en busca del coche, sin llamar giró sobre sus talones y siguió nuestros pasos.

—¿Adónde le decimos al cochero que nos lleve?—preguntó mi acompañante en voz baja.

—A cualquier sitio. No lo sé; adonde usted quiera—repliqué atolondrada y medrosa.

Una vez los baúles en el coche, y yo ya dentro de él, mi salvador dió las señas al cochero en alta voz de la casa esta en que ahora nos encontramos. El policía parecía asombrado. Este barrio tan pacífico, tan aristocrático le desconcertaba en sus sospechas. Apuntó el nombre de la calle y el número de la casa y habló algunas palabras al oído del cochero.

—¿Qué le habrá dicho?—pregunté en cuanto el coche echó á rodar.

—Muy sencillo; y le aseguro á usted que no tenemos más remedio que ir á las señas dadas, porque si se nos ocurre cambiar de dirección, el cochero nos llevaría directamente á la delegación más próxima. Y, ante todo, permítame que la felicite por su valor y sangre fría. Le aseguro á usted que he pasado de el ~~hacer~~ más temible de mi vida.

Pero mi sangre fría y mi valor estaban tan por los suelos, que no tenía ni fuerzas para hablar é hicimos la carrera en el mayor silencio. Al llegar aquí abrió mi campeón la puerta de la casa, metió el cochero los baúles hasta la antesala y se alejó contento con la espléndida propina que mi protector rumbosamente le diera. Después me trajo á este comedor, que no se diferenciaba de lo que es ahora si no por ciertos detalles que se ven en las casas de los solteros, escanció una copa de vino y me obligó á que la bebiera. Cuando pude hablar, exclamé:

—¡En nombre de Dios! ¿en dónde me encuentro?

Me dijo entonces que estaba en su casa, donde era muy bien venida y que se honraba con mi presencia, y que no tenía otro deseo que servirme y verme tranquila. Me ofreció otra copa de vino que bebí, pues me sentía desfallecer y próxima á caer con un ataque de nervios, se sentó al lado de la chimenea, encendió otro puro y se puso á observarme con fijeza.

—Ahora que ya la veo á usted tranquilizada, ¿quiere usted tener la bondad de explicarme en qué clase de crimen me ha hecho usted ser involuntario cómplice? ¿Es usted asesina, ladrona, matutera ó simplemente una inofensiva mariposa nocturna?

Ya me había chocado que encendiese el cigarro sin pedir permiso y recordaba que antes había tirado el otro al hablar conmigo, y ahora, ante la insultante pregunta, me sentí indignada y decidí reconquistar su estimación y respeto. Nunca me había importado la opinión pública, pero empezaba á dar algún valor á la idea que de mí pudiera formarse mi compañero. Empecé en tono sentimental á contarle mi aventura, pero pronto lo dejé para hablar en el tono vivo y descarachero que me sea natural, y dije:

mi casa paterna y consiguientes amarguras. Fumando seriamente, sin interrumpir, escuchó la historia, y cuando terminó, me dijo:

—Señorita Fanshawe, es usted la criatura más graciosa y angelical que he conocido; aquí no queda otra cosa que hacer sino que mañana volveré á su casa y satisfaré las exigencias de su patrona.

—Me parece—contesté—que no ha interpretado usted bien lo que he dicho. Si hubiera usted apreciado bien mi carácter, comprendería que no podía recibir dinero de manos de usted.

—Con seguridad que su patrona no es tan delicada—replicó,—ni tampoco desespero de convencer á usted. Deseo que me examine y me juzgue con indulgencia. Me llamo Enrique Luxmore, hijo segundo de lord Santhwark. Tengo una renta de diez mil libras esterlinas al año, la casa en que nos encontramos y siete más en los mejores barrios de la ciudad. No creo que tenga una figura repugnante, y cuanto á mi carácter, ya lo ha visto usted puesto á prueba. Encuentro en usted la personilla más original que podía imaginarme; no necesito decirle lo que ya sabe, que es usted excesivamente bonita, y que quiere usted que añada sino que, aunque le parezca locura, estoy perdidamente enamorado de usted.

—Caballero—le dije,—estaba preparada á que se me juzgara mal; pero mientras continúe sin aceptar su hospitalidad, ese mero hecho creo que sería suficiente para protegerme contra todo insulto.

—Usted perdone. Lo que la propongo es el matrimonio—replicó, apoyándose contra el respaldo de la silla y dando una chupada al cigarro.

Confieso que me sentí confundida ante semejante proposición, no sólo por lo inesperada, sino por lo original de la declaración. Bien sabía él que lograría su propósito, porque no sólo era un buen mozo,



sino que sus maneras, su calma y su conversación eran distinguidísimas y atrayentes. En una palabra, y para no ser cansada, quince días después era la esposa del honorable Enrique Luxmore.

Durante unos veinte años mi vida fué de lo más tranquila y agradable. Mi Enrique tenía sus debilidades, y dos veces estuve á punto de separarme y salir de la casa conyugal; pero pronto se me pasaban los arrechuchos y, á pesar de ver sus faltas, estaba tan enamorada de él, que siempre perdonaba.

Por último quedé viuda, y tal es el poder del orgullo y tan equivocado concepto tenemos de nosotros mismos, que en el lecho de muerte y con fuerzas apenas para hablar, me dijo que me perdonaba los malos ratos que le había dado á causa de la violencia de mi carácter. Sólo tuvimos un fruto de nuestra unión, mi hija Clara. Había heredado una sombra de los defectos de mi marido, pero en las demás cualidades creo que puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que era mi vivo retrato.

Aunque confieso haber tenido mis defectos, como madre era irreprochable. En mi hija contaba para el porvenir: mi tranquilidad, mi esperanza, toda la cifré en ella. Pero estaba escrito que no había de ser así. Escasamente me creerá usted cuando le diga que se escapó de casa. No sé que ideas sobre las naciones oprimidas, Irlanda, Polonia, etc., habían excitado su cerebro, y si alguna vez encuentra usted en su camino una señorita de extremada belleza que responda á los apellidos de Luxmore, Lake ó Fomblanque, pues según me han dicho usa unas veces uno, otras otro y aún alguno más, según tengo entendido, dígame de mi parte que perdono su crueldad, y que aunque ya no volveré á verla jamás, estoy dispuesta á asignarla una buena renta.

Al morir Mr. Luxmore no me ocupé de nuestros

asuntos. Creo ya le he dicho á usted que ésta y otras siete casas pertenecían á mi marido. Esas siete casas han sido para mí siete calamidades. La avidez de los inquilinos, la indelicadeza de los administradores y la inutilidad de la que le habla se han combinado para hacer de esas casas la carga más pesada de mi vida. En cuanto se me ocurrió mirar por mis intereses é inspeccionarlo todo, no sé cómo fué, pero me ví metida en una serie de pleitos de alguno de los cuales aún no he salido. Ya habrá usted oído hablar de mí, de la señora Luxmore la de los pleitos, como me llaman, ¡yo que tanto ansío la paz y la tranquilidad! Pero yo soy de la madera de los que una vez que han emprendido algo, mueren antes que ceder. Mil obstáculos he encontrado en mi camino: insolencias, ingratitude de parte de mis abogados, en mis contrincantes falta de energía, más variables que un calendario, y del tribunal buenas palabras, sí, buenas palabras, pero no he visto una pizca de independendia, de conocimientos, ni de amor á la justicia, ni nada de lo que tenemos derecho á exigir de un juez, encarnación que debiera ser del más alto cargo humano. A pesar de todo, contra viento y marea sigo luchando.

Después de perder uno de mis pleitos se me ocurrió hacer una peregrinación por todas mis casas. Cuatro de ellas estaban desalquiladas y cerradas como pilares de sal conmemorando la corrupción de la época y el descenso de las virtudes privadas. Las tres restantes estaban ocupadas por personas que me habían amargado la existencia con inconcebibles exigencias y subterfugios de la ley, personas que en este mismo momento estoy pensando cómo ponerlas en la calle. Esto me desesperó más que todo, al ver que en mis narices y contra mi voluntad, con ostentación insolente, ocupaban aquellos

magníficos hoteles tan míos como la carne que cubren mis huesos.

Una casa me quedaba por visitar, ésta. En aquel tiempo yo siempre vivía en una fonda y esta casa se la había alquilado á un tal coronel Geraldine, ayudante del príncipe Florizel de Bohemia, de quien ya habrá usted oído hablar; y estaba satisfecha, pues dado el carácter y la posición de mi inquilino, no tenía nada que temer. Mi sorpresa fué grande cuando al llegar encontré la casa cerrada y abandonada. No le negaré que aquello me ofendió y me sentí molestada, por lo que decidí poner la administración de todo en manos de un abogado. Después, y como el ambiente aquel me recordaba tiempos felices, me senté á recrearme en mis recuerdos á la puerta del jardín. Era en Agosto, la tarde era bochornosa y cálida, pero es un sitio agradable, como podrá usted verlo de día, sombreado por las ramas de un frondoso castaño. En la plaza no había un alma, á lo lejos se oían los acordes de una orquesta, la calma era grande á mi alrededor, todo ello me invitaba á permanecer allí en un estado de agradable tranquilidad.

Al poco rato ví que avanzaba por la plaza, y por fin se detenía delante de la puerta de esta casa, un carro de mudanzas nuevo ó recién barnizado, tirado por hermosos caballos y conducido por varios hombres de muy buena apariencia. El carro, en lugar del nombre del negociante, llevaba un escudo de armas que, desde donde yo estaba, no podía descifrar. Uno de los hombres abrió la puerta, é inmediatamente los otros, creo que eran siete por junto, empezaron á descargar cestas de botellas y cajas que debían de contener vajilla y servicios de mesa. Todo lo fueron metiendo en casa y acto continuo abrieron de par en par las ventanas del comedor y

empezaron á poner la mesa. Pensé que mi inquilino volvía á ocupar su antiguo domicilio, y aunque estaba determinada á no permitir que atropellaran mis derechos, me entretuve en verlos y admirar el orden y la disciplina con que lo arreglaban todo. Terminaron, cerraron las ventanas, salieron de la casa cerrando la puerta, se colocaron en el carro y desaparecieron por la inmediata calle. Todo volvió á quedar como estaba después de aquello que me parecía una visión. No era una visión, y cuando me levanté de mi silla pude ver por la ventana del comedor que habían dejado todas las lámparas encendidas á pesar de que todavía faltaban un par de horas para anochecer. Indudablemente los convidados debían llegar muy pronto. ¿Para quién eran todos esos preparativos? Aunque nada ñoña, tengo mis transigencias en cuestión de moralidad y pensaba con indignación si la casa adonde me llevó mi marido y donde habíamos vivido estaba destinada á... Ya me ví envuelta en un nuevo pleito, y decidida á volver y á enterarme de todo, me fuí á mi hotel en busca de la cena.

Serían las diez de la noche cuando volví á mi puesto de observación. La noche era clara y tranquila, la claridad de la luna tan fuerte que la de los faroles parecía avergonzada, y la sombra debajo del castaño, negra como las tintas. Allí me aposté, apoyada la espalda á la verja, teniendo á la vista mi antiguo hogar iluminado por la luna: ahí permanecí largo rato recordando el pasado.

Sonaron las once en los relojes vecinos, y apenas acababan de dar las últimas campanadas cuando ví que á la casa se acercaba un caballero de agradable porte. Venía fumando; el abrigo de verano sin abrochar dejaba ver el frac, y por lo que pude juzgar me pareció elegante y agraciado. Al llegar á la puerta

sacó un llavín del bolsillo, entró y desapareció por el alumbrado vestíbulo. Apenas había entrado, cuando noté que otro mucho más joven que el anterior venía del lado opuesto de la plaza y se acercaba rápidamente. Teniendo en cuenta la estación en que estábamos y la noche suave y agradable que hacía, me pareció que venía demasiado embozado, y en su precipitación todo era volver nerviosamente la cabeza como si temiera que le siguieran. Al llegar á la puerta se detuvo, subió un escalón como si fuera á entrar; de repente, como si cambiara de idea, dió media vuelta y echó á correr en dirección opuesta; de nuevo se volvió á parar indeciso, hasta que al fin, haciendo un violento gesto, giró sobre sus talones, se dirigió veloz á la puerta y dió un aldabonazo; casi en el mismo instante la puerta se abrió.

Mi curiosidad era grande. Me agazapé todo lo posible en lo más obscuro de la sombra esperando el resultado. No tuve mucho que aguardar, porque al momento un joven apareció por el mismo lado de la plaza, pero andando muy despacio y embozado como el anterior hasta los ojos. Se paró delante de la casa, y echando una mirada por su alrededor se deslizó á lo largo de la verja y se puso como á escuchar lo que en la casa pasaba. En el comedor se oyó el ruido del taponazo de una botella de champagne, acompañado de una sonora y viril carcajada. El espía sacó una llave, abrió la verja y descendió las escaleras que conducen á la parte baja de la casa. Cuando tenía la cabeza á nivel del suelo, se detuvo para echar una escudriñadora mirada á su alrededor. Su bufanda dejaba al descubierto su cara, y á la claridad de la luna pude notar la intensa palidez de su semblante.

No pude permanecer quieta por más tiempo. Convencida de que de algo grave se trataba, me acerqué á la verja; no había nadie abajo y supuse que



el hombre había entrado con algún criminal intento. Nunca he sido cobarde, así es que no necesito decirle que al momento abrí la verja y seguí el mismo camino que el hombre pálido. La puerta de la cocina estaba sólo entornada y supuse que el criminal dejaba así preparada su salida. Entré y con la mayor decisión cerré la puerta con llave. Del comedor, que daba precisamente encima de donde me encontraba, llegaba el murmullo de una animada conversación, y durante algún tiempo permanecí en la obscuridad, pensando que me había metido en un sitio peligroso, donde mi presencia no podía servir de nada, si no era para comprometerme seriamente.

Así, pues, no le negaré que empecé á sentir miedo, y mirando á mi alrededor ví que en el final del corredor había brillado algo que parecía una tenue luz. Con infinitas precauciones para no ser sentida, me dirigí hacia allí; en el ángulo que forma el pasillo pude observar la puerta de la despensa entreabierta, dejando salir por la abertura una línea de luz, que era la que me había guiado.

Acercándome más miré por la hendidura: el hombre sentado en una silla é inclinado á un lado con la cabeza tendida parecía escuchar atentamente, y en la mesa, delante de él, había dos pistolas, una linterna sorda y un reloj de bolsillo. En un momento una serie de teorías, crímenes y proyectos acudieron á mi cabeza, y de repente se me ocurrió lo que instantáneamente puse en práctica: de un portazo cerré la puerta y eché la llave, dejando encerrado al malhechor. Sorprendida de mi valiente decisión quedé fría de miedo apoyada á la pared, sin saber qué partido tomar. El criminal parecía haber aceptado su suerte con resignación, pues no percibí

completar mi obra, y armándome de valor subí las escaleras.

A medida que subía al primer piso desaparecía el miedo para dar lugar á mi sentido humorístico y empecé á forjarme las más cómicas escenas al considerarme como bandolera, asaltando mi propia morada, y dos señores completamente desconocidos cenando alegremente en el comedor, ignorantes de la desagradable sorpresa que se les había preparado y de la cual yo les había salvado.

Este comedor comunica con un cuartito destinado para despacho, y en él me metí para poder observar sin ser vista. Las circunstancias me ayudaron, pues como la noche era calurosa habían abierto las puertas, y aunque las ventanas que daban á la calle estaban cerradas, la del despacho estaba de par en par, así como las puertas de comunicación entre las dos habitaciones. Podía notar con claridad el blanco mantel de damasco, iluminado por múltiples velas sostenidas en elegantes candelabros de plata, y restos de fiambres exquisitos del más refinado gusto. Los dos caballeros acababan de cenar y entretenían la sobremesa con aromáticos habanos y copas de licor, y en una cafetera de plata preparaban á la moda oriental el rico café. El mayor de los comensales, el primero que entró en la casa, estaba sentado dando el frente á mi punto de observación; el otro, á su izquierda, y ambos, como el de la despensa, parecían escuchar atentamente, y la cara del segundo reflejaba la más clara expresión del terror; sin embargo, por la conversación que siguió parecía ser el mayor el más alarmado, pues le dijo:

—Le aseguro á usted que, no sólo he oído un portazo, sino el ruido de pasos.

—Su Alteza se ha equivocado —replicó el más joven.—Estoy dotado de un oído finísimo y podría

jurar que no se ha movido una mosca en la casa.

Su intensa palidez y la contracción de sus facciones estaban en total discordancia con el tenor de sus palabras.

Su Alteza, en quien al momento reconocí al príncipe Florizel, lanzó una rápida mirada á su interlocutor, y aunque no hizo la menor señal de emocionarse ni cambió su tranquila actitud, pude comprender que nada se le pasaba por alto.

—Bueno, no es nada; cambiemos de conversación—dijo.—Y ahora que yo he sido franco y con claridad he explanado mis sentimientos, recordándole su promesa le invito á que imite mi franqueza.

—He escuchado á Su Alteza con gran interés—replicó el joven.

—Y con una paciencia sin límites—añadió el príncipe con finura.

—Más que eso; con una gran simpatía—siguió diciendo el joven.—No sé decirle á usted el cambio repentino que en mí se ha efectuado. Debe usted tener un encanto especial para conquistar á sus enemigos.

Miró al reloj y palideció horriblemente.

—Tan tarde ya—exclamó.—¡Por Dios, príncipe, por lo más sagrado, antes que sea demasiado tarde salga usted de esta casa!

El príncipe miró de nuevo á su comensal, y con gran calma, sacudiendo la ceniza de su puro, dijo:

—A propósito de cigarros; tengo la extraña manía de no seguir fumando un puro en cuanto se le cae la ceniza; me parece que con ella se le va la fragancia y que lo que tengo entre los dedos no es sino un pedazo de paja. Inmediatamente tengo que encender otro.

—No lo tome á broma, se lo juro—interrumpió el otro temblando, horrorizado.—Me he jugado mi ho-



nor y mi vida. ¡Váyase usted, no pierda un momento; si tiene usted un poco de bondad para un joven desgraciado, engañado, pero al fin dominado por mejores sentimientos, salga usted y no vuelva la cabeza para ver lo que pasa.

—Caballero—replicó el príncipe.—He venido aquí bajo su palabra de honor, y ahora le doy yo la mía que confío en ella como la mejor salvaguardia. Ya está el café listo, tomésmolo,—y con una cortés indicación de la mano invitó á su comensal á que se sirviera café.

El desgraciado joven se puso en pie.

—En nombre de lo que más quiera, por el sentimiento más sagrado, por piedad hacia mí, ya que no por lástima á usted mismo, huya usted antes que ya no haya remedio.

—Caballero—replicó el príncipe.—No soy con facilidad accesible al miedo, y si tengo algún defecto, de que debo acusarme culpable, es el de ser sumamente curioso. No es ese el camino para hacerme salir de esta casa en la que hago de anfitrión, y permítame que le diga, joven, que si algún peligro nos amenaza será que usted lo ha buscado, no yo.

—¡Ay de mí! no sabe usted á lo que me condena, exclamó el joven—pero á lo menos yo no pondré la mano en ello.

Y al decir esto sacó un frasquito de su bolsillo, bebió de un sorbo su contenido y al momento se inclinó hacia atrás y rodó al suelo.

El príncipe se levantó, y de pie á su lado miraba sus últimas convulsiones sobre la alfombra exortando:

—¡Pobre gusano! ¡pobre gusano! ¿Qué será peor la debilidad ó la maldad? ¿Es posible que algunas ideas se arraiguen tanto en estos pobres cerebros que les haga acabar tan miserablemente?

A todo esto ya había yo entrado en el cuarto, y me dirigí al príncipe y le dije:

—Alteza, no es esta hora de filosofar, con un poco de actividad creo que podremos hacer algo por este joven; en cuanto al otro nada hay que temer, pues lo tengo puesto á buen recaudo bajo llave.

El príncipe se volvió, mirándome con extrañeza pero con calma, hasta que dijo:

—Pero mi querida señora, ¿quién diablos es usted?

Me había arrodillado para auxiliar al moribundo, pero como no sabía con qué clase de pócima se había envenenado, tuve que probar varios antidotos. Lo menos medio cuartillo de aceite y vinagre del que sobraba de la ensalada que habían preparado le hice beber sin aparente resultado. Después le dí una gran taza de café caliente.

—¿Hay leche?—pregunté.

—Creo que no, señora—contestó el príncipe.

—Sal entonces, es un revulsivo; acérqueme el salero.

—Y quizás mostaza—añadió el príncipe alargándome un plato con recipientes de varias especies.

—En efecto, la idea es excelente; disuelva usted mostaza en un vaso de agua.

No sé si fué la sal, la mostaza ó la mezcla de tanto revulsivo, pero el caso es que tan pronto como le hice beber el último cáustico el joven dió señales de mejoría.

—¡Vea usted!—exclamé contenta de mi triunfo. —Le he salvado.

—Sin embargo, señora, sus desvelos me parecen supérfluos, y no son sino una crueldad disfrazada. Cuando se ha perdido el honor es inútil prolongar la vida.

—Si usted hubiera tenido una vida tan accidentada como la mía, príncipe, pensaría usted de otra

manera. Por mi parte haré cuanto pueda por salvarle; la vida es la vida.

—¡Habla usted como mujer, señora mía, y como tal dice la verdad! Pero á los hombres nos está permitido pensar de otra manera, y al exigírsenos el honor como norma de nuestros actos, nos hacemos inmerecederos de todo perdón al perderlo. Ahora, si usted me permite, y con el mayor respeto, me tomo la libertad de volverla á preguntar á quién tengo la honra de tener en mi compañía.

—Soy la propietaria de la casa en que estamos—contesté.

—Por cierto que estoy en deuda con usted—dijo el príncipe.

Sonaron las doce en el reloj de la chimenea. El joven, incorporándose y apoyándose en el codo, con una expresión indescriptible de terror y desesperación en la cara, gritó angustiosamente:

—¡Las doce! ¡Ah, Dios mío!

Nos quedamos helados sin comprender lo que quería decir; los relojes vecinos daban la hora, y la gran campana de la parroquia no había aún terminado de tocar cuando dentro de la casa sonó una seca detonación. El príncipe se lanzó á la puerta por donde yo había entrado, pero pudo interceptarle el paso y le pregunté:

—¿Lleva usted armas?

—No, señora, tiene usted razón; cogeré un morrillo de la chimenea—añadió.

—El de abajo tiene dos armas de fuego, ¿se qué le serviría á usted eso?

Se detuvo.

—En efecto, así es; pero como usted comprenderá no podemos permanecer aquí sin saber qué ha sucedido.

—¿Y á quién se lo dice usted que me muero de

curiosidad? Pero creo que lo mejor será avisar á la policía, ó si Su Alteza teme el escándalo, llamar á alguno de los criados.

—Eso jamás, señora. Me choca que una mujer tan valiente proponga eso. ¿Quiere usted que yo envíe á otros donde yo tenga miedo de ir?

—Está usted en lo justo, he sido una tonta. Ande usted adelante, yo llevaré una vela, y sea lo que Dios quiera.

Juntos bajamos la escalera, él armado del hierro, yo alumbrando el camino, hasta que llegamos á la puerta de la despensa y la abrimos. No me asombró lo que ví, porque me lo figuraba; lo que no pude resistir fué la vista del destrozado cuerpo del suicida. El príncipe, tan inmovible como siempre, me ayudó á subir al comedor, á donde galantemente me condujo del brazo.

Aquí encontramos á nuestro paciente, lívido y desencajado, pero muy repuesto y casi sentado, apoyado á una silla. Alargó las manos y abrió desmesuradamente los ojos en señal de interrogación.

—Se ha matado —le dijo el príncipe.

—¡Pobre de mí! —exclamó con amargura el joven. —Yo también debiera haber muerto. ¿Qué hago yo aquí deshonorado? ¡Y él, mi constante camarada, censurable, sí, bajo muchos conceptos, pero fiel á su idea, se ha juzgado y ajusticiado á sí mismo por una falta involuntaria! ¡Ah, caballero, y usted también, señora, sin su cruel auxilio estaría yo ahora fuera del alcance de mis remordimientos! Soy víctima de mis defectos y de mis virtudes. Desde niño aborrecí la injusticia, y mi sangre hervía irritada contra el cielo cuando veía gente enferma, y contra los hombres cuando veía las penas de los pobres. El pan se me atragantaba cuando comía, y recordaba á los pobres muertos de hambre, y muchas veces he llo-

rado al ver sufrir un niño. ¿No era muy noble todo eso? Y, sin embargo, ¡á qué estado me han llevado esas ideas que año tras año me han martirizado! ¿Qué habíamos de esperar de los reyes? ¿Qué de las clases privilegiadas que nadan en dinero? Sabía que la burguesía que hoy nos maneja es baja, cobarde y estúpida; la he visto constantemente hacer cálculos y combinaciones para tumbar al que tiene arriba y chupar la sangre de los que tiene debajo; sabía que su estupidez acarrearía, tarde ó temprano, su propia ruina, que sus días estaban contados, pero ¿y cómo esperar? Días mejores habían de venir, sí, pero el niño hambriento ¿cómo había de aguardar en medio de la lluvia ó en el quicio de una puerta? En una palabra: con impaciencia por hacer el bien me alisté entre los enemigos de esta injusta y condenada sociedad con objeto de conservar vivos los fuegos de mi filantropía, y quedé atado con los lazos de un irrevocable juramento.

Este juramento ha sido toda mi historia. Para conquistar la libertad para el porvenir he perdido la mía. Tenía que acudir á la menor llamada; pronto mi padre me llamó la atención sobre las inusitadas horas á que entraba y salía de casa, hasta que un día me echó á la calle. Figúrense ustedes lo que de mí sería rodeado de conspiradores. A medida que pasaron los años fuí perdiendo las ilusiones. Rodeado, como digo, de fervientes discípulos y apologistas de la revolución, les veía diariamente adelantar y luego desesperarse, y empecé á perder toda la fe. Me había sacrificado por una causa en la que ya no creía. Horrible en verdad era la sociedad que combatíamos; pero nuestros medios de ataque no eran menos horribles y repugnantes.

No quiero detenerme en contarles todas mis penas; lo que yo sufría al ver los jóvenes libres, á los

que tenían su hogar, una familia, un trabajo honrado, lo mortificado que me sentía al verme privado de todo por mi inútil sacrificio. Lleno de miseria, mal alojado, comiendo mal, en constante ansiedad, pasando las noches á la intemperie, aguantando la lluvia, siempre exaltado, se me veía perder la salud en días. Todas estas torturas, todas estas privaciones, no particulares á mi caso, son comunes á todos los nuestros. ¡Un juramento tan ligero al prestarlo, tan difícil de romper! ¡Un juramento hecho en el entusiasmo de la juventud, cuántas congojas de arrepentimiento nos cuesta! ¡Un juramento que era en un tiempo la expresión de la verdad divina, acaba por ser el símbolo de la más degradante esclavitud! ¡Tal es el yugo á que infinidad de jóvenes se unen alegremente y acaba por serles una carga mil veces más horrible que la misma muerte!

No es que yo no pusiera todos los medios para librarme de ello. Pedí que se me relevase de todo cargo. Inútil. Huí, y por algún tiempo estuve escondido en París, en la Rue Saint Jacques, en frente de Val-de-Grace. Un pobre zaquizamí era mi albergue, pero daba el sol hasta el atardecer; veía el rincón de un jardín, y un pajarillo enjaulado en la ventana de uno de mis vecinos me alegraba con su animado gorjeo. Aunque enfermo y guardando cama durante largo tiempo me sentía feliz; ya no tenía que estar siempre alerta, dominado por el comité ni encargado del desempeño de vergonzosos y humillantes deberes. ¡Qué temporada tan apacible y feliz! Todavía recuerdo como un dichoso sueño el trinar del pajarillo de mis vecinos.

El dinero se me acababa y tuve que pensar en encontrar colocación. Apenas llevaba tres días buscando trabajo, cuando noté que me seguían. Me fijé en el que me seguía, desconocido para mí, y al dar

la vuelta á una esquina me metí en un café, donde haciendo que leía y con el alma en un hilo, pasé más de una hora. Al salir á la calle no había nadie y respiré; pero no había dado doscientos pasos cuando observé que el perro humano seguía de nuevo mi pista. No tenía tiempo que perder. Sometiéndome, podría á lo menos salvar una vida que de otra manera la perdía irremisiblemente con mi honor, y me dirigí apresuradamente á la agencia de la sociedad en que servía.

Aceptaron mi sumisión. Otra vez eché sobre mis espaldas el pesado fardo de esta vida; otra vez me he supeditado á los mandatos de hombres que aborrecía y despreciaba, aunque no podía menos de envidiarles. Ponían todo el entusiasmo de su corazón en su empresa, como yo lo había puesto en un tiempo, y ahora tenía que hacer á mi pesar cosas que me repugnaban y en las que ninguna fe tenía. Estaba condenado, obedecí para seguir viviendo y no vivo sino para obedecer.

Lo último que se me ha encargado hacer es lo que tan trágicamente ha terminado esta noche. Lo diré claramente: se me había exigido que pidiera á usted una audiencia privada en la que yo debía asesinarle. Lo que quedaba en mí de mis antiguas ideas era el odio á los reyes, y cuando me encargaron esta tarea la acepté con gusto; pero, caballero, usted ha triunfado. Durante la cena se granjeó usted mis simpatías. Su carácter, príncipe, su talento, sus ideas sobre nuestro desgraciado país, todo me lo habían pintado contrario de lo que es. Empecé por olvidar que era usted príncipe y no acordarme sino de que era usted hombre. Al ver que se acercaba la hora comencé á sufrir horribles tormentos, y cuando oí el portazo que me anunciaba la llegada de mi señor en el erlangen, ya recordará usted con qué interés le

rogué que partiera sin pérdida de tiempo. No lo quiso usted hacer, y no supe qué partido tomar; tenía que matar á usted, pero sabía que todo mi sér se revelaría llegado el momento y que mi mano se negaría á obedecerme.

Algo tenía que determinar, y al acercarse la hora, cuando llegó mi compañero, fiel á su cita, me encontré sin fuerzas para matar á usted y sin valor para causar la desgracia de mi cómplice. Para tan trágica situación no veía otra salida que mi muerte, y no es culpa mía si ahora vivo.

Pero, usted, señora, ha venido expresamente al mundo á salvar al príncipe y echar por tierra nuestros proyectos. Ha prolongado usted mi miserable vida y, al encerrar á mi compañero bajo llave, me ha hecho usted responsable de su muerte. Al ver que sonaba la hora y se veía imposibilitado á prestar su ayuda, dejándome á mí solo en el compromiso que los dos habíamos aceptado, se ha creído deshonrado y ha vuelto contra sí sus armas asesinas.

—Tiene usted razón, joven—dijo el príncipe Florizel;—ningún móvil mezquino le ha inducido á hacerse usted cargo de tal desempeño, y ahora que le veo á usted censurarse tan noble y desinteresadamente, y castigado tan trágicamente, no puedo menos de considerarme el causante de estas desgracias. Porque ha de parecer natural, señora, que usted y yo, al practicar actos aceptados como incontestables virtudes y faltas comunes, pero imperdonables, permanezcamos aquí, á la vista de Dios, con las manos limpias de todo crimen y las conciencias tranquilas, mientras que este desgraciado joven, por un error que casi le envidio, se encuentra en un estado de desesperación sin esperanza alguna.

Caballero — continuó el príncipe — nada puedo hacer por usted, mi protección sólo serviría para



desencadenar la tempestad que le amenaza; sólo puedo dejarle á usted en libertad.

—En cuanto á mí—añadí yo—como esta casa me pertenece le suplico que saque el cadáver de aquí usted y los suyos; creo que en justicia no pueden hacer menos.

—Se hará—replicó el joven con débil y desmayado acento.

—Y á usted, señora, á quien debo la vida, ¿qué puedo hacer por usted?—preguntó el príncipe.

—Alteza—repliqué.—Ésta es mi casa favorita y la tengo gran cariño porque para mí tiene muy dulces recuerdos. Toda mi vida he sufrido con mis inquilinos y está alquilada por su caballero mayor que nunca me causó molestia alguna; pero he cambiado de manera de pensar. Peligros como el de hoy amenazan constantemente á los grandes personajes y no quiero que mi casa comparta estos riesgos. Anule usted el contrato y me daré por más que satisfecha.

—Debo decir á usted, señora, que el coronel Geraldine no es el verdadero inquilino, el verdadero soy yo, y siento mucho que me considere usted tan poco aceptable y tan molesto.

—Alteza—le contesté—me ha sido usted sumamente simpático y admiro á usted por su carácter, pero como propietaria de la casa no debo mezclar esos sentimientos. Y, sin embargo, para probar á usted que no hay nada de personal en mi exigencia, le prometo solemnemente que no volveré á alquilar esta casa á nadie.

—Señora—dijo Florizel—defiende usted muy bonitamente su pleito para negarla nada.

Los tres salimos de la casa; el joven, andando con gran dificultad, se separó de nosotros en busca de sus compañeros conspiradores, y el príncipe, con

exquisita galantería, me acompañó hasta la misma puerta del hotel en que me hospedaba. Al día siguiente se anuló el contrato y desde ese día hasta hoy no he vuelto á alquilarla.

## VII

### LA MANSIÓN SUPÉRFLUA

En cuanto la anciana señora terminó su relato, Somerset se levantó para retirarse.

—Señora —le dijo,—su historia, no solamente es entretenidísima, sino hasta instructiva, y la ha narrado usted con energía y animación. Me he sentido conmovido, pues hace algún tiempo tuve ideas tan liberales que me hubiera afiliado á alguna sociedad secreta si la hubiera encontrado. Toda esa historia que me ha contado parecía estar hecha para mí, y en el curso de ella, sin embargo, me ha interesado más lo concerniente á usted que lo mío.

—No le entiendo á usted—dijo la señora Luxmore visiblemente molestanda.—Usted ha debido de interpretar mal lo que le he querido decir, debe usted ser un poco torpe.

Somerset, al notar su enfado, se apresuró á contestar:

—Mi querida señora, no ha comprendido usted bien mi observación; como persona un tanto orgullosa, mi conciencia me punzaba constantemente al ver lo mucho que le han hecho á usted sufrir gentes un tanto parecidas á mí.

—Veo con placer que lo arregla usted pronto con su claro talento y siento no haber dado antes con él —replicó la anciana señora.

—Lo que de veras no comprendo, es lo que yo tengo que ver con todo esto en concreto—añadió el joven.

—A eso voy, y en la oferta que hice al príncipe Florizel es donde entra usted. Tengo un carácter puramente nómada, y cuando no tengo algún pleito pendiente me voy á viajar por el continente. No he estado nunca enferma y me encanta el bullicio, pero estoy cargada de años. Para ser breve. Dentro de poco me voy á Evian y me atormenta la idea de abandonar esta casa, que no quiero alquilar, y cuya administración tampoco me encuentro con fuerzas para llevar. Para quitarme ese peso de encima, haciéndole á usted un favor, he pensado deshacerme de ella, entregándosela á usted por su cuenta amueblada y tal como está. Es una idea que rápidamente se me metió en la cabeza al verle y que le parecerá extravagante, pero á mí me parece graciosísima, pues cuando mis parientes lo sepan se llevarán un mal rato horrible y eso me encanta. Aquí tiene usted la llave; mañana á las dos de la tarde vuelva usted á tomar posesión tranquilamente, pues ni yo ni mis gatos estaremos aquí para molestarle.

Al decir esto la señora se levantó como para despedir á su visita; pero Somerset, mirando á la llave que en la mano tenía, empezó á excusarse.

—Pero mi querida señora, esto es de lo más original y raro que en mi vida he visto. Usted ni me conoce ni sabe nada de mí, á no ser algunos de mis actos, imprudentes unos, tímidos los otros. Usted no sabe si yo soy un bandido, que se me ocurra vender todo el mobiliario...

—Por mi parte puede usted pegarle fuego si quiere—interrumpió mistress Luxmore.—Es inútil que me haga usted reflexiones. Cuando me empeño en una cosa no me importa un ardite todas las conside-

raciones del mundo. Tal es mi carácter. Me divierte hacerlo así y basta. Usted puede hacer lo que quiera: alquilar habitaciones, vivir en todo el hotel, como guste. Por mi parte me comprometo á notificarle mi regreso con un mes de plazo, y nunca dejo de cumplir religiosamente lo que prometo.

Iba á protestar de nuevo, cuando la señora, poniéndose seria, le dijo:

—Si le creyera á usted capaz de profanar esta mansión con...

—Señora—le interrumpió Somerset;—acepto y le suplico me crea que acepto con alegría y gratitud. Creo que esto basta.

—Está bien; si me equivoco, qué se le va á hacer. Y ya que todo está arreglado, beso á usted la mano. Buenas noches.

Y acto continuo, como no queriéndole dar tiempo para contestar, condujo al joven hasta la puerta de la calle, donde le dejó clavado en la acera mirando la llave con asombro.

Al día siguiente, y á la hora señalada, nuestro joven se dirigió á la que llamaré Golden Square, aunque este no es el nombre de la plaza. Qué pensar, ni él mismo lo sabía, porque muy bien puede un soñador vivir de forjadas novelas y no estar preparado cuando llega la hora de su realización. Con cierta sorpresa quedó parado delante del hotel contemplando su sólida arquitectura.

Sacó la llave; fácilmente abrió la puerta, penetró en la casa y recorrió sus amplias y solitarias habitaciones como un salteador privilegiado, escoltado por el eco de sus pasos, que retumbaban en los largos pasillos y espaciosas salas. Los gatos, la criada, la anciana dueña, todos habían desaparecido sin dejar señal ni rastro alguno. Recorrió la casa en todos sus pisos y la encontró inmensa; la despensa gran-

de, cómoda y bien surtida; las alcobas muchas y grandes, y el salón hermoso y ricamente decorado.

Aunque el día era caluroso, el cielo puro y sin nubes y una bochornosa brisa del lago de Torquay caldeaba el aire, Somerset sintió como un fresco vientecillo que le hizo temblar con un escalofrío. El joven escuchó, pero sólo llegó á sus oídos el agradable rumor del aire tamizándose por entre las copas de los árboles del jardín.

Detrás del comedor el despacho, que ya conocemos por la relación de la señora, que por la parte de atrás daba sobre la cocina. Mucho le gustó este cuarto y decidió poner en él una cama de las de los cuartos del primer piso para que le sirviera de alcoba, y utilizar el salón, que era alegre, risueño, muy soleado, con vistas al jardín y á la plaza, como comedor y cuarto de estudio, pues pensaba dedicarse á la pintura, afición que de repente le entró y en cuyo difícil arte pensaba hacer prodigiosos adelantos. De la sala hacía, pues, comedor, cocina y estudio. Poco le costó hacer la transformación. Metió todo su ajuar en un coche de alquiler, y con ayuda del cochero, que durante la carrera había quedado encantado de las maneras del simpático joven, en poco tiempo bajó la cama y quedó todo instalado á su gusto. A las seis, cuando salió en busca de su cena, no pudo menos de volver la cabeza para contemplar su señorial mansión, y su cara se iluminó con la sonrisa del orgullo y del propietario. Durante algún tiempo permaneció contemplando la magnífica fachada, adornada de escudos nobiliarios, silbando por el agujero de la llave, cada vez más nervioso, como buscando que el silbido le despertara de su sueño, que no alcanzaba á comprender. Pronto llamó la atención del aristocrático vecindario la presencia del ocupante del palacio, que todos los días, á las



cuatro de la tarde, se sentaba en el balcón de la sala á fumar su pipa de barro y forjar nuevas novelas sugeridas por las espirales del humo. Sus repetidas y descocadas visitas á la taberna de la esquina habían, sobre todo, despertado una gran curiosidad entre los tiesos y uniformados criados del barrio. Las pesadas bromitas de lacayos, porteros y demás gentuza, casi rallaban en insulto, pero Somerset conocía á toda esa granjería, y con un poco de paciencia y unas cuantas copas ofrecidas á tiempo, le granjearon las simpatías de la servidumbre de la plaza y le dejaron en paz en adelante.

El joven decidió dedicarse al arte de Rafael, parte por la libertad de la profesión, parte por su innata aversión á los negocios. Despreciaba someterse á las horas de ninguna escuela ó academia, por lo que dedicó la mitad de la sala á estudio dond  empezaría á copiar la Naturaleza. Amontonó una porción de objetos que fué cogiendo de la cocina, del salón, del jardín y pas  varios días alegremente engolfado en el arte. La gran cantidad de cuartos de los pisos superiores le hacía pensar bastante, hasta que se decidió a poner en práctica la indicación que la dueña de la casa le había hecho, así es que acto continuo pegó con obleas, en los cristales de la planta baja, unos papeles anunciando que se alquilaban habitaciones amuebladas, y salió a la calle para ver el efecto que hacian desde la plaza. Volvió a su casa, encendió su pipa y empezó a meditar sobre el intrincado y difícil problema del precio de los alquileres.

Por aquel entonces empezó a abandonar un poco el arte que tanto le había encantado. Se pasaba los días en el balcón, con la pipa en la boca, esperando inquilinos, mirando a las bocacalles con la impaciencia que el pescador de caña mira al corcho botar en el agua.

Repetidas veces se paraba algún transeunte á leer el anuncio, y hasta llegaron á venir hasta la misma puerta coches con señoras elegantes, pero no sé qué veían de raro que nadie se decidía á informarse de precios y condiciones, á pesar de que Somerset escondía inmediatamente su pipa y guardaba la más correcta compostura. ¿Tendré yo algo de repugnante? se decía mirándose á las magníficas lunas del salón. De algo indudablemente dependía. Sus cálculos innumerables resultaron fallidos. Había calculado desde la modesta suma de veinticinco chelines por semana, hasta la majestuosa cifra de cien libras esterlinas. Todas sus operaciones aritméticas daban por resultado cero. Esto le tenía pensativo, buscando el por qué del mal éxito de sus anuncios, hasta que vino á dar en que en esta época del Sandwich, del Jabón Pear, de Griffiths, de Sal de Fruta de Eno, de anuncios rimbombantes, de chillones anuncios había que llamar la atención, para conseguir algo como lo consiguieron los otros y no lo logró Lamplough con su Salina Pirética. Pero Lamplough era elegante, Eno se dejaba ver por todas partes. Lamplough era trivial, Eno original, y yo que lo sabía me contentaba con poner una hoja de papel con dos lacónicas palabras, y por todo adorno, si adorno se puede llamar, cuatro obleas encarnadas. ¡Vaya un anuncio! ¿Qué hacer? ¿Me hundo como Lamplough ó me remonto como Eno? ¿Adopto la seriedad y modestia que sin duda está muy bien en un duque, ó me agarro á los hechos de la vida con el énfasis del comerciante y el ardor del poeta?

Persuadido en sus meditaciones cogió un gran pliego de papel y armado de sus pinceles se puso á componer un anuncio que llamara la atención. Algo bien combinado en colores y unas palabras originales para completar un anuncio de ruido, debían dar

excelente resultado pensé, y puse manos á la obra. Tenía dos proyectos: el uno una escena representando los placeres del hogar. El matrimonio sentado alrededor de la lumbre; los rubios rapazuelos correteando, el puchero humeante... si era bonito... pero ¿y una bonita representación del paraíso de Mahoma? Con el tierno corazón de padre no quiso sacrificar ninguno de estos dos productos de su ingenio y pintó los dos.

Alternaré, se decía, y con esto satisfago á todos.

Un penique á cara y cruz decidió la suerte, y el lienzo mahometano obtuvo la primacía. Era un cuadro de gran imaginación, fantástico en extremo, de atrevido color, y si no hubiera estado tan mal dibujado, hubiera podido ser considerado como modelo en su clase. Salió á ver el efecto desde la acera opuesta, y se sintió satisfecho de su creación. «He tirado por el suelo un asunto precioso, pero lo volveré á hacer en serio, y será el primer cuadro que presente á la academia.» El efecto que ambos trabajos produjeron fué igual á su mérito. De vez en cuando se acercaban grupos de gente de buen humor para admirarlos de cerca, pero sólo venían con ganas de bromas, de críticas y de burlona risa. La exhibición de los cuadros, aunque logró un ruidoso éxito de escandalosa burla, no logró conseguir lo que su autor se proponía.

El día que le tocó el turno al segundo lienzo, se presentó uno á tomar informes.

Era un caballero que entró sonriéndose y como conteniendo el soltar una carcajada.

—¿Tendrá usted la bondad de decirme qué significa ese anuncio tan raro?

—Cualquiera con dos dedos de frente puede comprenderlo—replicó Somerset amoscado; y como si temiera el ridículo, empujó la puerta para cerrarla;



pero el otro, interponiendo el bastón en el quicio para evitarlo, le dijo:

—Tenga calma, le suplico. Si en realidad alquila usted habitaciones, tiene usted delante un probable inquilino y desearía saber condiciones y precios.

Somerset en el paroxismo de la alegría, hizo pasar al caballero, le enseñó todos los cuartos uno á uno, mientras que con persuasiva elocuencia ponderaba las excelencias de cada habitación. El visitador parecía encantado con la sala.

—Este me convendría, ¿qué rentan las habitaciones de este piso y las de arriba?

—Se las dejaré en cien libras semanales.

—No por cierto—exclamó el caballero.

—Bueno pues cincuenta entonces.

El caballero le miró asombrado.

—Le encuentro á usted de una elasticidad exagerada. ¿Qué diría usted si yo siguiendo su ejemplo le ofreciera veinticinco?

—Hecho—contestó rápidamente, y luego como abochornado y á manera de explicación continuó:

—Ya ve usted eso me encuentro, no me cuesta nada.

—¿De veras?—dijo el forastero cada vez más asombrado.—Bueno veinticinco sin extras. ¿Eh?

—¿Cómo? ¿Qué?—tartamudeó el joven.

—Con el servicio incluido quiero decir.

—¿Servicio?—exclamó Somerset.—¿Cree usted que voy á subir yo á sacar las aguas?

El caballero le miró con interés y le dijo:

—Amigo mío, deje usted este negocio. Es un buen consejo. Adiós—y cogiendo su sombrero salió á la calle.

Esta contrariedad produjo un gran efecto en el artista y empezó á cortar las alas á sus ilusiones. Lo primero que hizo fué retirar del público los llama-

vos cuadros, relegándolos á la decoración del comedor, y sustituidos por papeles sujetos al cristal con obleas, con la añadidura de *Sin asistencia*. Se encontraba abatido; abatido por no encontrar inquilinos, abatido por haber hecho el ridículo con aquel caballero y finalmente por la ceguedad é ignorancia del público que no había sabido apreciar el mérito de los cuadros gemelos.

Casi una semana pasó antes de que el ruido de la aldaba volviera á herir sus oídos. Un caballero de aspecto extranjero, aire militar, afeitado, bien vestido, con sombrero blanco, deseaba visitar la casa y enterarse de los alquileres.

Dijo tener un amigo de salud delicada, que necesitaba llevar una vida tranquila y solitaria, libre de molestias y de los ruidos naturales en toda fonda y casas de huéspedes.

—Me ha gustado la advertencia que hace usted en su anuncio, y creo que es la que conviene á Mister Jones. ¿Es usted artista?—preguntó mirando fijamente á Somerset.

—Sí, señor,—replicó el joven.

—Y estos—observó el otro asomándose á la sala—¿son también obras de usted? Están muy bien.—Y volvió á mirar con fijeza al joven.

Somerset, sonrojado, se apresuró á llevar al visitador á que viera las habitaciones superiores.

—Magnífico—exclamó al mirar por una de las ventanas traseras.—¿Qué es aquélla, una pajarera? Muy bonito; bien, muy bien. Oiga usted. Mi amigo alquilará este piso con su sala y dormirá en el cuarto contiguo; su enfermera, una viuda irlandesa, buena persona, ocupará la buhardilla, por todo lo cual pagará una renta de dos libras esterlinas por semana, pero con la condición de que no ha de admitir usted otro inquilino en la casa. Me parece justo.

Somerset no sabía cómo disimular su gratitud y su alegría.

—Arreglado—dijo el otro;—y para evitarle á usted toda molestia, mi amigo traerá gente que le ayude á arreglarlo todo. Es un compañero muy tranquilo, recibe poco y apenas si sale de casa si no es por la noche.

—Desde que habito esta casa, yo también rara vez salgo de día, como no sea á buscar cerveza. Por la noche sí; los jóvenes tenemos que divertirnos.

Convinieron en la hora en que vendría el inquilino; partió el caballero y Somerset se quedó contando el dinero de la primera semana de alquiler. No le pareció gran cosa; esperaba más, pero se conformó, esperando que con el tiempo todo mejoraría. Al anoecer volvió á su puesto favorito de observación: al balcón de la sala. La noche venía calmosa y apacible; algunos faroles brillaban entre el ramaje de la plaza, y á través de las ramas se veía la claridad de las ventanas del vecindario, que poco á poco iban iluminándose, trayendo á la imaginación ricas vajillas de fina porcelana, costosa mantelería, preciosos cubiertos y exquisitas cenas. Estaba contemplando la bóveda azul oscura del cielo, cuando sintió el ruido de un coche, y al fijar su atención, vió que eran cuatro carruajes que se detenían á la puerta de su casa.

Venían cargados con inmensos baúles, uno tras el otro, en perfecto orden, y tan despacio que Somerset no dudó de la extrema gravedad de su nuevo inquilino.

La puerta de la casa estaba abierta, y frente á ella, junto á la acera, se pararon; del primer coche salió el caballero de porte militar, que por la tarde se había presentado á Somerset, seguido de dos robustos

mozos de cuerda. Inmediatamente entraron; nuestro joven se ofreció á ayudarles, pero rechazando toda oferta, empezaron á transportar con el mayor cuidado gran número de cajas, maletas y baúles; desarmaron y llevaron al cuarto destinado para dormitorio la cama del inquilino, y sólo cuando todo estuvo arreglado, y no quedaba más que sacar de los coches, salió del último vehículo un caballero de gigantesca estatura y anchas espaldas apoyado en el hombro de una mujer vestida de luto. El enfermo venía abrigado con un largo gabán y la cara embozada en una bufanda de color.

Somerset apenas pudo echarle una mirada cuando atravesaba el corredor; en el momento se encerró en su habitación y los acompañantes desaparecieron dejando á la casa sumida en el mayor silencio. El artista se hubiera creído de nuevo el único habitante de su mansión, si á eso de las diez y media no hubiera aparecido la enfermera y con marcado acento irlandés le preguntara por la próxima taberna.

Varios días pasaron sin que el joven consiguiera hablar y ni siquiera ver el misterioso huésped. La puerta de su cuarto estaba constantemente cerrada, y aun cuando Somerset le oía ir y venir en su cuarto, el coloso parecía decidido á no salir de sus habitaciones. Solía tener algunas visitas, todas de noche, ó á las horas más intempestivas de la madrugada; la mayoría eran hombres; algunos bien vestidos, otros casi andrajosos, pedantes y alborotadores los unos; la mayoría de aspecto bajo y servil, pero todos repugnantes á los ojos de Somerset quien les encontraba un aire á todos común de misterioso y asustadizo y maneras poco distinguidas. El mismo señor de porte militar llegó á demostrar en más de una ocasión que sus maneras no eran las de un bien nacido caballero y á ojos menos perspicaces que los de

Somerset no se le hubiera escapado que el doctor que visitaba al enfermo no había pisado las aulas universitarias. Para completar el cuadro, la enfermera era insoportable y antipática en extremo. Desde que llegó á la casa, la botella de whisky del joven daba bajones incomprensibles que coincidían con la familiaridad infundada y faltas de respeto de la viuda para con el improvisado propietario.

Cuando le preguntaba por el enfermo sacudía desesperadamente la cabeza, miraba al cielo y declaraba que su estado era desesperado.

Somerset pensó que la dolencia del huésped tenía algo que no eran puramente sufrimientos corporales. Los pájaros de mal agüero que le visitaban; los ruidos extraños que turbaban el silencio de la noche en la sala del inquilino; la desidia é intemperancia de la enfermera; la falta de correspondencia, pues ni una sola vez se vió al cartero acercarse á la casa; la completa reclusión de Mr. Jones, que no se dejaba ver, todo, en fin, pesaba dolorosamente en la mente del artista. Un sentimiento de temor inexplicable le dominaba, temor que se afianzó más y más cuando tuvo ocasión de ver á su huésped. Serían las cuatro de la mañana de un buen día cuando sintió ruido en el vestíbulo. Se echó de la cama, y de puntillas llegó hasta la puerta del despacho, desde donde vió al gigante con una vela en la mano hablando con el que había alquilado las habitaciones. La cara del huésped no tenía señal alguna de sufrimiento ni enfermedad; mostraba, al contrario, una salud á toda prueba, é indicaba la resolución y la energía. Al poco rato se fué el visitador, y el enfermo subió decididamente las escaleras sin la menor marca de debilidad.

Consultando con la almohada, Somerset empezó á acariciar sus aficiones policíacas, y desde el día

siguiente decidió poner en práctica toda su energía en el desempeño de este arte, sin abandonar el bello de la pintura.

El día siguiente fué fértil en sorpresas. Apenas sentado delante de su caballete, vió desde la ventana que un coche cargado de equipajes se paraba á la puerta y misstres Luxmore en persona se apeaba y llamaba á la puerta. Somerset se apresuró á salir para recibirla.

—Mi querido amigo—dijo alegremente;—aquí caigo como un rayo, y celebro infinito que me siga usted siendo fiel. Creo que se alegrará usted que venga á devolverle la libertad.

No sabía Somerset si darla la bienvenida ó protestar; la vivaracha viejecilla le empujó suavemente y penetró en el comedor. El desarreglo del cuarto no podía menos de asombrarle. La repisa de la chimenea estaba llena de cazuelas, sartenes y botellas vacías, y en el fuego de la chimenea una parrilla con dos chuletas medio carbonizadas; el suelo estaba materialmente cuajado de libros, prendas de vestir, bastones, tubos de pintura é ingredientes del arte, imposibilitando andar en libertad.

En un rincón del comedor, un montón de objetos raros, una caldera de cobre, un repollo y el caparazón de una langosta, servían de modelo para un bodegón.

—¡Por todos los santos del cielo!—exclamó la señora visiblemente enfadada.—¿De qué raza de gitanos ha salido usted? Tiene usted todo el aspecto de una persona decente, pero por los hechos más parece usted un verdulero que otra cosa. Tenga la bondad de recoger esas porquerías, y que no le vuelva á ver más.

—Señora, usted prometió avisarme con un mes de anticipación.

—Fué una equivocación—gritó la señora.—Salga usted inmediatamente.

—Sí, señora, creo que podré hacerlo; ¡pero mi huésped!...

—Su huésped—repitió la señora Luxmore.

—Mi huésped, sí, señora, ¿por qué negarlo? Está aquí por semanas.

La viejecilla se sentó.

—Diga usted, ¿cómo es eso del huésped?

—Pues puse un anuncio. ¡Ah, señora, mi trabajo me ha costado! He recurrido á todos los medios,—añadió echando una mirada á sus cuadros.

La señora siguió con sus ojos la dirección de la mirada del joven; sacó unos impertinentes, y apenas se los acercó á la cara, empezó á reir tan descompasadamente y con tales sacudidas, que durante largos minutos resonaron en la casa sus sonoras carcajadas.

—¡Ay de mí! ¡Qué atrocidad! ¡Es usted delicioso, divino! Puso usted eso en la ventana, ¿verdad? Mac Pherson,—continuó, llamando á su doncella.—Voy á almorzar con el Sr. Somerset; tenga las llaves y traiga vino de la cueva.

El buen humor siguió durante la comida, y al final, llorando todavía de risa, regaló á Somerset dos docenas de botelias de vino añejo que habia hecho subir, en pago, decía, de los dos cuadros que quería quedasen para ella cuando el joven dejara la casa. Finalmente, dijo que habia cambiado de opinión, que no quería molestar á los locos de Londres, que partía de viaje otra vez aquella misma tarde.

Acababa de irse la señora, cuando el joven encontró en el corredor á la enfermera irlandesa, que por casualidad no estaba borracha pero sí asustada y visiblemente emocionada, achacándolo, según dijo, al retroceso que Mr. Jones habia sufrido á causa de la visita de la señora Luxmore.

Somerset le contó lo primero que á la cabeza le vino.

—¿No es más que eso? ¿Me lo jura usted por Dios?

—Pero mujer—replicó Somerset molestad;—¿qué demonios quiere usted decir? Supóngase que fuera una amiga de mi mujer, ó mi suegra, ó la reina de Portugal, ¿qué diantre tiene eso que ver con Mr. Jones?

—Gracias á Dios; poco que se va á alegrar él al saber que no es nada,—dijo, y subió las escaleras con rapidez.

Somerset se volvió á su cuarto con el entrecejo fruncido, cavilando y pensando en los huéspedes que tenía, imaginando mil novelas.

Para calmarse, según se dijo, se bebió de un trago el resto de la botella de Oporto, añejo, buena marca, mucho cuerpo, de los que se suben á la cabeza. Bebiendo, fumando, teorizando, de premisa en premisa, de conclusión en conclusión, excitándose cada vez más con sus teorías y frecuentes libaciones, Somerset pasó largo rato. Era un escéptico, y estaba orgulloso de serlo; para los crímenes, para los vicios, para todo encontraba disculpa. Su conciencia era amplísima y tenía esa ancha manga de moral muy común en los jóvenes y en los de salud robusta. Sin embargo, el pensar que estaba bajo el mismo techo que unos malhechores le molestaba.

El sol se había ocultado ya; otra botella había pasado al montón de las inútiles, y todavía hubiera seguido en su fácil tarea si el gusanillo del apetito no le hubiera recordado con sus punzadas que tenía que hacer por la vida. Se echó á la calle y fué á cenar al Criterión un cubierto, no en consonancia con su bolsa, sino en relación con el copioso aperitivo con que había ayudado á sus reflexiones. Después de media noche volvió á casa.



En la puerta había un coche de alquiler, y al abrirla se encontró cara á cara con uno de los más asiduos visitantes de Mr. Jones: un tipo pobremente vestido, complexión robusta, con la sotobarba característica de los yankis. Llevaba á la espalda un portamantas negro, al parecer de mucho peso. Le llamó la atención que á esas horas salieran de casa cargando efectos, y se acordó del caso bastante común de mudarse de casa los huéspedes que no pagan y se llevan no sólo su equipaje sino el de otros, y haciéndose el borracho dió un tremendo traspiés, de una lanzada dió una enorme sacudida al yanki y el portamantas vino al suelo. El de la sotobarba lanzó una blasfemia, palideció como un muerto y se arrojó al suelo. Al mismo instante aparecieron en la escalera las lívidas y desencajadas caras del enfermo huésped y su enfermera. El terror de los dos era visible.

—¿Qué demonios hace usted?—exclamó el joven en cuanto pudo hablar.

—¿Tiene usted un poco de aguardiente? Estoy enfermo—replicó el otro.

Somerset le administró dos copas, una tras otra, y el de la sotobarba, ya restablecido, procuró excusarse, echando la culpa á su desarreglo nervioso, restos de unas mal curadas fiebres intermitentes. Dió las gracias, le presentó la mano, húmeda de sudor frío y temblona como un cascabel, y recogiendo su fardo desapareció.

Somerset se acostó, pero no podía dormir.—¿Qué llevaba en el portamantas? ¿Objetos robados, un cádáver, ó lo que más se inclinaba á creer alguna máquina infernal? Se propuso adivinarlo, y desde la mañana siguiente se puso á observar con ojo alerta todos los pasos de sus huéspedes.

Durante el día nada nuevo vino á saber. Sólo vió

á la enfermera, que hizo frecuentes visitas á la taberna de la esquina, y al anochecer tenía el paso más vacilante que nunca y charlaba por los codos. Poco después de las seis vió que en dirección de la casa atravesaba los jardines de la plaza una joven elegantemente vestida y de singular belleza. Durante algún tiempo se detuvo á contemplar la supérflua mansión de Somerset. No era la primera vez que la veía pararse así á contemplar la casa. Ya el joven la había visto repetidas veces y la había echado inflamables miradas. Para admirar más de cerca su linda cabecita y su airoso porte, se iba á asomar á la ventana, cuando la joven se adelantó, subió los escalones de la entrada y llamó á la puerta. Se apresuró para abrir antes de que llegara la irlandesa y tuvo la satisfacción de recibir á tan gentil visitadora. Preguntó por Mr. Jones, y sin detenerse, con agradable sonrisa, le dijo que si él era el dueño de la casa desearía ver alguna habitación.

Somerset replicó que le era imposible recibir más huéspedes, pero la otra le dijo que, siendo para amigos de Mr. Jones, éste no tendría inconveniente que las alquilara; y añadió, colándose de rondón en el comedor sin que Somerset pudiera impedirlo: «¡Ah, qué cambiado está esto!»

—Señorita, desde que usted ha entrado yo soy quien debe decirlo.

Recibió el piropo con una pequeña inclinación de cabeza, y recogiendo las faldas para no tropezar en los cachibaches que por el suelo había, recorrió, fijándose con atención, todos los rincones de las dos habitaciones contiguas. Miró á los cuadros, y con mal disimulada sonrisa tuvo una palabra para encomiar su mérito. Todo lo vió y todo lo comentó.

—¡Qué simplemente arreglado! ¡Qué propio para un soltero!

Y suplicándole que no se molestase en acompañarla, pues conocía muy bien el camino, se lanzó con rapidez escaleras arriba.

Más de una hora estuvo en el cuarto de Mr. Jones; era ya de noche cuando salieron juntos á la calle. Era la primera vez que Somerset se encontraba solo con la viuda irlandesa, y sin perder un momento se acercó al pie de la escalera y llamó. Bajó al momento, sonriendo estúpidamente y balanceando la cabeza, y cuando Somerset le dijo que quería que viese sus cuadros, aseguró que nada podía causarle mayor placer que ver de cerca aquellos cuadros que sólo había podido admirar desde la puerta. Una botella y dos vasos que encima de la mesa había la prepararon á ser el más indulgente de los críticos, y en cuanto echó una mirada por aquellas obras del arte pictórico, aceptó con gusto el primer vaso que el pintor le ofreciera. Levantó el vaso diciendo: «Bebo por usted y le doy las gracias por el placer que me ha proporcionado de ver en esta casa infernal un caballero tan amable como usted y un pintor de tanto mérito.» Un vaso así aceptado abrió el camino para el segundo; el tercero vino con la naturalidad y el cuarto ya no tuvo Somerset necesidad de ofrecerlo: ella misma se lo sirvió.

—Porque mire usted—decía—no se puede vivir entre todas esas maquinarias y drogas, sin animarse de vez en cuando con estas cosas, y ya ha visto usted como el mismo Mac-Guire pidió un trago cuando se le cayó aquéllo. Y hasta él; él también cuando está abatido y triste, á pesar de ser más sobrio que un chiquillo, suele pedir una copita, de manera que no tiene nada de extraño que le suplique me eche aquí dos deditos para que le dé conversación.

Con lágrimas en los ojos empezó á hablar de su triste estado, de la enfermedad y muerte de su es-

poso; de la miserable herencia, confundiéndolo todo con pegajoso hablar. Se levantó de repente creyendo haber oído la llamada de su amo, pero dió un traspies, tropezó con un caldero y cayó en el rincón, donde á los pocos instantes, con la cabeza apoyada en el caparazón de la langosta, dormía dando sonoros y retumbantes ronquidos.

Somerset subió á escape al piso de arriba; abrió la puerta de la sala que estaba brillantemente iluminada. Era como en la planta baja, una gran habitación con tres ventanas á la plaza que se comunicaba con otro cuarto por una ancha puerta. Estaba tapiada de verde mar, la sillería de delicado damasco azal y una hermosa chimenea de pintado mármol ocupaba parte de uno de los lados del cuarto. Tal era el cuarto que Somerset había alquilado y como él lo recordaba, pero ahora todo estaba cambiado. La sillería estaba enfundada, las paredes empapeladas con papel rojo y las ventanas protegidas por pesadas y espesas cortinas. Después su vista se fijó en los variados y curiosos objetos que por todos lados y hasta en el suelo había. Gatillos de pistolas desmontadas, relojes, maquinarias desarmadas, otras andando, gran cantidad de carbones, matracas, probetas, botellas, un banco de carpintero y finalmente una mesa de laboratorio. El cuarto contiguo también había sufrido su transformación en un cuarto ordinario de casa de huéspedes. Una cama con cortinas verdes en un ángulo del cuarto y la ventana estaba tapada por un gran lavabo y un espejo. Un cuartucho oscuro que servía de ropero comunicaba con este cuarto. Somerset abrió la puerta y entró á inspeccionarlo. Pelucas, barbas postizas y trenzas de crepé ocupaban una mesita adosada á la pared y de una multitud de clavos en las paredes, pendían prendas de vestir de todas clases y entre ellas un

magnífico gabán de piel de foca que llamó la atención á nuestro joven y trajo á su memoria el suelto y la oferta del periódico *Standard*. La colosal altura de su inquilino, su anchura de espaldas, las condiciones especiales de su género de vida, todo le inducía á Somerset á hacer la misma conclusión.

La cerilla con que se alumbraba se le había consumido ya, y el joven sacó el abrigo para examinarlo en el cuarto cercano. Con miedo y admiración consideró sus inmensas proporciones y la suavidad de la piel. Al ver un espejo de cuerpo entero en la sala, se endosó el gabán para contemplarse á su gusto en la actitud de un príncipe ruso con las manos metidas en los bolsillos. Sus dedos tropezaron con un periódico que reconoció en seguida ser el *Standard*, y la idea de las doscientas libras esterlinas se fijó en su mente. Estaba claro; su huésped había escondido el abrigo de pieles desde el día del anuncio.

Así seguía en medio del cuarto con el periódico en la mano cuando se abrió la puerta, y el coloso inquilino, sin gota de sangre en la cara entró en el cuarto y cerró tras sí la puerta. Sin pronunciar palabra y mirándose con fijeza permanecieron los dos algunos momentos, hasta que Mr. Jones, sin quitar la vista del joven, acercó una silla y se sentó.

—Tiene usted razón—dijo.—Ese maldito dinero se ofrece por mí. Y ahora, ¿qué quiere usted?

Era una pregunta un poco difícil para que Somerset la contestara en seguida. Así desprevenido, disfrazado con aquel gran gabán y rodeado de todo aquel arsenal de diabólicos explosivos, el improvisado casero permaneció silencioso.

—Sí—continuó el otro.—Yo soy, sí, yo soy el hombre que todavía buscan de escondrijo en escondrijo. Sí, mi señor casero, usted me ha cogido; si usted es pobre, y ese dinero puede ser la base de su

fortuna, hágalo. Usted ha embriagado á una pobre viuda, y después le encuentro á usted en mi propio cuarto, por el que religiosamente le pago en moneda corriente, registrándolo todo y, lo que es más, con las manos en mis bolsillos. ¡Qué vergüenza! Y ahora, complete el cielo de sus actos ignominiosos con lo más sencillo, lo menos peligroso, lo más productivo. Sin embargo, caballero, cuando le miro á la cara creo que no me puedo engañar; á pesar de todo, creo tener la seguridad de estar hablando con un caballero. Quitese usted ese abrigo que le debe sofocar mucho y aleje esas ideas, que sin duda tienen que mortificarle. Todos tenemos ideas erróneas en la cabeza, todos de vez en cuando nos recreamos en un pensamiento criminal; pero si por un momento ha pasado por su imaginación la idea de vender mi carne y mi sangre, mis sufrimientos en presidio y hasta el sudor de mi agonía en el patíbulo, ha sido un pensamiento, señor mío, del que es usted tan incapaz de poner en acción como yo el de poner en duda su honradez de usted. Al decir esto, el huésped con sonrisa paternal le alargó la mano.

No estaba en el carácter del joven rechazar olvidos, ni negarse á toda generosidad, é instantáneamente, sin pensarlo, aceptó el apretón de manos.

—Ahora que tengo el gusto de apretar su mano leal entre las mías—continuó el coloso—alejo toda sospecha, y haciendo un esfuerzo de voluntad, destierro todo recuerdo de lo pasado. El cómo ha entrado usted aquí no me importa; es usted un huésped en este momento y basta. Siéntese, y con su permiso, celebremos nuestro conocimiento con una copa de excelente whisky.

Sacó vasos y una botella de la que bebieron en silencio.

—Confiese usted que se asustó al verme entrar en el cuarto.

—Lo confieso, como confieso que no me explico este cambio en los cuartos.

—Todo esto y los trajes son los disfraces, gracias á los cuales continuo viviendo—dijo el conjurador.—Figúrese usted que estuviera acusado ante uno de sus injustos tribunales; ¡figúrese el desfile de testigos y variedad de sus declaraciones! El uno me había visto en esta sala como antes estaba decorada, el otro la encontró como está esta noche, y mañana ó pasado pueden verla de otra manera. Si le gusta á usted la novela como buen artista, pocas vidas son más novelescas y accidentadas como el del obscuro individuo que tiene la honra de hablarle. Vida oscura, y sin embargo, mi gloria es anónima, infernal. Por horribles medios espero conseguir mi fin. En ellos fundo la paz y la libertad de un pobre país oprimido; las futuras sonrisas de esa pobre tierra me animan y dan valor para soportar esta vida de fiera perseguida; por ella uso de medios terroríficos é infernales.

Somerset, con la copa en la mano, contemplaba al extraño fanático y escuchaba su extraña rapsodia con indescriptible asombro, que aumentaba por momentos á medida que se convenía que tenía delante á un hombre educado.

—Caballero—le dijo,—no sé si seguir llamándole todavía Jones...

—Jones, Breitman, Higgiubotham, Pumpernickel, Daviot ó Henderland, por todos ellos me puede usted llamar, pues los uso en diferentes ocasiones. Pero el que más me gusta, el más temido, el más execrable, el que más respeto impone y más se obedece, no es un nombre que se encuentre en guía alguna ni en las listas de correos. Hoy, como la tele-

bre tribu escocesa de los Mac Gregor, no tengo nombre; pero—añadió poniéndose de pie—entre mis desesperados sectarios soy el temible Zero.

Somerset no había oído tal nombre propio, pero le pareció bien hacer como que se asombraba, y dijo:

—Me parece que con ese pseudónimo se oculta un dinamitero.

—Lo soy—replicó el otro volviendo á llenar su copa.—En esta época de obscura tiranía, la estrella de la dinamita ha aparecido en el cielo de los oprimidos, y entre los que practican su uso, tan lleno de peligros, tan difícil, tan lleno de desengaños, ninguno entre todos tan constante como yo ni tan...

Dudó un momento y continuó:

—Tan afortunado, ni que haya tenido mayor éxito.

--Me parece, por lo que me imagino, que la carrera no está desprovista de interés—replicó Somerset,—y que también se divierten ustedes con el constante juego del escondite; pero lo que sí me creo, aunque esta sea opinión de un lego en la materia, que nada debe haber más fácil que depositar una bomba, retirarse y esperar á una milla de distancia á que estalle y haga su efecto.

—Habla usted como un ignorante—replicó el otro con calor.—¿No da usted ningún valor al peligro que ahora estamos compartiendo? ¿Cree usted que no hay que ser valiente para vivir en una casa como ésta, minada, insegura y que el primer día puede volar por los aires?

—¡Caramba!—exclamó Somerset dando un salto.

—Sí, señor; porque hay que tener presente que los ingredientes químicos son tan inseguros como la mujer, y las máquinas de relojería caprichosas como el mismo demonio. ¿No ve usted en mi frente estas



arrugas aradas por la ansiedad? ¿No ve usted la cantidad de canas que blanquean mi cabeza? ¡Las maquinarias de relojería las han surcado en mi frente, los ingredientes las han salpicado en mis cabellos! No, mi querido señor; no crea usted que la vida del dinamitero tiene nada de agradable. Al contrario, es imposible que usted se imagine una vida tan azarosa, tan sobresaltada, de tantos desencantos como la mía. He estado trabajando meses y meses, levantándome con el alba, acostándome dos horas antes para lograr un explosivo; lo he colocado con su maquinaria en un saco de mano; uno de los nuestros, pálido de emoción, ha ido á colocar el instrumento de ruina en el lugar designado; hemos estado aguardando con ansia, oyendo los latidos de nuestro corazón, la destrucción de Inglaterra, la matanza de millares, los lamentos de las víctimas, y al final ¡qué! un chasquido como el de la pistola de un niño, un poco de humo inofensivo y en un momento la pérdida entera de tanto trabajo, de tanto desvelo. Si se hubieran podido recoger las bombas en un momento se podría haber remediado el defecto. Pero con su pérdida y con las insuperables dificultades científicas que se presentan, nuestros amigos de Francia están decididos á abandonar mi sistema. Quieren ellos romper las alcantarillas y barrer las poblaciones por medio del tifus. La idea es tentadora, pero de una simplicidad infantil. Reconozco que es práctica, pero yo, caballero, tengo algo del poeta en mi naturaleza, y me atengo al sistema enfático, ruidoso, más consciente y, si se quiere, más popular de la bomba explosiva. ¡Sí—continuó lleno de entusiasmo,—trabajaré más y más, con infatigable ardor; mi pecho presiente que no tardará el éxito en coronar mis desvelos!

—Una observación—interrumpió Somerset.—¿Y

nunca, en toda su vida tan activa, ha conseguido usted lograr su intento?

—Sí, por cierto; una vez. Delante de usted tiene al autor de la explosión de Red Lion Court.

—Pero si mal no recuerdo—replicó el joven,—no hubo más víctimas que un carro de la basura, que quedó hecho trizas, y algunos números del semanario *Weekly Budget*, que salieron volando por los aires.

—Se equivoca usted—dijo Zero, un tanto amoscado.—Hubo un niño herido.

—Otra pregunta, si usted me permite. Me parece que usted ha dicho consciente, ¿cree usted que un carro de la basura y un niño (si es que hubo tal niño muerto) representan á la sociedad injusta y que son responsables de su consciente bomba?

—¿He empleado esa palabra? Bueno, pues la retiro; pero vamos profundizando demasiado, y antes de entrar más en materia, llenemos de nuevo nuestras copas para que no se nos seque la boca.

Después de saborear el *grog*, Zero se recostó cómodamente en la silla y empezó á desarrollar ampliamente sus opiniones.

—Lo inconsciente, amigomío, la guerra, por ejemplo, es inconsciente, que no repara en niños, ni en curas, ni basureros; lo mismo que yo. Todo lo que pueda asustar, todo lo que sirva para confundir, deshacer ó paralizar esta criminal nación, niño, basurero, el parlamento, un buque de excursionistas, todo, todo sirve para mis planes. ¿Usted, caballero, no será creyente?

—Yo no creo en nada.

—Así apreciará usted mejor lo que le digo. Estamos conformes en que la humanidad es el objeto, el triunfo glorioso de la misma, y comprometidos á trabajar con ese fin. Pero nos encontramos cara á

cara impidiéndonoslo la cerrada oposición de reyes, parlamentos, clero, la fuerza. ¿Cómo voy á ir yo, nosotros todos, á pararnos en pequeñeces y escoger el medio? Usted quizás crea que no pensamos si no en atacar á la reina, al siniestro Gladstone, al severo Derby ó al astuto Granville; no, señor, no; nosotros vamos á la masa del pueblo; ahí está el punto flaco. ¿Se ha fijado usted en las criaditas inglesas?

—¿Pues no he de fijarme?

—Me lo suponía. Es un tipo especial que me encanta, y muy apropiado para nuestros fines. La boquita blanca, el limpio delantal, su figurita graciosa, esas maneras simpáticas, la posición en que se encuentra, de un lado su familia, del otro sus señores, y es de suponer que por lo menos tenga un novio. Ese es el gran elemento para nosotros. Yo tengo gran inclinación, debilidad más bien, por las criaditas. Esto no quiere decir que desprecie á las amas de cría, porque hay que tener en cuenta que el niño es un factor interesantísimo, que considero como el punto sensible de la sociedad. Y á propósito de niños y de los peligros de nuestra profesión, le voy á contar á usted un pequeño incidente que ocurrió hace unas semanas bajo mi inspección.

Zero se instaló en una cómoda butaca y contó lo siguiente:

## VIII

### LA BOMBA EXPLOSIVA

Había cenado en uno de los gabinetes particulares de Saint James Hall, con uno de nuestros más seguros agentes. Usted le conoce de vista, Mac Guire, caballeroso y bueno, pero nada experto en nues-

tras maquinaciones. Nos habíamos reunido allí con objeto de darle algunas instrucciones sobre el manejo de una bomba que yo había preparado. La monté y la dí cuerda para media hora, pero además inventé una combinación por la cual la bomba estallaría en el momento en que alguien abriese el saco de viaje en que iba metida. Mac Guire estaba encantado con ese arreglo, hasta entonces para él desconocido, pero me hizo observar con bastante buen sentido que si le cogía la policía él sería también víctima de la explosión, juntamente con sus perseguidores; esto le contenía. Sin embargo, le hablé de su patriotismo, supe tocarle en el punto más débil, le hice beber unas copas de whisky, y por fin salió decidido á cumplir su gloriosa comisión.

El punto indicado era la estatua de Shakespeare, en la plaza de Leincester, un sitio admirablemente elegido, no por estar allí la efigie del dramaturgo, á quien locamente han proclamado gloria de la nación inglesa, á pesar de sus repugnantes ideas políticas, no, si no porque es un lugar que está siempre cuajado de niños, niñas, muchachas jóvenes de la clase pobre, mucho convaleciente y gran cantidad de ancianos, gente toda ella que despierta la simpatía y la lástima de la sociedad, y por consiguiente la más indicada para nuestros planes. A medida que Mac Guire se acercaba, su corazón se inflamaba con el mayor y más noble sentimiento de triunfo. Nunca los jardines de la plaza habían estado más concurridos. Los chiquillos gritaban y correteaban alrededor del pedestal; sentado en el banco de al lado les miraba jugar un viejo inválido, con sus cruces en el pecho y la muleta apoyada en el muslo. La culpable Inglaterra iba á ser castigada en una de sus más delicadas agrupaciones; el momento estaba bien escogido y Mac Guire se adelantó hacia la estatua con

alegre decisión, pero al rodear un macizo vió la voluminosa figura de un policía apoyado al pedestal y en actitud expectante. Mi decidido compañero empezó á mirar á todas partes como atontado, sin saber qué hacer; por todas partes creyó que le espiaban; los que miraban las plantas, los que se paseaban, los que descansaban en los bancos; no cabía duda; aqué- llo debía ser un complot del maquiavélico Gladstone.

Una gran dificultad con que tenemos que luchar es el temblor de piernas que se apodera de algunos conspiradores de poca alma al acercarse la hora, con lo que inconscientemente se delatan á la policía. Siempre hay además alguno que delata y hay que andar con pies de plomo, porque el gobierno llena de policía los sitios indicados y lo dificulta todo. Siento que la sangre hierve en mis venas, cada vez que pienso que hay miserables que por cuatro cuar- tos traicionen á su idea política y venden á sus com- pañeros. Gracias á la generosidad de nuestros soste- nedores, podemos vivir con el decente estipendio que se nos señala; en cuanto á mí, con lo que tengo asignado, que es lo suficiente, estoy fuera del alcan- ce de todo soborno. El pobre Mac Guire estaba muerto de hambre cuando se afilió, y ahora, gra- cias á Dios, tiene su rentita. El patriota debe tener lo suficiente para vivir holgadamente y poder alejar las tentaciones. No necesito decirle más que vea la diferencia entre nuestra posición y la de la policía.

Pero sea como fuera, nuestro proyécto de la Pla- za de Leincester había sido conocido, y el lugar es- taba lleno de guardias; quizás el mismo inválido era un policía secreto metido en el ajo, así es que nues- tro emisario, sin más compañero que su maletín, se encontró rodeado de aquella fuerza brutal, de esa fuerza bruta que caracteriza las épocas de opresión y oprobio. En cuanto hubiese dejado en el suelo la

bomba, le hubieran cogido, y un solo grito sería suficiente para que el pueblo se echara sobre él y le descuartizara, sin que toda aquella canalla de policía fuera suficiente para defenderle de las salvajadas del pueblo. Tuvo que pararse y hacer como que estaba extasiado contemplando la Alhambra. De repente se acordó que la maquinaria estaba montada para explotar á la media hora, y había que desprenderse del saco antes del tiempo marcado.

Póngase usted en lugar del patriota y dígame lo que sufriría. Allí estaba sin saber qué hacer, sin un amigo; un hombre en la plenitud de su vida, todavía no tiene cuarenta años, con muchos años de vida feliz ante él y condenado á morir hecho pedazos por la dinamita. Según me dijo, se sintió malo, la plaza empezó á dar vueltas alrededor de él, vió la Alhambra subir, ir, bajar y se apoyó á la verja. Probablemente se desmayó.

— Cuando abrió los ojos un policía le sujetaba por el brazo.

— ¡Dios mío! — exclamó lleno de asombro.

— Parece que se ha puesto usted malo, caballero, — le dijo el esbirro.

— Ya estoy mejor; gracias.

Salió de los jardines con paso vacilante, pues sentía que el piso se le hundía bajo sus pies y abandonó el lugar lleno de espanto. ¿Huir? ¿Pero de quién, si él mismo llevaba consigo la causa de su terror? ¿Y aunque hubiera tenido las alas del águila ó la velocidad del viento, cómo escapar de la ruina que consigo llevaba?

— ¿Había usted oído hablar de personas que han sido atadas á un cadáver, esto no es sino una cosa puramente sentimental, es el pellizco de un niño comparado con el caso del pobre Mac Guire amarrado á una bomba explosiva?

La idea que faltaran sólo segundos para la explosión, le volvía loco de pavor. Se paró y sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Sentía zumbiar sus oídos con el ruido de una tempestad; su vista se turbaba como si tuviera una nube en los ojos y sentía chasquidos en la cabeza, bramidos de huracán en su cerebro. Con el reloj en su temblorosa mano cerca de la casa, permaneció algunos instantes sin poder ver la hora. Se llevó la mano á los ojos restregándose los durante algunos segundos que á él le parecieron siglos. Su vista se aclaró y pudo ver la hora, le quedaban veinte minutos pero no tenía plan alguno.

En aquel tiempo Green Street era una calle solitaria. Una chiquilla de unos seis años iba á su lado saltando y empujando á patadas un pedacito de madera, diversión corriente entre niños. Iba cantando alegremente y el tono de su voz le recordó el pasado. Aquella era una solución enviada por Dios.

—Querida ove, ¿quieres que te regale este saquito, monina?

La niña alzó las manos para cogerlo loca de alegría, mirando con avidez el maletín; pero apenas vió la cara lívida, desencajada y angustiosa del pobre Mac Guire, dió un paso atrás como si hubiera visto al mismo demonio en persona. Al mismo tiempo una mujer apareció en la puerta de una tienda vecina llamándola.

—Ven aquí rapazuela y deja en paz á ese pobre señor.

Otra oportunidad perdida, otra vez la ansiedad creciendo. Sin saber cómo fué á dar con su cuerpo vacilante delante de la iglesia de San Martín de los Campos. Los transeuntes le miraban asombrados, leyendo en sus ojos extraviados y en las facciones rígidas de su semblante el terror que llevaba en su alma.

—Parece que está usted enfermo, caballero—le dijo una mujer mirándole fijamente á la cara.

—¿Enfermo? ¡Ay Dios!... Sí, en efecto, es crónico; sufro de calenturas intermitentes. Ya que es usted tan amable, ¿tendría usted la bondad de llevar esto á la plaza de Portman, pues me faltan fuerzas para ello? Por la salud de sus hijos, si los tiene, buena mujer, lléveme usted esto á la plaza de Portman; yo también tengo madre; en nombre de ella y en el de sus hijos, llévela á la plaza Portman, número 19.

Debió expresarse con demasiada energía, porque parece que la mujer se asustó.

—¡Pobre caballero; yo que usted iría á casa inmediatamente!—y se alejó, dejándole sumido en su horrible tribulación.

¡A casa, qué locura! Para él, víctima de la filantropía, no había hogar. Pensó en su anciana madre, en su feliz juventud, pensó también en la terrible explosión, en la posibilidad de no morir, pero en las mil probabilidades de ser hecho pedazos ó de quedar baldado para toda la vida, sufriendo constantemente, ciego quizás, sordo seguramente.

¡Ay, joven, usted hablaba con ligereza de la vida del dinamitero! ¿Sabe usted lo que es exponerse á quedar en un momento destrozado, muerto, ó lo que es peor aún, mutilado para toda la vida? ¡Qué poca idea nos hacemos de los sufrimientos ajenos! Su brutal gobierno de ustedes, con su refinada crueldad, con sus espías indignos y viles, con sus jueces corrompidos, sus verdugos sobornados y sus cadalsos repugnantes, no sería capaz de imponer semejante pena, no por virtud ni por filantropía, sino por temor al desprecio de los buenos.

Pero volvamos á Mac Guire: de sus reflexiones sobre el pasado, pasó á pensar en el presente. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Cuánto tiempo había trans-



currido? Volvió á mirar su reloj. Sólo habían pasado tres minutos; le parecía demasiado poco para creerlo; miró al reloj de la torre y vió que señalaba cuatro minutos más que el suyo. Su desconsuelo fué inexplicable. Hasta entonces había tenido un amigo, un consejero en quien confiaba, un compañero que le recordaba el número de minutos que le quedaban de vida y el tiempo que le faltaba, para en último caso, tirar el saco de viaje y echar á correr. ¿Y ahora, en quién ni en qué confiar? Su reloj atrasaba, pero ¿cuánto con el que había servido de norma? ¿Cuánto podría atrasar en media hora? ¿Cuatro, diez, quince minutos? Pudiera ser, porque hacía buen rato que había salido del restaurant de Saint James Hall, y de un momento á otro podía estallar su infernal máquina.

Ante tal desastre, los latidos de su corazón se debilitaron de tal modo que creyó morir. Los edificios, la gente, disminuyeron como mirados por unos gemelos desde el objetivo; los ruidos de Londres se confundieron en uno solo: un penetrante silbido que le penetraba por sus oídos le punzaba el cerebro; sus mismos pasos resonaban en su interior como si fueran los de un liliputiense condenado á morir. Continuó en dirección á la Galería Nacional de Pinturas, sitio de él conocido, pero que ahora le parecía cambiado como si fuera de otra ciudad. Se acordó de que allí cerca había una rinconada en la calle Whitcomb, donde probablemente podría depositar su trágica carga sin ser visto. Apresuró el paso para llegar antes, pero á la entrada de la calle había un hombre en mangas de camisa, tranquilamente apoyado en la esquina. Por dos veces volvió, pero el hombre seguía impávido siguiendo con la vista al conspirador. Pobre Mac Guire; otra esperanza perdida.

Se alejó de la calle sin que el hombre de la esquina apartara de él su vista. Consultó de nuevo con su reloj. Faltaban catorce minutos. Sintió un calor inmenso en el cerebro y durante un par de segundos le pareció que todo á su alrededor habia tomado un subido color rojo, pero la reacción fué rápida; se calmó, se posesionó de su situación, y ya casi alegre, tarareando, se alejó apretando el paso mientras cantaba:

Si nadie me quiere á mí,  
Yo tampoco qu'ero á nadie.

De repente se le ocurrió filosofar. Vamos á ver, se decía, ¿qué es la vida? ¿Qué soy yo? ¿Qué es Erin, nuestra verde Erin? Todo le pareció tan pequeño, que sonrió con desprecio. En aquel momento hubiera dado diez años de vida por un vaso de aguardiente, pero el tiempo corría y tenía que privarse de aquel gusto.

En la esquina del Haymarket paró un coche de alquiler, se metió en él y ordenó al cochero que le llevara al muelle. Una vez dentro se ocupó en esconder el saco lo mejor que pudo bajo el asiento, y sacó el reloj. Durante más de cinco minutos el coche siguió rodando; á cada bache, á cada sacudida, se le saltaba el corazón del pecho, y todo se le volvía pensar si le daría tiempo para llegar al embarcadero y si podría dejar el saco olvidado en el coche.

El coche se paró en el muelle y saltó de él tranquilo y gozoso. ¡Por fin ya habia salvado su vida! Y no sólo eso, sino que habia depositado su carga de dinamita. ¡Y qué efecto tan sorprendente y nuevo, el de un coche rodando en medio de las calles de Londres, reventar hecho añicos envuelto en una espesa nube de humo! Fué á pagar y, ¡oh fatalidad! no tenía un céntimo; con la desesperación pin-

tada en su cara, livido de rabia, se registraba los bolsillos uno á uno.

—¿Qué le pasa á usted? ¿Se pone malo?—le preguntó el cochero.

—He perdido el dinero.

El cochero miró en el interior del coche.

—Quizás lo haya usted metido en el maletín que está ahí.

Mac Guire se sintió morir.

—El saco no es mío—contestó.

—Oiga usted caballero, ¿está loco, ó que diantre le pasa?

—Bueno, como no tengo dinero, quédese usted con él en pago.

—Según, ¿qué tiene dentro? Abralo y enséñemelo.

—De ninguna manera, no puede ser, es una sorpresa, una sorpresa preparada expresamente para los cocheros.

—Bromitas ¿eh?—dijo el cochero saltando del pescante y cogiéndole por la solapa,—ó me paga usted ahora mismo, ó métase en el coche y vamos á que lo arregle la policía.

En aquella hora suprema dió la casualidad de que por allí pasara un tal Godhall, cigarrero de la calle Rupert. Mac Guire le conocía y un rayo de esperanza iluminó sus negros pensamientos de muerte.

—¡Gracias á Dios! Ahí viene un amigo mío que me prestará el dinero suficiente. Sr. Godhall, sin duda alguna usted me reconocerá por haber sido parroquiano suyo. Mire usted lo que me pasa, por una desgracia me encuentro sin poder pagar al cochero. Tenga usted la bondad, caballero, de prestarme dos chelines y medio.

—No me acuerdo de usted, aunque si me es familiar el corte de esa sotabarba tan fea. Tenga usted

cuatro chelines pero con la condición de que se afeite usted esa barba con el dinero sobrante.

Mac Guire cogió el duro y sin decir palabra se lo entregó al cochero y sin esperar la vuelta, bajó rápidamente las escaleras del embarcadero tiró el maletín al río, y él detrás se zambulló de cabeza. Mister Godhall lo sacó, librándole de morir ahogado, pues el pobre nadaba como un plomo. Cuando le sacaban chorreando agua se sintió una sorda explosión que conmovió el muro del embarcadero, y al mismo tiempo una columna de agua, como un surtidor de grandes dimensiones, se elevó en el río á pocas varas de distancia para desaparecer instantáneamente.

## IX

### LA MANSIÓN SUPÉRFLUA

Somerset no sabía á qué santo le había contado aquella historia. Mientras el otro narraba, le había dado repetidos tientos á la botella, y ya empezaba á sentir la cabeza un poco pesada, así es que se levantó insistiendo en que se hacía tarde y que otra copa le emborracharía seguramente.

—¡Qué parco en el beber es usted! Pero no quiero insistir. Quedamos en que somos amigos, ¿eh? Conque mi querido casero, hasta otro rato.

De nuevo se dieron un apretón de manos, cruzaron algunas palabras de cortesía y el huésped acompañó al joven hasta el rellano de la escalera.

No se dió mucha cuenta de cómo se acostó, pero cuando se despertó por la mañana las primeras ideas que se agolparon en su frente fueron de asombro,

horror y asco. ¿Cómo era posible que él hubiera pasado largas horas en íntima compañía con un hombre tan abominable como su inquilino? Ahora, á la luz del día, con la cabeza fresca, se causaba repugnancia, sentía rabia por su excesiva debilidad. Le habían cogido con la diplomacia y el aplomo de un Talleyrand, era verdad, pero no era disculpa, y no había disculpa posible para aquella capitulación de principios, para aquella familiaridad con criminales; no había más sino retirarse por completo de esas relaciones.

En cuanto se vistió subió en busca de Zero, decidido á romper por completo. El huésped le abrió la puerta y le recibió con la calurosa acogida de antiguos amigos.

—Pase usted, querido compañero; siéntese y sin cumplidos comparta conmigo este desayuno.

—Caballero, permítame usted que me retracte de lo prometido. Anoche, sin darme cuenta, me encontré convertido en cómplice de sus crímenes; pero ahora, y una vez por todas, permítame que le diga que considero y miro con horror y repugnancia á usted y á sus conspiraciones infernales, y no dejaré de poner todos mis medios hasta lograr aplastar sus viles conspiraciones.

—Mi querido amigo, estoy muy acostumbrado á ver debilidades y flaquezas como la suya. ¿Repugnancia? Yo mismo la he sentido, y pronto se desvanece. No crea usted que por eso desmerece usted á mi vista; me gusta su franqueza. Pero vamos á ver. ¿Qué va á hacer usted? Según mi opinión, se encuentra usted en una situación parecida á la de Carlos II (probablemente el menos degradado de nuestros soberanos), cuando tuvo la confianza del bandido. Denunciarme; eso ni pensarlo; pues ¿qué entonces? No, mi querido Sr. Somerset, tiene usted

las manos atadas y está usted condenado, so pena de quedar como un indecente, á ser el simpático e intelectual compañero que me visitó anoche.

—Lo que puedo hacer y hago es mandarle que salga usted de mi casa.

—¿Cómo, amigo mío? Si quiere usted desempeñe el papel de Judas, que dudo lo haga; por lo demás, ¿cree usted que voy á abandonar una casa donde tan bien me encuentro y donde he tenido la dicha de trabar amistad con una persona como usted? ¡Quiá, querido amigo, aquí estoy muy bien y aquí me quedo!

—Le repito—gritó Somerset fuera de sí y dándose cuenta de su flaqueza de espíritu—le repito que quiero que salga de esta casa lo más pronto posible, cuanto antes mejor, y basta de palabrerías. Le concedo una semana para buscar casa.

—Una semana, bueno; de hoy en una semana hablaremos; arreglado. A todo esto, mi desayuno se está quedando helado, y puesto que está usted condenado, á lo menos durante una semana, á soportar la sociedad de una persona digna de estudio, despliegue usted su buen carácter y aprovéchese para hacer observaciones, que siempre gustan á los artistas. Mañana, máteme si le da la gana, pero por hoy deje usted á un lado esos escrúpulos de burgués y siéntese á desayunarse conmigo.

—¿Pero sabe usted mi manera de pensar?

—Ya lo creo que lo sé, y respeto sus ideas. Dígame usted, ¿tan parcial ha de ser usted? No es posible que en pleno siglo XIX no puedan dos caballeros bien educados diferir en ideas políticas y discutir-las. Vamos, hombre, toda su furia me ha hecho reír. Vea su manera de ser y vea la mía, y diga cuál de los dos es más filósofo.

Somerset era un joven de gran tolerancia y fácilmente se dejaba convencer. Hizo un gesto de deses-

peración y se sentó en la silla que el conspirador le brindaba.

El desayuno era espléndido y el compañero de conversación agradable é interesante. Parecía que había sufrido largo tiempo la tortura del silencio y cuando desataba su lengua no sabía terminar. El interés de la conversación era grande, y con gran maestría supo el conspirador pintar su carácter en todos los detalles, así que Somerset sintió el malestar de su falsa posición, malestar muy parecido al desprecio. Siempre le había sucedido lo mismo; por antipática y despreciable que fuera la sociedad en que estuviera, se encontraba como clavado, sin fuerza de voluntad suficiente para abandonarlo; y en esta ocasión se pasó las horas muertas escuchando á aquel criminal, compartiendo con él sus comidas, y así hubiera seguido por una eternidad si el mismo Zero al atardecer no se hubiese despedido para algo interesante que fuera le llamaba, y además, si se presentaba algún conspirador, añadió el dinamitero, podría alarmarse con su presencia.

En cuanto Somerset se encontró solo, de nuevo empezó á sumirse en las reflexiones de la mañana. Se recriminaba su debilidad de carácter y hacía firmes resoluciones para romper á todo trance aquella infame amistad; se miraba con asco la mano que tantas veces, en pocos días, había apretado la del asesino. Y al pensar en los explosivos de que estaba rodeado, escalofríos de espanto sacudían su cuerpo. Un polvorín era un tranquilo *fumoir* comparado con su elegante Mansión.

Pensó en alejarse de aquellas habitaciones, en abandonarlo todo, se echó á la calle para respirar con libertad, para ver la luz de los faroles y codearse con honrados transeuntes; compró unas patatas á un vendedor ambulante con quien trabó conversa-

ción y hasta hizo amistades con un policía. Se sentía sin embargo molesto hablando con él; la idea de su complicidad con el conspirador le molestaba y varias veces estuvo á punto de confesar todo al guardián de la ley. El cansancio pudo más que el remordimiento y le hizo volver á su casa; pero en el momento en que pisó el pasillo de su mansión sintió tal asco, tal miedo, que dió media vuelta y salió escapado á refugiarse en un café cercano. Allí pasó toda la noche, allí descabezó su sueño, y después de pagar con la media corona que tenía el gasto hecho, se vió obligado ya muy de mañana á volver á su aborrecido palacio. Entró de puntillas para ir á su gaveta y coger dinero con intención de pasar fuera los días que quedaban hasta que Zero saliera de la casa, y en aquel momento oyó un golpecito en la puerta y el conspirador apareció en el cuarto sonriendo.

—Ya le he cogido á usted. No sabe, mi querido amigo—dijo con alegría infantil—lo impaciente que he estado. Estoy tan poco acostumbrado á tener amigos que me parecía me faltaba algo al ver que no venía usted en toda la noche. Con sincera afección sacudió cariñosamente la mano del joven.

Somerset era el hombre menos llamado á rehusar tal saludo; poner mala cara á tales muestras de amistad, caía fuera de sus límites. No devolver cordialidad por cordialidad, le era imposible. Esa desigualdad de sentimientos bondadosos que en los caracteres generosos parecen á veces criminales, le abatía profundamente. Contestó al saludo vagamente, sin saber lo que decía.

—Está bien; me alegro mucho; así debe ser—le dijo el dinamitero.—Estaba un poco alarmado creyendo que me abandonaba usted, que huía, pero ya veo que he sido mal pensado y le suplico me perdone. Dudar de su perdón sería repetir mi pecado.



Venga usted á mi cuarto; el almuerzo nos espera, y me contará usted sus aventuras de anoche.

Otra vez la bondad selló los labios de Somerset, y de nuevo se vió sentado á la mesa convidado por su criminal amigo. El conspirador hablaba sin cesar, le contaba aventuras pasadas, combinaciones que traía entre manos, planes para el porvenir, hasta que recayó la conversación sobre la señorita que hacía dos días le había visitado, aquella joven que tanto había impresionado á Somerset, que tan grabados habían quedado en su memoria su gracia encantadora, su deliciosa cara y sus airosos andares.

—¿La vió usted? ¿Bonitísima, verdad? También es de los nuestros y una verdadera entusiasta. Un poco miedosa quizá en presencia de las bombas, pero en materias de intriga, la esencia de la astucia y de la habilidad. Lake, Fomblanque, de Marly, Valdevia, todos esos nombres usa; el verdadero es... mejor no decirlo. A ella es á quien debo estar aquí alojado y el placer de haberle conocido á usted.

—¡Calle usted, por Dios, cálese. No sabe usted lo que me hace sufrir!

Zero se descompuso, pues no comprendía lo que Somerset quería decir, y continuó:

—A veces me parece que usted no me tiene el menor cariño. ¿Por qué? Yo estoy abatidísimo; el episodio grande, transcendental de mi vida, se acerca, y si salgo mal de él... desde lo alto de mis ambiciosos planes caeré en el mayor de los desprecios.

Estos pensamientos me atormentaban, y juzgue usted lo que yo necesitaré el consuelo de su deliciosa compañía. Charlando inocentemente, me consuela usted. Y sin embargo... sin embargo...

El orador separó su plato, se puso de pie y dijo:  
—Sígame usted; venga conmigo. Hoy estoy ins-

pirado, necesito aire y contemplar mi campo de batalla. Vamos.

Rápidamente, y seguido de Somerset, subió hasta la buhardilla, salió al tejado y se paró en una pequeña plataforma escondida entre varias chimeneas, en el rincón de la parte más elevada sobre las tejas de pizarra, desde donde se dominaba gran extensión de caserío, salpicado de cúpulas y torres de las iglesias, y de altas chimeneas de las fábricas.

—Esta inmensidad que vemos, esta aglomeración de la ciudad rica, populosa, que vive de los despojos de todo el continente, pronto, muy pronto la borraré del mapa. Desde esta posición admirable, cualquier día ó noche cercano oírás usted el estruendo del cañón justiciero, no el cañonazo de la salva ordinaria, sino profundo, formidable, solemne. En seguida verá usted todo en llamas. ¡Ah!—exclamó amenazando con el puño cerrado y la mano extendida.—Aquel será un gran día. ¡Incendio! ¡Destrucción! ¡Aniquilamiento para ti, irrisoria ciudad! ¡Cae, rueda por el suelo, orgullosa monarquía, cae como Dagon!

Al decir esto su pie resbaló, y gracias á la ligereza de Somerset no fué á estrellarse contra las losas de la calle.

Pálido como un muerto, desvanecido, lo retiró el joven de la cornisa del tejado hasta la ventanilla del desván. Recobró el sentido, se secó el copioso sudor que inundaba su cara, y cogiendo entre las suyas las manos del joven, se deshizo en frases de agradecimiento y cariño.

—Esto lo sella todo; nuestra amistad, solo la muerte podrá con ella. Me ha arrancado usted de sus garras, y si ya antes me había atraído usted con su hermoso carácter, juzgue usted ahora del ardor de mi cariño y de mi gratitud. Cómo tiemblo; no pue-

do tenerme; permítame que me apoye en su brazo hasta llegar á mi cuarto.

Unas gotas de cognac sirvieron para reanimar al dinamitero y devolverle las fuerzas. Se fijó en Somerset, que tenía pintadas en su rostro todas las marcas de una triste desesperación.

—Pero, por Dios, mi querido amigo, ¿qué le pasa á usted? Beba unas gotas de aguardiente, que á usted también buena falta le hace.

—Déjeme usted en paz; no me hace falta cognac. Me ha contagiado usted con sus desvelos y ansiedades. Hasta ahora había vivido tranquilo é independiente, sin que nada me apurara ni nada me atormentase, y ahora véame usted. ¿Es usted tan ciego que no ve la repugnancia que me inspira? ¿Tan torpe es usted que se imagine que yo puedo seguir viviendo de semejante manera? ¿Pensar que una persona como yo, que no ha cometido más delito que el de ser demasiado transigente, se encuentre metido en tan criminales y diabólicos asuntos!

Desesperado, casi llorando de rabia, se llevó á los ojos sus puños cerrados nerviosamente, y se tumbó en el sofá presa de la mayor agitación.

—Dios mío—exclamó Zero.—¿Es esto posible? ¿Es creíble que una persona como usted se deje así dominar por ridículos escrúpulos? ¿Va usted á juzgar á un decidido patriota con esas mojigaterías de moral religiosa? Le creí á usted de otra manera.

—Sr. Jones, es inútil argüir. Me considero uno de los mayores librepensadores; no creo en ninguna de las religiones reveladas, ni en los principios, conclusiones ni doctrinas de los éticos; pero sea como fuere, le considero á usted un inmundo reptil, al que tengo una ansia loca de machacar con mis talones. ¿Usted quiere que la humanidad vuele por

los aires hecha pedazos? Pues bien; yo quiero hacerle volar á usted descuartizado.

—¡Somerset, Somerset!—exclamó Zero palideciendo.—Usted desvaría. No diga usted esas cosas, me está usted matando.

—Venga un fósforo; que con mis propias manos prenda yo fuego á estas infernales drogas, aunque yo sea el primero en morir con este monstruo.

—¡Por Dios y por todos los santos!—gritó Zero sujetando fuertemente al joven. Domínese usted, vea lo que hace. Estamos en el cráter del volcán; la muerte nos rodea por todas partes; la menor imprudencia sería fatal, se lo dice uno que ha tenido usted por amigo.

—¡Amigo, cálese usted; mi amigo usted! No veo en usted sino un sapo asqueroso y repugnante, todo mi sér se revela á su contacto envenenado y nauseabundo, su vista me da náuseas.

Zero se echó á llorar.

—¡Pobre de mí! Esto rompe el último eslabón que me unía con la humanidad; mi único amigo me rechaza, me insulta, me maldice.

Somerset permaneció un momento asombrado ante tal muestra de dolor, pero al momento se sobrepuso y precipitadamente salió del cuarto; de un salto bajó las escaleras y se echó á la calle. Sin detenerse se dirigió á la central de policía, pero antes de llegar empezó otra vez á meditar sobre su conducta. ¿Qué hacer? ¿Obraba bien delatándole? Sí, basta de consideraciones y que perezca Zero. Pero, ¿no había dado su palabra y sellado su promesa con un cordial apretón de manos? ¿No había compartido el pan con él? Si así era, ¿podía impunemente hacerlo sin mancillar su honor? Indudablemente, tal ficción era una tontería que ante un crimen debía desechar; una delicadeza que tenía que ser des-

acertada. Todo el resto del día, toda la noche anduvo recorriendo los parques y las calles de Londres, sumido en razonamientos que le atormentaban; así anduvo de un lado á otro, hasta que al amanecer, rendido de andar se sentó en un banco de las cercanías de Peckham y lloró amargamente; se sintió aniquilado. El, que seguía el ancho camino del escepticismo se encontraba ahora víctima de sus ideas, esclavo del honor; él, que había aceptado la vida desde un puesto tan elevado como el de las águilas que remontan el espacio, pero sin idea de arrebatarse presa alguna; él, que había reconocido la moral común de las bases de la guerra; él, que estaba listo á ayudar al criminal en su huida, ó á abrazar al ladrón impenitente, se hallaba ahora, contra toda lógica, contrario al uso de la dinamita. El crepúsculo matutino había ya iluminado los tejados de la dormida ciudad, y todavía el desgraciado escéptico seguía derramando lágrimas por su falta de energía.

Por último se levantó.

—No hay duda—se dijo;—el hecho existe; el bien y el mal no son sino ficciones, la sombra de una palabra; pero, á pesar de todo, hay ciertas cosas que no puedo hacer, y hay otras que no quiero soportarlas.

Decidió volver á su casa con el decidido propósito de solucionar su situación. Trataría de persuadir á Zero para que desistiera de sus infernales planes, y si no se convencía, dejar á un lado todo reparo y delicadeza, dar al conspirador una hora de tiempo y denunciarle á la policía.

Estaba lejos; por ligero que anduvo estaba ya muy avanzada la mañana cuando llegó á su mansión supérflua, como él la llamaba.

En aquel momento salía de la casa la linda joven

de los innumerables alias, y sorprendió sobremanera á Somerset al notar en su cara el enfado y la inquietud.

Cediendo á su natural impulso, apretó el paso y se dirigió á ella para hablarla.

—Señorita—empezó sin saber todavía qué la iba á decir;—pero la otra, al oír su voz, dió un salto hacia atrás sobresaltada, se bajó rápidamente el velo de su sombrero, y sin volver la cabeza desapareció rápidamente por la primer bocacalle de la plaza.

Aquí dejaremos de seguir por algún tiempo los pasos de Somerset, para presenciar el romántico episodio de otro de nuestros protagonistas.

## X

### AVENTURA DE DESBOROUGH

Enrique Desborough vivía en el hermoso y vetusto barrio de Bloomsbury, rodeado del bramido de la marea londinense, que ya en aquel punto parecía enmudecer, brindando silencio, tranquilidad y paz. En Queen Square se había establecido al lado del Hospital de Niños, en la acera de la izquierda.

Queen Square era una plaza sagrada: allí educaban al pobre; los gorriones piaban tranquilamente en los árboles del jardín; una porción de niños convalecientes tomaban el sol paseando por la acera y se enviaban besos con sus hermanos asomados á las ventanas del hospital. El cuarto de Desborough estaba en el primer piso y daba á la plaza; pero además tenía por la parte de atrás una terraza que daba á unos frondosos jardines, y á la que también daba otra puerta-ventana de un cuarto contiguo, por en-

tonces desalquilado. En esta terraza solía pasar largas horas sentado en una butaca, fumando tranquilamente en su pipa.

En la tarde de un caluroso día de primavera, Desborough salió á buscar fresco y encontrar consuelo en el tabaco á sus inútiles paseos y pesquisas de la mañana en busca de colocación ó trabajo. Aquí al menos—se decía—estaré solo con mis pensamientos, pues como la mayoría de los jóvenes que no son ni ricos, ni ingeniosos, ni afortunados, huía en lugar de buscar la sociedad de sus semejantes. Su vista se fijó en la ventana de al lado y vió con disgusto y fastidio que estaba tapada con una cortina de seda.—Esta es mi mala suerte—pensaba;—ya no tendré libertad ninguna aquí; ahora estaré constantemente vigilado por algúu vecino molesto y curioso; ya no podré entregarme á mis meditaciones, ni silbar para olvidar mis penas, ni respirar con libertad.—Todo esto lo iba diciendo, dando en la barandilla de hierro repetidos golpes con su pipa de raiz de zarza, aculatada á conciencia, antigua compañera de muchos años.

De un golpe más fuerte que los otros se le partió por la mitad, quedando con el tubo en la mano y mirando tristemente desaparecer la cabeza de su adorada pipa entre las lilas del jardín. Como un chiquillo mimado se sentó con furia en su butaca, pataleó con rabia, cogió el periódico que había traído para leer y arrancó un pedazo de la hoja de anuncios para liar un cigarrillo. No era maestro en el arte, y papel tras papel se le rompía al apretar con los pulgares, y ya desesperaba de lograr fumar un cigarro, cuando la ventana se abrió despacio y una hermosa joven, vestida originalmente, entró en la terraza y le dijo con un timbre de voz argentina y acariciadora:

—*Señorito*, parece que no puede usted salir del paso. Permítame que le ayude.

Cogió papel y tabaco de las temblonas manos del joven, y con una ligereza y maestría que á Desborough le parecían mágicas, lió un cigarrillo y se lo presentó. Lo cogió asombrado sin pronunciar una palabra, mirando atónito á la bella aparición. Su cara, rica en color, era de esa forma un poco felina, de barbilla graciosamente puntiaguda, misteriosa, sumamente atractiva y poco común en nuestros países del Norte. Unos magníficos ojos, vivos y brillantes, daban animación inmensa á su hermosa cara, de singular belleza, realzada por una mantilla de encaje, graciosamente prendida, que caía en pliegues hasta el arranque de los brazos, blancos y redondos. Un cuerpo esbelto, bien modelado, gracioso y rebosando vida, completaba este modelo de mujer de divinas proporciones.

—¿Qué le parece á usted mi *cigarrillo, señor?* Está mejor hecho que el de usted—dijo riendo bulliciosamente.

De repente se contuvo como pesarosa y añadió:

—Le chocan á usted mis maneras, ¿verdad? Sí, yo no soy la joven inglesa con sus costumbres sencillas y naturales.

Enrique no sabía qué decir; admiraba y escuchaba.

—En mi querido país se educa á las jóvenes de diferente manera. Allí una muchacha está completamente atada, llena de restricciones; la enseñan á hacerse hipócrita y abominable; en cambio, aquí, en la libre Inglaterra, la gloriosa libertad impera—dijo moviendo los brazos con inexplicable gracia.—Aquí no nos ponen trabas ni grillos; aquí la mujer es mujer, y los hombres, hombres caballerosos. ¿No tienen ustedes por lema en el escudo de la nación



*Honi soit?* ¡Ah, me cuesta trabajo convencerme de que soy la misma que en mi tierra! No me juzgue usted todavía; poco á poco me iré acostumbrando á las maneras inglesas. ¿Cómo encuentra usted que hablo el inglés?

—A la perfección; admirablemente—replicó Enrique con la ferviente convicción digna del asunto más grave.

—Pronto me acostumbraré á todo esto, porque por las venas de mi padre corre sangre inglesa y yo he practicado ya bastante vuestro idioma, y con mi acento y mi aspecto inglés no necesito sino modificar mis maneras para parecer una inglesa.

—¡Oh, señora! no, está usted muy bien; muy... Desborough no sabía que decir.

—Vaya, adiós, señorito, se ha levantado un vientecillo un poco fresco y me retiro, pero me presentaré; soy la señorita Teresa Valdevia. ¡Adiós!

Inmóvil permaneció el joven, con el cigarro sin encender, entre los dedos. Su imaginación no podía apartarse de la nueva amiga. El sonido de su voz resonaba todavía en sus oídos, y aquellos ojos, cuyo color no sabría decir, los tenía clavados en el alma. Las nubes de su obscura existencia se desvanecieron y vió un nuevo cielo. No podía imaginarse quién era; pero la adoraba. Su edad, no se atrevía á estimarla: quizá fuera mayor que él, pero le parecía un sacrilegio acoplar su pasión con esos cambios mortales.

Su carácter debía ser encantador, como su figura. Aquel día permaneció hasta mucho más tarde que de costumbre en la terraza, lanzando tímidas miradas á la encortinada ventana, suspirando profundamente, soñando en ideales. Por fin se retiró á cenar. Las lojas de carnero y el cuartillo de cerveza que componían su cena, le parecieron manjares di-

vinos dignos de figurar en la cena de los dioses.

Al día siguiente, claro está, volvió á la terraza, y tuvo la satisfacción de ver la ventana entreabierta y pudo percibir á la joven de espaldas, sonriendo con afán, sin notar la presencia del joven. Al otro día apenas volvió á su puesto de observación, se abrió la ventana y la señorita salio á tomar el sol, ataviada de mañana, muy limpia, pero con un sello especial de extranjero y tropical. En la mano traía un paquete.

—¿Quiere usted probar el tabaco de mi padre? Es de mi querida Cuba. Allí todo el mundo fuma, ya lo habrá usted oído decir, hasta las señoras, de manera que no tenga usted miedo de molestarme con el humo. La fragancia me recordará mi país. Nuestra casa estaba á orillas del mar.

Desborough, por la primera vez en su vida, pensó y comprendió la poesía del Océano.

—Despierta ó dormida, señor, sueño con mi casa, con mi Cuba querida.

—Algún día—dijo Enrique con miedo interno—algún día volverá usted.

—¡Nunca, jamás, eso jamás!

—¿Piensa usted entonces vivir siempre en Inglaterra?—preguntó Desborough más tranquilo.

—Pregunta usted más de lo que yo puedo contestar—replicó tristemente, y volviendo á su anterior alegría, continuó:—Pero todavía no ha probado usted mi tabaco habano.

—Señorita—dijo el joven avergonzado y apurado como una chiquilla.—Cualquier cosa que me suceda... es decir, que á usted le suceda... que...

No sabía qué decir, se ruborizó hasta las orejas y terminó:

—Basta que sea de usted, para que el tabaco me parezca delicioso.

—Por Dios, señor,—interrumpió poniéndose se-

ria;—me parece usted una persona buena y sencilla, y quiere usted empezar con flores y piropos, que por cierto lo hace usted muy mal. Yo creía que los ingleses sabían ser buenos amigos, respetuosos y honrados compañeros que estaban dispuestos á aconsejar y defender á sus amigas sin propasarse jamás. No trate usted de agrardarme imitando á mis compatriotas. Sea usted el caballero inglés, franco, honrado, bueno, que desde mi niñez he deseado encontrar.

Desborough, asombrado, no sabía cómo disculparse para no pasar por plagiario, pues no tenía la menor noticia de la manera de ser de los cubanos.

—La seriedad racional le sienta á usted mejor. Fijese usted aquí—dijo marcando una línea con la punta de su diminuto pie.—Hasta aquí será territorio neutral; en el umbral de mi ventana empieza la frontera. Si usted quiere, logrará rechazarme hasta mis fortalezas, pero si en realidad hemos de ser verdaderos amigos á la inglesa, vendré á reunirme con usted cuando no esté muy triste, y cuando no esté alegre podrá usted poner su silla al lado de mi ventana y darme lecciones de costumbres inglesas mientras yo coso. Verá usted que aprovechada soy, porque pongo en ello toda mi alma.

Apoyó la mano en el brazo de Enrique, y miránle fijamente le dijo:

—Sabe usted que al fin creo que he conseguido tener algo del aplomo inglés. ¿No nota usted un cambio, señor? Cambio muy ligero, claro está, pero sin embargo, cambio al fin. ¿No encuentra usted que mi manera de ser es más abierta, más libre, más parecida á esa simpática «miss británica», que cuando usted me conoció?

Se separó sonriendo alegremente, y antes de que el joven pudiera formular una frase conque explicar

las elocuentes emociones que inundaban su alma, su hermosa compañera añadió:

—*Adiós, señor*, buenas noches, mi amiguito inglés.

Entró en su cuarto y desapareció tras la cortina.

Al día siguiente Enrique consumió una onza de tabaco esperando en la terraza neutral, sin que tuviera el placer de oír ni ver á su adorada compañera, y así pasó largas horas hasta que la de cenar le hizo abandonar su observatorio. La mañana siguiente amaneció lluviosa, pero en el estado en que se encontraba no había ni lluvia ni negocios que le arrancaran de la terraza, y envuelto en su largo impermeable, se apostó apoyado en la barandilla de hierro chorreando agua por todas partes con la vista fija en la ventana y el corazón lleno de amor y encantadores ardores. Por fin la ventana se abrió y la linda cubana sonriendo alegremente apareció en el umbral.

—Acérquese usted. Esta pequeña marquesina le protegerá algo.

Al mismo tiempo sacaba una silla de tijera que alargó á su compañero.

Se sentó, un poco turbado, pero lleno de felicidad. En el bolsillo del impermeable se le notaba que traía algún pequeño regalo.

—Me he tomado la libertad, señorita, de traerle á usted este libro. Al pasar por una librería lo he visto, iba pensando en usted y al ver que estaba en español lo he comprado. Me ha asegurado el librero que era de un buen autor, propio para señoritas.

Sacó el libro y se lo entregó; la joven empezó á hojearle, y empezó á cambiar de colores.

El joven, creyendo que el librero le había engañado se apresuró á decir:

—¡Dispense usted si me he equivocado, pero mi intención...!

—No, señor, no es eso—le interrumpió la joven, ruborizándose de nuevo.—Me da vergüenza haberle engañado á usted. Claro que el español es mi lengua madre, y esto hace que yo aprecie en todo lo que vale su recuerdo de usted, pero... ¿de qué me sirve? No sé cómo confesar á usted una verdad que me humilla. No sé leer.

Enrique le miró asombrado y ella bajó los ojos.

—¿Cómo, no sabe leer usted?

Abrió la joven la puerta-ventana con decisión y le dijo:

—Entre usted, *señor*. Ha llegado la hora de que hable con claridad, no sin cierto miedo, pues temo perder su amistad. Para que nada ignore le contaré mi historia, sin ocultarle nada.

## XI

### LA LINDA CUBANA

No soy lo que parezco. Mi padre descendía de un grande de España y por la línea materna del patriota Bruce. Mi madre también era descendiente de reyes, pero de reyes africanos. Era muy hermosa; más hermosa que yo; noble de sentimientos y de porte elegante y majestuoso. Siempre la ví á mayor altura de cuantos la rodeaban, atendida y considerada; yo la adoraba, y cuando recogí, en un triste día, en mis labios el último suspiro de su boca, yo ignoraba que fuese esclava, más aún, la querida de mi padre. Cuando murió acababa yo de cumplir diez y seis años, y fué el primer gran dolor de mi vida.

Nuestra casa quedó desolada y triste; la alegría de mi juventud se cambió en melancolía, y el camino de mi padre tomó un curso trágico. Con el tiempo recuperé mi natural alegría; la hacienda prosperaba, las cosechas mejoraban como nunca, los negros del ingenio ya habían olvidado á mi madre y me obedecían ciegamente; pero la sombra de tristeza y pena no se borraba del semblante del Sr. Valdevia. Las ausencias de mi padre eran frecuentes. Iba á menudo á la Habana, donde tenía el negocio de perlas y piedras preciosas; pero últimamente se sucedían con mayor frecuencia, y cuando volvía sólo era para una noche. Había envejecido notablemente y estaba decaidísimo y como abatido por la mala fortuna.

Mi casa natal, donde pasé mi juventud, estaba en una isleta del Mar Caribe, á una media hora de remo de la costa cubana. Era salvaje é inculta, y excepción hecha de los plantíos de nuestra hacienda, deshabitada y virgen. Nuestra casa como las de allí, baja y rodeada de una galería cubierta, estaba situada en una pequeña loma y daba al mar, limitado por la costa de Cuba á nuestro frente. La brisa refrescaba aquel ambiente noche y día, nos abanicaba mientras dormíamos en nuestras hamacas de seda y nos llenaba de los efluvios de las magnolias cercanas. A la izquierda quedaban los bohíos de los negros, desde donde se extendía todo el plantío que ocupaba una octava parte de la isla. A la derecha, poco después de terminar el jardín, se extendía un inmenso pantano lleno de plantas y matorrales, foco de fiebres, de inmundos lodazales y cuajado de reptiles y moluscos venenosos, sin contar con las serpientes, caimanes y repugnantes jaibas que por todas partes pululaban. En aquella parte de la isla sólo los que tenían sangre africana podían aventurarse. Un invisible enemigo defendía la entrada á los europeos. El

aire que allí se respiraba les era fatalmente mortal.

Una mañana, día fatal en que empieza mi ruinosa desgracia, salí de mi cuarto poco después de amanecido, allí todos madrugan, y sin encontrar un negro que me atendiera. Dí la vuelta á la casa llamando sin cesar, y al llegar á un gran pabellón mi sorpresa se trocó en alarma al verlo cuajado de negros, que no hicieron el menor caso de mí ni aun cuando estaba en medio de todos; sólo tenían ojos y oídos para una persona: una mujer ricamente ataviada, de elegante porte y voz sonora, más bien gastada que vieja.

En su hermosa cara estaban estampadas todas las pasiones y sus ojos brillaban con la vehemencia del mal. No fué su aspecto, sino algo que emanaba de su alma lo que me sobrecogió é infundió pavor. Como una planta venenosa que esteriliza el terreno; como una serpiente que fascina al pajarillo, así quedé yo domada á la vista de aquella mujer. Me armé con todas las fuerzas de mi enérgica naturaleza, alejé toda debilidad y, apartando á empellones á los negros, que azorados retrocedían en presencia del ama, me abrí camino y, ya en medio de todos, pregunté:

—¿Quién es esa mujer?

Una esclavita, á la que yo había dado muestras de cariño, se me acercó y al oído me dijo que era la señora Mendizábal; pero el nombre me era por completo desconocido.

A todo esto, la elegante mujer se había calado unos lentes y me examinaba de pies á cabeza con insolente insistencia.

—Muchacha—me dijo por último,—tengo gran experiencia en domar esclavos irrespetuosos, y si otras cosas más importantes no me lo impidieran, te compraría en la primer venta que hiciera tu padre,

—¡Señora!—grité;—pero no pude continuar, la rabia me obstruía la garganta.

—¿Es posible que no sepas tu posición?—dijo soltando una carcajada de desprecio.—¡Qué gracioso! Nada, nada; no había más remedio que comprarla. ¿Qué sabe hacer?—preguntó á los que la rodeaban.

Contestaron que su joven ama había sido educada como una señorita.

—Bueno, pues me servirá para mis asuntos en la Habana, y tendré verdadero gusto—añadió dirigiéndose á mí con crueldad—en que te acostumbres al látigo.

Llamé á mis criados y les ordené que echaran de allí á aquella mujer, que la metieran en un bote y la dejaran en la costa de Cuba; pero todos me dijeron que no les era posible obedecer, que fuera prudente, rogándome que no me exaltara. Insistí, me descompose, levanté la voz, insulté á la intrusa. Entonces se echaron atrás, apartándose de mí como si hubiera blasfemado.

Una reverencia supersticiosa parecía que rodeaba á la forastera, fácil de notar en el cambio de conducta de mis criados y la palidez gris de sus rostros africanos. Miré á la señora Mendizábal que continuaba, sin descomponerse en lo más mínimo, mirándome á través de sus lentes con una sonrisa de desprecio. La conciencia de su superioridad y la indiferencia con que escuchaba mis amenazas me enloquecieron; di un grito de rabia, de miedo, de impotencia y desesperación, y salí despavorida huyendo de las galerías no sé adonde, hacia la orilla del mar. Mi cabeza estallaba; ¡tan repentina, tan extraña había sido aquella escena de insultos! ¿Quién era? ¿Qué poder oculto invocaba sobre mis obedientes criados? ¿Por qué me había tratado como á una esclava? No podía hallar respuesta para todas estas



preguntas que se amontonaban en desorden; sólo me daba cuenta con claridad de su odiosa y aviesa persona.

Todavía iba corriendo cuando ví que mi padre venía del embarcadero á mi encuentro. Dando un grito me arrojé á sus brazos, y apoyada mi cabeza en su pecho rompí á llorar amargamente, agitada por nerviosa congoja. Me hizo sentar al pie de un palmito cercano, me consoló, y cuando me hube calmado, me preguntó en tono un tanto áspero el motivo de mi llanto. Me sorprendió su tono y su seriedad, pero haciendo un esfuerzo y con palabra segura, aunque interrumpida por fuertes sollozos, le conté que había en la isla una mujer desconocida; que los criados no me habían querido obedecer por mandato de la tal señora Mendizábal; que los negros estaban como fascinados por ella. Le dije cómo me había insultado, tratado como una esclava, amenazándome con comprarme; le conté mi desesperación, mi impotencia, mi loca huida hasta dar con él. Mi padre, que desde el principio había empezado á inquietarse, iba palideciendo y frunciendo el ceño á medida que me escuchaba, hasta que, por fin, con gravedad en él inusitada, me dijo:

—Teresa, te suplico que te armes con todo el valor de tu alma. Mucho te tengo que decir y mucho puedes hacer por mí. Mi hija tiene que demostrar que es una mujer de corazón. En cuanto á la Mendizábal no sé que decirte. Hace veinte años era una hermosísima esclava; hoy es lo que ves, prematuramente vieja, minada por todos los vicios y degradada por las más viles industrias, pero libre, rica, casada, según dicen, con un hombre de reputación, ¡á quien Dios proteja! y que ejerce sobre sus antiguos camaradas, los esclavos de Cuba, una influencia tan ilimitada como misteriosa. Ritos horribles,

según dicen, cimentan su imperio, los ritos del Hodú (1). Sea como fuere, no temas á esa horrible bruja. El peligro que nos amenaza viene de otra parte. Yo te juro que nunca caerás en sus manos.

—Padre mío; ¿pero había algo de verdad en sus palabras? ¿Soy lo que me imagino? Dígamelo usted que quiero salir de esta horrible duda!

—Todo te lo diré—me dijo cariñosamente.—Tu madre era una esclava, y yo había decidido que tan pronto como se arreglaran unos asuntos que tenía pendientes, nos fuéramos á Inglaterra, donde sus leyes me hubieran permitido casarme con ella como pensaba, pero la muerte inesperada de la pobrecilla echó por tierra todos nuestros planes. Comprenderás con qué dolor llevo conmigo la memoria de tu madre.

Lloré á gritos para desahogarme, hasta que me olvidé de mí misma para pensar solo en mis padres y consolar al que me quedaba.

—Lo hecho, hecho está, y lo pasado no tiene remedio; sólo me queda aguantar el castigo de mis remordimientos. Con esta purgante pena me puse á trabajar para remediar lo único posible. Rescatarte á ti.

Quise manifestarle mi gratitud.

—La enfermedad de tu madre me había quitado mucho tiempo; los negocios de la capital habían quedado durante todo ese tiempo en manos de dependientes ignorantes; todo faltó allí; mi dirección; el conocimiento que, como pocos, tengo para distin-

---

(1) Hodú ó Bodú, como se llama en Haití, donde todavía practican sus sacrificios y ceremonias. Los esclavos las llevaron á algunas partes de América, y se asegura que varios presidentes de la República haitiana concurrían á dichas ceremonias y tomaban parte en ellas. (*N. del T.*)

guir casi al tacto un rubí de un zafiro, y saber de una mirada de qué parte de la tierra procede una gema; todo, querida, faltó durante mucho tiempo y me encontré insolvente; arruinado.

—¡Qué importa eso, papá! ¿Qué nos importa si podemos vivir juntos con la amada memoria de mi madre entre los dos?

—No me comprendes; joven como eres, poco más que una niña, hermosa como ninguna, inocente como un ángel, cualidades todas que serían suficientes para desarmar á lobos y cocodrilos, son alicientes á los ojos de mis acreedores para comprarte. Tú eres á sus ojos uno de mis bienes muebles, una cosa vendible y que vales, ¡perdóname Dios mío!, que vales dinero. ¿Empiezas á comprender? Si te concedo la libertad, defraudo á mis acreedores, la manumisión será anulada, y tú volverías á ser esclava y yo criminal.

Cogí su mano entre las mías, se la besé, y sentí profunda pena por mí é inmenso amor hacia mi padre.

—¡Cuánto he trabajado; cuánto he luchado; cómo me he esforzado para recuperar mi fortuna! ¡Dios lo sabe! Pero me negó su bendición y ayuda, quizá sea, con placer lo espero, para retardarla y bendecirte á ti, hija mía. Pero no; por fin perdí la esperanza; estaba arruinado sin salvación. Mañana mismo vence una gran deuda, y me declararán en bancarrota: todos mis bienes, mis tierras, mis joyas, que tanto he querido, mis esclavos, á quienes he tratado como un padre, y ¡ay de mí! lo que es mil veces peor, mi hija adorada, será vendida y pasará á las manos de avaros é ignorantes mercaderes. Yo también había aprovechado y aceptado este terrible crimen de la esclavitud; ¿pero iba á ser mi hija, mi inocente, mi inmaculada hija, la que había de sopor-

tar el castigo? ¡No, eso no, me he revelado! He cogido este saco y he huído. Mis perseguidores me siguen de cerca; quizá mañana desembarquen en esta isla, sagrada por la memoria de la que te llevó en sus entrañas; llegarán, sí, para meter á tu padre en una ignominiosa cárcel, y á comprarte como esclava y deshonorarte. Pero no lo he de consentir. Escucha. En la costa Norte de nuestra isla, por fortuna hay desde hace días un *yacht* inglés que está barloventando. Pertenece á Sir George Greville, á quien ahora no trato, pero que de otro tiempo me debe grandes favores. Creo que no se negará á ayudarnos en nuestra huída, pero si rehusara, tengo en mi mano el poder de obligarle. Porque ¿qué significa eso de que ese inglés ande constantemente recorriendo las costas de Cuba y á cada viaje vuelva á su país cargado de piedras preciosas?

—¿Habrá encontrado una mina?

—Así dice él, pero el raro don que tengo para esas cosas me ha hecho comprender que es una fábula. Me traía solamente diamantes que inocentemente se los compraba; después, fijándome en ellos, pude notar sus diferentes procedencias: unos eran del Africa, otros del Brasil, y en varios pude reconocer, por sus aguas especiales y tosquedad detallada, que eran productos de un robo en alguna iglesia.

Una vez alerta, le observé de cerca. Es un hombre muy astuto, pero yo lo soy más. Visitaba todas las joyerías de la capital; en una vendía sólo rubíes, en la otra esmeraldas, más allá aguas marinas, y en todas partes contaba la misma historia que á mí me contó. ¿En qué mina, en qué privilegiada región del mundo se encuentran mezclados los rubíes de Yspahan, las perlas de Coromandel y los diamantes de Golconda? No lo dudes, hija mía, ese hombre, á pesar de su título y de su *yacht*, me teme y me obede-

cerá. Hoy, en cuanto anochezca, no tenemos más remedio que atravesar el pantano y la manigua por una senda que te enseñaré; después, por un caminito que atraviesa las colinas de la isla, llegaremos á la playa del Norte, cerca de donde el *yacht* está fondeado. Aunque mis perseguidores lleguen antes de lo que me figuro, siempre llegarán tarde. En la costa, allí enfrente, tengo apostado un hombre de confianza que en cuanto les vea aparecer encenderá una hoguera; su luz si es de noche ó la columna de humo si es de día, nos servirá de aviso y tendremos tiempo de poner el pantano entre el peligro y nosotros. Mientras tanto, quiero esconder este maletín. Mira lo que tiene, dijo metiendo la mano y dejando caer sobre mi falda una cascada de piedras desmontadas, de todos colores y tamaños, con los matices de las flores, y que al caer reflejaban en brillantes haces de colores los rayos del ardiente sol tropical.

No pude contener un grito de admiración.

—¡Te asombras! Pues no son sino guijarros, fríos como la muerte, ingratos; representan la paciencia de la naturaleza, siglos enteros de microscópica actividad, que ahora cada uno de ellos es para nosotros un año de libertad, de vida, de mútua afección. ¿Cómo no los he de codiciar? ¿Por qué tardar más en esconderlos? Teresa, sígueme...

Se levantó y se dirigió á los bordes de la inmensa espesura emponzoñada, en el declive de la colina en que estaba enclavada nuestra casa. Durante algún tiempo estuvo escudriñando la entrada de la manigua, hasta que reconociendo alguna señal se dirigió á mí y me dijo:

—Esta es la entrada de la senda secreta que te he dicho; espérame aquí; sólo me internaré un poco para enterrar nuestro tesoro, y volveré en seguida.

En vano traté de disuadirle, pintándole los peli-



gros que corría metiéndose en aquel terreno pantanoso y envenenado; en vano le supliqué que me dejara seguirle, alegando que la sangre negra que sabía circulaba por mis venas me garantizaba. No me quiso oír; apartó la maleza que tupida crecía en la orilla, y desapareció en el pestilencial silencio del pantano.

Al cabo de una hora larga, el ramaje se separó de nuevo, y mi padre apareció de repente, parándose y echándose la mano á los ojos, como encandilado por la fuerte luz del sol. Venía como congestionado, de color rojo obscuro, y á pesar del calor del medio día tropical, no se le veía la menor gota de sudor.

Me avalancé á él corriendo.

—¿Estás cansado? ¿Te sientes malo?—le pregunté angustiada.

—Me he fatigado mucho; la atmósfera de ahí dentro asfixia, y como salgo de esa semiobscuridad, la luz del sol me hace daño á la vista. Espera un poco, Teresa, un momento, se me pasa en seguida. He escondido el tesoro al pie del manzanillo, después del manglar, á la izquierda del camino. Enterradas en el lodo están las valiosas piedras; tú las encontrarás. Vamos, vamos á casa; tenemos que comer antes de emprender nuestra caminata esta noche; comeremos y luego dormiré, dormiré...

Me miró con los ojos inflamados, rojos de irritación, sacudiendo tristemente la cabeza.

Apretamos el paso; yo mirando compasivamente á mi padre, él murmurando que nos habíamos entretenido mucho y podríamos hacernos sospechosos. De un tirón recorrimos la distancia, atravesamos la galería y entramos en la fresca obscuridad de las cerradas habitaciones. La comida estaba preparada. Los criados, informados por el barquero de la llegada del amo, habían vuelto á sus quehaceres, asusta-

dos de mi regreso, sin valor para mirarme de frente.

Mi padre murmuraba no sé qué cosas con febril pertinacia; me apresuré á sentarme á la mesa para no impacientarle, pero apenas había soltado mi brazo cuando alargó las manos nerviosamente como para coger algo invisible, gritando con voz aguda:

—¿Qué es esto? No veo; estoy ciego.

Corri hacia él para sentarle á la mesa, pero se resistió; allí permaneció rígido durante algún tiempo, abriendo y cerrando la boca con penible esfuerzo, respirando ruidosamente, hasta que se llevó ambas manos á las sienes, gritando:

—¡Mi cabeza, mi cabeza!—se apoyó en la pared y cayó desplomado al suelo.

Bien sabía yo lo que aquello significaba. Pedí auxilio á los criados para llevarle á la cama, y me arrodillé á su cabecera. Sabía que no había esperanza alguna; los mismos esclavos lo decían: si el amo ha entrado en el pantano, no tiene salvación; todo lo que se haga es inútil. Mi pobre padre se retorció inquieto en la cama, rechinaba los dientes y sólo de vez en cuando pronunciaba las palabras de ¡corre! ¡corre! En los últimos momentos de su vida, el peligro de su hija era su única preocupación. ¡Pobre padre mío! El sol se había ocultado en rápido crepúsculo; las sombras de la noche empezaban á extenderse por el campo de la isla cuando me dí cuenta de que me había quedado sola en este mundo. ¿Qué idea podía yo tener de la huída, de salvarme de los peligros de mi situación? Todo lo que no fuera el cadáver de mi padre, se había desvanecido; todo lo había olvidado, excepto el natural tormento de mi soledad.

Toda la noche la pasé sumida en este dolor al lado de los restos del último amigo, hasta que ya muy avanzada la mañana entró la negrita que antes he

nombrado, bañada en lágrimas, á darme cuenta de lo que pasaba. Al amanecer un bote se había acercado á la orilla y habían desembarcado en la isla varios agentes de policía con la orden de prisión de mi padre, y un hombre bajo, gordo, de maneras vulgares, que dijo ser el legítimo propietario de la isla, del plantío y de los esclavos todos. Creo—añadió la negrita—que debe ser algún personaje ó un poderoso hechicero, porque en cuanto la señora Mendizábal los ha visto llegar se ha internado en la manigua.

—Tonta, de lo que huía era de la policía. ¿Pero esa condenada bruja qué trata de hacer en la isla? En medio de todo, Cora, ¿qu<sup>e</sup> puede todo eso importar á una desdichada huérfana?

—Amita, tenga usted presente dos cosas: No vuelva usted á hablar, como lo hace, de la señora Mendizábal, á lo menos á una persona de color, porque es la mujer que más poder tiene en el mundo, y si alguno presumiera su verdadero nombre, sería suficiente para que los muertos se levantaran de sus tumbas. De todas maneras, no hable usted más de ella á su desgraciada Cora; porque aunque es posible que huya de la policía, como por ahí también murmuran, le diré á usted, aunque sé que no me cree, y se reirá de ello, que oye todo lo que se habla hasta en lo más recóndito, y su pobre Cora está ya apuntada en sus negras listas. Cuando me mira, se me hiela la sangre en las venas. Lo segundo que le quería decir, ama mía, es que no olvide que ya no es usted la hija del señor amo. Ha desaparecido de entre nosotros y ya no es usted otra cosa sino una muchacha esclava como yo. El nuevo amo, á quien ya pertenece usted, la llama; mi querida señorita, vaya sin tardar. Con su juventud, su belleza y su elegancia, si es usted obediente y sumisa, pue-



de usted conquistarle y asegurarse un porvenir descansado y feliz.

Por un momento miré á la miserable esclava con lo indignación que se figurará, pero en seguida se desvaneció, pues comprendí que era natural pensara así en su clase, tan natural como el ave vuela.

—Gracias, Cora; gracias por tu buena intención— la dije—ahora ve y dí al nuevo amo que en seguida voy, quiero quedarme un momento sola con el cadáver de mi padre.

Se fué; me acerqué al cuerpo frío del autor de mis días, y como si pudiera oirme, bañada en lágrimas, le dije:

—¡Padre, tu última voluntad, tu último deseo, en medio de las convulsiones de la agonía, era que huýese del deshonor que me aguardaba; aquí, á tu lado, juro que así lo haré, no sé por qué medios, pero lo cumpliré, por el crimen si es preciso; que el cielo nos perdone, á ti, á mí, á nuestros opresores; que el cielo me proteja en mi impotencia!

Esta promesa me tranquilizó. Aun en aquella cámara fúnebre no podía dejar de ser mujer; me acerqué al espejo para arreglarme á la ligera mis despeinados cabellos, refresqué mi cara enrojecida por el llanto, y dando un mudo adiós al autor de mis días y de mis penas, traté de encontrar una sonrisa para ir al encuentro de mi nuevo amo.

Con gran bullicio llegó á nuestra casa, es decir á la que fué nuestra, un hombre grueso, sanguíneo, de unos cuarenta y cinco á cincuenta años, de aspecto vulgar, sensual y antojadizo, por lo que pude juzgar, y aunque á primera vista le creí un bonachón, la lujuria que se pintó en sus ojos cuando me acerqué, me hizo presagiar días de sufrimiento.

—¿Es esta vuestra antigua ama?—preguntó á los esclavos, que le respondieron afirmativamente, con

lo cual él hizo señas para que todos se retiraran. Cuando estuvimos solos, me dijo.

—Ven aquí, querida, yo soy un hombre sencillo, muy diferente de esos condenados españoles; soy franco, trabajador, cariñoso, un honrado inglés, ya lo verás. Me llamo Coulder, ya lo sabes.

—Gracias, señor—respondí cortésmente como había visto hacer á los otros esclavos.

—Ven, ven aquí; eres más guapa de lo que creía y si te decides á ser una personita sumisa en el papel que te toca desempeñar aquí, te convencerás de que soy un cariñoso y buen amigo. Tú me gustas mucho, Teresa—dijo llamándome por mi nombre, que pronunciaba con el más desastroso acento.

Y acercándose á mi y cogiéndome la cabeza para jugar con mi pelo, añadió:

—¡Qué pelo tan hermoso!

La indignación en que ardía estuvo á punto de estallar cuando con sus sucias manazas me acarició la cara, cogiéndome la barbilla entre sus gruesos dedos, pero me contuve y bajé abochornada la cabeza.

—No te pesará la venida del viejo Caulder. Ahora, por de pronto, te diré que tu antiguo amo era un pillito redomado, que huyó llevándose un capital en piedras preciosas, que de derecho me pertenecen. Tú, como parienta suya, creo que sabrás dónde lo ha escondido, y antes de que respondas deja que te diga que tu porvenir y mi bondad para contigo depende de tu contestación. Yo me porto siempre bien con mis criados, y espero que ellos correspondan en la misma forma.

—¡Ah, sí, las joyas!—dije en voz baja.

—Eso, eso, las joyas.

—¡Silencio!

—¿Silencio? ¿Por qué? Estoy en mi casa y rodeado de criados fieles; no tengo nada que temer.

—¿Se ha ido la policía?—pregunté aguardando con ansia la respuesta.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?—replicó desconcertado.

—Mejor sería que se hubiesen quedado;—dije con solemne gravedad, aunque en mi interior tranquilizada por su ida.—No quiero, señor amo, ocultarle la verdad. Los esclavos de esta hacienda se encuentran ahora en un estado de rebelión que hace tiempo estaban preparando.

—¡Cómo! No es posible; en mi vida he visto una partida de negros tan humildes y sumisos—aseguró, aunque visiblemente turbado.

—¿No le han dicho á usted que la Mendizabal está en la isla? ¿No sabe usted que desde que está aquí á nadie obedecen si no á ella, y que si esta mañana le han recibido á usted humildes y corteses ha sido obedeciendo sus órdenes?

—¿De veras? La Jezebel aquí. Sí, ya sé que es una mujer peligrosa y que la policía la persigue por una serie de muertes que se le atribuyen, que tiene una gran influencia sobre la gente de color, ya lo sé, ¿pero qué habrá venido á hacer aquí?

—Por las joyas, señor; si usted hubiera visto como ella aquel tesoro, zafiros, esmeraldas, topacios, rubíes rojos como una puesta de sol; ¡qué riqueza! Si usted lo hubiera visto como ella, lo comprendería y temblaría ante el peligro.

—¿Ha visto ella el tesoro?

Comprendí que mis palabras habían hecho su efecto; su avaricia estaba despertada. Decidida á remachar el clavo, le cogí una de sus manos entre las mías y continué:

—Amo mío, yo ahora le pertenezco y es mi deber defender sus intereses y su vida. Escuche mi consejo y déjese guiar por mi prudencia. Sígame usted

sin que nadie nos vea; yo le llevaré al sitio en que el tesoro está escondido, y una vez desenterrado, metámonos en el bote sin perder tiempo y rememos hasta llegar á la vecina costa de Cuba, y no volvamos á esta peligrosa isla sin la protección de los soldados.

Ningún hombre civilizado en un país libre hubiera creído en semejante desinterés y en tan rápida sumisión y cariño; pero este opresor, acostumbrado á la esclavitud, de la que había abusado, que consideraba á los esclavos como suyos sin duda alguna, encontró natural mi repentino amor al amo y cayó en el lazo como una inocente criatura. Me alabó, me dió las gracias. Era yo un modelo de esclava fiel; había nacido para ello; mis cualidades me hacían la reina de las esclavas. Cuando le dije el valor aproximado del tesoro y de nuevo le pinté lo más vivamente que pude la variedad y riqueza de los brillantes, perlas y otras piedras, su avaricia inflamada no tuvo límites y quiso que, sin perder tiempo, pusiéramos manos á la obra.

En un cobertizo del jardín cogí un pico y una pala. Desviándonos por entre las magnolias para que no nos viesan, conduje á mi amo á la entrada de la pantanosa maniguá. Yo iba la primera, con los instrumentos al hombro, como una buena esclava, volviendo la cabeza á cada momento para ver si nos espían. Cuando llegamos á la entrada de la senda hice como que se me habían olvidado las provisiones y volví á casa á buscarlas, dejando á Caulder sentado á la sombra de un árbol, cuya sombra sabía yo era fatal. ¿Llegaría á probar la merienda?—me pregunté. Una voz interna me decía que no. Mientras iba á su lado, mientras tuve delante de mi vista al hombre á quien pertenecía como cualquiera de las negras esclavas, la indignación me daba valor para

llevar á cabo mi plan; pero en cuanto me ví sola no pude soportar la repugnancia que me causaba mi criminal resolución. Decididamente volvería á él, me arrojaría á sus pies, confesaría mi traición y le sacaría á escape de aquella pestilente manigua, á la que le había llevado á morir. Con esta resolución regresé en su busca, pero el recuerdo del juramento hecho á mi padre, el temor del porvenir, el peligro que corría mi inocencia, pudieron más que mis escrúpulos, y resueltamente, fingiendo una amable sorpresa, llegué hasta él y le indiqué que me siguiera.

La senda que entonces seguimos estaba abierta como un túnel á través de la espesa enramada. Por ambos lados crecía la maleza, que se unía sobre nuestras cabezas, y la luz del día apenas llega'a hasta nosotros contenida por el tupido cortinaje de verdura; el aire era abrasador, como el vapor de una caldera, pesado, lleno de olores vegetales y condensado de venenosas emanaciones, que se introducían en los pulmones á cada respiración, llevando la muerte y congestionando el cerebro por instantes. A nuestros pies, una alfombra fangosa y verduzca enmudecía nuestras pisadas. Mimosas de la altura de un hombre se amontonaban á cada lado de la senda, tan cerca unas de otras, que teníamos que separarlas con nuestros cuerpos, y en aquel antro de pestilencia un silencio nos rodeaba.

No habíamos recorrido mucho camino cuando Mr. Cauder fué presa de angustiosas náuseas y tuvo que sentarse. Al verle así, sentí mi corazón desfallecer, me dió lástima el infeliz avaricioso y le aconsejé que nos volviéramos abandonando las joyas; pero él se opuso, no quería que fueran á parar á las manos de la Jezebel, no quería que le robaran; él, como hombre honrado que era, haría mejor uso de ellas.

—¡Adelante!—añadió, y me siguió medio arras-trándose, en tan miserable estado, con tanta dificultad, que á los pocos pasos se detuvo de nuevo. En su cara desencajada ví las primeras marcas de la muerte. \*

—Señor amo, está usted muy pálido, qué le pasa, me da usted miedo. Sus ojos están irritadísimos, rojos como los rubíes que buscamos.

—Sigue adelante, gran perra. Te juro que como vuelvas á detenerte y volver la cabeza te recordaré lo que eres.

Ví varios insectos venenosos y á un lado una serpiente verde, que conocía por el miedo que allí inspira. Su picadura es mortal. Me paré, é indicándosela con el dedo con expresión de espanto, le dije:

—La serpiente bejaco; ¡esa mata, mata, cuidado!...

Imposible disuadirle.

—Soy un viajero práctico, estoy acostumbrado á todo. Este es un lodazal infame, ya lo sé; pero pronto terminamos.

Seguimos avanzando, y al ver que la senda se ensanchaba se reanimó.

—Mira, no te lo decía yo—prosiguió,—ya hemos pasado lo peor.

Habíamos llegado, en efecto, al manglar, cerrado enfrente por algunos troncos de árboles caídos y á medio pudrir, que formaban un puente natural; pero la senda se bifurcaba en dos caminos bastante anchos coronados por una bóveda de verdura formada por ramas entrelazadas, de las que pendían, balanceándose, infinidad de viscosos reptiles; un hedor nauseabundo, pútrido y penetrante se elevaba, formando como una neblina, por encima de los caimanes, que sacaban la cabeza en las charcas de aquella agua sucia, y por las orillas del pantano

millares de rojizas jaibas pululaban en amontonados grupos.

—Si nos resbalamos en esos maderos y caemos al agua, piense usted, mi amo, en la muerte que nos espera. Los caimanes nos aguardan; si seguimos la orilla de la ciénaga, mire la cantidad de asquerosos bichos que obstruyen nuestro camino. Sin defensa posible, ¿qué podemos hacer contra tantos y tan variados enemigos? ¡Qué horror dejar la vida entre sus mandíbulas ó asediado por millares de esos bichos!

—¿Estás loca, criatura? Cállate y sigue adelante. Anda, ó te haré yo andar—dijo al mismo tiempo que levantaba el látigo que en la mano llevaba, y sin piedad me cruzó la cara.—Arre, mala bestia. ¿Crees que voy á estar todo el día en este infame sitio á merced de una miserable esclava?

Aguanté el insulto, no me revelé al castigo, pero mi sangre hervía en todo mi cuerpo. En aquel momento algo cayó de un árbol en la laguna para hundirse en su fango. Al mismo tiempo se hundía allí mi compasión.

Más adelante el camino era menos tupido, más fácil de recorrer. De vez en cuando la espesa enramada se abría y dejaba pasar hasta nosotros un rayo de luz que nos permitía ver la copa de algún árbol gigantesco. Desde uno de estos espacios, iluminados por el sol, distinguí á poca distancia el manzanillo, separado de nosotros por una senda ancha y limpia, solamente accidentada por grandes montículos de tierra, hormigueros que en otras ocasiones había tenido ocasión de ver. Dejé los apeos y el cesto al pie del manzanillo, que al instante se cubrieron de una negra capa movible por la invasión de las hormigas, y dirigí una mirada á mi inconsciente víctima. Fuí así la víctima de mosquitos y bichos.

nuestro alrededor revoloteaba, que nos veíamos como á través de un tupido velo. El ruido de sus alas y el incesante trompeteo parecía al zumbido de una gran rueda girando en veloz rapidez.

—Este es el sitio—dije.—No puedo cavar, nunca he aprendido á hacerlo; cave usted, que lo hará antes, para salir de aquí en seguida; cada minuto que aquí pasamos es mortal para usted.

Había caído al suelo; y al oír mis palabras levantó la cabeza para mirarme, y pude ver en su rostro las mismas señales de muerte, que no há mucho había podido observar en la cara de mi padre.

—Me siento malo, muy malo; todo me da vueltas; el zumbido de estas moscas me marea. ¿Has traído vino?

Le alargué un vaso de clarete, que bebió con avidez, y le dije:

—Piense lo que hace; este maldito pantano tiene un nombre fatal.

—¿Dáme el pico! ¿Dónde está eso enterrado?—fué su única respuesta.

Le indiqué el sitio exacto; en la ténue luz de la espesura empezó á cavar, manejando el azadón con la energía y fuerzas de un hombre vigoroso y sano. Su cara brillante, reluciente del copioso sudor que le bañaba, era el foco donde iban á parar las picaduras de los insectos que á su alrededor revoloteaban.

—Mi amo, no es bueno que sude usted en este sitio, donde la fiebre satura el aire y se introduce por los abiertos poros. Tenga cuidado.

—¿Qué estás diciendo—exclamó descansando un momento?—¿Pretendes volverme loco? ¿Crees que no sé yo el peligro que corro?

—Es lo que quería que comprendiese. Aprisa, aprisa; y acordándome de las últimas palabras de



mi padre, repetía incesantemente: ¡Aprisa, aprisa, aprisa!

A los pocos momentos el tesoro estaba á la vista, lo cogió con avidez y empezó á repetir mis palabras como si fuera un eco:

—¡Aprisa, aprisa, pronto, no hay tiempo que perder! Este maldito pantano tiene un hombre fatal;—y sacudía la cabeza como un loco.

Ya no sudaba; su cara tenía el rojo ladrillo que en mi padre había visto. Volvió a coger el pico para seguir cavando.

—Señor amo—le dije llamándole la atención—ya está ahí el tesoro.

Pareció que despertaba de un sueño.

—¿Dónde? ¿Es posible? Muchacha, yo pierdo la cabeza, ¿qué me pasa? Esta maleza está maldita—exclamó dando un grito de terror.

—Esto es una tumba de la que no saldrá usted vivo. En cuanto á mí, tengo puesta mi vida en manos de Dios.

Cayó al suelo como herido por un rayo; pero no sé si por el efecto de mis palabras ó el de la misma enfermedad, se incorporó.

—Me has traído aquí para morir, poniendo en peligro tu misma vida. Me has condenado. ¿Verdad? ¿Y por qué?

—Para salvar mi honra. Acuérdense que le advertí del peligro. La avaricia le ha matado á usted; no yo.

Sacó su revólver y me apuntó.

—Mira, todavía tengo fuerzas para matarte, pero sé que voy á morir, nada puede salvarme y mi cuenta es ya bastante larga. ¡Pobre de mí!—continuó, lanzándome una mirada triste, asombrada, parálitica. —¡Pobre de mí; si después de esta vida he de ser juzgado! ¡Qué cuenta tan largal..

Me arrodillé, llorando á su lado, pidiéndole perdón y besándole las manos; cogí el revólver y se lo entregué para que vengara su muerte, y asegurándole que si mi muerte pudiera salvar la suya, con gusto entregaría mi vida. Pero estaba decidido á perdonarme para que mi acción fuera más amargamente castigada.

—No tengo nada que perdonarte, cielo santo; ¡qué cosa más tonta es un viejo engreído! Te doy mi palabra, que hasta llegué á creer que te habías enamorado de mí. ¡Qué loco!

Al mismo tiempo fué atacado de escalofríos incessantes y mareos precursores de la muerte; se agarraba á mí como un niño miedoso y pronunciaba repetidas veces nombres de mujer. El ataque pasó y por unos momentos recobró el sentido.

—Voy á escribir mi testamento. Saca mi cartera.

Así lo hice, y á toda prisa escribió algunas líneas en una hoja de papel.

—¡Que no lo sepa mi hijo! Es un hombre peligroso... Que mi hijo Felipe no se entere de lo que has hecho conmigo.

De repente dando un grito desgarrador, se llevó las manos á los ojos y con voz ronca que por momentos se iba debilitando, me dijo:

—¡Dios mío! Yo estoy ciego. No me abandones aquí á ser pasto de las jaibas.

Le juré que mientras respirara no me separaría de su lado y cumplí mi promesa, estuve á su lado como había estado al de mi padre; ¡pero qué pensamientos más distintos cruzaban mi mente! Toda la tarde duró su agonía. Allí, esclava de mi crimen, pasé horas angustiosas, condenada á espantar las nubes de mosquitos, los ejércitos de hormigas y toda invasión de asquerosos bichos que esperaban su víctima. La noche había cerrado; la legión de in-

sectos había crecido atraída por el olor de la presa, y todavía no sabía yo si había dejado de existir mi nuevo amo, hasta que su mano, que entre las mías tenía fría y yerta, me hizo saber que estaba libre.

Cogí su cartera y su revólver, decidida á morir antes que caer prisionera, y cargando con el saco de pedrería me dirigí al Norte de la isla.

A esa hora de la noche la manigua estaba llena de ruidos extraños é inexplicables. Todo bicho, todo insecto llevaba su nota al concierto nocturno. Por en medio del manglar, rodeada de este incesante ruido, caminaba sin divisar nada, como ciega. El suelo se hundía á cada pisada, tenía una consistencia resbaladiza y me hacía el efecto de que andaba sobre asquerosos sapos. El contacto de las ramas de los árboles, que me servía de guía, me hacía temblar de miedo y repugnancia; los troncos húmedos de la maleza me parecían viscosas culebras, y sentía un nudo en la garganta que me dificultaba la respiración. Nunca he tenido un miedo tan punzante como el de aquella noche durante mi caminata nocturna, ni mayor sensación de alivio y alegría que cuando sentí que pisaba un camino sin fango, y á lo lejos, entre los huecos de la enramada, pude ver la plateada claridad de la luna.

Había cruzado todo el infecto lodazal y entraba en el terreno del bosque despejado, limpio, seco, embalsamado por las aromáticas plantas de la montaña, que habían recibido durante el día el ardiente calor del sol tropical. La sangre negra que heredé de mi madre me hizo salir sana y salva de entre aquel vaho envenenado del pantano, y la fortuna me había sacado sin una picadura de aquel infierno de bichos ponzoñosos.

Ya lo que me quedaba era fácil: atravesar parte de la isla, llegar á la costa Norte y hacer que me ad-

mitieran en el *yacht*. Me fué imposible durante la noche seguir el camino que mi padre me había indicado, y me había detenido en busca de algo que me guiara, observando las estrellas, cuando un gran vocerío, una algazara de chillidos, que á distancia frente á mí se oía, hirió mis oídos.

No me daba cuenta de lo que podía ser; instintivamente dirigí mis pasos en la dirección del ruido, y al cabo de un cuarto de hora llegué al margen de un claro del bosque, iluminado por la luz de la luna y las llamas de una gran hoguera. En el centro se destacaba un pequeño edificio, bajo y tosco, coronado por una cruz. Era una capilla hacía tiempo abandonada y consagrada ahora á los ritos del Bodú. A la puerta había un montón de seres vivos, agitándose y sacudiéndose con bruscos movimientos en todas direcciones como queriendo huir y sin poder conseguirlo. Fijándome más ví que eran gallinas, pavos, perros, varias clases de aves y animales allí amontonados, luchando por desprenderse de las ligaduras con que estaban sujetos.

La hoguera y la capilla estaban rodeadas de un círculo de africanos, hombres y mujeres, arrodillados y haciendogestosincesantemente. Levantaban al cielo las manos medio cerradas, como pidiendo algo; se inclinaban hasta tocar con la frente en el suelo, alargando los brazos y así constantemente; aquella línea de cabezas negras parecía una oleada lúgubre, acompañada de cantos monótonos y gritos inarticulados. Me quedé aterrada; sabía que mi vida dependía de un cabello; mi muerte era segura si me sorprendían observando la celebración de los ritos de Bodú.

La puerta de la capilla se abrió y un negro colosal, enteramente desnudo, apareció, llevando en la mano el cuchillo de los sacrificios. Detrás de él otra aparición más extraña y chocante; la Mendizábal,

también desnuda, llevaba en sus brazos, á la altura de su cara, un canastillo lleno de repugnantes serpientes que asomaban sus cabezas por entre los miembros y se enroscaban en sus morenos brazos. Ante estas apariciones, la exaltación de la obscura asamblea llegó á su paroxismo, los gestos redoblaron, la gritería y el clamoreo se hicieron atronadores. A una señal del gigantesco negro, que aparecía iluminado por la plateada luz de la luna y los rojizos reflejos de la llama, todos guardaron silencio, y la segunda parte de aquella sangrienta y bárbara ceremonia dió comienzo.

Uno por uno, hombres y mujeres, se iban destacando del círculo humano, hacían una reverencia hasta dar con la frente en el suelo, y delante de la sacerdotisa de las serpientes pronunciaban en alta voz los más negros deseos de su corazón. La muerte, las enfermedades, los dolores más agudos eran invocados para que cayeran sobre las cabezas de sus enemigos y rivales; algunos pedían las más atroces plagas para sus más cercanos parientes, y uno á quien yo siempre había tratado con cariño, le oí pedir mi muerte. A cada petición, el negrazo del cuchillo cogía un animal de los allí amontonados, de un tajo les cortaba la cabeza y arrojaba al suelo el cuerpo palpitante. Por último le llegó el turno á la gran sacerdotisa. Colocó la canastilla en las escaleras de la capilla, se adelantó al centro del círculo, se revolcó en el polvo delante de los reptiles, y medio cantando, medio hablando, mientras se revolcaba empezó á decir con voz tan exaltada que causaba verdadero horror:

—¡Poder, cuyo nombre no podemos pronunciar; poder que no es ni bueno ni malo, superior á ambos, más fuerte que el bien, mayor que el mal; toda mi vida te he adorado, toda mi vida te he servido!

¿Quién ha derramado sangre en tus altares? ¿Qué voz enronquece con el cantar de tus alabanzas? ¿Quién ha debilitado sus miembros antes de la vejez, persiguiendo á sus enemigos? ¿Quién ha sacrificado al hijo de sus entrañas por ti? ¡Yo, Metamubogu! Por mí, y por mi nombre, quiero rasgar el velo, quiero morir ó ser servida. ¡Oyeme, fango del pantano, trueno de la tormenta, veneno de la serpiente; escúchame, ó mátame! ¡Dos cosas ansío! ¡oh! ser intangible, ¡oh! nada invisible; dos cosas ó morir.

La muerte de mi marido el blanco, ¡oh! concédeme eso; es el enemigo del Bodú; dame hasta la última gota de su sangre. Quiero también, ¡huracán devastador! germen de la ruina y de la muerte, raíz de la vida, raíz de corrupción. Estoy envejecida, me vuelvo fea, me conocen, me cazan, haz que tu sierva deje este cuerpo marchito; haz que tu gran sacerdotisa vuelva á la flor de la vida, dale juventud, que sea codiciada por los hombres, como en el pasado! ¡Oh, sí, señor mío, aquí vengo, te he preparado el sacrificio, la oveja sin cuernos derramará su sangre!

Al pronunciar estas palabras un gran rumor de alegría y aprobación recorrió el círculo de negros, se levantaron exaltados, se inclinaron, volvieron á ponerse de pie y caer de rodillas hasta que el sacrificador entró en la capilla y volvió á aparecer á los pocos segundos, trayendo en sus brazos el cuerpo de la esclava Cora. No recuerdo si vi lo que siguió después; se me nubló la vista durante algún tiempo, y cuando recobré mis sentidos, Cora estaba tendida al lado de las serpientes, al pie de la escalera. El negro con el cuchillo levantado se había arrojado sobre ella. Un grito de horror se escapó de mi garganta; al mismo tiempo que una plágua me

da se elevaba al cielo pidiendo un milagro al Todopoderoso.

Un gran silencio se produjo en el grupo de caníbales. Me sentí perdida. En pocos momentos me encontrarían y sería una nueva víctima. Pero el cielo quería salvarme. En medio del silencio de la noche se oyó un ruido como el de fragosa batalla. el estruendo crecía por momentos como arrastrado con la velocidad del rayo. La obscuridad nos rodeaba, la gritería de los africanos era apagada por el ruido que se acercaba. Era un ciclón tropical que todo lo arrasa, lo destruye y llena de pavor. En un momento el núcleo de la tempestad se desató en el claro donde hacían las ceremonias, me sentí arrojada al suelo y perdí el sentido.

Cuando lo recobré ya era día claro; no estaba ni herida ni magullada; los árboles cercanos estaban intactos, no les faltaba una hoja, y creí que todo había sido un sueño. Era realidad; cuando observé á mi alrededor, ví que había escapado de la catástrofe en una tabla. A través de la selva, el ciclón había abierto ancha faja, derribando árboles corpulentos, tronchándolos como si fueran débiles pajas, sin dejar nada en pie; pero á los pocos pasos, donde la faja terminaba como marcada con un lápiz, los árboles fuera de su acción no habían perdido una sola flor. Por lo demás, todo, plantas, animales, la capilla de los sectarios del Bodú todo había sido barrido en un momento. Todo lo que quedaba á un par de varas de allí, había sido demolido, el alto cocotero como la débil flor. Sólo esta pobre é indefensa criatura, sin el menor rasguño, saludaba el resplandor del nuevo día.

Atravesar el camino abierto por el ciclón, era imposible. Franquear aquel amontonamiento de troncos de árboles, de ramas entrelazadas, de empaliza-

das de bohíos, parecía superior á toda fuerza humana.

Sin embargo, la atravesé, pero con tanta paciencia, tanto trabajo, resbalando, volviendo á caer, luchando de tal manera, que al final de mi carrera mis fuerzas y mi energía habían desaparecido. Me senté rendida á reponer mis fuerzas con las provisiones que llevaba, y mi vista se fijó en el tronco de un árbol encendido. La mano de la Providencia me había conducido al punto que deseaba. ¿Con qué alegría seguí el camino y atravesé las colinas de la isla? Sería el medio día cuando quemada del sol, hinchada la cara por las picaduras de los insectos, llegué á la cima, desde donde divisé, cerca de mis pies, el mar azul. A lo largo de la costa, la resaca agitada por el tornado, marcaba una larga línea blanca de espuma. Un puerto natural, protegido por las rocas, se abría directamente bajo mí. En la boca de la bahía un vapor navegaba á lo largo de la costa, pintado de nuevo, flamante, esbelto en sus formas, tan elegante, tan nuevo, que me llenó de admiración. En el tope del palo mayor ondeaba la bandera inglesa y desde mi observatorio pude contemplar su blanca mole, balanceándose acompasadamente en la superficie azul. Allí estaba mi nave de salvación y refugio. De todas sus dificultades una sola me quedaba: llegar abordo.

Media hora después salí del bosque para entrar en las márgenes de una ensenada, donde entraban sin cesar las azules olas que venían á romperse con armoniosa cadencia en sus orillas. Un pequeño promontorio ocultaba el *yatch*, y anduve por la costa algún tiempo sin ver alma viviente. Por fin, en una pequeña entrada de la ensenada, ví un bote al parecer abandonado, balanceándose en constante movimiento. Miré á mi alrededor buscando á los tri-



pulantes, y á poca distancia, cerca de una apagada hoguera, ví un grupo de marineros echando la siesta. Me acerqué á ellos; casi todos eran negros, dos ó tres eran blancos, y la mayoría vestidos con la elegancia de los tripulantes de un *yatch*. Entre ellos reconocí un oficial, así me pareció á juzgar por su sombrero apuntado y relucientes botones: á éste le toqué suavemente en el hombro. De un salto se puso en pie y los marineros hicieron lo mismo, fijando todos su mirada en mí.

—¿Qué se le ofrece?—preguntó el oficial.

—Ir á bordo—contesté.

Me pareció que todos se disgustaban al oír mi respuesta, y el oficial, frunciendo el ceño, me preguntó quién era.

Me había propuesto ocultar mi nombre hasta hablar con Sir George, y el primer nombre que acudió á mis labios fué el de la señora Mendizábal. Ví el movimiento de ansiedad de los negros y el de no disimulada sorpresa de los blancos, y al momento se me ocurrió añadir:

—Si mi nombre no basta, llamadme Metambobre.

Nunca he visto efecto más maravilloso. Los negros levantaron las manos al aire con el mismo gesto que había visto hacer á los del corro en el campo del Bodú; uno tras otro vinieron á arrodillarse delante de mí y me besaron el borde de la falda; y cuando el oficial se interpuso jurando y blasfemando preguntando si se habían vuelto locos, los negros se abalanzaron á él, lo sujetaron por las espaldas y empezaron á gesticular y hacer gestos de extravagante pantomima. El oficial se defendía y replicaba; pero al fin, sea porque le convencieran ó por temor al motín, cedió, se acercó á mí, y llevándose la mano al sombrero y con tono entre respetuoso y burlón, me dijo:

—*Milady*, si es usted quien dicen, el bote está á sus órdenes.

El recibimiento que se me hizo á bordo del *Nemorosa*, así se llamaba el buque, participó igualmente del entusiasmo de los negros y del asombro de los blancos. Antes de llegar á la escala del buque, la borda se llenó de marineros de la tripulación, blancos, negros y amarillos, que á voces empezaron á mantener con los que tripulaban nuestro bote una conversación en una lengua para mí desconocida. Todas las miradas se dirigieron á mí, y una vez más los negros levantaron los brazos al aire con grandes muestras de alegría.

En el portalón salió á recibirme un oficial, de patillas rubias, elegante y fino en sus maneras, que al preguntar yo por Sir George se quedó parado, exclamando al fin:

—Pero si no es ella.

—Ya lo sé—replicó el oficial que en el bote venía.—¿Pero qué le iba á hacer? Mira la exaltación de los negros.

Le seguí, y á mi paso por entre los marineros todos los africanos levantaban las manos y se inclinaban en profunda reverencia, como si yo fuera un sér semi-divino. El oficial de las patillas rubias, después de haber conferenciado con los otros, se acercó á mí y muy respetuosamente me dijo:

—*Milady*, Sir George ha bajado á tierra. Está en la isla. Con permiso de su señoría nos haremos inmediatamente á la vela. Mayordomo, conduzca á Lady Greville á sus habitaciones.

Bajo este nuevo nombre, llena de asombro y sorpresa, no podía hablar ni pensar. Me condujeron á un espacioso y bien ventilado camarote, adornado con trofeos y rodeado de cómodos divanes. El mayordomo aguardaba mis órdenes, pero yo estaba tan

abatida, tan cansada, presa de una agitación tan grande que le ordené se retirara y me dejase descansar. Me acosté en un montón de blandos cojines, el cambio de movimiento del buque me indicó que navegábamos, y me puse á pensar en mi nueva situación sin poder coordinar mis ideas á cada momento más confusas, más embrolladas. El cansancio, sin embargo, me rindió, todo se fué alejando de mi mente y quedé profundamente dormida.

Cuando desperté el día y la noche habían pasado. El sol de una nueva mañana tenía el firmamento. El mundo en que abría los ojos se columpiaba extrañamente, las joyas que en el saco traía producían un constante campanileo al chocar unas con otras; el largo barómetro de mi camarote oscilaba como un péndulo, y sobre mi cabeza oía el monótono cántico de los marineros en su faena, ruido de cadenas y chirriar de poleas. Tuve que pensar un rato para comprender cómo me hallaba en el mar, y en un momento mi imaginación reprodujo las trágicos, misteriosos é inexplicables acontecimientos por los que en pocas horas había pasado.

Cuando me di cuenta de todo escondí mi tesoro, que encontré intacto, y soné una campanilla de plata que en una mesilla había. El mayordomo apareció al instante. Pedí el desayuno é inmediatamente empezó á poner la mesa, mientras me miraba con pertinaz insistencia. Para disimular mi turbación, y en el mejor tono de calma que pude dar á mi voz, le pregunté si era corriente que los *yachts* de recreo llevaran tripulación tan numerosa.

—Señora, no sé quién es usted ni qué motivos tiene para usurpar un nombre y un destino que no le pertenecen; pero si en algo tiene usted su vida permítame que le diga que tan pronto como lleguemos á la isla...

Fué interrumpido por el oficial rubio, que había entrado en el camarote sin ser notado, el cual, poniendo una mano sobre el hombre del mayordomo, que palideció instantáneamente y empezó á temblar como una hoja agitada por el viento, dijo:

—¡Parker! largo de aquí.

—Al momento, Mr. Kentish. ¡Por Dios, señor, perdón!—replicó el mayordomo y desapareció lívido como un muerto.

El oficial me hizo señas para que me sentase; él lo hizo á mi lado para compartir el desayuno, y llenando un vaso de ron puro me lo alargó diciendo:

—Tenga su señoría.

—¡Caballero! ¿Cree usted que yo voy á beber eso?

—¡Cuánto ha cambiado su señoría!—dijo riendo estrepitosamente.—Ya no me asombrará nada después de lo que veo.

En esto entró un marinero, nos saludó á los dos é informó al oficial que había una vela á la vista, que se dirigía hacia nosotros y que Mr. Harland no podía distinguir su pabellón.

—¿Tan cerca de la isla?

—Así ha dicho Mr. Harland, señor—replicó el marinero con embarazo.

—Bueno, felicita á Mr. Harland; si es buen vele-izar las estrellas y rayas (1), y si es pesado y podemos dejarle atrás que enseñen los colores holandeses, que indican descortesía y podremos alejarnos, aunque pidan auxilio.

En cuanto se fué el marinero me dirigí al oficial.

—¿Le avergüenza á usted su bandera?

—¿Su señoría se refiere al «Alegre Rogesio»? (2)

—preguntó gravemente.

(1) Nombre con que se indica la bandera norteamericana.

(2) Pabellón inglés.

Y luego, dando rienda suelta á su hilaridad, continuó:

—Por primera vez reconozco la impetuosidad de su señoría.

No pude sacar de él otra explicación del misterio, y toda la conversación que siguió fué llena de evasivas.

El movimiento del *Nemorosa* fué gradualmente disminuyendo hasta que sentimos había paraño la marcha. Un gran golpetazo en el agua y el férreo ruido de una cadena que rápidamente se desenrollaba, nos indicó que habíamos fondeado. Kentish se puso de pie, me ofreció el brazo y subimos á cubierta, desde donde pude ver que nos hallábamos en una rada protegida por gran número de islotes pedregosos, sobre los que revoloteaban nubes de gaviotas y otras aves marinas. A pocos metros de la borda se extendía una isla mayor que las otras, llena de verdura y salpicada de cabañas, de la que se internaba en el mar un muelle hecho con pilotes y planchas de madera de la más rústica construcción. En el centro de la rada, un buque bastante menor que el nuestro aparecía anclado.

Apenas había tenido tiempo de echar una mirada á mi alrededor cuando ya habían arriado un bote. Kentish me hizo entrar en él, se sentó á mi lado, y los remeros empujaron el bote hacia el muelle.

Un grupo de armados haraganes, blancos y negros, esperaban nuestro desembarco; los blancos pronunciaron mi nombre y los negros, postrándose, me recibieron con las mismas marcas de sumisión y respeto. Con todo esto, al encontrarme en un sitio tan retirado y escondido, mi valor empezó á decaer; me apoyé en el brazo de Kentish, y apretándole fuertemente le pregunté el significado de todo aquello.

—Demasiado lo sabe usted, señora—dijo, mientras se abría paso por la apiñada muchedumbre que nos seguía y se incorporaba á nosotros hasta que llegamos á una casita baja rodeada de árboles, cuya puerta abrió suplicándome que entrase.

—¿Qué es esto? Yo quiero ver á Sir George.

—Señora—replicó Kentish frunciendo el ceñudo entrecejo.—Fuera farsas; no sé quién es usted ni lo que busca; sólo sé que no es usted la persona que dice. Pero sea quien fuere, espía, fantasma, demonio ó mal intencionada persona, si no entra usted inmediatamente en esa casa, hago rodar su cabeza de un sablazo.

Al decir esto lanzó una mirada de inquietud al cortejo de negros que á poca distancia nos seguía.

No tuvo que repetir la amenaza; obedecí, y entré con el alma en un hilo. Al instante la puerta se cerró tras mí y oí el girar de la llave en la cerradura. El interior estaba sin mueble alguno. Debía ser un almacén, pues sólo se veían cañas de azúcar, barriles de brea, jarcias, estopa para calafatear y otra porción de enseres y materiales fácilmente inflamables. Las ventanas estaban protegidas por fuertes barrotes.

Tan extraordinariamente asustada estaba, tal era mi pánico en aquel momento, que hubiera dado diez años de vida por ser esclava de Mr. Caules. No sé cuanto tiempo permanecí como clavada en medio de la mayor desesperación y angustia. Por una de las ventanas ví aparecer la cabeza de un negro que me hacía señas para que me acercara. Así lo hice, y con marcas de gran fervor y respeto me dirigió la palabra en un idioma que no entendía.

—No entiendo una palabra de lo que me dices—exclamé, golpeándome la frente,

—¿No?—dijo entonces en español.—El poder de

Bodú es grande, grande. Así lo habrá querido. Díme, gran sacerdotisa, ¿cómo has consentido que te encierren aquí? ¿Por qué no has llamado á tus esclavos en defensa tuya? ¿No ves que todo ha sido preparado para darte muerte? ¡Con una chispa toda esta endeble casa arderá como una hoja seca! ¿Quién será nuestra sacerdotisa? ¿Quién la intermediaria en los milagros?

—¡Oh, cielos! Necesito ver á Sir George. Tengo que hablar con él. ¡Búscales; tráelo aquí!

El temor me dominaba, caí de rodillas y me encomendé á todos los santos.

—¡Ahí vienen!—exclamó el negro desapareciendo de la ventana.

—Les han engañado á ustedes, oí que decía una voz.

—Eso es lo que suponemos, Sir George—decía Mr. Kentish, cuya voz reconocí;—pero póngase en nuestro lugar; los negros eran dos para uno, y créame usted, teniendo en cuenta el estado de los mismos, considero como una afortunada casualidad la equivocación ocurrida.

—Aquí no hay afortunada casualidad que valga, sino que se debían haber cumplido mis órdenes. Yo os juro que Harland, Barquer ó usted, ó los tres juntos, pagarán caro este negocio. Ya lo sabe. Venga la llave.

Inmediatamente la llave giró en la cerradura, la puerta se abrió y apareció en el umbral un caballero de unos cuarenta y cinco años, recio de cuerpo y amable continente.

—Mi querida señorita, ¿quién es usted?

De un tirón, sin parar, le conté mi historia. Al principio me escuchó con una extrañeza indescriptible, pero cuando llegué á la muerte de la Mendizábal en el sición, no podía materialmente

estarse quieto, y apretándome entre sus brazos decía:

—Querida niña, dispense esta efusión de un hombre que puede ser su padre; pero lo que me dice es la mejor noticia que en mi vida he recibido; esa bruja mulata era mi legítima mujer.

Se sentó en un barril de brea sin poder contener su alegría y continuó:

—Esto me hace creer en la Providencia, ¡qué felicidad! Y dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Sir George, tengo todo lo que me hace falta; sólo necesito su protección.

—Comprenda usted una cosa, señorita. Yo no me pienso casar.

—No era eso lo que le proponía—repliqué haciendo esfuerzos por contener la risa;—lo que le suplico es que me lleve á Inglaterra, patria natural del escapado esclavo.

—Muy bien, hija mía, es justo que yo le pague de alguna manera la noticia que me ha dado. Además trataba á su padre y me ha servido en varias ocasiones. Ahora una cosa. Yo tengo establecido un gran negocio, una mina de piedras preciosas, y ya estoy cansado de trabajar, quiero realizar todo y retirarme al condado de Devón á pasar soltero y en paz los años de mi vejez. Yo me comprometo á llevarla á Inglaterra, con tal de que usted me prometa solemnemente no hablar una palabra de esta isla ni de mi infortunado matrimonio, ni de nada de lo que ha visto y hemos hablado.

Con gusto acepté sus condiciones.

—Otra cosa: mi difunta mujer era una especie de hechicera entre los negros, y éstos están persuadidos de que ha resucitado y se ha encarnado en su gentil personita. Siga usted pasando por tal y exíjales en juramento, con toda la autoridad del Bodú,



que desde este momento vean en mí una persona sagrada.

—Lo juro por la memoria de mi padre. Este juramento no lo quebrantaré jamás.

—Tengo otra cosa mejor que su palabra en prenda—replicó Sir George sonriendo—porque no solamente es usted una esclava, sino que tiene en su poder una gran cantidad de bienes robados.

Quedé muda de asombro; era verdad; en un momento comprendí que perdía las joyas, decidida á entregarlas antes que perder una libertad que tanto trabajo me había costado conquistar. Olvidada por un momento de que Sir George estaba presente, saqué la cartera de Mr. Caulder, en una de cuyas hojas había escrito su testamento. ¡Con qué felicidad, con qué agonía de remordimientos leí que mi víctima, no sólo me hacía libre, sino que me legaba el saco de piedras preciosas!

Ya llegamos al final, vecino. Sir George y yo, representando el papel de su mujer, nos presentamos del brazo entre los negros, que nos recibieron con algazara y constantes marcas de respeto, siguiéndonos hasta el embarcadero. Allí Sir George, volviéndose hacia sus antiguos compañeros, se despidió con afectuosas palabras, y al final, con gran energía, agregó: •

—Adiós para siempre; si algún día se os ocurre sacar dinero de alguna parte, no acudáis á mí, porque en primer lugar trataré de que os maten, y si no lo logro os entregaré á la justicia. El *chantage* no me asusta. Prefiero que me hagan pedazos antes que mi dinero vaya á parar á vuestras manos. Antes ahorcado que dar un centavo á haraganes como vosotros.

Aquella misma noche nos hicimos á la mar, con rumbo á Nueva Orleans, y al tocar á tierra lo pri-

mero que hice fué mandar la cartera con el testamento al hijo de Mr. Caulder.

Allí Sir George despidió á toda la tripulación, y al cabo de una semana ya teníamos otra completamente nueva, y el *Nemorosa* levó anclas y puso la proa en dirección de la vieja Inglaterra.

Difícil imaginarse travesía más deliciosa. Sir George me entretenía contándome sus planes; era hombre de poca conciencia, pero tenía una alegría infantil que le hacía simpático y le escuchaba con gusto. Era interesante oírle pintar sus proyectos para el porvenir: cuando volviera á ocupar los escaños del Parlamento, dedicarse al servicio de la nación y ofrecer su experiencia en los asuntos de marina. Le pregunté qué idea tenía sobre los *yachts* y la piratería, y me dijo:

—Mire usted, señorita Valdevia: un *yatch* es una ilegalidad privilegiada. ¿Quién contrabandea? ¿Quién roba los salmones en los ríos de Escocia? ¿Quién maltrata á los guarda-jurados que se oponen á la pesca? Los propietarios de los *yachts*, y, por su mandato, sus tripulaciones. Lo único que yo he hecho ha sido extender la zona de los privilegios. En cuanto á mi opinión no le diré sino que yo no soy el único propietario de *yachts*.

Nos hicimos buenos amigos y durante el viaje vivimos como padre é hija, aunque nunca pude tratarle con el respeto debido á las personas dignas y de conducta moral.

Pocos días nos faltaban de navegación para llegar á las costas de Inglaterra, cuando nos cruzamos con otro velero que mandó á bordo un fajo de periódicos. Desde aquella hora fatal empezaron mis nuevos infortunios. Se sentó en el camarote á recorrer los diarios, haciendo sabrosos comentarios sobre el atraso de Inglaterra y el abandono en que tenían

á la marina, cuando noté que se nublaba su cara.

—¡Caramba que malo es esto!—exclamó.—¡Señorita Valdevia esta es una nueva desgracia! ¿En qué demonios estaba usted pensando para ocurrírsele mandar la cartera y el testamento que tenía al hijo de Mr. Caulder?

—Era mi deber, sir George.

—Pues bien se lo ha pagado á usted. Lo siento de veras por usted. Ese tipo de Caulder pide su extradición.

—Pero una esclava está segura en Inglaterra.

—Sí, mujer, sí. Pero lo que él reclama, señorita Valdevia, no es una esclava, sino una ladrona. Ha hecho desaparecer el testamento y ahora le acusa de haber robado las joyas de su padre de usted por valor de cien mil libras esterlinas.

Tanta indignación, tan fuerte efecto produjo en mí esta noticia, la mala suerte cebándose en mí me trastornó de tal modo que el alegre sir George se apresuró á calmarme y tranquilizarme en lo que mejor se le ocurría.

—No se deje usted abatir—me decía.—Yo, por mi parte, me lavo las manos en este asunto. Claro está que una persona como yo: baronet (1), de antigua prosapia, ex diputado y demás, tiene que mirar las amistades que hace, pero yo soy muy liberal, muy ancha manga como vulgarmente se dice, y haré todo lo que pueda por usted para ponerla á salvo. Le daré á usted un poco de dinero corriente, y la recomendaré á un buen abogado de Londres á donde llegará usted con las instrucciones que yo le dé después de desembarcar á usted en punto cualquiera de la costa de Inglaterra.

---

(1) Título nobiliario inglés. (N. del T.)

Todo lo cumplió como había prometido. Cuatro días después el *Nemorosa* fondeaba en la costa, y bajo el manto de una noche muy oscura, me metí en el bote que, remando en silencio, me dejó en la orilla á quinientos metros de una estación de ferrocarril. Siguiendo las instrucciones que me había dado el baronet, subí unos declives y me encontré al poco tiempo en la estación.

Me senté en un banco del andén envuelta en abrigo de hombre y esperé la llegada del día. No había todavía amanecido cuando se abrió unas de las ventanas bajas de la estación, é hicieron luz en la habitación. Apenas había empezado á clarear el día por Levante cuando salió de la estación al andén un factor con un farol en la mano y se encaró conmigo. Escudriñó en la obscuridad, dió una vuelta por los muelles é inspeccionó el puerto. El *yatch* había desaparecido.

—¿Quién es usted?—preguntó.

—Una viajera.

—¿De dónde viene usted?

—Voy á Londres en el primer tren.

Como un fantasma de nueva creación, apareció Teresa en las costas de Inglaterra con su saco de mano lleno de joyas. Así de esa manera, silenciosa, sin nombre ni historia, empezó mi nueva vida en medio de los millones de almas de mi nueva patria.

Desde entonces vengo viviendo aconsejada por mi abogado, escondida en barrios retirados, perseguida por los espías de Cuba sin saber á qué hora voy á perder la libertad.

## XII

## EL BAÚL NEGRO

El efecto de esta historia en el alma de Enrique Desborough fué convincente y profundo. La linda cubana era la mujer más bonita que había visto en su vida y ahora se le presentaba como la persona más romántica, más inocente y más desgraciada de su sexo. No encontraba palabras con qué expresar sus sentimientos.

La lástima, la admiración, la envidia casi de una vida tan joven y tan llena de aventuras.

—¡Ah, señorita!—empezó, y no pudiendo encontrar palabras cogió una de las manos de la joven y la apretó suavemente entre las suyas.—Señorita, cuente conmigo.

Lleno de ardor y de entusiasmo salió del cuarto y se fué á pasear por los jardines de la plaza, contemplando, sin fijarse, las silenciosas casas de aquel barrio, llena la imaginación con el recuerdo de aquella radiante hechicera, pensando en su adorada vecina, en aquel pobre ángel perseguido. La última sonrisa conque le había despedido no se borraba del alma. ¡Qué sonrisa tan angelical! Sumido en estos pensamientos llegó á un restaurant que solía frecuentar, donde un cuarteto dejaba oír su repertorio amenizando las comidas. Aquella música le pareció divina. Nunca se había sentido tan profundamente emocionado por los acordes del violín, nunca había sentido con tanta alegría las claras notas de la flauta. Por primera vez en su vida se sentía músico; su alma artista se revelaba á impulsos del amor.



Día tras día, siguió deleitándose en el perfumado ambiente de sus amores. Un día la veía; al otro esperaba en vano en la terraza; á veces tenía que contentarse con una mirada; el otro con cuatro palabras cruzadas á la ligera. Así pasó algún tiempo sin que tuviera más pensamiento que para ella. No leía sino libros que trataran de Cuba. Uno que ella misma le prestó casi reprodujo las escenas por ella contadas; allí hablaban de esos ciclones que todo lo destruyen por donde pasan, de las haciendas, de los manglares. Todos estos detalles confirmaron, si confirmación necesitaba la verdad de su relato. Su pasión al poco tiempo llegó á ese estado en que el amante se siente empequeñecido al lado de su amada, y se sintió despreciable. ¿Quién era él, obscuro y vulgar cesante, sin aventura alguna en su monótona vida, para aspirar á una criatura hecha de aire y fuego, tan hermosa, con una alma tan grande, con tan enérgico carácter? ¿Qué haría él para merecerla? ¿De qué manera se las arreglaría para atraer su mirada y conquistar su cariño?

El enamorado joven no salía de la plaza. Cariñoso y afable por naturaleza, había simpatizado con los frecuentadores de aquel paseo, gatos de la vecindad, perros sin amo y niños del hospital cercano. Allí entre ellos pasaba largas horas meditando sobre su poco mérito al lado del de su adorada, forjando sueños de felicidad, acariciando á un niño inválido, jugueteando con un perrillo, pero siempre con la imaginación puesta en aquella reina de las mujeres, en el sol de su vida.

¿Qué hacer? Había observado que Teresa salía todos los días de casa á la caída de la tarde. ¿No corría algún peligro de parte de los espías de Cuba, saliendo así sola y sin defensa? ¿No sería conveniente la persuasión de un amigo que la siguiera y pudiese

prestarle ayuda en cualquier momento dado? Pero ofrecerla su compañía le parecía una intrusión, y seguirla abiertamente una impertinencia; así, pues, se vió obligado á aceptar el término medio, á seguir sus pasos sin que ella lo notara y estar siempre á la vista por si necesitaba su protección en un momento dado.

Al siguiente día empezó á poner su plan en ejecución. En la esquina de Tallenham Court Road, la joven debió apercebirse de que la seguían; rápidamente dió media vuelta, y al doblar Enrique la esquina, se encontró con ella cara á cara.

—¡Ah, señor, qué feliz encuentro!—dijo con muestras de alegría y sorpresa.—Cuánto me alegro encontrarle; estaba buscando alguien que me hiciese un recado.

Y envolviéndole en la más dulce de las miradas, le mandó al Este de Londres con un recado para una señora, cuyas señas, después de mucho andar, le fué imposible encontrar.

Esto fué una gran contrariedad para nuestro galante mensajero, pero cuando regresó por la noche, cansado por un infructuoso paseo y abochornado por el mal resultado de su cometido, la joven le recibió con alegría. Se alegraba mucho de que no hubiera encontrado al destinatario, pues había cambiado de manera de pensar y se había arrepentido del encargo que le había dado.

Al día siguiente continuó decidido á no abandonar á Teresa y seguirla á todas partes noche y día, listo á prestarla su ayuda al menor incidente. Una triste decepción le esperaba. En la estrecha y silenciosa calle de Hanway, según iba escoltándola sin ser visto, la joven se detuvo, volvióse rápidamente y dando á su mirada una expresión para él desconocida, le dijo:

—Parece ser, *señor*, que usted me sigue. ¿Son esas las maneras propias de un caballero inglés?

Enrique se confundió en una serie de incoherentes excusas, suplicando le perdonase y asegurando que si le molestaba no lo volvería á repetir, que todo aquéllo era hijo de su entusiasmo por ella, de su buena fe en protegerla, etc. La joven se despidió de él secamente, dejándole avergonzado y abatido. La derrota era decisiva. Desde aquel día se vió reducido á pasear por la plaza y fumar en la terraza, lleno de amor y remordimientos, atontado y admirado, digno del estudio de un observador. Un hombre experimentado le hubiera despreciado por su tontería y admirado por la sencillez y ardor de su pasión. Durante estas largas horas de ocio, invocando á la fortuna para que le deparara una mirada de su ídolo, se fijó sin darse cuenta en las maneras y aspecto de los que entraban y salían de la casa.

Uno solo entre todos visitaba á la cubanita; un hombre de colosal estatura, que llamó la atención á Desborough por la sotabarba de mal gusto, como la de los pastores protestantes yankis, que adornaba, si adornar era aquéllo, su cara. El tipo le era antipático al joven, antipatía que no tuvo límites cuando algunos días después, al preguntar á su vecina quién era aquel coloso, oyó de sus labios sonrientes:

—Ese caballero, no se lo quiero ocultar á usted, me hace el amor de la manera más respetuosa y quiere casarse conmigo. ¿Qué quiere usted que yo le haga? Desesperada como estoy, ¿rehusaré ó aceptaré sus proposiciones? No le sé.

Enrique no supo qué contestar. Las dolorosas punzadas de los celos le acribillaron el corazón, y tuvo que reunir todas las fuerzas de su espíritu para retirarse de allí. En la soledad de su cuarto dió rienda suelta á todas las infantiles manifestaciones de su



desesperación. Adoraba con pasión loca á Teresa; pero no era solamente la unión con otro lo que le desesperaba, sino que fuese con tipo tan indigno y ridículo. Si fuera con un duque, con un victorioso general, con algo grande, se hubiera resignado con amarga alegría, ¡pero con aquél! Ya se veía á sí mismo siguiendo á gran distancia á la comitiva nupcial, regresar á su casa despojado de su amor, sin esperanzas, teniendo que soportar aquella desgracia conteniendo sus lágrimas. ¿Es posible que se fuera á casar con aquel esperpento? Sin duda ninguna era un cualquiera, no tenía ni la pinta de caballero, su aspecto era grosero y vulgar, descuidado en el vestir, las manos sucias, un abandono impropio de persona medio educada. Es probable—pensaba Enrique—que su amor fuera un pretexto para acercarse á ella, el disfraz de algún espía cubano. Se prometió aclarar estas dudas y al siguiente día, á la hora de la visita de costumbre, se apostó en un banco de la plaza, desde donde divisaba todas las calles que allí desembocaban.

No tardó mucho en aparecer por una de ellas, y pararse á la puerta de la casa un coche de alquiler, del que bajó el de la barba, pagó al cochero y, cargando con un baúl negro, entró en casa de la joven. A la media hora salió sin el baúl y se dirigió hacia el Este con paso acelerado. Desborough, con las mismas precauciones con que siguió á Teresa, se echó en su seguimiento. El hombre siguió cruzando calles y calles, volviendo á desandar lo andado, parándose á mirar los escaparates como queriendo despistar á alguien; miró á todos lados y, emprendiendo otra vez su apresurada caminata, se dirigió á la fonda de Lincoln. Antes de llegar se detuvo en una de las calles adyacentes, y á los pocos segundos echó á andar yendo al encuentro del joven. Con voz

entrecortada, inquieto é inseguro le preguntó si no había tenido el gusto de verle en otra ocasión.

—Si, señor—contestó Desborough con decisión y aplomo.—Tampoco le ocultaré que vengo siguiéndole.

Y creyendo que todo el mundo no podía pensar en otra cosa que no fuese su Teresa, añadió:

—¿Supongo que adivinará usted el por qué?

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando una palidez mortal cubrió el rostro del gigante. Quedó por un momento paralizado, sin saber qué hacer, y de repente, lanzando un ronco grito, echó á correr desesperadamente.

Tan sorprendido quedó Enrique, que no se le ocurrió en aquel momento seguirle. Al final de la calle vió que mandaba parar un coche, se subió precipitadamente y, sin duda, mandó arrear á escape, porque á los pocos momentos desaparecía el vehículo entre la muchedumbre de Holborn.

Intrigado por todas estas cosas volvió el joven á su domicilio, y por primera vez se aventuró á llamar con los nudillos en la ventana de la linda vecinita. Abrió y le invitó á que pasara. Allí estaba el ángel de sus sueños arrodillada en el suelo al lado de un baúl de madera pintado de negro.

—Señorita—entró diciendo.—Dudo mucho que el hombre ese sea lo que dice; sus modales y la manera de conducirse, cuando yo le dije que le seguía, son impropios de un hombre honrado.

La joven levantó las manos como clamando al cielo y exclamó con desesperación:

—¡Quijote, quijote! ¿Quién le manda á usted meterse en aventuras de molinos de viento?

Cambió de tono y sonriendo añadió:

—¡Qué inocente es usted y qué infeliz el otro! ¡Cómo se habrá asustado! Porque sepa usted que la

policía de Cuba ha venido aquí y es probable que pronto den con su pobre Teresa. Hasta ese humilde escribiente de mi abogado se cree perseguido por ejércitos de espías armados.

—¡Humilde escribiente! Entonces, ¿por qué me dijo usted que aspiraba á su mano?

—Creí que había usted comprendido que era una broma. Ese hombre, y va ya en serio, es un dependiente de mi abogado que ha venido hoy á traerme noticias muy alarmantes. Me veo en un gran apuro, Enrique, ¿quiere usted ayudarme?

Al oír esta bienaventurada palabra, el joven vió el cielo abierto, deseoso de poder ser útil, y se olvidó de la broma del pretendiente.

Con una emoción que indudablemente no era fingida, Teresa puso la mano sobre el baúl y le dijo;

—Este bulto contiene mis alhajas, mis papeles y vestidos; en una palabra, todo lo que tiene relación con mi asunto de Cuba y mi desgraciado pasado. Es necesario que sin que nadie se entere salga todo esto de Inglaterra, ó si no, según lo que me manda decir mi abogado, estoy perdida. Mañana por la mañana una persona de confianza espera el baúl á bordo del paquete de Irlanda; lo único que falta es otra persona segura que lo lleve á Holyhead, lo deje á bordo del buque y se vuelva inmediatamente. ¿Quiere usted ser esa persona? ¿Quiere usted partir mañana por el primer tren, obedecer puntualmente mis órdenes, tener siempre presente que está usted rodeado de espías cubanos, y sin volver la cabeza ni levantar sospechas, depositar allí el baúl y volver á escape á tierra? ¿Quiere usted hacerlo y salvar así á su amiga?

—No entiendo bien todo esto.

—Yo tampoco me lo explico, ni nos hace falta; cumplamos las órdenes del abogado.

—Señorita—continuó Enrique gravemente.—Me

parece una pequeñez esto que voy á hacer por usted, cuando haría lo imposible; pero permítame una palabra. Si sus alhajas están inseguras en Londres, también lo estará usted misma, y me temo que, si cumpla al pie de la letra el plan de su abogado, al volver haya usted desaparecido. No me considero ningún talento, pero creo que esto se le ocurre á cualquiera, y digo lo que mi corazón presiente; Teresa, yo la amo á usted y no puedo soportar la idea de no volverla á ver. No deseo si no ser su esclavo; no le pido si no que no me deje usted sin noticias suyas. ¡Prométamelo usted, por favor!

—Le prometo á usted que las tendrá; se lo juro.

Y al decirlo parecía emocionada, y en su cara aparecieron señales de inquietud y desasosiego.

—Otra cosa—añadió Desborough—en caso de accidente...

—¡Accidente! ¿Por qué dice usted eso?

—No lo sé; quizás se vaya usted antes de mi regreso y no nos volvamos á ver en mucho tiempo; por eso quiero que sepa usted que desde que nos vimos, desde que me dió usted el cigarrillo, no se ha apartado usted de mi mente un solo instante, y si de algo pudiera servirle, puede usted cogerme, hacerme trizas, como yo hago con este papel, y arrojarme al fuego. Sería feliz muriendo por usted, Teresa.

—Váyase, váyase usted ya; tengo la cabeza trastornada; no me doy cuenta de nada. Adiós, buenas noches y buena suerte. Hasta la vuelta.

De nuevo en su cuarto, presa de una alegría mezclada de temor, se entregó á sus pensamientos amorosos. El amor le metía en aquellos trotes; el amor le hacía ser cómplice, si complicidad había; el amor le hacía ser parte activa en aquella aventura novelesca; pero amor al fin y al cabo, y amor correspondido probablemente. Se acostó pasando de un pen-

samiento á otro, soñando incongruencias, pero todas daban vueltas alrededor de la sonrosada cara de Teresa, despertando sobresaltado repetidas veces, volviéndose á quedar dormido, siempre con la imagen de la vecina en sus sueños. Al amanecer se echó fuera de la cama, inquieto, un tanto amedrantado. Ya era hora de irse preparando; se vistió, tomó á prisa y corriendo un desayuno fiambre que había dejado preparado desde la noche anterior, y fué á la habitación contigua en busca del baúl de su ídolo. La puerta estaba abierta y el cuarto en gran desorden, los muebles arrimados á las paredes como si la inquilina hubiera separado obstáculos para poder pasear á lo largo del cuarto, y en el centro, á la vista, el baúl negro y un papelito encima que decía: «Enrique; espero estar de vuelta antes de tu regreso.—TERESA.»

Miró la hora y se sentó para hacer tiempo. Volvió á leer el papel; le tuteaba; eso era suficiente para llenar el día de felicidad, pero el desorden del cuarto tenía un no sé qué que le empañaba esta alegría.

La puerta que daba á la alcoba de la cubana estaba entreabierta, y aún con miedo de profanarla con su mirada, no pudo menos de echar una ojeada y observar que no había dormido allí aquella noche. Estaba haciendo reflexiones, calculando adónde iría á parar todo aquéllo, queriéndose convencer de que todo iba por buen camino, que todo iba bien, cuando las manecillas de su reloj le avisaron que no había tiempo que perder. Caballero cumplidor de su palabra, fué á Southampton Row á buscar un coche, colocó el baúl á su lado y dió las señas de la estación.

Las calles estaban todavía poco concurridas; nada podía á aquellas horas llamar la atención del viajero, así es que todo su interés estaba concentrado en

su Teresa y en el inanimado compañero de viaje que á su lado llevaba. Un cartón clavado en la tapa tenía la siguiente inscripción:

*Señorita Doonan, pasajera para Dublin.—Cristalería.—Frágil*

Pensó el joven si el ídolo de su corazón tomaría ese nombre para despistar á sus perseguidores, y acercándose más para examinar de nuevo la dirección, le llamó fuertemente la atención un ruido que parecía partía del interior del baúl. Un escalofrío recorrió su cuerpo de los pies á la cabeza; ideas raras se agolparon en su mente; sus nervios se desataban. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué asustarse? Aplicó el oído á la tapa, y á pesar del ruido de las ruedas sobre el pavimento empedrado, se convenció de que dentro se sentía un sonido acompasado é igual, parecidísimo al tic tac de un reloj de sobremesa; siguió atento y notó que el ruido cesó de repente, y no lo volvió á oír. Se tranquilizó, llegando á reírse de sí mismo, pero impresionado todavía, hasta que con gusto sintió que el coche se paraba bajo la marquesina de la estación.

Probablemente Teresa le había dicho una hora, treinta minutos antes que la de la partida del tren; así es que entregó el baúl á un mozo para que lo llevase al furgón, y se puso á hacer tiempo recorriendo el andén de un extremo al otro. El kiosco de periódicos se abrió y allí se detuvo Desborough para matar el tiempo viendo las caricaturas de los diarios humorísticos, cuando se sintió cogido por el brazo. Volvió la cara y se encontró con una joven, cubierto el rostro por un tupido velo, y en la que al instante reconoció á su linda amiga.

—¿Dónde está eso?—preguntó con voz extraña.

—Eso, ¿qué?

—El baúl. Recójalo usted inmediatamente y á un coche con él. Corre mucha prisa.

Se apresuró á obedecer, maravillado por tan repentino cambio, sin atreverse á preguntar nada. Una vez el baúl en el coche se apartó á un rincón, llamó á Enrique y le dijo en el tono raro de voz que algunas veces le había sorprendido.

—Ahora tiene usted que ir á Holghead solo. Se presenta usted á bordo del vapor; y si ve usted allí á un hombre con pantalones de tartán y faja de color de rosa, le dice usted que se ha desistido de todo, ó si no—añadió dando un profundo suspiro—nada; déjelo usted. No importa. Adiós.

—Teresa, por Dios, suba usted al coche; yo la acompañaré; á usted le pasa algo grave, algún peligro la amenaza quizá; y mientras yo no sepa lo que pasa, ni usted, con ser usted, conseguirá que me separe de su lado.

—¿No quiere usted separarse de mí? ¡Ojalá pudiera ser, Enrique!

—Pues será.

Le miró con fijeza á través de su velo, le cogió la mano, que apretó convulsivamente, más con impulso de miedo que de ternura, y le llevó hasta la portezuela del coche.

—¿Adonde vamos?—le preguntó Desborough.

—A casa, á escape. Cocharé, arrea, doble propina.

En cuanto montaron salió el vehículo al galope.

Teresa se acurrucó en un rincón. El joven la sentía sollozar y veía las lágrimas rodar por sus mejillas; pero no hablaron una palabra. En la puerta de la casa de la plaza se apearon. El cochero descargó la caja, que Enrique, deseoso de demostrar sus fuerzas, cargó á la espalda.

—Que la suba el cochero—le dijo en voz baja;—no la suba usted.

—De ninguna manera—contestó Desborough sonriendo.

Pagó al cochero y alegremente entró con su carga en casa de la joven. Ni la patrona ni la criada estaban; la casa estaba sola y tranquila; se oía el rodar del coche por la calle de Gloucester, y Enrique continuaba subiendo la escalera con su carga; pudo percibir encima de su espalda el apagado tic-tac que creyera haber oído en el coche. La joven le precedía, abrió la puerta de su cuarto y le ayudó á dejar el baúl en el suelo, en el rincón cercano á la ventana. En esta faena desplegó un cuidado y un cariño con el baúl que no pasó desapercibido por el joven.

—Bueno, ya está aquí. ¿Qué ha sucedido?—preguntó éste.

—¡Váyase usted de aquí; salga corriendo!—exclamó con voz entrecortada, golpeándose las manos en la desesperación de la impaciencia. —¡Oh, Enrique, Enrique, huya usted. Váyase corriendo y déjeme á mí que sufra el castigo de mi cruel destino!

—¿Qué destino? ¿Qué sucede?

—No sé lo que me digo; nada de destino. Lo que quiero es quedarme sola, Enrique. Vuelva usted esta tarde, pero ahora déjeme usted sola; ¡por Dios se lo pido, déjeme sola! ¡Ah!... ahora que me acuerdo tiene usted que hacerme un recado; no puede usted negarme ese favor.

—Usted no tiene que mandarme á ningún recado. Usted tiene alguna pena ó le amenaza algún peligro. Quítese ese velo, siéntese y cuénteme lo que le pasa.

Al quitarse el velo, Desborough se sorprendió al verla tan pálida, llena de lágrimas, el espanto pintado en su cara. Como tomando una rápida decisión se acercó al joven y le dijo:

—Ya no tengo más remedio que decirle á usted la verdad. Enrique, yo no soy lo que usted cree.



—Eso me lo ha dicho usted varias veces—replicó el joven.

—Enrique, Enrique, por Dios. ¡Cómo me avergüenza usted! Pero oiga ahora la verdad. Lo que le digo ahora es el Evangelio. Yo soy una mujer peligrosa y malvada. Mi verdadero nombre es Clara Luxmore. Ni soy cubana, ni en mi vida he estado en Cuba. Todo lo que le he contado ha sido una fábula: le he engañado á usted. Lo que yo soy no me atrevo á decírselo, no encuentro palabras para ello. Hasta el día de hoy, después de la fiebre de anoche y de las angustias de esta mañana, no he comprendido la locura de mis crímenes.

El joven la miró asombrado, y luego con un arranque de generosidad, dijo:

—Si es así, si es como usted dice, razón de más para que yo no la abandone.

—¿Es posible que todo lo que yo haga y diga sea inútil para hacerle á usted salir de esta casa donde nos amenaza la muerte?

—¿La muerte?

—Sí, la muerte; en ese baúl que usted ha llevado á través de las calles de Londres sobre sus espaldas, se encierra una máquina infernal con las destructoras energías de la dinamita.

—¡Dios mío!—exclamó Enrique.

—¿Todavía se obstina usted en no salir? En cualquier momento puede usted oír el choque que indique la ruina de este edificio. Estaba segura de que Mac-Guire se había equivocado; esta mañana, antes de amanecer, he ido corriendo á ver á Zoro, y me confirmó mis temores. Estaba mal calculado y en seguida me figuré á usted, mi amado Enrique, caer desmoronado, nuestra primer víctima. Entonces comprendí que te amaba Enrique. Ahora, vete. No me hagas responsable de un crimen involuntario.

Desborough sin hablar una palabra, con los ojos fijos en el baúl, no se movía; por fin, preguntó:

—¿Esto es, pues, una máquina explosiva?

Los labios de la joven apenas articularon la palabra sí.

Con curiosidad llena de horror se acercó al baúl y se inclinó para oír el tic-tac que en el silencio del cuarto se oía distintamente. A cada golpecito del péndulo la sangre se le agolpaba en el corazón.

—¿Qué destino tenía?

—¡Qué importa el destino!—dijo cogiéndole por el brazo—¡qué importa eso con tal de que te salves!

—¡Cielo santo! ¡Y el hospital de niños! ¡A toda costa hay que parar esta máquina!

—No es posible. No hay poder humano que evite la explosión. Pero tú, Enrique de mi alma, sálvate.

En esto, en el interior del baúl se oyó un crujido parecido al que hacen los relojes antes de dar la hora. Durante un segundo se miraron aterrorizados, con la boca abierta, las cejas levantadas, los ojos inmóviles. Entonces Desborough levantó un brazo para taparse la cara; con el otro cogió á Teresa, la estrechó contra su pecho y se apretaron contra la pared. Fué un momento de terrible angustia.

Un estampido seco resonó en el cuarto. Cerraron los ojos con fuerza, vacilaron, y estrechamente abrazados cayeron al suelo. Después se oyó un prolongado y estridente silbido como el de un escape de vapor; un olor asfixiante se esparció por la habitación y un humo denso y picante nubló la escena.

Poco á poco se fué dispersando, y cuando los jóvenes, conmovidos y asustados, se sentaron, maravillados de encontrarse vivos, pudieron ver en el rincón, cerca de la ventana, el baúl intacto, que todavía despedía por los bordes y las cerraduras hilos de humo nauseabundo y picante.

—¡Pobre Zero!—fué lo primero que exclamó la joven riéndose nerviosamente.—¡Pobre Zero! ¡Esta decepción le cuesta la vida.

## XIII

## LA MANSIÓN SUPÉRFLUA

Somerset subió rápidamente la escalera; la puerta de la sala, contra costumbre, estaba abierta; entró y se encontró con Zero sentado en un sofá, desesperado, triste, abatidísimo. Al lado de él un vaso con ron, intacto, señal clara é indudable de una gran preocupación. En el cuarto todo era confusión y desorden; dos ó tres baúles en medio del paso, una porción de llaves esparradas por el suelo, ruedas y muelles, y en medio de todo un guante de mujer.

—He venido para terminar esto de una vez—dijo Somerset.—O renuncia usted desde este momento á sus diabólicos planes ó, aunque me tenga que violentar, le dénuncio á usted á la policía.

—Ya es tarde, querido amigo—replicó Zero, sacudiendo tristemente la cabeza.—Ya he llegado al fin de todas mis esperanzas; ya no soy más que un objeto de burla y de desprecio. ¿Sabe usted cómo me encuentro ahora? Me acuerdo de una frase que leí y me hizo gracia, una frase que encontré en una de las pocas novelas que he leído, pero que pinta bien mi estado de sensibilidad, de abatimiento; ahora me asemejo á «un tambor reventado».

—Qué le ha sucedido á usted?

—Esta ha sido mi última hornada, y como las anteriores, un fracaso, una burla, una decepción atroz. En vano hago mezclas y combinaciones; en vano

arreglo los muelles, en vano me desvelo y afano. He llegado á tal desconsuelo, á tal grado de vergüenza, que fuera de usted, mi querido amigo, no me trevo á mirar á nadie cara á cara. Mis subordinados se han revelado contra mí y me desprecian. ¡Qué de palabras he oído hoy! ¡Qué de insultos! ¡Qué de burlas sangrientas! ¡Qué humillación! También ella ha venido en seguida; la hubiera perdonado porque estaba emocionada; pero ha vuelto, Sr. Somerset, ha vuelto á anunciarme el fracaso y ha sido demasiado severa conmigo; me ha tratado con crueldad inhumana. Sí, amigo mío, me han hecho apurar el cáliz de la amargura. Las mujeres, sobre todo, hablan de una manera que... ¡en fin! Denúnciame usted si quiere; denunciará usted á un muerto. Estoy acabado, no puedo más. ¡Qué original! En este momento crítico de mi vida me vienen á la memoria frases de algunas obras. Ahora me acuerdo de aquello de «se acabó la obra de Otelo». Sí, querido Somerset, se acabó; ya no soy un dinamitero. Y ahora, ¿qué hago? Después de haber gustado los placeres de la fama, ¿cómo conformarme á vivir una vida sin gloria?

—No puede usted imaginarse, querido Zero, cómo me tranquiliza usted con lo que dice—replicó Somerset sentándose en uno de los baúles en medio de la sala.—Siempre he tenido por usted una débil tolerancia; me disgusta todo lo que sea un deber, quizá por ambas cosas me deleita oírle á usted hablar así. Pero ¿qué ruido es este? Oigo un tic-tac en este baúl.

—Sí, las he montado todas.

—¡Dios mío!—dijo Somerset dando un salto.—¡Bombas montadas!

—Sí, bombas—afirmó el conspirador amargamente.—Bombas explosivas por un mecanismo de relojería, de las que me avergüenzo ser el autor.—Se

tapó la cara con ambas manos exclamando: ¡Qué horror! ¡Vivir para hacer esta confesión humillante!

—¡Loco!—gritó Somerset sacudiéndole el brazo.  
—¡Loco! ¿Ha dado usted cuerda á estas máquinas diabólicas y consiente usted que permanezcamos aquí tan tranquilos?

—¿Volar hecho pedazos por su propia mano? ¡Qué placer! ¡Ah! No sé lo que digo, yo deliro. Si, sí, joven, he preparado mi castigo. A la que está en el baúl en que está usted sentado la he dado cuerda para media hora. Aquella otra...

—¡Media hora! ¡Cielo santo, media hora!—repitió Somerset temblando nerviosamente.

—No se exalte usted—replicó el dinamitero con calma.—Mi dinamita es tan inofensiva como un trapo. Si tuviera un hijo le dejaría que jugase con esas bombas. ¿Ve usted este ladrillo?—continuó, levantando un pedazo de mezcla infernal que estaba en la mesa del laboratorio.—¿Ve usted esto? Con solo tocarlo debería explotar con tal fuerza que bastaría para hacer volar toda esta plaza, y, sin embargo... ¡Mire usted!—dijo.—Voy á tirarlo contra el suelo.

◊ Somerset, impulsado por el temor, se avalanzó á él de un salto y le arrancó el explosivo de la mano. Con las facciones contraídas, fijó la vista en el ladrillo de dinamita, se dirigió al último rincón de la sala y, con el cuidado que una madre maneja á un recién nacido, lo dejó encima de una mesa. El conspirador, con los brazos caídos, la cabeza inclinada á un lado, le miraba desalentado.

—Es completamente inofensivo. Dicen de él que arde como el tabaco.

—Por los clavos de una puerta. ¿Quiere usted hacerme el santísimo favor de decirme qué cuerno le he hecho yo á usted ó qué diantre se ha hecho usted á sí mismo para que haga estas locuras? Ya que no

por usted, por mí, vámonos de esta maldita casa, donde no tengo el valor de dejarle solo; y luego, si quiere seguir mi consejo y su determinación es sincera, lárguese usted fuera de Londres, donde, como ha dicho, no le queda nada que hacer.

—Tal era mi destino, querido Somerset. Dice usted bien, nada me queda que hacer aquí. Voy á arreglar mi maleta, después me acompañará usted á comer por última vez, y vendrá conmigo á la estación, donde verá usted meterse en el tren el más descoronado de los hombres. Y sin embargo—añadió, echando una mirada á los baúles—quisiera esperar para convencerme. No puedo comprender cómo me he equivocado así, quizá encontrara el defecto. Esa idea me acaricia. Quizá sea debilidad de los hombres de ciencia. ¡No es posible, no puedo creer, aunque quiera, que mi dinamita es inofensiva; no, no, no puede ser!

—Cinco minutos!—gritó Somerset mirando al reloj con espanto. Si no arregla al momento su maleta le dejo á usted.

—Un momento, que coja lo más necesario; un momento y estoy á sus órdenes.

Pasó á su alcoba, y al cabo de un rato, que al joven le pareció una eternidad, reapareció su compañero con una pequeña maleta en la mano. Sus movimientos eran torpes, su aspecto desolado, y mientras recogía algunas tonterías esparcidas por el cuarto no quitaba los ojos de los baúles. Por último, cogió uno de los ladrillos de dinamita.

—¡Deje usted eso inmediatamente!—dijo Somerset.—Si sus propósitos no son una farsa, no tiene necesidad de cargar con ese maldito contrabando.

—Por puro capricho, por curiosidad, querido; sólo recuerdo del pasado, un pasado brillante ¡gle-

rioso!—añadió mientras metía en la maleta el zoquete explosivo.—¿Quiere usted una copa para reanimarnos? ¿No? ¡Qué parco está usted! Bueno; ya que no tiene usted curiosidad por ver el resultado de este último experimento...

—¡Yo! Si estoy en áscuas. ¡Vámonos!

—Bueno allá voy; quisiera añadir, gustoso; pero no puedo menos de dejar con pena el teatro de mis sublimes abnegaciones.

Sin añadir palabra Somerset le cogió por el brazo y bajaron al entresuelo; la puerta de la sala se cerró de un portazo que resonó en las desiertas habitaciones; el joven, arrastrando á su moroso compañero, cruzó rápidamente la plaza y se dirigió á la calle Oxford. Todavía no habían doblado la esquina del jardín, cuando llegó á sus oídos una detonación formidable, seguida del estruendo de algo que se destrozaba hecho añicos, de algo que se desploma. Somerset se volvió á tiempo para ver la mansión roja de llamas, envuelta en espeso humo, dar una sacudida y hundirse en sus cimientos. Al mismo tiempo una fuerza invisible le arrojó al suelo. Se incorporó y la primera mirada fué para Zero. Este no había caído; estaba como incrustado en la verja del jardín, apretando el maletín contra su pecho, la cara radiante de esperanza, de gratitud, de alegría. El joven le oyó que murmuraba:

—*¡Nunc dimittis, nunc dimittis!*

La alarma en el vecindario fué grande, la consternación indescriptible; todos los habitantes de Golden Square hormigueaban de un lado para otro; hombres, mujeres, niños, entraban y salían por las puertas como conejos en una conejera. Somerset se aprovechó de la confusión y abandonó al dinamitero, que continuó murmurando:

—*¡Qué hermoso! ¡Qué grande! ¡Qué inmenso!*

¡Ah, verde Erín, verde Erín, qué día de gloria! ¡Ah mi pobre calumniada dinamita; tú prevalecerás! ¡Has triunfado!

De repente su ceño se obscureció rígido, en medio de la calle, sacó su reloj y miró la hora.

—¡Maldición! No hay dicha completa. Ha estallado siete minutos antes de la hora. La dinamita ha sobrepujado á todas mis esperanzas; pero la maquinaria, ¡qué variable, qué inconstante! ¡Otra vez me ha fallado!

Somerset volvió en su busca.

—Grandísimo criminal, mala víbora—le dijo.—¿Qué ha hecho usted? ¡Destruir la casa de una inofensiva señora; el único medio de vida del que ha sido tan loco en ofrecerle su amistad!

—Usted no entiende de esto—replicó Zero con aire de gran dignidad. Esto resonará en toda Inglaterra. Gladstone, el cruel anciano, bajará la cabeza ante el dedo de la venganza que le señala. Y ahora, ahora que mi dinamita ha probado su gran fuerza...

—Cielos, ahora que me acuerdo. Ese ladrillo que lleva usted en la maleta tiene que desaparecer. Echelo usted al río en seguida.

—¡Un torpedo, un torpedo en el Támesis! ¡Magnífico! ¡Soberbia idea, querido amigo! Reconozco en usted toda la iniciativa de un cumplido anarquista.

—¡En efecto, qué barbaridad! No queda otro remedio sino que se lo lleve usted consigo. Venga conmigo, no estoy tranquilo hasta que le meta en el tren.

—¡No, no, amigo mío! Ahora no puedo irme. Mi fama brilla de nuevo; he recuperado mi honor; esto es lo que mejor me ha salido en la vida. Desde aquí veo las ovaciones que aguardan al autor de la catástrofe de Golden Square.



—Amigo mío—dijo Somerset con energía.—Elija usted, ó el tren ó la cárcel.

—Somerset, eso es indigno de usted. Me choca oírle hablar de esa manera.

—Más le chocará á usted en cuanto veamos al primer policía—replicó Somerset sin poder contener su ira.—Estoy decidido, ó se embarca usted para América con su maldito ladrillo, ó esta noche duerme usted en un calabozo.

—Se ha olvidado usted de una cosa—contestó tranquilamente Zero—porque piénselo usted bien; no basta con que quiera usted.

—Mire usted, fuera de su diabólica ciencia, usted no sabe nada y menos todavía de las cosas de la vida. Una voz, un simple gesto, me basta para que toda esa muchedumbre se arroje sobre usted, lo despedace y aplaste como á un bicho venenoso.

—Por Dios, Somerset, mire usted lo que dice—añadió poniéndose como la cera.—¿Qué palabras son esas? No lo diga ni siquiera en broma. El pueblo brutal, sus salvajes pasiones desencadenadas... horror... Somerset, vamos á un café.

Somerset le miró con fijeza.

—Esto es muy curioso: que tiemble usted ante tal muerte.

—¿Quién no temblaría?

—¿Y el ser destrozado por la dinamita lo considera usted, gran loco, como una forma de entonación?

—Confieso que por la fuerza de la costumbre no me impresiona tanto, aunque reconozco que es una muerte que causa pavor á la generalidad de los hombres.

—Una pregunta. ¿Por qué le repugna á usted la ley de Lynch?

—Porque es un asesinato—replicó con convicción el conspirador, sorprendido de la pregunta.

—Eche usted esos cinco. Gracias á Dios que ya tengo confianza en usted; ahora ya no tengo el temor de verle en la cárcel: estoy seguro de su partida.

—No comprendo lo que quiere usted decir, aunque supongo que no será nada ilógico. En cuanto á irme á América, es un punto que hay que meditar. No me he ocupado de procurarme fondos; todos mis recursos los he empleado en lo que usted llamará la atrocidad de Golden Square y comprenderá que sin eso que motejan de vil metal me es imposible cruzar el Océano.

—Para mí ha dejado usted de ser hombre. No tiene usted más derecho á mi auxilio que el que puede tener un gusano, pero al fin y al cabo me da usted pena. Hasta ahora había creído que la estupidez era cosa de risa; ahora pienso de otra manera. Cuando veo su cara de idiota me dan ganas de reir y, sin embargo, siento en mi interior un asco, una repugnancia por usted, y al mismo tiempo tal pena, que lloraría amargas lágrimas de sangre. ¿Qué me indica esto? Es que empiezo á dudar, estoy perdiendo la fe en el excepticismo. ¿Es posible?—exclamó horrorizado.—¿Es posible que yo crea en el mal y en el bien. No hace mucho me he encontrado á mí mismo, con incrédula sorpresa, la víctima de un prejuicio de honor personal. ¿Ha de continuar esto? ¿Me ha robado usted mi juventud? Yo, lleno de vida, me voy á ver por usted... Pero basta, estoy hablando á un idiota, á un demente, que no puede entenderme. No me atrevo á dejarle á usted entre mujeres y niños; no tengo el valor de delatarle, y haré todo lo posible por evitar que llegue á ese extremo; no tiene usted dinero, yo se lo daré, pero váyase, y si después de hoy vuelvo á ver á usted, ese día será el último de su vida.

—En estas circunstancias no veo la manera de rehusar su ofrecimiento—replicó Zero.—Las palabras pueden dolerme, sorprenderme no. Comprendo que necesitaríamos hablar largo para llegar á un común acuerdo; nos hace falta un poco de higiene, de gimnasia moral. Uno de los puntos que me ha agradado siempre en su encantador carácter ha sido su deliciosa franqueza. En cuanto al dinero que me preste, se lo devolveré en cuanto llegue á Filadelfia.

—No quiero devolución.

—No me entiende usted; ahora seré agasajado por mis superiores; ahora seré el hombre de confianza, bien retribuido, de manera que sin que me sea gravoso puedo mandárselo en cuanto llegue.

—A lo que yo me refiero es al crimen en que usted me ha envuelto; por consiguiente, aunque nada usted en millones, como Vanderbilt, me avergonzaría de que me reembolsara de un dinero tan escandalosamente prestado. Tome, y guárdese lo usted. ¡Voto al diablo! Cuatro días con usted me han transformado en un antiguo romano.

Somerset llamó un coche y los dos se hicieron llevar á la estación. Allí, después de un solemne juramento, Zero recibió el dinero ofrecido.

—Acabo de comprar mi honor con todo el dinero que me quedaba en el mundo, y aunque ya no veo delante de mí sino hambre y miseria, doy gracias á Dios por haberme librado de toda relación con usted, Sr. Zero Pumpnickel Jones.

—¡En la miseria! ¡No, querido amigo, yo no puedo consentir eso!

—Saque usted el billete.

—¿Se enfada usted?

—Saque usted el billete, le repito.

—Ya está aquí—dijo el conspirador volviendo con el billete en la mano—su actitud para conmigo me



parece tan extraña, que no me atrevo á decirle que me dé la mano.

—Como á un hombre, no; lo demás no me niego á dar á usted la mano como quien se coge al manubrio de una bomba que sólo da de sí fuego y veneno.

—¡Qué despedida tan fría!—dijo el dinamiterolanzando un profundo suspiro, y seguido de Somerset se encaminó al andén.

La estación estaba llena de viajeros esperando la salida del tren de Liverpool, listo para partir; otro tren acababa de llegar y el flujo y reflujo de pasajeros en direcciones encontradas dificultaba el paso. Cerca del kiosco de periódicos había un claro. El *Standard*, en grandes caracteres, traía lo siguiente: «Segunda edición: Explosión en Golden Square.» Zero abrió desmesuradamente los ojos; su cara se llenó de una expresión de orgullo y satisfacción inconcebibles, y sacando un penique del bolsillo se abalanzó con ansiosa precipitación para comprar el diario; el maletín chocó con la esquina del kiosco, é instantáneamente, con formidable estruendo, explotó el ladrillo de dinamita. Cuando el humo se desvaneció y permitió ver los destrozos, apareció la garita hecha pedazos; el dueño corriendo como un loco dando alaridos, pero del anarquista Zero, del patriota irlandés, no quedaban ni restos.

Aprovechándose del barullo y de la alarma, Somerset se escabulló y se apartó del lugar del accidente hasta ir á dar con su cuerpo en el camino de Euston. Sentía horribles punzadas en la cabeza; se sentía desfallecer de apetito, y lo que era peor, se encontraba sin un cuarto con que acallar su hambre. Continuó paseando; atravesó calles y plazas para calmar su angustia, recorrió en su imaginación las escenas de los últimos días y sacó en consecuencia

que tranquilamente podía morir de hambre desde que Zero había desaparecido del mundo de los vivos.

Ya anochecido se encontró en la puerta de la cigarrería de Mr. Godhall, y debilitado por su largo ayuno, sin poder contenerse, abrió la puerta vidriera y penetró en la tienda.

—¡Caramba, Sr. Somerset—dijo Mr. Godhall.— ¿Cómo? ¿Ya dió usted con la aventura deseada? ¿Nos trae usted la historia prometida? Siéntese, tenga la bondad; le voy á dar á usted un cigarro de mi bitola, regalia especial, y usted me lo pagará con la relación maravillosa de lo ocurrido.

—No tengo ganas de fumar—replicó Somerset.

—¡Calle! Ahora que me fijo. ¡Qué cambiado viene usted! ¿Qué le pasa? ¡Pobre muchacho! Supongo que no será nada serio. ¿Eh?

Somerset rompió á llorar como un chiquillo.

## XIV

### EN LA TIENDA DE GODHALL

Cierto lluvioso día del mes de Diciembre del pasado año, entre nueve y diez de la mañana, mister Eduardo Challoner, encogido bajo su paraguas, se presentó á la puerta de la cigarrería de la calle Rupert. Era la segunda vez que en su vida visitaba la tal tienda. La primera le conocimos en compañía de otros dos jóvenes, y era precisamente por miedo á uno de ellos, á Somerset, por lo que no había vuelto á aparecer por la tienda. Antes de entrar miró á ver si había alguien en el interior. En la cigarrería no se veían compradores.

El dependiente estaba detrás del mostrador tan

entretenido escribiendo en un cuaderno, que no hizo caso de la llegada de Challoner. Este, al fijarse detenidamente en el empleado, creyó reconocerle.

—¡Caramba! Si parece Somerset—pensó.

Aunque esta era precisamente la persona que siempre había tratado cuidadosamente de evitar, el encontrarle detrás del mostrador hizo que su desagrado se trocara en curiosidad.

—Retiembla el firmamento en hórrido estampido—se decía el tendero á sí mismo como midiendo un verso.—Me parece que sería más bonito decir horrisono. A ver: «Retiembla el firmamento en horrisono estampido». No cabe, ¡qué lástima! Siempre se encuentra uno con alguna sílaba de más que lo eche á perder todo.

—¡Somerset, querido amigo! ¿Qué haces ahí?—exclamó Challoner.

—¿Qué? ¡Tú, Challoner! ¡Cuánto me alegro de verte! Pero espera, que estoy acabando la última estrofa, un momento y soy contigo.

Y dándose unos golpecitos en la frente y mirando al techo, evocando á las musas, escribió unas líneas; después dejó la pluma, levantó la cabeza y dijo:

—¡Ea! Vamos á ver. Te encuentro muy bien trajeado. ¿Qué hay de las cien libras esterlinas?

—Es que he heredado alguna cosilla de una tía que acaba de morir en el País de Gales.

—Mi opinión sobre las herencias es que el Estado debería ser el heredero forzoso de todo el mundo. Chico, ahora estoy dedicado á la poesía y al socialismo y me va muy bien—dijo en un tono graciosísimo, como si hiciera el elogio de algunas aguas medicinales.

—¿Y eres tú la persona, el dueño de la... del establecimiento—preguntó Challoner, que no quería decir tienda.

—Dependiente nada más; un simple vendedor, caballero—y añadió consultando su cuaderno de poesía.—Ayudo al glorioso, ayudo al feliz... ¡Qué! ¿Quieres una tagarnina?

—No tengo muchas ganas de fumar; pero en fin...

—Querido amigo—continuó Somerset.—Estamos orgullosos con nuestro negocio, y el principal, además de ser uno de los seres más egregios de la creación, bajo el punto de vista de la ética, es, no te asombre, descendiente, así como lo oyes, descendiente directo de reyes. ¿Eh?... *De Godhall je suis le fervent*. No hay más que un Godhall. ¡Ah!... Y ahora que me acuerdo: ¿qué tal te fué en tu oficio de policía?

—No me ocupé de ello—respondió Challoner secamente.

—Pues yo sí, y me hice un lío de mil demonios; perdí todo el dinero que tenía, y me encontré al final aborrecible y ridículo. Ese es un negocio, amigo Challoner, que tiene más miga de lo que parece; no es para todos. Como todos los negocios, hay que tener fe en ellos, ó creer que uno cree en ellos. De ahí la reconocida inferioridad del latonero, por ejemplo, porque no hay quien crea en eso de latonear.

—A propósito de oficios: ¿sigues con la pintura?

—No, pero ahora me voy á dedicar al violín.

Challoner, que desde que Pablo Somerset había hablado de policía estaba molesto é intranquilo, cogió un periódico que había en el mostrador y se puso á hojearlo para disimular y llevar la conversación por otro camino.

—¡Caramba! ¡Qué casualidad!

—¿Cuál es la casualidad?—preguntó Somerset.

—No, nada, sino que aquí habla de un tal MacGuire y yo he conocido á uno de ese nombre.

—Y yo también; ¿le ha pasado algo?

Challoner leyó en alta voz:

*«Muerte misteriosa en Stepney.»*

»El doctor Dovering practicó ayer la autopsia del  
 »cadáver de Patricio Mac-Guire, carpintero, con ob-  
 »jeto de encontrar las causas de su muerte. El doc-  
 »tor conocía al muerto por haberle asistido en vida  
 »algunas veces. Sufrió de insomnio, inapetencia y  
 »desarreglo nervioso. No se ha encontrado nada  
 »que pueda indicar el motivo de su muerte. Sola-  
 »mente conociéndole podría decirse que ha muerto  
 »de abatimiento, cuyas causas se ignoran. Sus cos-  
 »tumbres de intemperancia han sin duda precipi-  
 »tado el fin; pero no puede decirse que haya falleci-  
 »do de una enfermedad conocida ni por veneno al-  
 »guno. Afirma el doctor que siempre lo tuvo por  
 »persona de insegura cabeza y se decía miembro y  
 »víctima de una sociedad secreta. Sin aventurarse á  
 »asegurar su opinión, cree el doctor que la causa de  
 »la muerte no ha sido otra que el miedo.»

—Tiene razón el médico—dijo Somerset.—Que-  
 rido Challoner, no puedo negar que casi me alegro  
 al saber que ha desaparecido. ¡Pobre diablo, ya lle-  
 va lo suyo!

En este momento la puerta vidriera se abrió y  
 apareció Desborough protegido por largo imper-  
 meable, del que faltaban varios botones; sus botas  
 no eran muy nuevas; el sombrero grasiento, á fuer-  
 za de tanto servicio, y, sin embargo, su cara rebo-  
 saba de satisfacción y alegría. Los otros dos le reci-  
 bieron con aclamaciones de bienvenida y sorpresa.

En seguida le preguntó Somerset:

—¿Te dedicaste á policía?

—No—contestó Enrique.—Es decir, sí, por ca-  
 sualidad; y las dos veces que me metí á espía me co-



gieron. Me habla citado aquí con mi mujer. Es raro que no haya venido—añadió con aire de satisfacción.

—¡Cómo! ¿Te has casado?

—Sí; ya hace lo menos un mes.

—¿Dinero, eh?—indicó Challoner.

—Eso es lo único que nos falta. No tenemos un clavo; pero el príncipe...—dijo Mr. Godhall—nos ha prometido hacer algo por nosotros y á eso venimos.

—¿Y quién es la señora?—preguntó Challoner con finura.

—La señorita Luxmore. Tengo la seguridad de que os gustará. Vale cien mil veces más que yo. Es inteligentísima; tiene un don especial para contar historias maravillosas; habla como un libro.

La puerta se abrió precisamente en aquel momento y apareció la señora de Enrique. Somerset no pudo contener una exclamación proclamando que en ella reconocía á la joven de la Mansión Superflua, y Challoner retrocedió un paso dejando caer de la boca el puro regalado por Somerset al contemplar á la hechicera de Chelsea.

—¿Qué es esto? ¿Conocéis los dos á mi mujer?—preguntó asombrado Desborough.

—Creo haberla visto alguna vez—dijo Somerset queriendo disimular.

—Me parece—replicó la dama con dulzura—que he hablado con el señor alguna vez, pero no recuerdo dónde.

—¡Oh, no!—interrumpió Somerset comprendiendo lo delicado de la situación.—No, quizás me equivoque, yo tampoco recuerdo. No cabe duda ha sido equivocación mía.

—Y tú, Challoner, ¿tú también la conoces?

—¿Son amigos tuyos los dos, Enrique?—preguntó la dama sin dar tiempo á que el otro respondiera.—

Celebro mucho haber venido y tener ocasión de conocer al Sr. Challoner.

Este estaba colorado como una amapola, medio avergonzado y respondió:

—No recuerdo haber tenido la honra de encontrarla antes de ahora.

—¿Y el Sr. Godhall?—interrumpió la joven.

—¿Es usted la señora á quien aguarda el...—dijo Somerset ruborizándose.—Si es usted le pasaré aviso inmediatamente.

El empleado levantó un portier, abrió la puerta y pasó al cuartito que servía de trastienda. La lluvia resonaba con repiqueteo monótono en el tejado. Las paredes del cuartito estaban llenas de mapas y algunos grabados de asuntos históricos. En una mesa había un gran mapa militar de Egipto y el Sudán, y otro del Tonkín, en el que por medio de banderitas adheridas á unos alfileres se seguían día por día los diferentes progresos de las guerras de aquellos países.

La atmósfera estaba impregnada de esa fragancia sin rival del buen tabaco habano, y en la chimenea ardían con viva llama varios troncos de resinosa madera sobre morrillos de plata. En esta sencilla y elegante habitación, sentado en cómoda butaca, al lado del fuego, estaba Mr. Godhall, arrullado en su ocio por el chisporroteo de la leña y el ruido de la lluvia.

—¿Qué hay, querido Sr. Somerset? ¿Ha aceptado usted algún nuevo principio político desde anoche?

—Ahí está esa señora—replicó Somerset, ruborizándose otra vez.

—Usted la conoce, si no recuerdo mal, ¿eh?

El joven hizo con la cabeza un signo afirmativo,

—Usted perdonará que le haga una indicación, si me permite, y es que creo que esa señora desea que se olvide todo lo pasado. Creo que de caballero

á caballero basta con esto para que nos entendamos. ¿Verdad, amigo Somerset?

Se puso de pie y recibió á la señora de Desborough con aquella elegancia y grave cortesía que tan bien le sentaba.

—Mucho me halaga y honra, señora, recibirle en mi casa, y mucho más todavía si lo que solamente era mera cortesía y simpatía personal puede ahora ser beneficioso y de resultado práctico para el señor Desborough, su marido.

—Alteza—replicó Clara,—ante todo mil y mil gracias. Me confirmo en lo que de usted había oído; siempre de parte del desgraciado; en cuanto á mi Enrique, es digno por sí solo de todo cuanto por él se haga.

El Sr. Godhall interrumpió diciendo:

—Porque yo por mi parte... Por ahí iba usted á seguir, ¿verdad?

—Usted me coge las palabras de la boca antes de pronunciarlas, príncipe. Es verdad, porque por mí...

—Yo no soy aquí juez de las acciones de los hombres, mi buena amiga, y menos de las mujeres. Yo no soy ahora sino uno de tantos como usted y otros muchos; pero sí soy el que lucha en el silencio. Usted, señora, sabe mejor que yo, y Dios mejor que nadie lo que ha hecho usted á la humanidad en el pasado. A mí sólo me ataña el porvenir, y por el futuro, por lo tanto, pido seguridad. Yo no quisiera, como comprenderá usted, dar armas á un enemigo falso, ni menos enriquecer á una de las palancas principales de una guerra bárbara y desleal. Hablo con severidad y me cuesta trabajo escoger las palabras. Constantemente me digo y me repito que es usted una mujer, y constantemente una voz interna me recuerda las vidas de tantos inocentes que usted ha comprometido, de tantos niños... y es us-

ted una mujer. Es posible, señora, que cuando sea usted madre sienta usted las punzadas de esa aberración; es posible que cuando por la noche se arro-dille al lado de la cuna, un temor oculto la haga sobrecogerse, un temor que la dará vergüenza, y si algún día llega á ver al hijo de sus entrañas en el lecho del dolor, sufriendo en su impotencia, vacilará usted antes de caer de hinojos ante el Supremo Hacedor.

—Usted sólo mira á la falta sin fijarse en lo que me disculpa. ¿No ha palpitado jamás su corazón, lleno de ira ante alguna escena de opresión? ¡Pero, no! Usted no sabe lo que es eso. Usted nació en un trono.

—Yo nací de mujer—dijo el príncipe—nací en medio de los sufrimientos y dolores de mi madre; nací de una indefensa mujer como todas las criaturas. Esto es lo que usted ha olvidado y esto es lo que yo tengo siempre presente. Uno de vuestros poetas ingleses, Coventry Patmore, en una de sus mejores poesías, cuenta que echó una mirada sobre la tierra y vió una gran extensión donde maniobraban ejércitos considerables; armadas numerosas en el mar y ruido del fragor de una batalla por agua y por tierra, y buscando la causa la encontró en el centro de la llanura. ¡Una madre con su niño! Esta es, señora, la base de toda mi política; por eso he traducido este poema al bohemio. Esa es mi política, sí, cambiar lo que se pueda, pero cambiarlo hacia el bien, porque hay que tener presente que el hombre no es sino un ángel del mal, débilmente sujetado por algunos vínculos de educación y de generosas creencias. De cualquier manera, por cualquier medio justo y noble, hay que reforzar esos vínculos, hay que impedir que los rompa.

**Hubo un momento de silencio.**

—Temo, señora—prosiguió el príncipe—que la estoy molestando. Mis ideas son serias como yo, y como yo empiezan á hacerse viejas, suplico á usted, pues, que me dispense un momento más.

—Sólo puedo decirle una cosa, príncipe, que adoro á mi marido.

—Es una buena contestación, y de peso, pero que no tiene nada de común con estos asuntos de la vida.

—No quiero luchar en esto con un hombre como usted. ¿Qué me exige usted? ¿Protestas? No lo creo. ¿Qué quiere que le diga? He hecho muchas cosas que no tienen disculpa, que me arrepiento de ellas, que no volveré á hacer. ¿Qué más? Sí, otra cosa: nunca me dejé soliviantar por los cuentos fantásticos de la política. Siempre estaba preparada para las represalias. Cuando preparaba alguna batalla, un asesinato si le parece á usted mejor, nunca se me ocurrió acusar también de asesinato á mis adversarios. Nunca sentí horror ni me pareció injusto que mis enemigos pusieran precio á mi cabeza. Jamás se me ocurrió motejar de mercenaria á la policía. En una palabra, habré podido ser criminal, pero no una loca.

—Es suficiente, señora, eso basta. Me tranquiliza oír hablar á usted en esa forma, porque en esta época en que hasta el asesino es un sentimentalista, no hay mayor virtud, á mi manera de ver, que la claridad intelectual. Permítame que la suplique se retire, pues el sonido de esa campanilla me indica que su madre de usted, mi antigua amiga, se acerca. Le prometo que haré por usted y por ella todo lo que esté de mi mano.

En cuanto Clara volvió á la tienda, el príncipe abrió una puerta que daba al otro lado de la calle y la señora Luxmore entró.

—Mi querida señora y buena amiga. ¿Tanto he



cambiado que ya no reconoce usted al príncipe Florizel en Mr. Godhall?

—En efecto—dijo ajustándose los lentes.—Siempre le he considerado á usted modelo del perfecto caballero, y ahora que se encuentra en tan tristes circunstancias que de veras he sentido, mi consideración y respeto hacia usted ha aumentado en lugar de disminuir.

—He tenido la satisfacción de que todos mis antiguos conocidos piensen como usted. Pero, señora, tenga la bondad de sentarse, pues el delicado asunto de que se trata hay que verlo seriamente. Se trata de su hija Clara.

—En ese caso no se moleste usted en hablar más; príncipe, estoy decidida á no volverme á ocupar de ella. No quiero oír una palabra en defensa suya, y como no quiero que se me trate de injusta, deseo que sepa usted los motivos que me asisten. Me abandonó á mí su protector natural, huyó de mi casa; durante largos años no he hecho otra cosa sino tratarse con las clases más bajas y soeces de la sociedad, y para colmo de todo, para acabar de arreglarlo, se ha casado no hace un mes. No quiero verla, ni á ella ni al sér con quien se ha unido. Desde hace tiempo le ofrecí ciento veinte libras esterlinas al año. No retiro la oferta; á su disposición están. Era lo mismo que yo tenía á su edad. Fuera de eso, ni oír su nombre.

—Está muy bien, señora, y sea como usted guste. Y ahora otra cosa. ¿A cuánto ascendía la renta del reverendo Bernardo Faushawe?

—¿Mi padre? Creo que era de setecientas libras al año.

—¿Y era usted hija única, ó eran varios hermanos?

—Eramos cuatro; cuatro chicas, y hay que con-

frasarlo: familia más desordenada y alocada no la ha habido en Inglaterra.

—Pero usted tiene ahora una renta de unas ocho mil libras esterlinas.

—De poco más de cinco mil. ¿Pero dónde quiere usted ir á parar?

—A una concesión de mil libras anuales—replicó el príncipe sonriendo.—Porque es ilógico que usted tome como norma á su padre. El era pobre, usted es rica. El tenía muchas obligaciones, y usted, que es tan rica, no tiene ninguna. Y si usted me permite, señora, que con todo respeto toque este asunto, con toda la delicadeza posible le diré que entre los dos no había sino un punto de semejanza. Los dos tenían una hija con más ansias de libertad que ideas del deber.

—Esto es una emboscada que se me ha preparado—dijo la viejecita poniéndose de pie.—Pero ni usted, ni todos los cigarreros de Europa, lograrán nada de mí.

—Señora—dijo el príncipe—antes de mi caída no hubiera usted usado ese lenguaje conmigo. Y ya que con tanto desprecio mira usted una industria gracias á la cual vivo, permítame que le haga una advertencia amistosa. Si usted no quiere ayudar á su hija, me veré obligado, antes que verla morir de hambre, á colocarla detrás del mostrador para despachar puros y cigarrillos, lo que será un gran atractivo para mi tienda; y á su hijo político le pondré una librea para hacer recados y que así gane su pan. Con sangre tan joven y tanta energía tengo la seguridad de que mi negocio prosperará rápidamente y pronto figurará en el rótulo el nombre de Luxmore al lado del de Godhall.

—Alteza, comprendo que he estado un poco dura y usted me ha resultado muy marrullero. Bueno,

bueno. Apostaría á que esa bribona no está lejos de aquí. Hágala usted pasar, príncipe.

—Mejor será que los veamos sin que ellos se aperciban—dijo levantándose y corriendo un poco la cortina.

Clara estaba sentada de espaldas á ellos; Somerset y Enrique, enfrente de ella, la escuchaban atentamente. Challoner hacía rato que se había retirado con pretexto de un negocio, huyendo de la vecindad de la hechicera.

Desborough decía:

—El gran Gladstone sorprendió á su cobarde perseguidor. Un grito salió de sus labios; grito, mezcla de triunfo y...

—¡Ese es el Sr. Somerset—interrumpió la señora entrando en la tienda.—Mr. Somerset, ¿qué ha hecho usted de mi palacio?

—Señora—replicó Florizel,—permita usted que sea yo quien lo cuente, mientras tanto salude á su hija.

—¿Qué tal Clara?—dijo mistress Luxmore,—parece que no tengo más remedio que señalarte una renta. Estarás contenta por fin. Y usted, Mr. Somerset, es necesario que me cuente todos los detalles; el accidente no deja de tener su gracia, pero lo he pagado caro. Ya sabe usted que le tengo cariño y le debo muy buenos ratos que me ha hecho pasar con sus cuadros al óleo.

—He mandado preparar el almuerzo para todos—dijo el príncipe.—Como ya somos conocidos, venga usted también á almorzar con nosotros, Somerset. Hoy cierro la tienda.

FIN DE «EL DINAMITERO»



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
I.—En el despacho de tabacos.....	5
II.—El escudero de las damas.....	14
III.—El Angel Exterminador.....	25
IV.—El escudero de las damas.....	65
V.—El encuentro de Somerset.....	83
VI.—La protectora de Somerset.....	88
VII.—La mansión supérflua.....	116
VIII.—La bomba explosiva.....	141
IX.—La mansión supérflua.....	150
X.—Aventura de Desborough.....	160
XI.—La linda cubana.....	167
XII.—El baúl negro.....	207
XIII.—La mansión supérflua.....	221
XIV.—En la tienda de Godhall.....	231

BOCONE











1001261202